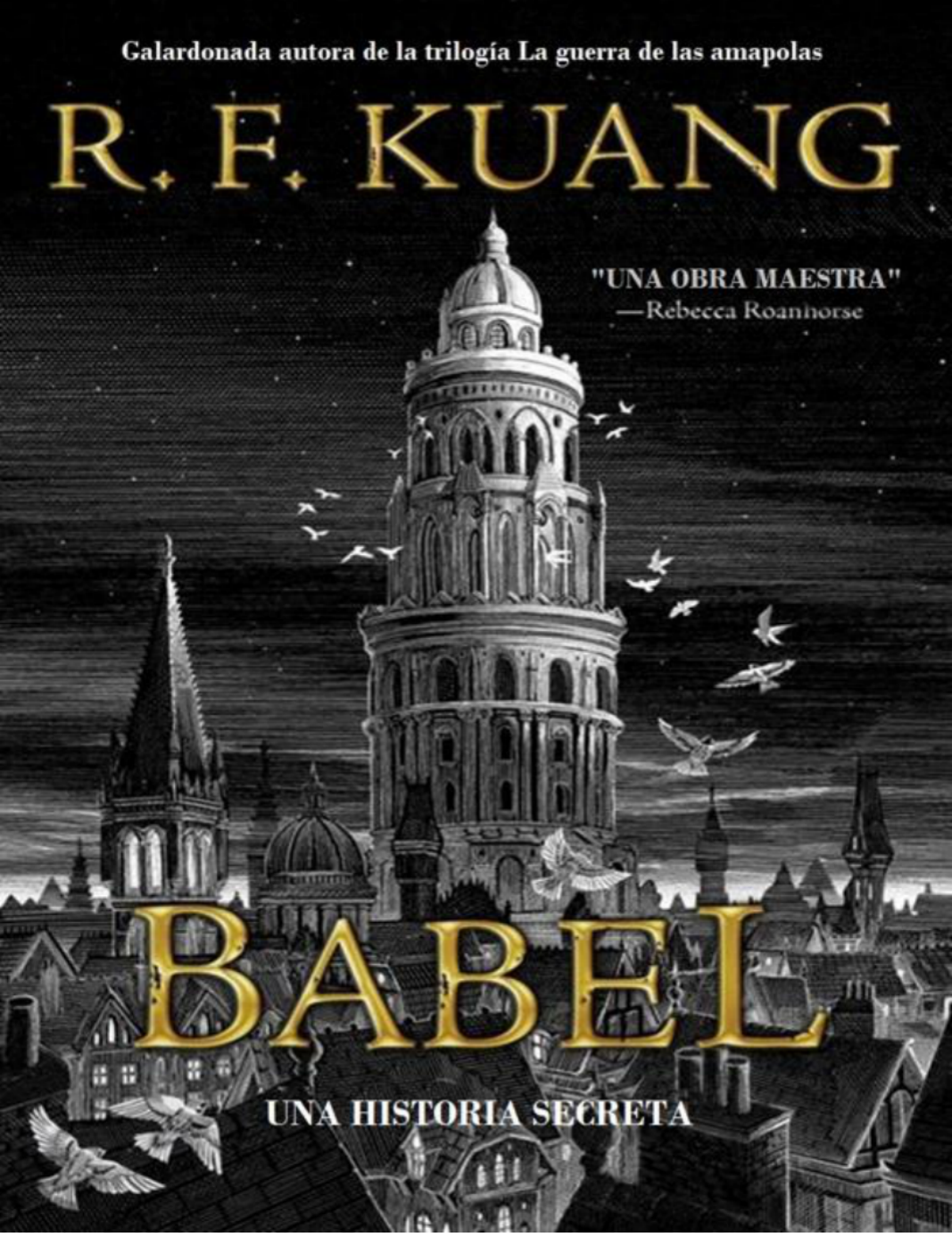
Galardonada autora de la trilogía La guerra de las amapolas

R. F. KUANG

"UNA OBRA MAESTRA"
—Rebecca Roanhorse



BABEL

UNA HISTORIA SECRETA

BABEL

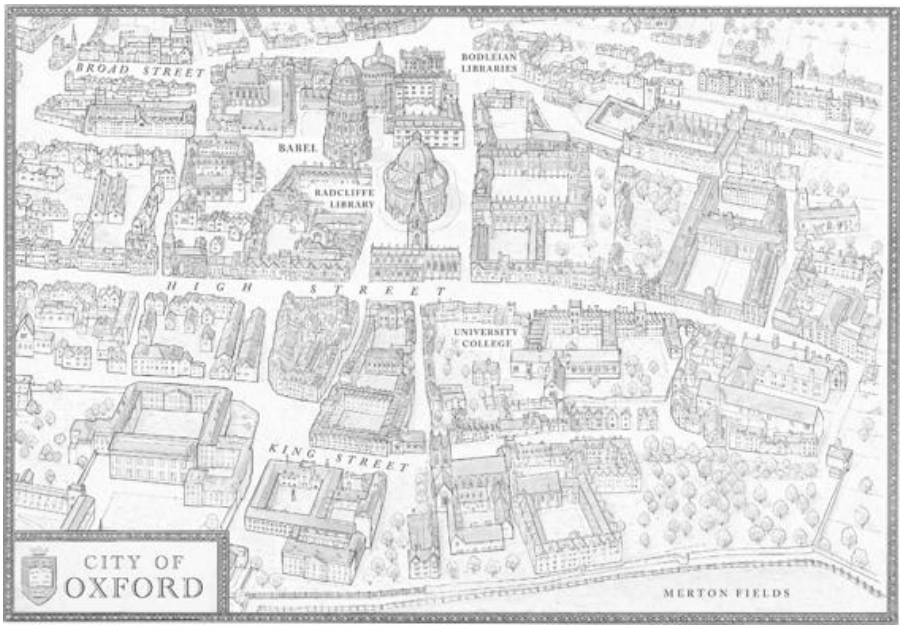
O
LA NECESIDAD DE LA VIOLENCIA

Historia secreta de la revolución de los traductores de Oxford

R.F. KUANG

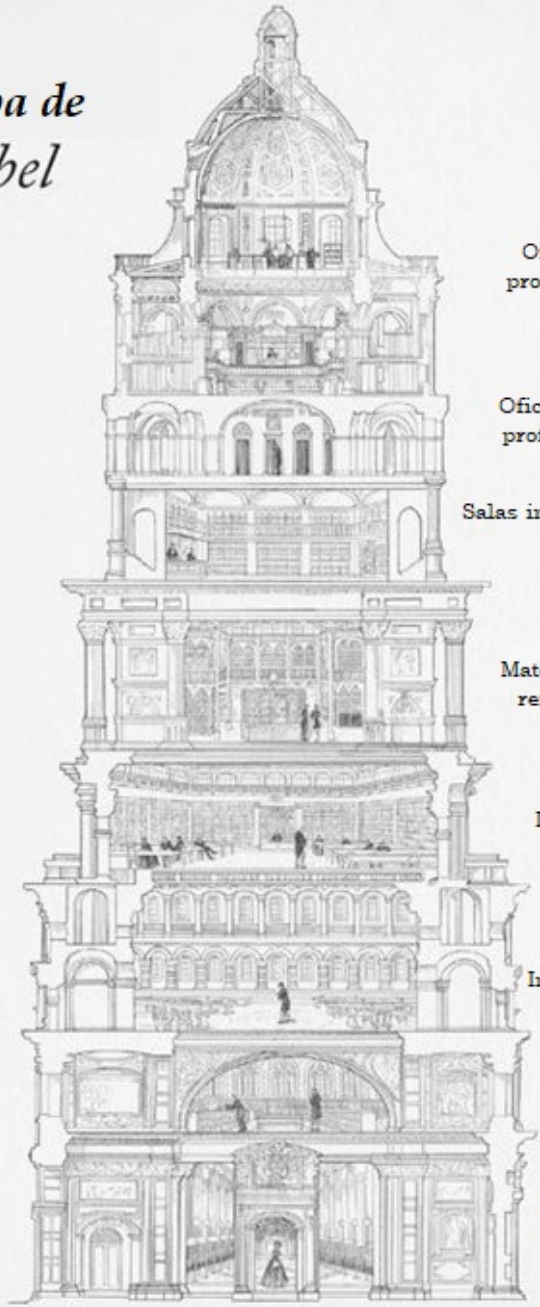
HARPER
Voyager

Ciudad de Oxford



Mapa de Babel

Mapa de Babel



Oficinas profesorado

Oficinas del profesorado

Salas instrucciones

&

Materiales de referencia

Literatura

Interpretación

Legal

Vestíbulo

Dedicatoria

A Bennett,
quien es toda la luz y la risa del mundo.

Contenido

Cubierta
Pagina del titulo
Ciudad de Oxford
Mapa de Babel
Dedicación

Nota de la autora sobre sus representaciones de la Inglaterra histórica y de la Universidad de Oxford en particular

Libro I
- Capítulo uno
- Capitulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro

Libro II
- Capítulo cinco
- Capítulo Seis
- Capítulo Siete
- Capítulo Ocho
- Capítulo Nueve
- Capítulo diez
- Capítulo Once
- Capítulo Doce

Libro III
- Capítulo Trece
- Capítulo catorce
- Capítulo quince
- Interludio
- Capítulo dieciséis
- Capítulo Diecisiete
- capitulo dieciocho

Libro IV
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco

Libro V
Interludio
Capítulo Veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres

Epílogo

Agradecimientos
Sobre el Autor
También por RF Kuang
Derechos de autor
Sobre el editor

Nota de la autora sobre sus representaciones de la Inglaterra histórica y de la Universidad de Oxford en particular

El problema de escribir una novela de Oxford es que cualquier persona que haya pasado un tiempo en Oxford escudriñará tu texto para determinar si tu representación de Oxford se alinea con sus propios recuerdos del lugar. Peor aún si eres un estadounidense que escribe sobre Oxford, porque ¿qué saben los estadounidenses sobre algo? Ofrezco mi defensa aquí:

*Babel*es una obra de ficción especulativa y, por lo tanto, tiene lugar en una versión fantástica de Oxford en la década de 1830, cuya historia fue completamente alterada por el trabajo en plata (más sobre esto en breve). Aun así, he tratado de permanecer lo más fiel posible al registro histórico sobre la vida en el Oxford victoriano temprano, y de introducir falsedades solo cuando sirven a la narrativa. Para referencias sobre el Oxford de principios del siglo XIX, me he basado en el entretenido The Historical Handbook and Guide to Oxford (1878) de James J. Moore, así como en los volúmenes VI y VII de The History of the University of Oxford, editado por MG Brock. y MC Curthoys (1997 y 2000, respectivamente) entre otros.

Para la retórica y la textura general de la vida (como la jerga de Oxford de principios del siglo XIX, que difiere bastante de la jerga contemporánea de Oxford),*He hecho uso de fuentes primarias como A History of the Colleges, Halls, and Public Buildings Attached to the University of Oxford, incluyendo las vidas de los fundadores (1810) de Alex Chalmers, Recollections of Oxford (1868) de GV Cox, Thomas Mozley's Reminiscencias: Principalmente de Oriel College y el Movimiento de Oxford (1882), y Reminiscencias de Oxford de W. Tuckwell (1908). Dado que la ficción también puede decirnos mucho sobre la forma en que se vivió la vida, o al menos la forma en que se percibió, también he incluido detalles de novelas como The Adventures of Mr. Verdant Green (1857) de Cuthbert M. Bede, Thomas Tom Brown de Hughes en Oxford (1861) y La historia de Pendennis de William Makepeace Thackeray (1850). Para todo lo demás, me he apoyado en mis recuerdos y en mi imaginación.

Para aquellos familiarizados con Oxford y ansiosos por gritar, '¡No, las cosas no son así!', ahora explicaré algunas peculiaridades. La Oxford Union no se estableció hasta 1856, por lo que en esta novela se la menciona con el nombre de su predecesora, United Debating Society (fundada en 1823). Mi querido café Vaults & Garden no existió hasta 2003, pero pasé tanto tiempo allí (y comí tantos bollos allí) que no podía negarle a Robin y compañía esos mismos placeres. The Twisted Root como se describe no existe, y que yo sepa, no existe ningún pub en Oxford con ese nombre. Tampoco hay Taylor's en Winchester Road, aunque me gustan mucho los Taylors en High Street. El Monumento a los Mártires de Oxford existe, pero no se completó hasta 1843, tres años después de la conclusión de esta novela. He adelantado un poco la fecha de su construcción, todo por el bien de una linda referencia. La coronación de la reina Victoria ocurrió en junio de 1838, no en 1839. La línea ferroviaria de Oxford a Paddington no se colocó hasta 1844, pero aquí se construyó varios años antes por dos razones: primero, porque tiene sentido dada la historia alterada; y segundo, porque necesitaba llevar a mis personajes a Londres un poco más rápido.

Me tomé muchas libertades artísticas con el baile de conmemoración, que se parece mucho más a un Baile de Conmemoración/Mayo de Oxbridge contemporáneo que a cualquier tipo de evento social victoriano temprano. Por ejemplo, soy consciente de que las ostras eran un alimento básico para los pobres de principios de la época victoriana, pero elijo convertirlas en un manjar porque esa fue mi primera impresión del baile de mayo de 2019 en Magdalene College, Cambridge: montones y montones de ostras en hielo (no había traído un bolso, y estaba haciendo malabarismos con mi teléfono, copa de champán y una ostra en una mano, y como resultado derramé champán sobre los bonitos zapatos de vestir de un anciano).

Algunos pueden estar desconcertados por la ubicación precisa del Instituto Real de Traducción, también conocido como Babel. Eso es porque he distorsionado la geografía para dejarle espacio. Imagine un green entre las bibliotecas Bodleian, Sheldonian y Radcliffe Camera. Ahora hazlo mucho más grande y pon a Babel justo en el centro.

Si encuentra otras inconsistencias, no dude en recordar que se trata de una obra de ficción.

Libro I

Capítulo uno

Que siempre la lengua fue compañera del imperio; y de tal manera lo siguió, que juntamente comenzaron, crecieron y florecieron, y después junta fue la caída de entrambos.

El idioma siempre fue el compañero del imperio, y como tal, juntos comienzan, crecen y florecen. Y luego, juntos, caen.

ANTONIO DE NEBRIJA, *Gramática de la lengua castellana*

En el momento en que el profesor Richard Lovell encontró su camino a través de los estrechos callejones de Canton hasta la dirección descolorida en su diario, el niño era el único que quedaba con vida en la casa.

El aire estaba viciado, los suelos resbaladizos. Una jarra de agua estaba llena, intacta junto a la cama. Al principio, el niño había estado demasiado asustado de tener arcadas para beber; ahora estaba demasiado débil para levantar la jarra. Todavía estaba consciente, aunque se había hundido en una neblina soñolienta y medio soñolienta. Sabía que pronto caería en un sueño profundo y no despertaría. Eso fue lo que les sucedió a sus abuelos una semana antes, luego a sus tías un día después, y luego a la señorita Betty, la inglesa, un día después de eso.

Su madre había muerto esa mañana. Se tumbó junto a su cuerpo, observando cómo los azules y morados se profundizaban en su piel. Lo último que le dijo fue su nombre, dos sílabas pronunciadas sin aliento. Su cara se había vuelto fláccida y desigual. Su lengua colgaba de su boca. El chico trató de cerrar sus ojos empañados, pero sus párpados seguían abriéndose.

Nadie respondió cuando el profesor Lovell llamó. Nadie exclamó de sorpresa cuando pateó la puerta principal: cerrada, porque los ladrones de plagas estaban dejando las casas del vecindario vacías, y aunque había poco de valor en su hogar, el niño y su madre querían

unas horas de paz. antes de que la enfermedad también se los llevara. El chico escuchó toda la conmoción desde arriba, pero no pudo decidirse a preocuparse.

Para entonces solo quería morir.

El profesor Lovell subió las escaleras, cruzó la habitación y se detuvo junto al niño durante un largo momento. No se dio cuenta, o prefirió no darse cuenta, de la mujer muerta en la cama. El niño yacía inmóvil en su sombra, preguntándose si esta figura alta y pálida vestida de negro había venido a cosechar su alma.

'¿Cómo te sientes?' preguntó el profesor Lovell.

La respiración del chico era demasiado dificultosa para responder.

El profesor Lovell se arrodilló junto a la cama. Sacó una delgada barra de plata de su bolsillo delantero y la colocó sobre el pecho desnudo del niño. El chico se estremeció; el metal picaba como el hielo.

—Triacle —dijo primero el profesor Lovell en francés. Luego, en inglés, 'Treacle'.

La barra brillaba con un blanco pálido. Llegó un sonido espeluznante de la nada; un repique, un canto. El chico gimió y se acurrucó sobre su costado, su lengua pinchaba confusamente alrededor de su boca.

—Ten paciencia —murmuró el profesor Lovell. Trágate lo que pruebes.

Los segundos pasaron. La respiración del chico se estabilizó. Abrió los ojos. Ahora vio al profesor Lovell con más claridad, pudo distinguir los ojos gris pizarra y la nariz curva (yīnggōubí, lo llamaban, una nariz de pico de halcón) que solo podía pertenecer a la cara de un extranjero.

'¿Cómo te sientes ahora?' preguntó el profesor Lovell.

El chico volvió a respirar hondo. Luego dijo, en un inglés sorprendentemente bueno: 'Es dulce. Sabe tan dulce. . .'

'Bueno. Eso significa que funcionó. El profesor Lovell volvió a deslizar la barra en su bolsillo. ¿Hay alguien más vivo aquí?

'No,' susurró el chico. 'Solo yo.'

¿Hay algo que no puedas dejar atrás?

El chico se quedó en silencio por un momento. Una mosca se posó en la mejilla de su madre y se arrastró por su nariz. Quería quitárselo de encima, pero no tenía fuerzas para levantar la mano.

"No puedo tomar un cuerpo", dijo el profesor Lovell. No adonde vamos.

El niño miró fijamente a su madre durante un largo momento.

—Mis libros —dijo por fin—. 'Debajo de la cama.'

El profesor Lovell se inclinó debajo de la cama y sacó cuatro gruesos volúmenes. Libros escritos en inglés, lomos maltratados por el uso, algunas páginas gastadas tan delgadas que la letra apenas era legible. El profesor los hojeó, sonriendo a su pesar, y los guardó en su bolso. Luego deslizó sus brazos bajo el cuerpo delgado del niño y lo sacó de la casa.

En 1829, la plaga que más tarde se conocería como cólera asiático se abrió paso desde Calcuta a través de la Bahía de Bengala hacia el Lejano Oriente, primero a Siam, luego a Manila y finalmente a las costas de China en barcos mercantes cuyos marineros deshidratados y con los ojos hundidos vertieron sus desechos en el río Pearl, contaminando las aguas donde miles bebieron, lavaron, nadaron y se bañaron. Golpeó a Canton como un maremoto, abriéndose camino rápidamente desde los muelles hasta las zonas residenciales del interior. El vecindario del niño había sucumbido en cuestión de semanas, familias enteras pereciendo impotentes en sus hogares. Cuando el profesor Lovell sacó al niño de los callejones de Canton, todos los demás en su calle ya estaban muertos.

El niño aprendió todo esto cuando despertó en una habitación limpia y bien iluminada de la Fábrica Inglesa, envuelto en mantas más suaves y blancas que cualquier cosa que hubiera tocado. Estos solo redujeron ligeramente su incomodidad. Tenía un calor terrible y la lengua se le asentaba en la boca como una piedra densa y arenosa. Se sentía como si estuviera flotando muy por encima de su cuerpo. Cada vez que el profesor hablaba, punzadas agudas le atravesaban las sienes, acompañadas de destellos rojos.

"Tienes mucha suerte", dijo el profesor Lovell. Esta enfermedad mata casi todo lo que toca.

El chico se quedó mirando, fascinado por el rostro alargado y los ojos gris pálido de este extranjero. Si dejaba que su mirada se desenfocara, el extranjero se transformaría en un pájaro gigante. Un cuervo. No, un rapaz. Algo vicioso y fuerte.

'¿Puedes entender lo que estoy diciendo?'

El chico se humedeció los labios resecos y pronunció una respuesta.

El profesor Lovell negó con la cabeza. 'Inglés. Usa tu inglés.

La garganta del chico ardía. Tosió.

Sé que hablas inglés. La voz del profesor Lovell sonó como una advertencia. Úsalo.

—Mi madre —susurró el niño. Te olvidaste de mi madre.

El profesor Lovell no respondió. Rápidamente se puso de pie y se cepilló las rodillas antes de irse, aunque el chico apenas podía ver cómo se podía haber acumulado polvo en los pocos minutos en los que había estado sentado.

A la mañana siguiente, el niño pudo terminar un tazón de caldo sin arcadas. A la mañana siguiente logró ponerse de pie sin mucho vértigo, aunque le temblaban tanto las rodillas por el desuso que tuvo que agarrarse al marco de la cama para no caerse. Su fiebre retrocedió; su apetito mejoró. Cuando se despertó de nuevo esa tarde, encontró el tazón reemplazado por un plato con dos rebanadas gruesas de pan y un trozo de rosbif. Los devoró con sus propias manos, hambriento.

Pasó la mayor parte del día durmiendo sin soñar, que se interrumpía periódicamente con la llegada de una tal señora Piper, una mujer redonda y alegre que le acolchaba las almohadas, le limpiaba la frente con paños húmedos deliciosamente frescos y hablaba inglés con un acento tan peculiar que el chico siempre tenía que pedirle varias veces que se repitiera.

'Mi palabra,' ella se rió entre dientes la primera vez que él hizo esto. Debe ser que nunca has conocido a un escocés.

'A . . . ¿escocés? ¿Qué es un escocés?

No te preocupes por eso. Ella le palmeó la mejilla. Pronto aprenderás la disposición de Gran Bretaña.

Esa noche, la Sra. Piper le trajo su cena, pan y carne de res nuevamente, junto con la noticia de que el profesor quería verlo en su oficina. Está justo arriba. La segunda puerta a la derecha. Termina tu comida primero; él no va a ninguna parte.

El niño comió rápidamente y, con la ayuda de la señora Piper, se vistió. No sabía de dónde había salido la ropa, era de estilo occidental y le quedaba sorprendentemente bien a su cuerpo bajo y delgado, pero estaba demasiado cansado para seguir preguntando.

Mientras subía las escaleras temblaba, ya sea por fatiga o temor, no lo sabía. La puerta del estudio del profesor estaba cerrada. Se detuvo un momento para recuperar el aliento y luego llamó.

'Adelante', llamó el profesor.

La puerta era muy pesada. El niño tuvo que apoyarse con fuerza

en la madera para abrirla. En el interior, se sintió abrumado por el olor almizclado y a tinta de los libros. Había montones y montones de ellos; algunos estaban ordenados ordenadamente en estantes, mientras que otros estaban desordenadamente apilados en pirámides precarias por toda la habitación; algunos estaban esparcidos por el suelo, mientras que otros se tambaleaban sobre los escritorios que parecían dispuestos al azar dentro del laberinto tenuemente iluminado.

'Aqui.' El profesor estaba casi escondido detrás de los libreros. El niño se abrió paso tentativamente a través de la habitación, temeroso de que el más mínimo movimiento en falso pudiera hacer que las pirámides se derrumbaran.

No seas tímido. El profesor se sentó detrás de un gran escritorio cubierto de libros, papeles sueltos y sobres. Le hizo un gesto al chico para que se sentara frente a él. ¿Te dejaban leer mucho aquí? ¿El inglés no fue un problema?

He leído algunos. El chico se sentó con cautela, teniendo cuidado de no pisar los volúmenes (las notas de viaje de Richard Hakluyt, se dio cuenta) acumulados a sus pies. No teníamos muchos libros. Terminé releyendo lo que teníamos.

Para alguien que nunca había salido de Canton en su vida, el inglés del chico era notablemente bueno. Habló con sólo un rastro de acento. Esto fue gracias a una mujer inglesa, una señorita Elizabeth Slate, a quien el niño había llamado señorita Betty, y que había vivido con su familia desde que podía recordar. Nunca entendió bien qué estaba haciendo ella allí (su familia ciertamente no era lo suficientemente rica como para contratar sirvientes, especialmente no a un extranjero), pero alguien debe haber estado pagando su salario porque nunca se había ido, ni siquiera cuando golpeó la plaga. Su cantonés era aceptablemente bueno, lo suficientemente decente como para moverse por la ciudad sin problemas, pero con el chico hablaba exclusivamente en inglés. Su único deber parecía ser cuidarlo, y fue a través de conversaciones con ella, y más tarde con marineros británicos en los muelles,

Podía leer el idioma mejor de lo que lo hablaba. Desde que el niño cumplió cuatro años, dos veces al año había recibido un gran paquete lleno de libros escritos en inglés. La dirección del remitente era una residencia en Hampstead, en las afueras de Londres, un lugar con el que la señorita Betty parecía no estar familiarizada y del que, por supuesto, el chico no sabía nada. De todos modos, él y la señorita Betty solían sentarse juntos a la luz de las velas, trazando

laboriosamente con los dedos cada palabra mientras las pronunciaban en voz alta. Cuando se hizo mayor, pasaba tardes enteras estudiando detenidamente las gastadas páginas por su cuenta. Pero una docena de libros apenas alcanzaba para seis meses; siempre leía cada uno tantas veces que casi los había memorizado cuando llegó el próximo envío.

Se dio cuenta ahora, sin comprender del todo el panorama general, que esos paquetes deben haber venido del profesor.

—Lo disfruto bastante —sugirió débilmente. Luego, pensando que debería decir un poco más, 'Y no, el inglés no fue un problema'.

'Muy bien.' El profesor Lovell tomó un volumen del estante detrás de él y lo deslizó sobre la mesa. '¿Supongo que no has visto este antes?'

El chico miró el título. La Riqueza de las Naciones, de Adam Smith. Sacudió la cabeza. 'Lo siento, no.'

'Está bien.' El profesor abrió el libro por una página en el medio y señaló. Léelo en voz alta para mí. Empieza aquí.'

El niño tragó saliva, tosió para aclararse la garganta y empezó a leer. El libro era intimidantemente grueso, la letra muy pequeña y la prosa resultó considerablemente más difícil que las novelas de aventuras que había leído con la señorita Betty. Su lengua tropezó con palabras que no conocía, palabras que solo podía adivinar y pronunciar.

'El par . . . ad-ventaja particular que cada país col-o-colonizador deriva de la col . . . colonias que par . . . pertenecen particularmente a ella, son de dos tipos diferentes; primero, aquellas ventajas comunes que todo imperio de . . . ríos? Se aclaró la garganta. 'Deriva. . . de las provincias sujetas a su dom. . . dom . .'*

'Eso es suficiente.'

No tenía idea de lo que acababa de leer. 'Señor, ¿qué...'

'No, está bien', dijo el profesor. No espero que entiendas de economía internacional. Lo hiciste muy bien.' Dejó el libro a un lado, metió la mano en el cajón de su escritorio y sacó una barra de plata. '¿Recuerda esto?'

El chico miró fijamente, con los ojos muy abiertos, demasiado aprensivo incluso para tocarlo.

Había visto bares así antes. Eran raros en Canton, pero todos sabían de ellos. Yínfúlù, talismanes de plata. Los había visto incrustados en las proas de los barcos, tallados en los costados de los palanquines e instalados sobre las puertas de los almacenes en el barrio extranjero. Nunca supo con precisión qué eran, y nadie en su

casa podía explicarlo. Su abuela los llamó hechizos mágicos de hombres ricos, amuletos de metal que llevan bendiciones de los dioses. Su madre pensó que contenían demonios atrapados que podrían ser convocados para cumplir las órdenes de sus amos. Incluso la Srta. Betty, que hizo en voz alta su desdén por la superstición indígena china y criticó constantemente la atención de su madre a los fantasmas hambrientos, los encontró desconcertantes. «Son brujería», había dicho ella cuando él le preguntó. Son obra del diablo, eso es lo que son.

Así que el niño no sabía qué hacer con este yínfúlù, excepto que era un bar como este que hace varios días le había salvado la vida.

'Seguir.' El profesor Lovell se lo tendió. 'Echar un vistazo. No muerde.

El niño vaciló, luego lo recibió con ambas manos. La barra era muy suave y fría al tacto, pero por lo demás parecía bastante normal. Si había un demonio atrapado dentro, se escondió bien.

¿Puedes leer lo que dice?

El niño miró más de cerca y notó que efectivamente había algo escrito, minúsculas palabras grabadas cuidadosamente a ambos lados de la barra: letras inglesas en un lado, caracteres chinos en el otro. 'Sí.'

Dilas en voz alta. Primero chino, luego inglés. Habla muy claro.

El niño reconoció los caracteres chinos, aunque la caligrafía se veía un poco rara, como si la hubiera dibujado alguien que los hubiera visto y copiado radical a radical sin saber lo que significaban. Se lee: 囫圇吞棗.

'Húlún tūn zǎo', leyó lentamente, cuidando de pronunciar cada sílaba. Cambió al inglés. 'Aceptar sin pensar.'

El bar empezó a zumbar.

Inmediatamente su lengua se hinchó, obstruyendo sus vías respiratorias. El chico se agarró, ahogándose, la garganta. La barra cayó sobre su regazo, donde vibró salvajemente, bailando como si estuviera poseída. Un sabor empalagosamente dulce llenó su boca. Como dátiles, pensó el chico débilmente, negro empujando en los bordes de su visión. Dátiles fuertes y mermelada, tan maduros que daban asco. Se estaba ahogando en ellos. Su garganta estaba completamente bloqueada, no podía respirar—

'Aquí.' El profesor Lovell se inclinó y sacó la barra de su regazo. La sensación de asfixia desapareció. El chico se desplomó sobre el escritorio, tragando aire.

"Interesante", dijo el profesor Lovell. Nunca he sabido que tenga

un efecto tan fuerte. ¿A qué sabe tu boca?

'Hóngzǎo.' Las lágrimas corrían por el rostro del chico. Rápidamente cambió a inglés. 'Fechas.'

'Eso es bueno. Eso es muy bueno.' El profesor Lovell lo observó durante un largo momento y luego volvió a dejar la barra en el cajón. 'Excelente, de hecho.'

El chico se secó las lágrimas de los ojos, sollozando. El profesor Lovell se recostó, esperando que el chico se recuperara un poco antes de continuar. 'En dos días, la Sra. Piper y yo partiremos de este país hacia una ciudad llamada Londres en un país llamado Inglaterra. Estoy seguro de que has oído hablar de ambos.

El chico asintió inseguro. Londres existía para él como Lilliput: un lugar lejano, imaginario y fantástico donde nadie se veía, vestía o hablaba remotamente como él.

Propongo traerte con nosotros. Vivirás en mi propiedad y te proporcionaré alojamiento y comida hasta que seas lo suficientemente mayor para ganarte la vida. A cambio, tomarás cursos en un plan de estudios de mi diseño. Será un trabajo de idiomas: latín, griego y, por supuesto, mandarín. Disfrutará de una vida fácil y cómoda, y de la mejor educación que uno pueda permitirse. Todo lo que espero a cambio es que te dediques diligentemente a tus estudios.

El profesor Lovell juntó las manos como si rezara. El chico encontró su tono confuso. Fue completamente plano y desapasionado. No sabía si el profesor Lovell lo quería en Londres o no; de hecho, esto parecía menos una adopción y más una propuesta comercial.

"Le insto a que lo considere seriamente", continuó el profesor Lovell. 'Tu madre y tus abuelos están muertos, tu padre es desconocido y no tienes familia extensa. Quédate aquí y no tendrás ni un centavo a tu nombre. Todo lo que conocerás es la pobreza, la enfermedad y el hambre. Encontrarás trabajo en los muelles si tienes suerte, pero todavía eres pequeño, así que pasarás unos años mendigando o robando. Suponiendo que llegues a la edad adulta, lo mejor que puedes esperar es un trabajo agotador en los barcos.

El chico se encontró mirando, fascinado, el rostro del profesor Lovell mientras hablaba. No era como si nunca antes se hubiera encontrado con un inglés. Había conocido a muchos marineros en los muelles, había visto toda la gama de rostros de hombres blancos, desde los anchos y rojizos hasta los enfermizos y con manchas, pasando por los alargados, pálidos y severos. Pero el rostro del profesor presentaba un rompecabezas completamente diferente. Tenía

todos los componentes de un rostro humano estándar: ojos, labios, nariz, dientes, todo sano y normal. Su voz era baja, algo plana, pero sin embargo humana. Pero cuando habló, su tono y expresión estaban completamente desprovistos de emoción. Él era una pizarra en blanco. El chico no podía adivinar sus sentimientos en absoluto. Cuando el profesor describió la muerte prematura e inevitable del niño, podría haber estado recitando ingredientes para un guiso.

'¿Por qué?' preguntó el chico.

'¿Que por qué?'

'¿Porque me quieres?'

El profesor asintió hacia el cajón que contenía la barra de plata. 'Porque puedes hacer eso.'

Solo entonces el niño se dio cuenta de que esto había sido una prueba.

Estos son los términos de mi tutela. El profesor Lovell deslizó un documento de dos páginas sobre el escritorio. El chico miró hacia abajo, luego dejó de intentar leerlo; la caligrafía apretada y serpenteante parecía casi ilegible. 'Son bastante simples, pero tenga cuidado de leer todo antes de firmarlo. ¿Harás esto esta noche antes de irte a la cama?

El chico estaba demasiado conmocionado para hacer otra cosa que asentir.

"Muy bien", dijo el profesor Lovell. 'Una cosa más. Se me ocurre que necesitas un nombre.

'Tengo un nombre,' dijo el chico. 'Su-'

'No, eso no funcionará. Ningún inglés puede pronunciar eso. ¿La señorita Slate le dio un nombre?

Ella lo había hecho, de hecho. Cuando el niño cumplió cuatro años, ella insistió en que adoptara un nombre por el cual los ingleses pudieran tomarlo en serio, aunque nunca explicó qué ingleses podrían ser. Habían elegido algo al azar de un libro de rimas para niños, y al niño le gustó lo firmes y redondas que se sentían las sílabas en su lengua, por lo que no se quejó. Pero nadie más en la casa lo había usado nunca, y pronto la señorita Betty también lo había dejado caer. El chico tuvo que pensar mucho por un momento antes de recordar.

'Robin.'*

El profesor Lovell se quedó en silencio por un momento. Su expresión confundió al niño: tenía el ceño fruncido, como si estuviera enojado, pero un lado de su boca se curvó, como si estuviera encantado. ¿Qué tal un apellido?

Tengo un apellido.

Uno que funcionará en Londres. Elige lo que quieras.

El chico le parpadeó. 'Recoger . . . ¿un apellido?'

Los apellidos no eran cosas que se dejaran de lado y se reemplazaran por capricho, pensó. Ellos marcaron linaje; marcaron pertenencia.

"Los ingleses reinventan sus nombres todo el tiempo", dijo el profesor Lovell. Las únicas familias que conservan los suyos lo hacen porque tienen títulos a los que aferrarse, y usted ciertamente no tiene ninguno. Solo necesitas un identificador para presentarte. Cualquier nombre servirá.

'Entonces, ¿puedo tomar el tuyo? ¿Amor?

'Oh, no,' dijo el profesor Lovell. Pensarán que soy tu padre.

'Oh por supuesto.' Los ojos del chico recorrieron desesperadamente la habitación, buscando alguna palabra o sonido al que aferrarse. Aterrizaron en un volumen familiar en el estante sobre la cabeza del profesor Lovell: Los viajes de Gulliver. Un forastero en tierra extraña, que tuvo que aprender los idiomas locales si no quería morir. Pensó que ahora entendía cómo se sentía Gulliver.

'¿Rápido?' aventuró. 'A no ser que-'

Para su sorpresa, el profesor Lovell se rió. La risa era extraña saliendo de esa boca severa; sonó demasiado abrupto, casi cruel, y el chico no pudo evitar estremecerse. 'Muy bien. Robin Swift serás. Señor Swift, encantado de conocerlo.

Se levantó y extendió la mano por encima del escritorio. El chico había visto a marineros extranjeros saludándose en los muelles, así que sabía qué hacer. Encontró esa mano grande, seca e incómodamente fría con la suya. Ellos temblaron.

Dos días después, el profesor Lovell, la señora Piper y el recién bautizado Robin Swift zarparon hacia Londres. Para entonces, gracias a muchas horas de reposo en cama y una dieta constante de leche caliente y la cocina abundante de la Sra. Piper, Robin estaba lo suficientemente bien como para caminar solo. Arrastró un baúl repleto de libros por la pasarela, esforzándose por mantener el ritmo del profesor.

El puerto de Cantón, la boca por la que China se encontraba con el mundo, era un universo de lenguas. Los portugueses, franceses, holandeses, suecos, daneses, ingleses y chinos, fuertes y rápidos, flotaban a través del aire salado, entremezclándose en un pidgin

inverosímilmente inteligible entre sí que casi todos entendían, pero que solo unos pocos podían hablar con facilidad. Robin lo sabía bien. Había recibido su primera instrucción en lenguas extranjeras corriendo por los muelles; a menudo traducía para los marineros a cambio de un centavo y una sonrisa. Nunca había imaginado que podría seguir los fragmentos lingüísticos de este pidgin hasta su origen.

Caminaron por el paseo marítimo para unirse a la fila de abordaje del Condesa de Harcourt, uno de los barcos de la Compañía de las Indias Orientales que transportaba a un pequeño número de pasajeros comerciales en cada viaje. El mar estaba ruidoso y agitado ese día. Robin se estremeció cuando las ráfagas gélidas de la costa atravesaron brutalmente su abrigo. Tenía muchas ganas de estar en el barco, dentro de una cabina o en cualquier lugar con paredes, pero algo detuvo la línea de abordaje. El profesor Lovell se hizo a un lado para echar un vistazo. Robin lo siguió. En la parte superior de la pasarela, un tripulante estaba reprendiendo a un pasajero, las vocales mordaces en inglés perforaban el frío de la mañana.

'¿No puedes entender lo que estoy diciendo? ¿*Lay ho*? ¿Nada?'

El blanco de su ira era un trabajador chino, encorvado por el peso de la mochila que llevaba colgada del hombro. Si el trabajador pronunció una respuesta, Robin no pudo oírla.

"No entiendo una palabra de lo que digo", se quejó el tripulante. Se volvió hacia la multitud. ¿Alguien puede decirle a este tipo que no puede subir a bordo?

'Oh, ese pobre hombre.' La señora Piper le dio un codazo al brazo del profesor Lovell. '¿Puedes traducir?'

"No hablo el dialecto cantonés", dijo el profesor Lovell. Robin, sube.

Robin vaciló, repentinamente asustada.

'Ir.' El profesor Lovell lo empujó hacia arriba de la tabla.

Robin se tambaleó hacia adelante en la refriega. Tanto el tripulante como el trabajador se giraron para mirarlo. El tripulante simplemente parecía molesto, pero el trabajador parecía aliviado: pareció reconocer de inmediato en el rostro de Robin a un aliado, el único otro chino a la vista.

'¿Qué pasa?' Robin le preguntó en cantonés.

—No me deja subir a bordo —dijo el obrero con urgencia—. 'Pero tengo un contrato con este barco hasta Londres, mira, aquí mismo lo dice'.

Empujó una hoja de papel doblada a Robin.

Robin abrió. El documento estaba escrito en inglés y, de hecho, parecía un contrato de láser: un certificado de pago que duraría la duración de un viaje de Cantón a Londres, para ser específicos. Robin había visto tales contratos antes; se habían vuelto cada vez más comunes en los últimos años a medida que la demanda de sirvientes chinos contratados crecía al mismo tiempo que las dificultades en el extranjero con el comercio de esclavos. Este no era el primer contrato que traducía; había visto órdenes de trabajo para que los trabajadores chinos abordaran destinos tan lejanos como Portugal, India y las Indias Occidentales.

Todo parecía estar en orden para Robin. '¿Entonces, cuál es el problema?'

¿Qué te está diciendo? preguntó el tripulante. Dile que ese contrato no sirve. No puedo tener chinos en este barco. El último barco en el que navegué que transportaba a un chino se ensució con piojos. No me arriesgo con la gente que no puede lavarse. Ni siquiera podía entender la palabra baño si se la gritaba, este. ¿Hola? ¿Niño? ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?'

'Sí, sí.' Robin volvió rápidamente al inglés. 'Sí, solo estoy - dame un momento, solo estoy tratando de. . .'

Pero, ¿qué debería decir?

El trabajador, sin comprender, lanzó a Robin una mirada suplicante. Su cara estaba arrugada y bronceada por el sol, curtida de una manera que lo hacía parecer de sesenta años, aunque probablemente solo tenía treinta y tantos. Todos los lascars envejecieron rápidamente; el trabajo destrozó sus cuerpos. Robin había visto ese rostro mil veces antes en los muelles. Algunos le arrojaron dulces; algunos lo conocían lo suficientemente bien como para saludarlo por su nombre. Asoció ese rostro con los de su propia especie. Pero nunca había visto a uno de sus mayores volverse hacia él con una impotencia tan total.

La culpa le retorció el estómago. Palabras acumuladas en su lengua, palabras crueles y terribles, pero no podía convertirlas en una oración.

'Robin.' El profesor Lovell estaba a su lado, agarrando su hombro con tanta fuerza que le dolía. 'Traduce por favor.'

Todo esto dependía de él, se dio cuenta Robin. La elección fue suya. Solo él podía determinar la verdad, porque solo él podía comunicarla a todas las partes.

Pero, ¿qué podría decir él? Vio la irritación abrasadora del tripulante. Vio el susurro de impaciencia de los otros pasajeros en la cola. Estaban cansados, tenían frío, no podían entender por qué no habían abordado todavía. Sintió el pulgar del profesor Lovell cavando un surco en su clavícula, y un pensamiento lo asaltó, un pensamiento tan aterrador que le hizo temblar las rodillas, que era que si representaba un problema demasiado grande, si provocaba problemas, entonces la condesa de Harcourt podría simplemente dejarlo atrás en tierra también.

'Tu contrato no vale aquí', murmuró al trabajador. Prueba con el siguiente barco.

El trabajador se quedó boquiabierto, incrédulo. '¿Lo leíste? Dice Londres, dice Compañía de las Indias Orientales, dice este barco, el Condesa...

Robin negó con la cabeza. "No es bueno", dijo, y luego repitió esta línea, como si al hacerlo pudiera hacerla realidad. 'No es bueno, tendrás que probar el próximo barco.'

¿Qué tiene de malo? exigió el trabajador.

Robin apenas pudo forzar sus palabras. 'Simplemente no es bueno.'

El trabajador lo miró boquiabierto. Mil emociones atravesaron ese rostro curtido: indignación, frustración y, finalmente, resignación. Robin temía que el trabajador pudiera discutir, pelear, pero pronto se hizo evidente que para este hombre ese trato no era nada nuevo. Esto había sucedido antes. El trabajador dio media vuelta y bajó por la pasarela, empujando a los pasajeros a un lado mientras lo hacía. En unos momentos desapareció de la vista.

Robin se sintió muy mareado. Escapó por la pasarela hasta el lado de la Sra. Piper. 'Tengo frío.'

Oh, estás temblando, pobrecito. Inmediatamente se le echó encima como una mamá gallina, envolviéndolo en su chal. Le dirigió una palabra áspera al profesor Lovell. Suspiró, asintió; luego se apresuraron a pasar al frente de la fila, desde donde los llevaron directamente a sus camarotes mientras un mozo recogía su equipaje y lo llevaba detrás de ellos.

Una hora después, la condesa de Harcourt partía del puerto.

Robin estaba instalado en su litera con una manta gruesa envuelta alrededor de sus hombros, y felizmente se habría quedado allí todo el día, pero la Sra. Piper lo instó a volver a la cubierta para observar la costa que se alejaba. Sintió un dolor agudo en el pecho cuando Canton

desapareció en el horizonte, y luego un vacío crudo, como si un garfio le hubiera arrancado el corazón del cuerpo. No se había registrado hasta ahora que no volvería a pisar su tierra natal durante muchos años, si es que alguna vez lo hacía. No estaba seguro de qué hacer con este hecho. La palabra pérdida era inadecuada. La pérdida solo significaba una carencia, significaba que faltaba algo, pero no abarcaba la totalidad de esta ruptura, este aterrador desarraigo de todo lo que había conocido.

Observó el océano durante mucho tiempo, indiferente al viento, mirando hasta que incluso su visión imaginaria de la costa se desvaneció.

Pasó los primeros días del viaje durmiendo. Todavía se estaba recuperando; La señora Piper insistió en que diera paseos diarios por encima de la cubierta por su salud, pero al principio solo podía hacerlo unos minutos antes de tener que acostarse. Tuvo suerte de no sufrir las náuseas del mareo; una infancia junto a muelles y ríos había habituado sus sentidos a la turbulenta inestabilidad. Cuando se sentía lo suficientemente fuerte como para pasar tardes enteras sobre la cubierta, le encantaba sentarse junto a la barandilla, contemplar las incesantes olas que cambiaban de color con el cielo, sentir el rocío del océano en su rostro.

De vez en cuando, el profesor Lovell charlaba con él mientras paseaban juntos por la cubierta. Robin aprendió rápidamente que el profesor era un hombre preciso y reticente. Ofreció información cuando pensó que Robin la necesitaba, pero por lo demás, estaba feliz de dejar las preguntas.

Le dijo a Robin que residirían en su propiedad en Hampstead cuando llegaran a Inglaterra. No dijo si tenía familia en esa propiedad. Confirmó que le había pagado a la señorita Betty todos esos años, pero no explicó por qué. Insinuó que había conocido a la madre de Robin, que fue como supo la dirección de Robin, pero no dio más detalles sobre la naturaleza de su relación o cómo se conocieron. La única vez que reconoció su relación anterior fue cuando le preguntó a Robin cómo llegó su familia a vivir en esa choza junto al río.

"Eran una familia de comerciantes acomodados cuando los conocí", dijo. Tenía una propiedad en Pekín antes de mudarse al sur. ¿Qué era, apostar? Supongo que fue el hermano, ¿no?

Meses atrás, Robin le habría escupido a cualquiera por hablar tan cruelmente de su familia. Pero aquí, solo en medio del océano sin parientes y sin nada a su nombre, no pudo convocar la ira. No le

quedaba fuego en él. Solo estaba asustado, y muy cansado.

En cualquier caso, todo esto concordaba con lo que le habían dicho a Robin sobre la riqueza anterior de su familia, que se había dilapidado por completo en los años posteriores a su nacimiento. Su madre se había quejado amargamente ya menudo. Robin estaba confuso con los detalles, pero la historia involucraba lo que tantas historias sobre el declive de la dinastía Qing en China: un patriarca que envejece, un hijo derrochador, amigos maliciosos y manipuladores, y una hija indefensa a quien, por alguna razón misteriosa, nadie querría. casar. Una vez, le habían dicho, había dormido en una cuna lacada. Una vez, habían disfrutado de una docena de sirvientes y un chef que cocinaba delicias raras importadas de los mercados del norte. Una vez, habían vivido en una finca que podría haber albergado a cinco familias, con pavos reales vagando por el patio. Pero todo lo que Robin había conocido alguna vez fue la pequeña casa en el río.

"Mi madre dijo que mi tío perdió todo su dinero en las casas de opio", le dijo Robin. Los deudores se apoderaron de su patrimonio y tuvimos que mudarnos. Luego, mi tío desapareció cuando yo tenía tres años, y solo estábamos nosotros, mis tías y mis abuelos. Y la señorita Betty.

El profesor Lovell hizo un murmullo evasivo de simpatía. 'Eso es muy malo.'

Aparte de estas charlas, el profesor pasó la mayor parte del día encerrado en su cabina. Lo veían solo semi-regularmente en el comedor para las cenas; más a menudo, la señora Piper tenía que llenar un plato con bizcocho y cerdo seco y llevárselo a su habitación.

"Está trabajando en sus traducciones", le dijo la señora Piper a Robin. Siempre está recogiendo pergaminos y libros antiguos en estos viajes, ¿sabe?, y le gusta adelantarse a traducirlos al inglés antes de regresar a Londres. Lo mantienen tan ocupado allí (es un hombre muy importante, miembro de la Royal Asiatic Society, ya sabes) y dice que los viajes por mar son el único momento en que encuentra paz y tranquilidad. ¿No es divertido? Compró unos buenos diccionarios de rimas en Macao, cosas preciosas, aunque no me deja tocarlas, las páginas son muy frágiles.

Robin se sorprendió al saber que habían estado en Macao. No había tenido conocimiento de ningún viaje a Macao; ingenuamente, se había imaginado que él era la única razón por la que el profesor Lovell había venido a China. '¿Por cuánto tiempo estuviste ahí? En Macao,

quiero decir.

Oh, dos semanas y algo de cambio. Hubieran sido solo dos, pero nos retuvieron en la aduana. No les gusta dejar que mujeres extranjeras ingresen al continente. Tuve que disfrazarme y fingir ser el tío del profesor, ¿te imaginas?

Dos semanas.

Hace dos semanas, la madre de Robin aún vivía.

¿Estás bien, querida? La señora Piper le revolvió el pelo. 'Te ves pálido.'

Robin asintió y se tragó las palabras que sabía que no podía decir.

No tenía derecho a estar resentido. El profesor Lovell le había prometido todo y no le debía nada. Robin aún no entendía completamente las reglas de este mundo en el que estaba a punto de entrar, pero entendió la necesidad de la gratitud. De deferencia. Uno no fastidiaba a sus salvadores.

¿Quieres que le lleve este plato al profesor? preguntó.

'Gracias cariño. Eso es muy dulce de tu parte. Ven a verme arriba de la cubierta después y veremos la puesta de sol.

Tiempo borroso. El sol salía y se ponía, pero sin la regularidad de la rutina: no tenía quehaceres, ni ir a buscar agua ni recados que hacer, todos los días parecían iguales sin importar la hora. Robin durmió, releyó sus viejos libros y paseó por las cubiertas. De vez en cuando entablaba una conversación con los otros pasajeros, quienes siempre parecían encantados de escuchar un acento londinense casi perfecto en la boca de este pequeño niño oriental. Recordando las palabras del profesor Lovell, se esforzó mucho por vivir exclusivamente en inglés. Cuando aparecían pensamientos en chino, los anulaba.

Él anuló sus recuerdos también. Su vida en Canton, su madre, sus abuelos, una década de correr por los muelles, todo resultó sorprendentemente fácil de deshacerse, tal vez porque este pasaje fue tan discordante, la ruptura tan completa. Había dejado atrás todo lo que conocía. No había nada a lo que aferrarse, nada a lo que escapar. Su mundo ahora era el profesor Lovell, la señora Piper y la promesa de un país al otro lado del océano. Enterró su vida pasada, no porque fuera tan terrible sino porque abandonarla era la única manera de sobrevivir. Se puso su acento inglés como si fuera un abrigo nuevo, ajustó todo lo que pudo de sí mismo para que le quedara bien y, en cuestión de semanas, lo usó con comodidad. En semanas, nadie le pedía que hablara unas pocas palabras en chino para su

entretenimiento. En semanas, nadie parecía recordar que era chino en absoluto.

Una mañana, la Sra. Piper lo despertó muy temprano. Hizo algunos ruidos de protesta, pero ella insistió. Vamos, querida, no querrás perderte esto. Bostezando, se puso una chaqueta. Todavía se estaba frotando los ojos cuando emergieron sobre la cubierta a una mañana fría envuelta en una niebla tan espesa que Robin apenas podía ver la proa del barco. Pero luego la niebla se disipó y una silueta gris negruzca emergió en el horizonte, y ese fue el primer vistazo que Robin tuvo de Londres: la Ciudad de Plata, el corazón del Imperio Británico, y en esa época, la ciudad más grande y rica. en el mundo.

Capitulo dos

Esa vasta metrópolis, La fuente del destino de mi patria
Y del destino de la tierra misma

WILLIAM WORDSWORTH, El preludio

L

ondres era monótono y gris; estaba explotando en color; era un estruendo estridente, lleno de vida; estaba inquietantemente tranquilo, perseguido por fantasmas y cementerios. Mientras la condesa de Harcourt navegaba tierra adentro por el río Támesis hacia los astilleros en el corazón palpitante de la capital, Robin vio de inmediato que Londres era, como Cantón, una ciudad de contradicciones y multitudes, como lo era cualquier ciudad que actuara como boca del mundo.

Pero a diferencia de Canton, Londres tenía un corazón mecánico. Silver zumbaba por la ciudad. Brillaba en las ruedas de los coches y carruajes y en los cascos de los caballos; brillaba desde los edificios debajo de las ventanas y sobre las puertas; yacían enterrados bajo las calles y arriba en los brazos de las torres de los relojes; se exhibía en escaparates cuyos letreros alardeaban con orgullo de las amplificaciones mágicas de sus panes, botas y chucherías. El alma de Londres tenía un timbre agudo y metálico, totalmente diferente del bambú desvencijado y resonante que suscribía a Cantón. Era artificial, metálico: el sonido de un cuchillo chirriando sobre un acero afilado; era el monstruoso laberinto industrial de las 'Obras crueles / De muchas ruedas veo, rueda sin rueda, con engranajes tiránicos, moviéndose por compulsión unos a otros'.*

Londres había acumulado la mayor parte del mineral de plata del mundo y de los idiomas del mundo, y el resultado fue una ciudad que era más grande, más pesada, más rápida y más brillante de lo que permitía la naturaleza. Londres era voraz, engordaba con su botín y todavía, de algún modo, moría de hambre. Londres era a la vez inimaginablemente rica y miserablemente pobre. Londres —hermoso, feo, extenso, estrecho, eructante, olfateador, virtuoso, hipócrita, dorado de plata— estaba cerca de un ajuste de cuentas, porque

llegaría el día en que se devoraría a sí mismo desde adentro o se arrojaría hacia afuera en busca de nuevos manjares, trabajo, capital y cultura de los que alimentarse.

Pero la balanza aún no se había inclinado y la juerga, por ahora, podía mantenerse. Cuando Robin, el profesor Lovell y la señora Piper desembarcaron en el puerto de Londres, los muelles eran un frenesí del comercio colonial en su apogeo. Barcos cargados con cofres de té, algodón y tabaco, sus mástiles y travesaños tachonados con plata que los hacía navegar con mayor rapidez y seguridad, esperaban ser vaciados en preparación para el próximo viaje a la India, a las Indias Occidentales, a África, al Lejano Oriente. Enviaban productos británicos a todo el mundo. Trajeron cofres de plata.

Los lingotes de plata se habían utilizado en Londres, y de hecho, en todo el mundo, durante un milenio, pero desde el apogeo del Imperio español ningún lugar del mundo había sido tan rico o tan dependiente del poder de la plata. El revestimiento plateado de los canales hizo que el agua fuera más fresca y limpia de lo que cualquier río como el Támesis tenía derecho a ser. La plata en las canaletas disfrazó el hedor de la lluvia, el lodo y las aguas residuales con el aroma de rosas invisibles. La plata en las torres del reloj hizo que las campanas repicaran millas y millas más de lo debido, hasta que las notas chocaron discordantemente entre sí por toda la ciudad y el campo.

Silver estaba en los asientos de los taxis Hansom de dos ruedas que el profesor Lovell llamó cuando pasaron la aduana: uno para los tres y otro para sus baúles. Mientras se acomodaban, apretujados el uno contra el otro en el diminuto carruaje, el profesor Lovell se inclinó sobre sus rodillas y señaló una barra de plata incrustada en el suelo del carruaje.

¿Puedes leer lo que dice? preguntó.

Robin se inclinó, entrecerrando los ojos. 'Velocidad. Y . . . ¿Espes?

—Spēs —dijo el profesor Lovell. Es latín. Es la raíz de la palabra inglesa speed, y significa un nexo de cosas que involucran esperanza, fortuna, éxito y alcanzar la meta de uno. Hace que los carruajes funcionen un poco más seguros y rápidos.

Robin frunció el ceño, pasando su dedo por la barra. Parecía tan pequeño, demasiado inocuo para producir un efecto tan profundo. '¿Pero, cómo?' Y una segunda pregunta, más urgente. '¿Yo...?'

'A tiempo.' El profesor Lovell le dio una palmadita en el hombro. Pero sí, Robin Swift. Serás uno de los pocos eruditos en el mundo que

conoce los secretos del trabajo de la plata. Para eso te he traído aquí.

Dos horas en el taxi los llevaron a un pueblo llamado Hampstead, a varios kilómetros al norte de Londres, donde el profesor Lovell era dueño de una casa de cuatro pisos hecha de ladrillo rojo pálido y estuco blanco, rodeada por una generosa franja de pulcros arbustos verdes.

"Tu habitación está en la parte superior", le dijo el profesor Lovell a Robin mientras abría la puerta. Sube las escaleras y gira a la derecha.

La casa estaba muy oscura y fría por dentro. La Sra. Piper se dedicó a abrir las cortinas, mientras Robin arrastraba su baúl por la escalera de caracol y por el pasillo como se le indicó. Su habitación constaba de solo unos pocos muebles (un escritorio, una cama y un sillón) y no tenía adornos ni posesiones, excepto la estantería de la esquina, que estaba repleta de tantos títulos que su preciada colección se sentía insignificante en comparación. .

Robin, curiosa, se acercó. ¿Habían sido preparados esos libros especialmente para él? Parecía poco probable, aunque muchos de los títulos parecían cosas que disfrutaría: solo en el estante superior había una serie de Swifts y Defoes, novelas de sus autores favoritos que no sabía que existían. Ah, estaba Los viajes de Gulliver. Sacó el libro del estante. Parecía muy usado, algunas páginas arrugadas y torcidas y otras manchadas por el té o el café.

Reemplazó el libro, confundido. Alguien más debe haber vivido en esta habitación antes que él. Algún otro chico, tal vez, alguien de su edad, que amaba tanto a Jonathan Swift, que había leído esta copia de Los viajes de Gulliver tantas veces que la tinta en la parte superior derecha donde uno pasaba la página con el dedo comenzaba a desvanecerse.

Pero, ¿quién podría haber sido? Había asumido que el profesor Lovell no tenía hijos.

'¡Robin!' La Sra. Piper gritó desde abajo. Te buscan afuera.

Robin se apresuró a bajar las escaleras. El profesor Lovell esperaba junto a la puerta, mirando con impaciencia su reloj de bolsillo.

¿Te servirá tu habitación? preguntó. '¿Tiene todo lo que necesitas?'

Robin asintió efusivamente. 'Oh sí.'

'Bueno.' El profesor Lovell asintió hacia el taxi que esperaba. Entra, tenemos que convertirte en inglés.

Lo dijo literalmente. Durante el resto de la tarde, el profesor Lovell

llevó a Robin a una serie de diligencias para asimilarlo a la sociedad civil británica. Vieron a un médico que lo pesó, lo examinó y, a regañadientes, lo declaró apto para la vida en la isla: 'Nada de enfermedades tropicales ni pulgas, gracias a Dios. Es un poco pequeño para su edad, pero créalo con carne de cordero y puré y estará bien. Ahora pongamos un pinchazo contra la viruela: súbase la manga, por favor, gracias. No dolerá. Contar hasta tres.' Vieron a un peluquero, que cortó los rizos rebeldes que le llegaban a la barbilla y los convirtió en una melena corta y prolija por encima de las orejas. Vieron a un sombrerero, a un zapatero y finalmente a un sastre, que midió cada centímetro del cuerpo de Robin y le mostró varios rollos de tela entre los que Robin, abrumado, escogió al azar.

A medida que avanzaba la tarde, fueron al juzgado para una cita con un abogado que redactó una serie de documentos que, según le dijeron a Robin, lo convertirían en ciudadano legal del Reino Unido y bajo la tutela del profesor Richard Linton Lovell. .

El profesor Lovell firmó su nombre con una floritura. Entonces Robin se acercó al escritorio del abogado. La superficie era demasiado alta para él, por lo que un empleado arrastró un banco en el que podía pararse.

'Pensé que ya había firmado esto'. Robin miró hacia abajo. El lenguaje parecía bastante similar al contrato de tutela que el profesor Lovell le había dado en Canton.

"Esos fueron los términos entre usted y yo", dijo el profesor Lovell. Esto te convierte en inglés.

Robin examinó el guion en bucle: tutor, huérfano, menor, custodia. '¿Me estás reclamando como un hijo?'

Te estoy reclamando como tutelado. Eso es diferente.'

¿Por qué?, casi preguntó. Algo importante giraba en torno a esa pregunta, aunque todavía era demasiado joven para saber qué era exactamente. Un momento se extendió entre ellos, preñado de posibilidades. El abogado se rascó la nariz. El profesor Lovell se aclaró la garganta. Pero el momento pasó sin comentarios. El profesor Lovell no estaba disponible, y Robin ya sabía que no debía presionar. El firmó.

El sol se había puesto hacía mucho cuando regresaron a Hampstead. Robin preguntó si podía irse a la cama, pero el profesor Lovell lo instó al comedor.

No puedes defraudar a la señora Piper; Ha estado en la cocina toda

la tarde. Al menos empuja tu comida en tu plato por un rato.

La Sra. Piper y su cocina habían disfrutado de una gloriosa reunión. La mesa del comedor, que parecía ridículamente grande para ellos dos solos, estaba repleta de jarras de leche, panecillos blancos, zanahorias y papas asadas, salsa, algo todavía hirviendo a fuego lento en una sopera de plata dorada y lo que parecía un pollo entero glaseado. Robin no había comido desde esa mañana; debería haber estado muerto de hambre, pero estaba tan exhausto que la vista de toda esa comida hizo que se le retorciera el estómago.

En cambio, volvió la mirada hacia un cuadro que colgaba detrás de la mesa. Era imposible ignorarlo; dominaba toda la habitación. Representaba una hermosa ciudad al anochecer, pero no era Londres, pensó. Parecía más digno. Más antiguo.

'Ah. Ahora que,' el profesor Lovell siguió su mirada, 'es Oxford.'

Oxford. Había oído esa palabra antes, pero no estaba seguro de dónde. Intentó analizar el nombre, como hacía con todas las palabras inglesas desconocidas. 'A . . . un centro de comercio de vacas? ¿Es un mercado?

"Una universidad", dijo el profesor Lovell. 'Un lugar donde todas las grandes mentes de la nación puedan congregarse en investigación, estudio e instrucción. Es un lugar maravilloso, Robin.

Señaló un gran edificio abovedado en el medio de la pintura. Esta es la Biblioteca Radcliffe. Y esto —señaló una torre al lado, el edificio más alto del paisaje— es el Instituto Real de Traducción. Aquí es donde enseño y donde paso la mayor parte del año cuando no estoy en Londres.

"Es encantador", dijo Robin.

'Oh sí.' El profesor Lovell habló con una calidez inusual. Es el lugar más hermoso de la tierra.

Extendió las manos en el aire, como si imaginara Oxford ante él. 'Imagínate un pueblo de eruditos, todos investigando las cosas más maravillosas y fascinantes. Ciencias. Matemáticas. Idiomas. Literatura. Imagínese edificio tras edificio llenos de más libros de los que ha visto en toda su vida. Imagina la tranquilidad, la soledad y un lugar sereno para pensar. Él suspiró. 'Londres es un lío balbuceante. Es imposible hacer nada aquí; la ciudad es demasiado ruidosa y exige demasiado de ti. Puedes escapar a lugares como Hampstead, pero el núcleo de los gritos te atrae, te guste o no. Pero Oxford te brinda todas las herramientas que necesitas para tu trabajo (comida, ropa, libros, té) y luego te deja en paz. Es el centro de todo el conocimiento y la

innovación en el mundo civilizado. Y, si progresas lo suficientemente bien en tus estudios aquí,

La única respuesta apropiada aquí parecía ser un silencio asombrado. El profesor Lovell miró con nostalgia la pintura. Robin trató de igualar su entusiasmo, pero no pudo evitar mirar de soslayo al profesor. La suavidad de sus ojos, el anhelo, lo sobresaltaron. En el poco tiempo que lo conocía, Robin nunca había visto al profesor Lovell expresar tal afición por nada.

Las lecciones de Robin comenzaron al día siguiente.

Tan pronto como concluyó el desayuno, el profesor Lovell le indicó a Robin que se lavara y regresara al salón en diez minutos. Allí esperaba un caballero corpulento y sonriente llamado Sr. Felton, de primera clase en Oxford, un hombre de Oriel, eso sí, y sí, se aseguraría de que Robin estuviera a la altura de la velocidad latina de Oxford. El chico estaba comenzando un poco tarde en comparación con sus compañeros, pero si estudiaba mucho, eso podría remediarse fácilmente.

Así comenzó una mañana de memorización de vocabulario básico (agricola, terra, aqua) que fue abrumador, pero luego pareció fácil en comparación con las alucinantes explicaciones de declinaciones y conjugaciones que siguieron. A Robin nunca le habían enseñado los fundamentos de la gramática (sabía lo que funcionaba en inglés porque sonaba bien) y, por lo tanto, al aprender latín, aprendió las partes básicas del idioma mismo. Sustantivo, verbo, sujeto, predicado, cópula; luego los casos nominativo, genitivo, acusativo. . . Absorbió una cantidad asombrosa de material durante las siguientes tres horas y había olvidado la mitad cuando terminó la lección, pero salió con una profunda apreciación del lenguaje y todas las palabras por lo que podía hacer con él.

'Está bien, muchacho.' El Sr. Felton, afortunadamente, era un tipo paciente y parecía simpatizar con la brutalidad mental a la que había sometido a Robin. Te divertirás mucho más una vez que hayamos terminado de sentar las bases. Espera a que lleguemos a Cicero. Miró las notas de Robin. Pero tienes que tener más cuidado con la ortografía.

Robin no podía ver dónde se había equivocado. '¿A qué te refieres?'

Has olvidado casi todas las marcas de macron.

'Vaya.' Robin reprimió un ruido de impaciencia; tenía mucha

hambre y solo quería terminar para poder ir a almorzar. 'Esos.'

El señor Felton golpeó la mesa con los nudillos. Incluso la longitud de una sola vocal importa, Robin Swift. Considere la Biblia. El texto hebreo original nunca especifica qué tipo de fruto prohibido la serpiente persuade a Eva a comer. Pero en latín, malum significa 'malo' y mālum', escribió las palabras para Robin, enfatizando el macron con fuerza, 'significa 'manzana'. Fue un pequeño salto de ahí a culpar a la manzana por el pecado original. Pero por lo que sabemos, el verdadero culpable podría ser un caqui.

El señor Felton partió a la hora del almuerzo, después de asignar una lista de casi cien palabras de vocabulario para memorizar antes de la mañana siguiente. Robin comió solo en el salón, metiéndose mecánicamente jamón y papas en su boca mientras parpadeaba sin comprender su gramática.

¿Más patatas, querida? preguntó la señora Piper.

'No gracias.' La comida pesada, combinada con la fuente diminuta de sus lecturas, le estaba dando sueño. Su cabeza latía; lo que realmente le hubiera gustado entonces era una larga siesta.

Pero no hubo respiro. A las dos en punto, un caballero delgado de patillas grises que se presentó como el señor Chester llegó a la casa y, durante las siguientes tres horas, comenzaron la educación de Robin en griego antiguo.

El griego era un ejercicio para convertir lo familiar en extraño. Su alfabeto se correspondía con el alfabeto romano, pero solo parcialmente, y a menudo las letras no sonaban como se veían: una rho (P) no era una P y una eta (H) no era una H. Al igual que el latín, usaba de conjugaciones y declinaciones, pero había muchos más estados de ánimo, tiempos verbales y voces que seguir. Su inventario de sonidos parecía estar más alejado del inglés que del latín, y Robin se esforzaba por no hacer que los tonos griegos sonaran como los tonos chinos. El Sr. Chester era más duro que el Sr. Felton, y se volvía irritable cuando Robin no paraba de cambiar las terminaciones de sus verbos. Al final de la tarde, Robin se sentía tan perdido que todo lo que podía hacer era simplemente repetir los sonidos que el Sr. Chester le escupió.

El señor Chester se fue a las cinco, después de asignar también una montaña de lecturas que le dolieron a Robin mirar. Llevó los textos a su habitación, luego se tambaleó, con la cabeza dando vueltas, al comedor para cenar.

'¿Cómo fueron tus clases?' preguntó el profesor Lovell.

Robin vaciló. Muy bien.

La boca del profesor Lovell se arqueó en una sonrisa. 'Es un poco demasiado, ¿no?'

Robin suspiró. —Sólo un poco, señor.

Pero esa es la belleza de aprender un nuevo idioma. Debería sentirse como una empresa enorme. Debería intimidarte. Te hace apreciar la complejidad de los que ya conoces.'

—Pero no veo por qué tienen que ser tan complicados —dijo Robin con repentina vehemencia. No pudo evitarlo; su frustración había ido en aumento desde el mediodía. Quiero decir, ¿por qué tantas reglas? ¿Por qué tantos finales? El chino no tiene ninguno de esos; no tenemos tiempos ni declinaciones ni conjugaciones. El chino es mucho más sencillo...

—Te equivocas en eso —dijo el profesor Lovell. Cada idioma es complejo a su manera. El latín simplemente trabaja su complejidad en la forma de la palabra. Su riqueza morfológica es una ventaja, no un obstáculo. Considere la oración Él aprenderá. Tā huì xué. Tres palabras en inglés y chino. En latín, se necesita sólo uno. disco Mucho más elegante, ¿ves?

Robin no estaba seguro de haberlo hecho.

Esta rutina (latín por la mañana, griego por la tarde) se convirtió en la vida de Robin en el futuro previsible. Estaba agradecido por esto, a pesar del trabajo duro. Por fin, tenía algo de estructura para sus días. Se sentía menos desarraigado y desconcertado ahora: tenía un propósito, tenía un lugar, y aunque todavía no podía entender por qué esta vida había recaído en él, de todos los muchachos del puerto en Canton, él asumió sus deberes con diligencia resuelta y sin quejas.

Dos veces por semana tenía prácticas de conversación con el profesor Lovell en mandarín.*Al principio, no podía entender el punto. Estos diálogos se sentían artificiales, forzados y, sobre todo, innecesarios. Ya lo hablaba con fluidez; no tropezó con el recuerdo del vocabulario o las pronunciaciones de la forma en que lo hizo cuando él y el Sr. Felton conversaron en latín. ¿Por qué debería responder preguntas tan básicas como cómo encontró su cena o qué pensaba sobre el clima?

Pero el profesor Lovell se mantuvo firme. "Los idiomas son más fáciles de olvidar de lo que imaginas", dijo. 'Una vez que dejas de vivir en el mundo chino, dejas de pensar en chino'.

"Pero pensé que querías que empezara a pensar en inglés", dijo

Robin, confundido.

"Quiero que vivas en inglés", dijo el profesor Lovell. 'Esto es cierto. Pero todavía necesito que practiques tu chino. Las palabras y frases que crees que están grabadas en tus huesos pueden desaparecer en poco tiempo.

Habló como si esto hubiera sucedido antes.

'Has crecido con bases sólidas en mandarín, cantonés e inglés. Eso es muy afortunado: hay adultos que se pasan la vida tratando de lograr lo que tú tienes. E incluso si lo hacen, solo logran una fluidez pasable, lo suficiente para arreglárselas, si piensan mucho y recuerdan el vocabulario antes de hablar, pero nada parecido a una fluidez nativa donde las palabras salen espontáneamente, sin demora ni trabajo. Tú, por otro lado, ya has dominado las partes más difíciles de dos sistemas lingüísticos: los acentos y el ritmo, esas peculiaridades inconscientes que los adultos tardan una eternidad en aprender, y aun así, no del todo. Pero debes mantenerlos. No puedes desperdiciar tus dones naturales.

'Pero no entiendo,' dijo Robin. 'Si mis talentos están en chino, ¿entonces para qué necesito el latín y el griego?'

El profesor Lovell se rió entre dientes. 'Para entender inglés.'

Pero sé inglés.

No tan bien como crees. Mucha gente lo habla, pero pocos lo conocen realmente, sus raíces y esqueletos. Pero necesita conocer la historia, la forma y las profundidades de un idioma, especialmente si planea manipularlo como algún día aprenderá a hacerlo. Y también necesitarás alcanzar ese dominio del chino. Eso comienza con practicar lo que tienes.'

El profesor Lovell tenía razón. Era, descubrió Robin, sorprendentemente fácil perder un idioma que una vez le había parecido tan familiar como su propia piel. En Londres, sin otro chino a la vista, al menos no en los círculos londinenses donde vivía, su lengua materna sonaba a balbuceo. Pronunciado en ese salón, el más esencialmente inglés de los espacios, no se sentía como si perteneciera. Se sentía inventado. Y lo asustaba, a veces, la frecuencia con la que su memoria fallaba, cómo las sílabas con las que había crecido de repente podían sonar tan desconocidas.

Puso el doble de esfuerzo en chino que en griego y latín. Durante horas al día practicaba escribiendo sus caracteres, trabajando cada trazo hasta lograr una réplica perfecta de los caracteres impresos. Buscó en su memoria para recordar cómo se sentían las

conversaciones en chino, cómo sonaba el mandarín cuando salía naturalmente de su lengua, cuando no tenía que hacer una pausa para recordar los tonos de la siguiente palabra que pronunciaba.

Pero se estaba olvidando. Eso lo aterrorizó. A veces, durante las conversaciones de práctica, se encontraba en blanco en una palabra que solía decir constantemente. Y a veces sonaba, a sus propios oídos, como un marinero europeo imitando al chino sin saber lo que decía.

Sin embargo, podría arreglarlo. Él haría. A través de la práctica, de la memorización, de las composiciones diarias, no era lo mismo que vivir y respirar mandarín, pero se acercaba lo suficiente. Tenía una edad en que el idioma había dejado una impresión permanente en su mente. Pero tenía que intentarlo, intentarlo de verdad, para asegurarse de no dejar de soñar en su lengua materna.

Al menos tres veces por semana, el profesor Lovell recibía una variedad de invitados en su sala de estar. Robin supuso que también debían ser eruditos, porque a menudo venían con montones de libros o manuscritos encuadernados, sobre los que se detenían y debatían hasta altas horas de la noche. Resultó que varios de estos hombres hablaban chino, y Robin a veces se escondía detrás de la barandilla, escuchando a escondidas el sonido muy extraño de los ingleses discutiendo los puntos más finos de la gramática china clásica durante el té de la tarde. 'Es sólo una partícula final', insistía uno de ellos, mientras los otros gritaban: 'Bueno, no todas pueden ser partículas finales'.

El profesor Lovell parecía preferir que Robin se mantuviera fuera de la vista cuando llegaban visitas. Nunca prohibió explícitamente la presencia de Robin, pero hacía una nota para decir que el señor Woodbridge y el señor Ratcliffe estaban de visita a las ocho, lo que Robin interpretó en el sentido de que debía ausentarse.

Robin no tuvo ningún problema con este arreglo. Es cierto que sus conversaciones le resultaban fascinantes: a menudo hablaban de cosas remotas como expediciones a las Indias Occidentales, negociaciones sobre estampados de algodón en la India y disturbios violentos en todo el Cercano Oriente. Pero como grupo, eran aterradores; una procesión de hombres eruditos y solemnes, todos vestidos de negro como una matanza de cuervos, cada uno más intimidante que el anterior.

La única vez que irrumpió en una de estas reuniones fue por accidente. Había estado en el jardín, tomando su turno diario

recomendado por el médico, cuando escuchó al profesor y sus invitados discutiendo en voz alta sobre Canton.

—Napier es un idiota —estaba diciendo el profesor Lovell—. 'Está jugando su mano demasiado pronto, no hay sutileza. El Parlamento no está preparado y además está irritando a los compradores.

—¿Crees que los tories querrán mudarse en algún momento? preguntó un hombre con una voz muy profunda.

'Tal vez. Pero tendrán que conseguir una mejor fortaleza en Cantón si quieren traer barcos.

En ese momento, Robin no pudo evitar aventurarse en la sala de estar. ¿Qué hay de Cantón?

Todos los caballeros se giraron para mirarlo a la vez. Eran cuatro, todos muy altos, y todos con anteojos o monóculo.

¿Qué hay de Cantón? Robin preguntó de nuevo, repentinamente nervioso.

—Cállate —dijo el profesor Lovell. 'Robin, tus zapatos están sucios, estás dejando barro por todas partes. Quítatelos y ve a darte un baño.

Robin insistió. ¿El rey Jorge va a declarar la guerra a Cantón?

No puede declarar la guerra a Cantón, Robin. Nadie declara la guerra a las ciudades.

'Entonces, ¿el rey Jorge va a invadir China?' persistió.

Por alguna razón esto hizo reír a los caballeros.

—Ojalá pudiéramos —dijo el hombre de la voz profunda. 'Haría que toda esta empresa sea mucho más fácil, ¿no?'

Un hombre con una gran barba gris miró a Robin. ¿Y dónde estarían vuestras lealtades? ¿Aquí o en casa?

'Dios mío.' El cuarto hombre, cuyos ojos azul pálido Robin encontró inquietantes, se inclinó para inspeccionarlo, como a través de una enorme e invisible lupa. '¿Este es el nuevo? Es aún más tu viva imagen que el último...

La voz del profesor Lovell atravesó la habitación como un cristal. Hayward.

'Realmente, es asombroso, quiero decir, míralo a los ojos. No el color, sino la forma...

'*Hayward.*

Robin miró de un lado a otro entre ellos, desconcertado.

—Es suficiente —dijo el profesor Lovell—. Robin, vete.

Robin murmuró una disculpa y subió corriendo las escaleras, olvidando las botas embarradas. Por encima del hombro, escuchó fragmentos de la respuesta del profesor Lovell: 'Él no sabe, no me

gusta darle ideas. . . No, Hayward, no lo haré… Pero cuando llegó a la seguridad del descansillo, donde podía inclinarse sobre la barandilla y escuchar sin que lo atraparan, ya habían cambiado el tema a Afganistán.

Esa noche, Robin se paró frente a su espejo, mirándose fijamente la cara durante tanto tiempo que eventualmente comenzó a parecerle extraño.

A sus tías les gustaba decir que tenía el tipo de cara que podía mezclarse en cualquier lugar: su cabello y sus ojos, ambos de un tono marrón más suave que el negro índigo que coloreaba al resto de su familia, podrían haberlo marcado plausiblemente como el hijo. de un marinero portugués o el heredero del emperador Qing. Pero Robin siempre había atribuido esto a algún arreglo accidental de la naturaleza que le atribuía características que podrían haber pertenecido a cualquier parte del espectro de cualquier raza, blanca o amarilla.

Nunca se había preguntado si no sería chino de pura sangre.

Pero ¿cuál era la alternativa? ¿Que su padre era blanco? Que su padre era—

Mira sus ojos.

Esa era una prueba incontrovertible, ¿no?

Entonces, ¿por qué su padre no reclamaría a Robin como suyo? ¿Por qué era solo un pupilo y no un hijo?

Pero incluso entonces, Robin no era demasiado joven para comprender que había algunas verdades que no se podían pronunciar, que la vida normal solo era posible si nunca se reconocían. Tenía un techo sobre su cabeza, tres comidas garantizadas al día y acceso a más libros de los que podría leer en toda su vida. Sabía que no tenía derecho a exigir nada más.

Entonces tomó una decisión. Nunca cuestionaría al profesor Lovell, nunca indagaría en el espacio vacío al que pertenecía la verdad. Mientras el profesor Lovell no lo aceptara como hijo, Robin no intentaría reclamarlo como padre. Una mentira no era mentira si nunca se pronunciaba; las preguntas que nunca se hicieron no necesitaban respuestas. Ambos permanecerían perfectamente satisfechos con demorarse en el espacio liminal e interminable entre la verdad y la negación.

Se secó, se vistió y se sentó en su escritorio para terminar su ejercicio de traducción de la noche. Él y el señor Felton se habían

mudado ahora a Tacitus's Agricola.

Auferre trucidare rapere falsis nominibus imperium atque ubi solitudinem faciunt pacem apelante.

Robin analizó la frase, consultó su diccionario para comprobar que auferre quería decir lo que pensaba y luego escribió su traducción.*

Cuando comenzó el período de Michaelmas a principios de octubre, el profesor Lovell partió hacia Oxford, donde permanecería durante las siguientes ocho semanas. Haría esto para cada uno de los tres términos académicos de Oxford, regresando solo durante los descansos. Robin disfrutó de estos períodos; a pesar de que sus clases no se detuvieron, se sintió posible respirar y relajarse sin riesgo de decepcionar a su guardián a cada paso.

También significaba que, sin el profesor Lovell respirando sobre su hombro, tenía la libertad de explorar la ciudad.

El profesor Lovell no le dio ninguna asignación, pero la señora Piper de vez en cuando le dejaba un pequeño cambio para los billetes, que ahorraba hasta que pudiera llegar a Covent Garden en carruaje. Cuando se enteró por un repartidor de periódicos sobre el servicio de ómnibus tirado por caballos, lo montó casi todos los fines de semana, cruzando el corazón de Londres desde Paddington Green hasta el Banco. Sus primeros viajes solo lo aterrorizaron; varias veces se convenció de que nunca volvería a encontrar el camino de regreso a Hampstead y estaría condenado a vivir su vida como un niño abandonado en las calles. Pero él persistió. Se negó a dejarse intimidar por la complejidad de Londres, porque ¿no era también Cantón un laberinto? Decidió hacer del lugar su hogar caminando cada centímetro de él. Poco a poco, Londres se volvió menos abrumador, menos como un eructo,

Leyó la ciudad. Londres en la década de 1830 estaba explotando con la impresión. Periódicos, revistas, diarios, revistas trimestrales, semanales, mensuales y libros de todos los géneros volaban de los estantes, se arrojaban en los umbrales de las puertas y se vendían desde las esquinas de casi todas las calles. Estudió detenidamente ejemplares de los puestos de periódicos de The Times, Standard y Morning Post; leyó, aunque no comprendió completamente, artículos en revistas académicas como Edinburgh Review y Quarterly Review; leía periódicos satíricos de bajo costo como Figaro en Londres, pseudonoticias melodramáticas como coloridos reportajes sobre crímenes y una serie sobre las confesiones agonizantes de los presos

condenados. Para cosas más baratas, se entretenía con la Gaita Bawbee. Tropezó con una serie llamada The Pickwick Papers de alguien llamado Charles Dickens, que era muy divertido pero parecía odiar mucho a cualquiera que no fuera blanco. Descubrió Fleet Street, el corazón de las publicaciones londinenses, donde los periódicos salían de las imprentas todavía calientes. Volvió allí una y otra vez, trayendo a casa montones de periódicos del día anterior gratis de los montones que estaban tirados en la esquina.

No entendió la mitad de lo que leyó, aunque pudo descifrar todas las palabras individuales. Los textos estaban repletos de alusiones políticas, chistes internos, jerga y convenciones que nunca había aprendido. En lugar de una infancia dedicada a absorberlo todo en Londres, intentó devorar el corpus en su lugar, trató de buscar referencias a cosas como Tories, Whigs, Chartists y Reformers y memorizar cuáles eran. Aprendió qué eran las Leyes del Maíz y qué tenían que ver con un francés llamado Napoleón. Aprendió quiénes eran los católicos y los protestantes, y cómo las (pensaba, al menos) pequeñas diferencias doctrinales entre los dos eran aparentemente un asunto de gran y sangrienta importancia. Aprendió que ser inglés no era lo mismo que ser británico, aunque todavía estaba en apuros para articular la diferencia entre los dos.

Leyó la ciudad y aprendió su idioma. Las palabras nuevas en inglés eran un juego para él, porque al comprender la palabra siempre llegaba a entender algo sobre la historia o la cultura inglesa misma. Se deleitaba cuando las palabras comunes se formaban, inesperadamente, a partir de otras palabras que conocía. Hussy era un compuesto de casa y esposa. Holiday era un compuesto de santo y día. Bedlam vino, inverosímilmente, de Belén. Goodbye fue, increíblemente, una versión abreviada de God be with you. En el East End de Londres se encontró con la jerga de las rimas cockney, que inicialmente presentaba un gran misterio, ya que no tenía ni idea de cómo Hampstead podía llegar a significar 'dientes'.*Pero una vez que aprendió sobre el componente de rima omitido, se divirtió mucho creando el suyo propio. (La Sra. Piper no se divirtió mucho cuando comenzó a referirse a la cena como la 'comida de los santos').*

Mucho después de haber aprendido los significados correctos de las palabras y frases que alguna vez lo habían confundido, su mente aún formaba asociaciones divertidas a su alrededor. Imaginó el Gabinete como una serie de enormes estantes donde los hombres vestidos con disfraces estaban dispuestos como muñecos. Pensó que

los whigs se llamaban así por sus pelucas y los tories por la joven princesa Victoria. Imaginó que Marylebone estaba compuesta de mármol y hueso, que Belgravia era una tierra de campanas y tumbas, y que Chelsea debía su nombre a las conchas y al mar. El profesor Lovell mantuvo un estante de títulos de Alexander Pope en su biblioteca, y durante todo un año Robin pensó que The Rape of the Lock se trataba de fornicación con un perno de hierro en lugar del robo de cabello.*

Se enteró de que una libra valía veinte chelines, y un chelín valía doce peniques; la claridad sobre los florines, los granos y los centavos tendría que llegar con el tiempo. Aprendió que había muchos tipos de británicos, al igual que había muchos tipos de chinos, y que ser irlandés o galés se diferenciaba en aspectos importantes de ser inglés. Se enteró de que la señora Piper era de un lugar llamado Escocia, lo que la convertía en escocesa, y también explicó por qué su acento, cadencioso y rítmico, sonaba tan diferente de la entonación nítida y directa del profesor Lovell.

Aprendió que Londres en 1830 era una ciudad que no podía decidir lo que quería ser. Silver City era el centro financiero más grande del mundo, la vanguardia de la industria y la tecnología. Pero sus beneficios no se repartieron por igual. Londres era tanto una ciudad de obras de teatro en Covent Garden y bailes en Mayfair como una ciudad repleta de barrios marginales alrededor de St Giles. Londres era una ciudad de reformadores, un lugar donde personas como William Wilberforce y Robert Wedderburn habían instado a la abolición de la esclavitud; donde los disturbios de Spa Fields habían terminado con los líderes acusados de alta traición; donde los owenistas habían tratado de que todos se unieran a sus comunidades socialistas utópicas (todavía no estaba seguro de qué era el socialismo); y donde la Vindicación de los derechos de la mujer de Mary Wollstonecraft, publicada hace sólo cuarenta años, había inspirado olas de fuertes, orgullosas feministas y sufragistas a su paso. Descubrió que en el Parlamento, en los ayuntamientos y en las calles, los reformadores de todas las tendencias luchaban por el alma de Londres, mientras que una clase dominante terrateniente conservadora luchaba contra los intentos de cambio en todo momento.

No entendía estas luchas políticas, no entonces. Solo intuía que Londres, e Inglaterra en general, estaban muy divididas sobre lo que era y lo que quería ser. Y entendió que la plata estaba detrás de todo. Porque cuando los radicales escribieron sobre los peligros de la

industrialización y cuando los conservadores lo refutaron con pruebas de la economía en auge; cuando alguno de los partidos políticos hablaba de barrios marginales, vivienda, caminos, transporte, agricultura y manufactura; cuando alguien hablaba sobre Gran Bretaña y el futuro del Imperio, la palabra siempre estaba presente en periódicos, panfletos, revistas e incluso libros de oraciones: plata, plata, plata.

De la señora Piper, aprendió más de lo que había imaginado posible sobre la comida inglesa e Inglaterra. Adaptarse a este nuevo paladar tomó algún tiempo. Nunca había pensado mucho en la comida cuando vivía en Canton: las gachas, los bollos al vapor, las albóndigas y los platos de verduras que componían sus comidas diarias no le habían parecido nada especial. Eran los alimentos básicos de la dieta de una familia pobre, muy lejos de la alta cocina china. Ahora estaba asombrado por lo mucho que los extrañaba. Los ingleses hacían uso regular de solo dos sabores, salado y no salado, y no parecían reconocer ninguno de los otros. Para un país que se beneficiaba tanto del comercio de especias, sus ciudadanos se mostraban violentamente reacios a utilizarlas; en todo su tiempo en Hampstead, nunca probó un plato que pudiera describirse correctamente como 'sazonado', y mucho menos 'picante'.

Obtuvo más placer en aprender sobre la comida que en comerla. Esta educación llegó espontáneamente: la querida señora Piper era del tipo hablador y felizmente sermonearía mientras servía el almuerzo si Robin mostraba el más mínimo interés en lo que había en su plato. Le dijeron que las papas, que encontraba bastante sabrosas en cualquier forma, no debían servirse en compañía importante, ya que se consideraban de clase baja. Descubrió que los platos de plata dorada recientemente inventados se usaban para mantener la comida caliente durante una comida, pero que era de mala educación revelar este engaño a los invitados, por lo que las barras siempre estaban incrustadas en el fondo de los platos. Aprendió que la práctica de servir la comida en platos sucesivos fue adoptada por los franceses, y que la razón por la que aún no era una norma universal era un resentimiento persistente hacia ese hombrecito, Napoleón. Él aprendió, pero no entendía del todo las sutiles distinciones entre almuerzo, almuerzo y cena al mediodía. Se enteró de que tenía que agradecer a los católicos romanos por sus pasteles de queso con almendras favoritos, ya que la prohibición de los productos lácteos

durante los días de ayuno había obligado a los cocineros ingleses a innovar con la leche de almendras.

Una noche, la señora Piper sacó un círculo plano y redondo: una especie de masa horneada que había sido cortada en gajos triangulares. Robin tomó uno y tentativamente mordió la esquina. Era muy espeso y harinoso, mucho más denso que los panecillos blancos y esponjosos que su madre solía cocinar al vapor todas las semanas. No fue desagradable, solo sorprendentemente pesado. Tomó un gran trago de agua para guiar el bolo hacia abajo y luego preguntó: '¿Qué es esto?'

—Eso es un bannock, querida —dijo la señora Piper—.

—Scone —corrigió el profesor Lovell—.

Es propiamente un bannock...

"Los bollos son las piezas", dijo el profesor Lovell. El bannock es todo el pastel.

'Ahora mira aquí, esto es un bannock, y todas las pequeñas piezas también son bannocks. Los scones son esas cosas secas y desmenuzables que a los ingleses les encanta meterse en la boca...

—Supongo que está exceptuando sus propios bollos, señora Piper. Nadie en su sano juicio los acusaría de estar secos.

La señora Piper no sucumbió a los halagos. Es un bannock. Son bannocks. Mi abuela los llamaba bannocks, mi madre los llamaba bannocks, así que bannocks son.

¿Por qué... por qué se llaman bannocks? preguntó Robin. El sonido de la palabra le hizo imaginar un monstruo de las colinas, una cosa con garras y cartílago que no estaría satisfecho a menos que se le ofreciera un sacrificio de pan.

—Por el latín —dijo el profesor Lovell—. 'Bannock proviene de panicium, que significa "pan horneado".'

Esto parecía plausible, aunque decepcionantemente mundano. Robin dio otro bocado al bannock, o bollo, y esta vez disfrutó de la forma espesa y satisfactoria en que se asentó en su estómago.

Él y la Sra. Piper se unieron rápidamente por un profundo amor por los bollos. Los hizo de todas formas: sencillos, servidos con un poco de nata y mermelada de frambuesa; salado y salpicado de queso y cebollino con ajo; o salpicado de trocitos de frutos secos. A Robin le gustaban más los simples: ¿por qué arruinar lo que, en su opinión, era perfecto desde la concepción? Acababa de aprender sobre las formas platónicas y estaba convencido de que los bollos eran el ideal platónico del pan. Y la nata de la señora Piper era maravillosa, ligera,

con sabor a nuez y refrescante a la vez. Algunas familias hirvieron leche a fuego lento durante casi un día completo en la estufa para obtener esa capa de crema encima, le dijo, pero la Navidad pasada, el profesor Lovell le había traído un ingenioso artilugio de plata que podía separar la crema en segundos.

Sin embargo, al profesor Lovell le gustaban menos los bollos simples, por lo que los bollos sultanas eran el alimento básico de sus tés de la tarde.

'¿Por qué se llaman sultanas?' preguntó Robin. Son sólo pasas, ¿verdad?

—No estoy segura, querida —dijo la señora Piper. 'Tal vez es de donde son. Sultana suena bastante oriental, ¿no? Richard, ¿dónde se cultivan? ¿India?'

—Asia Menor —dijo el profesor Lovell—. Y son sultanas, no sultanes, porque no tienen semillas.

La señora Piper le guiñó un ojo a Robin. 'Bueno, ahí lo tienes. Se trata de las semillas.

Robin no entendió esta broma, pero sabía que no le gustaban las sultanas en sus bollos; cuando el profesor Lovell no estaba mirando, tomaba sus pasas sultanas, untaba el bollo desnudo con crema coagulada y se lo metía en la boca.

Además de los bollos, la otra gran indulgencia de Robin eran las novelas. Las dos docenas de tomos que había recibido cada año en Canton habían sido un goteo escaso. Ahora tenía acceso a una verdadera inundación. Nunca se quedaba sin un libro, pero tenía que ser creativo para introducir la lectura de ocio en su horario: leía en la mesa, devoraba las comidas de la señora Piper sin pensar dos veces en lo que se estaba metiendo en la boca; leía mientras paseaba por el jardín, aunque esto lo mareaba; incluso trató de leer en el baño, pero las huellas dactilares húmedas y arrugadas que dejó en una nueva edición de Colonel Jack de Defoe lo avergonzaron lo suficiente como para que abandonara la práctica.

Le gustaban las novelas más que cualquier otra cosa. Las series de Dickens estaban bien y eran divertidas, pero qué placer era tener en sus manos el peso de una historia completa y terminada. Leía cualquier género que pudiera tener en sus manos. Disfrutó de toda la obra de Jane Austen, aunque tuvo que consultar mucho con la señora Piper para comprender las convenciones sociales descritas por Austen. (¿Dónde estaba Antigua? ¿Y por qué Sir Thomas Bertram siempre iba

allí?*) Devoró la literatura de viajes de Thomas Hope y James Morier, a través de los cuales conoció a los griegos y los persas, o al menos a alguna versión fantasiosa de ellos. Disfrutó mucho con el Frankenstein de Mary Shelley, aunque no podía decir lo mismo de los poemas de su marido, menos talentoso, a quien encontraba demasiado dramático.

A su regreso de Oxford ese primer trimestre, el profesor Lovell llevó a Robin a una librería: Hatchards en Piccadilly, justo enfrente de Fortnum & Mason. Robin se detuvo frente a la entrada pintada de verde, boquiabierto. Había pasado por librerías muchas veces durante sus paseos por la ciudad, pero nunca imaginó que le dejarían entrar. De algún modo había desarrollado la idea de que las librerías eran solo para adultos ricos, que si se atrevía a entrar lo sacarían de la oreja.

El profesor Lovell sonrió cuando vio a Robin dudando en las puertas.

"Y esto es sólo una tienda para el público", dijo. Espera hasta que veas una biblioteca universitaria.

En el interior, el embriagador olor a polvo de madera de los libros recién impresos era abrumador. Si el tabaco oliera así, pensó Robin, lo inhalaría todos los días. Dio un paso hacia el estante más cercano, la mano levantada tentativamente hacia los libros en exhibición, demasiado asustado para tocarlos, parecían tan nuevos y nítidos; sus lomos estaban intactos, sus páginas suaves y brillantes. Robin estaba acostumbrado a tomos gastados y empapados; incluso sus gramáticas clásicas tenían décadas de antigüedad. Estas cosas brillantes y recién encuadernadas parecían una clase diferente de objetos, cosas para ser admiradas desde la distancia en lugar de tocarlas y leerlas.

—Elige uno —dijo el profesor Lovell. 'Deberías conocer la sensación de adquirir tu primer libro.'

¿Elegir uno? ¿Solo uno, de todos estos tesoros? Robin no sabía distinguir el primer título del segundo, y estaba demasiado deslumbrado por la gran cantidad de texto para hojear y decidir. Sus ojos se posaron en un título: The King's Own de Frederick Marryat, un autor con el que, hasta el momento, no estaba familiarizado. Pero nuevo, pensó, era bueno.

'Mmm, casarse No lo he leído, pero me han dicho que es popular entre los chicos de tu edad. El profesor Lovell le dio la vuelta al libro en sus manos. '¿Éste, entonces? ¿Estás seguro?'

Robin asintió. Si no se decidía ahora, lo sabía, nunca se iría. Era como un hombre hambriento en una pastelería, deslumbrado por sus

opciones, pero no quería poner a prueba la paciencia del profesor.

Afuera, el profesor le entregó el paquete envuelto en papel marrón. Robin la abrazó contra su pecho, obligándose a no rasgarla hasta que regresaran a casa. Agradeció efusivamente al profesor Lovell y se detuvo solo cuando notó que esto hacía que el profesor pareciera algo incómodo. Pero luego el profesor le preguntó si se sentía bien al tener el nuevo libro en sus manos. Robin estuvo de acuerdo con entusiasmo y, por primera vez que podía recordar, intercambiaron sonrisas.

Robin tenía planeado guardar The King's Own hasta ese fin de semana, cuando tuvo toda una tarde sin clases para saborear lentamente sus páginas. Pero llegó el jueves por la tarde y descubrió que no podía esperar. Después de que el Sr. Felton se fue, devoró el plato de pan y queso que la Sra. Piper había dejado y corrió escaleras arriba a la biblioteca, donde se acurrucó en su sillón favorito y comenzó a leer.

Quedó encantado de inmediato. The King's Own era una historia de hazañas navales; de venganza, osadía y lucha; de batallas navales y viajes lejanos. Su mente se desvió hacia su propio viaje desde Cantón, y reformuló esos recuerdos en el contexto de la novela, se imaginó a sí mismo luchando contra piratas, construyendo balsas, ganando medallas por valentía y valor...

La puerta se abrió.

'¿Qué estás haciendo?' preguntó el profesor Lovell.

Robin miró hacia arriba. Su imagen mental de la Royal Navy navegando en aguas agitadas había sido tan vívida que le tomó un momento recordar dónde estaba.

'Robin', dijo de nuevo el profesor Lovell, '¿qué estás haciendo?'

De repente, la biblioteca se sintió muy fría; la tarde dorada se oscureció. Robin siguió la mirada del profesor Lovell hasta el reloj que hacía tictac sobre la puerta. Había olvidado por completo la hora. Pero esas manos no podían tener razón, no podían haber pasado tres horas desde que se sentó a leer.

—Lo siento —dijo, todavía algo aturdido—. Se sentía como un viajero de muy lejos, sacado del Océano Índico y dejado caer en este oscuro y frío estudio. —No lo hice… perdí la noción del tiempo.

No podía leer la expresión del profesor Lovell en absoluto. Eso lo asustó. Ese muro inescrutable, ese vacío inhumano, era infinitamente más aterrador de lo que hubiera sido la furia.

"El señor Chester ha estado abajo durante más de una hora", dijo el

profesor Lovell. No lo habría hecho esperar ni diez minutos, pero acabo de regresar a la casa.

El estómago de Robin se retorció con culpa. Lo siento mucho, señor...

'¿Qué estás leyendo?' El profesor Lovell interrumpió.

Robin vaciló por un momento, luego le tendió The King's Own.*'El libro que me compró, señor, hay una gran batalla en marcha, solo quería ver qué...'

¿Crees que importa de qué trata ese libro infernal?

En los años venideros, cada vez que Robin recordaba ese recuerdo, se horrorizaba por la desfachatez con la que había actuado a continuación. Debió haber estado aterrorizado, porque era absurdamente tonto, en retrospectiva, cómo simplemente había cerrado el libro Marryat y se había dirigido a la puerta, como si simplemente pudiera apresurarse a ir a clase, como si una falla de esta magnitud. podría olvidarse tan fácilmente.

Mientras se acercaba a la puerta, el profesor Lovell retiró la mano y golpeó con fuerza la mejilla izquierda de Robin con los nudillos.

La fuerza del golpe lo tiró al suelo. No registró tanto dolor como conmoción; la reverberación en sus sienes no dolía, todavía no – eso vino más tarde, después de que pasaron varios segundos y la sangre comenzó a subir a su cabeza.

El profesor Lovell no había terminado. Cuando Robin se puso de rodillas, aturdido, el profesor sacó el atizador de junto a la chimenea y lo balanceó en diagonal contra el lado derecho del torso de Robin. Luego lo bajó de nuevo. Y otra vez.

Robin habría estado más asustado si alguna vez hubiera sospechado que el profesor Lovell era violento, pero esta golpiza fue tan inesperada, tan completamente fuera de lugar, que se sintió surrealista más que cualquier otra cosa. No se le ocurrió rogar, ni llorar, ni siquiera gritar. Incluso cuando el atizador crujió contra sus costillas por octava, novena, décima vez, incluso cuando sintió el sabor de la sangre en sus dientes, todo lo que sintió fue un profundo desconcierto de que esto estuviera sucediendo. Se sentía absurdo. Parecía estar atrapado en un sueño.

El profesor Lovell tampoco parecía un hombre en medio de una furia tempestuosa. No estaba gritando; sus ojos no eran salvajes; sus mejillas ni siquiera se habían puesto rojas. Parecía simplemente, con cada golpe duro y deliberado, estar intentando infligir el máximo dolor con el mínimo riesgo de daño permanente. Porque no golpeó la

cabeza de Robin, ni aplicó tanta fuerza que las costillas de Robin se rompieran. No; solo hizo moretones que podían ocultarse fácilmente y que, con el tiempo, sanarían por completo.

Sabía muy bien lo que estaba haciendo. Parecía haber hecho esto antes.

Después de doce golpes, todo se detuvo. Con el mismo aplomo y precisión, el profesor Lovell devolvió el atizador a la repisa de la chimenea, dio un paso atrás y se sentó a la mesa, observando a Robin en silencio mientras el niño se ponía de rodillas y se limpiaba la sangre, lo mejor que podía, de su rostro.

Después de un silencio muy largo, habló. Cuando te traje de Cantón, dejé claras mis expectativas.

Un sollozo finalmente se acumuló en la garganta de Robin, una reacción emocional retrasada y ahogada, pero se tragó. Estaba aterrorizado de lo que haría el profesor Lovell si hacía ruido.

—Levántate —dijo fríamente el profesor Lovell. 'Siéntate.'

Automáticamente, Robin obedeció. Uno de sus molares se sentía flojo. Lo probó, haciendo una mueca cuando un chorro de sangre fresca y salada cubrió su lengua.

"Mírame", dijo el profesor Lovell.

Robin levantó los ojos.

"Bueno, eso es algo bueno de ti", dijo el profesor Lovell. 'Cuando te golpean, no lloras.'

La nariz de Robin se erizó. Las lágrimas amenazaron con estallar, y él se esforzó por contenerlas. Sintió como si le clavaran un clavo en las sienes. Estaba tan abrumado por el dolor que no podía respirar, y aun así parecía que lo más importante era no mostrar ningún indicio de sufrimiento. Nunca se había sentido tan miserable en su vida. Quería morir.

"No toleraré la pereza bajo este techo", dijo el profesor Lovell. La traducción no es una ocupación fácil, Robin. Exige concentración. Disciplina. Ya está en desventaja por su falta de educación temprana en latín y griego, y solo tiene seis años para compensar la diferencia antes de comenzar en Oxford. No puedes perezoso. No puedes perder el tiempo soñando despierto.

Él suspiró. Basándome en los informes de la señorita Slate, esperaba que te hubieras convertido en un chico diligente y trabajador. Ahora veo que me equivoqué. La pereza y el engaño son rasgos comunes entre los de tu especie. Por eso China sigue siendo un país indolente y atrasado mientras sus vecinos se precipitan hacia el

progreso. Eres, por naturaleza, tonto, de mente débil y poco inclinado al trabajo duro. Debes resistir estos rasgos, Robin. Debes aprender a vencer la contaminación de tu sangre. He apostado mucho a tu capacidad para hacerlo. Demuéstrame que valió la pena, o compra tu propio pasaje de regreso a Cantón. Él ladeó la cabeza. ¿Desea volver a Cantón?

Robin tragó saliva. 'No.'

Lo dijo en serio. Incluso después de esto, incluso después de las miserias de sus clases, no podía imaginar un futuro alternativo para sí mismo. Cantón significaba pobreza, insignificancia e ignorancia. Cantón significaba la peste. Canton significaba no más libros. Londres significaba todas las comodidades materiales que podía pedir. Londres significaba, algún día, Oxford.

Entonces decídete ahora, Robin. Dedícate a sobresalir en tus estudios, haz los sacrificios que eso implica y prométeme que nunca más me avergonzarás tanto. O llévate el primer paquete a casa. Volverás a las calles sin familia, sin habilidades y sin dinero. Nunca volverás a tener el tipo de oportunidades que te estoy ofreciendo. Solo soñarás con volver a ver Londres, y mucho menos a Oxford. Nunca jamás tocarás una barra de plata. El profesor Lovell se echó hacia atrás, observando a Robin con ojos fríos y escrutadores. 'Asi que. Escoger.'

Robin susurró una respuesta.

'Más fuerte. En inglés.'

—Lo siento —dijo Robin con voz ronca. 'Quiero quedarme.'

'Bueno.' El profesor Lovell se puso de pie. El señor Chester está esperando abajo. Recupérate y ve a clase.

De alguna manera, Robin sobrevivió a toda la clase, sollozando, demasiado aturdido para concentrarse, un gran moretón florecía en su rostro mientras su torso palpitaba por una docena de heridas invisibles. Afortunadamente, Chester no dijo nada sobre el incidente. Robin revisó una lista de conjugaciones y se equivocó todas. El señor Chester lo corrigió pacientemente en un tono agradable aunque forzadamente uniforme. La tardanza de Robin no había acortado la clase: pasaron mucho más allá de la hora de la cena y esas fueron las tres horas más largas de la vida de Robin.

A la mañana siguiente, el profesor Lovell actuó como si nada hubiera pasado. Cuando Robin bajó a desayunar, el profesor le preguntó si había terminado sus traducciones. Robin dijo que sí. La

señora Piper trajo huevos y jamón para el desayuno, y comieron en un silencio algo frenético. Le dolía masticar y, a veces, tragar (la cara de Robin se había hinchado aún más durante la noche), pero la señora Piper solo sugirió que cortara el jamón en trozos más pequeños cuando tosiera. Todos terminaron su té. La señora Piper retiró los platos y Robin fue a buscar sus libros de texto de latín antes de que llegara el señor Felton.

A Robin nunca se le ocurrió correr, ni entonces, ni una sola vez en las semanas siguientes. Algún otro niño podría haberse asustado, podría haber aprovechado la primera oportunidad para escapar a las calles de Londres. Cualquier otro niño apto para un trato mejor y más amable podría haberse dado cuenta de que tal indiferencia por parte de adultos como la señora Piper, el señor Felton y el señor Chester hacia un niño de once años gravemente magullado estaba terriblemente mal. Pero Robin estaba tan agradecido por este regreso al equilibrio que no podía ni siquiera resentirse por lo que había sucedido.

Después de todo, nunca volvió a suceder. Robin se aseguró de que no. Pasó los siguientes seis años estudiando hasta el agotamiento. Con la amenaza de la expatriación acechando constantemente sobre él, dedicó su vida a convertirse en el estudiante que el profesor Lovell quería ver.

El griego y el latín se volvieron más entretenidos después del primer año, después de reunir suficientes componentes básicos de cada idioma para juntar fragmentos de significado para sí mismo. A partir de ese momento, cada vez que encontraba un nuevo texto se sentía menos como si estuviera andando a tientas en la oscuridad y más como llenando los espacios en blanco. Descubrir la formulación gramatical precisa de una frase que lo había estado frustrando le dio el mismo tipo de satisfacción que obtenía al volver a colocar un libro en su lugar o encontrar un calcetín perdido: todas las piezas encajaban y todo estaba completo y completo.

En latín, leyó a Cicerón, Tito Livio, Virgilio, Horacio, César y Juvenal; en griego, abordó a Jenofonte, Homero, Lisias y Platón. Con el tiempo, se dio cuenta de que era bastante bueno en idiomas. Su memoria era fuerte y tenía un don para los tonos y el ritmo. Pronto alcanzó un nivel de fluidez tanto en griego como en latín que cualquier estudiante de Oxford habría envidiado. Con el tiempo, el profesor Lovell dejó de comentar sobre su inclinación heredada a la pereza y, en cambio, asintió con aprobación ante cada actualización

sobre el rápido progreso de Robin a través del canon.

La historia, mientras tanto, marchaba a su alrededor. En 1830, el rey Jorge IV había muerto y le sucedió su hermano menor, Guillermo IV, el eterno conciliador que no complacía a nadie. En 1831, otra epidemia de cólera arrasó Londres, dejando a su paso treinta mil muertos. La peor parte de su impacto recayó sobre los pobres y los indigentes; aquellos que vivían en habitaciones estrechas y estrechas que no podían escapar de los miasmas contaminados de los demás. *Pero el vecindario de Hampstead estaba intacto: para el profesor Lovell y sus amigos en sus remotas propiedades amuralladas, la epidemia era algo para mencionar de pasada, hacer una mueca de simpatía y olvidar rápidamente.

En 1833, sucedió algo trascendental: se abolió la esclavitud en Inglaterra y sus colonias, para ser reemplazada por un período de aprendizaje de seis años como transición a la libertad. Entre los interlocutores del profesor Lovell, esta noticia se tomó con la leve decepción de un partido de cricket perdido.

—Bueno, eso nos ha arruinado las Indias Occidentales —se quejó el señor Hallows. Los abolicionistas con su maldita moralización. Sigo creyendo que esta obsesión por la abolición es producto de la necesidad de los británicos de al menos sentirse culturalmente superiores ahora que han perdido Estados Unidos. ¿Y por qué motivos? No es que esos pobres tipos no estén igualmente esclavizados en África bajo esos tiranos a los que llaman reyes.*

"Todavía no renunciaría a las Indias Occidentales", dijo el profesor Lovell. Siguen permitiendo una especie de trabajo forzoso legal...

"Pero sin propiedad, le quita los dientes a todo".

Aunque tal vez eso sea lo mejor: después de todo, los libertos trabajan mejor que los esclavos y, de hecho, la esclavitud es más cara que un mercado laboral libre...

Has estado leyendo demasiado sobre Smith. Hobart y MacQueen tuvieron la idea correcta: simplemente pasar de contrabando un barco lleno de chinos,*eso hará el truco. Son tan laboriosos y ordenados que Richard debería saber...

'No, Richard piensa que son flojos, ¿no es así, Richard?'

'Ahora, lo que deseo', interrumpió el Sr. Ratcliffe, 'es que todas estas mujeres dejen de participar en esos debates contra la esclavitud. Se ven demasiado a sí mismos en su situación; les mete ideas en la cabeza.

'¿Qué,' preguntó el profesor Lovell, 'está la señora Ratcliffe

insatisfecha con su situación doméstica?'

"Le gustaría pensar que es un salto y un salto de la abolición al sufragio femenino". Ratcliffe dejó escapar una risa desagradable. 'Ese sería el día.'

Y con eso, la conversación giró hacia el absurdo de los derechos de las mujeres.

Nunca, pensó Robin, entendería a estos hombres, que hablaban del mundo y sus movimientos como un gran juego de ajedrez, donde los países y los pueblos eran piezas que se movían y manipulaban a voluntad.

Pero si el mundo era un objeto abstracto para ellos, lo era aún más para él, porque no tenía ningún interés en ninguno de estos asuntos. Robin procesó esa era a través del mundo miope de Lovell Manor. Las reformas, los levantamientos coloniales, las revueltas de esclavos, el sufragio femenino y los últimos debates parlamentarios no significaban nada para él. Todo lo que importaba eran las lenguas muertas que tenía delante y el hecho de que un día, un día que se acercaba cada vez más a medida que pasaban los años, se matricularía en la universidad que solo conocía por la pintura en la pared: la ciudad del conocimiento. la ciudad de las torres de ensueño.

Todo terminó sin circunstancia, sin celebración. Un día, el Sr. Chester le dijo a Robin mientras empacaba sus libros que había disfrutado de sus lecciones y que le deseaba lo mejor en la universidad. Así fue como Robin descubrió que lo enviarían a Oxford la semana siguiente.

"Oh, sí", dijo el profesor Lovell cuando se le preguntó. '¿Olvidé decírtelo? He escrito a la universidad. Te estarán esperando.

Supuestamente hubo un proceso de solicitud, algún intercambio de cartas de presentación y garantías de financiamiento que aseguraron su puesto. Robin no estaba involucrado en nada de esto. El profesor Lovell simplemente le informó que debía mudarse a su nuevo alojamiento el 29 de septiembre, por lo que sería mejor que tuviera las maletas listas para la noche del 28. Llegarás unos días antes del comienzo del trimestre. Cabalgaremos juntos.

La noche antes de irse, la señora Piper horneó a Robin un plato de galletas pequeñas, duras y redondas, tan ricas y quebradizas que parecían derretirse en su boca.

"Es pan dulce", explicó. 'Ahora, están muy ricas, así que no las comas todas a la vez. No los hago mucho, ya que Richard cree que el azúcar arruina a un niño, pero te lo mereces.

—Pan dulce —repitió Robin. '¿Porque no duran mucho?'

Habían estado jugando a este juego desde la noche del debate del bannock.

'No querido.' Ella rió. 'Por el desmoronamiento. La grasa “acorta” la masa. Eso es lo que significa corto, ya sabes, así es como obtenemos la palabra acortamiento.

Se tragó el bulto dulce y grasoso y lo persiguió con un trago de leche. —Echaré de menos sus lecciones de etimología, señora Piper.

Para su sorpresa, sus ojos se pusieron rojos en las esquinas. Su voz se hizo espesa. —Escribe a casa cada vez que necesites un saco de víveres —dijo—. No sé mucho de lo que sucede dentro de esas universidades, pero sé que su comida es horrible.

Capítulo tres

Pero esto nunca será: a nosotros nos queda
Una ciudad que no tiene nada de la bestia,
Eso no fue construido para ganancias materiales brutas,
Poder agudo y lobuno o festín saciado del imperio.

CS LEWIS, 'Oxford'

TA la mañana siguiente, Robin y el profesor Lovell tomaron un taxi hasta una estación en el centro de Londres, donde se trasladaron a una diligencia con destino a Oxford. Mientras esperaban para abordar, Robin se entretuvo tratando de adivinar la etimología de diligencia. Entrenador era obvio, pero ¿por qué etapa? ¿Fue porque el carruaje plano y ancho se parecía a un escenario? ¿Porque comparsas enteras de actores podrían haber viajado así, o actuado encima de una? Pero eso fue un tramo. Un carruaje se parecía a muchas cosas, pero no podía imaginar cómo un escenario, una plataforma pública elevada, era la asociación obvia. ¿Por qué no un entrenador de baloncesto? ¿Un omnicoach?

"Porque el viaje ocurre en etapas", explicó el profesor Lovell cuando Robin se dio por vencido. Los caballos no quieren correr todo el camino de Londres a Oxford y, por lo general, nosotros tampoco. Pero detesto las posadas para viajeros, así que estamos haciendo la carrera de un solo día; Son unas diez horas sin paradas, así que usa ese baño antes de irnos.

Compartieron su diligencia con otros nueve pasajeros: una pequeña familia bien vestida de cuatro y un grupo de caballeros encorvados con trajes grises y coderas que Robin supuso que eran todos profesores. Robin se sentó apretado entre el profesor Lovell y uno de los hombres trajeados. Era demasiado temprano para conversar. Mientras el carruaje rebotaba sobre los adoquines, los pasajeros dormitaban o miraban fijamente en varias direcciones.

A Robin le tomó un tiempo darse cuenta de que la mujer frente a él estaba mirando su tejido. Cuando él la miró a los ojos, ella se volvió rápidamente hacia el profesor Lovell y le preguntó: '¿Es un oriental?'

El profesor Lovell sacudió la cabeza hacia arriba, despertado del sueño. '¿Le ruego me disculpe?'

—Estaba preguntando por tu hijo —dijo la mujer. ¿Es de Pekín?

Robin miró al profesor Lovell, repentinamente muy curiosa por lo que podría decir.

Pero el profesor Lovell se limitó a negar con la cabeza. —Cantón —dijo secamente. 'Más al sur.'

'Ah,' dijo la mujer, claramente decepcionada cuando él no dio más detalles.

El profesor Lovell volvió a dormirse. La mujer volvió a mirar a Robin de arriba abajo con una curiosidad ansiosa e inquietante, y luego centró su atención en sus hijos. Robin permaneció en silencio. De repente su pecho se sintió muy apretado, aunque no podía entender por qué.

Los niños no dejaban de mirarlo; sus ojos estaban muy abiertos y sus bocas abiertas de una manera que habría sido preciosa si no hicieran sentir a Robin como si le hubiera brotado otra cabeza. Después de un momento, el niño tiró de la manga de su madre y la obligó a agacharse para poder susurrarle al oído.

'Vaya.' Ella se rió y luego miró a Robin. Le gustaría saber si puedes ver.

'¿Yo que?'

'¿Si puedes ver?' La mujer levantó la voz y pronunció en exceso cada sílaba, como si Robin tuviera dificultades para oír. (Esto le había sucedido a menudo a Robin en La condesa de Harcourt; nunca pudo entender por qué la gente trataba a los que no entendían inglés como si fueran sordos.) 'Con tus ojos así, ¿puedes verlo todo? ¿O es sólo en pequeñas ranuras?'

—Puedo ver perfectamente bien —dijo Robin en voz baja—.

El niño, decepcionado, centró su atención en pellizcar a su hermana. La mujer siguió tejiendo como si nada.

La pequeña familia se bajó en Reading. Robin descubrió que respiraba con más facilidad cuando se habían ido. También podía estirar las piernas sobre el pasillo para dar un respiro a sus rodillas rígidas sin que la madre le lanzara una mirada de sobresalto y suspicacia, como si lo hubiera sorprendido en el acto de robarse los bolsillos.

Las últimas diez o más millas hasta Oxford fueron un tramo idílico de verdes pastos, salpicado ocasionalmente por rebaños de vacas. Robin trató de leer una guía titulada La Universidad de Oxford y sus facultades, pero se encontró con un dolor de cabeza palpitante, por lo

que comenzó a quedarse dormido. Algunas diligencias estaban equipadas con piezas plateadas para que el viaje se sintiera tan suave como patines sobre hielo, pero el suyo era un modelo más antiguo y los empujones constantes eran agotadores. Se despertó con el ruido de las ruedas contra los adoquines y miró a su alrededor para descubrir que habían llegado a la mitad de High Street, justo frente a las puertas amuralladas de su nuevo hogar.

Oxford estaba compuesto por veintidós colegios, todos con sus propios complejos residenciales, escudos de armas, comedores, costumbres y tradiciones. Christ Church, Trinity, St John's y All Souls contaban con las mayores dotaciones y, por lo tanto, con los mejores terrenos. "Querrás hacer amigos allí, aunque solo sea para echar un vistazo a los jardines", dijo el profesor Lovell. Puede ignorar sin problemas a cualquiera de Worcester o Hertford. Son pobres y feos — ya sea que se refiriera a la gente oa los jardines, Robin no podía estar seguro—, y su comida es mala. Uno de los otros caballeros lo miró con amargura cuando bajaron del carruaje.

Robin viviría en University College. Su guía le informó que se la conocía comúnmente como 'Univ', que albergaba a todos los estudiantes matriculados en el Royal Institute of Translation y que en estética era 'sombría y venerable, un aspecto digno de la hija mayor de la universidad'. Ciertamente parecía un santuario gótico; su pared frontal era todo torreones y ventanas uniformes contra la piedra blanca y lisa.

'Bueno, aquí tienes.' El profesor Lovell estaba de pie con las manos metidas en los bolsillos, luciendo un poco incómodo. Ahora que habían ido a la portería, adquirido las llaves de Robin y arrastrado los baúles de Robin desde High Street hasta la acera pavimentada, parecía obvio que la despedida era inminente. El profesor Lovell simplemente no sabía cómo hacerlo. 'Bueno,' dijo de nuevo. Tienes unos días antes de que empiecen las clases, así que deberías dedicarlos a conocer la ciudad. Tienes un mapa, sí, allí, aunque el lugar es lo suficientemente pequeño, te lo aprenderás de memoria después de algunos paseos. Tal vez busque a los miembros de su cohorte; probablemente ya se habrán mudado. Mi residencia aquí está en el norte de Jericó; Te he escrito direcciones en ese sobre. La señora Piper se unirá a mí allí la semana que viene y te esperamos para cenar el sábado siguiente. Se alegrará mucho de verte. Recitó todo esto como una lista de control memorizada. Parecía tener dificultades para mirar a Robin a los ojos. ¿Estás listo?

-Oh, sí -dijo Robin-. Yo también me alegraré mucho de ver a la señora Piper.

Parpadearon el uno al otro. Robin sintió que seguramente había otras palabras que debían decirse, palabras para marcar esta ocasión (su crecimiento, su partida de casa, su ingreso a la universidad) como trascendental. Pero no podía imaginar lo que podrían ser, y aparentemente tampoco el profesor Lovell.

'Bien entonces.' El profesor Lovell le hizo un breve asentimiento y giró a mitad de camino hacia High Street, como si confirmara que ya no era necesario. '¿Puedes manejar tus baúles?'

'Sí, señor.'

'Bueno, entonces', dijo el profesor Lovell de nuevo, luego se dirigió de nuevo a High Street.

Era una frase incómoda para terminar, dos palabras que sugerían más por venir. Robin lo miró por un momento, medio esperando que se diera la vuelta, pero el profesor Lovell parecía concentrado únicamente en llamar un taxi. Extraño, sí. Pero esto no molestó a Robin. Así habían sido siempre las cosas entre ellos: conversaciones sin terminar, palabras que era mejor no decir.

Los alojamientos de Robin estaban en el Número 4, Magpie Lane.*– un edificio pintado de verde a medio camino del callejón estrecho y torcido que conectaba High Street y Merton Street. Alguien más ya estaba parado en la puerta principal, jugando con la cerradura. Tenía que ser un estudiante nuevo: las carteras y los baúles estaban esparcidos por los adoquines a su alrededor.

Era, vio Robin mientras se acercaba, muy claramente no nativo de Inglaterra. El sur de Asia era más probable. Robin había visto marineros del mismo color en Cantón, todos de barcos que llegaban de la India. El extraño tenía una piel suave y oscura, una constitución alta y elegante, y las pestañas más largas y oscuras que Robin había visto en su vida. Sus ojos recorrieron el cuerpo de Robin de arriba abajo antes de fijarse en su rostro, cuestionando, determinando, sospechó Robin, qué tan extraño era Robin a cambio.

"Soy Robin", estalló Robin. Robin Swift.

'Ramiz Rafi Mirza', pronunció el otro chico con orgullo, extendiendo su mano. Hablaba con una dicción inglesa tan adecuada que sonaba casi como el profesor Lovell. O simplemente Ramy, si quieres. Y tú… estás aquí por el Instituto de Traducción, ¿verdad?

—Lo soy —dijo Robin, y luego añadió, siguiendo una corazonada

—, soy de Cantón.

El rostro de Ramy se relajó. Calcuta.

¿Acabas de entrar?

—A Oxford, sí. A Inglaterra, no. Llegué a través de Liverpool en un barco hace cuatro años y he estado escondido en una propiedad grande y aburrida en Yorkshire hasta ahora. Mi tutor quería que me aclimatara a la sociedad inglesa antes de matricularme.

—La mía también —dijo Robin ansiosamente. '¿Qué pensaste?'

'Tiempo horrible.' Un lado de la boca de Ramy se curvó. Y lo único que puedo comer aquí es pescado.

Se sonrieron el uno al otro.

Robin sintió una extraña sensación de estallido en su pecho entonces. Nunca había conocido a nadie más en su situación, ni nada parecido, y tenía la firme sospecha de que, si seguía investigando, descubriría una docena más de similitudes. Tenía mil preguntas, pero no sabía por dónde empezar. ¿Ramy también quedó huérfano? ¿Quién fue su patrocinador? ¿Cómo era Calcuta? ¿Había vuelto desde entonces? ¿Qué lo trajo a Oxford? De repente se puso ansioso, sintió que se le endurecía la lengua, incapaz de elegir una palabra, y también estaba el asunto de las llaves y sus baúles esparcidos, que hacían que el callejón pareciera como si un huracán hubiera vaciado la bodega de un barco en la calle.

—¿Deberíamos...? —logró decir Robin, justo cuando Ramy preguntaba—: ¿Abrimos esa puerta?

Ambos se rieron. Rami sonrió. 'Vamos a arrastrar esto adentro.' Empujó un tronco con la punta del pie. 'Entonces tengo una caja de dulces muy buenos que creo que deberíamos abrir, ¿sí?'

Sus habitaciones estaban una frente a la otra en el pasillo: las habitaciones seis y siete. Cada unidad constaba de un dormitorio grande y una sala de estar equipada con una mesa baja, estanterías vacías y un sofá. Tanto el sofá como la mesa parecían demasiado formales, así que se sentaron con las piernas cruzadas en el suelo de la habitación de Ramy, parpadeando como niños tímidos mientras se miraban, sin saber qué hacer con las manos.

Ramy sacó un paquete envuelto en colores de uno de sus baúles y lo colocó en el suelo entre ellos. Regalo de despedida de sir Horace Wilson, mi tutor. También me dio una botella de oporto, pero la tiré. ¿Qué te gustaría?' Ramy rasgó el paquete para abrirlo. 'Hay toffee, caramelo, crocante de maní, chocolates y todo tipo de frutas

confitadas. . .'

Oh, Dios mío, tomaré un poco de caramelo, gracias. Robin no había hablado con otra persona cercana a su edad desde que podía recordar.*Recién ahora se estaba dando cuenta de lo mucho que deseaba un amigo, pero no sabía cómo hacer uno, y la perspectiva de intentarlo pero fracasar de repente lo aterrorizaba. ¿Y si Ramy lo encontraba aburrido? ¿Molesto? ¿Sobresolicitado?

Tomó un bocado de caramelo, lo tragó y colocó sus manos en su regazo.

'Así que él dijo. ¿Háblame de Calcuta?

Rami sonrió.

En los años venideros, Robin regresaría muchas veces a esta noche. Quedó siempre asombrado por su misteriosa alquimia, por la facilidad con la que dos extraños mal socializados y criados de manera restrictiva se habían transformado en espíritus afines en el lapso de minutos. Ramy parecía tan sonrojado y emocionado como se sentía Robin. Hablaron y hablaron. Ningún tema parecía tabú; todo lo que mencionaron fue un punto de acuerdo instantáneo (los bollos son mejores sin pasas sultanas, gracias) o un motivo de debate fascinante (no, Londres es encantador, en realidad); Vosotros, ratones de campo, tenéis prejuicios porque estáis celosos. Pero no nades en el Támesis.

En algún momento, comenzaron a recitarse poemas: hermosas cadenas de pareados en urdu, Ramy le dijo que se llamaban ghazals, y poesía Tang que, francamente, a Robin no le gustaba pero que sonaba impresionante. Y tenía muchas ganas de impresionar a Ramy. Era tan ingenioso, tan culto y divertido. Tenía opiniones agudas y mordaces sobre todo: la cocina británica, los modales británicos y la rivalidad de Oxbridge ("Oxford es más grande que Cambridge, pero Cambridge es más bonita y, de todos modos, creo que solo establecieron a Cambridge como un desbordamiento para el talento mediocre"). había viajado por medio mundo; había estado en Lucknow, Madrás, Lisboa, París y Madrid. Describió su India natal como un paraíso: 'Los mangos, Birdie' (ya había empezado a llamar 'Birdie' a Robin), 'están ridículamente jugosos, no puedes comprar nada parecido en esta lamentable islita. Hace años que no tengo uno. Daría cualquier cosa por ver un buen mango de Bengala.

—He leído Las mil y una noches —ofreció Robin, ebrio de emoción y tratando de parecer mundano también—.

Calcuta no está en el mundo árabe, Birdie.

'Lo sé.' Robin se sonrojó. 'Solo quise decir—'

Pero Ramy ya había seguido adelante. —¡No me dijiste que leías árabe!

—Yo no, lo leí traducido.

Ramy suspiró. '¿Cuyo?'

Robin se esforzó por recordar. —¿De Jonathan Scott?

Esa es una traducción terrible. Ramy agitó su brazo. 'Tirar a la basura. Por un lado, ni siquiera es una traducción directa, primero fue al francés y luego al inglés, y por otro lado, no se parece ni remotamente al original. Además, Galland - Antoine Galland, el traductor francés - hizo todo lo posible por afrancesar el diálogo y borrar todos los detalles culturales que pensó que confundirían al lector. Traduce las concubinas de Haroun Alraschid como *dames ses favourites*. damas favoritas. ¿Cómo obtienes "damas favoritas" de "concubinas"? Y elimina por completo algunos de los pasajes más eróticos e inyecta explicaciones culturales cada vez que le da la gana. Dime, ¿te gustaría leer una epopeya con un francés cojeando respirándote en el cuello con todas las partes obscenas?

Ramy gesticulaba salvajemente mientras hablaba. Estaba claro que no estaba realmente enojado, solo apasionado y claramente brillante, tan inmerso en la verdad que necesitaba que todo el mundo lo supiera. Robin se echó hacia atrás y observó el hermoso y agitado rostro de Ramy, asombrado y encantado a la vez.

Podría haber llorado entonces. Había estado tan desesperadamente solo, y solo ahora se había dado cuenta, y ahora no lo estaba, y esto se sentía tan bien que no sabía qué hacer consigo mismo.

Cuando por fin tuvieron demasiado sueño para terminar sus oraciones, los dulces estaban a medio terminar y el piso de Ramy estaba lleno de envoltorios. Bostezando, se saludaron mutuamente con la mano, buenas noches. Robin volvió a sus propios aposentos, cerró la puerta y luego se dio la vuelta para encarar sus habitaciones vacías. Este fue su hogar durante los siguientes cuatro años: la cama bajo el techo bajo e inclinado donde se despertaba todas las mañanas, el grifo que goteaba sobre el fregadero donde se lavaba la cara y el escritorio en la esquina sobre el que se inclinaba cada mañana. noche, garabateando a la luz de las velas hasta que la cera goteaba sobre las tablas del suelo.

Por primera vez desde que había llegado a Oxford, se le ocurrió que iba a hacer una vida aquí. Lo imaginó extendido ante él: la acumulación gradual de libros y baratijas en esas estanterías de repuesto; el uso y el desgaste de esas camisas de lino nuevas y frescas

que aún guardaba en sus baúles, el cambio de estaciones visto y oído a través de la ventana sacudida por el viento sobre su cama que no se cerraba del todo. Y Ramy, al otro lado del pasillo.

Esto no sería tan malo.

La cama estaba deshecha, pero ahora estaba demasiado cansado para jugar con las sábanas o buscar cobertores, así que se acurrucó de costado y se cubrió con el abrigo. En muy poco tiempo estaba profundamente dormido y sonriente.

Las clases no comenzarían hasta el tres de octubre, lo que dejaba tres días completos en los que Robin y Ramy tenían tiempo libre para explorar la ciudad.

Estos fueron tres de los días más felices de la vida de Robin. No tenía lecturas ni clases; sin recitaciones ni composiciones que preparar. Por primera vez en su vida tenía el control total de su propio bolsillo y agenda, y se volvió loco con la libertad.

Pasaron su primer día de compras. Fueron a Ede & Ravenscroft para que les hicieran los vestidos; a Thornton's Bookshop por la totalidad de su lista de cursos; a los puestos de artículos para el hogar en Cornmarket para teteras, cucharas, ropa de cama y lámparas Argand. Después de adquirir todo lo que suponían necesario para la vida estudiantil, ambos encontraron que les sobraba una generosa fracción de sus estipendios, sin peligro de agotarse: su beca les permitía retirar la misma cantidad de la beca todos los meses.

Así que eran derrochadores. Compraron bolsas de nueces confitadas y caramelos. Alquilaron las bateas de la universidad y pasaron la tarde llevándose unos a otros a los bancos de Cherwell. Fueron a la cafetería Queen's Lane, en la que gastaron una cantidad ridícula de dinero en una variedad de pasteles que ninguno de los dos había probado nunca. A Ramy le gustaban mucho las tortitas de avena: "Hacen que la avena sepa tan bien", dijo, "entiendo las alegrías de ser un caballo", mientras que Robin prefería los panecillos dulces pegajosos tan empapados de azúcar que le hacían doler los dientes durante horas.

En Oxford, sobresalían como pulgares doloridos. Esto desconcertó a Robin al principio. En Londres, que era un poco más cosmopolita, los extranjeros nunca atrajeron miradas tan prolongadas. Pero la gente del pueblo de Oxford parecía constantemente sorprendida por su presencia. Ramy llamó más la atención que Robin. Robin era extraño solo cuando se veía de cerca y bajo ciertas luces, pero Ramy era

inmediatamente, visiblemente, otro.

'Oh, sí', dijo, cuando el panadero le preguntó si era de Hindustan, hablando con un acento exagerado que Robin nunca había escuchado antes. 'Tengo una familia bastante grande allí. No se lo digas a nadie, pero en realidad soy de la realeza, el cuarto en la línea de sucesión al trono, ¿qué trono? Oh, solo uno regional; nuestro sistema político es muy complicado. Pero quería experimentar una vida normal, obtener una educación británica adecuada, ya sabes, así que dejé mi palacio por aquí.

'¿Por qué hablaste así?' Robin le preguntó una vez que estuvieron fuera del alcance del oído. '¿Y qué quieres decir con que en realidad eres de la realeza?'

"Cada vez que los ingleses me ven, intentan determinar de qué tipo de historia me conocen", dijo Ramy. 'O soy un sucio ladrón lascar, o soy un sirviente en la casa de algún nabab. Y me di cuenta en Yorkshire de que es más fácil si creen que soy un príncipe mogol.

"Siempre he tratado de pasar desapercibido", dijo Robin.

"Pero eso es imposible para mí", dijo Ramy. Tengo que desempeñar un papel. De vuelta en Calcuta, todos contamos la historia de Sake Dean Mahomed, el primer musulmán de Bengala que se hizo rico en Inglaterra. Tiene una esposa irlandesa blanca. Es dueño de una propiedad en Londres. ¿Y sabes cómo lo hizo? Abrió un restaurante, que fracasó; y luego trató de ser contratado como mayordomo o ayuda de cámara, lo que también fracasó. Y luego tuvo la brillante idea de abrir una casa de champú en Brighton. Rami se rió entre dientes. ¡Ven a buscar tus vapores curativos! ¡Déjate masajear con aceites indios! Cura el asma y el reumatismo; cura la parálisis. Por supuesto, no creemos eso en casa. Pero todo lo que Dean Mahomed tuvo que hacer fue darse algunas credenciales médicas, convencer al mundo de esta cura mágica oriental, y luego los hizo comer de la palma de su mano. Entonces, qué te dice eso, ¿Pajarito? Si van a contar historias sobre ti, utilízalas a tu favor. Los ingleses nunca pensarán que soy elegante, pero si encajo en su fantasía, al menos pensarán que soy de la realeza.

Eso marcó la diferencia entre ellos. Desde su llegada a Londres, Robin había tratado de mantener la cabeza baja y asimilarse, de minimizar su alteridad. Pensó que cuanto menos llamativo pareciera, menos atención atraería. Pero Ramy, que no tuvo más remedio que sobresalir, decidió que también podría deslumbrar. Era audaz hasta el extremo. Robin lo encontró increíble y un poco aterrador.

'¿Mirza realmente significa 'príncipe'?' preguntó Robin, después de

escuchar a Ramy decirle esto a un comerciante por tercera vez.

'Seguro. Bueno, en realidad, es un título, se deriva del persa Amīrzādeh, pero "príncipe" se acerca bastante.

'Entonces, ¿estás...?'

'No.' Ramy resopló. 'Bien. Quizás una vez. Esa es la historia de la familia, de todos modos; mi padre dice que éramos aristócratas en la corte de Mughal, o algo así. Pero ya no más.'

'¿Qué sucedió?'

Ramy lo miró largamente. Los británicos, Birdie. Mantenga.'

Esa noche pagaron demasiado dinero por una canasta de panecillos, queso y uvas dulces, que llevaron a una colina en South Park, en la parte este del campus, para hacer un picnic. Encontraron un lugar tranquilo cerca de una espesura de árboles, lo suficientemente apartado como para que Ramy pudiera realizar su oración del atardecer, y se sentaron con las piernas cruzadas sobre la hierba, separando el pan con las manos desnudas, interrogándose mutuamente sobre sus vidas con la ansiosa fascinación de los niños. quienes, durante muchos años, pensaron que eran los únicos en su situación particular.

Ramy dedujo muy rápidamente que el profesor Lovell era el padre de Robin. 'Tiene que ser, ¿verdad? De lo contrario, ¿por qué es tan cauteloso al respecto? Y de lo contrario, ¿cómo llegó a conocer a tu madre? ¿Él sabe que tú lo sabes, o realmente todavía está tratando de ocultarlo?'

Robin encontró su franqueza alarmante. Se había acostumbrado tanto a ignorar el problema que era extraño escucharlo descrito en términos tan directos. 'No sé. De nada de eso, quiero decir.

'Mmm. ¿Se parece a ti?

Un poco, creo. Enseña aquí, habla idiomas de Asia oriental: lo conocerás, ya verás.

—¿Nunca le has preguntado al respecto?

"Nunca lo he intentado", dijo Robin. 'YO . . . No sé lo que diría. No, eso no era cierto. Quiero decir, simplemente no creo que responda.

Se conocían desde hacía menos de un día en ese momento, pero Ramy podía leer el rostro de Robin lo suficientemente bien como para no presionar el tema.

Ramy fue mucho más abierto sobre sus propios antecedentes. Había pasado los primeros trece años de su vida en Calcuta, el hermano mayor de tres hermanas menores en una familia empleada

por un rico nabab llamado Sir Horace Wilson, y los siguientes cuatro en una finca de Yorkshire como consecuencia de impresionar a Wilson, leyendo griego y latín, y tratando de no sacarse los ojos de aburrimiento.

—Suerte que recibiste tu educación en Londres —dijo Ramy. Al menos tenías algún sitio adonde ir los fines de semana. Toda mi adolescencia fue cerros y páramos, y ni un solo menor de cuarenta a la vista. ¿Has visto alguna vez al rey?

Este era otro talento de Ramy: cambiar de tema con tanta agilidad que Robin se encontró luchando por mantenerse al día.

'¿William? No, en realidad no, no sale mucho en público. Especialmente recientemente, con la Ley de Fábricas y la Ley de Pobres, los reformadores siempre estaban alborotándose en las calles, no habría sido seguro.

—Reformers —repitió Ramy celosamente. 'Eres afortunado. Todo lo que sucedió en Yorkshire fue un matrimonio o dos. A veces salían las gallinas, en un buen día.

"Sin embargo, no pude participar", dijo Robin. 'Mis días eran bastante monótonos, para ser honesto. Estudio sin fin, todo en preparación para aquí.

Pero ya estamos aquí.

Saludos a eso. Robin se recostó con un suspiro. Ramy le pasó una taza (había estado mezclando jarabe de flor de saúco con miel y agua) y chocaron y bebieron.

Desde su mirador en South Park podían contemplar toda la universidad, envueltos en un manto dorado al atardecer. La luz hizo brillar los ojos de Ramy, hizo que su piel brillara como el bronce bruñido. Robin tuvo el absurdo impulso de colocar su mano contra la mejilla de Ramy; de hecho, había medio levantado el brazo antes de que su mente se encontrara con su cuerpo.

Ramy lo miró. Un rizo de cabello negro cayó sobre sus ojos. Robin lo encontró absurdamente encantador. '¿Estás bien?'

Robin se apoyó en los codos y volvió la mirada hacia la ciudad. El profesor Lovell tenía razón, pensó. Este era el lugar más hermoso de la tierra.

"Estoy bien", dijo. Soy perfecto.

Los otros residentes del número 4, Magpie Lane, se sumaron durante el fin de semana. Ninguno de ellos era estudiante de traducción. Se presentaron cuando se mudaron: Colin Thornhill, un abogado en

formación efusivo y con los ojos muy abiertos que solo hablaba en párrafos completos y sobre sí mismo; Bill Jameson, un afable pelirrojo que estudiaba para ser cirujano y que parecía constantemente preocupado por cuánto costaban las cosas; y al final del pasillo, un par de hermanos gemelos, Edgar y Edward Sharp, que estaban en segundo año nominalmente siguiendo una educación en los clásicos pero que, como proclamaron en voz alta, estaban más 'interesados en el aspecto social hasta que llegamos en nuestras herencias.'

El sábado por la noche, se congregaron para tomar algo en la sala común contigua a la cocina compartida. Bill, Colin y los Sharp estaban sentados alrededor de la mesa baja cuando Ramy y Robin entraron. Les habían dicho que vinieran a las nueve, pero el vino claramente había estado fluyendo durante un tiempo: las botellas vacías cubrían el suelo a su alrededor. y los hermanos Sharp estaban encorvados uno contra el otro, ambos visiblemente borrachos.

Colin estaba discutiendo sobre las diferencias entre las togas de los estudiantes. —Se puede saber todo acerca de un hombre por su vestido —dijo con importancia—. Tenía un acento peculiar, demasiado pronunciado y sospechosamente exagerado que Robin no podía ubicar pero que le desagradaba bastante. El vestido de soltero se dobla en el codo y termina en punta. La túnica del caballero plebeyo es de seda y está trenzada en las mangas. La túnica del plebeyo no tiene mangas y tiene trenzas en los hombros, y puedes diferenciar a los servidores de los plebeyos porque sus túnicas no tienen trenzas y sus gorras no tienen borlas...

—Dios mío —dijo Ramy mientras se sentaba—. ¿Ha estado hablando de esto todo este tiempo?

—Al menos durante diez minutos —dijo Bill—.

"Oh, pero la vestimenta académica adecuada es de suma importancia", insistió Colin. Así es como mostramos nuestro estatus como hombres de Oxford. Se considera uno de los siete pecados capitales usar una gorra de tweed ordinaria con una bata o usar un bastón con una bata. Y una vez escuché de un tipo que, sin saber los tipos de vestidos, le dijo al sastre que era un erudito, así que por supuesto que necesitaba un vestido de erudito, solo para que se rieran de la sala al día siguiente cuando se supo que no lo era. un erudito, porque no había ganado ninguna beca, sino simplemente un plebeyo que paga...

'Entonces, ¿qué vestidos usamos?' —interrumpió Ramy—. Solo para saber si le dijimos a nuestro sastre lo correcto.

—Depende —dijo Colin. ¿Eres un caballero plebeyo o un servidor? Yo pago la matrícula, pero no todo el mundo lo hace. ¿Cuál es tu acuerdo con el tesorero?

—No lo sé —dijo Ramy. '¿Crees que las túnicas negras servirán? Todo lo que sé es que tenemos los negros.

Robin resopló. Los ojos de Colin se abrieron ligeramente. 'Sí, pero las mangas...'

—Déjalo fuera —dijo Bill, sonriendo—. Colin está muy preocupado por el estatus.

—Aquí se toman los vestidos muy en serio —dijo Colin solemnemente. Lo leí en mi guía. Ni siquiera te dejarán entrar a las conferencias si no llevas la ropa adecuada. Entonces, ¿eres un caballero plebeyo o un servidor?

No lo son. Edward se volvió hacia Robin. 'Ustedes son Babblers, ¿no es así? Escuché que todos los Babblers tienen becas.

'¿Charlatán?' Robin repitió. Era la primera vez que escuchaba el término.

—El Instituto de Traducción —dijo Edward con impaciencia—. Tienes que serlo, ¿verdad? De lo contrario, no dejan entrar a los de tu clase.

'¿Nuestro tipo?' Ramy arqueó una ceja.

'Entonces, ¿qué eres, de todos modos?' Edgar Sharp preguntó bruscamente. Parecía a punto de quedarse dormido, pero ahora hizo un gran esfuerzo por sentarse, entrecerrando los ojos como si tratara de ver a Ramy a través de la niebla. '¿Un negro? ¿Un turco?

—Soy de Calcuta —espetó Ramy. Lo que me convierte en indio, si quieres.

'Hm,' dijo Edward.

—“Las calles de Londres, donde el musulmán con turbante, el judío barbudo y el africano lanudo se encuentran con el hindú moreno”, dijo Edgar en tono cantarín. A su lado, su gemelo resopló y tomó otro trago de oporto.

Ramy, por una vez, no tuvo respuesta; sólo parpadeó a Edgar, asombrado.

—Correcto —dijo Bill, tocándose la oreja—. 'Bien.'

¿Es Anna Barbauld? preguntó Colin. 'Encantador poeta. No tan hábil con los juegos de palabras como los poetas masculinos, por supuesto, pero a mi padre le encantan sus cosas. Muy romántico.'

Y usted es chino, ¿verdad? Edgar fijó su mirada con los párpados en Robin. '¿Es cierto que los chinos rompen los pies de sus mujeres

con vendajes para que no puedan caminar?'

'¿Qué?' Colin resopló. 'Eso es ridículo.'

—Leí sobre eso —insistió Edgar. 'Dime, ¿está destinado a ser erótico? ¿O es solo para que no puedan huir?'

'Quiero decir . . .' Robin no tenía idea de por dónde empezar con esto. "No se hace en todas partes, mi madre no tenía los pies vendados, y hay mucha oposición de donde vengo..."

—Así que es verdad —alardeó Edgar—. 'Dios mío. Ustedes son perversos.

'¿De verdad bebes la orina de los niños pequeños como medicina?' Edward preguntó. ¿Cómo se recoge?

—Supongamos que te callas y te limitas a echarte vino por la frente —dijo Ramy con aspereza—.

Cualquier esperanza de fraternidad se desvaneció bastante rápido después de eso. Se propuso una ronda de whist, pero los hermanos Sharp no conocían las reglas y estaban demasiado borrachos para aprender. Bill suplicó un dolor de cabeza y se fue a la cama temprano. Colin prosiguió con otra larga diatriba sobre las complejidades de la etiqueta del salón, incluida la larguísima gracia latina que sugirió que todos aprendieran de memoria esa noche, pero nadie escuchó. Los hermanos Sharp, en una extraña muestra de contrición, les hicieron a Robin y Ramy algunas preguntas educadas, aunque tontas, sobre la traducción, pero estaba claro que no estaban demasiado interesados en las respuestas. Cualquiera que fuera la estimada compañía que buscaban los Sharp en Oxford, estaba claro que no la habían encontrado aquí. En media hora terminó la reunión y todos los grupos regresaron a sus respectivas habitaciones.

Esa noche se había hecho algo de ruido sobre un desayuno en la casa. Pero cuando Ramy y Robin aparecieron en la cocina a la mañana siguiente, encontraron una nota para ellos sobre la mesa.

Fuimos a un café que los Sharp conocen en Iffley. No pensé que te gustaría, hasta luego. – TC

—Supongo —dijo Ramy con sequedad— que seremos ellos y nosotros.

A Robin no le importó esto ni un poco. 'Me gusta solo nosotros.'

Ramy le lanzó una sonrisa.

Pasaron su tercer día juntos recorriendo las joyas de la universidad. Oxford en 1836 estaba en una era de convertirse, una criatura insaciable que se alimentaba de la riqueza que engendraba.

Los colegios se renovaban constantemente; comprar más terrenos de la ciudad; reemplazar edificios medievales con salones más nuevos y hermosos; la construcción de nuevas bibliotecas para albergar las colecciones recientemente adquiridas. Casi todos los edificios de Oxford tenían un nombre, derivado no de la función o la ubicación, sino del individuo rico y poderoso que inspiró su creación. Estaba el enorme e imponente Museo Ashmolean, que albergaba el gabinete de curiosidades donado por Elias Ashmole, incluida la cabeza de un dodo, cráneos de hipopótamo y un cuerno de oveja de tres pulgadas de largo que se suponía que había crecido de la cabeza de un viejo mujer en Cheshire llamada Mary Davis; la biblioteca radcliffe, una biblioteca abovedada que de alguna manera parecía aún más grande y grandiosa desde el interior que desde el exterior; y el Teatro Sheldonian, rodeado por enormes bustos de piedra conocidos como las Cabezas del Emperador, todos los cuales parecían hombres comunes que se habían topado con Medusa.

Y estaba el Bodleian, oh, el Bodleian, un tesoro nacional por derecho propio: hogar de la mayor colección de manuscritos de Inglaterra ("Cambridge sólo tiene cien mil títulos", dijo con desdén el empleado que los admitió, "y el de Edimburgo". solo obtuvo unos míseros sesenta y tres'), cuya colección solo continuó expandiéndose bajo el orgulloso liderazgo del reverendo doctor Bulkeley Bandinel, quien tenía un presupuesto para comprar libros de casi £ 2,000 al año.

Fue el mismo Reverendo Doctor Bandinel quien vino a saludarlos en su primer recorrido por su biblioteca y los guio a la Sala de Lectura de Traductores. 'No podía dejar que un empleado lo hiciera', suspiró. 'Normalmente dejamos que los tontos deambulen solos y pregunten por direcciones si se pierden. Pero ustedes, los traductores, realmente aprecian lo que está pasando aquí.

Era un hombre corpulento con ojos caídos y una conducta similarmente caída cuya boca parecía permanentemente hundida en un ceño fruncido. Sin embargo, mientras se movía por el edificio, sus ojos se iluminaron con un placer genuino. Empezaremos por las alas principales y luego seguiremos hasta el Duke Humphreys. Síganos, siéntase libre de echar un vistazo: los libros están hechos para tocarlos, de lo contrario son inútiles, así que no se ponga nervioso. Estamos muy orgullosos de nuestras últimas adquisiciones importantes. Está la colección de mapas de Richard Gough donada en 1809: el Museo Británico no los quería, ¿puedes creerlo? Y luego, la donación de Malone, hace unos diez años, amplió enormemente

nuestros materiales de Shakespeare. Ah, y hace solo dos años, recibimos la colección Francis Douce: son trece mil volúmenes en francés e inglés, aunque supongo que ninguno de ustedes se especializa en francés. . . ¿Arábica? Oh, sí, justo por aquí; el Instituto tiene la mayor parte de los materiales árabes en Oxford, pero tengo algunos volúmenes de poesía de Egipto y Siria que pueden interesarle. . .'

Dejaron al Bodleian aturdido, impresionado y un poco intimidado por la gran cantidad de material a su disposición. Ramy hizo una imitación de la papada colgante del reverendo doctor Bandinel, pero no pudo invocar verdadera malicia; era difícil desdeñar a un hombre que adoraba tan claramente la acumulación de conocimiento por el conocimiento mismo.

Terminaron el día con un recorrido por el University College de Billings, un portero senior. Resultó que hasta el momento solo habían visto un pequeño rincón de su nuevo hogar. La facultad, que se encontraba justo al este de las casas de Magpie Lane, contaba con dos patios verdes en forma de cuadrángulo y una disposición de edificios de piedra que parecían torreones de un castillo. Mientras caminaban, Billings recitó una lista de homónimos y biografías de esos homónimos, incluidos donantes, arquitectos y otras figuras importantes. ' . . . ahora, las estatuas sobre las entradas son de la Reina Ana y la Reina María, y en el interior, James II y el Dr. Radcliffe. . . Y esas brillantes ventanas pintadas en la capilla fueron hechas por Abraham van Linge en 1640, sí, se han mantenido muy bien, y el pintor de vidrios Henry Giles de York hizo la ventana este. . . No hay servicio, para que podamos echar un vistazo por dentro; sígueme.'

Dentro de la capilla, Billings se detuvo ante un monumento en bajorrelieve. Supongo que sabrás quién es, siendo estudiantes de traducción y todo eso.

Ellos sabían. Robin y Ramy habían estado escuchando el nombre constantemente desde su llegada a Oxford. El bajorrelieve fue un monumento al alumno del University College y al genio ampliamente reconocido que en 1786 publicó un texto fundacional que identificaba al protoindoeuropeo como un idioma predecesor que vinculaba el latín, el sánscrito y el griego. Ahora era quizás el traductor más conocido del continente, salvo por su sobrino, el recién graduado Sterling Jones.

Soy sir William Jones. Robin encontró la escena representada en el

friso algo desconcertante. Jones estaba colocado en un escritorio, con una pierna cruzada con descaro sobre la otra, mientras tres figuras, claramente destinadas a ser indios, estaban sentadas sumisamente en el suelo ante él como niños que reciben una lección.

Billings parecía orgulloso. 'Eso es correcto. Aquí está traduciendo un compendio sobre las leyes hindúes, y hay algunos brahmanes en el piso para ayudarlo. Somos, creo, el único colegio cuyas paredes están adornadas con indios. Pero la Universidad siempre ha tenido un vínculo especial con las colonias.*Y esas cabezas de tigre, como sabes, son emblemáticas de Bengala.

'¿Por qué es él el único con una mesa?' Preguntó Rami. '¿Por qué están los brahmanes en el suelo?'

—Bueno, supongo que los hindúes lo preferían así —dijo Billings —. Verás, les gusta sentarse con las piernas cruzadas, porque les resulta más cómodo.

"Muy esclarecedor", dijo Ramy. 'Nunca supe.'

Pasaron la noche del domingo en las profundidades de las librerías Bodleian. Les habían asignado una lista de lectura al registrarse, pero ambos, ante un repentino diluvio de libertad, la habían dejado para el último momento posible. Se suponía que el Bodleian cerraba a las 8:00 p. m. los fines de semana. Llegaron a sus puertas a las 7:45 pm, pero la mención del Instituto de Traducción pareció tener un poder inmenso, porque cuando Ramy les explicó lo que necesitaban, los empleados les dijeron que podían quedarse todo el tiempo que quisieran. Las puertas estarían abiertas para el personal de noche; podrían irse a su propia conveniencia.

Cuando salieron de las pilas, con las carteras cargadas de libros y los ojos mareados por entrecerrar los ojos ante las diminutas letras, el sol ya se había puesto. Por la noche, la luna conspiraba con las farolas para bañar la ciudad con un brillo tenue y sobrenatural. Los adoquines bajo sus pies parecían caminos que entraban y salían de diferentes siglos. Este podría ser el Oxford de la Reforma, o el Oxford de la Edad Media. Se movían dentro de un espacio atemporal, compartido por los fantasmas de los eruditos del pasado.

El viaje de regreso a la universidad tomó menos de cinco minutos, pero se desviaron por Broad Street para alargar su caminata. Esta era la primera vez que salían tan tarde; querían saborear la ciudad por la noche. Se movieron en silencio, sin atreverse a romper el hechizo.

Un estallido de risas se deslizó a través de las paredes de piedra

cuando pasaron por New College. Cuando doblaron por Holywell Lane, vieron un grupo de seis o siete estudiantes, todos vestidos con batas negras, aunque por el balanceo de sus pasos debían de haber salido no de una conferencia sino de un pub.

Balliol, ¿tú crees? Ramy murmuró.

Robin resopló.

Habían estado tres días en el University College, pero ya habían aprendido el orden jerárquico interuniversitario y los estereotipos asociados. Exeter era gentil pero poco intelectual; Brasenose estaba ruidoso y exuberante con el vino. Sus vecinos Queen's y Merton fueron ignorados con seguridad. Los chicos de Balliol, que pagaban casi las matrículas más altas de la Universidad, junto con Oriel, eran más conocidos por subirse la cuenta que por asistir a sus tutorías.

Los estudiantes miraron en su dirección mientras se acercaban. Robin y Ramy asintieron hacia ellos, y algunos de ellos asintieron de vuelta, un reconocimiento mutuo entre caballeros de la universidad.

La calle era ancha y los dos grupos caminaban en lados opuestos. Se habrían cruzado sin conmoción, excepto que uno de los chicos señaló de repente a Ramy y gritó: '¿Qué es eso? ¿Viste eso?'

Sus amigos lo arrastraron, riéndose.

"Vamos, Mark", dijo uno. 'Déjalos ir-'

'Espera,' dijo el chico llamado Mark. Se encogió de hombros a sus amigos. Se quedó inmóvil en la calle, mirando a Ramy con los ojos entrecerrados y concentrado como un borracho. Su mano colgaba en el aire, todavía señalando. Mírale la cara, ¿lo ves?

—Mark, por favor —dijo el chico que se encontraba más adelante en el camino. No seas idiota.

Ninguno de ellos se reía más.

—Ese es un hindú —dijo Mark—. ¿Qué hace un hindú aquí?

'A veces vienen de visita', dijo uno de los otros chicos. Recuerda a los dos extranjeros de la semana pasada, esos sultanes persas o lo que fueran...

Creo que sí, esos tipos con turbantes...

Pero tiene un vestido. Mark levantó la voz a Ramy. '¡Oye! ¿Para qué tienes un vestido?

Su tono se volvió vicioso. El ambiente ya no era tan cordial; la fraternidad académica, si alguna vez existió, se evaporó.

—No puedes llevar bata —insistió Mark. 'Quítate eso.'

Ramy dio un paso adelante.

Robin agarró su brazo. 'No.'

'Hola, estoy hablando contigo.' Mark estaba ahora cruzando la calle hacia ellos. '¿Qué pasa? ¿No puedes hablar inglés? Quítate ese vestido, ¿me oyes? Tómalo.'

Claramente, Ramy quería pelear: tenía los puños apretados y las rodillas dobladas preparándose para saltar. Si Mark se acercaba más, esta noche terminaría en sangre.

Entonces Robin comenzó a correr.

Lo odiaba mientras lo hacía, se sentía tan cobarde, pero era el único acto que podía imaginar que no terminara en una catástrofe. Porque sabía que Ramy, sorprendido, lo seguiría. De hecho, segundos después escuchó los pasos de Ramy detrás de él, su respiración agitada, las maldiciones que murmuró por lo bajo mientras corrían por Holywell.

La risa, porque había risa otra vez, aunque ya no nacía de la alegría, pareció amplificarse detrás de ellos. Los muchachos Balliol aullaban como monos; sus carcajadas se extendían junto a sus sombras contra las paredes de ladrillo. Por un momento, Robin estuvo aterrorizada de que los persiguieran, de que los chicos les pisaran los talones, con los pasos martilleando a su alrededor. Pero era sólo la sangre que retumbaba en sus oídos. Los muchachos no los habían seguido; estaban demasiado borrachos, se divertían con demasiada facilidad y, desde luego, ahora estaban distraídos en busca de su próximo entretenimiento.

Aun así, Robin no se detuvo hasta que llegaron a High Street. El camino estaba despejado. Estaban solos, jadeando en la oscuridad.

—Maldita sea —murmuró Ramy. 'Maldición-'

—Lo siento —dijo Robin.

—No lo estés —dijo Ramy, aunque no quiso mirar a Robin a los ojos. 'Usted hizo lo correcto.'

Robin no estaba seguro de que ninguno de ellos creyera eso.

Estaban mucho más lejos de casa ahora, pero al menos estaban de vuelta bajo las farolas, donde podían ver los problemas que venían de más lejos.

Caminaron un rato en silencio. A Robin no se le ocurrió nada apropiado que decir; cualquier palabra que le vino a la mente murió inmediatamente en su lengua.

—Maldita sea —repitió Ramy. Se detuvo abruptamente, con una mano en su cartera. Creo que... espera. Rebuscó en sus libros y volvió a maldecir. 'Dejé mi cuaderno atrás.'

A Robin se le retorció el estómago. —¿En Holywell?

'En el cuerpo'. Ramy presionó las puntas de sus dedos contra el puente de su nariz y gimió. Sé dónde: justo en la esquina del escritorio; Iba a colocarlo encima porque no quería que las páginas se arrugaran, pero me cansé tanto que debo haberlo olvidado.

¿No puedes dejarlo para mañana? No creo que los empleados lo muevan y, si lo hacen, podríamos preguntar...

'No, tiene mis notas de revisión, y estoy nervioso de que nos hagan hacer una recitación mañana. Regresaré—'

—Yo lo conseguiré —dijo Robin rápidamente. Esto se sintió como lo correcto; se sentía como hacer las paces.

Ramie frunció el ceño. '¿Está seguro?'

No había lucha en su voz. Ambos sabían lo que Robin no diría en voz alta: que Robin, al menos, podría pasar por blanco en la oscuridad, y que si Robin se encontraba solo con los chicos Balliol, no le darían una segunda mirada.

—No tardaré ni veinte minutos —prometió Robin. Lo dejaré frente a tu puerta cuando regrese.

Oxford adquirió un aire siniestro ahora que estaba solo; las luces ya no eran cálidas sino espeluznantes, estirando y deformando su sombra contra los adoquines. El Bodleian estaba cerrado, pero un empleado de noche lo notó saludando a la ventana y lo dejó entrar. Afortunadamente, era uno de los empleados de antes, y dejó entrar a Robin en el ala oeste sin dudarlo. La sala de lectura estaba completamente oscura y helada. Todas las lámparas estaban apagadas; Robin solo podía ver por la luz de la luna que entraba por el otro extremo de la habitación. Temblando, arrebató el cuaderno de Ramy, lo metió en su cartera y salió corriendo por la puerta.

Acababa de pasar el cuadrilátero cuando escuchó susurros.

Debería haber acelerado el paso, pero algo, los tonos, la forma de las palabras, lo obligó a detenerse. Sólo después de hacer una pausa para aguzar el oído se dio cuenta de que estaba escuchando chino. Una frase china, pronunciada una y otra vez con creciente urgencia.

'*Wúxing.*'

Robin se deslizó con cautela por la esquina amurallada.

Había tres personas en medio de Holywell Street, todos jóvenes delgados vestidos completamente de negro, dos hombres y una mujer. Luchaban con un baúl. El fondo debe haberse caído, porque lo que sin lugar a dudas eran barras de plata estaban esparcidas por los adoquines.

Los tres levantaron la vista cuando Robin se acercó. El hombre que susurraba furiosamente en chino estaba de espaldas a Robin; se dio la vuelta el último, solo después de que sus socios se quedaron inmóviles. Se encontró con los ojos de Robin. El corazón de Robin se atascó en su garganta.

Podría haberse estado mirando en un espejo.

Esos eran sus ojos marrones. Su propia nariz recta, su propio cabello castaño que incluso caía sobre sus ojos de la misma manera, cayendo desordenadamente de izquierda a derecha.

El hombre sostenía una barra de plata en su mano.

Robin se dio cuenta al instante de lo que estaba tratando de hacer. Wúxíng - en chino, 'sin forma, sin forma, incorpóreo'.*La traducción inglesa más cercana era 'invisible'. Estas personas, quienesquiera que fueran, estaban tratando de esconderse. Pero algo había salido mal, porque la barra de plata apenas funcionaba; las imágenes de los tres jóvenes titilaban bajo la farola, y de vez en cuando parecían traslúcidas, pero decididamente no estaban ocultas.

El doppelgänger de Robin le lanzó una mirada lastimera.

'Ayúdame', rogó. Luego en chino, 'Bāngmáng'.*

Robin no sabía qué fue lo que lo impulsó a actuar: el reciente terror de los chicos Balliol, lo absolutamente absurdo de esta escena o la visión desorientadora de la cara de su doppelgänger, pero dio un paso adelante y puso su mano en la barra. Su doppelgänger lo renunció sin una palabra.

—Wúxíng —dijo Robin, pensando en los mitos que le había contado su madre, sobre espíritus y fantasmas escondidos en la oscuridad. De lo informe, del no ser. 'Invisible.'

La barra vibró en su mano. Escuchó un sonido de la nada, un suspiro entrecortado.

Los cuatro desaparecieron.

No, desaparecido no era exactamente la palabra adecuada. Robin no tenía palabras para ello; se perdió en la traducción, un concepto que ni los chinos ni los ingleses pudieron describir completamente. Existían, pero no en forma humana. No eran simplemente seres que no podían ser vistos. No eran seres en absoluto. Eran informes. Se desviaron, se expandieron; eran el aire, las paredes de ladrillo, los adoquines. Robin no tenía conciencia de su cuerpo, dónde terminaba y comenzaba la barra: él era la plata, las piedras, la noche.

Un miedo frío disparó a través de su mente. ¿Qué pasa si no puedo volver?

Segundos después, un agente corrió hasta el final de la calle. Robin contuvo el aliento y apretó la barra con tanta fuerza que una punzada de dolor le recorrió el brazo.

El agente lo miró fijamente, entrecerrando los ojos, sin ver nada más que oscuridad.

—No están aquí abajo —gritó por encima del hombro. 'Intenta perseguirlos hasta Parks...'

Su voz se desvaneció mientras se alejaba corriendo.

Robin dejó caer la barra. No podía mantener su control sobre él; ya apenas era consciente de su presencia. Ni siquiera usó su mano y abrió los dedos, empujó violentamente la barra para tratar de separar su esencia de la plata.

Funcionó. Los ladrones se rematerializaron en la noche.

'Date prisa', instó el otro hombre, un joven con cabello rubio pálido. Métanlo en sus camisas y dejemos el baúl atrás.

'No podemos simplemente dejarlo', dijo la mujer. Lo rastrearán.

'Recoge los pedazos entonces, vamos.'

Los tres comenzaron a recoger las barras de plata del suelo. Robin vaciló por un momento, con los brazos colgando torpemente a los costados. Luego se inclinó para ayudarlos.

Todavía no se había asimilado lo absurdo de esto. Débilmente se dio cuenta de que lo que estaba pasando tenía que ser muy ilegal. Estos jóvenes no podrían estar asociados con Oxford, el Bodleian o el Translation Institute, o de lo contrario no estarían merodeando a medianoche, vestidos de negro y escondiéndose de la policía.

Lo correcto y obvio era dar la alarma.

Pero de alguna manera, ayudar parecía la única opción. No cuestionó esta lógica, simplemente actuó. Se sentía como caer en un sueño, como entrar en una obra de teatro en la que ya sabía sus líneas, aunque todo lo demás era un misterio. Esta era una ilusión con su propia lógica interna, y por alguna razón que no podía identificar, no quería romperla.

Por fin habían metido todas las barras de plata en la pechera de las camisas y en los bolsillos. Robin le dio los que había recogido a su doppelgänger. Sus dedos se tocaron y Robin sintió un escalofrío.

'Vámonos', dijo el hombre rubio.

Pero ninguno de ellos se movió. Todos miraron a Robin, visiblemente inseguros de qué hacer con él.

'¿Y si él...?' comenzó a decir la mujer.

—No lo hará —dijo con firmeza el doppelgänger de Robin—.

'¿Podrías?'

—Por supuesto que no —susurró Robin.

El hombre rubio no parecía convencido. 'Sería más fácil simplemente—'

'No. No esta vez.' El doppelgänger de Robin miró a Robin de arriba abajo por un momento, luego pareció tomar una decisión. Eres traductor, ¿verdad?

—Sí —susurró Robin. 'Sí, acabo de llegar'.

"La Raíz Torcida", dijo su doppelgänger. Encuéntrame allí.

La mujer y el hombre rubio intercambiaron una mirada. La mujer abrió la boca como para objetar, hizo una pausa y luego la cerró.

'Bien,' dijo el hombre rubio. 'Ahora vámonos.'

'Espera,' dijo Robin desesperadamente. ¿Quiénes son... cuándo deberían...?

Pero los ladrones se habían echado a correr.

Eran sorprendentemente rápidos. Segundos después, la calle estaba vacía. No habían dejado rastro de que alguna vez habían estado allí: habían recogido hasta la última barra, incluso se habían escapado con las ruinas rotas del baúl. Podrían haber sido fantasmas. Robin podría haber imaginado todo este encuentro, y el mundo no se habría visto diferente en absoluto.

Ramy todavía estaba despierto cuando Robin regresó. Abrió su puerta al primer golpe.

'Gracias,' dijo, tomando el cuaderno.

'Por supuesto.'

Se quedaron mirándose en silencio.

No había dudas sobre lo que había sucedido. Ambos estaban conmocionados por la repentina comprensión de que no pertenecían a este lugar, que a pesar de su afiliación con el Instituto de Traducción ya pesar de sus togas y pretensiones, sus cuerpos no estaban seguros en las calles. Eran hombres en Oxford; no eran hombres de Oxford. Pero la enormidad de este conocimiento era tan devastadora, una antítesis tan viciosa de los tres días dorados que habían disfrutado ciegamente, que ninguno de los dos podía decirlo en voz alta.

Y nunca lo dirían en voz alta. Dolía demasiado considerar la verdad. Era mucho más fácil fingir; para seguir girando la fantasía todo el tiempo que pudieran.

—Bueno —dijo Robin sin convicción—, buenas noches.

Ramy asintió y, sin hablar, cerró la puerta.

Capítulo cuatro

Así los dispersó el Señor desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por eso se llamó su nombre Babel, porque allí confundió el Señor el lenguaje de toda la tierra; y desde allí los esparció el Señor sobre la faz de toda la tierra.

Génesis 11:8–9, Versión estándar revisada

D

ormir se sentía imposible. Robin seguía viendo el rostro de su doppelgänger flotando en la oscuridad. ¿Se había imaginado él, fatigado y agitado, todo el asunto? Pero las farolas de la calle habían brillado tanto y las facciones de su gemelo, su miedo, su pánico, estaban tan nítidamente grabadas en su memoria. Sabía que no era una proyección. No se había sentido como mirarse en un espejo, donde todas sus facciones se reflejaban al revés, una representación falsa de lo que veía el mundo, pero un reconocimiento visceral de la igualdad. Lo que sea que estaba en la cara de ese hombre también estaba en la suya.

¿Era por eso que lo había ayudado? ¿Alguna simpatía instintiva?

Solo estaba comenzando a comprender el peso de sus acciones. Había robado en la universidad. ¿Fue una prueba? En Oxford se practicaban rituales más extraños. ¿Había aprobado o reprobado? ¿O los policías golpearían su puerta a la mañana siguiente y le pedirían que se fuera?

Pero no puedo ser enviado abajo, el pensó. Acabo de llegar. De repente, los placeres de Oxford (el calor de su cama, el olor a libros nuevos y ropa nueva) lo hicieron retorcerse de incomodidad, porque ahora todo lo que podía pensar era en lo pronto que podría perderlo todo. Daba vueltas y vueltas sobre sábanas sudorosas, evocando visiones cada vez más detalladas de cómo sería la mañana: cómo los policías lo sacarían de la cama, cómo le pondrían grilletes en las muñecas y lo arrastrarían a la cárcel, cómo el profesor Lovell lo haría. Pide severamente a Robin que nunca vuelva a ponerse en contacto con él o con la señora Piper.

Por fin se durmió de agotamiento. Se despertó con unos persistentes golpes en la puerta.

'¿Qué estás haciendo?' exigió Ramy. ¿Ni siquiera te has lavado?

Robin parpadeó hacia él. '¿Qué está pasando?'

Es lunes por la mañana, idiota. Ramy ya estaba vestido con su bata negra, gorra en mano. Llegaremos a la torre dentro de veinte minutos.

Lo hicieron a tiempo, pero apenas; estaban medio corriendo por los jardines del cuadrilátero hacia el Instituto, con las batas ondeando al viento, cuando sonaron las campanas para las nueve.

Dos jóvenes delgados los esperaban en el green: la otra mitad de su cohorte, supuso Robin. Uno era blanco; el otro era negro.

'Hola', dijo el blanco mientras se acercaban. 'Llegas tarde.'

Robin la miró boquiabierto, tratando de recuperar el aliento. 'Eres una chica.'

Esto fue un shock. Robin y Ramy habían crecido en ambientes estériles y aislados, alejados de las niñas de su misma edad. Lo femenino era una idea que existía en teoría, materia de novelas o un fenómeno raro que se vislumbraba desde el otro lado de la calle. La mejor descripción que Robin conocía de las mujeres procedía de un tratado que había hojeado una vez de la señora Sarah Ellis,*que etiquetó a las niñas como "amables, inofensivas, delicadas y pasivamente amables". En lo que a Robin se refería, las chicas eran sujetos misteriosos imbuidos no de una rica vida interior sino de cualidades que las hacían sobrenaturales, inescrutables y posiblemente no humanas en absoluto.

'Lo siento, quiero decir, hola', logró decir. No era mi intención... de todos modos.

Ramy fue menos sutil. '¿Por qué están ustedes chicas?'

La chica blanca le dirigió una mirada de desdén tan fulminante que Robin se marchitó en nombre de Ramy.

"Bueno", dijo arrastrando las palabras, "supongo que decidimos ser niñas porque ser niños parece requerir renunciar a la mitad de las neuronas".

'La universidad nos ha pedido que nos vistamos así para no molestar o distraer a los jóvenes caballeros', explicó la chica negra. Su inglés tenía un ligero acento, que Robin pensó que se parecía al francés, aunque no estaba seguro. Ella sacudió su pierna izquierda hacia él, mostrando unos pantalones tan almidonados y tiesos que parecían haber sido comprados ayer. Verá, no todas las facultades son tan liberales como el Instituto de Traducción.

'¿Es incómodo?' preguntó Robin, tratando valientemente de

demostrar su propia falta de prejuicios. —¿Llevando pantalones, quiero decir?

'No lo es, de hecho, ya que tenemos dos piernas y no colas de pescado.' Ella le tendió la mano. 'Victoire Desgraves'.

Él lo sacudió. Robin Swift.

Ella arqueó una ceja. '¿Rápido? Pero seguro-'

—Letitia Price —intervino la chica blanca—. —Letty, si quieres. ¿Y tú?'

Ramiz. Ramy extendió su mano hasta la mitad, como si no estuviera seguro de si quería tocar a las chicas o no. Letty decidió por él y lo sacudió; Ramy hizo una mueca de incomodidad. 'Ramíz Mirza. Ramy a los amigos.

Hola, Ramiz. Letty miró a su alrededor. Entonces, somos toda la cohorte.

Victoire dio un pequeño suspiro. —Ce sont des idiots —le dijo a Letty.

'*Je suis tout à fait d'accord —murmuró Letty en respuesta.*

Ambos estallaron en risitas. Robin no podía entender el francés, pero sentía claramente que había sido juzgado y encontrado deficiente.

'Ahí tienes.'

Los salvó de seguir conversando un negro alto y delgado que les estrechó la mano a todos y se presentó como Anthony Ribben, un posgraduado especializado en francés, español y alemán. "Mi tutor se creía un romántico", explicó. Esperaba que siguiera su pasión por la poesía, pero cuando se hizo evidente que tenía algo más que un talento pasajero para los idiomas, me envió aquí.

Hizo una pausa expectante, lo que los llevó a responder con sus propios idiomas.

—Urdu, árabe y persa —dijo Ramy.

—Francés y kreyòl —dijo Victoire. Me refiero al criollo haitiano, si crees que cuenta.

—Eso cuenta —dijo Anthony alegremente—.

—Francés y alemán —dijo Letty.

—Chino —dijo Robin, sintiéndose algo inadecuado—. Y latín y griego.

—Bueno, todos sabemos latín y griego —dijo Letty—. Es un requisito de entrada, ¿no?

Las mejillas de Robin se sonrojaron; él no lo sabía.

Anthony parecía divertido. Un grupo agradablemente cosmopolita,

¿verdad? ¡Bienvenido a Oxford! ¿Cómo lo estás encontrando?

—Encantador —dijo Victoire. 'Sin embargo . . . No sé, es extraño. No se siente real. Me siento como si estuviera en el teatro y sigo esperando a que baje el telón.

Eso no desaparece. Anthony se dirigió hacia la torre, haciéndoles un gesto para que lo siguieran. Especialmente una vez que hayas atravesado estas puertas. Me han pedido que les muestre el Instituto hasta las once y luego los dejo con el profesor Playfair. ¿Será esta tu primera vez dentro?

Miraron hacia la torre. Era un edificio magnífico: un edificio blanco reluciente construido en estilo neoclásico, de ocho pisos de altura y rodeado de pilares ornamentales y altas vidrieras. Dominaba el horizonte de High Street e hizo que la cercana Biblioteca Radcliffe y la Iglesia de la Universidad de Santa María la Virgen parecieran bastante patéticas en comparación. Ramy y Robin habían pasado innumerables veces durante el fin de semana, maravillándose juntos, pero siempre desde la distancia. No se habían atrevido a acercarse. No entonces.

Magnífico, ¿verdad? Anthony suspiró con satisfacción. Nunca te acostumbras a la vista. Bienvenido a su hogar durante los próximos cuatro años, lo crea o no. Lo llamamos Babel.

—Babel —repitió Robin. 'Es esa la razón de-?'

'¿Por qué nos llaman Babblers?' Antonio asintió. Una broma tan antigua como el propio Instituto. Pero alguien de primer año en Balliol cree que lo concibió por primera vez cada septiembre, por lo que hemos estado condenados a ese apodo difícil de manejar durante décadas.

Subió rápidamente los escalones de la entrada. En la parte superior, un sello azul y dorado estaba tallado en la piedra frente a la puerta, el escudo de armas de la Universidad de Oxford. Dominus illuminatio mea, decía. El señor es mi luz. En el momento en que el pie de Anthony tocó el sello, la pesada puerta de madera se abrió por sí sola, revelando un interior dorado iluminado por lámparas, escaleras, eruditos ataviados con túnicas oscuras y libros sobre libros sobre libros.

Robin se detuvo, demasiado deslumbrado para seguirlo. De todas las maravillas de Oxford, Babel parecía la más imposible: una torre fuera del tiempo, una visión de un sueño. Esas vidrieras, esa cúpula alta e imponente; todo parecía haber sido arrancado directamente de la pintura en el comedor del profesor Lovell y arrojado entero a esta

calle gris monótona. Una iluminación en un manuscrito medieval; una puerta a una tierra de hadas. Parecía imposible que vinieran aquí todos los días a estudiar, que tuvieran derecho a entrar.

Sin embargo, aquí estaba, justo en frente de ellos, esperando.

Anthony hizo señas, radiante. Bueno, entra.

Las agencias de traducción siempre han sido herramientas indispensables de, no, los centros de, grandes civilizaciones. En 1527, Carlos V de España creó la Secretaría de Interpretación de Lenguas, cuyos empleados manejaban más de una docena de idiomas al servicio de gobernar los territorios de su imperio. El Royal Institute of Translation fue fundado en Londres a principios del siglo XVII, aunque no se mudó a su sede actual en Oxford hasta 1715 y al final de la Guerra de Sucesión española, después de lo cual los británicos decidieron que sería prudente enseñar a los jóvenes a hablar las lenguas de las colonias que acababan de perder los españoles. Sí, todo esto lo tengo memorizado, y no, no lo escribí, pero esta gira la doy desde el primer año por mi inmenso carisma personal, así que se me da bastante bien. A través del vestíbulo por aquí.

Anthony tenía la rara habilidad de hablar suavemente mientras caminaba hacia atrás. "Hay ocho pisos hasta Babel", dijo. El Libro de los Jubileos afirma que la histórica Torre de Babel alcanzó una altura de más de cinco mil codos, eso es casi dos millas, lo que por supuesto es imposible, aunque nuestra Babel es el edificio más alto de Oxford, y probablemente de toda Inglaterra, a excepción de San Pablo. . Mide casi noventa metros de altura, sin contar el sótano, lo que significa que nuestra altura total es el doble de la de la Biblioteca Radcliffe...

Victoria levantó la mano. ¿Está la torre…?

—¿Más grande por dentro de lo que parece por fuera? preguntó Antonio. 'En efecto.' Robin no se había dado cuenta de esto al principio, pero ahora se sentía desorientado por la contradicción. El exterior de Babel era enorme, pero aún no parecía lo suficientemente alto para admitir los techos altos y los altos estantes de cada piso interior. Es un bonito truco de platería, aunque no estoy seguro de qué pareja de cerillas se trata. Ha sido así desde que llegué aquí; lo damos por sentado.

Anthony los guio a través de una multitud de gente del pueblo que hacía colas ocupadas frente a las ventanillas de los cajeros. Ahora estamos en el vestíbulo; todos los negocios se llevan a cabo aquí. Comerciantes locales que piden barras para su equipo, funcionarios de

la ciudad que solicitan mantenimiento de obras públicas, ese tipo de cosas. Es la única zona de la torre a la que pueden acceder los civiles, aunque no interactúan mucho con los eruditos; tenemos empleados para procesar sus solicitudes. Anthony les hizo señas para que lo siguieran por la escalera central. 'De esta manera.'

El segundo piso era el Departamento Jurídico, que estaba repleto de académicos de rostro adusto que arañaban papeles y hojeaban gruesos y mohosos volúmenes de referencia.

'Siempre está ocupado aquí', dijo Anthony. Tratados internacionales, comercio exterior, ese tipo de cosas. Los engranajes del imperio, las cosas que hacen que el mundo gire. La mayoría de los estudiantes de Babel terminan aquí después de graduarse, ya que la paga es buena y siempre están contratando. Aquí también hacen bastante trabajo pro bono: todo el cuadrante suroeste es un equipo que trabaja en la traducción del Código de Napoleón a otros idiomas europeos.*Pero cobramos un centavo por el resto. Este es el piso que genera mayores ingresos, excepto el trabajo de la plata, por supuesto.

¿Dónde se trabaja la plata? preguntó Victoria.

'Octavo piso. En lo más alto.

¿Por la vista? preguntó Lety.

—Para los fuegos —dijo Anthony. 'Cuando comienzan los incendios, prefieres que estén en la parte superior del edificio para que todos tengan tiempo de salir'.

Nadie podía decir si estaba bromeando.*

Anthony los condujo por otro tramo de escaleras. El tercer piso es la base de aterrizaje para los intérpretes en vivo. Hizo un gesto alrededor de la habitación en gran parte vacía, que mostraba pocas señales de uso a excepción de varias tazas de té manchadas que yacían torcidas y la pila ocasional de papel en una esquina del escritorio. 'Casi nunca están aquí, pero necesitan un lugar para preparar archivos informativos en confianza cuando están, por lo que obtienen todo este espacio. Acompañan a dignatarios y funcionarios del servicio exterior en sus viajes al exterior, asistiendo a bailes en Rusia y tomando el té con jeques en Arabia y demás. Me han dicho que todos los viajes se vuelven bastante agotadores, por lo que no hay demasiados intérpretes de carrera que salgan de Babel. Por lo general, son políglotas naturales que aprendieron sus idiomas en otros lugares: tuvieron padres misioneros o pasaron los veranos con parientes extranjeros, por ejemplo.

'¿Por qué?' Preguntó Rami. 'Suena divertido.'

"Es un puesto cómodo si lo que quieres es viajar al extranjero con el dinero de otra persona", dijo Anthony. Pero los académicos por naturaleza son un grupo solitario y sedentario. Viajar suena divertido hasta que te das cuenta de que lo que realmente quieres es quedarte en casa con una taza de té y una pila de libros junto al fuego.

—Tienes una mala visión de lo académico —dijo Victoire.

Tengo una opinión informada por la experiencia. Lo entenderás con el tiempo. Los alumnos que solicitan trabajos de interpretación siempre renuncian dentro de los primeros dos años. Incluso Sterling Jones, el sobrino de Sir William Jones, claro, no pudo hacerlo durante más de ocho meses, y lo tenían viajando en primera clase dondequiera que fuera. De todos modos, la interpretación en vivo no se considera tan glamorosa, porque todo lo que realmente importa es que transmitas tus puntos básicos sin ofender a nadie. No puedes jugar con las complejidades del lenguaje, que es, por supuesto, donde está la verdadera diversión.'

El cuarto piso estaba mucho más ocupado que el tercero. Los eruditos también parecían ser más jóvenes: tipos de cabello desordenado y mangas parcheadas en comparación con la gente refinada y bien vestida de Legal.

—Literatura —explicó Anthony. Es decir, los negocios de traducción de novelas, cuentos y poemas extranjeros al inglés y, con menos frecuencia, viceversa. Es un poco bajo en el peldaño de prestigio, para ser honesto, pero es una ubicación más codiciada que la interpretación. Uno considera que un puesto de posgrado en Literatura es el primer paso natural para convertirse en profesor de Babel.

'A algunos de nosotros realmente nos gusta estar aquí, fíjate.' Un joven vestido con batas de posgrado se acercó a Anthony. '¿Estos son los primeros años?'

Esos son todos.

'No es una gran clase, ¿verdad?' El hombre los saludó alegremente. 'Hola. Vimal Srinivasan. Me acabo de graduar el trimestre pasado; Hago sánscrito, tamil, telugu y alemán.*

'¿Todos aquí se presentan con sus idiomas?' Preguntó Rami.

'Por supuesto,' dijo Vimal. Tus idiomas determinan lo interesante que eres. Los orientalistas son fascinantes. Los clasicistas son aburridos. De todos modos, bienvenido al mejor piso de la torre.

Victoire estaba mirando alrededor de los estantes con gran interés. —¿Así que tienes en tus manos todos los libros que se publican en el

extranjero?

'La mayoría de ellos, sí,' dijo Vimal.

¿Todos los estrenos franceses? ¿En cuanto salgan?

—Sí, codicioso —dijo, sin ninguna malicia en absoluto—. Verá que nuestro presupuesto para la compra de libros es prácticamente ilimitado y que a nuestros bibliotecarios les gusta mantener una colección completa. Aunque no podemos traducir todo lo que pasa por aquí; simplemente no tenemos la mano de obra. La traducción de textos antiguos todavía ocupa buena parte de nuestro tiempo.'

"Por eso son el único departamento que tiene un déficit todos los años", dijo Anthony.

'Mejorar la comprensión de uno de la condición humana no es una cuestión de lucro.' Vimal olfateó. “Siempre estamos actualizando los clásicos: entre el siglo pasado y ahora, hemos mejorado mucho en ciertos idiomas, y no hay razón por la que los clásicos deban permanecer tan inaccesibles. Actualmente estoy trabajando en una mejor versión latina del Bhagavad Gita…

"No importa que Schlegel acaba de apagar uno", bromeó Anthony.

—Hace más de diez años —desestimó Vimal—. 'Y el Schlegel Gita es terrible; él mismo dijo que no había captado la filosofía básica que subyace en todo el asunto. Lo que demuestra, porque ha usado unas siete palabras diferentes para yoga...

—De todos modos —dijo Anthony, alejándolos—, eso es literatura. Una de las peores aplicaciones de una educación de Babel, si me preguntas.

¿No lo apruebas? preguntó Robin. Compartió el deleite de Victoire; una vida pasada en el cuarto piso, pensó, sería maravilloso.

'Yo no.' Antonio se rió. Estoy aquí para trabajar la plata. Creo que el Departamento de Literatura es un grupo indulgente, como bien sabe Vimal. Mira, lo triste es que podrían ser los eruditos más peligrosos de todos, porque son los que realmente entienden los idiomas: saben cómo viven y respiran y cómo pueden hacer que nuestra sangre bombee, o nuestra piel se erice, con solo un giro de frase. Pero están demasiado obsesionados con sus encantadoras imágenes como para preocuparse por cómo toda esa energía viva podría canalizarse hacia algo mucho más poderoso. Me refiero, por supuesto, a la plata.

Los pisos quinto y sexto albergaban salas de instrucción y materiales de referencia: manuales, gramáticas, libros de lectura, diccionarios de sinónimos y al menos cuatro ediciones diferentes de cada diccionario publicado en lo que, según Anthony, eran todos los

idiomas hablados en el mundo.

"Bueno, los diccionarios están realmente dispersos por toda la torre, pero aquí es donde debes venir si necesitas hacer un trabajo pesado de archivo", explicó Anthony. Verás, justo en el medio, de modo que nadie tenga que caminar más de cuatro pisos para conseguir lo que necesita.

En el centro del sexto piso, una serie de libros encuadernados en rojo descansaban sobre una tela de terciopelo carmesí debajo de una vitrina de vidrio. La forma en que la suave luz de la lámpara brillaba contra sus cubiertas de cuero los hacía parecer bastante mágicos, más como grimorios de magos que como materiales de referencia comunes.

—Estas son las Grammaticas —dijo Anthony. Se ven impresionantes, pero está bien, se puede tocar. Están destinados a ser consultados. Primero límpiate los dedos en el terciopelo.

Las Grammaticas eran volúmenes encuadernados de diferentes grosores pero con encuadernación idéntica, ordenados alfabéticamente por el nombre romanizado del idioma y por fecha de publicación dentro de esos idiomas. Algunos conjuntos de Grammatica, en particular los idiomas europeos, ocuparon vitrinas enteras por sí solos; otros, principalmente las lenguas orientales, contenían muy pocos volúmenes. Las Grammáticas chinas abarcaron solo tres volúmenes; las Grammaticas japonesas y coreanas contenían solo un volumen cada una. Tagalog, sorprendentemente, abarcó cinco volúmenes.

"Pero no podemos atribuirnos el mérito de eso", dijo Anthony. 'Todo ese trabajo de traducción lo hicieron los españoles; es por eso que también verá los créditos del traductor de español a inglés detrás de las portadas. Y una buena parte de las Grammaticas del Caribe y del sur de Asia, aquí están, todavía están en progreso. Esos idiomas no fueron de interés en Babel hasta después de la Paz de París, que por supuesto arrojó una gran cantidad de territorio a las posesiones imperiales de Gran Bretaña. Del mismo modo, encontrará que la mayoría de las Grammaticas africanas están traducidas al inglés del alemán: son los misioneros y filólogos alemanes quienes están haciendo la mayor parte del trabajo allí; no hemos tenido a nadie haciendo idiomas africanos durante años.'

Robin no pudo evitarlo. Cogió ansiosamente las Grammaticas de la lengua oriental y empezó a hojear el material principal. Escritos en la portada de cada volumen, con letra minúscula y muy pulcra, estaban los nombres de los eruditos que habían producido la primera edición de cada Grammatica. Nathaniel Halhed había escrito la Grammatica

bengalí, Sir William Jones la Grammatica sánscrita. Esto era un patrón, notó Robin: todos los autores iniciales tendían a ser hombres blancos británicos en lugar de hablantes nativos de esos idiomas.

"Solo recientemente hemos hecho mucho en los idiomas orientales", dijo Anthony. Estuvimos un buen rato rezagados con respecto a los franceses. Sir William Jones hizo algunos progresos al introducir el sánscrito, el árabe y el persa en las listas de cursos cuando era becario aquí (comenzó la Grammatica persa en 1771), pero fue el único que hizo un trabajo serio en esos idiomas hasta 1803.'

'¿Qué paso después?' preguntó Robin.

"Luego, Richard Lovell se unió a la facultad", dijo Anthony. Escuché que es algo así como un genio con los idiomas del Lejano Oriente. Solo ha contribuido con dos volúmenes a la Chinese Grammatica.

Con reverencia, Robin extendió la mano y tiró del primer volumen de la Grammatica china hacia él. El tomo se sentía excesivamente pesado, cada página cargada de tinta. Reconoció la letra apretada y pulcra del profesor Lovell en cada página. Cubría una asombrosa amplitud de investigación. Bajó el volumen, asombrado por la inquietante comprensión de que el profesor Lovell, un extranjero, sabía más sobre su lengua materna que él.

¿Por qué están debajo de las vitrinas? preguntó Victoria. 'Parece bastante difícil sacarlos.'

—Porque estas son las únicas ediciones en Oxford —dijo Anthony. Hay refuerzos en Cambridge, Edimburgo y el Foreign Office de Londres. Estos se actualizan anualmente para dar cuenta de los nuevos hallazgos. Pero estas son las únicas colecciones completas y autorizadas de conocimientos de todos los idiomas que existen. El nuevo trabajo se agrega a mano, lo notará: cuesta demasiado reimprimirlo cada vez que se realizan nuevas adiciones y, además, nuestras imprentas no pueden manejar tantos guiones extranjeros.

'Entonces, si un incendio arrasara Babel, ¿podríamos perder un año completo de investigación?' preguntó Rami.

'¿Un año? Prueba décadas. Pero eso nunca sucederá. Anthony golpeó la mesa, que Robin notó que estaba incrustada con docenas de delgadas barras de plata. Las Grammaticas están mejor protegidas que la princesa Victoria. Estos libros son impermeables al fuego, las inundaciones y los intentos de remoción por parte de cualquier persona que no esté en el registro del Instituto. Si alguien intentara

robar o dañar uno de estos, sería golpeado por una fuerza invisible tan poderosa que perdería todo sentido de sí mismo y propósito hasta que llegara la policía.

'¿Los bares pueden hacer eso?' preguntó Robin, alarmado.

—Bueno, algo parecido —dijo Anthony—. 'Solo estoy adivinando. El profesor Playfair se encarga de las protecciones y le gusta ser misterioso al respecto. Pero sí, la seguridad de esta torre te asombraría. Parece un edificio estándar de Oxford, pero si alguien alguna vez intentara entrar, se encontraría desangrándose en la calle. Lo he visto suceder.

"Esa es mucha protección para un edificio de investigación", dijo Robin. Sus palmas se sintieron repentinamente húmedas; los limpió en su bata.

—Bueno, por supuesto —dijo Anthony. Hay más plata en estas paredes que en las bóvedas del Banco de Inglaterra.

'¿Verdaderamente?' preguntó Lety.

-Por supuesto -dijo Antonio-. 'Babel es uno de los lugares más ricos de todo el país. ¿Le gustaría ver por qué?

Ellos asintieron. Anthony chasqueó los dedos y les hizo señas para que lo siguieran escaleras arriba.

El octavo piso era la única parte de Babel que yacía escondida detrás de puertas y paredes. Los otros siete se diseñaron siguiendo un plano de planta abierto, sin barreras que rodearan la escalera, pero las escaleras al octavo piso conducían a un pasillo de ladrillo que a su vez conducía a una pesada puerta de madera.

—Barrera de fuego —explicó Anthony—. 'En caso de accidentes. Sella el resto del edificio para que las Grammaticas no se quemen si algo aquí arriba explota. Apoyó su peso contra la puerta y empujó.

El octavo piso parecía más un taller que una biblioteca de investigación. Los eruditos estaban parados alrededor de las mesas de trabajo como mecánicos, sosteniendo una variedad de herramientas de grabado en barras de plata de todas las formas y tamaños. Zumbidos, zumbidos y sonidos de perforación llenaron el aire. Algo explotó cerca de la ventana, provocando una lluvia de chispas seguida de una ronda de maldiciones, pero nadie siquiera levantó la vista.

Un hombre blanco corpulento y canoso los esperaba frente a las estaciones de trabajo. Tenía un rostro ancho, arrugado por una sonrisa, y el tipo de ojos centelleantes que podrían haberlo situado entre los cuarenta y los sesenta. Las túnicas negras de su maestro

estaban cubiertas con tanto polvo plateado que brillaba cada vez que se movía. Sus cejas eran espesas, oscuras y extraordinariamente expresivas; parecían dispuestos a saltar de su rostro con entusiasmo cada vez que hablaba.

'Buenos días,' dijo. Soy el profesor Jerome Playfair, presidente de la facultad. Coqueteo con el francés y el italiano, pero mi primer amor es el alemán. Gracias, Anthony, puedes irte. ¿Están Woodhouse y usted listos para su viaje a Jamaica?

—Todavía no —dijo Anthony. Todavía tengo que localizar el manual de Patois. Sospecho que Gideon se lo llevó sin volver a firmarlo.

'Sube, entonces.'

Anthony asintió, saludó con un sombrero imaginario a la cohorte de Robin y retrocedió a través de la pesada puerta.

El profesor Playfair les sonrió. 'Así que ahora has visto Babel. ¿Cómo estamos todos?

Por un momento, nadie habló. Letty, Ramy y Victoire parecían tan atónitos como Robin. Habían estado expuestos a una gran cantidad de información a la vez, y el efecto fue que Robin no estaba seguro de que el suelo en el que se encontraba fuera real.

El profesor Playfair se rió entre dientes. 'Lo sé. Tuve la misma impresión en mi primer día aquí también. Es más bien como una inducción a un mundo oculto, ¿no? Como tomar comida en la corte seelie. Una vez que sabes lo que sucede en la torre, el mundo mundano no parece ni la mitad de interesante.

—Es deslumbrante, señor —dijo Letty. 'Increíble.'

El profesor Playfair le guiñó un ojo. Es el lugar más maravilloso del mundo.

Se aclaró la garganta. Ahora me gustaría contar una historia. Perdóneme por ser dramático, pero me gusta marcar esta ocasión: su primer día, después de todo, en lo que creo que es el centro de investigación más importante del mundo. ¿Eso estaría bien?

No necesitaba su aprobación, pero ellos asintieron de todos modos.

'Gracias. Ahora, conocemos la siguiente historia de Herodoto.' Caminó varios pasos delante de ellos, como un jugador marcando su posición en el escenario. Nos habla del rey egipcio Psamético, que una vez formó un pacto con los invasores del mar jónico para derrotar a los once reyes que lo habían traicionado. Después de haber derrocado a sus enemigos, entregó grandes extensiones de tierra a sus aliados jónicos. Pero Psamético quería una garantía aún mejor de que los

jonios no se volverían contra él como alguna vez lo hicieron sus antiguos aliados. Quería evitar guerras basadas en malentendidos. Entonces envió a jóvenes egipcios a vivir con los jonios y aprender griego para que cuando crecieran pudieran servir como intérpretes entre los dos pueblos.

'Aquí en Babel, nos inspiramos en Psamético.' Miró a su alrededor y su mirada brillante se posó en cada uno de ellos mientras hablaba. 'La traducción, desde tiempos inmemoriales, ha sido la facilitadora de la paz. La traducción hace posible la comunicación, lo que a su vez hace posible el tipo de diplomacia, comercio y cooperación entre pueblos extranjeros que trae riqueza y prosperidad para todos.

Seguramente ya te habrás dado cuenta de que Babel es la única entre las facultades de Oxford que acepta estudiantes que no son de origen europeo. En ningún otro lugar de este país encontrará hindúes, musulmanes, africanos y chinos estudiando bajo el mismo techo. No te aceptamos a pesar de tus orígenes extranjeros, sino debido a ellos. El profesor Playfair enfatizó esta última parte como si fuera un motivo de gran orgullo. 'Debido a tus orígenes, tienes el don de idiomas que los nacidos en Inglaterra no pueden imitar. Y vosotros, como los muchachos de Psamético, sois las lenguas que hablarán de esta visión de la armonía global.

Juntó las manos delante de él como si estuviera orando. 'De todos modos. Los posgraduados se burlan de mí por esa perorata todos los años. Creen que es trillado. Pero creo que la situación requiere tanta gravedad, ¿no crees? Después de todo, estamos aquí para dar a conocer lo desconocido, para hacer que el otro sea familiar. Estamos aquí para hacer magia con las palabras.

Esto era, pensó Robin, lo más amable que alguien había tenido que decir sobre su nacimiento en el extranjero. Y aunque la historia hizo que se le retorcieran las tripas, porque había leído el pasaje relevante de Herodoto y recordó que los niños egipcios eran, sin embargo, esclavos, también sintió un zumbido de emoción al pensar que tal vez su falta de pertenencia no lo condenaba a existir para siempre. en los márgenes, que quizás, en cambio, lo hizo especial.

Luego, el profesor Playfair los reunió alrededor de una mesa de trabajo vacía para una demostración. 'Ahora, el hombre común piensa que trabajar la plata es equivalente a la hechicería.' Se subió las mangas hasta los codos mientras hablaba, gritando para que pudieran escucharlo por encima del ruido. "Piensan que el poder de las barras

reside en la plata misma, que la plata es una sustancia inherentemente mágica que contiene el poder de alterar el mundo".

Abrió el cajón izquierdo y sacó una barra de plata en blanco. No están del todo equivocados. De hecho, la plata tiene algo especial que la convierte en un vehículo ideal para lo que hacemos. Me gusta pensar que fue bendecido por los dioses; después de todo, está refinado con mercurio, y Mercurio es el dios mensajero, ¿no? Mercurio, Hermes. ¿No tiene entonces la plata un vínculo indisoluble con la hermenéutica? Pero no nos pongamos demasiado románticos. No, el poder de la barra radica en las palabras. Más específicamente, la materia del lenguaje que las palabras son incapaces de expresar, la materia que se pierde cuando nos movemos entre un idioma y otro. La plata atrapa lo que se ha perdido y lo manifiesta.

Levantó la vista y observó sus rostros desconcertados. 'Tienes preguntas. No te preocupes. No comenzarás a trabajar con plata hasta cerca del final de tu tercer año. Tendrá mucho tiempo para ponerse al día con la teoría relevante antes de eso. Lo que importa ahora es que entiendas la magnitud de lo que hacemos aquí. Alcanzó una pluma de grabado. 'Que es, por supuesto, el lanzamiento de hechizos.'

Empezó a tallar una palabra en un extremo de la barra. 'Solo te estoy mostrando uno simple. El efecto será bastante sutil, pero mira si lo sientes.

Terminó de escribir en ese extremo, luego lo levantó para mostrárselo. Heimlich. Alemán para secreto y clandestino, que es como lo traduciré al inglés. Pero heimlich significa algo más que secretos. Derivamos heimlich de una palabra protogermánica que significa “hogar”. Junta esta constelación de significados, ¿y qué obtienes? Algo así como la sensación secreta y privada que obtienes al estar en un lugar al que perteneces, aislado del mundo exterior.

Mientras hablaba, escribió la palabra clandestino en el reverso de la barra. En el momento en que terminó, la plata comenzó a vibrar.

-Heimlich -dijo-. 'Clandestino.'

Una vez más Robin escuchó un canto sin fuente, una voz inhumana de la nada.

El mundo cambió. Algo los ataba, alguna barrera intangible empañaba el aire a su alrededor, ahogaba el ruido que los rodeaba, hacía que pareciera que eran los únicos en un piso que sabían que estaba repleto de eruditos. Estaban a salvo aquí. Estaban solos. Esta era su torre, su refugio.*

No eran ajenos a esta magia. Todos habían visto el efecto de la

platería antes; en Inglaterra era imposible evitarlo. Pero una cosa era saber que las barras podían funcionar, que el trabajo en plata era simplemente la base de una sociedad avanzada y funcional. Otra cosa era presenciar con sus propios ojos la deformación de la realidad, la forma en que las palabras se apoderaban de lo que ninguna palabra podía describir e invocaban un efecto físico que no debería ser.

Victoire se llevó la mano a la boca. Letty respiraba con dificultad. Ramy parpadeó muy rápidamente, como si tratara de contener las lágrimas.

Y Robin, observando la barra todavía temblando, vio claramente ahora que todo valía la pena. La soledad, las palizas, las largas y dolorosas horas de estudio, la ingestión de lenguas como tónico amargo para poder hacer esto algún día, todo valió la pena.

—Una última cosa —dijo el profesor Playfair mientras los acompañaba escaleras abajo—. Tendremos que sacarte sangre.

'¿Le ruego me disculpe?' preguntó Lety.

'Tu sangre. No tardará mucho. El profesor Playfair los condujo a través del vestíbulo hasta una pequeña habitación sin ventanas escondida detrás de los estantes, que estaba vacía salvo por una mesa sencilla y cuatro sillas. Les hizo un gesto para que se sentaran, luego caminó hacia la pared del fondo, donde una serie de cajones estaban ocultos dentro de la piedra. Sacó el cajón superior, revelando montones y montones de diminutos viales de vidrio dentro. Cada uno estaba etiquetado con el nombre del erudito cuya sangre contenía.

"Es para las salas", explicó el profesor Playfair. En Babel se registran más intentos de robo que en todos los bancos de Londres juntos. Las puertas mantienen fuera a la mayoría de la chusma, pero las protecciones necesitan alguna forma de distinguir a los eruditos de los intrusos. Hemos probado el cabello y las uñas, pero son demasiado fáciles de robar.

"Los ladrones pueden robar sangre", dijo Ramy.

—Pueden —dijo el profesor Playfair. 'Pero tendrían que estar mucho más decididos en todo el esfuerzo, ¿no es así?'

Sacó un puñado de jeringas del cajón inferior. 'Mangas arriba, por favor'.

A regañadientes, se levantaron los vestidos.

¿No deberíamos tener una enfermera aquí? preguntó Victoria.

No te preocupes. El profesor Playfair golpeó la aguja. Soy bastante bueno en esto. No me llevará mucho tiempo encontrar una vena.

¿Quién es primero?'

Robin se ofreció como voluntario; no quería sufrir la anticipación de ver a los demás. Ramy fue el siguiente, y luego Victoire, y luego Letty. Todo el procedimiento tomó menos de quince minutos, y nada peor por el desgaste, aunque Letty se había puesto inquietantemente verde cuando la aguja dejó su brazo.

—Tenga un buen almuerzo —le dijo el profesor Playfair. La morcilla es buena, si la tienen.

Se agregaron cuatro viales de vidrio nuevos al cajón, todos etiquetados con letra diminuta y pulcra.

"Ahora eres parte de la torre", les dijo el profesor Playfair mientras cerraba los cajones. Ahora la torre te conoce.

Ramy hizo una mueca. 'Un poco espeluznante, ¿no?'

—En absoluto —dijo el profesor Playfair—. Estás en el lugar donde se hace la magia. Tiene todos los adornos de una universidad moderna, pero en el fondo, Babel no es tan diferente de las guaridas de los alquimistas de antaño. Pero a diferencia de los alquimistas, en realidad hemos descubierto la clave para la transformación de una cosa. No está en la sustancia material. Está en el nombre.

Babel compartía una manteca en el cuadrángulo de Radcliffe con varias otras facultades de humanidades. Se suponía que la comida allí era muy buena, pero estaba cerrada hasta el comienzo de las clases de mañana, por lo que regresaron a la universidad justo a tiempo para el final del servicio de almuerzo. Toda la comida caliente se había ido, pero el té de la tarde y sus adornos estaban disponibles hasta la cena. Cargaron bandejas con tazas de té, teteras, azucareros, jarras de leche y bollos, luego se movieron por las largas mesas de madera en el pasillo hasta que encontraron una desocupada en la esquina.

Entonces, ¿eres de Cantón? preguntó Lety. Tenía una personalidad muy enérgica, había notado Robin; hizo todas sus preguntas, incluso las benignas, en tono de interrogadora.

Acababa de morder un bollo; estaba seco y rancio, y tuvo que tomar un sorbo de té antes de poder responder. Volvió la mirada hacia Ramy antes de que él pudiera hacerlo. ¿Y tú, Madrás? ¿Bombay?

—Calcuta —dijo Ramy amablemente—.

"Mi padre estaba destinado en Calcuta", dijo. —Tres años, de 1825 a 1828. Puede que lo hayas visto por ahí.

'Encantador', dijo Ramy mientras untaba mermelada sobre su bollo. 'Podría ser que una vez apuntó con un arma a mis hermanas'.

Robin resopló, pero Letty palideció. Solo digo que he conocido hindúes antes...

'Soy musulmán.'

'Bueno, solo estoy diciendo-'

'Y sabes,' ahora Ramy estaba untando mantequilla a su bollo con gran entusiasmo, 'es muy irritante, en realidad, la forma en que todos quieren equiparar India con el hinduismo. “Oh, el gobierno musulmán es una aberración, una intrusión; los mogoles son simples intrusos, pero la tradición... eso es sánscrito, eso son los Upanishads. Se llevó el bollo a la boca. Pero ni siquiera sabes lo que significan esas palabras, ¿verdad?

Habían tenido un mal comienzo. El humor de Ramy no siempre funcionaba con los nuevos conocidos. Uno necesitaba tomar sus diatribas simplistas con calma, y Letitia Price parecía capaz de cualquier cosa menos eso.

"Entonces, Babel", intervino Robin antes de que Ramy pudiera decir algo más. Bonito edificio.

Letty le lanzó una mirada de asombro. 'Bastante.'

Ramy, rodando los ojos, tosió y dejó su bollo.

Bebieron su té en silencio. Victoire tintineó nerviosamente su cuchara alrededor de su taza. Robin miró por la ventana. Ramy tamborileó con los dedos sobre la mesa, pero se detuvo cuando Letty lo fulminó con la mirada.

¿Cómo has encontrado el lugar? Victoire trató valientemente de rescatar su conversación. Me refiero a Oxfordshire. Siento que solo hemos visto una fracción hasta ahora, es tan grande. Quiero decir, no como Londres o París, pero hay tantos rincones escondidos, ¿no crees?

"Es increíble", dijo Robin con demasiado entusiasmo. “Es irreal, cada edificio individual, pasamos los primeros tres días simplemente caminando, mirando. Vimos todas las atracciones turísticas: el Museo de Oxford, los jardines de Christ Church...

Victoria arqueó una ceja. —¿Y te dejan entrar dondequiera que vayas?

'En realidad no.' Ramy dejó su taza de té. Recuerda, Birdie, el Ashmolean...

-Correcto -dijo Robin-. Parecían tan seguros de que íbamos a robar algo, que nos hicieron revisar los bolsillos al entrar y al salir, como si estuvieran convencidos de que habíamos robado la Alfred Jewel.

"No nos dejarían entrar en absoluto", dijo Victoire. —Dijeron que no se permitían mujeres sin acompañante.

Ramy resopló. '¿Por qué?'

'Probablemente debido a nuestras disposiciones nerviosas,' dijo Letty. No podían dejar que nos desmayáramos contra los cuadros.

"Pero los colores son tan emocionantes", dijo Victoire.

'Campos de batalla y pechos.' Letty se llevó el dorso de la mano a la frente. Demasiado para mis nervios.

'Entonces, ¿qué hiciste?' Preguntó Rami.

"Regresamos cuando un docente diferente estaba de turno y esta vez fingimos ser hombres". Victoire profundizó su voz. 'Disculpe, solo somos muchachos del campo visitando a nuestros primos aquí y no tenemos nada que hacer cuando están en clase...'

Robín se rió. 'No lo hiciste.'

—Funcionó —insistió Victoire.

No te creo.

'No realmente.' Victoria sonrió. Tenía, notó Robin, ojos enormes y muy bonitos como los de una cierva. Le gustaba escucharla hablar; cada frase se sentía como si ella estuviera sacando la risa de su interior. Deben haber pensado que teníamos unos doce años, pero funcionó como un sueño...

'Hasta que te emocionaste', interrumpió Letty.

'Está bien, funcionó hasta que pasamos justo por delante del docente...'

Pero luego vio un Rembrandt que le gustaba y soltó un chillido… Letty emitió un sonido de gorjeo. Victoire empujó su hombro, pero ella también se estaba riendo.

—Disculpe, señorita. Victoire bajó la barbilla imitando la desaprobación del docente. '"Se supone que no deberías estar aquí, creo que te has dado la vuelta-'"

'Así que fueron los nervios, después de todo-'

Eso fue todo lo que tomó. El hielo se derritió. En un instante, todos se estaban riendo, un poco más fuerte, tal vez, de lo que justificaba la broma, pero lo que importaba era que se estaban riendo en absoluto.

¿Alguien más te ha descubierto? Preguntó Rami.

'No, todos piensan que somos estudiantes de primer año particularmente delgados', dijo Letty. Aunque una vez alguien le gritó a Victoire que se quitara el vestido.

Intentó sacármelo de encima. La mirada de Victoire se posó en su regazo. 'Letty tuvo que vencerlo con su paraguas.'

"Nos pasó algo similar", dijo Ramy. Una noche, unos borrachos de Balliol empezaron a gritarnos.

"No les gusta la piel oscura en sus uniformes", dijo Victoire.

'No', dijo Ramy, 'no lo hacen'.

—Lo siento mucho —dijo Victoire. —¿Ellos… quiero decir, te escapaste bien?

Robin le lanzó a Ramy una mirada preocupada, pero los ojos de Ramy todavía estaban arrugados con buen humor.

'Oh sí.' Pasó el brazo por los hombros de Robin. "Estaba a punto de romper algunas narices, pero este hizo lo prudente: comenzó a correr como si los perros del infierno estuvieran detrás de él, así que no pude hacer nada más que correr también".

—No me gustan los conflictos —dijo Robin, sonrojándose—.

—Oh, no —dijo Ramy. Si pudieras, desaparecerías entre las piedras.

"Podrías haberte quedado", bromeó Robin. 'Lucha contra ellos con una sola mano.'

'¿Qué, y dejarte en la espeluznante oscuridad?' Rami sonrió. De todos modos, te veías absurdo. Corriendo como si tu vejiga estuviera a punto de estallar y no pudieras encontrar un retrete.

Y luego se estaban riendo de nuevo.

Pronto se hizo evidente que ningún tema estaba fuera de los límites. Podían hablar de cualquier cosa, compartir todas las indescriptibles humillaciones que sentían por estar en un lugar en el que no debían estar, todo el malestar acechante que hasta ahora se habían guardado para sí mismos. Ofrecieron todo sobre sí mismos porque, por fin, habían encontrado el único grupo de personas para quienes sus experiencias no eran tan únicas o desconcertantes.

Luego intercambiaron historias sobre su educación antes de Oxford. Babel, aparentemente, siempre ungía a sus elegidos a una edad temprana. Letty, que era del sur de Brighton, había deslumbrado a los amigos de la familia con su memoria prodigiosa desde que pudo hablar; uno de esos amigos, que conocía a algunos catedráticos de Oxford, le aseguró un conjunto de tutores y la instruyó en francés, alemán, latín y griego hasta que tuvo la edad suficiente para matricularse.

Aunque casi no lo consigo. Letty parpadeó, sus pestañas revoloteando locamente. 'Mi padre dijo que nunca pagaría la educación de una mujer, así que estoy agradecido por la beca. Tuve que vender un par de pulseras para pagar el billete del autobús.

Victoire, como Robin y Ramy, había venido a Europa con un tutor. —París —aclaró ella. Era francés, pero tenía conocidos en el Instituto

y les iba a escribir cuando yo tuviera la edad suficiente. Sólo entonces murió, y durante un tiempo no estuve seguro de poder venir. Su voz vaciló un poco. Tomó un sorbo de té. 'Pero me las arreglé para ponerme en contacto con ellos, y se las arreglaron para traerme', concluyó vagamente.

Robin sospechaba que ese no era el alcance total de esta historia, pero él también tenía práctica en el arte de disimular el dolor y no entrometía.

Una cosa los unía a todos: sin Babel, no tenían adónde ir en este país. Habían sido elegidos por privilegios que nunca podrían haber imaginado, financiados por hombres poderosos y ricos cuyos motivos no entendían del todo, y eran muy conscientes de que podían perderlos en cualquier momento. Esa precariedad los hizo a la vez atrevidos y aterrorizados. Tenían las llaves del reino; no querían devolverlos.

Para cuando terminaron su té, estaban casi enamorados el uno del otro, no del todo todavía, porque el verdadero amor tomaba tiempo y recuerdos, pero tan cerca del amor como las primeras impresiones podían llevarlos. Todavía no habían llegado los días en que Ramy usaba con orgullo las bufandas descuidadamente tejidas de Victoire, en que Robin sabía exactamente cuánto tiempo le gustaba a Ramy dejar reposar el té para tenerlo listo cuando inevitablemente llegaba tarde a la Buttery después de su tutoría árabe, o cuando todos sabía que Letty estaba a punto de llegar a clase con una bolsa de papel llena de galletas de limón porque era miércoles por la mañana y la panadería de Taylor sacaba galletas de limón los miércoles. Pero esa tarde pudieron ver con certeza la clase de amigos que serían, y amar esa visión estaba lo suficientemente cerca.

Más tarde, cuando todo se torció y el mundo se partió por la mitad, Robin pensaría en este día, en esta hora en esta mesa, y se preguntaría por qué habían sido tan rápidos, tan descuidadamente ansiosos por confiar el uno en el otro. ¿Por qué se habían negado a ver la miríada de formas en que podían lastimarse unos a otros? ¿Por qué no se habían detenido a cuestionar sus diferencias de nacimiento, de crianza, que significaba que no estaban ni podrían estar nunca del mismo lado?

Pero la respuesta era obvia: los cuatro se estaban ahogando en lo desconocido, y se veían en una balsa, y aferrarse el uno al otro era la única forma de mantenerse a flote.

A las chicas no se les permitía vivir en la universidad, razón por la cual no se habían cruzado con Robin y Ramy hasta el primer día de clases. En cambio, Victoire y Letty se alojaron a unas dos millas de distancia en el anexo de servicio de una de las escuelas diurnas de Oxford, que aparentemente era un arreglo común para las alumnas de Babel. Robin y Ramy los acompañaron a casa porque les pareció lo más caballeroso, pero Robin esperaba que esto no se convirtiera en una rutina nocturna, ya que la carretera estaba bastante lejos y no había ómnibus a esa hora.

—¿No pudieron ponerte más cerca? Preguntó Rami.

Victoria negó con la cabeza. Todos los colegios dijeron que nuestra proximidad corría el riesgo de corromper a los caballeros.

'Bueno, eso no es justo', dijo Ramy.

Letty le lanzó una mirada divertida. 'Di más.'

—Pero no es tan malo —dijo Victoire. "Hay algunos pubs divertidos en esta calle, nos gusta el Four Horsemen, el Twisted Root, y hay un lugar llamado Rooks and Pawns donde puedes jugar al ajedrez..."

—Lo siento —dijo Robin. '¿Dijiste la Raíz Torcida?'

—Está más adelante en Harrow Lane, cerca del puente —dijo Victoire—. Aunque no te gustará. Echamos un vistazo y caminamos hacia afuera, está terriblemente sucio por dentro. Pase el dedo por el cristal y encontrará una bola de grasa y suciedad de un cuarto de pulgada de espesor.

Entonces, ¿no es un lugar predilecto para los estudiantes?

No, a los muchachos de Oxford no se les vería muertos allí. Es para la ciudad, no para el vestido.

Letty señaló un rebaño de vacas serpenteantes más adelante y Robin dejó que la conversación se desviara. Más tarde, después de haber llevado a las niñas a salvo a casa, le dijo a Ramy que regresara a Magpie Lane por su cuenta.

'Olvidé que tengo que ir a ver al profesor Lovell', dijo. Jericho estaba convenientemente más cerca de esta parte de la ciudad que de la Universidad. 'Es una caminata larga; No quiero arrastrarte hasta allí.

"Pensé que tu cena no era hasta el próximo fin de semana", dijo Ramy.

—Lo es, pero acabo de recordar que se suponía que debía visitarlo antes. Robin se aclaró la garganta; se sentía terrible mintiendo en la cara de Ramy. 'La Sra. Piper dijo que tenía algunos pasteles para mí.'

'Gracias al cielo.' Sorprendentemente, Ramy no sospechó nada. El almuerzo no era comestible. ¿Estás seguro de que no quieres compañía?

'Estoy bien. Ha sido un buen día y estoy cansada, y creo que será agradable caminar un poco en silencio.

—Bastante justo —dijo Ramy amablemente—.

Se separaron en Woodstock Road. Ramy fue directamente al sur de regreso a la universidad. Robin giró a la derecha en busca del puente que Victoire había señalado, sin saber qué buscaba salvo el recuerdo de una frase susurrada.

La respuesta lo encontró. A medio camino de Harrow Lane oyó un segundo par de pasos detrás de él. Miró por encima del hombro y vio una figura oscura que lo seguía por el estrecho camino.

"Te tomó mucho tiempo", dijo su doppelgänger. He estado merodeando por aquí todo el día.

'¿Quién eres tú?' preguntó Robin. ¿Qué eres? ¿Por qué tienes mi cara?

"Aquí no", dijo su doppelgänger. El pub está a la vuelta de esta esquina, entremos...

—Contéstame —exigió Robin. Una tardía sensación de peligro acababa de aparecer; su boca se había secado; su corazón latía con furia. '¿Quién eres tú?'

—Eres Robin Swift —dijo el hombre. Creciste sin padre, pero con una inexplicable niñera inglesa y un suministro interminable de libros en inglés, y cuando el profesor Lovell apareció para llevarte a Inglaterra, dijiste adiós a tu patria para siempre. Crees que el profesor podría ser tu padre, pero él no ha admitido que eres suyo. Estás bastante seguro de que nunca lo hará. ¿Tiene sentido?'

Robin no podía hablar. Su boca se abrió y su mandíbula se movió inútilmente, pero simplemente no tenía nada que decir.

"Ven conmigo", dijo su doppelgänger. 'Tomemos un trago.'

Libro II

Capítulo cinco

—No me gustan los nombres duros —interrumpió Monks con una risa burlona—. Conoces el hecho, y eso es suficiente para mí.

CHARLES DICKENS - Oliver Twist

E

ncontraron una mesa en la esquina trasera de Twisted Root. El doppelgänger de Robin les pidió dos vasos de una cerveza dorada ligera. Robin vació la mitad de su vaso en tres tragos desesperados y se sintió un poco más tranquilo, aunque no menos confuso.

"Mi nombre", dijo su doppelgänger, "es Griffin Lovell".

Después de una inspección más cercana, él y Robin no eran tan parecidos después de todo. Era varios años mayor y su rostro mostraba una dura madurez que el de Robin aún no había adquirido. Su voz era más profunda, menos indulgente, más asertiva. Era varias pulgadas más alto que Robin, aunque también era mucho más delgado; de hecho, parecía compuesto enteramente de bordes y ángulos afilados. Su cabello era más oscuro, su piel más pálida. Parecía una ilustración impresa de Robin, los contrastes de iluminación se amplificaron y el color se desvaneció.

Es aún más tu viva imagen que el anterior.

—Lovell —repitió Robin, tratando de orientarse—. '¿Entonces eres-?'

"Él nunca lo admitirá", dijo Griffin. Pero tampoco lo hará contigo, ¿verdad? ¿Sabes que tiene esposa e hijos?

Robin se atragantó. '¿Qué?'

'Es cierto. Una niña y un niño, siete y tres. La querida Philippa y el pequeño Dick. El nombre de la esposa es Johanna. Los tiene escondidos en una hermosa finca en Yorkshire. En parte, se debe a cómo él obtiene fondos para viajes al extranjero: él vino de la nada, pero ella es terriblemente rica. Me han dicho que quinientas libras al año.

'¿Pero entonces…?'

'¿Ella sabe de nosotros? Absolutamente no. Aunque no creo que le importara si lo hiciera, aparte de los problemas obvios de reputación. No hay amor perdido en ese matrimonio. Él quería una propiedad y ella quería fanfarronear. Se ven unas dos veces al año, y el resto de su tiempo vive aquí, o en Hampstead. Somos los niños con los que pasa la mayor parte del tiempo, curiosamente. Griffin ladeó la cabeza. Al menos lo eres.

'¿Estoy soñando?' Robin murmuró.

'Tú deseas. Te ves horrible. Beber.'

Robin alcanzó mecánicamente su vaso. Ya no temblaba, pero su cabeza se sentía muy borrosa. Beber no ayudó, pero al menos le dio algo que hacer con sus manos.

"Estoy seguro de que tienes un montón de preguntas", dijo Griffin. Intentaré responderlas, pero tendrás que tener paciencia. Yo también tengo preguntas. ¿Cómo se llama a sí mismo?'

—Robin Swift —dijo Robin desconcertado—. 'Tú lo sabes.'

'¿Pero ese es el nombre que prefieres?'

Robin no estaba seguro de lo que quería decir con esto. 'Quiero decir, ahí está mi primer... quiero decir, mi nombre chino, pero nadie... yo no...'

-Bien -dijo Griffin-. 'Rápido. Bonito nombre. ¿Cómo se te ocurrió eso?

—Los viajes de Gulliver —admitió Robin. Sonó muy tonto cuando lo dijo en voz alta. Todo sobre Griffin lo hacía sentir como un niño en contraste. Es… es uno de mis libros favoritos. El profesor Lovell dijo que eligiera lo que quisiera, y ese fue el primer nombre que me vino a la mente.

El labio de Griffin se curvó. Entonces se ha ablandado un poco. A mí, se dirigió a una esquina de la calle antes de que firmáramos los papeles y me dijo que los expósitos a menudo recibían el nombre de los lugares en los que habían sido abandonados. Dije que podía caminar por la ciudad hasta que encontrara una palabra que no sonara demasiado ridícula.

'¿Tuviste?'

'Seguro. Harley. En ningún lugar en especial, solo lo vi encima de una tienda y me gustó cómo sonaba. Las formas que tiene que hacer tu boca, la liberación de la segunda sílaba. Pero yo no soy una Harley, soy una Lovell, al igual que tú no eres una Swift.

'Así que estamos...'

—Medios hermanos —dijo Griffin—. 'Hola hermano. Encantado de conocerte.

Robin dejó su vaso. 'Me gustaría tener la historia completa ahora.'

'Me parece bien.' Griffin se inclinó hacia delante. A la hora de la cena, el Twisted Root estaba lo suficientemente lleno como para que el alboroto envolviera cualquier conversación individual, pero aun así Griffin bajó la voz a un murmullo tan bajo que Robin tuvo que esforzarse para escuchar. 'Aquí está el resumen. soy un criminal Mis colegas y yo robamos regularmente plata, manuscritos y materiales de grabado de Babel y los enviamos a través de Inglaterra a nuestros asociados en todo el mundo. Lo que hiciste anoche fue traición, y si alguien se entera, estarías encerrado en Newgate por lo menos durante veinte años, pero solo después de que te torturaron en un intento de llegar a nosotros. Todo esto lo pronunció muy deprisa, sin apenas cambio de tono ni de volumen. Cuando terminó, se echó hacia atrás, luciendo satisfecho.

Robin hizo lo único que se le ocurrió hacer, que fue tomar otro trago embriagador de cerveza. Cuando dejó el vaso, con las sienes palpitantes, la única palabra que logró decir fue "¿Por qué?".

'Fácil', dijo Griffin. Hay gente que necesita plata más que los londinenses ricos.

Pero... quiero decir, ¿quién?

Griffin no respondió de inmediato. Miró a Robin de arriba abajo durante varios segundos, examinando su rostro como si buscara algo, algún parecido más, alguna cualidad innata crucial. Luego preguntó: '¿Por qué murió tu madre?'

—Cólera —dijo Robin después de una pausa—. 'Hubo un brote...'

"No pregunté cómo", dijo Griffin. 'Pregunté por qué.'

no se porque, quiso decir Robin, pero lo hizo. Siempre lo había sabido, solo se había obligado a no insistir en ello. En todo este tiempo, nunca se había permitido hacer esta formulación particular de la pregunta.

Oh, dos semanas y algo de cambio, dijo la señora Piper. Habían estado en China durante más de dos semanas.

Le escocían los ojos. Parpadeó. '¿Cómo sabes acerca de mi madre?'

Griffin se echó hacia atrás, con los brazos cruzados detrás de la cabeza. '¿Por qué no te terminas esa bebida?'

Afuera, Griffin echó a andar rápidamente por Harrow Lane, lanzando preguntas rápidas con una comisura de la boca. '¿Así que de dónde

eres?'

'Cantón.'

Nací en Macao. No recuerdo si alguna vez fui a Canton. Entonces, ¿cuándo te trajo?

'¿A Londres?'

—No, idiota, a Manila. Sí, Londres.

Su hermano, pensó Robin, podría ser todo un imbécil. Seis... no, ahora hace siete años.

'Increíble.' Griffin giró a la izquierda en Banbury Road sin previo aviso; Robin se apresuró a seguirlo. No me extraña que nunca fuera a buscarme. Tenía algo mejor en lo que concentrarse, ¿no?

Robin se tambaleó hacia adelante, tropezando con los adoquines. Se enderezó y corrió tras Griffin. Nunca antes había bebido cerveza, solo vinos débiles en la mesa de la señora Piper, y el lúpulo le dejó la lengua entumecida. Tenía fuertes ganas de vomitar. ¿Por qué había bebido tanto? Se sintió aturdido, el doble de lento para poner en orden sus pensamientos, pero por supuesto ese era el punto. Estaba claro que Griffin lo había querido fuera de lugar, sin vigilancia. Robin sospechaba que a Griffin le gustaba desequilibrar a la gente.

'¿A dónde vamos?' preguntó.

'Sur. Luego al oeste. No importa; es solo que la mejor manera de evitar que te escuchen es estar siempre en movimiento. Griffin giró por Canterbury Road. "Si te quedas quieto, entonces tu cola puede ocultarse y captar toda la conversación, pero les dificulta las cosas cuando estás zigzagueando".

'¿Su cola?'

'Uno siempre debe asumir.'

Entonces, ¿podemos ir a una panadería?

'¿Una panadería?'

Le dije a mi amigo que había ido a ver a la señora Piper. A Robin todavía le daba vueltas la cabeza, pero el recuerdo de su mentira sobresalía con claridad. No puedo irme a casa con las manos vacías.

'Multa.' Griffin los condujo por Winchester Road. '¿Servirán los de Taylor? No hay nada más abierto todavía.

Robin se metió en la tienda y rápidamente compró una selección de los pasteles más sencillos que pudo encontrar; no quería que Ramy sospechara la próxima vez que pasaran por la vitrina de Taylor. Tenía un saco de arpillera en su habitación; podría desechar las cajas de la tienda cuando llegara a casa y tirar los pasteles allí.

La paranoia de Griffin lo había infectado. Se sintió marcado,

cubierto de pintura escarlata, seguro de que alguien lo llamaría ladrón incluso mientras pagaba. No pudo mirar al panadero a los ojos cuando recibió su cambio.

—De todos modos —dijo Griffin cuando salió Robin—. '¿Te gustaría robar para nosotros?'

'¿Robar?' Estaban paseando a un ritmo absurdo otra vez. —¿Quieres decir de Babel?

'Obviamente, sí. Mantenga.'

'¿Pero por qué me necesitas?'

'Porque tú eres parte de la institución y nosotros no. Tu sangre está en la torre, lo que significa que hay puertas que puedes abrir y nosotros no.

'Pero por qué . . .' La lengua de Robin seguía tropezando con una avalancha de preguntas. '¿Para qué? ¿Qué haces con lo que robas?

Justo lo que te dije. Lo redistribuimos. Somos Robin Hood. Jaja. Robin. ¿No? Está bien. Enviamos lingotes y materiales para trabajar la plata a todo el mundo a las personas que los necesitan, personas que no pueden darse el lujo de ser ricas y británicas. Gente como tu madre. Mira, Babel es un lugar deslumbrante, pero solo es deslumbrante porque vende sus pares a una base de clientes muy limitada. Griffin miró por encima del hombro. No había nadie a su alrededor salvo una lavandera que arrastraba una cesta por el otro extremo de la calle, pero él aceleró el paso a pesar de todo. 'Entonces, ¿estás dentro?'

Yo... no lo sé. Robin parpadeó. No puedo simplemente… quiero decir, todavía tengo muchas preguntas.

Griffin se encogió de hombros. Así que pregunta lo que quieras. Seguir.'

'Yo - está bien.' Robin trató de arreglar su confusión en orden secuencial. '¿Quién eres tú?'

Griffin Lovell.

'No, el colectivo que-'

—La Sociedad Hermes —dijo Griffin rápidamente—. Sólo Hermes, si quieres.

La Sociedad Hermes. Robin le dio vueltas a ese nombre en la boca. 'Por qué-'

'Es una broma. Plata y mercurio, Mercurio y Hermes, Hermes y hermenéutica. No sé a quién se le ocurrió.

'¿Y sois una sociedad clandestina? ¿Nadie sabe de ti?

'Ciertamente Babel lo hace. Hemos tenido un... bueno, ha sido

bastante de ida y vuelta, ¿digamos? Pero no saben mucho, y ciertamente no tanto como les gustaría. Somos muy buenos permaneciendo en las sombras.

No tan bueno, pensó Robin, pensando en maldiciones en la oscuridad, plata esparcida por los adoquines. En cambio, dijo: '¿Cuántos de ustedes hay?'

No puedo decírtelo.

¿Tienes un cuartel general?

'Sí.'

¿Me mostrarás dónde está?

Grifo se rió. 'Absolutamente no.'

Pero... hay más de ti, ¿no? Robin insistió. 'Al menos podrías presentarme-'

—No puedo ni quiero —dijo Griffin. Apenas nos conocemos, hermano. Por lo que sé, podrías ir corriendo a Playfair en el momento en que nos separemos.

—Pero entonces, ¿cómo...? Robin alzó los brazos con frustración. Quiero decir, no me das nada y me lo pides todo.

'Sí, hermano, así es realmente cómo funcionan las sociedades secretas con algún grado de competencia. No sé qué clase de persona eres, y sería un tonto si te contara más.

'Sin embargo, ¿ves por qué esto hace que las cosas sean muy difíciles para mí?' Robin pensó que Griffin estaba ignorando algunas preocupaciones bastante razonables. Yo tampoco sé nada de ti. Podrías estar mintiendo, podrías estar intentando incriminarme...

Si eso fuera cierto, ya te habrían enviado. Así que eso está fuera. ¿Sobre qué crees que estamos mintiendo?

'Podría ser que no estés usando la plata para ayudar a otras personas en absoluto', dijo Robin. 'Podría ser que la Sociedad Hermes sea un gran fraude, podría ser que estés revendiendo lo que robas para hacerte rico...'

'¿Parezco que me estoy haciendo rico?'

Robin observó el cuerpo delgado y desnutrido de Griffin, su abrigo negro deshilachado y su cabello despeinado. No, tenía que admitirlo, la Sociedad Hermes no parecía un plan para beneficio personal. Quizás Griffin estaba usando la plata robada para algún otro medio secreto, pero el beneficio personal no parecía ser uno de ellos.

"Sé que es mucho a la vez", dijo Griffin. Pero simplemente tienes que confiar en mí. No hay otra manera.'

'Yo quiero. Quiero decir, solo estoy, esto es demasiado. Robin negó

con la cabeza. Acabo de llegar aquí, acabo de ver Babel por primera vez, y no te conozco a ti ni a este lugar lo suficiente como para tener la menor idea de lo que está pasando...

'¿Entonces por qué lo hiciste?' preguntó Griffin.

'¿Yo que?'

'Anoche.' Griffin lo miró de soslayo. Nos ayudaste, sin lugar a dudas. Ni siquiera dudaste. ¿Por qué?'

—No lo sé —dijo Robin con sinceridad.

Se lo había preguntado mil veces. ¿Por qué había activado esa barra? No fue simplemente porque toda la situación (la hora de la medianoche, el brillo de la luna) había sido tan onírica que las reglas y las consecuencias parecían desaparecer, o porque la visión de su doppelgänger le había hecho dudar de la realidad misma. Había sentido una compulsión más profunda que no podía explicar. Simplemente parecía correcto.

'¿Qué, no te diste cuenta de que estabas ayudando a una red de ladrones?'

—Sabía que erais ladrones —dijo Robin. 'Yo solo . . . No pensé que estuvieras haciendo nada malo.

—Confía en tu instinto en eso —dijo Griffin—. 'Confía en mí. Confía en que estamos haciendo lo correcto.

'¿Y qué es lo correcto?' preguntó Robin. '¿En tu opinión? ¿Para qué es todo esto?

Grifo sonrió. Era una sonrisa peculiar, condescendiente, una máscara de diversión que no llegaba a sus ojos. Ahora estás haciendo las preguntas correctas.

Dieron la vuelta a Banbury Road. Los Parques de la Universidad se alzaban exuberantes ante ellos, y Robin casi esperaba que tomaran el camino hacia el sur hasta Parks Road (se estaba haciendo tarde y la noche era bastante fría), pero Griffin los llevó al norte, más lejos del centro de la ciudad.

'¿Sabes para qué se usan la mayoría de los bares en este país?'

Robin hizo una suposición descabellada. ¿Prácticas de los médicos?

'Decir ah. Adorable. No, se usan para decorar la sala de estar. Así es: despertadores que suenan como gallos de verdad, luces que se atenúan y se iluminan según la demanda vocal, cortinas que cambian de color a lo largo del día, ese tipo de cosas. Porque son divertidos, y porque la clase alta británica puede permitírselos, y todo lo que quieren los británicos ricos, lo consiguen.

-Bien -dijo Robin-. Pero solo porque Babel vende barras para satisfacer la demanda popular...

Griffin lo interrumpió. '¿Le gustaría conocer la segunda y la tercera fuente de ingresos más importantes en Babel?'

'¿Legal?'

'No. Militares, tanto estatales como privados', dijo Griffin. Y luego los traficantes de esclavos. Legal gana centavos en comparación.

'Esa es . . . eso es imposible.'

'No, así es como funciona el mundo. Déjame pintarte un cuadro, hermano. Ya te habrás dado cuenta de que Londres se encuentra en el centro de un vasto imperio que no dejará de crecer. El facilitador más importante de este crecimiento es Babel. Babel colecciona idiomas extranjeros y talento extranjero de la misma manera que atesora plata y los usa para producir magia de traducción que beneficia a Inglaterra y solo a Inglaterra. La gran mayoría de todos los lingotes de plata en uso en el mundo se encuentran en Londres. Los bares más nuevos y poderosos en uso dependen del chino, el sánscrito y el árabe para funcionar, pero contarás menos de mil bares en los países donde se hablan ampliamente esos idiomas, y solo en los hogares de los ricos y poderosos. . Y eso está mal. Eso es depredador. Eso es fundamentalmente injusto.

Griffin tenía la costumbre de puntuar con nitidez cada oración con la mano abierta, como un director de orquesta presionando una y otra vez sobre la misma nota. '¿Pero, cómo sucede esto?' él continuó. '¿Cómo es que todo el poder de los idiomas extranjeros se acumula de alguna manera en Inglaterra? Esto no es un accidente; esta es una explotación deliberada de la cultura extranjera y los recursos extranjeros. A los profesores les gusta pretender que la torre es un refugio para el conocimiento puro, que se encuentra por encima de las preocupaciones mundanas de los negocios y el comercio, pero no es así. Está íntimamente ligado al negocio del colonialismo. Es el negocio del colonialismo. Pregúntese por qué el Departamento de Literatura solo traduce obras al inglés y no al revés, o para qué se envían los intérpretes al exterior. Todo lo que hace Babel está al servicio de la expansión del Imperio.

El objetivo de todo esto es seguir acumulando plata. Poseemos toda esta plata porque engatusamos, manipulamos y amenazamos a otros países con acuerdos comerciales que mantienen el flujo de efectivo hacia casa. Y hacemos cumplir esos acuerdos comerciales con las mismas barras de plata, ahora grabadas con la obra de Babel, que

hacen que nuestros barcos sean más rápidos, nuestros soldados más resistentes y nuestras armas más letales. Es un círculo vicioso de ganancias y, a menos que alguna fuerza externa rompa el ciclo, tarde o temprano Gran Bretaña poseerá toda la riqueza del mundo.

Somos esa fuerza exterior. Hermes. Enviamos plata a personas, comunidades y movimientos que lo merecen. Ayudamos a las revueltas de esclavos. Movimientos de resistencia. Fundimos barras de plata hechas para limpiar tapetes y las usamos para curar enfermedades. Griffin disminuyó la velocidad; Se giró para mirar a Robin a los ojos. Para eso es todo esto.

Ésta era, tuvo que admitir Robin, una teoría del mundo muy convincente. Sólo que parecía implicar casi todo lo que apreciaba. 'Yo - ya veo.'

'Entonces, ¿por qué la vacilación?'

¿Por qué de hecho? Robin trató de ordenar su confusión, de encontrar una razón para la prudencia que no se redujera simplemente al miedo. Pero eso era precisamente: miedo a las consecuencias, miedo a romper la hermosa ilusión del Oxford al que había ganado la admisión, el que Griffin acababa de mancillar antes de poder disfrutarlo adecuadamente.

"Es tan repentino", dijo. 'Y te acabo de conocer, hay tantas cosas que no sé.'

—Eso es lo que pasa con las sociedades secretas —dijo Griffin. Son fáciles de romantizar. Piensas que es este largo proceso de cortejo: que te inducirán, te mostrarán un mundo completamente nuevo, te mostrarán todas las palancas y personas en juego. Si se ha formado su única impresión de las sociedades secretas a partir de novelas y artículos de terror, entonces puede esperar rituales, contraseñas y reuniones secretas en almacenes abandonados.

Pero no es así como funcionan las cosas, hermano. Esto no es un centavo terrible. La vida real es desordenada, aterradora e incierta. El tono de Griffin se suavizó. 'Deberías entender, lo que te estoy pidiendo que hagas es muy peligroso. La gente muere en estos bares. He visto morir a amigos en estos bares. A Babel le gustaría aplastarnos hasta la muerte, y tú no quieres saber qué pasa con los miembros de Hermes que atrapan. Existimos porque estamos descentralizados. No ponemos toda nuestra información en un solo lugar. Así que no puedo pedirte que te tomes tu tiempo para revisar toda la información. Le estoy pidiendo que se arriesgue con una condena.

Por primera vez, Robin se dio cuenta de que Griffin no estaba tan

confiado, ni tan intimidante como lo hacía sonar su rápido discurso. Se puso de pie, con las manos metidas en los bolsillos, los hombros encorvados y temblando contra el viento cortante del otoño. Y estaba tan visiblemente nervioso. Estaba retorciéndose, inquieto; sus ojos se movían por encima de su hombro cada vez que terminaba una oración. Robin estaba confundido, angustiado, pero Griffin estaba asustado.

"Tiene que ser así", insistió Griffin. 'Información mínima. Llamadas de juicio rápido. Me encantaría mostrarte todo mi mundo, te lo prometo, no es divertido estar solo, pero el hecho es que eres un estudiante de Babel al que conozco desde hace menos de un día. Puede que llegue el momento en que te confíe todo, pero eso solo será cuando te hayas probado a ti mismo y cuando no tenga otras opciones. Por ahora, les he dicho lo que hacemos y lo que necesitamos de ustedes. ¿Te nos unirás?'

Esta audiencia, se dio cuenta Robin, estaba llegando a su fin. Se le pedía que tomara una decisión final, y si decía que no, sospechaba, entonces Griffin simplemente desaparecería del Oxford que conocía, se desvanecería tan efectivamente en las sombras que Robin se preguntaría si se había imaginado todo el mundo. encontrar. 'Quiero, de verdad, pero todavía no quiero, solo necesito tiempo para pensar. Por favor.'

Sabía que esto frustraría a Griffin. Pero Robin estaba aterrorizado. Sintió que lo habían conducido al borde de un precipicio y le dijeron, sin garantías, que saltara. Se sentía como hacía siete años, cuando el profesor Lovell le presentó un contrato y le pidió con calma que firmara su futuro. Solo que entonces no tenía nada, así que no había nada que perder. Esta vez lo tenía todo: comida, ropa, refugio, y ninguna garantía de supervivencia en el otro extremo.

—Cinco días, entonces —dijo Griffin—. Parecía enojado, pero no hizo recriminaciones. Tienes cinco días. Hay un abedul solitario en los jardines de Merton College; lo reconocerá cuando lo vea. Haz una cruz en el baúl para el sábado si es un sí. No te molestes si es un no.

'¿Solo cinco?'

'Si no conoces el diseño de este lugar para entonces, chico, no hay forma de llegar a ti en absoluto'. Griffin le dio una palmada en el hombro. ¿Conoces el camino a casa?

'Yo - no, en realidad.' Robin no había estado prestando atención; no tenía idea de dónde estaban. Los edificios habían retrocedido al fondo; ahora solo estaban rodeados de vegetación ondulante.

Estamos en Summertown dijo Griffin. Bonito, aunque un poco aburrido. Woodstock está al final de este green; simplemente gire a la izquierda y camine todo el camino hacia el sur hasta que las cosas empiecen a parecerle familiares. Nos separaremos aquí. Cinco días.' Griffin se volvió para irse.

'Espera, ¿cómo puedo comunicarme contigo?' preguntó Robin. Ahora que la partida de Griffin parecía inminente, de alguna manera se mostraba reacio a separarse. Tuvo un miedo repentino de que si dejaba a Griffin fuera de su vista, podría desaparecer para siempre, que todo esto resultaría ser un sueño.

—Te lo dije, no lo haces —dijo Griffin—. 'Si hay una cruz en el árbol, te alcanzaré. Me da un seguro en caso de que resultes ser un informante, ¿comprendes?

'Entonces, ¿qué se supone que debo hacer mientras tanto?'

'¿Qué quieres decir? Todavía eres un estudiante de Babel. Actúa como uno. Ir a clase. Sal a beber y métete en peleas. No, eres blando. No te metas en peleas.

'YO . . . multa. Está bien.'

'¿Algo más?'

¿Algo más? Robin quería reírse. Tenía mil preguntas más, ninguna de las cuales pensó que Griffin respondería. Se arriesgó con uno solo. '¿Él sabe de ti?'

'¿Quién?'

'Nuestro – Profesor Lovell.'

'Ah.' Esta vez, Griffin no recitó una respuesta con soltura. Esta vez, hizo una pausa antes de hablar. 'No estoy seguro.'

Esto sorprendió a Robin. ¿No lo sabes?

—Dejé Babel después de mi tercer año —dijo Griffin en voz baja. Estuve con Hermes desde que empecé, pero por dentro estaba como tú. Entonces sucedió algo y ya no era seguro, así que corrí. Y desde entonces he. . .' Se calló y luego se aclaró la garganta. Pero eso no viene al caso. Todo lo que necesitas saber es que probablemente no deberías mencionar mi nombre en la cena.

'Bueno, no hace falta decirlo.'

Griffin se giró para irse, hizo una pausa y luego se dio la vuelta. 'Una cosa más. ¿Dónde vives?'

'Hm? Univ: todos estamos en el University College.

'Yo sé eso. ¿Qué habitación?'

'Vaya.' Robin se sonrojó. Número cuatro, Magpie Lane, habitación siete. La casa con el techo verde. estoy en la esquina Con las ventanas

inclinadas que dan a la capilla de Oriel.

'Lo sé.' El sol se había puesto hace mucho tiempo. Robin ya no podía ver el rostro de Griffin, medio oculto en la sombra. Esa solía ser mi habitación.

Capítulo Seis

'La pregunta es', dijo Alicia, 'si puedes hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes'.

'La cuestión es', dijo Humpty Dumpty, 'quién será el amo, eso es todo'.

LEWIS CARROLL,*Através del espejo*

La clase de introducción a la teoría de la traducción del profesor Playfair se reunía los martes por la mañana en el quinto piso de la torre. Apenas se habían sentado cuando comenzó a dar una conferencia, llenando el estrecho salón de clases con su retumbante voz de showman.

'A estas alturas, cada uno de ustedes tiene una fluidez pasable en al menos tres idiomas, lo cual es una hazaña en sí mismo. Hoy, sin embargo, trataré de recalcarles la singular dificultad de la traducción. Considere lo complicado que es simplemente decir la palabra hola. ¡Hola parece tan fácil! Buen día. Chao. Hola. Y así sucesivamente. Pero luego digamos que estamos traduciendo del italiano al inglés. En italiano, ciao se puede usar al saludar o al despedirse; tampoco especifica, simplemente marca la etiqueta en el punto de contacto. Se deriva del venecianos-ciào vostro, que significa algo parecido a “tu obediente servidor”. Pero yo divago. El punto es que, cuando traemos ciao al inglés, si estamos traduciendo una escena en la que los personajes se dispersan, por ejemplo, debemos imponer que ciao se ha dicho como adiós. A veces esto es obvio por el contexto, pero a veces no, a veces debemos agregar nuevas palabras en nuestra traducción. Así que las cosas ya están complicadas, y no hemos pasado de hola.

'La primera lección que todo buen traductor interioriza es que no existe una correlación uno a uno entre palabras o incluso conceptos de un idioma a otro. El filólogo suizo Johann Breitinger, quien afirmó que las lenguas eran meramente “colecciones de palabras y locuciones totalmente equivalentes que son intercambiables y que se

corresponden completamente entre sí en significado", estaba terriblemente equivocado. El lenguaje no es como las matemáticas. E incluso las matemáticas difieren según el idioma. *– pero lo revisaremos más tarde.'

Robin se encontró mirando el rostro del profesor Playfair mientras hablaba. No estaba seguro de lo que estaba buscando. Alguna evidencia del mal, tal vez. El monstruo cruel, egoísta y al acecho que Griffin había esbozado. Pero el profesor Playfair sólo parecía un erudito alegre y radiante, enamorado de la belleza de las palabras. De hecho, a la luz del día, en el salón de clases, las grandes conspiraciones de su hermano se sentían bastante ridículas.

"El lenguaje no existe como una nomenclatura para un conjunto de conceptos universales", prosiguió el profesor Playfair. 'Si lo hiciera, entonces la traducción no sería una profesión altamente calificada: simplemente sentaríamos a una clase llena de novatos con ojos húmedos con diccionarios y tendríamos las obras completas de Buda en nuestros estantes en muy poco tiempo. En cambio, tenemos que aprender a bailar entre esa antigua dicotomía, útilmente aclarada por Cicerón y Hieronymus: verbum e verbo y sensum e sensu. Puede alguien-'

—Palabra por palabra —dijo Letty rápidamente. Y sentido por sentido.

—Bien —dijo el profesor Playfair. Ése es el dilema. ¿Tomamos las palabras como nuestra unidad de traducción, o subordinamos la precisión de las palabras individuales al espíritu general del texto?'

—No entiendo —dijo Letty. '¿No debería una traducción fiel de palabras individuales producir un texto igualmente fiel?'

—Lo sería —dijo el profesor Playfair— sí, de nuevo, las palabras existieran en relación unas con otras de la misma manera en todos los idiomas. Pero ellos no. Las palabras schlecht y schlimm significan "malo" en alemán, pero ¿cómo saber cuándo usar una u otra? ¿Cuándo usamos fleuve o rivière en francés? ¿Cómo traducimos el esprit francés al inglés? No debemos simplemente traducir cada palabra por separado, sino que debemos evocar el sentido de cómo encajan en el conjunto del pasaje. Pero, ¿cómo se puede hacer eso, si los idiomas son realmente tan diferentes? Estas diferencias no son triviales, eso sí: Erasmo escribió un tratado completo sobre por qué tradujo el griego logos al latín sermo en su traducción del Nuevo Testamento. Traducir palabra por palabra es simplemente inadecuado.'

'*Ese camino servil que noblemente declinas —recitó Ramy— de trazar*

palabra por palabra y línea por línea.

"Esos son los partos laboriosos de cerebros de esclavos, no el efecto de la poesía, sino los dolores", terminó el profesor Playfair. -John Denham. Muy amable, Sr. Mirza. Como puede ver, los traductores no transmiten un mensaje sino que reescriben el original. Y aquí radica la dificultad: reescribir sigue siendo escribir, y escribir siempre refleja la ideología y los prejuicios del autor. Después de todo, la traducción latina significa "llevar a través". La traducción implica una dimensión espacial: un transporte literal de textos a través del territorio conquistado, palabras entregadas como especias de una tierra ajena. Las palabras significan algo muy diferente cuando viajan de los palacios de Roma a los salones de té de la Gran Bretaña de hoy.

Y todavía no hemos pasado del léxico. Si la traducción fuera sólo una cuestión de encontrar los temas correctos, las ideas generales correctas, entonces, teóricamente, eventualmente podríamos aclarar nuestro significado, ¿no es así? Pero algo se interpone en el camino: la sintaxis, la gramática, la morfología y la ortografía, todas las cosas que forman los huesos de un idioma. Considere el poema de Heinrich Heine "Ein Fichtenbaum". Es breve y su mensaje es bastante fácil de entender. Un pino, añorando una palmera, representa el deseo de un hombre por una mujer. Sin embargo, traducirlo al inglés ha sido endiabladamente complicado, porque el inglés no tiene géneros como el alemán. Así que no hay forma de transmitir la oposición binaria entre el masculino ein Fichtenbaum y el femenino einer Palme. ¿Verás? Por tanto, debemos partir del supuesto inicial de que la distorsión es inevitable.

Golpeó el libro que estaba sobre su escritorio. Ya habéis terminado con Tytler, ¿verdad?

Ellos asintieron. Lord Alexander Fraser Tytler Woodhouselee les había asignado el capítulo introductorio del Ensayo sobre los principios de la traducción la noche anterior.

Entonces habrás leído que Tytler recomienda tres principios básicos. ¿Cuáles son... sí, señorita Desgraves?

'Primero, que la traducción transmita una idea completa y precisa del original', dijo Victoire. 'En segundo lugar, que la traducción refleje el estilo y la manera de escribir del original. Y tercero, que la traducción se lea con toda la facilidad de la composición original.'

Habló con una precisión tan confiada que Robin pensó que debía haber estado leyendo el texto. Quedó muy impresionado cuando miró por encima y la vio consultando nada más que un espacio en blanco.

Ramy también tenía este talento para recordar perfectamente: Robin comenzaba a sentirse un poco intimidado por su cohorte.

"Muy bien", dijo el profesor Playfair. Esto suena bastante básico. Pero, ¿qué entendemos por “estilo y forma” del original? ¿Qué significa que una composición se lea “fácilmente”? ¿Qué audiencia tenemos en mente cuando hacemos estas afirmaciones? Estas son las preguntas que abordaremos este término, y son preguntas fascinantes.' Juntó las manos. 'Permítanme descender nuevamente a la teatralidad hablando de nuestro homónimo, Babel; sí, queridos estudiantes, no puedo escapar del romanticismo de esta institución. Consiénteme, por favor.

Su tono no transmitía arrepentimiento alguno. El profesor Playfair amaba este misticismo dramático, estos monólogos que deben haber sido ensayados y perfeccionados durante años de enseñanza. Pero nadie se quejó. A ellos también les encantó.

A menudo se argumenta que la mayor tragedia del Antiguo Testamento no fue el exilio del hombre del Jardín del Edén, sino la caída de la Torre de Babel. Porque Adán y Eva, aunque expulsados de la gracia, aún podían hablar y comprender el lenguaje de los ángeles. Pero cuando los hombres en su arrogancia decidieron construir un camino al cielo, Dios confundió su entendimiento. Los dividió y los confundió y los esparció sobre la faz de la tierra.

'Lo que se perdió en Babel no fue simplemente la unidad humana, sino el lenguaje original, algo primordial e innato, perfectamente comprensible y que no carece de forma o contenido. Los eruditos bíblicos lo llaman el lenguaje adámico. Algunos piensan que es hebreo. Algunos piensan que es un idioma real pero antiguo que se ha perdido en el tiempo. Algunos piensan que es un lenguaje nuevo y artificial que deberíamos inventar. Algunos piensan que el francés cumple este papel; algunos piensan que el inglés, una vez que haya terminado de robar y transformarse, podría hacerlo.

'Oh, no, este es fácil,' dijo Ramy. Es siríaco.

—Muy divertido, señor Mirza. Robin no sabía si Ramy realmente estaba bromeando, pero nadie más hizo ningún comentario. El profesor Playfair siguió adelante. Para mí, sin embargo, no importa cuál era el idioma adámico, porque está claro que hemos perdido todo acceso a él. Nunca hablaremos el lenguaje divino. Pero acumulando todos los idiomas del mundo bajo este techo, recopilando la gama completa de expresiones humanas, o tan cerca como podamos, podemos intentarlo. Nunca tocaremos el cielo desde este plano mortal,

pero nuestra confusión no es infinita. Podemos, mediante el perfeccionamiento de las artes de la traducción, lograr lo que la humanidad perdió en Babel.' El profesor Playfair suspiró, conmovido por su propia actuación. Robin pensó que vio lágrimas reales formarse en las esquinas de sus ojos.

'Magia.' El profesor Playfair presionó una mano contra su pecho. 'Lo que estamos haciendo es magia. No siempre se sentirá así; de hecho, cuando haga el ejercicio de esta noche, se sentirá más como doblar la ropa que como perseguir lo efímero. Pero nunca olvides la audacia de lo que estás intentando. Nunca olvides que estás desafiando una maldición lanzada por Dios.'

Robin levantó la mano. '¿Quieres decir, entonces, que nuestro propósito aquí es acercar a la humanidad también?'

El profesor Playfair ladeó la cabeza. '¿Qué quieres decir con eso?'

'Yo solo . . .' Robin vaciló. Sonaba tonto cuando lo dijo, la fantasía de un niño, no una pregunta seria de erudito. Letty y Victoire lo miraban con el ceño fruncido; incluso Ramy estaba arrugando la nariz. Robin volvió a intentarlo; sabía lo que quería preguntar, solo que no se le ocurrió una manera elegante o sutil de expresarlo. 'Bueno, ya que en la Biblia, Dios separó a la humanidad. Y me pregunto si, si el propósito de la traducción, entonces, es volver a unir a la humanidad. Si lo traducimos a... no sé, traer de nuevo ese paraíso, en la tierra, entre las naciones.'

El profesor Playfair parecía desconcertado por esto. Pero rápidamente sus facciones se recompusieron en un rayo vivaz. 'Bueno, por supuesto. Tal es el proyecto del imperio, y por eso, por lo tanto, traducimos a voluntad de la Corona.

Los lunes, jueves y viernes tenían tutorías de idiomas que, después de la conferencia del profesor Playfair, se sentían como un terreno sólido y tranquilizador.

Se les exigió que tomaran latín juntos tres veces por semana, independientemente de la especialidad regional. (El griego, en esta etapa, podría dejarse de lado para cualquiera que no se especializara en clásicos). El latín lo enseñaba una mujer llamada profesora Margaret Craft, que no podría haber sido más diferente de la profesora Playfair. Rara vez sonreía. Daba sus conferencias sin sentimiento y de memoria, sin mirar ni una sola vez sus notas, aunque las hojeaba mientras hablaba, como si hubiera memorizado su lugar en la página hace mucho tiempo. No preguntó sus nombres, solo se refirió a ellos

con un dedo puntiagudo y un frío y abrupto 'Tú'. Al principio parecía completamente sin sentido del humor, pero cuando Ramy leyó en voz alta una de las inyecciones de secador de Ovidio: fugiebat enim, 'porque estaba huyendo', después de que Júpiter ruega a Io que no huya, estalló en un ataque de risa infantil que la hizo parecer veinte años más joven; de hecho, como una colegiala que podría haberse sentado entre ellos. Entonces pasó el momento, y su máscara volvió a ocupar su lugar.

A Robin no le gustaba ella. Su voz disertante tenía un ritmo extraño y antinatural con pausas inesperadas que hacían difícil seguir su línea de argumentación, y las dos horas que pasaron en su salón de clases parecieron prolongarse por una eternidad. Letty, sin embargo, parecía absorta. Miró al profesor Craft con brillante admiración. Cuando salieron en fila al final de la clase, Robin se quedó junto a la puerta para esperar mientras ella recogía sus cosas para que pudieran caminar juntas a la Buttery. Pero en lugar de eso, se acercó al escritorio del profesor Craft.

'Profesor, me preguntaba si podría hablar con usted para...'

El profesor Craft se levantó. 'La clase ha terminado, señorita Price.'

'Lo sé, pero quería preguntarte por un momento, si tienes tiempo libre, quiero decir, solo como una mujer en Oxford, quiero decir, no somos tantos, y esperaba escuchar tu consejo. '

Robin sintió entonces que debería dejar de escuchar, por un vago sentido de la caballerosidad, pero la voz fría del profesor Craft cortó el aire antes de que pudiera llegar a las escaleras.

Babel apenas discrimina a las mujeres. Es simplemente que muy pocos de nuestro sexo están interesados en los idiomas.

Pero eres la única mujer profesora en Babel, y todas, es decir, todas las chicas de aquí y yo, creemos que es bastante admirable, así que quería...

¿Para saber cómo se hace? Trabajo duro y brillantez innata. Ya lo sabes.

Sin embargo, es diferente para las mujeres, y seguro que has experimentado...

'Cuando tenga temas relevantes para la discusión, los mencionaré en clase, señorita Price. Pero la clase ha terminado. Y ahora estás infringiendo mi tiempo.

Robin se apresuró a doblar la esquina y bajó los sinuosos escalones antes de que Letty pudiera verlo. Cuando ella se sentó con su plato en la Buttery, vio que sus ojos estaban un poco rosados alrededor de los

bordes. Pero fingió no darse cuenta, y si Ramy o Victoire lo hicieron, no dijeron nada.

El miércoles por la tarde, Robin tuvo su tutorial individual en chino. Casi esperaba encontrar al profesor Lovell en el aula, pero su instructor resultó ser el profesor Anand Chakravarti, un hombre genial y discreto que hablaba inglés con un acento londinense tan perfecto que podría haberse criado en Kensington.

La clase de chino era un ejercicio completamente diferente al de latín. El profesor Chakravarti no le dio una conferencia a Robin ni lo obligó a hacer recitaciones. Condujo este tutorial como una conversación. Hizo preguntas, Robin hizo todo lo posible por responder, y ambos trataron de entender lo que había dicho.

El profesor Chakravarti comenzó con preguntas tan básicas que Robin al principio no pudo ver cómo valía la pena responderlas, hasta que analizó sus implicaciones y se dio cuenta de que estaban más allá de su alcance de comprensión. ¿Qué era una palabra? ¿Cuál era la unidad de significado más pequeña posible y por qué era diferente de una palabra? ¿Era una palabra diferente de un carácter? ¿En qué se diferenciaba el habla china de la escritura china?

Fue un ejercicio extraño analizar y desmantelar un idioma que creía conocer como la palma de su mano, aprender a clasificar palabras por ideograma o pictograma y memorizar un vocabulario completo de términos nuevos, la mayoría relacionados con la morfología o la ortografía. . Era como hacer un túnel en las grietas de su propia mente, despedazar las cosas para ver cómo funcionaban, y eso lo intrigaba y lo inquietaba a la vez.

Luego vinieron las preguntas más difíciles. ¿Qué palabras chinas podrían remontarse a imágenes reconocibles? ¿Cuál no pudo? ¿Por qué el carácter de 'mujer', 女, también se usó el radical en el carácter de 'esclavitud'? ¿En el carácter de 'bueno'?

—No lo sé —admitió Robin. '¿Por qué? ¿Son la esclavitud y la bondad innatamente femeninas?

El profesor Chakravarti se encogió de hombros. Yo tampoco lo sé. Estas son preguntas que Richard y yo todavía estamos tratando de responder. Estamos lejos de ser una edición satisfactoria de la Grammatica china, ¿sabes? Cuando estudiaba chino, no tenía buenos recursos chino-inglés: tenía que arreglármelas con Elémens de la grammaire chinoise de Abel-Rémusat y Grammatica Sinica de Fourmont. ¿Puedes imaginar? Todavía asocio tanto el chino como el

francés con un dolor de cabeza. Pero creo que hemos progresado hoy, en realidad.

Entonces Robin se dio cuenta de cuál era su lugar aquí. No era simplemente un estudiante sino un colega, un raro hablante nativo capaz de expandir los límites del escaso conocimiento existente de Babel. O una mina de plata para ser saqueada, dijo la voz de Griffin, aunque apartó el pensamiento.

La verdad era que me emocionaba contribuir con las Grammaticas. Pero todavía tenía mucho que aprender. La segunda mitad de su tutorial se dedicó a lecturas en chino clásico, en el que Robin había incursionado en la casa del profesor Lovell pero nunca había abordado de manera sistemática. El chino clásico era para el mandarín vernáculo lo que el latín era para el inglés; uno podía adivinar la esencia de una frase, pero las reglas de la gramática eran poco intuitivas e imposibles de comprender sin una práctica de lectura rigurosa. La puntuación era un juego de adivinanzas. Los sustantivos podían ser verbos cuando les apetecía. A menudo, los caracteres tenían significados diferentes y contradictorios, cualquiera de los cuales producía posibles interpretaciones válidas: el carácter 篤, por ejemplo, podía significar tanto 'restringir' como 'grande, sustancial'.

Esa tarde abordaron el Shijing, el Libro de las Canciones, que fue escrito en un contexto discursivo tan alejado de la China contemporánea que incluso los lectores del período Han lo habrían considerado escrito en un idioma extranjero.

"Propongo que rompamos aquí", dijo el profesor Chakravarti después de veinte minutos de debatir el carácter 不, que en la mayoría de los contextos significaba un "no, no" negativo, pero en el contexto dado parecía una palabra de elogio, que no seguimiento con todo lo que sabían sobre la palabra. Sospecho que tendremos que dejar esto como una pregunta abierta.

"Pero no entiendo", dijo Robin, frustrado. '¿Cómo podemos simplemente no saberlo? ¿Podríamos preguntarle a alguien sobre todo esto? ¿No podríamos hacer un viaje de investigación a Pekín?

"Podríamos", dijo el profesor Chakravarti. Pero las cosas se complican un poco cuando el emperador Qing ha decretado que enseñar chino a un extranjero se castiga con la pena de muerte, ¿sabes? Palmeó el hombro de Robin. Nos conformamos con lo que tenemos. Eres la segunda mejor opción.

¿No hay nadie más aquí que hable chino? preguntó Robin. '¿Soy el único estudiante?'

Una extraña mirada apareció en el rostro del profesor Chakravarti entonces. Se suponía que Robin no sabía nada de Griffin, se dio cuenta. Probablemente el profesor Lovell había jurado guardar secreto al resto de la facultad; probablemente, según el registro oficial, Griffin no existió.

Aún así, no pudo evitar presionar. 'Escuché que había otro estudiante, unos años antes que yo. También de la costa.

Oh, sí, supongo que sí. Los dedos del profesor Chakravarti tamborilearon ansiosamente contra el escritorio. Un buen chico, aunque no tan diligente como tú. Grifo Harley.

'¿Fue? ¿Lo que le sucedió?'

'Bueno, es una historia triste, de verdad. Él falleció. Justo antes de su cuarto año. El profesor Chakravarti se rascó la sien. Se enfermó en un viaje de investigación al extranjero y no volvió a casa. Pasa todo el tiempo.'

'¿Lo hace?'

'Sí, siempre hay un cierto. . . riesgo, inherente a la profesión. Hay tanto viaje, ya sabes. Esperas desgaste.

'Pero sigo sin entender', dijo Robin. Seguro que hay muchos estudiantes chinos a los que les encantaría estudiar en Inglaterra.

Los dedos del profesor Chakravarti se aceleraron contra la madera. 'Bueno, sí. Pero primero está la cuestión de las lealtades nacionales. No es bueno reclutar eruditos que podrían volver a casa con el gobierno de Qing en cualquier momento, ¿sabes? En segundo lugar, Richard es de la opinión de que. . . bien. Uno requiere cierta educación.

'¿Como el mío?'

'Como el tuyo. De lo contrario, piensa Richard. . .' El profesor Chakravarti estaba usando mucho esta construcción, notó Robin, 'que los chinos tienden hacia ciertas inclinaciones naturales. Es decir, no cree que los estudiantes chinos se aclimaten bien aquí.

Stock humilde e incivilizado. 'Ya veo.'

—Pero eso no se refiere a ti —dijo rápidamente el profesor Chakravarti—. Estás educado como es debido y todo eso. Maravillosamente diligente, no espero que eso sea un problema.

'Sí.' Robin tragó saliva. Su garganta se sentía muy apretada. He tenido mucha suerte.

El segundo sábado después de su llegada a Oxford, Robin se dirigió al norte para cenar con su tutor.

La residencia del profesor Lovell en Oxford era solo un poco más humilde que su propiedad en Hampstead. Era un poco más pequeño y disfrutaba de un mero jardín delantero y trasero en lugar de un extenso verde, pero aun así era más de lo que alguien con el salario de un profesor debería haber podido pagar. Los árboles con cerezas rojas regordetas se alineaban en los setos junto a la puerta principal, aunque las cerezas difícilmente podrían estar todavía en temporada al comienzo del otoño. Robin sospechó que si se agachaba para revisar la hierba desde las raíces, encontraría barras de plata en el suelo.

'¡Querido niño!' Apenas había tocado el timbre cuando la señora Piper se le echó encima, quitándole las hojas de la chaqueta y girándolo en círculos para examinar su cuerpo de caña. 'Dios mío, ya estás tan delgado...'

"La comida es horrible", dijo. Una gran gran sonrisa se extendió por su rostro; no se había dado cuenta de cuánto la había extrañado. Tal como dijiste. La cena de ayer fueron arenques salados...

Ella jadeó. 'No.'

'—Carne fría—'

'*¡No!'*

—... y pan duro.

'Inhumano. No te preocupes, he cocinado lo suficiente para compensarlo. Ella palmeó sus mejillas. 'Además, ¿cómo es la vida universitaria? ¿Te gusta usar esos vestidos negros flexibles? ¿Has hecho amigos?

Robin estaba a punto de responder cuando el profesor Lovell bajó las escaleras.

-Hola, Robin -dijo-. Adelante, señora Piper, su abrigo... Robin se encogió de hombros y se lo entregó a la señora Piper, que examinó los puños manchados de tinta con desaprobación. '¿Cómo va el término?'

'Desafiante, tal como lo advertiste.' Robin se sintió más viejo mientras hablaba, su voz de alguna manera más profunda. Se había ido de casa hacía solo una semana, pero sentía que había envejecido y podía presentarse ahora como un hombre joven y no como un niño. “Pero desafiante de una manera agradable. Estoy aprendiendo bastante.

El profesor Chakravarti dice que ha hecho algunas buenas contribuciones a la Grammatica.

—No tanto como me gustaría —dijo Robin. Hay partículas en chino clásico con las que simplemente no tengo ni idea de qué hacer. La mitad del tiempo nuestras traducciones se sienten como conjeturas.'

Me he sentido así durante décadas. El profesor Lovell hizo un gesto hacia el comedor. '¿Debemos?'

Bien podrían haber vuelto a Hampstead. La larga mesa estaba dispuesta exactamente de la misma forma en que Robin estaba acostumbrado, con él y el profesor Lovell sentados en extremos opuestos y un cuadro a la derecha de Robin, que esta vez representaba el Támesis en lugar de la Broad Street de Oxford. La señora Piper sirvió el vino y, con un guiño a Robin, desapareció de nuevo en la cocina.

El profesor Lovell levantó su copa hacia él y luego bebió. Estás estudiando teoría con Jerome y latín con Margaret, ¿correcto?

'Derecha. Va bastante bien. Robin tomó un sorbo de vino. "Aunque la profesora Craft da clases como si no se diera cuenta si estuviera hablando en una habitación vacía, y la profesora Playfair parece haber perdido una llamada al escenario".

El profesor Lovell se rió entre dientes. Robin sonrió, a su pesar; nunca antes había sido capaz de hacer reír a su guardián.

—¿Te dio su discurso de Psamético?

—Lo hizo —dijo Robin. '¿Todo eso realmente sucedió?'

'Quién sabe, excepto que Herodoto nos lo diga', dijo el profesor Lovell. Hay otra buena historia de Herodoto, otra vez sobre Psamético. Psamético quería determinar qué idioma era la base de todos los idiomas terrenales, por lo que le dio dos bebés recién nacidos a un pastor con las instrucciones de que no se les permitiera escuchar el habla humana. Durante un tiempo todo lo que hicieron fue balbucear, como hacen los bebés. Entonces, un día, uno de los niños extendió sus manitas hacia el pastor y exclamó bekos, que es la palabra frigia para pan. Y así, Psamético decidió que los frigios debían haber sido la primera raza en la tierra, y el frigio el primer idioma. Bonita historia, ¿no?

—Supongo que nadie acepta ese argumento —dijo Robin.

Cielos, no.

'¿Pero podría eso realmente funcionar?' preguntó Robin. '¿Podríamos realmente aprender algo de lo que pronuncian los bebés?'

—No que yo sepa —dijo el profesor Lovell—. “El problema es que es imposible aislar a los bebés de un entorno con lenguaje si quieres que se desarrollen como deberían hacerlo. Podría ser interesante comprar un niño y ver, pero bueno, no. El profesor Lovell inclinó la cabeza. "Sin embargo, es divertido considerar la posibilidad de un idioma original".

'El profesor Playfair mencionó algo similar', dijo Robin. 'Sobre un lenguaje perfecto, innato y sin adulterar. El idioma adámico.

Se sentía más seguro hablando con el profesor ahora que había pasado algún tiempo en Babel. Estaban en más de un pie de igualdad; podrían comunicarse como colegas. La cena se sintió menos como un interrogatorio y más como una conversación informal entre dos eruditos en el mismo campo fascinante.

'La lengua adámica.' El profesor Lovell hizo una mueca. No sé por qué os llena la cabeza con esas cosas. Es una bonita metáfora, sin duda, pero cada pocos años tenemos un estudiante universitario que está decidido a descubrir el idioma adámico en protoindoeuropeo, o inventarlo completamente por sí mismo, y siempre se necesita una conversación severa o unas pocas semanas de fracaso para que volviera a sus sentidos.'

'¿No crees que existe un idioma original?' preguntó Robin.

Por supuesto que no. Los cristianos más devotos creen que sí, pero uno pensaría que si la Palabra Sagrada fuera tan innata e inequívoca, habría menos debate sobre su contenido. Sacudió la cabeza. “Hay quienes piensan que el idioma adámico podría ser el inglés, podría convertirse en inglés, simplemente porque el idioma inglés tiene suficiente fuerza militar y poder detrás de él para desplazar de manera creíble a los competidores, pero también debemos recordar que fue hace apenas un siglo. que Voltaire declaró que el francés era el idioma universal. Eso fue, por supuesto, antes de Waterloo. Webb y Leibniz una vez especularon que el chino podría, de hecho, alguna vez haber sido universalmente inteligible debido a su naturaleza ideogramática, pero Percy desacredita esto argumentando que el chino es un derivado de los jeroglíficos egipcios. Mi punto es que estas cosas son contingentes. Los idiomas dominantes pueden mantener un poco de poder de permanencia incluso después de que sus ejércitos decaigan (el portugués, por ejemplo, ha superado con creces su bienvenida), pero eventualmente pierden relevancia. Pero sí creo que hay un reino puro del significado, un lenguaje intermedio, donde todos los conceptos están perfectamente expresados, que no hemos podido aproximar. Hay una sensación, una sensación de que lo hemos hecho bien.

—Como Voltaire —dijo Robin, envalentonado por su vino y bastante emocionado por poder recordar la cita relevante—. Como lo que escribe en el prefacio de su traducción de Shakespeare. He tratado de volar con el autor donde él vuela.'

—Muy bien —dijo el profesor Lovell—. Pero, ¿cómo lo expresa Frere? *El lenguaje de la traducción debería, pensamos, en la medida de lo posible, ser un elemento puro, impalpable e invisible, el medio del pensamiento y el sentimiento, y nada más. Pero, ¿qué sabemos del pensamiento y del sentimiento excepto como se expresa a través del lenguaje?'*

'¿Es eso lo que alimenta las barras de plata?' preguntó Robin. Esta conversación estaba empezando a alejarse de él; percibió una profundidad en las teorías del profesor Lovell que no estaba preparado para seguir, y necesitaba traer las cosas de vuelta al material antes de perderse. ¿Funcionan capturando ese significado puro, todo lo que se pierde cuando lo invocamos a través de aproximaciones toscas?

El profesor Lovell asintió. Es lo más parecido a una explicación teórica que podemos conseguir. Pero también creo que a medida que los idiomas evolucionan, a medida que sus hablantes se vuelven más mundanos y sofisticados, a medida que se atiborran de otros conceptos y se expanden y transforman para abarcar más con el tiempo, nos acercamos a algo cercano a ese idioma. Hay menos lugar para malentendidos. Y apenas hemos comenzado a averiguar qué significa eso para el trabajo de la plata.

—Supongo que eso significa que, con el tiempo, a los románticos se les acabarán las cosas que decir —dijo Robin—.

Solo estaba bromeando, pero el profesor Lovell asintió vigorosamente ante esto. Tienes toda la razón. El francés, el italiano y el español dominan la facultad, pero sus nuevas contribuciones a los libros mayores de trabajo de la plata disminuyen año tras año. Simplemente hay demasiada comunicación en todo el continente. Demasiados préstamos. Las connotaciones cambian y convergen a medida que el francés y el español se acercan al inglés, y viceversa. Dentro de unas décadas, es posible que las barras de plata que usamos de las lenguas romances ya no tengan ningún efecto. No, si queremos innovar, debemos mirar hacia Oriente. Necesitamos lenguas que no se hablan en Europa.

—Por eso te especializas en chino —dijo Robin.

'Precisamente.' El profesor Lovell asintió. "China, estoy bastante seguro, es el futuro".

'¿Y es por eso que usted y el profesor Chakravarti han estado tratando de diversificar las cohortes?'

¿Quién te ha estado chismorreando sobre política departamental? El profesor Lovell se rió entre dientes. 'Sí, hay sentimientos heridos

este año porque solo tomamos un clasicista, y además una mujer. Pero así es como tiene que ser. La cohorte de arriba va a tener dificultades para encontrar trabajo.

'Si estamos hablando de la difusión del lenguaje, quería preguntar. . .' Robin se aclaró la garganta. '¿A dónde van todos esos bares? Quiero decir, ¿quién los compra?

El profesor Lovell lo miró con curiosidad. 'Para aquellos que pueden permitírselos, por supuesto.'

"Pero Gran Bretaña es el único lugar donde he visto lingotes de plata en uso generalizado", dijo Robin. No son tan populares en Cantón ni, según he oído decir, en Calcuta. Y me sorprende, no sé, parece un poco extraño que los británicos sean los únicos que pueden usarlos cuando los chinos y los indios contribuyen con los componentes cruciales de su funcionamiento.

"Pero eso es economía simple", dijo el profesor Lovell. 'Se necesita una gran cantidad de efectivo para comprar lo que creamos. Los británicos pueden permitírselo. También tenemos tratos con comerciantes chinos e indios, pero a menudo son menos capaces de pagar las tarifas de exportación.

"Pero aquí tenemos lingotes de plata en organizaciones benéficas, hospitales y orfanatos", dijo Robin. 'Tenemos barras que pueden ayudar a las personas que más las necesitan. Nada de eso existe en ningún otro lugar del mundo.

Estaba jugando un juego peligroso, lo sabía. Pero tenía que buscar la claridad. No podía construir al profesor Lovell y todos sus colegas como el enemigo en su mente, no podía creer completamente en la evaluación condenatoria de Griffin de Babel, sin alguna confirmación.

"Bueno, no podemos gastar energía investigando ninguna aplicación frívola", se burló el profesor Lovell.

Robin probó una línea diferente de argumento. Es sólo que… bueno, parece justo que debería haber algún tipo de intercambio. Ahora se arrepentía de haber bebido tanto. Se sentía suelto, vulnerable. Demasiado apasionado para lo que debería haber sido una discusión intelectual. 'Tomamos sus lenguajes, sus formas de ver y describir el mundo. Deberíamos darles algo a cambio.

'Pero el lenguaje', dijo el profesor Lovell, 'no es como un bien comercial, como el té o las sedas, que se compra y se paga. El lenguaje es un recurso infinito. Y si lo aprendemos, si lo usamos, ¿a quién le estamos robando?

Había algo de lógica en esto, pero la conclusión aún incomodaba a

Robin. Seguramente las cosas no fueron tan simples; seguramente esto todavía enmascaraba alguna coerción o explotación injusta. Pero no podía formular una objeción, no podía averiguar dónde estaba la falla en el argumento.

"El emperador Qing tiene una de las reservas de plata más grandes del mundo", dijo el profesor Lovell. Tiene muchos eruditos. Incluso tiene lingüistas que entienden inglés. Entonces, ¿por qué no llena su corte con barras de plata? ¿Por qué los chinos, por ricos que sean sus idiomas, no tienen gramáticas propias?

"Podría ser que no tengan los recursos para empezar", dijo Robin.

'Entonces, ¿por qué deberíamos simplemente entregárselos?'

'Pero ese no es el punto, el punto es que lo necesitan, así que ¿por qué Babel no envía académicos al extranjero en programas de intercambio? ¿Por qué no les enseñamos cómo se hace?

'Podría ser que todas las naciones atesoren sus recursos más preciados.'

—O que estás acumulando conocimientos que deberían compartirse libremente —dijo Robin—. 'Porque si el lenguaje es libre, si el conocimiento es libre, entonces ¿por qué todas las Grammaticas están bajo llave en la torre? ¿Por qué nunca recibimos académicos extranjeros o enviamos académicos para ayudar a abrir centros de traducción en otras partes del mundo?'

"Porque como el Instituto Real de Traducción, servimos a los intereses de la Corona".

Eso parece fundamentalmente injusto.

'¿Es eso lo que tú crees?' Un borde frío se deslizó en la voz del profesor Lovell. 'Robin Swift, ¿crees que lo que hacemos aquí es fundamentalmente injusto?'

"Solo quiero saber", dijo Robin, "por qué la plata no pudo salvar a mi madre".

Hubo un breve silencio.

'Bueno, siento lo de tu madre.' El profesor Lovell tomó su cuchillo y comenzó a cortar su bistec. Parecía nervioso, desconcertado. Pero el cólera asiático fue producto de la mala higiene pública de Cantón, no de la distribución desigual de los bares. Y de todos modos, no hay un par de cerillas de plata que pueda traer de vuelta a los muertos...

'¿Qué excusa es esa?' Robin dejó su vaso. Estaba apropiadamente borracho ahora, y eso lo hizo combativo. Tú tenías las barras, son fáciles de hacer, tú mismo me lo dijiste, así que, ¿por qué...?

—Por el amor de Dios —espetó el profesor Lovell. Era sólo una

mujer.

El timbre sonó. Robin se estremeció; su tenedor chocó contra su plato y cayó al suelo. Lo recogió, profundamente avergonzado. La voz de la señora Piper resonó por el pasillo. '¡Oh, qué sorpresa! Están cenando ahora, te traeré...' y luego un caballero rubio, guapo y elegantemente vestido entró en el comedor, con una pila de libros en la mano.

'¡Libra esterlina!' El profesor Lovell dejó su cuchillo y se puso de pie para saludar al extraño. 'Pensé que ibas a llegar tarde.'

'Terminé en Londres antes de lo esperado—' Los ojos de Sterling se encontraron con los de Robin, y todo él se puso rígido. 'Oh hola.'

"Hola", dijo Robin, nervioso y tímido. Este era el famoso Sterling Jones, se dio cuenta. El sobrino de William Jones, la estrella de la facultad. 'Encantado de conocerte.'

Sterling no dijo nada, solo lo miró detenidamente por un largo momento. Su boca se torció extrañamente, aunque Robin no pudo leer la expresión del asistente. 'Dios mío.'

El profesor Lovell se aclaró la garganta. 'Libra esterlina.'

Los ojos de Sterling se detuvieron en el rostro de Robin por otro momento, y luego desvió la mirada.

'Bienvenido, de todos modos.' Dijo esto como una ocurrencia tardía; ya le había dado la espalda a Robin, y las palabras sonaron forzadas e incómodas. Dejó los libros sobre la mesa. —Tenías razón, Dick, la clave son precisamente los diccionarios Ricci. Nos hemos estado perdiendo lo que sucede cuando pasamos por portugués. En eso puedo ayudar. Ahora creo que si conectamos en cadena los caracteres que he marcado aquí y aquí...

El profesor Lovell estaba hojeando las páginas. 'Esto está inundado. Espero que no le hayas pagado todo...

'No pagué nada, Dick, ¿me crees un tonto?'

Bueno, después de Macao...

Cayeron en una acalorada discusión. Robin fue completamente olvidado.

Miró, sintiéndose borracho y fuera de lugar. Sus mejillas ardían. No había terminado su comida, pero le parecía muy incómodo seguir comiendo ahora. Además, no tenía apetito. Su confianza anterior se desvaneció. Volvió a sentirse como un niño estúpido, ridiculizado y despedido por aquellos visitantes parecidos a cuervos en la sala de estar del profesor Lovell.

Y se maravilló de la contradicción: que los despreciaba, que sabía

que no podían tramar nada bueno, y que aun así quería ser respetado por ellos lo suficiente como para ser incluido en sus filas. Fue una mezcla de emociones muy extraña. No tenía la menor idea de cómo clasificarlos.

Pero no hemos terminado, quiso decirle a su padre. Estábamos hablando de mi madre.

Sintió que su pecho se contraía, como si su corazón fuera una bestia enjaulada esforzándose por estallar. Eso fue curioso. Este despido no era nada que no hubiera experimentado antes. El profesor Lovell nunca había reconocido los sentimientos de Robin, ni le había ofrecido cuidado o consuelo, solo cambió abruptamente de tema, solo levantó una pared fría e indiferente, solo minimizó las heridas de Robin de modo que parecía frívolo mencionarlas. Robin ya se había acostumbrado.

Solo ahora, tal vez por el vino, o tal vez todo se había estado acumulando durante tanto tiempo que las cosas habían pasado el punto de inflexión, sintió ganas de gritar. Llorar. Patea la pared. Cualquier cosa, aunque solo fuera para que su padre lo mirara a la cara.

Oh, Robin. El profesor Lovell levantó la vista. Dile a la señora Piper que nos gustaría tomar un café antes de que te vayas, ¿quieres?

Robin tomó su abrigo y salió de la habitación.

No giró de High Street a Magpie Lane.

En cambio, fue más allá y pasó a los terrenos de Merton College. Por la noche, los jardines eran retorcidos y espeluznantes; ramas negras se extendían como dedos desde detrás de una puerta de hierro cerrada con cerrojo. Robin jugueteó inútilmente con la cerradura, luego se arrastró jadeando por un estrecho espacio entre las púas. Caminó unos metros por el jardín antes de darse cuenta de que no sabía cómo era un abedul.

Dio un paso atrás y miró a su alrededor, sintiéndose bastante tonto. Luego, una mancha blanca llamó su atención: un árbol pálido, rodeado por un grupo de arbustos de morera, recortado para enroscarse ligeramente hacia arriba como en adulación. Una protuberancia sobresalía del tronco del árbol blanco; a la luz de la luna, parecía una cabeza calva. Una bola de cristal.

Una conjetura tan buena como cualquier otra, pensó Robin.

Pensó en su hermano con su capa de cuervo ondulante, rozando con los dedos esta madera pálida a la luz de la luna. Griffin amaba su

teatralidad.

Se preguntó por la bobina caliente en su pecho. La larga y aleccionadora caminata no había atenuado su ira. Todavía se sentía listo para gritar. ¿La cena con su padre lo había enfurecido tanto? ¿Era esta la justa indignación de la que hablaba Griffin? Pero lo que sintió no fue tan simple como la llama revolucionaria. Lo que sintió en su corazón no fue tanto convicción como duda, resentimiento y una profunda confusión.

Odiaba este lugar. Le encantó. Le molestaba cómo lo trataba. Todavía quería ser parte de eso, porque se sentía muy bien ser parte de eso, hablar con sus profesores como un igual intelectual, estar en el gran juego.

Un pensamiento desagradable se deslizó en su mente: es porque eres un niño pequeño herido y desearías que te hubieran prestado más atención, pero lo rechazó. Seguramente no podía ser tan mezquino; seguramente no estaba simplemente arremetiendo contra su padre porque se sentía despedido.

Ya había visto y oído suficiente. Sabía lo que era Babel en sus raíces, y sabía lo suficiente como para confiar en su instinto.

Pasó el dedo por la madera. Sus uñas no servirían. Un cuchillo habría sido ideal, pero él nunca había llevado uno. Por fin, sacó una pluma estilográfica de su bolsillo y presionó la punta en el pomo. La madera dio compra. Rascó con fuerza varias veces para hacer visible la cruz (le dolían los dedos y el plumín estaba irreversiblemente arruinado), pero al final dejó su marca.

Capítulo Siete

Quot linguas quis callet, tot homines valet.

Cuantos más idiomas hables, más hombre serás.

CARLOS V

El lunes siguiente, Robin regresó a su habitación después de clase y encontró un trozo de papel debajo del alféizar de la ventana. Él lo agarró. Con el corazón desbocado, cerró la puerta y se sentó en el suelo, entrecerrando los ojos ante la letra apretada de Griffin.

La nota estaba en chino. Robin lo leyó dos veces, luego hacia atrás, luego hacia adelante otra vez, perplejo. Griffin parecía haber encadenado caracteres completamente al azar y las oraciones no tenían sentido; no, ni siquiera podían describirse como oraciones, porque aunque había puntuación, los caracteres estaban dispuestos sin preocuparse por la gramática o la sintaxis. Se trataba de una cifra, sin duda, pero Griffin no le había dado a Robin una clave, y Robin no pudo pensar en alusiones literarias o pistas sutiles que Griffin podría haber dejado caer para ayudarlo a descifrar esta tontería.

Por fin se dio cuenta de que lo estaba haciendo todo mal. Esto no era chino. Griffin simplemente había usado caracteres chinos para transmitir palabras en un idioma que Robin sospechaba que era el inglés. Arrancó una hoja de papel de su diario, la colocó junto a la nota de Griffin y escribió la romanización de cada carácter. Algunas de las palabras requerían conjeturas, ya que las palabras en chino romanizado tenían patrones ortográficos muy diferentes a las palabras en inglés, pero al final, al resolver varios patrones de cambio comunes (tè siempre significaba 'el', ü era oo), Robin descifró el código.

La próxima noche lluviosa. Abre la puerta exactamente a la medianoche, espera dentro del vestíbulo y vuelve a salir a las cinco y cinco. hablar con nadie. Ve directamente a casa después.

No te desvíes de mis instrucciones. Memoriza, luego graba.

Breve, directo y mínimamente informativo, como Griffin. Llovía constantemente en Oxford. La próxima noche lluviosa podría ser mañana.

Robin leyó la nota una y otra vez hasta memorizar los detalles, luego arrojó tanto el original como su descifrado a la chimenea,

observando atentamente hasta que cada trozo se convirtió en cenizas.

El miércoles, llovió. Había estado brumoso toda la tarde y Robin había observado el cielo oscurecerse con un temor creciente. Cuando salió de la oficina del profesor Chakravarti a las seis, una suave llovizna iba tiñendo lentamente de gris el pavimento. Cuando llegó a Magpie Lane, la lluvia se había espesado hasta convertirse en un golpeteo constante.

Se encerró en su habitación, puso sus lecturas en latín asignadas en su escritorio y trató de al menos mirarlas hasta que llegó la hora.

A las once y media, la lluvia había anunciado su permanencia. Era el tipo de lluvia que sonaba fría; incluso en ausencia de vientos feroces, nieve o granizo, el mismo golpeteo contra los adoquines se sentía como cubos de hielo golpeando contra la piel. Robin vio ahora el razonamiento detrás de las instrucciones de Griffin: en una noche como esta, no podías ver más allá de unos pocos pies más allá de tu propia nariz, e incluso si pudieras, no te importaría mirar. Una lluvia como esta te hacía caminar con la cabeza gacha, los hombros encorvados, indiferente al mundo hasta llegar a un lugar cálido.

A las doce menos cuarto, Robin se puso un abrigo y salió al pasillo.

'¿Adónde vas?'

Se congeló. Había pensado que Ramy estaba dormido.

—Olvidé algo en las pilas —susurró—.

Ramy ladeó la cabeza. '¿De nuevo?'

'Supongo que es nuestra maldición,' susurró Robin, tratando de mantener su expresión en blanco.

'Está lloviendo. Ve a buscarlo mañana. Ramie frunció el ceño. '¿Qué es?'

mis lecturas, estuvo a punto de decir Robin, pero eso no podía ser cierto, porque supuestamente había estado trabajando en ellos toda la noche. 'Ah, solo mi diario. Me mantendrá despierto si lo dejo, me pone nervioso que alguien vea mis notas...

¿Qué hay ahí, una carta de amor?

'No, es sólo que... me pone nervioso.'

O era un mentiroso espectacular, o Ramy tenía demasiado sueño para que le importara. 'Asegúrate de que me levanto mañana', dijo, bostezando. Voy a pasar toda la noche con Dryden y no me gusta.

—Lo haré —prometió Robin, y se apresuró a salir por la puerta.

La lluvia torrencial hizo que la caminata de diez minutos por High Street se sintiera como una eternidad. Babel brillaba a lo lejos como una vela caliente, cada piso aún estaba completamente iluminado

como si fuera media tarde, aunque apenas se veían siluetas a través de las ventanas. Los eruditos de Babel trabajaban las veinticuatro horas del día, pero la mayoría se llevaba los libros a casa a las nueve o las diez, y era poco probable que cualquiera que siguiera allí a medianoche abandonara la torre hasta la mañana siguiente.

Cuando llegó al green, se detuvo y miró alrededor. No vio a nadie. La carta de Griffin había sido tan vaga; no sabía si debía esperar hasta ver a uno de los agentes de Hermes o si debía seguir adelante y seguir sus órdenes al pie de la letra.

No te desvíes de mis instrucciones.

Las campanas sonaron para la medianoche. Corrió hasta la entrada, con la boca seca, sin aliento. Cuando llegó a los escalones de piedra, dos figuras se materializaron en la oscuridad, ambos jóvenes vestidos de negro cuyos rostros no pudo distinguir bajo la lluvia.

—Adelante —susurró uno de ellos. 'Apuro.'

Robin se acercó a la puerta. —Robin Swift —dijo, en voz baja pero clara.

Las protecciones reconocieron su sangre. El candado hizo clic.

Robin abrió la puerta y se detuvo por un brevísimo momento en el umbral, el tiempo suficiente para que las figuras detrás de él entraran sigilosamente en la torre. Nunca vio sus rostros. Subieron corriendo la escalera como espectros, rápidos y silenciosos. Robin estaba en el vestíbulo, temblando mientras la lluvia le caía por la frente, mirando el reloj mientras los segundos marcaban los cinco minutos.

Todo fue tan fácil. Cuando llegó el momento, Robin dio media vuelta y salió por la puerta. Sintió un leve golpe en la cintura, pero por lo demás no percibió nada: ni susurros, ni tintineo de barras de plata. Los operativos de Hermes fueron tragados por la oscuridad. En segundos, fue como si nunca hubieran estado allí.

Robin dio media vuelta y caminó hacia Magpie Lane, temblando violentamente, mareado por la pura audacia de lo que acababa de hacer.

Durmió mal. Seguía dando vueltas en su cama en una fuga de pesadilla, empapando sus sábanas con sudor, torturado por medio sueños, extrapolaciones ansiosas en las que la policía pateó su puerta y lo arrastró a la cárcel, declarando que habían visto todo y sabían todo. No se durmió bien hasta la madrugada, y para entonces estaba tan exhausto que se perdió las campanas de la mañana. No se despertó hasta que el explorador llamó a su puerta y le preguntó si le gustaría

que le barrieran los pisos ese día.

'Oh, sí, lo siento, solo dame un momento y me iré.' Se echó agua en la cara, se vistió y salió corriendo por la puerta. Su cohorte había quedado en reunirse en una sala de estudio en el quinto piso para comparar sus traducciones antes de la clase, y ahora llegaba terriblemente tarde.

'Ahí estás', dijo Ramy cuando llegó. Él, Letty y Victoire estaban sentados alrededor de una mesa cuadrada. 'Lamento haberme ido sin ti, pero pensé que ya te habías ido, llamé dos veces pero nunca respondiste'.

'Todo está bien.' Robin tomó asiento. No dormí bien, debe haber sido el trueno, creo.

'¿Te sientes bien?' Victoria parecía preocupada. 'Eres una especie de. . .' Ella agitó una mano vagamente delante de su cara. '¿Pálido?'

"Solo pesadillas", dijo. 'Sucede, um, a veces.'

Esta excusa sonó estúpida en el momento en que salió de su boca, pero Victoire le dio una palmada comprensiva en la mano. 'Por supuesto.'

'¿Podemos empezar?' Letty preguntó bruscamente. Hemos estado divagando con el vocabulario porque Ramy no nos dejaba continuar sin ti.

Robin rápidamente repasó sus páginas hasta que encontró el Ovidio asignado la noche anterior. Lo siento, sí, por supuesto.

Había temido que nunca se sentaría durante toda la reunión. Pero de alguna manera, la cálida luz del sol contra la madera fría, el rasguño de la tinta contra el pergamino y el dictado claro y nítido de Letty concentraron su mente agotada, hicieron que el latín, no su expulsión inminente, pareciera la orden más apremiante del día.

La reunión de estudio resultó mucho más animada de lo esperado. Robin, que estaba acostumbrado a leer sus traducciones en voz alta al Sr. Chester, quien lo corregía graciosamente a medida que avanzaba, no esperaba un debate tan cordial sobre los giros de frase, la puntuación o cuánta repetición era demasiada. Rápidamente se hizo evidente que tenían estilos de traducción drásticamente diferentes. Letty, que era una fanática de las estructuras gramaticales que se apegaban al latín tanto como fuera posible, parecía dispuesta a perdonar las manipulaciones de la prosa más asombrosamente incómodas, mientras que Ramy, su polo opuesto, siempre estaba dispuesto a abandonar la precisión técnica por florituras retóricas, insistió. sería mejor entregar el punto, incluso cuando esto significaba

la inserción de cláusulas completamente nuevas. Victoire parecía constantemente frustrada con los límites del inglés: 'Es tan incómodo,

'¿Te sientes mejor?' Ramy le preguntó a Robin cuándo terminaron.

Él era, en realidad. Se sentía bien hundirse en el refugio de una lengua muerta, librar una guerra retórica cuyas apuestas realmente no podían tocarlo. Le asombró lo normal que se sintió el resto del día, lo tranquilo que podía sentarse entre su cohorte mientras el profesor Playfair daba una conferencia y fingir que Tytler era el tema más importante en su mente. A la luz del día, las hazañas de la noche anterior parecían un sueño lejano. Lo tangible y sólido consistía en Oxford, en cursos y profesores y bollos recién horneados y crema cuajada.

Aun así, no podía borrar el temor que lo acechaba de que todo esto era una broma cruel, que las cortinas caerían en cualquier momento en esta farsa. Porque ¿cómo podría no haber alguna consecuencia? Semejante acto de traición, de robar a la misma Babel, la institución a la que literalmente había dado su sangre, seguramente debería haber hecho esta vida imposible.

La ansiedad lo golpeó correctamente a media tarde. Lo que la noche anterior parecía una misión justa y emocionante ahora parecía increíblemente estúpida. No podía concentrarse en el latín; La profesora Craft tuvo que chasquear los dedos frente a sus ojos antes de darse cuenta de que ella le había pedido tres veces que escaneara una línea. Siguió imaginando escenarios horribles con vívidos detalles: cómo irrumpían los agentes, señalaban y gritaban: Ahí está, el ladrón; cómo su cohorte miraría, atónita; cómo el profesor Lovell, que por alguna razón era a la vez fiscal y juez, sentenciaría fríamente a Robin a la soga. Se imaginó el atizador de la chimenea cayendo una y otra vez, frío y metódico, rompiéndole cada uno de sus huesos.

Pero las visiones quedaron sólo en eso. Nadie vino a arrestarlo. Su clase procedía lenta, suavemente, sin interrupciones. Su terror se desvaneció. Cuando Robin y su séquito se reunieron de nuevo en el salón para la cena, le resultó asombrosamente fácil fingir ante sí mismo que la noche anterior nunca había sucedido. Y una vez que estuvieron sentados con su comida (papas frías y bistec tan duro que se necesitó toda su fuerza para cortar los trozos masticables), riéndose de las irritadas correcciones del profesor Craft de las traducciones embellecidas de Ramy, de hecho se sintió como solo un recuerdo lejano.

Una nueva nota lo esperaba bajo el alféizar de la ventana cuando regresó a casa esa noche. Lo desdobló con manos temblorosas. El mensaje garabateado dentro era muy breve, y esta vez Robin logró decodificarlo en su cabeza.

Esperar nuevo contacto.

Su decepción lo confundió. ¿No había pasado el día deseando nunca haber sido atrapado en esta pesadilla? Podía imaginarse la voz burlona de Griffin – ¿Qué, querías una palmada en la espalda? ¿Una galleta por un trabajo bien hecho?

Ahora se encontró esperando más. Pero no tenía forma de saber cuándo volvería a tener noticias de Griffin. Griffin le había advertido a Robin que su contacto sería esporádico, que términos completos podrían pasar antes de que él volviera a estar en contacto. Robin sería convocado cuando fuera necesario, y no antes. No encontró ninguna nota en el alféizar de su ventana la noche siguiente, o la noche siguiente.

Pasaron los días, y luego las semanas.

Todavía eres un estudiante de Babel, le había dicho Griffin. Actúa como uno.

Resultó que esto era muy fácil de hacer. A medida que los recuerdos de Griffin y Hermes retrocedían en el fondo de su mente, en pesadillas y oscuridad, su vida en Oxford y en Babel pasó a primer plano en un color deslumbrante y deslumbrante.

Le sorprendió lo rápido que se enamoró del lugar y de la gente. Ni siquiera se había dado cuenta de que sucedía. Su primer término lo tuvo dando vueltas en su lugar, aturdido y exhausto; sus clases y cursos formaban un patrón rutinario de lecturas frenéticas y noches tardías y con ojos llorosos contra los cuales su cohorte era su única fuente de alegría y consuelo. Las chicas, benditas sean, rápidamente perdonaron a Robin y Ramy por sus primeras impresiones. Robin descubrió que él y Victoire compartían el mismo amor descarado por la literatura de todo tipo, desde los horrores góticos hasta las novelas románticas, y disfrutaban mucho intercambiando y discutiendo la última tanda de novelas baratas que habían traído de Londres. Y Letty, una vez convencida de que los chicos no eran demasiado estúpidos para estar en Oxford, se volvió mucho más tolerable.

"Colin es el tipo de sanguijuela de clase media que se alimenta de fondo al que le gusta fingir que tiene conexiones porque su familia conoce a un tutor de matemáticas en Cambridge", diría después de una visita a Magpie Lane. Si quiere ser abogado, podría obtener un

puesto de aprendiz en Inns of Court, pero está aquí porque quiere prestigio y conexiones, solo que no es lo suficientemente encantador como para adquirirlos. Tiene la personalidad de una toalla mojada: húmeda, y se aferra.'

En este punto, imitaría los saludos con los ojos muy abiertos y demasiado solícitos de Colin mientras el resto se reía a carcajadas.

Ramy, Victoire y Letty: se convirtieron en los colores de la vida de Robin, el único contacto regular que tenía con el mundo fuera de sus estudios. Se necesitaban mutuamente porque no tenían a nadie más. Los estudiantes mayores de Babel eran agresivamente insulares; estaban demasiado ocupados, demasiado intimidantemente brillantes e impresionantes. Dos semanas después del inicio del trimestre, Letty le preguntó audazmente a un estudiante graduado llamado Gabriel si podía unirse al grupo de lectura en francés, pero fue rápidamente rechazada con el desdén particular que solo los franceses pueden demostrar. Robin trató de hacerse amigo de una estudiante japonesa de tercer año llamada Ilse Dejima,* que hablaba con un leve acento holandés. Se cruzaron a menudo al entrar y salir de la oficina del profesor Chakravarti, pero las pocas veces que él trató de saludarla, ella hizo una mueca como si él fuera barro en sus botas.

También intentaron entablar amistad con la cohorte de segundo año, un grupo de cinco niños blancos que vivían al otro lado de la calle Merton. Pero esto se fue al sur de inmediato cuando uno de ellos, Philip Wright, le dijo a Robin en una cena de profesores que la cohorte de primer año era en gran parte internacional solo debido a la política departamental. 'La junta de estudios de pregrado siempre está peleando sobre si priorizar los idiomas europeos u otros. . . lenguas más exóticas. Chakravarti y Lovell han estado protestando por la diversificación del alumnado durante años. No les gustó que mi cohorte sean todos clasicistas. Asumo que te estaban corrigiendo en exceso.

Robin trató de ser cortés. 'No estoy seguro de por qué eso es algo tan malo'.

'Bueno, no es algo malo per se, pero significa que se quitan lugares a candidatos igualmente calificados que aprobaron los exámenes de ingreso.'

"No tomé ningún examen de ingreso", dijo Robin.

'Precisamente.' Philip resopló y no le dijo una palabra más a Robin en toda la noche.

Entonces, fueron Ramy, Letty y Victoire quienes se convirtieron en

interlocutores tan constantes que Robin comenzó a ver Oxford a través de sus ojos. Ramy adoraría ese pañuelo morado colgado en la ventana de Ede & Ravenscroft; Letty se reiría tontamente del joven con ojos de cachorrito sentado frente a Queen's Lane Coffeehouse con un libro de sonetos; Victoire estaría tan emocionada de que acababan de sacar un nuevo lote de bollos en Vaults & Garden, pero debido a que estaría atrapada en su tutorial de francés hasta el mediodía, Robin tenía que comprar uno, envolverlo en su bolsillo y guardarlo. para ella para cuando terminara la clase. Incluso las lecturas de su curso se volvieron más emocionantes cuando comenzó a verlas como material de partida para observaciones cortantes, quejas o humorísticas, para compartirlas más tarde con el grupo.

No estaban exentos de desavenencias. Discutieron sin parar, como lo hacen los jóvenes inteligentes con egos bien alimentados y demasiadas opiniones. Robin y Victoire tuvieron un largo debate sobre la superioridad de la literatura inglesa frente a la francesa, en el que ambas eran extrañamente leales a sus países de adopción. Victoire insistió en que los mejores teóricos de Inglaterra no podían compararse con Voltaire o Diderot, y Robin le habría concedido el beneficio de la duda si no hubiera seguido burlándose de las traducciones que sacó del Bodleian con el argumento de que "Ellos No son nada en comparación con el original, es mejor que no lo leas. Victoire y Letty, aunque normalmente bastante unidas, siempre parecían ser insolentes en cuestiones de dinero y si Letty realmente contaba tan pobre como decía ser solo porque su padre la había cortado.* Y Letty y Ramy discutieron sobre todo, en gran parte por la afirmación de Ramy de que Letty nunca había puesto un pie en las colonias y, por lo tanto, no debería opinar sobre los supuestos beneficios de la presencia británica en la India.

"Sé un par de cosas sobre la India", insistía Letty. He leído todo tipo de ensayos, he leído la Traducción de las cartas de un rajá hindú de Hamilton...

'¿Oh sí?' Ramy preguntaría. ¿Aquel en el que la India es una encantadora nación hindú, invadida por tiránicos invasores musulmanes? ¿Ese?'

En ese momento, Letty siempre se ponía a la defensiva, hosca e irritable hasta el día siguiente. Pero esto no era del todo su culpa. Ramy parecía especialmente decidido a provocarla, a desmantelar todas sus afirmaciones. La orgullosa y correcta Letty con su rígido labio superior representaba todo lo que Ramy despreciaba de los

ingleses, y Robin sospechaba que Ramy no estaría satisfecho hasta que lograra que Letty declarara traición a su propio país.

Aun así, sus peleas realmente no pudieron separarlos. Más bien, estos argumentos solo los acercaron, afilaron sus bordes y definieron las formas en que encajaban de manera diferente en el rompecabezas de su cohorte. Pasaban todo el tiempo juntos. Los fines de semana, se sentaban en una mesa de la esquina afuera del café Vaults & Garden, interrogando a Letty sobre las rarezas del inglés, del cual solo ella era hablante nativa. ('¿Qué significa corned?', preguntaba Robin. '¿Qué es la corned beef? ¿Qué le están haciendo a su carne?'*'¿Y qué es un welcher?'*—preguntaría Victoire, levantando la vista de su última serie de centavos. 'Letitia, por favor, ¿qué diablos es un jigger-doblador?'*)

Cuando Ramy se quejó de que la comida en el pasillo era tan mala que estaba perdiendo peso visiblemente (esto era cierto; las cocinas de la Universidad, cuando no servían la misma rotación de carne hervida dura, verduras asadas sin sal y potajes indistinguibles, apagaron platos inexplicables e incomibles con nombres como 'India Pickle', 'Turtle Dressed the West India Way', y algo llamado 'China Chilo', muy poco del cual era halal), se colaron en la cocina y prepararon un plato con garbanzos, patatas y un surtido de especias que Ramy había conseguido en los mercados de Oxford. El resultado fue un estofado escarlata grumoso tan picante que todos sintieron como si les hubieran dado un puñetazo en la nariz. Ramy se negó a aceptar la derrota; en cambio, argumentó, esta era una prueba más de su gran tesis de que había algo fundamentalmente mal con los británicos,

—Hay restaurantes indios en Londres —objetó Letty. Puedes conseguir curry con arroz en Piccadilly...

—Solo si quieres un puré suave —se burló Ramy. Termina tus garbanzos.

Letty, sollozando miserablemente, se negó a dar otro bocado. Robin y Victoire siguieron metiendo estoicamente cucharadas en sus bocas. Ramy les dijo que todos eran cobardes: en Calcuta, afirmó, los bebés podían comer pimientos fantasma sin pestañear. Pero incluso él tuvo problemas para terminar la masa de color rojo fuego en su plato.

Robin no se dio cuenta de lo que tenía, de lo que había estado buscando y finalmente había obtenido, hasta una noche a la mitad del curso cuando todos estaban en las habitaciones de Victoire. El suyo era increíblemente el más grande de cualquiera de sus cuartos porque ninguno de los otros huéspedes quería compartirlo con ella, lo que

significaba que no solo tenía un dormitorio para ella sola, sino también el baño y la espaciosa sala de estar donde solían congregarse. terminar sus cursos después de que el Bodleian cerrara a las nueve. Esa noche estaban jugando a las cartas, no estudiando, porque el profesor Craft estaba en Londres para una conferencia, lo que significaba que tenían la noche libre. Pero pronto se olvidaron de las cartas porque un intenso hedor a peras maduras invadió repentinamente la habitación y ninguno de ellos supo de qué se trataba, porque no habían estado comiendo peras,

Entonces Victoire estaba rodando por el suelo, riendo y chillando porque Letty seguía gritando: '¿Dónde está la pera? ¿Dónde está, Victoria? ¿Dónde está la pera? Ramy hizo una broma sobre la Inquisición española, por lo que Letty, siguiéndole el juego, le ordenó a Victoire que revisara todos los bolsillos de su abrigo para demostrar que ninguno de ellos ocultaba el núcleo. Victoire obedeció pero no encontró nada, lo que provocó más gritos de histeria. Y Robin se sentó a la mesa, observándolos, sonriendo mientras esperaba que se reanudara el juego de cartas hasta que se dio cuenta de que no, porque todos se reían demasiado y, además, las cartas de Ramy estaban esparcidas por el suelo boca arriba. así que continuar no tenía sentido. Luego parpadeó, porque acababa de darse cuenta de lo que significaba aquel momento tan mundano como extraordinario: que, en el espacio de varias semanas, se habían convertido en lo que nunca había encontrado en Hampstead, en lo que creía que nunca volvería a tener después de Cantón: un círculo de personas a las que amaba tan ferozmente que le dolía el pecho cuando pensaba en ellas.

Una familia.

Entonces sintió una punzada de culpa por amarlos a ellos, ya Oxford, tanto como los amaba.

Le encantaba estar aquí; realmente lo hizo A pesar de todos los desaires diarios que sufría, caminar por el campus lo deleitaba. Simplemente no podía mantener, como lo hizo Griffin, una actitud de constante sospecha o rebelión; no podía adquirir el odio de Griffin hacia este lugar.

Sin embargo, ¿no tenía derecho a ser feliz? Nunca había sentido tanto calor en su pecho hasta ahora, nunca había tenido tantas ganas de levantarse por la mañana como ahora. Babel, sus amigos y Oxford: habían desbloqueado una parte de él, un lugar de sol y pertenencia, que nunca pensó que volvería a sentir. El mundo se sentía menos oscuro.

Era un niño hambriento de afecto, que ahora tenía en abundancia, ¿y estaba tan mal que se aferrara a lo que tenía?

No estaba listo para comprometerse completamente con Hermes. Pero por Dios, habría matado por cualquiera de su cohorte.

Más tarde, a Robin le sorprendería que nunca se le hubiera pasado por la cabeza hablarles a ninguno de ellos sobre la Sociedad Hermes. Después de todo, al final del período de Michaelmas, había llegado a confiarles su vida; no tenía dudas de que si caía en el Isis congelado, cualquiera de ellos se habría sumergido para salvarlo. Sin embargo, Griffin y la Hermes Society pertenecían a los malos sueños y las sombras; su cohorte era el sol, el calor y la risa, y no podía imaginar la unión de esos mundos.

Sólo una vez estuvo tentado de decir algo. Un día, en el almuerzo, Ramy y Letty estaban discutiendo, una vez más, sobre la presencia británica en la India. Ramy consideró la ocupación de Bengala como una farsa en curso; Letty pensó que la victoria británica en Plassey era una represalia más que justa por lo que consideraba el horrible trato de los rehenes por parte de Siraj-ud-daulah, y que los británicos nunca hubieran intervenido si los mogoles no hubieran sido gobernantes tan terribles.

—Y no es que lo hayas pasado tan mal —dijo Letty. Hay muchos indios en la administración civil, siempre que estén calificados...

'Sí, donde "cualificado" significa una clase de élite que habla inglés y actúa como lacayo de los británicos,' dijo Ramy. 'No estamos siendo gobernados, estamos siendo mal gobernados. Lo que le está pasando a mi país es nada menos que un robo. No es comercio abierto; es sangrado financiero, es saqueo y saqueo. Nunca hemos necesitado su ayuda, y solo han construido esa narrativa a partir de un sentido de superioridad fuera de lugar.

'Si piensas eso, entonces ¿qué estás haciendo en Inglaterra?' Letty desafió.

Ramy la miró como si estuviera loca. 'Aprendiendo, mujer.'

'Ah, ¿para adquirir las armas para derribar el Imperio?' Ella se burló. Vas a llevarte unos lingotes de plata a casa y empezar una revolución, ¿verdad? ¿Marchamos hacia Babel y declaramos tus intenciones?

Por una vez, Ramy no tuvo una respuesta rápida. "No es tan simple como eso", dijo después de una pausa.

'¿En serio?' Letty había encontrado el lugar donde le dolía; ahora

era como un perro con un hueso y no la soltaba. 'Porque me parece que el hecho de que estés aquí, disfrutando de una educación inglesa, es precisamente lo que hace que los ingleses sean superiores. ¿A menos que haya un instituto de idiomas mejor en Calcuta?

—Hay muchas madrazas brillantes en la India —espetó Ramy—. Lo que hace que los ingleses sean superiores son las armas. Armas y la voluntad de usarlas contra personas inocentes.

—Entonces, ¿estás aquí para devolver plata a esos cipayos amotinados, verdad?

Quizá debería, estuvo a punto de decir Robin. Quizás eso es precisamente lo que el mundo necesita.

Pero se detuvo antes de abrir la boca. No porque tuviera miedo de romper la confianza de Griffin, sino porque no podía soportar cómo esta confesión destrozaría la vida que habían construido para sí mismos. Y porque él mismo no pudo resolver la contradicción de su voluntad de prosperar en Babel incluso cuando se hizo más claro, día a día, cuán obviamente injustos eran los cimientos de sus fortunas. La única forma en que podía justificar su felicidad aquí, para seguir bailando al borde de dos mundos, era seguir esperando la correspondencia de Griffin por la noche, una rebelión oculta y silenciosa cuyo objetivo principal era mitigar su culpa por el hecho de que todo este oro y plata. el brillo tenía que tener un costo.

Capítulo Ocho

Entonces solíamos considerar no menos vulgar que un grupo de muchachos que habían sido azotados tres meses antes, y no se les permitía más de tres copas de oporto en casa, se sentaran a tomar piñas y helados en las habitaciones de los demás, y juguetearan. ellos mismos con champán y clarete.

WILLIAM MAKEPEACE THACKERAY, El libro de los esnobs

En las últimas semanas de noviembre, Robin ayudó en tres robos más para la Sociedad Hermes. Todos siguieron la rutina eficiente y mecánica del primero: una nota junto al alféizar de su ventana, una noche lluviosa, una cita a medianoche y un contacto mínimo con sus cómplices, salvo una rápida mirada y un asentimiento. Nunca pudo ver más de cerca a los otros agentes. No sabía si eran siempre las mismas personas. Nunca supo qué robaron ni para qué lo usaron. Todo lo que sabía era que Griffin había dicho que su contribución ayudó a una lucha vagamente definida contra el imperio, y todo lo que podía hacer era confiar en la palabra de Griffin.

Seguía esperando que Griffin lo convocara para otra charla fuera de Twisted Root, pero parecía que su medio hermano estaba demasiado ocupado liderando una organización global de la que Robin era solo una parte muy pequeña.

Robin estuvo a punto de ser atrapado durante su cuarto robo, cuando una estudiante de tercer año llamada Cathy O'Nell entró por la puerta principal mientras esperaba en el vestíbulo. Cathy era, desafortunadamente, uno de los estudiantes de último año más parlanchines; se especializó en gaélico, y tal vez debido a la absoluta soledad de ser una de las dos personas en su subcampo, hizo todo lo posible para hacerse amiga de todos en la facultad.

'¡Robin!' Ella le sonrió. '¿Qué haces aquí tan tarde?'

'Olvidé mi lectura de Dryden', mintió, palmeando su bolsillo como si acabara de esconder el libro allí. Resulta que lo dejé en el vestíbulo.

'Oh, Dryden, eso es miserable. Recuerdo que Playfair nos tuvo discutiendo sobre él durante semanas. Completo, pero seco.

Terriblemente seco. Tenía muchas esperanzas de que ella siguiera

adelante; ya eran las doce y cinco.

'¿Te está haciendo comparar traducciones en clase?' preguntó Cathy. 'Una vez me interrogó durante casi media hora sobre mi elección de la palabra rojo en lugar de parecido a una manzana. Casi había sudado a través de mi camisa al final.

Seis minutos pasados. Los ojos de Robin se dirigieron a la escalera, luego de nuevo a Cathy, luego de nuevo a la escalera hasta que se dio cuenta de que Cathy lo miraba expectante.

'Vaya.' Parpadeó. Erm. Hablando de Dryden, realmente debería seguir…

'Oh, lo siento, el primer año es realmente tan difícil y aquí estoy manteniéndolo-'

'De todos modos, me alegro de verte-'

'Avísame si puedo ser de alguna ayuda,' dijo alegremente. Es mucho al principio, pero los términos se vuelven más fáciles, lo prometo.

'Seguro. Lo haré, adiós. Se sentía muy mal siendo tan brusco. Ella era muy amable, y esas ofertas eran particularmente generosas viniendo de los estudiantes de último año. Pero todo en lo que podía pensar entonces era en sus cómplices de arriba, y en lo que podría pasar si bajaban al mismo tiempo que Cathy subía.

'Buena suerte, entonces.' Cathy lo saludó con la mano y se dirigió al vestíbulo. Robin retrocedió hasta el vestíbulo y rezó para no darse la vuelta.

Una eternidad después, dos figuras vestidas de negro bajaron corriendo la escalera opuesta.

'¿Qué dijo ella?' uno de ellos susurró. Su voz parecía extrañamente familiar, aunque Robin estaba demasiado distraída para tratar de ubicarla en ese momento.

'Solo siendo amigable'. Robin empujó la puerta para abrirla y los tres salieron corriendo al fresco de la noche. '¿Estás bien?'

Pero no hubo respuesta. Ya habían despegado, dejándolo solo en la oscuridad y la lluvia.

Una personalidad más cautelosa habría renunciado a Hermes entonces, no habría arriesgado todo su futuro con posibilidades tan estrechas como la navaja. Pero Robin volvió a hacerlo de nuevo. Ayudó en un quinto robo, y luego en un sexto. Terminó el período de Michaelmas, las vacaciones de invierno se aceleraron y comenzó el período de Hilary. Los latidos de su corazón ya no latían en sus oídos cuando se acercó a la torre a medianoche. Los minutos entre la

entrada y la salida ya no se sentían como un purgatorio. Todo empezó a sentirse fácil, este simple acto de abrir una puerta dos veces; tan fácil que por el séptimo robo, se había convencido de que no estaba haciendo nada peligroso en absoluto.

—Eres muy eficiente —dijo Griffin. Les gusta trabajar contigo, ya sabes. Sigue las instrucciones y no embelleces.

Una semana después del comienzo del período de Hilary, Griffin finalmente se dignó volver a encontrarse con Robin en persona. Una vez más caminaron a paso vivo alrededor de Oxford, esta vez siguiendo el Támesis hacia el sur, hacia Kennington. La reunión se sintió como un informe de progreso de mitad de período con un supervisor severo y rara vez disponible, y Robin se encontró disfrutando de los elogios, tratando y fallando en no parecer un hermano menor atolondrado.

'Entonces, ¿estoy haciendo un buen trabajo?'

Lo estás haciendo muy bien. Estoy muy contento.

'Entonces, ¿me contarás más sobre Hermes ahora?' preguntó Robin. ¿O al menos dime adónde van los bares? ¿Qué estás haciendo con ellos?

Griffin se rió entre dientes. 'Paciencia.'

Caminaron en silencio durante un rato. Justo esa mañana había habido una tormenta. El Isis fluía rápido y ruidoso bajo un cielo brumoso y oscuro. Era el tipo de tarde en la que el mundo parecía despojado de color, una pintura en progreso, un boceto en realidad, existiendo solo en grises y sombras.

—Entonces tengo otra pregunta —dijo Robin. Y sé que ahora no me dirás mucho sobre Hermes. Pero al menos dime cómo acaba todo esto.

'¿Cómo termina qué?'

Quiero decir... mi situación. Este arreglo actual se siente bien, mientras no me atrapen, quiero decir, pero parece, no sé, bastante insostenible.

"Por supuesto que es insostenible", dijo Griffin. Estudiarás mucho y te graduarás, y luego te pedirán que hagas todo tipo de cosas desagradables para el Imperio. O te atraparán, como dijiste. Eventualmente, todo llega a un punto crítico, como sucedió con nosotros.

'¿Todos en Hermes se van de Babel?'

Conozco a muy pocos que se hayan quedado.

Robin no estaba seguro de cómo sentirse acerca de esto. A menudo se arrullaba en la fantasía de la vida posterior a Babel: una camaradería cómoda, si la quería; una garantía de más años de estudio totalmente financiados en esas magníficas bibliotecas, vivir en cómodas viviendas universitarias y dar clases particulares de latín a estudiantes universitarios ricos si quería dinero de bolsillo extra; o una emocionante carrera viajando al extranjero con los compradores de libros e intérpretes simultáneos. En el Zhuangzi, que acababa de traducir con el profesor Chakravarti, la frase tǎntú *literalmente significaba 'un camino llano', metafóricamente, 'una vida tranquila'. Eso era lo que él quería: un camino tranquilo y parejo hacia un futuro sin sorpresas.

El único obstáculo, por supuesto, era su conciencia.

—Te quedarás en Babel todo el tiempo que puedas —dijo Griffin —. Quiero decir, deberías... Dios sabe, necesitamos más gente dentro. Pero se vuelve más y más difícil, ya ves. Descubrirá que no puede reconciliar su sentido de la ética con lo que le piden que haga. ¿Qué pasa cuando te dirigen a la investigación militar? ¿Cuándo te envían a la frontera de Nueva Zelanda o a la Colonia del Cabo?

'¿No puedes simplemente evitar esas asignaciones?'

Grifo se rió. 'Los contratos militares componen más de la mitad de las órdenes de trabajo. Son una parte necesaria de la solicitud de tenencia. Y también pagan bien: la mayoría de los profesores senior se enriquecieron luchando contra Napoleón. ¿Cómo crees que el querido papá puede mantener tres casas? Es el trabajo violento el que sustenta la fantasía.'

'Entonces, ¿qué?' preguntó Robin. '¿Cómo me voy?'

'Simple. Finges tu muerte y luego pasas a la clandestinidad.

¿Es eso lo que hiciste?

—Hace unos cinco años, sí. Tú también lo harás, eventualmente. Y luego te convertirás en una sombra en el campus que alguna vez tuviste, y rezarás para que algún otro estudiante de primer año lo encuentre en su conciencia para otorgarte acceso a tus antiguas bibliotecas. Griffin le lanzó una mirada de soslayo. 'No estás contento con esta respuesta, ¿verdad?'

Robin vaciló. No estaba muy seguro de cómo verbalizar su incomodidad. Sí, había cierto atractivo en abandonar la vida de Oxford por Hermes. Quería hacer lo que hizo Griffin; quería acceder al funcionamiento interno de Hermes, quería ver adónde iban las barras robadas y qué se hacía con ellas. Quería ver el mundo oculto.

Pero si se iba, sabía que nunca podría volver.

"Parece tan difícil ser cortado", dijo. 'De todo.'

¿Sabes cómo engordaban los lirones los romanos? preguntó Griffin.

Robin suspiró. 'Grifo.'

Tus tutores te habían hecho leer a Varro, ¿no? Describe un glirarium en Res Rustica.*Es un artilugio bastante elegante. Haces un frasco, solo que está perforado con agujeros para que los lirones puedan respirar, y las superficies están tan pulidas que es imposible escapar. Pones comida en los huecos y te aseguras de que haya algunas repisas y pasillos para que los lirones no se aburran demasiado. Lo más importante es mantenerlo oscuro, para que los lirones siempre piensen que es hora de hibernar. Lo único que hacen es dormir y engordarse.

—Está bien —dijo Robin con impaciencia—. 'Está bien. Capto la idea.'

"Sé que es difícil", dijo Griffin. Es difícil renunciar a los adornos de tu estación. Todavía amas tu estipendio y los vestidos de erudito y las fiestas de vino, estoy seguro…

—No son las fiestas del vino —insistió Robin—. Yo no... quiero decir, no voy a fiestas de vino. Y no se trata del estipendio, o de los estúpidos vestidos. Es solo que, no sé, es un gran salto.

¿Cómo podría explicarlo? Babel representaba más que comodidades materiales. Babel era la razón por la que pertenecía a Inglaterra, por la que no mendigaba en las calles de Cantón. Babel era el único lugar donde importaban sus talentos. Babel era seguridad. Y tal vez todo eso estaba moralmente comprometido, sí, pero ¿era tan malo querer sobrevivir?

—No te molestes —dijo Griffin. Nadie te pide que te vayas de Oxford. No es prudente, estratégicamente hablando. Mira, soy libre y estoy feliz por fuera, pero tampoco puedo entrar a la torre. Estamos atrapados en una relación simbiótica con las palancas del poder. Necesitamos su plata. Necesitamos sus herramientas. Y, por mucho que nos resistamos a admitirlo, nos beneficiamos de su investigación.

Le dio un empujón a Robin. Fue pensado como un gesto fraternal, pero ninguno de los dos tenía mucha práctica en eso, y resultó más amenazante de lo que quizás Griffin pretendía. Haces tu lectura y te quedas dentro. No te preocupes por la contradicción. Tu culpa está mitigada, por ahora. Disfruta de tu glirarium, pequeño lirón.

Griffin lo dejó en la esquina de Woodstock. Robin observó cómo su

cuerpo delgado desaparecía en las calles, su abrigo aleteaba a su alrededor como las alas de un pájaro gigante, y se preguntó cómo podía admirar y resentir tanto a alguien al mismo tiempo.

En chino clásico, los caracteres 二心 se referían a intenciones desleales o traidoras; literalmente, se tradujeron como 'dos corazones'. Y Robin se encontró en la posición imposible de amar lo que traicionó, dos veces.

Adoraba Oxford y su vida en Oxford. Fue muy agradable estar entre los Babblers, que en muchos sentidos eran el grupo de estudiantes más privilegiado allí. Si hacían alarde de su afiliación a Babel, se les permitía entrar en cualquiera de las bibliotecas de la universidad, incluida la absurdamente hermosa Codrington, que en realidad no tenía ningún material de referencia que necesitaran, pero que obsesionaban de todos modos porque sus paredes altas y pisos de mármol los hacían sentir tan grandioso Todos sus gastos de manutención fueron cubiertos. A diferencia de los otros servidores, nunca tuvieron que servir comida en el salón o limpiar las habitaciones de los tutores. Babel pagó directamente su alojamiento, comida y matrícula, por lo que ni siquiera vieron la factura; además de eso, recibieron su estipendio de veinte chelines al mes. y también se les dio acceso a un fondo discrecional que podían usar para comprar cualquier material del curso que quisieran. Si podían presentar el caso más endeble de que una pluma estilográfica con capuchón de oro les ayudaría en sus estudios, entonces Babel pagó por ello.

El significado de esto nunca pasó por la mente de Robin hasta que una noche se topó con Bill Jameson en la sala común, escribiendo números en una hoja de papel borrador con una mirada miserable en su rostro.

—Las batallas de este mes —le explicó a Robin—. 'He gastado más de lo que me enviaron de casa, sigo quedándome corto'.

Los números en el papel asombraron a Robin; nunca había imaginado que la matrícula de Oxford pudiera ser tan cara.

'¿Qué vas a hacer?' preguntó.

Tengo algunas cosas que puedo empeñar para compensar la diferencia hasta el próximo mes. O dejaré algunas comidas hasta entonces. Jameson levantó la vista. Parecía desesperadamente incómodo. —Digo, y odio preguntar, pero ¿piensas...?

—Por supuesto —dijo Robin apresuradamente—. '¿Cuánto

necesitas?'

—Yo no lo haría, pero los costos de este trimestre… nos están cobrando por diseccionar cadáveres para Anatomía, realmente…

No lo menciones. Robin metió la mano en su bolsillo, sacó su bolso y comenzó a contar monedas. Se sintió terriblemente pretencioso al hacer esto: acababa de recuperar su estipendio del tesorero esa mañana, y esperaba que Jameson no pensara que siempre caminaba con un bolso tan lleno. —¿Eso cubriría las comidas, al menos?

Eres un ángel, Swift. Te devolveré el dinero a primera hora del próximo mes. Jameson suspiró y sacudió la cabeza. 'Babel. Te cuidan, ¿no?

Lo hicieron. Babel no solo era muy rica, también era respetada. La suya era, con mucho, la facultad más prestigiosa de Oxford. Era Babel de lo que se jactaban los nuevos estudiantes universitarios cuando mostraban a sus familiares visitantes alrededor del campus. Era un estudiante de Babel que invariablemente ganaba el Premio Canciller anual de Oxford, otorgado a la mejor composición de verso latino, así como la Beca Hebrea Kennicott. Fueron los estudiantes universitarios de Babel quienes fueron invitados a recepciones especiales. *con los políticos, aristócratas y los inimaginablemente ricos que componían la clientela del lobby. Una vez se rumoreó que la propia princesa Victoria asistiría a la fiesta anual en el jardín de la facultad; esto resultó ser falso, pero les dio una nueva fuente de mármol que se instaló en el green una semana más tarde, y que el profesor Playfair encantó para lanzar arcos de agua altos y relucientes a todas horas del día.

A mediados del trimestre de Hilary, como todas las cohortes de Babel antes que ellos, Robin, Ramy, Victoire y Letty habían absorbido la superioridad insoportable de los académicos que sabían que dominaban el campus. Les divertía mucho ver cómo los eruditos visitantes, que los condescendían o los ignoraban en el salón, comenzaron a adularlos y estrecharles la mano cuando revelaron que estudiaron traducción. Dejaron de mencionar cómo tenían acceso a la Sala Común Superior, que era muy agradable e inaccesible para otros estudiantes universitarios, aunque en realidad rara vez pasaban mucho tiempo allí, ya que era difícil tener una conversación sencilla cuando un don anciano y arrugado. sentado roncando en la esquina.

Victoire y Letty, que ahora comprendían que la presencia de mujeres en Oxford era más un secreto a voces que un tabú absoluto, comenzaron a dejarse crecer lentamente el cabello. Un día, Letty

incluso apareció en el salón para cenar con una falda en lugar de pantalones. Los chicos de la Universidad susurraron y señalaron, pero el personal no dijo nada, y le sirvieron los tres platos y el vino sin incidentes.

Pero también había formas significativas en las que no pertenecían. Nadie serviría a Ramy en ninguno de sus pubs favoritos si fuera el primero en llegar. Letty y Victoire no podían sacar libros de la biblioteca sin la presencia de un estudiante varón que respondiera por ellos. Los comerciantes asumieron que Victoire era Letty o la criada de Robin. Los porteros les preguntaban regularmente a los cuatro si podían por favor no pisar el green porque estaba prohibido, mientras que los otros chicos pisoteaban el llamado césped delicado a su alrededor.

Además, les llevó varios meses aprender a hablar como los oxfordianos. El inglés de Oxford era diferente del inglés de Londres y se desarrolló en gran medida por la tendencia de los estudiantes universitarios a corromper y abreviar casi todo. Magdalena se pronunciaba sensiblera; por la misma razón, St Aldate's se había convertido en St Old's. El Magna Vacatio se convirtió en el Long Vacation se convirtió en el Long. New College se convirtió en New; St Edmund's se convirtió en Teddy. Pasaron meses antes de que Robin se acostumbrara a pronunciar 'Univ' cuando quería decir 'University College'. Un spread era una fiesta con un número considerable de invitados; pidge era la abreviatura de casillero, que a su vez significaba uno de los cubículos de madera donde se clasificaba su puesto.

La fluidez también implicaba una gran cantidad de reglas sociales y convenciones tácitas que Robin temía que nunca podría comprender por completo. Ninguno de ellos podía entender la etiqueta particular de las tarjetas de visita, por ejemplo, o cómo era que uno se metía en el ecosistema social de la universidad en primer lugar, o cómo funcionaban los muchos niveles distintos pero superpuestos de dicho ecosistema.*Siempre escuchaban rumores de fiestas salvajes, noches en el pub fuera de control, reuniones de sociedades secretas y tés en los que fulano de tal había sido devastadoramente grosero con su tutor o en los que fulano de tal había insultado a la hermana de otra persona. pero nunca fueron testigos de estos hechos en persona.

'¿Cómo es que no nos invitan a fiestas de vino?' Preguntó Rami. Somos encantadores.

—Tú no bebes vino —señaló Victoire.

'Bueno, me gustaría apreciar el ambiente...'

—Es porque tú misma no haces fiestas de vino —dijo Letty. 'Es una economía de toma y daca. ¿Alguno de ustedes ha entregado alguna vez una tarjeta de visita?

—Creo que nunca he visto una tarjeta de visita —dijo Robin—. '¿Hay un arte en ello?'

'Oh, son bastante fáciles,' dijo Ramy. '*A Pendennis, Esq., Bestia infernal, esta noche te daré montones de alcohol. Confundido tú, tu enemigo, Mirza. ¿No?'*

Muy cortés. Letty resopló. No es de extrañar que no seas miembro de la realeza universitaria.

Decididamente, no pertenecían a la realeza universitaria. Ni siquiera los Babblers blancos en los años anteriores a ellos eran miembros de la realeza universitaria, porque Babel los mantuvo demasiado ocupados con los cursos para disfrutar de una vida social. Esa etiqueta solo podía describir un segundo año en la Universidad llamado Elton Pendennis y sus amigos. Todos eran caballeros plebeyos, lo que significaba que habían pagado tarifas más altas a la universidad para evitar los exámenes de ingreso y disfrutar de los privilegios de los miembros de la universidad. Se sentaban a la mesa principal del vestíbulo, se alojaban en apartamentos mucho más bonitos que los dormitorios de Magpie Lane y jugaban al billar en la sala común de los mayores siempre que querían. Disfrutaban de la caza, el tenis y el billar los fines de semana y se dirigían a Londres en autocar todos los meses para cenas y bailes. Nunca hacían sus compras en High Street;

Letty, que había crecido rodeada de chicos como Pendennis, lo convirtió a él y a sus amigos en el blanco de un torrente de vituperaciones. Chicos ricos que estudian con el dinero de su padre. Apuesto a que nunca han abierto un libro de texto en sus vidas. No sé por qué Elton piensa que es tan guapo. Esos labios son de niña; no debería hacer tanto puchero. Esas chaquetas moradas cruzadas se ven ridículas. Y no sé por qué sigue diciéndoles a todos que tiene un entendimiento con Clara Lilly. Conozco a Clara y está comprometida con el hijo mayor de los Woolcott. . .'

Aun así, Robin no pudo evitar envidiar a esos niños, aquellos nacidos en este mundo, que pronunciaron sus códigos como hablantes nativos. Cuando vio a Elton Pendennis y su multitud paseando y riendo por el green, no pudo evitar imaginar, solo por un momento, cómo sería ser parte de ese círculo. Quería la vida de Pendennis, no

tanto por sus placeres materiales (el vino, los cigarros, la ropa, las cenas) sino por lo que representaba: la seguridad de que uno siempre sería bienvenido en Inglaterra. Si tan solo pudiera alcanzar la fluidez de Pendennis, o al menos una imitación de ella, entonces él también se mezclaría con el tapiz de esta idílica vida universitaria. Y ya no sería el extranjero, cuestionando su pronunciación a cada momento, sino un nativo cuya pertenencia no podría ser cuestionada ni revocada.

Fue una gran sorpresa cuando una noche Robin encontró una tarjeta hecha de papel en relieve esperando en su pidge. Decía:

Robin Swift—

Apreciaría el placer de su compañía para tomar una copa el próximo viernes, a las siete en punto si desea estar allí al comienzo o en cualquier momento razonable a partir de entonces, no somos quisquillosos.

Estaba firmado, con una caligrafía muy impresionante que Robin tardó un momento en descifrar, Elton Pendennis.

"Creo que le estás dando mucha importancia a esto", dijo Ramy cuando Robin les mostró la tarjeta. No me digas que irás de verdad.

"No quiero ser grosero", dijo Robin débilmente.

¿A quién le importa si Pendennis piensa que eres grosero? No te invitó por tus modales impecables, solo quiere ser amigo de alguien en Babel.

Gracias, Ramy.

Ramy le restó importancia a esto. 'La pregunta es, ¿por qué tú? Soy infinitamente más encantador.

—No eres lo suficientemente gentil —dijo Victoire. 'Robin es.'

"No entiendo lo que alguien quiere decir con gentil", dijo Ramy. La gente siempre lo lanza en referencia a los de alta y buena cuna. Pero, ¿qué significa realmente? ¿Significa simplemente que eres muy rico?

—Lo digo en el contexto de los modales —dijo Victoire.

—Muy divertido —dijo Ramy. Pero no son los modales el problema, creo. Es que Robin pasa por blanco y nosotros no.

Robin no podía creer que estuvieran siendo tan groseros con esto. '¿Es imposible que solo quieran mi compañía?'

No es imposible, solo improbable. Eres horrible con la gente que no conoces.

'Yo no soy.'

'Tu también. Siempre te callas y te escondes en un rincón como si

estuvieran a punto de dispararte. Ramy se cruzó de brazos y ladeó la cabeza. ¿Para qué quieres cenar con ellos?

'No sé. Es solo una fiesta de vino.

Una fiesta con vino, ¿y luego qué? Ramy insistió. ¿Crees que te convertirán en uno de los muchachos? ¿Esperas que te lleven al Bullingdon Club?

El club de Bullingdon Green era un establecimiento exclusivo para comer y hacer deporte donde los jóvenes podían pasar la tarde cazando o jugando al cricket. La membresía se asignó por motivos misteriosos que parecían estar fuertemente correlacionados con la riqueza y la influencia. A pesar del prestigio de Babel, ninguno de los estudiantes de Babel que Robin conocía tenía la expectativa de que alguna vez los invitaran.

'Tal vez,' dijo Robin, solo para estar en contra. Sería bueno echar un vistazo dentro.

—Estás emocionado —lo acusó Ramy. Esperas que te amen.

Está bien admitir que estás celoso.

No vengas a llorar cuando te echen vino por la camisa y te insulten.

Robin sonrió. ¿No defenderás mi honor?

Ramy golpeó su hombro. 'Róbame un cenicero; Lo empeñaré para pagar las batallas de Jameson.

Por alguna razón, fue Letty quien se opuso más ardientemente a que Robin aceptara la invitación de Pendennis. Cuando salieron de la cafetería para ir a la biblioteca, mucho después de que la conversación se hubiera desviado hacia otro lado, ella tiró de su codo hasta que retrocedieron varios pasos detrás de Ramy y Victoire.

'Esos chicos no son buenos', dijo. 'Son exuberantes, son indolentes, son malas influencias.'

Robín se rió. 'Es sólo una fiesta de vino, Letty.'

'Entonces, ¿por qué quieres ir?' ella presionó. Casi ni bebes.

Él no podía entender por qué ella le estaba dando tanta importancia a esto. Sólo tengo curiosidad, eso es todo. Probablemente va a ser horrible.

'Así que no aparezcas', insistió. Tira la tarjeta.

'Pues no, eso es de mala educación. Y realmente no tengo nada en esa noche…

—Podrías pasarlo con nosotros —dijo—. Ramy quiere cocinar algo.

'Ramy siempre está cocinando algo, y siempre sabe horrible.'

'Oh, ¿entonces esperas que te lleven a las filas?' Ella arqueó una ceja. Swift y Pendennis, amigos del alma, ¿es eso lo que queréis?

Sintió una llamarada de irritación. '¿De verdad estás tan aterrorizado de que haga otros amigos? Confía en mí, Letitia, nada podría vencer a tu empresa.

'Ya veo.' Para su sorpresa, su voz se quebró. Se dio cuenta de que sus ojos se habían puesto muy rojos. ¿Estaba a punto de llorar? ¿Qué estaba mal con ella? 'Entonces asi es como es.'

"Es sólo una fiesta de vino", dijo, frustrado. ¿Qué te pasa, Letty?

—No importa —dijo, y aceleró el paso. Toma unas copas con quien quieras.

—Lo haré —espetó él, pero ella ya lo había dejado muy atrás.

El viernes siguiente, a las siete menos diez, Robin se puso su única chaqueta bonita, sacó de debajo de la cama una botella de oporto que había comprado en Taylor's y se dirigió a los pisos de Merton Street. No tuvo problemas para encontrar las habitaciones de Elton Pendennis. Incluso antes de caminar por la calle, escuchó voces fuertes y música de piano algo arrítmica flotando por las ventanas.

Tuvo que tocar varias veces antes de que alguien lo escuchara. La puerta se abrió, revelando a un chico de pelo rubio cuyo nombre Robin recordaba vagamente como St Cloud.

—Oh —dijo, mirando a Robin de arriba abajo con los ojos entrecerrados—. Parecía bastante borracho. 'Usted vino.'

—Parecía cortés —dijo Robin. 'Como me invitaron?' Odiaba cómo su voz se arrastraba hasta convertirse en una pregunta.

St Cloud parpadeó, luego se volvió e hizo un gesto vago hacia el interior. Bueno, vamos.

En el interior, otros tres niños estaban sentados en sillones en la sala de estar, que estaba tan llena de humo de cigarro que Robin tosió al entrar.

Los chicos estaban todos apiñados alrededor de Elton Pendennis como hojas alrededor de una flor. De cerca, los informes de su buena apariencia no parecían exagerados ni un poco. Era uno de los hombres más guapos que Robin jamás había conocido, la encarnación de un héroe byroniano. Sus ojos entrecerrados estaban enmarcados por pestañas gruesas y oscuras; sus labios carnosos habrían parecido femeninos, como había acusado Letty, si no estuvieran realzados por una mandíbula tan fuerte y cuadrada.

«No es la compañía, es el hastío», decía. “Londres es divertido

durante una temporada, pero luego empiezas a ver las mismas caras año tras año, y las chicas nunca se vuelven más bonitas, solo mayores. Una vez que has estado en un baile, es posible que hayas estado en todos. Sabes, uno de los amigos de mi padre le prometió una vez a sus conocidos más cercanos que podría animar sus reuniones. Preparó una cena elaborada, luego les dijo a sus sirvientes que salieran y extendieran una invitación a todos los mendigos y vagabundos que encontraran. Cuando llegaron sus amigos, vieron a esos variopintos rezagados, borrachos y bailando sobre las mesas. Fue gracioso, ojalá me hubieran invitado a mí.

La broma terminó aquí; la audiencia se rió en el momento justo. Pendennis, con su monólogo completo, miró hacia arriba. 'Oh hola. Robin Swift, ¿verdad?

A estas alturas, el optimismo tentativo de Robin de que sería un buen momento se había evaporado. Se sentía agotado. 'Ese soy yo.'

—Elton Pendennis —dijo Pendennis, extendiendo una mano para que Robin se la estrechara. Estamos muy contentos de que pudieras venir.

Señaló alrededor de la habitación con su cigarro, lanzando humo mientras hacía las presentaciones. Ese es Vincy Woolcombe. Un chico pelirrojo sentado junto a Pendennis le dio a Robin un saludo amistoso. 'Milton St Cloud, que ha estado proporcionando nuestro entretenimiento musical.' El pecoso St Cloud, de pelo rubio, que se había sentado frente al piano, asintió perezosamente y luego reanudó una secuencia desafinada. Y Colin Thornhill, ya lo conoces.

—Somos vecinos en Magpie Lane —dijo Colin con entusiasmo. 'Robin está en la habitación siete, y yo soy el número tres...'

—Eso has dicho —dijo Pendennis—. De hecho, muchas veces.

Colin vaciló. Robin deseó que Ramy estuviera allí para verlo; nunca había conocido a alguien capaz de destripar a Colin con una sola mirada.

'¿Sediento?' preguntó Pendennis. Reunidos en la mesa había una colección tan rica de licores que Robin se mareó al mirarlos. Sírvete lo que quieras. Nunca podemos estar de acuerdo en la misma bebida. El oporto y el jerez se están transfiriendo allí. Oh, veo que has traído algo, solo ponlo sobre la mesa. Pendennis ni siquiera miró la botella. 'Aquí está la absenta, allí está el ron, oh, solo queda un poco de ginebra, pero siéntete libre de terminar la botella, no es muy buena. Y hemos pedido un postre de Sadler's, así que sírvase usted mismo, de lo contrario, se echará a perder sentado así.

—Solo un poco de vino —dijo Robin. 'Si lo tienes.'

Su cohorte rara vez bebía juntos, por deferencia a Ramy, y todavía tenía que adquirir el conocimiento detallado de los tipos y marcas de alcohol y lo que la elección de la bebida decía sobre el carácter de uno. Pero el profesor Lovell siempre bebía vino en la cena, así que el vino parecía seguro.

'Por supuesto. Hay un clarete, u oporto y Madeira si quieres algo más fuerte. ¿Cigarro?'

Oh, no, está bien, pero Madeira está bien, gracias. Robin se retiró al único asiento libre, con un vaso muy lleno.

—Así que eres un Babbler —dijo Pendennis, recostándose contra la silla—.

Robin tomó un sorbo de vino, tratando de igualar el afecto apático de Pendennis. ¿Cómo se podía hacer que una posición tan relajada pareciera tan elegante? Así es como nos llaman.

'¿Qué es lo que haces? ¿Chino?'

—El mandarín es mi especialidad —dijo Robin. Aunque también estoy estudiando comparaciones con el japonés y, finalmente, con el sánscrito...

Entonces, ¿usted es chino? Pendennis presionó. No estábamos seguros. Creo que pareces inglés, pero Colin juró que eras oriental.

—Nací en Cantón —dijo Robin pacientemente. 'Aunque yo diría que también soy inglés...'

"Conozco China", intervino Woolcombe. Kubla Khan.

Hubo una breve pausa.

—Sí —dijo Robin, preguntándose si se suponía que esa expresión significaba algo.

—El poema de Coleridge —aclaró Woolcombe. 'Una obra literaria muy oriental. Sin embargo, de alguna manera, también muy romántico.

—Qué interesante —dijo Robin, haciendo todo lo posible por ser cortés—. Tendré que leerlo.

El silencio volvió a descender. Robin sintió algo de presión para mantener la conversación, así que trató de darle la vuelta a la pregunta. 'Entonces, ¿qué? Quiero decir, ¿qué van a hacer todos ustedes? Con tus títulos, quiero decir.

Ellos rieron. Pendennis apoyó la barbilla en su mano. 'Do', dijo arrastrando las palabras, 'es una palabra tan proletaria. Prefiero la vida de la mente.

—No le hagas caso —dijo Woolcombe. Vivirá de sus bienes y

someterá a todos sus invitados a grandes observaciones filosóficas hasta que muera. Yo seré clérigo, Colin abogado. Milton va a ser médico, si puede encontrar en él lo necesario para ir a conferencias.

'¿Entonces no estás entrenando para ninguna profesión aquí?' Robin le preguntó a Pendennis.

—Yo escribo —dijo Pendennis con una indiferencia muy deliberada, del mismo modo que las personas muy engreídas arrojan fragmentos de información que esperan que se conviertan en objetos de fascinación. Escribo poesía. No he producido mucho hasta ahora...

—Muéstrale —gritó Colin, justo en el momento justo—. Muéstrale. Robin, es muy profundo, espera a escucharlo...

'Está bien.' Pendennis se inclinó hacia adelante, todavía fingiendo desgana, y alcanzó una pila de papeles que Robin se dio cuenta de que habían estado expuestos en la mesa de café todo este tiempo. 'Ahora, esta es una respuesta a "Ozymandias" de Shelley, *que, como saben, es una oda a los implacables estragos del tiempo contra todos los grandes imperios y sus legados. Solo que yo he argumentado que, en la era moderna, los legados pueden construirse para que duren y, de hecho, hay grandes hombres de este tipo en Oxford capaces de una tarea tan monumental. Se aclaró la garganta. 'He abierto con la misma línea que Shelley: conocí a un viajero de una tierra antigua. . .'

Robin se reclinó y apuró el resto de su Madeira. Pasaron varios segundos antes de que se diera cuenta de que el poema había terminado y se requería su evaluación.

—Tenemos traductores trabajando en poesía en Babel —dijo con suavidad, a falta de algo mejor que decir—.

"Por supuesto que no es lo mismo", dijo Pendennis. 'Traducir poesía es para aquellos que no tienen el fuego creativo. Solo pueden buscar la fama residual sirviéndose del trabajo de otros.

Robin se burló. No creo que eso sea cierto.

—No lo sabrías —dijo Pendennis. Tú no eres poeta.

—En realidad… Robin jugueteó con el pie de su copa por un momento y luego decidió seguir hablando. “Creo que la traducción puede ser mucho más difícil que la composición original en muchos sentidos. El poeta es libre de decir lo que quiera, puede elegir entre cualquier cantidad de trucos lingüísticos en el idioma en el que está componiendo. La elección de palabras, el orden de las palabras, el sonido: todos importan, y sin ninguno de ellos, todo el asunto. se cae a pedazos. Es por eso que Shelley escribe que traducir poesía es tan inteligente como echar una violeta en un crisol.*Por lo tanto, el

traductor debe ser traductor, crítico literario y poeta a la vez: debe leer el original lo suficientemente bien como para comprender toda la maquinaria en juego, para transmitir su significado con la mayor precisión posible, y luego reorganizar el significado traducido en un estructura estéticamente agradable en el idioma de destino que, a su juicio, coincide con el original. El poeta corre sin trabas por el prado. El traductor baila con grilletes.

Al final de esta perorata, Pendennis y sus amigos lo miraban, boquiabiertos y desconcertados, como si no supieran qué hacer con él.

—Bailando con grilletes —dijo Woolcombe tras una pausa—. 'Eso es adorable.'

—Pero yo no soy poeta —dijo Robin, con un poco más de crueldad de lo que pretendía—. 'Entonces, ¿realmente qué sé?'

Su ansiedad se había disipado por completo. Ya no le preocupaba cómo se presentaba, si su chaqueta estaba bien abotonada o si se había dejado migas a un lado de la boca. No quería la aprobación de Pendennis. No le importaba para nada la aprobación de estos chicos.

La verdad de este encuentro lo golpeó con tanta claridad que casi se echó a reír. No lo estaban evaluando para ser miembro. Estaban tratando de impresionarlo, y al impresionarlo, mostrar su propia superioridad, demostrar que ser un Babbler no era tan bueno como ser uno de los amigos de Elton Pendennis.

Pero Robin no estaba impresionado. ¿Fue este el pináculo de la sociedad de Oxford? ¿Este? Sintió una lástima profusa por ellos, estos muchachos que se consideraban a sí mismos estetas, que pensaban que sus vidas eran tan enrarecidas como podía ser la vida examinada. Pero nunca grabarían una palabra en una barra de plata y sentirían el peso de su significado reverberar en sus dedos. Nunca cambiarían la estructura del mundo simplemente deseándolo.

'¿Es eso lo que te enseñan en Babel, entonces?' Woolcombe parecía ligeramente asombrado. Al parecer, nadie le respondió nunca a Elton Pendennis.

—Eso y algo más —dijo Robin. Sentía un subidón embriagador cada vez que hablaba. Estos muchachos no eran nada; podía diezmarlos con una palabra si así lo deseaba. Podía subirse al sofá de un salto y arrojar su vino contra las cortinas sin consecuencias, porque simplemente no le importaba. Esta oleada de confianza embriagadora le era totalmente extraña, pero se sentía muy bien. 'Por supuesto, el verdadero objetivo de Babel es trabajar la plata. Todo eso de la poesía es sólo la teoría subyacente.

Estaba hablando de la parte superior de su cabeza aquí. Solo tenía una idea muy vaga de la teoría subyacente detrás del trabajo de la plata, pero lo que sea que acababa de decir sonaba bien y funcionaba aún mejor.

¿Has trabajado en plata? presionó St Cloud. Pendennis le lanzó una mirada irritada, pero St Cloud persistió. '¿Es difícil?'

"Solo estoy aprendiendo los fundamentos", dijo Robin. 'Tenemos dos años de cursos, luego un año de aprendizaje en uno de los pisos, y luego estaré grabando barras por mi cuenta'.

'¿Puedes mostrarnos?' preguntó Pendennis. '¿Puedo hacerlo?'

'No funcionaría para ti.'

'¿Por qué no?' preguntó Pendennis. Sé latín y griego.

—No los conoces lo suficiente —dijo Robin. 'Tienes que vivir y respirar un idioma, no solo liarte con un texto de vez en cuando. ¿Sueñas en otros idiomas además del inglés?

'¿Tú?' Pendennis respondió.

'Bueno, por supuesto,' dijo Robin. Después de todo, soy chino.

La habitación se sumió una vez más en un silencio incierto. Robin decidió sacarlos de su miseria. 'Gracias por la invitación', dijo, poniéndose de pie. Pero debería ir a la biblioteca.

—Por supuesto —dijo Pendennis—. Estoy seguro de que te mantienen muy ocupado.

Nadie dijo nada mientras Robin recuperaba su abrigo. Pendennis lo miró perezosamente con los ojos entrecerrados, sorbiendo lentamente su Madeira. Colin parpadeaba muy rápidamente; su boca se abrió una o dos veces, pero no salió nada. Milton hizo un gesto inconexo al levantarse para acompañarlo hasta la puerta, pero Robin le hizo señas para que bajara.

¿Puedes encontrar la salida? preguntó Pendennis.

"Estoy seguro de que estoy bien", gritó Robin por encima del hombro mientras se iba. Este lugar no es tan grande.

A la mañana siguiente, contó todo a su cohorte entre carcajadas.

—Recítame de nuevo su poema —suplicó Victoire. 'Por favor.'

"No lo recuerdo todo", dijo Robin. 'Pero déjame pensar... espera, sí, había otra línea, la sangre de una nación corría por sus nobles mejillas...'

'No, oh, Dios...'

'*Y el espíritu de Waterloo en su pico de viuda...*

'No sé de qué están hablando', dijo Ramy. El hombre es un genio

poético.

Sólo Letty no se rió. —Lamento que no la hayas pasado bien —dijo con frialdad—.

—Tenías razón —dijo Robin, tratando de ser generoso—. 'Son tontos, ¿de acuerdo? Nunca debí abandonar tu lado, querida, dulce y sobria Letty. Siempre tienes razón en todo.

Lety no respondió. Recogió sus libros, se sacudió el polvo de los pantalones y salió furiosa de la Buttery. Victoire se levantó a medias como si fuera a perseguirla, luego suspiró, sacudió la cabeza y se sentó.

—Déjala ir —dijo Ramy. No estropeemos una buena tarde.

'¿Ella es así siempre?' preguntó Robin. No entiendo cómo puedes soportar vivir con ella.

—La irritas —dijo Victoire.

'No la defiendas...'

—Tú sí —dijo Victoire. Ambos lo hacen, no pretendan lo contrario; te gusta hacerla estallar.

'Solo porque ella está tan metida en su trasero todo el tiempo', se burló Ramy. 'Entonces, ¿es una persona completamente diferente contigo, o simplemente te has adaptado?'

Victoire miró de uno a otro entre ellos. Parecía estar tratando de decidir algo. Luego preguntó: '¿Sabías que tenía un hermano?'

—¿Qué, algún nabab de Calcuta? Preguntó Rami.

—Está muerto —dijo Victoire. Murió hace un año.

'Vaya.' Ramy parpadeó. 'Lástima.'

'Su nombre era Lincoln. Lincoln y Letty Price. Eran tan cercanos cuando eran niños que todos los amigos de su familia los llamaban los gemelos. Él llegó a Oxford algunos años antes que ella, pero no tenía ni la mitad de la mente para los libros que ella, y cada día festivo él y su padre peleaban brutalmente por cómo estaba desperdiciando su educación. Se parecía mucho más a Pendennis que a cualquiera de nosotros, si sabes a lo que me refiero. Una noche salió a beber. La policía fue a la casa de Letty a la mañana siguiente y les dijo que habían encontrado el cuerpo de Lincoln debajo de un carro. Se había quedado dormido junto a la carretera y el conductor no lo había visto debajo de las ruedas hasta horas después. Debe haber muerto en algún momento antes del amanecer.

Ramy y Robin estaban callados; ninguno de los dos podía pensar en nada que decir. Se sentían como colegiales castigados, como si Victoire fuera su severa institutriz.

—Vino a Oxford unos meses después —dijo Victoire—. '¿Sabías que Babel tiene un examen de ingreso general para los postulantes que no vienen especialmente recomendados? Ella lo tomó y pasó. Era la única facultad de Oxford que aceptaba mujeres. Siempre había querido ir a Babel, había estudiado para eso toda su vida, pero su padre seguía negándose a dejarla ir a la escuela. No fue hasta que murió Lincoln que su padre la dejó venir y tomar su lugar. Es malo tener una hija en Oxford, pero es peor no tener hijos en Oxford. ¿No es terrible?

—No lo sabía —dijo Robin, avergonzado.

—No creo que ustedes dos entiendan lo difícil que es ser mujer aquí —dijo Victoire. Son liberales sobre el papel, sin duda. Pero piensan muy poco de nosotros. Nuestra casera hurga en nuestras cosas cuando estamos fuera como si estuviera buscando pruebas de que hemos tenido amantes. Cada debilidad que mostramos es un testimonio de las peores teorías sobre nosotros, que es que somos frágiles, somos histéricos y somos demasiado débiles de mente por naturaleza para manejar el tipo de trabajo que debemos hacer.

—Supongo que eso significa que debemos excusarla por caminar constantemente como si tuviera una vara en el trasero —murmuró Ramy.

Victoire le lanzó una mirada divertida. Es insoportable a veces, sí. Pero ella no está tratando de ser cruel. Tiene miedo de que no debería estar aquí. Tiene miedo de que todos deseen ser su hermano, y tiene miedo de que la envíen a casa si se sale aunque sea un poco de la línea. Sobre todo, tiene miedo de que alguno de ustedes siga el camino de Lincoln. Sean fáciles con ella, ustedes dos. No sabes cuánto de su comportamiento está dictado por el miedo.

"Su comportamiento", dijo Ramy, "está dictado por el ensimismamiento".

Sea como fuere, tengo que vivir con ella. El rostro de Victoire se tensó; se veía muy molesta con los dos. Así que perdóname si trato de mantener la paz.

El mal humor de Letty nunca duró mucho y pronto expresó su perdón tácito. Cuando entraron en la oficina de la profesora Playfair al día siguiente, ella devolvió la sonrisa vacilante de Robin con la suya. Victoire asintió cuando él miró en su dirección. Todos estaban en la misma página, al parecer; Letty sabía que Robin y Ramy lo sabían, sabía que lo sentían, y ella misma lo sentía y estaba un poco

avergonzada por ser tan dramática. No había nada más que decir.

Mientras tanto, hubo debates más emocionantes. En la clase del profesor Playfair ese trimestre, estaban obsesionados con la idea de la fidelidad.

—Siempre se acusa a los traductores de falta de fe —bromeó el profesor Playfair—. 'Entonces, ¿qué implica eso, esta fidelidad? ¿Fidelidad a quién? ¿El texto? ¿La audiencia? ¿El autor? ¿Está la fidelidad separada del estilo? ¿De la belleza? Comencemos con lo que escribió Dryden sobre la Eneida. Me he esforzado por hacer que Virgilio hable un inglés tal como él mismo lo habría hablado si hubiera nacido en Inglaterra y en esta época. Miró alrededor del salón de clases. '¿Alguien aquí piensa que eso es fidelidad?'

—Te muerdo —dijo Ramy. 'No, no creo que eso pueda ser correcto. Virgilio pertenecía a un tiempo y lugar particular. ¿No es más infiel quitarle todo eso, hacerle hablar como cualquier inglés con el que te puedas topar por la calle?

El profesor Playfair se encogió de hombros. '¿No es también infiel hacer que Virgil parezca un extranjero estirado, en lugar de un hombre con el que felizmente mantendrías una conversación? ¿O, como hizo Guthrie, elegir a Cicerón como miembro del parlamento inglés? Pero lo confieso, estos métodos son cuestionables. Llevas las cosas demasiado lejos y obtienes algo como la traducción de Pope de la Ilíada.

"Pensé que Pope era uno de los más grandes poetas de su tiempo", dijo Letty.

"Tal vez en su trabajo original", dijo el profesor Playfair. Pero inyecta tantos britanismos en el texto que hace que Homero parezca un aristócrata inglés del siglo XVIII. Seguramente esto no acompaña nuestra imagen de los griegos y los troyanos en guerra.

—Suena a la típica arrogancia inglesa —dijo Ramy.

"No son sólo los ingleses los que hacen esto", dijo el profesor Playfair. 'Recuerde cómo Herder ataca a los neoclásicos franceses por hacer cautivo a Homero, vestido con ropa francesa y siguiendo las costumbres francesas, para no ofender. Y todos los traductores conocidos en Persia favorecieron el "espíritu" de la traducción en lugar de la precisión palabra por palabra; de hecho, a menudo encontraron apropiado cambiar los nombres europeos al persa y reemplazar los aforismos en los idiomas de destino con versos y proverbios persas. . ¿Eso estuvo mal, crees? ¿Infiel?'

Ramy no tuvo réplica.

El profesor Playfair siguió adelante. 'No hay una respuesta correcta, por supuesto. Ninguno de los teóricos anteriores a ti tampoco lo ha resuelto. Este es el debate en curso de nuestro campo. Schleiermacher argumentó que las traducciones deberían ser lo suficientemente antinaturales como para que se presenten claramente como textos extranjeros. Argumentó que había dos opciones: o el traductor deja en paz al autor y mueve al lector hacia él; o deja en paz al lector y mueve al autor hacia él. Schleiermacher eligió el primero. Sin embargo, la tensión dominante en Inglaterra ahora es la última: hacer que las traducciones suenen tan naturales para el lector inglés que no se leen como traducciones en absoluto.

¿Qué te parece correcto? ¿Hacemos todo lo posible, como traductores, para volvernos invisibles? ¿O le recordamos a nuestro lector que lo que está leyendo no fue escrito en su idioma nativo?'

—Esa es una pregunta imposible —dijo Victoire—. 'O sitúas el texto en su tiempo y lugar, o lo llevas a donde estás, aquí y ahora. Siempre estás renunciando a algo.

Entonces, ¿es imposible una traducción fiel? Profesor Playfair desafiado. '¿Nunca podremos comunicarnos con integridad a través del tiempo, a través del espacio?'

—Supongo que no —dijo Victoire a regañadientes—.

'¿Pero, qué es lo opuesto a la fidelidad?' preguntó el profesor Playfair. Se acercaba al final de esta dialéctica; ahora solo necesitaba cerrarlo con un puñetazo. 'Traición. La traducción significa hacer violencia sobre el original, significa deformarlo y distorsionarlo para ojos extraños e involuntarios. Entonces, ¿dónde nos deja eso? ¿Cómo podemos concluir, excepto reconociendo que un acto de traducción es necesariamente siempre un acto de traición?'

Cerró esta profunda declaración como siempre lo hacía, mirando a cada uno de ellos por turno. Y cuando los ojos de Robin se encontraron con los del profesor Playfair, sintió una profunda y avinagrada punzada de culpa en el estómago.

Capítulo Nueve

Los traductores pertenecen a la misma raza infiel e impasible que siempre han sido: la partícula de oro que nos traen está oculta a todos excepto al ojo más paciente, entre barcos cargados de arena amarilla y azufre.

THOMAS CARLYLE, 'Estado de la literatura alemana'

L

os estudiantes de Babel no tomaron los exámenes de calificación hasta el final de su tercer año, por lo que Trinity pasó volando sin más ni menos estrés que los dos períodos anteriores. En algún lugar de esta ráfaga de artículos, lecturas e intentos fallidos nocturnos de perfeccionar el curry de papas de Ramy, su primer año llegó a su fin.

Era costumbre que los alumnos de segundo año se fueran al extranjero durante el verano para realizar una inmersión lingüística. Ramy pasó junio y julio en Madrid aprendiendo español y estudiando los archivos omeyas. Letty se fue a Frankfurt, donde aparentemente no leyó más que filosofía alemana incomprensible, y Victoire a Estrasburgo, de donde regresó con opiniones insoportables sobre la comida y la buena mesa.*Robin esperaba tener la oportunidad de visitar Japón ese verano, pero lo enviaron al Anglo-Chinese College en Malaca para mantener su mandarín. El colegio, que estaba dirigido por misioneros protestantes, impuso una rutina agotadora de oraciones, lecturas de los clásicos y cursos de medicina, filosofía moral y lógica. Nunca tuvo la oportunidad de salir del recinto a Heeren Street, donde vivían los residentes chinos; en cambio, esas semanas fueron una corriente ininterrumpida de sol, arena e interminables reuniones de estudio bíblico entre los protestantes blancos.

Se alegró mucho cuando terminó el verano. Todos regresaron a Oxford oscurecidos por el sol y al menos una piedra más pesados cada uno por haber comido mejor que durante todo el trimestre. Aun así, ninguno de ellos habría extendido sus descansos si hubiera podido hacerlo. Se habían echado de menos, habían echado de menos Oxford con su lluvia y su espantosa comida, y habían echado de menos el rigor académico de Babel. Sus mentes, enriquecidas con nuevos sonidos y palabras, eran como músculos lisos esperando a ser

estirados.

Estaban listos para hacer magia.

Este año, finalmente se les permitió el acceso al departamento de trabajo de la plata. No se les permitiría hacer sus propios grabados hasta el cuarto año, pero este trimestre comenzarían un curso teórico preparatorio llamado Etimología, impartido, según supo Robin con cierta inquietud, por el profesor Lovell.

El primer día del trimestre, subieron al octavo piso para un seminario introductorio especial con el profesor Playfair.

'Bienvenido de nuevo.' Normalmente daba clases con un traje sencillo, pero hoy se había puesto una túnica de maestro negra con borlas que se agitaban dramáticamente alrededor de sus tobillos. 'La última vez que se te permitió estar en este piso, viste el alcance de la magia que creamos aquí. Hoy, desmantelaremos sus misterios. Toma asiento.

Se instalaron en sillas en las estaciones de trabajo más cercanas. Letty apartó una pila de libros sobre la suya para poder ver mejor, pero el profesor Playfair ladró de repente: 'No toques eso'.

Letty se estremeció. '¿Indulto?'

—Ese es el escritorio de Evie —dijo el profesor Playfair—. ¿No ves la placa?

De hecho, había una pequeña placa de bronce pegada al frente del escritorio. Estiraron el cuello para leerlo. Escritorio perteneciente a Eveline Brooke, decía. No tocar.

Letty recogió sus cosas, se puso de pie y se sentó junto a Ramy. —Lo siento —murmuró, con las mejillas escarlatas.

Se sentaron en silencio por un momento, sin saber qué hacer. Nunca habían visto al profesor Playfair tan molesto. Pero con la misma brusquedad, sus rasgos se reacomodaron de nuevo en su habitual calidez y, con un ligero salto, comenzó a sermonear como si nada hubiera pasado.

'El principio básico que subyace al trabajo de la plata es la intraducibilidad. Cuando decimos que una palabra o frase es intraducible, queremos decir que carece de un equivalente preciso en otro idioma. Incluso si su significado puede capturarse parcialmente en varias palabras u oraciones, todavía se pierde algo, algo que cae en brechas semánticas que, por supuesto, son creadas por diferencias culturales en la experiencia vivida. Tomemos el concepto chino dao, que a veces traducimos como “el camino”, “el camino” o “la forma en

que deberían ser las cosas". Sin embargo, ninguno de ellos resume verdaderamente el significado de dao, una pequeña palabra que requiere un tomo filosófico completo para explicar. ¿Está usted conmigo hasta ahora?'

Ellos asintieron. Esto no era más que la tesis que el profesor Playfair les había metido en la cabeza todo el último trimestre: que toda traducción implicaba algún grado de deformación y distorsión. Finalmente, parecía que iban a hacer algo con esta distorsión.

'Ninguna traducción puede transmitir perfectamente el significado del original. Pero, ¿qué es el significado? ¿El significado se refiere a algo que reemplaza las palabras que usamos para describir nuestro mundo? Creo que, intuitivamente, sí. De lo contrario, no tendríamos ninguna base para criticar una traducción como exacta o inexacta, no sin algún sentido indecible de lo que le faltaba. Humboldt,*por ejemplo, argumenta que las palabras están conectadas a los conceptos que describen por algo invisible, intangible: un reino místico de significado e ideas, que emana de una energía mental pura que solo toma forma cuando le atribuimos un significante imperfecto.

El profesor Playfair golpeó el escritorio frente a él, donde una serie de barras de plata, tanto en blanco como grabadas, se habían dispuesto en una fila ordenada. 'Ese reino puro de significado, sea lo que sea, dondequiera que exista, es el núcleo de nuestro oficio. Los principios básicos del trabajo de la plata son muy simples. Usted escribe una palabra o frase en un idioma en un lado y una palabra o frase correspondiente en un idioma diferente en el otro. Debido a que la traducción nunca puede ser perfecta, las distorsiones necesarias, los significados perdidos o distorsionados en el viaje, son captados y luego manifestados por la plata. Y eso, queridos estudiantes, es lo más cercano a la magia que cualquier cosa dentro del ámbito de las ciencias naturales. Los evaluó. '¿Sigues conmigo?'

Parecían más inseguros ahora.

—Creo, profesor —dijo Victoire—. 'Si nos das un ejemplo. . .'

'Por supuesto.' El profesor Playfair cogió la barra del extremo derecho. 'Hemos vendido bastantes copias de esta barra a los pescadores. El kárabos griego tiene varios significados diferentes que incluyen "barco", "cangrejo" o "escarabajo". ¿De dónde crees que vienen las asociaciones?

'¿Función?' aventuró Ramy. '¿Se usaban los botes para atrapar cangrejos?'

Buen intento, pero no.

—La forma —supuso Robin. Mientras hablaba tenía más sentido. Piensa en una galera con filas de remos. Se verían como pequeñas piernas que se escabullen, ¿no? Espera, scuttle, sculler. . .'

Se está dejando llevar, señor Swift. Pero estás en el camino correcto. Concéntrate en kárabos por ahora. De kárabos nos llega la carabela, que es un barco rápido y ligero. Ambas palabras significan "barco", pero solo kárabos conserva las asociaciones de criaturas marinas en el griego original. ¿Me estás siguiendo?

Ellos asintieron.

Golpeó los extremos de la barra, donde estaban escritas en lados opuestos las palabras kárabos y carabela. 'Pon esto a un barco de pesca y verás que rinde mejor que cualquiera de sus embarcaciones hermanas. Estas barras fueron bastante populares en el siglo pasado, hasta que el uso excesivo significó que los rendimientos de pesca cayeron a lo que eran antes. Las barras pueden distorsionar la realidad hasta cierto punto, pero no pueden materializar nuevos peces. Necesitarías una palabra mejor para eso. ¿Todo esto empieza a tener sentido?

Asintieron de nuevo.

'Ahora, este es uno de nuestros bares más replicados. Los encontrará en los maletines de los médicos por toda Inglaterra. Levantó la segunda barra a la derecha. 'Triacle y melaza.'

Robin se tambaleó hacia atrás, sobresaltado. Era la barra, o una copia de la barra, que el profesor Lovell había usado para salvarlo en Canton. La primera plata encantada que jamás había tocado.

"Se usa con mayor frecuencia para crear un remedio casero azucarado que actúa como antídoto para la mayoría de los tipos de veneno. Un ingenioso descubrimiento de una estudiante llamada Evie Brooke, sí, esa Evie, que se dio cuenta de que la palabra melaza se registró por primera vez en el siglo XVII en relación con el uso intensivo de azúcar para disfrazar el mal sabor de la medicina. Luego lo rastreó hasta el francés antiguo triacle, que significa "antídoto" o "cura de la mordedura de serpiente", luego el latín theriaca y, finalmente, el griego theriake, ambos significan "antídoto".'

'Pero el emparejamiento es solo entre inglés y francés', dijo Victoire. 'Cómo-'

—Conexión en cadena —dijo el profesor Playfair—. Dio la vuelta a la barra para mostrarles el latín y el griego grabados a lo largo de los lados. "Es una técnica que invoca etimologías más antiguas como guías, pastoreando el significado a lo largo de kilómetros y siglos.

También puede pensar en ello como apuestas adicionales para una tienda de campaña. Mantiene todo estable y nos ayuda a identificar con precisión la distorsión que estamos tratando de capturar. Pero esa es una técnica bastante avanzada, no te preocupes por eso por ahora.'

Levantó la tercera barra a la derecha. Esto es algo que se me ocurrió recientemente por encargo del duque de Wellington. Lo dijo con evidente orgullo. 'La palabra griega idiótes puede significar un tonto, como lo insinúa nuestro idiota. Pero también lleva la definición de alguien que es privado, no comprometido con los asuntos mundanos: su idiotez se deriva no de la falta de facultades naturales, sino de la ignorancia y la falta de educación. Cuando traducimos idiótes por idiota, tiene el efecto de quitar conocimiento. Esta barra, entonces, puede hacerte olvidar, de manera bastante abrupta, cosas que creías haber aprendido. Muy agradable cuando intentas que los espías enemigos olviden lo que han visto.*

El profesor Playfair bajó la barra. Así que ahí está. Todo es bastante fácil una vez que has comprendido el principio básico. Capturamos lo que se pierde en la traducción, porque siempre hay algo que se pierde en la traducción, y la barra lo manifiesta. ¿Suficientemente simple?'

—Pero eso es absurdamente poderoso —dijo Letty. Podrías hacer cualquier cosa con esos barrotes. Podrías ser Dios...

—No del todo, señorita Price. Estamos restringidos por la evolución natural de las lenguas. Incluso las palabras que difieren en significado todavía tienen una relación bastante estrecha entre sí. Esto limita la magnitud del cambio que pueden efectuar las barras. Por ejemplo, no puedes usarlos para traer de vuelta a los muertos, porque no hemos encontrado un buen par en un idioma donde la vida y la muerte no se opongan entre sí. Además de eso, hay otra limitación bastante severa para las barras: una que evita que todos los campesinos de Inglaterra corran por ahí empuñándolas como talismanes. ¿Alguien puede adivinar qué es?

Victoria levantó la mano. 'Necesitas un hablante fluido.'

—Muy bien —dijo el profesor Playfair—. Las palabras no tienen significado a menos que haya alguien presente que pueda entenderlas. Y no puede ser un nivel superficial de comprensión: no puede simplemente decirle a un agricultor qué significa triacle en francés y esperar que la barra funcione. Debe poder pensar en un idioma, vivirlo y respirarlo, no solo reconocerlo como un puñado de letras en una página. Esta es también la razón por la cual los lenguajes

inventados*nunca funcionará, y por qué los idiomas antiguos como el inglés antiguo han perdido su efecto. El inglés antiguo sería el sueño de un trabajador de la plata: tenemos diccionarios tan extensos y podemos rastrear la etimología con bastante claridad, por lo que las barras serían maravillosamente exactas. Pero nadie piensa en inglés antiguo. Nadie vive y respira en inglés antiguo. Es en parte por esta razón que la educación clásica en Oxford es tan rigurosa. La fluidez en latín y griego todavía es obligatoria para muchos títulos, aunque los reformadores han estado presionando durante años para que eliminemos esos requisitos. Pero si alguna vez lo hiciéramos, la mitad de los lingotes de plata de Oxford dejarían de funcionar.

"Por eso estamos aquí", dijo Ramy. Ya lo hablamos con fluidez.

—Es por eso que está aquí —asintió el profesor Playfair—. Los chicos de Psamético. ¿Maravilloso, no, tener tal poder en virtud de tu nacimiento extranjero? Soy bastante bueno con los nuevos idiomas, pero me llevaría años invocar el urdu de la forma en que puedes sin dudarlo.'

'¿Cómo funcionan las barras si debe estar presente un hablante fluido?' preguntó Victoria. ¿No deberían perder su efecto en cuanto el traductor abandona la habitación?

Muy buena pregunta. El profesor Playfair levantó la primera y la segunda barra. Colocadas una al lado de la otra, la segunda barra era claramente un poco más larga que la primera. Ahora ha planteado el tema de la resistencia. Varias cosas afectan la duración del efecto de una barra. Primero está la concentración y la cantidad de plata. Ambas barras tienen más del noventa por ciento de plata, el resto es una aleación de cobre, que se usa a menudo en monedas, pero la barra del triáculo es aproximadamente un veinte por ciento más grande, lo que significa que durará unos meses más, dependiendo de la frecuencia y intensidad de uso.'

Bajó las barras. “Muchos de los bares más baratos que ves en Londres no duran tanto. Muy pocos de ellos son realmente plateados hasta el final. Más a menudo, son solo una fina capa de plata sobre madera o algún otro metal barato. Se agotan en cuestión de semanas, después de lo cual hay que retocarlos, como decimos nosotros.

'¿Por una cuota?' preguntó Robin.

El profesor Playfair asintió, sonriendo. 'Algo tiene que pagar por sus estipendios.'

—¿Así que eso es todo lo que se necesita para mantener un bar? preguntó Lety. —¿Simplemente hacer que un traductor pronuncie las

palabras en el emparejamiento?

"Es un poco más complicado que eso", dijo el profesor Playfair. A veces hay que volver a inscribir los grabados, o hay que reajustar las barras...

'Pero, ¿cuánto cobras por esos servicios?' presionó Letty. He oído que una docena de chelines. ¿Realmente vale tanto la pena realizar un pequeño retoque?

La sonrisa del profesor Playfair se ensanchó. Parecía más bien un niño al que hubieran pillado metiendo el pulgar en un pastel. 'Vale la pena realizar lo que el público en general considera magia, ¿no es así?'

'¿Entonces el gasto es completamente inventado?' preguntó Robin.

Esto salió más bruscamente de lo que había pretendido. Pero entonces estaba pensando en la peste colérica que había asolado Londres; de cómo la Sra. Piper explicó que los pobres simplemente no podían ser ayudados, porque el trabajo en plata era terriblemente costoso.

'Oh sí.' El profesor Playfair parecía encontrar todo esto muy divertido. Guardamos los secretos y podemos establecer las condiciones que queramos. Esa es la belleza de ser más inteligente que los demás. Ahora, una última cosa antes de concluir. Cogió una reluciente barra en blanco del otro extremo de la mesa. Debo emitir una advertencia. Hay un par de coincidencias que nunca debes intentar. ¿Alguien puede adivinar qué es eso?

—El bien y el mal —dijo Letty.

'Buena suposición, pero no.'

—Los nombres de Dios —dijo Ramy.

Confiamos en que no seas tan estúpido. No, este es más complicado.

Nadie más tenía la respuesta.

—Es traducción —dijo el profesor Playfair. 'Simplemente, las palabras para la traducción en sí.'

Mientras hablaba, grabó rápidamente una palabra en un lado de la barra y luego les mostró lo que había escrito: Traducir.

'El verbo traducir tiene connotaciones ligeramente diferentes en cada idioma. Las palabras en inglés, español y francés, traducir, traducir y traduire, provienen del latín translat, que significa "llevar a través". Pero obtenemos algo diferente una vez que dejamos atrás las lenguas romances. Comenzó a inscribir un nuevo conjunto de letras en el otro lado. 'El chino fānyì, por ejemplo, connota dar vuelta o voltear algo, mientras que el segundo carácter yì viene con una connotación

de cambio e intercambio. En árabe, tarjama puede referirse tanto a la biografía como a la traducción. En sánscrito, la palabra traducida es anuvad, que también significa “decir o repetir una y otra vez”. La diferencia aquí es temporal, más que la metáfora espacial del latín. En igbo, las dos palabras para traducir, tapia y kowa, implican narración, deconstrucción y reconstrucción. un desmoronamiento que hace posible un cambio de forma. Etcétera. Las diferencias y sus implicaciones son infinitas. Como tal, no hay idiomas en los que la traducción signifique exactamente lo mismo.'

Les mostró lo que había escrito en el otro lado. Italiano – tradurre. Lo puso sobre la mesa.

'Traduce', dijo. Tradurre.

En el momento en que levantó la mano de la barra, comenzó a temblar.

Asombrados, vieron como la barra temblaba con mayor y mayor violencia. Fue horrible de presenciar. La barra parecía haber cobrado vida, como poseída por algún espíritu que intentaba desesperadamente liberarse, o al menos dividirse. No hizo más sonido que un feroz golpeteo contra la mesa, pero Robin escuchó en su mente un grito torturado que lo acompañaba.

"La combinación de traducción crea una paradoja", dijo el profesor Playfair con calma cuando la barra comenzó a temblar tan fuerte que saltó pulgadas de la mesa en su agonía. "Intenta crear una traducción más pura, algo que se alineará con las metáforas asociadas con cada palabra, pero esto es, por supuesto, imposible, porque no es posible una traducción perfecta".

Se formaron grietas en la barra, finas venas que se ramificaron, partieron y ensancharon.

'La manifestación no tiene adónde ir excepto al propio bar. Entonces crea un ciclo continuo hasta que, por fin, la barra se rompe. Y . . . esto pasa.'

La barra saltó por los aires y se hizo añicos en cientos de diminutos fragmentos que se esparcieron por las mesas, las sillas y el suelo. La cohorte de Robin retrocedió, estremeciéndose. El profesor Playfair no pestañeó. 'No lo intentes. Ni siquiera por curiosidad. Esta plata —pateó uno de los fragmentos caídos— no se puede reutilizar. Incluso si se derrite y se vuelve a forjar, cualquier barra hecha con incluso una onza será impotente. Peor aún, el efecto es contagioso. Activas la barra cuando está en una pila de plata y se propaga a todo lo que está en contacto. Manera fácil de desperdiciar un par de

docenas de libras si no tienes cuidado. Volvió a colocar la pluma de grabado en la mesa de trabajo. '¿Está esto entendido?'

Ellos asintieron.

'Bueno. Nunca olvides esto. La viabilidad última de la traducción es una pregunta filosófica fascinante: después de todo, es lo que se encuentra en el corazón de la historia de Babel. Pero tales preguntas teóricas es mejor dejarlas para el salón de clases. No para experimentos que podrían derribar el edificio.

—Anthony tenía razón —dijo Victoire—. '¿Por qué alguien se molestaría con el Departamento de Literatura cuando hay platería?'

Se sentaron alrededor de su mesa habitual en el Buttery, sintiéndose bastante mareados por el poder. Habían estado repitiendo los mismos sentimientos sobre el trabajo de la plata desde que terminaron las clases, pero no importaba; todo se sentía tan novedoso, tan increíble. El mundo entero había parecido diferente cuando salieron de la torre. Habían entrado en la casa del mago, lo habían visto mezclar sus pociones y lanzar sus hechizos, y ahora nada los satisfaría hasta que lo intentaran ellos mismos.

'¿Escuché mi nombre?' Anthony se deslizó en el asiento frente a Robin. Miró a su alrededor a los rostros, luego sonrió con complicidad. 'Oh, recuerdo esta mirada. ¿Playfair te hizo su demostración hoy?

'¿Eso es lo que haces todo el día?' Victoire le preguntó emocionada. ¿Jugar con los pares de fósforos?

—Bastante cerca —dijo Anthony—. “Se trata de mucho más hojear diccionarios etimológicos que retoques per se, pero una vez que te has apoderado de algo que podría funcionar, las cosas se vuelven realmente divertidas. En este momento estoy jugando con un par que creo que podría ser útil en las panaderías. Harina y flor.

'¿No son esas palabras completamente diferentes?' preguntó Lety.

—Cualquiera pensaría —dijo Anthony—. “Pero si regresas al original anglo-francés del siglo XIII, encontrarás que originalmente eran la misma palabra: flor simplemente se refería a la parte más fina de la harina de grano. Con el tiempo, la flor y la harina se separaron para representar diferentes objetos. Pero si esta barra funciona bien, entonces debería poder instalarla en máquinas de molienda para refinar la harina con más eficiencia.' Él suspiró. No estoy seguro de que funcione. Pero espero toda una vida de bollos gratis de Vaults si lo hace.

'¿Recibe regalías?' preguntó Victoria. —¿Cada vez que hacen una

copia de tus barras, quiero decir?

'Oh, no. Obtengo una suma modesta, pero todas las ganancias van a parar a la torre. Sin embargo, agregan mi nombre al libro mayor de emparejamientos. Tengo seis allí hasta ahora. Y solo hay alrededor de mil doscientos pares de coincidencias activos actualmente en uso en todo el Imperio, por lo que es el laurel académico más alto que puede reclamar. Mejor que publicar un artículo en cualquier otro lugar.

—Espera —dijo Ramy. ¿No es bastante bajo mil doscientos? Quiero decir, los pares de fósforos se han usado desde el Imperio Romano, entonces, ¿cómo…?

'¿Cómo es que no hemos cubierto el país de plata expresando todos los pares de fósforos posibles?'

—Correcto —dijo Ramy. 'O al menos, llegar a más de mil doscientos.'

—Bueno, piénsalo —dijo Anthony. El problema debería ser obvio. Los idiomas se afectan unos a otros; se inyectan un nuevo significado entre sí y, como el agua que sale de una presa, cuanto más porosas son las barreras, más débil es la fuerza. La mayoría de los lingotes de plata que alimentan Londres son traducciones del latín, francés y alemán. Pero esas barras están perdiendo su eficacia. A medida que el flujo lingüístico se extiende por los continentes, a medida que palabras como saltear y gratinar se convierten en una parte estándar del léxico inglés, la distorsión semántica pierde su potencia.

"El profesor Lovell me dijo algo similar", dijo Robin, recordando. Está convencido de que las lenguas romances rendirán menos a medida que pase el tiempo.

—Tiene razón —dijo Anthony—. Mucho se ha traducido de otros idiomas europeos al inglés y viceversa en este siglo. Parecemos incapaces de dejar nuestra adicción a los alemanes y sus filósofos, oa los italianos y sus poetas. Entonces, Lenguas Romances es realmente la rama más amenazada de la facultad, por mucho que les gustaría pretender que son los dueños del edificio. Los clásicos también se están volviendo menos prometedores. El latín y el griego se mantendrán un poco, ya que la fluidez en cualquiera de los dos sigue siendo competencia de las élites, pero el latín, al menos, se está volviendo más coloquial de lo que piensas. En algún lugar del octavo piso hay un posdoctorado trabajando en una reposición de Manx y Cornish, pero nadie cree que vaya a tener éxito. Lo mismo con el gaélico, pero no se lo digas a Cathy. Es por eso que ustedes tres son tan valiosos. Anthony los señaló a todos por turno excepto a Letty.

'¿Qué hay de mí?' Letty dijo indignada.

'Bueno, estás bien por un momento, pero solo porque Gran Bretaña desarrolló su sentido de identidad nacional en oposición a los franceses. Los franceses son paganos supersticiosos; somos protestantes. Los franceses usan zapatos de madera, así que usamos cuero. Resistiremos la incursión francesa en nuestro idioma todavía. Pero en realidad son las colonias y las semicolonias: Robin y China, Ramy e India; Chicos, sois territorio desconocido. Eres la cosa por la que todo el mundo se pelea.

—Lo dices como si fuera un recurso —dijo Ramy.

'Bueno, ciertamente. El idioma es un recurso como el oro y la plata. La gente ha luchado y muerto por esas Grammaticas.

—Pero eso es absurdo —dijo Letty. 'El lenguaje son solo palabras, solo pensamientos, no se puede restringir el uso de un idioma'.

'¿No puedes?' preguntó Antonio. '¿Sabes que el castigo oficial en China por enseñar mandarín a un extranjero es la muerte?'

Letty se volvió hacia Robin. '¿Es eso cierto?'

—Creo que lo es —dijo Robin. El profesor Chakravarti me dijo lo mismo. El gobierno de Qing está... está asustado. Tienen miedo del exterior.

'¿Verás?' preguntó Antonio. 'Los idiomas no están hechos sólo de palabras. Son modos de mirar el mundo. Son las llaves de la civilización. Y ese es un conocimiento por el que vale la pena matar.

Las palabras cuentan historias. Así fue como el profesor Lovell abrió su primera clase esa tarde, celebrada en una habitación vacía y sin ventanas en el quinto piso de la torre. “Específicamente, la historia de esas palabras, cómo comenzaron a usarse y cómo sus significados se transformaron en lo que significan hoy, nos dice tanto sobre un pueblo, si no más, que cualquier otro tipo de artefacto histórico. Tomemos la palabra bribón. ¿De dónde crees que viene?

Jugando a las cartas, ¿verdad? Tienes a tu rey, reina. . .' Letty se sobresaltó, luego se interrumpió cuando se dio cuenta de que la discusión era circular. 'Oh no importa.'

El profesor Lovell negó con la cabeza. 'El inglés antiguo cnafa se refiere a un niño sirviente, o sirviente joven. Confirmamos esto con su cognado alemán Knabe, que es un término antiguo para chico. Entonces, los escuderos eran originalmente muchachos jóvenes que atendían a los caballeros. Pero cuando la institución de la caballería se derrumbó a fines del siglo XVI, y cuando los señores se dieron cuenta

de que podían contratar ejércitos más baratos y mejores profesionales, cientos de bribones se encontraron sin empleo. Así que hicieron lo que haría cualquier joven con mala suerte: se juntaron con salteadores de caminos y ladrones y se convirtieron en los sinvergüenzas de los bajos fondos que ahora etiquetamos como bribones. Así que la historia de la palabra no describe sólo un cambio en el lenguaje, sino un cambio en todo un orden social.'

El profesor Lovell no era un conferenciante apasionado ni un intérprete natural. Parecía incómodo ante una audiencia; sus movimientos eran forzados y bruscos, y hablaba de una manera seca, sombría y directa. Aun así, cada palabra que salió de su boca fue perfectamente sincronizada, bien considerada y fascinante.

En los días previos a esta conferencia, Robin temía tomar una clase con su tutor. Pero resultó no ser incómodo ni vergonzoso. El profesor Lovell lo trató como lo había hecho frente a la compañía en Hampstead: distante, formal, sus ojos revoloteando siempre sobre el rostro de Robin sin detenerse, como si el espacio donde existía no pudiera ser visto.

"Obtenemos la etimología de la palabra del griego étymon", continuó el profesor Lovell. 'El verdadero sentido de una palabra, de étumos, el 'verdadero o actual'. Entonces, podemos pensar en la etimología como un ejercicio para rastrear cuánto se ha desviado una palabra de sus raíces. Porque recorren distancias maravillosas, tanto literal como metafóricamente. De repente miró a Robin. '¿Cuál es la palabra para una gran tormenta en mandarín?'

Robin dio un respingo. 'Ah, ¿fengbào?'*

'No, dame algo más grande.'

'*¿Taifeng?*'*

'Bueno.' El profesor Lovell señaló a Victoire. '¿Y qué patrones climáticos están siempre a la deriva en el Caribe?'

—Tifones —dijo, y luego parpadeó. ¿Taifeng? ¿Tifón? Cómo-'

"Comenzamos con greco-latín", dijo el profesor Lovell. Typhon era un monstruo, uno de los hijos de Gaia y Tartarus, una criatura devastadora con cien cabezas serpentinas. En algún momento se asoció con vientos violentos, porque más tarde los árabes comenzaron a usar tūfān para describir tormentas violentas y ventosas. Del árabe saltó al portugués, que llegó a China en los barcos de los exploradores.

—Pero táifēng no es solo una palabra prestada —dijo Robin—. 'Significa algo en chino: tái es genial y fēng es viento...'

—¿Y no crees que los chinos podrían haber inventado una

transliteración que tuviera su propio significado? preguntó el profesor Lovell. 'Esto sucede todo el tiempo. Los calcos fonológicos suelen ser también calcos semánticos. Las palabras se extendieron. Y puedes rastrear puntos de contacto de la historia humana a partir de palabras que tienen pronunciaciones asombrosamente similares. Los lenguajes son solo conjuntos cambiantes de símbolos: lo suficientemente estables para hacer posible el discurso mutuo, pero lo suficientemente fluidos para reflejar las dinámicas sociales cambiantes. Cuando invocamos palabras en plata, recordamos esa historia cambiante.

Letty levantó la mano. Tengo una pregunta sobre el método.

'Seguir.'

—La investigación histórica está muy bien —dijo Letty. 'Todo lo que tienes que hacer es mirar artefactos, documentos y cosas por el estilo. Pero, ¿cómo se investiga la historia de las palabras? ¿Cómo determinas la distancia que han viajado?

El profesor Lovell pareció muy complacido con esta pregunta. "Leyendo", dijo. No hay otra forma de evitarlo. Recopila todas las fuentes que puede tener en sus manos y luego se sienta a resolver acertijos. Busca patrones e irregularidades. Sabemos, por ejemplo, que la m latina final no se pronunciaba en la época clásica, porque las inscripciones de Pompeya están mal escritas y omite la m. Así es como determinamos los cambios de sonido. Una vez que hacemos eso, podemos predecir cómo deberían haber evolucionado las palabras, y si no coinciden con nuestras predicciones, entonces quizás nuestra hipótesis sobre los orígenes vinculados sea incorrecta. La etimología es un trabajo de detective a lo largo de los siglos, y es un trabajo endiabladamente duro, como encontrar una aguja en un pajar. Pero nuestras agujas en particular, diría yo, bien valen la pena buscarlas.

Ese año, usando el inglés como ejemplo, comenzaron la tarea de estudiar cómo los idiomas crecían, cambiaban, se transformaban, multiplicaban, divergían y convergían. Estudiaron los cambios de sonido; por qué la rodilla inglesa tenía una k muda que se pronunciaba en la contraparte alemana; por qué las consonantes oclusivas del latín, griego y sánscrito tenían una correspondencia tan regular con las consonantes de las lenguas germánicas. Leen a Bopp, Grimm y Rask traducidos; leyeron las Etymologiae de Isidoro. Estudiaron los cambios semánticos, el cambio sintáctico, la divergencia dialéctica y los préstamos, así como los métodos de reconstrucción que se pueden usar para reconstruir las relaciones

entre idiomas que a primera vista parecían no tener nada que ver entre sí. Cavaron a través de los idiomas como si fueran minas, en busca de valiosas vetas de herencia común y significado distorsionado.

Cambió la forma en que hablaban. Constantemente se apagaban en medio de las oraciones. Ni siquiera podían pronunciar frases y aforismos comunes sin detenerse a preguntarse de dónde venían esas palabras. Tales interrogatorios se infiltraron en todas sus conversaciones, se convirtieron en la forma predeterminada en que se daban sentido el uno al otro y todo lo demás.*Ya no podían mirar el mundo y no ver historias, historias, capas por todas partes como sedimentos de siglos.

Y las influencias en el inglés fueron mucho más profundas y diversas de lo que pensaban. Chit proviene del marathi chitti, que significa 'letra' o 'nota'. El café había llegado al inglés a través del holandés (koffie), el turco (kahveh) y originalmente el árabe (qahwah). Los gatos atigrados recibieron su nombre de una seda rayada que a su vez recibió el nombre de su lugar de origen: un barrio de Bagdad llamado al-'Attābiyya. Incluso las palabras básicas para la ropa vinieron de alguna parte. El damasco procedía de telas hechas en Damasco; guinga proviene de la palabra malaya genggang, que significa 'rayado'; calico se refería a Calicut en Kerala, y tafetán, les dijo Ramy, tenía sus raíces en la palabra persa tafte, que significa "una tela brillante". Pero no todas las palabras inglesas tenían sus raíces en orígenes tan lejanos o nobles. Lo curioso de la etimología, pronto lo aprendieron, era que cualquier cosa podía influir en un lenguaje, desde los hábitos de consumo de los ricos y mundanos hasta las llamadas declaraciones vulgares de los pobres y desdichados. Los vulgares cantos, los supuestos lenguajes secretos de los ladrones, vagabundos y extranjeros, habían aportado palabras tan comunes como bilk, botín y chuchería.

El inglés no solo tomó prestadas palabras de otros idiomas; estaba repleto hasta el borde de influencias extranjeras, una lengua vernácula de Frankenstein. Y a Robin le pareció increíble cómo este país, cuyos ciudadanos se enorgullecían tanto de ser mejores que el resto del mundo, no podía sobrevivir a un té de la tarde sin bienes prestados.

Además de la etimología, cada uno asumió un idioma adicional ese año. El objetivo no era lograr fluidez en este idioma, sino, a través del proceso de su adquisición, profundizar su comprensión de sus idiomas de enfoque. Letty y Ramy comenzaron a estudiar protoindoeuropeo

con el profesor De Vreese. Victoire propuso una serie de idiomas de África occidental que esperaba aprender al consejo asesor, pero fue rechazada con el argumento de que Babel no poseía recursos suficientes para una instrucción adecuada en ninguno de ellos. Terminó estudiando español (el contacto español era relevante para la frontera haitiano-dominicana, argumentó el profesor Playfair), pero no estaba muy contenta con eso.

Robin tomó sánscrito con el profesor Chakravarti, quien comenzó su primera lección regañando a Robin por no tener conocimiento del idioma para empezar. 'Deberían enseñar sánscrito a los eruditos chinos desde el principio. El sánscrito llegó a China a través de los textos budistas, y esto provocó una verdadera explosión de innovación lingüística, ya que el budismo introdujo docenas de conceptos para los que los chinos no tenían palabras fáciles. Nun, o bhiksunī en sánscrito, se convirtió en ni.*Nirvana se convirtió en nièpán.*Los conceptos chinos centrales como el infierno, la conciencia y la calamidad provienen del sánscrito. No se puede comenzar a comprender el chino hoy en día sin comprender también el budismo, lo que significa comprender el sánscrito. Es como tratar de entender la multiplicación antes de saber dibujar números.'

Robin pensó que era un poco injusto acusarlo de aprender mal un idioma que hablaba desde que nació, pero le siguió el juego. Entonces, ¿por dónde empezamos?

—El alfabeto —dijo alegremente el profesor Chakravarti—. 'Volver a los bloques de construcción básicos. Saca tu bolígrafo y traza estas letras hasta que hayas desarrollado una memoria muscular para ellas. Calculo que te llevará alrededor de media hora. Seguir.'

Latín, teoría de la traducción, etimología, idiomas de enfoque y un nuevo idioma de investigación: era una carga de clase absurdamente pesada, especialmente cuando cada profesor asignaba el trabajo del curso como si ninguno de los otros cursos existiera. La facultad fue completamente antipática. —Los alemanes tienen esta hermosa palabra, Sitzfleisch —dijo amablemente el profesor Playfair cuando Ramy protestó porque tenían más de cuarenta horas de lectura a la semana—. 'Traducido literalmente, significa 'carne sentada'. Lo que significa que a veces simplemente necesitas sentarte sobre tu trasero y hacer las cosas.'

Aun así, encontraron sus momentos de alegría. Oxford ahora había comenzado a sentirse como una especie de hogar, y se labraron sus

propios bolsillos en él, espacios donde no solo fueron tolerados sino en los que prosperaron. Habían aprendido qué cafeterías les servirían sin problemas y cuáles fingirían que Ramy no existía o se quejarían de que estaba demasiado sucio para sentarse en sus sillas. Aprendieron qué pubs podían frecuentar después del anochecer sin acoso. Se sentaron en la audiencia de la United Debating Society y se dieron puntos tratando de contener la risa mientras niños como Colin Thornhill y Elton Pendennis gritaban sobre justicia, libertad e igualdad hasta que sus rostros se sonrojaban.

Robin empezó a remar ante la insistencia de Anthony. 'No es bueno que te quedes encerrado en la biblioteca todo el tiempo', le dijo. 'Uno necesita estirar los músculos para que el cerebro funcione correctamente. Haz que la sangre fluya. Pruébalo, te irá bien.

Dio la casualidad de que lo adoraba. Encontró un gran placer en el movimiento rítmico y tenso de tirar de un solo remo contra el agua una y otra vez. Sus brazos se hicieron más fuertes; sus piernas, de alguna manera, se sentían más largas. Poco a poco fue perdiendo su encorvada caña y adquirió una mirada llena, que le producía una profunda satisfacción cada mañana cuando se miraba en el espejo. Comenzó a esperar las mañanas frías en el Isis, cuando el resto de la ciudad aún no se había despertado, cuando el único sonido que podía escuchar en kilómetros a la redonda era el trinar de los pájaros y el chapoteo agradable de las palas hundiéndose en el agua.

Las chicas intentaron, pero fallaron, colarse en el club náutico. No eran lo bastante altos para remar, y la timonel implicaba demasiados gritos para que fingieran que eran hombres. Pero semanas más tarde, Robin comenzó a escuchar rumores de dos incorporaciones viciosas al equipo de esgrima de la Universidad, aunque Victoire y Letty al principio afirmaron ser inocentes durante el interrogatorio.

—La atracción es la agresión —confesó finalmente Victoire—. 'Es tan divertido de ver. Estos muchachos siempre salen tan fuertes al frente y pierden de vista la estrategia.

Lety estuvo de acuerdo. 'Entonces es una simple cuestión de mantener la cabeza y pincharlos donde no están protegidos. Eso es todo lo que se necesita.'

En el invierno, Isis se congeló y fueron a patinar, lo que ninguno de ellos, excepto Letty, había hecho antes. Se ataron las botas lo más fuerte que pudieron ('Más fuerte', dijo Letty, 'no pueden tambalearse, de lo contrario te romperás los tobillos') y se tambalearon sobre el hielo, agarrándose el uno al otro para mantener el equilibrio mientras

avanzaban tambaleándose. , aunque por lo general esto solo significaba que todos caían cuando uno caía. Luego, Ramy se dio cuenta de que si se inclinaba hacia adelante y doblaba las rodillas, podía conducirse cada vez más rápido, y al tercer día estaba patinando en círculos alrededor del resto, incluso de Letty, que fingió estar molesta cuando patinó en su camino pero que no podía. No dejes de reír a pesar de todo.

Ahora había una cualidad sólida y duradera en su amistad. Ya no eran los primeros años deslumbrados y asustados, aferrándose el uno al otro por estabilidad. En cambio, eran veteranos cansados unidos por sus pruebas, soldados endurecidos que podían apoyarse unos contra otros para cualquier cosa. La meticulosa Letty, a pesar de sus quejas, siempre marcaba una traducción, sin importar cuán tarde en la noche o temprano en la mañana. Victoire era como una bóveda; ella escucharía cualquier cantidad de quejas y quejas sin dejar escapar los temas de las mismas. Y Robin podía llamar a la puerta de Ramy en cualquier momento, de día o de noche, si necesitaba una taza de té, algo de qué reírse o alguien con quien llorar.

Cuando la nueva cohorte —sin chicas y cuatro chicos con cara de bebé— apareció en Babel ese otoño, apenas les prestaron atención. Se habían vuelto, sin tener la intención consciente de hacerlo, como los estudiantes de último año que tanto habían envidiado durante su primer período. Resultó que lo que habían percibido como esnobismo y altanería era solo agotamiento. Los estudiantes mayores no tenían intención de intimidar a los nuevos. Simplemente no tenían tiempo.

Se convirtieron en lo que habían aspirado a ser desde su primer año: distantes, brillantes y fatigados hasta los huesos. Eran miserables. Dormían y comían demasiado poco, leían demasiado y se desconectaban por completo de los asuntos ajenos a Oxford o Babel. Ignoraron la vida del mundo; vivían sólo la vida de la mente. Ellos lo adoraron.

Y Robin, a pesar de todo, esperaba que el día que Griffin profetizó nunca llegaría, que podría vivir colgando de este equilibrio para siempre. Porque nunca había sido más feliz de lo que era ahora: estirado, demasiado preocupado con lo siguiente que tenía por delante para prestar atención a cómo encajaba todo.

A fines de Michaelmas, un químico francés llamado Louis-Jacques-Mandé Daguerre llegó a Babel con un objeto curioso a cuestas. Era una cámara oscura heliográfica, anunció, y podría ser capaz de

replicar imágenes fijas utilizando placas de cobre expuestas y compuestos sensibles a la luz, aunque no pudo entender bien la mecánica. ¿Podrían los Babblers echar un vistazo y ver si podrían mejorarlo de alguna manera?

El problema de la cámara de Daguerre se convirtió en la comidilla de la torre. La facultad lo convirtió en una competencia: cualquier estudiante autorizado para trabajar en plata que pudiera resolver el problema de Daguerre tenía derecho a tener su nombre en su patente y un porcentaje de las riquezas que seguramente seguirían. Durante dos semanas, el octavo piso se llenó de frenesí silencioso mientras los estudiantes de cuarto año y de posgrado hojeaban los diccionarios etimológicos, tratando de encontrar un conjunto de palabras que consiguieran el nexo correcto de significado que involucraba luz, color, imagen e imitación.

Fue Anthony Ribben quien finalmente lo descifró. De acuerdo con los términos contractuales con Daguerre, la pareja real patentada se mantuvo en secreto, pero se rumoreaba que Anthony había hecho algo con el latín imago, que además de significar 'una semejanza' o 'imitación' también implicaba un fantasma o fantasma. Otros rumores sostenían que Anthony había encontrado alguna forma de disolver la barra de plata para crear vapores de mercurio calentado. Fuera lo que fuera, Anthony no podía decirlo, pero le pagaron generosamente por sus esfuerzos.

La cámara funcionó. Mágicamente, la imagen exacta de un sujeto capturado podría reproducirse en una hoja de papel en un tiempo maravillosamente pequeño. El dispositivo de Daguerre, el daguerrotipo, lo llamaban, se convirtió en una sensación local. Todos querían que les tomaran una foto. Daguerre y la facultad de Babel organizaron una exhibición de tres días en el vestíbulo de la torre, y los ansiosos miembros del público formaron filas que envolvieron la calle.

Robin estaba nerviosa por la traducción al sánscrito que vencía al día siguiente, pero Letty insistió en que todos se hicieran un retrato. ¿No quieres un recuerdo nuestro? ella preguntó. '¿Conservado en este momento en el tiempo?'

Robin se encogió de hombros. 'Realmente no.'

'Bueno, yo sí,' dijo obstinadamente. 'Quiero recordar exactamente cómo éramos ahora, en este año, en 1837. No quiero olvidarlo nunca'.

Se ensamblaron ante la cámara. Letty y Victoire se sentaron en sillas, con las manos rígidamente cruzadas sobre el regazo. Robin y

Ramy estaban detrás de ellos, sin saber qué hacer con sus manos. ¿Deberían colocarlos sobre los hombros de las niñas? ¿En las sillas?

'Los brazos a los costados', dijo el fotógrafo. Quédate quieto lo mejor que puedas. No, primero, acércate un poco más, ahí tienes.

Robin sonrió, se dio cuenta de que no podía mantener la boca abierta durante tanto tiempo y la dejó caer rápidamente.

Al día siguiente, recuperaron su retrato terminado de un empleado en el vestíbulo.

—Por favor —dijo Victoria. Eso no se parece en nada a nosotros.

Pero Letty estaba encantada; ella insistió en que fueran a comprar un marco. Lo colgaré sobre la repisa de la chimenea, ¿qué te parece?

—Preferiría que tiraras eso —dijo Ramy. Es desconcertante.

—No lo es —dijo Letty—. Parecía hechizada mientras observaba la huella, como si hubiera visto magia real. 'Somos nosotros. Congelado en el tiempo, capturado en un momento que nunca recuperaremos mientras vivamos. Es maravilloso.'

A Robin también le pareció extraña la fotografía, aunque no lo dijo en voz alta. Todas sus expresiones eran artificiales, máscaras de leve incomodidad. La cámara había distorsionado y aplastado el espíritu que los unía, y la calidez invisible y la camaradería entre ellos parecían ahora una cercanía forzada y forzada. La fotografía, pensó, también era una especie de traducción, y todos habían resultado más pobres por ello.

Violetas echadas en crisoles, en efecto.

Capítulo diez

Para preservar los principios de sus alumnos, los confinan a las seguras y elegantes imbecilidades del saber clásico. Un auténtico tutor de Oxford se estremecería al oír a sus jóvenes discutir sobre la verdad moral y política, formular y derribar teorías y entregarse a toda la audacia de la discusión política. No auguraría nada más que impiedad hacia Dios y traición a los reyes.

SYDNEY SMITH, 'Educación profesional de Edgeworth'

D

urante el final del período de Michaelmas ese año, Griffin parecía estar presente más de lo habitual. Robin había estado empezando a preguntarse a dónde había ido; desde que había regresado de Malaca, sus asignaciones se habían reducido de dos veces al mes a una o ninguna. Pero en diciembre, Robin comenzó a recibir notas que le indicaban que se reuniera con Griffin fuera de Twisted Root cada pocos días, donde comenzaron su rutina habitual de caminar frenéticamente por la ciudad. Por lo general, estos eran preludios de robos planeados. Pero ocasionalmente, Griffin parecía no tener ninguna agenda en mente y, en cambio, solo quería charlar. Robin esperaba ansiosamente estas conversaciones; eran los únicos momentos en que su hermano parecía menos misterioso, más humano, más de carne y hueso. Pero Griffin nunca respondió las preguntas que Robin realmente quería discutir, que eran lo que hizo Hermes con los materiales que ayudó a robar, y cómo se desarrollaba la revolución, si la había. 'Todavía no confío en ti', decía. 'Todavía eres demasiado nuevo.'

yo tampoco confío en ti, Robin pensó pero no dijo. En cambio, sondeó las cosas de una manera indirecta. '¿Cuánto tiempo ha existido Hermes?'

Griffin le lanzó una mirada divertida. Sé lo que estás haciendo.

Solo quiero saber si es un invento moderno o...

'No sé. No tengo idea. Décadas al menos, tal vez más, pero nunca

lo he descubierto. ¿Por qué no preguntas lo que realmente quieres saber?

—Porque no me lo dirás.

'Pruébame.'

'Multa. Entonces, si ha existido por más tiempo, no puedo entender. . . '

'No puedes ver por qué no hemos ganado ya. ¿Es así?'

'No. Simplemente no veo qué diferencia hace,' dijo Robin. Babel es... Babel. Y tú solo...

'¿Un pequeño grupo de eruditos exiliados desmantelando al gigante?' Griffin suministrado. 'Di lo que quieres decir, hermano, no titubees.'

'Iba a decir 'idealistas masivamente superados en número', pero sí. Quiero decir, por favor, Griffin, es difícil mantener la fe cuando no está claro qué efecto tiene todo lo que hago.

Griffin aminoró el paso. Se quedó en silencio durante unos segundos, reflexionando, y luego dijo: 'Te voy a pintar un cuadro. ¿De dónde viene la plata?

'Griffin, sinceramente...'

'Compláceme.'

Tengo clase en diez minutos.

Y no es una respuesta sencilla. Craft no te echará por llegar tarde solo una vez. ¿De dónde viene la plata?

'No sé. ¿Minas?

Griffin suspiró pesadamente. ¿No te enseñan nada?

'Grifo-'

'Sólo escucha. Silver ha existido desde siempre. Los atenienses la extraían en Ática y los romanos, como saben, usaron plata para expandir su imperio una vez que se dieron cuenta de lo que podía hacer. Pero la plata no se convirtió en moneda internacional, no facilitó una red comercial que abarcó continentes, hasta mucho más tarde. Simplemente no había suficiente. Luego, en el siglo XVI, los Habsburgo, el primer imperio verdaderamente global, tropezaron con enormes depósitos de plata en los Andes. Los españoles lo trajeron de las montañas, cortesía de mineros indígenas, puede estar seguro de que no se les pagó lo justo por su trabajo,*y lo acuñaron en sus pequeñas piezas de a ocho, que trajeron riquezas a Sevilla y Madrid.

La plata los hizo ricos, lo suficientemente ricos como para comprar telas de algodón estampadas de la India, que usaron para pagar los esclavos atados de África, a quienes pusieron a trabajar en las

plantaciones de sus colonias. Así los españoles se hacen cada vez más ricos, y por donde van dejan a su paso muerte, esclavitud y empobrecimiento. ¿Has visto los patrones hasta ahora, seguro?

Griffin, cuando daba una conferencia, tenía un parecido peculiar con el profesor Lovell. Ambos hacían gestos muy bruscos con las manos, como puntuando sus largas diatribas con movimientos de manos en lugar de puntos, y ambos hablaban de forma muy precisa y sincopada. También compartían una afición por el cuestionamiento socrático. 'Salta doscientos años hacia adelante, ¿y qué tienes?'

Robin suspiró, pero le siguió el juego. 'Toda la plata, y todo el poder, fluye del Nuevo Mundo a Europa.'

—Correcto —dijo Griffin. 'La plata se acumula donde ya está en uso. Los españoles mantuvieron la delantera durante mucho tiempo, mientras que los holandeses, británicos y franceses les pisaban los talones. Salta hacia adelante otro siglo, y España es una sombra de lo que una vez fue; las guerras napoleónicas han erosionado el poder de Francia, y ahora la gloriosa Britannia está en la cima. Mayores reservas de plata en Europa. El mejor instituto de traducción del mundo con diferencia. La mejor armada en los mares, cimentada después de Trafalgar, lo que significa que esta isla está en camino de gobernar el mundo, ¿no es así? Pero algo divertido ha estado sucediendo durante el último siglo. Algo que ha estado causando un gran dolor de cabeza al Parlamento ya todas las empresas comerciales británicas. ¿Puedes adivinar qué es?'

No me digas que nos estamos quedando sin plata.

Grifo sonrió. Se están quedando sin plata. ¿Puedes adivinar hacia dónde fluye todo ahora?

Este Robin sabía la respuesta, solo porque había escuchado al profesor Lovell y sus amigos quejarse durante años durante esas noches de sala de estar en Hampstead. 'Porcelana.'

'Porcelana. Este país se está atiborrando de importaciones de Oriente. No se cansan de la porcelana, los gabinetes lacados y las sedas de China. y té Cielos. ¿Sabes cuánto té se exporta de China a Inglaterra cada año? Al menos treinta millones de libras por valor. Los británicos aman tanto el té que el Parlamento solía insistir en que la Compañía de las Indias Orientales siempre mantuviera un suministro suficiente para un año en caso de escasez. Gastamos millones y millones en té de China cada año, y lo pagamos en plata.

“Pero China no tiene un apetito recíproco por los productos británicos. Cuando el emperador Qianlong recibió una exhibición de

artículos fabricados en Gran Bretaña de Lord Macartney, ¿sabe cuál fue su respuesta? Los objetos extraños y costosos no me interesan. Los chinos no necesitan nada de lo que estamos vendiendo; pueden producir todo lo que quieran por su cuenta. Así que la plata sigue fluyendo hacia China, y los británicos no pueden hacer nada al respecto porque no pueden alterar la oferta y la demanda. Un día no importará cuánto talento de traducción tengamos, porque las reservas de plata simplemente no existirán para utilizarlo. El Imperio Británico se derrumbará como consecuencia de su propia codicia. Mientras tanto, la plata se acumulará en nuevos centros de poder, lugares en los que hasta ahora se han robado y explotado sus recursos. Ellos tendrán las materias primas. Todo lo que necesitarán entonces son plateros, y el talento irá donde esté la obra; siempre lo hace Así que todo es tan simple como acabar con el Imperio. Los ciclos de la historia harán el resto, y tú solo tienes que ayudarnos a acelerarlo.

'Pero eso es . . . Robin se detuvo, luchando por encontrar las palabras para expresar su objeción. "Eso es tan abstracto, tan simple, no es posible, quiero decir, ciertamente no puedes predecir la historia como esta con trazos tan amplios..."

Hay muchas cosas que puedes predecir. Griffin le lanzó a Robin una mirada de soslayo. 'Pero ese es el problema con una educación de Babel, ¿no es así? Te enseñan idiomas y traducción, pero nunca historia, nunca ciencia, nunca política internacional. No te hablan de los ejércitos que respaldan los dialectos.

'¿Pero, cómo es todo?' Robin insistió. 'Lo que estás describiendo, quiero decir, ¿cómo va a suceder esto? ¿Una guerra mundial? ¿Un lento declive económico hasta que el mundo parezca completamente diferente?

—No lo sé —dijo Griffin. 'Nadie sabe con precisión cómo será el futuro. Si las palancas del poder se trasladan a China oa las Américas, o si Gran Bretaña luchará con uñas y dientes para mantener su lugar, eso es imposible de predecir.'

'Entonces, ¿cómo sabes que lo que estás haciendo tiene algún efecto?'

"No puedo predecir cómo se desarrollará cada encuentro", aclaró Griffin. Pero sé esto. La riqueza de Gran Bretaña depende de la extracción coercitiva. Y a medida que Gran Bretaña crece, solo quedan dos opciones: o sus mecanismos de coerción se vuelven mucho más brutales o se derrumba. Lo primero es más probable. Pero podría provocar lo último.

"Es una pelea tan desigual, sin embargo", dijo Robin con impotencia. Tú por un lado, todo el Imperio por el otro.

—Solo si crees que el Imperio es inevitable —dijo Griffin. 'Pero no lo es. Toma este momento actual. Estamos justo al final de una gran crisis en el Atlántico, después de que los imperios monárquicos hayan caído uno tras otro. Gran Bretaña y Francia perdieron en Estados Unidos, y luego se declararon en guerra para beneficio de nadie. Ahora estamos viendo una nueva consolidación de poder, eso es cierto: Gran Bretaña obtuvo Bengala, obtuvo Java holandés y la Colonia del Cabo, y si obtiene lo que quiere en China, si puede revertir este desequilibrio comercial, será imparable. .

Pero nada está escrito en piedra, ni siquiera en plata, por así decirlo. Mucho depende de estas contingencias, y es en estos puntos de inflexión donde podemos empujar y tirar. Donde las elecciones individuales, donde incluso los ejércitos de resistencia más pequeños marcan la diferencia. Tome Barbados, por ejemplo. Toma Jamaica. Enviamos barras allí a las revueltas...

—Esas revueltas de esclavos fueron aplastadas —dijo Robin—.

'Pero la esclavitud ha sido abolida, ¿no es así?' dijo Griffin. Al menos en los territorios británicos. No, no estoy diciendo que todo esté bien y arreglado, y no estoy diciendo que podamos atribuirnos todo el mérito de la legislación británica; Estoy seguro de que los abolicionistas se sentirían ofendidos por eso. Pero estoy diciendo que si cree que la Ley de 1833 se aprobó debido a la sensibilidad moral de los británicos, está equivocado. Aprobaron ese proyecto de ley porque no podían seguir absorbiendo las pérdidas.

Agitó una mano, señalando un mapa invisible. 'Es en coyunturas como esa donde tenemos el control. Si presionamos en los lugares correctos, si creamos pérdidas donde el Imperio no puede soportar sufrirlas, entonces habremos llevado las cosas al punto de ruptura. Entonces el futuro se vuelve fluido y el cambio es posible. La historia no es un tapiz prefabricado que tenemos que sufrir, un mundo cerrado sin salida. Podemos formarlo. Hazlo. Solo tenemos que elegir hacerlo.'

—Realmente crees eso —dijo Robin, asombrado—. La fe de Griffin lo asombró. Para Robin, un razonamiento tan abstracto era una razón para desligarse del mundo, para retirarse a la seguridad de las lenguas y los libros muertos. Para Griffin, fue una llamada de atención.

—Tengo que hacerlo —dijo Griffin. De lo contrario, tienes razón. De lo contrario, no tenemos nada.

Después de esa conversación, Griffin parecía haber decidido que Robin no iba a traicionar a la Sociedad Hermes, ya que las asignaciones de Robin aumentaron enormemente en número. No todas sus misiones involucraron robos. Más a menudo, Griffin solicitaba materiales (manuales etimológicos, páginas de Grammatica, tablas de ortografía) que se adquirían, copiaban y devolvían fácilmente sin llamar la atención. Aun así, tenía que ser inteligente con cuándo y cómo sacaba los libros, ya que atraería sospechas si seguía escondiendo materiales no relacionados con sus áreas de enfoque. Una vez, Ilse, la estudiante de último año de Japón, exigió saber qué estaba haciendo con la Grammatica del alemán antiguo, y tuvo que tartamudear una historia acerca de sacar el título por accidente mientras intentaba rastrear una palabra china hasta los orígenes hititas. No importaba que estuviera en la sección completamente equivocada de la biblioteca. Ilse parecía dispuesta a creer que simplemente era así de tonto.

En general, las solicitudes de Griffin fueron indoloras. Todo era menos romántico de lo que Robin había imaginado y, tal vez, esperado. No hubo escapadas emocionantes ni conversaciones codificadas habladas en puentes sobre agua corriente. Todo era tan mundano. El gran logro de la Sociedad Hermes, según supo Robin, era la eficacia con la que se hacía invisible, la forma en que ocultaba información incluso a sus miembros. Si un día Griffin desapareciera, Robin estaría en apuros para demostrarle a alguien que la Sociedad Hermes existió, excepto como un producto de su imaginación. A menudo sentía que no era parte de una sociedad secreta en absoluto, sino más bien de una burocracia grande y aburrida que funcionaba con una coordinación exquisita.

Incluso los robos se convirtieron en rutina. Los profesores de Babel parecían completamente inconscientes de que algo estaba siendo robado. La Sociedad Hermes sólo aceptaba plata en cantidades lo suficientemente pequeñas como para enmascararlas con algún truco contable, porque la virtud de una facultad de humanidades, explicó Griffin, era que todo el mundo no tenía remedio con los números.

"Playfair dejaría desaparecer cajas enteras de plata si nadie lo controlara", le dijo a Robin. ¿Crees que lleva los libros ordenados? El hombre apenas puede sumar cifras de dos dígitos.

Algunos días, Griffin no mencionaba a Hermes en absoluto, sino que pasaba la hora que le tomaba llegar a Port Meadow y regresar preguntando sobre la vida de Robin en Oxford: sus hazañas de remo, sus librerías favoritas, sus pensamientos sobre la comida en Hall y en

Buttery.

Robin respondió con cautela. Siguió esperando a que la pelota cayera, a que Griffin convirtiera esta conversación en una discusión, a que su propia preferencia por los bollos sencillos se convirtiera en la prueba de su enamoramiento por la burguesía. Pero Griffin siguió preguntando, y poco a poco Robin se dio cuenta de que tal vez Griffin echaba de menos ser estudiante.

"Me encanta el campus en Navidad", dijo Griffin una noche. "Es la temporada en la que Oxford se inclina más hacia la magia de sí mismo".

El sol se había puesto. El aire había pasado de un frío agradable a un frío que cortaba los huesos, pero la ciudad estaba iluminada con velas navideñas y un ligero hilo de nieve flotaba a su alrededor. Fue encantador. Robin aminoró el paso, queriendo saborear la escena, pero notó que Griffin estaba temblando locamente.

Griffin, no. . . Robin vaciló; no sabía cómo preguntar cortésmente. '¿Es ese el único abrigo que tienes?'

Griffin retrocedió como un perro que se levanta sobre el cuello. '¿Por qué?'

Es solo que tengo un estipendio, si quieres comprar algo más cálido...

No seas condescendiente conmigo. Robin se arrepintió al instante de haberlo sacado a colación. Griffin era demasiado orgulloso. No podía tomar caridad; ni siquiera podía sentir simpatía. No necesito tu dinero.

—Como quieras —dijo Robin, herido—.

Caminaron otra cuadra en silencio. Entonces Griffin preguntó, en un intento obvio de una rama de olivo, '¿Qué hay para Navidad?'

Primero habrá una cena en el salón.

Así que interminables oraciones en latín, ganso de goma y un pudín de Navidad que es indistinguible del estiércol de cerdo. ¿Qué hay realmente?

Robin sonrió. La señora Piper tiene unas tartas esperándome en Jericho.

—¿Bistec y riñones?

'Pollo y puerro. Mi favorito. Y una tarta de limón para Letty, y una tarta de postre de nuez y chocolate para Ramy y Victoire...

—Bendita sea la señora Piper —dijo Griffin. El profesor tenía una bruja frígida llamada señora Peterhouse en mi época. No podía cocinar para salvar su vida, no, pero siempre recordaba decir algo

sobre los mestizos cada vez que estaba al alcance del oído. Sin embargo, tampoco le gustaba eso; Supongo que por eso la dejó marchar.

Giraron a la izquierda en Cornmarket. Ya estaban muy cerca de la torre, y Griffin parecía inquieto; Robin sospechaba que pronto se separarían.

Antes de que me olvide. Griffin metió la mano en su abrigo, sacó un paquete envuelto y se lo arrojó a Robin. 'Te tengo algo.'

Sorprendido, Robin tiró de la cuerda. '¿Una herramienta?'

Sólo un regalo. Feliz navidad.'

Robin arrancó el papel, que reveló un precioso volumen recién impreso.

—Dijiste que te gustaba Dickens —dijo Griffin. Acababan de encuadernar la serialización de su última versión; es posible que ya la hayas leído, pero pensé que te gustaría tenerlo todo en una sola pieza.

Le había comprado a Robin el juego de tres volúmenes de Oliver Twist. Por un momento, Robin solo pudo tartamudear, no sabía que estaban intercambiando regalos, no había comprado nada para Griffin, pero Griffin lo descartó. 'Está bien, soy mayor que tú, no me avergüences'.

Solo más tarde, después de que Griffin hubiera desaparecido por Broad Street, con el abrigo ondeando alrededor de sus tobillos, Robin se daría cuenta de que esta selección había sido idea de una broma de Griffin.

Vuelve conmigo, casi dijo cuando se separaron. Ven al salón. Vuelve y cena de Navidad.

Pero eso era imposible. La vida de Robin se dividió en dos, y Griffin existió en el mundo de las sombras, oculto a la vista. Robin nunca podría traerlo de regreso a Magpie Lane. Nunca podría presentárselo a sus amigos. Nunca podría, a la luz del día, llamarlo hermano.

'Bien.' Griffin se aclaró la garganta. 'La próxima vez entonces.'

'¿Cuándo será eso?'

Aún no lo sé. Ya se estaba alejando, la nieve llenaba sus pasos. Vigila tu ventana.

El primer día del mandato de Hilario, cuatro policías armados bloquearon la entrada principal a Babel. Parecían estar comprometidos con alguien o algo en el interior, aunque fuera lo que fuera, Robin no podía ver por encima de la multitud de eruditos

temblorosos.

'¿Qué ha pasado?' Ramy preguntó a las chicas.

Dicen que fue un allanamiento dijo Victoire. Alguien quería robar algo de plata, supongo.

'¿Y qué, la policía estaba aquí precisamente en el momento adecuado?' preguntó Robin.

—Encendió una alarma cuando trató de atravesar la puerta —dijo Letty. Y la policía, creo, llegó rápidamente.

Un quinto y un sexto policías salieron del edificio, arrastrando entre ellos al hombre que Robin supuso era el ladrón. Era de mediana edad, de pelo oscuro, con barba y vestido con ropa muy sucia. Hermes no, entonces, pensó Robin con algo de alivio. El rostro del ladrón estaba contraído por el dolor y sus gemidos flotaban sobre la multitud mientras la policía lo empujaba escaleras abajo hacia un taxi que lo esperaba. Dejaron un rastro de sangre en los adoquines detrás de ellos.

Tiene unas cinco balas en él. Anthony Ribben apareció junto a ellos. Parecía que iba a vomitar. Supongo que es bueno ver que las protecciones funcionan.

Robin se resistió. '¿Wards hizo eso?'

"La torre está protegida por el sistema de seguridad más sofisticado del país", dijo Anthony. No son sólo las Grammaticas las que están protegidas. Hay alrededor de medio millón de libras en plata en este edificio, y solo académicos larguiruchos para defenderlo. Por supuesto, las puertas están protegidas.

El corazón de Robin latía muy rápido; podía oírlo en sus tímpanos. '¿Por qué?'

Nunca nos dicen los pares de coincidencias; son muy privados al respecto. Playfair los actualiza cada pocos meses, que es casi tan frecuente como alguien intenta robar. Debo decir que me gusta mucho más este conjunto: el último conjunto abrió heridas abiertas en las extremidades del intruso utilizando cuchillos antiguos que se rumorea que son de Alejandría. Manchó de sangre toda la alfombra interior; todavía puedes ver las manchas marrones si miras con cuidado. Pasamos semanas adivinando qué palabras usó Playfair, pero nadie ha sido capaz de descifrarlo.

Los ojos de Victoire siguieron el taxi que partía. '¿Qué crees que le pasará a él?'

"Oh, probablemente estará en el primer barco a Australia", dijo Anthony. Siempre que no se desangre de camino a la comisaría.

—Recogida de rutina —dijo Griffin. 'Adentro y afuera, ni siquiera verás que estamos allí. Sin embargo, el momento es un poco complicado, así que esté de guardia toda la noche. Le dio un codazo en el hombro a Robin. '¿Qué ocurre?'

Robin parpadeó y miró hacia arriba. '¿Hm?'

Pareces asustado.

'Yo solo . . . ' Robin deliberó por un momento, luego soltó: 'Conoces las protecciones, ¿verdad?'

'¿Qué?'

Vimos a un hombre entrar esta mañana. Y las protecciones, activaron una especie de arma, y le disparó lleno de balas...

'Bueno, por supuesto.' Griffin parecía desconcertado. No me digas que eso es una novedad para ti. Babel tiene protecciones ridículas, ¿no te lo frotaron en la cara durante la primera semana?

Sin embargo, los han actualizado. Eso es lo que estoy tratando de decirte, ellos pueden saber cuándo un ladrón está caminando ahora...

—Los bares no son tan sofisticados —dijo Griffin con desdén—. Están diseñados para discriminar entre los estudiantes, sus invitados y los extraños en el Instituto. ¿Qué crees que pasaría si las trampas cayeran sobre un traductor que necesitaba llevarse unas barras a casa durante la noche? ¿O alguien que trae a su esposa a la facultad sin antes aclararlo con Playfair? Estás completamente a salvo.

'¿Pero, como lo sabes?' Robin sonaba más petulante de lo que pretendía. Se aclaró la garganta, trató de profundizar su voz sin ser obvio al respecto. No viste lo que yo vi, no sabes cuáles son los nuevos pares de coincidencias...

No corres peligro. Toma, toma esto, si estás preocupado. Griffin rebuscó en su bolsillo y luego le arrojó una barra a Robin. Wúxíng, decía. Invisible. Era el mismo bar que había usado la primera noche que se conocieron.

"Para una escapada rápida", dijo Griffin. Si las cosas realmente salen mal. Y es posible que debas usarlo con tus camaradas de todos modos: es difícil sacar un cofre de ese tamaño de la ciudad sin ser visto.

Robin deslizó la barra en su bolsillo interior. Podrías ser menos frívolo con todo esto, ¿sabes?

El labio de Griffin se curvó. '¿Qué, ahora es cuando tienes miedo?'

'Es solo. . . Robin consideró por un momento, sacudió la cabeza y luego decidió decirlo. 'Simplemente se siente como... quiero decir, yo soy el que siempre está en riesgo, mientras que tú solo...'

'¿Justo lo?' Griffin preguntó bruscamente.

Se había adentrado en un territorio peligroso. Sabía, por la forma en que los ojos de Griffin brillaban, que se había acercado demasiado a donde le dolía. Hace un mes, cuando su relación era más precaria, podría haber cambiado de tema. Pero ahora no podía mantener su silencio. Se sintió irritado y menospreciado en ese momento, y con eso vino un ardiente deseo de lastimar.

'¿Por qué no vienes en este?' preguntó. ¿Por qué no puedes usar el bar tú mismo?

Griffin parpadeó lentamente. Luego dijo, en un tono tan nivelado que debió haber sido forzado, 'No puedo. Sabes que no puedo.

'¿Por qué no?'

'Porque no sueño en chino.' Su expresión no cambió, ni su tono, pero la furia condescendiente se filtró a través de sus palabras, no obstante. Verlo hablar entonces fue asombroso. Se parecía tanto a su padre. Soy tu fallido predecesor, ¿sabes? Mi querido papá me sacó del país demasiado pronto. Tengo un oído natural para los tonos, pero eso es todo. Mi fluidez es en gran parte artificial. No tengo recuerdos en chino. No sueño en eso. Tengo el retiro, tengo las habilidades lingüísticas, pero no puedo hacer que las barras funcionen de manera confiable. La mitad del tiempo no hacen nada en absoluto. Su garganta palpitó. Nuestro padre lo entendió bien contigo. Te dejó fermentar hasta que fueras alfabetizado. Pero me trajo aquí antes de que formara suficientes conexiones, suficientes recuerdos. Además, fue la única persona con la que hablé mandarín. cuando mi cantonés era mucho mejor para empezar. Y eso está perdido ahora. No pienso en él, y ciertamente no sueño en él.'

Robin pensó en los ladrones en el callejón, en los susurros desesperados de Griffin mientras intentaba hacerlos desaparecer. ¿Qué haría si hubiera perdido a su propio chino? La sola idea lo llenó de horror.

—Lo entiendes —dijo Griffin, observándolo—. Ya sabes lo que se siente cuando tu lengua materna se te escapa. Lo atrapaste a tiempo. Yo no lo hice.

—Lo siento mucho —dijo Robin. No lo sabía.

—No lo sientas —dijo Griffin secamente. No arruinaste mi vida.

Robin podía ver Oxford ahora a través de los ojos de Griffin, una institución que nunca lo valoró, que solo lo había condenado al ostracismo y menospreciado. Se imaginó a Griffin subiendo por Babel, tratando desesperadamente de ganarse la aprobación del profesor

Lovell, pero nunca logrando que la plata funcionara de manera consistente. Qué horrible se habría sentido buscar un chino endeble de una vida que apenas recordaba, sabiendo muy bien que era lo único que le daba valor aquí.

No es de extrañar que Griffin estuviera furioso. No es de extrañar que odiara a Babel con tanta vehemencia. Griffin había sido despojado de todo: una lengua materna, una patria, una familia.

'Así que te necesito, querido hermano.' Griffin extendió la mano, alborotó su cabello. Su toque fue tan fuerte que dolió. 'Tú eres la cosa real. Eres indispensable.

Robin sabía que no debía responder.

Vigila tu ventana. No había calidez en los ojos de Griffin. Las cosas se están moviendo rápido. Y este es importante.

Robin se tragó sus objeciones y asintió. 'Derecha.'

Una semana después, Robin regresó de cenar con el profesor Lovell y encontró el trozo de papel que tanto temía encajado debajo de su ventana.

Esta noche, se lee. Once.

Ya eran las 10.45. Robin se apresuró a ponerse el abrigo que acababa de colgar, sacó la barra de wúxíng de su cajón y salió corriendo bajo la lluvia.

Revisó el reverso de la nota en busca de otros detalles mientras caminaba, pero Griffin no había incluido más instrucciones. Esto no era necesariamente un problema, Robin asumió que esto significaba que simplemente debería dejar que los cómplices entraran y salieran de la torre, pero la hora era sorprendentemente temprana y se dio cuenta tarde de que no había traído nada con él, ni libros. , sin cartera, ni siquiera un paraguas, eso justificaría un viaje nocturno a la torre.

Pero no podía dejar de mostrarse en absoluto. Cuando las campanas dieron las once, cruzó corriendo el green y abrió la puerta de un tirón. Esto no era nada que no hubiera hecho una docena de veces antes: abrir sésamo, cerrar sésamo y mantenerse fuera del camino. Mientras la sangre de Robin estuviera almacenada en esos muros de piedra, las protecciones no deberían sonar.

Dos agentes de Hermes lo siguieron y desaparecieron escaleras arriba. Robin rondaba por el vestíbulo como de costumbre, atento a los eruditos nocturnos, contando los segundos hasta el momento de irse. A las once y cinco, los agentes de Hermes bajaron corriendo las

escaleras. Uno de ellos llevaba un juego de herramientas de grabado, el otro un cofre con barras de plata.

"Bien hecho", susurró uno. 'Vamos.'

Robin asintió y abrió la puerta para dejarlos salir. En el momento en que pusieron un pie sobre la barrera, una horrible cacofonía partió el aire: un grito, un aullido, el chirrido de engranajes metálicos en algún mecanismo invisible. Era una amenaza y una advertencia, el híbrido del antiguo horror y la moderna capacidad de derramar sangre. Detrás de ellos, los paneles de la puerta se movieron, revelando una cavidad oscura en el interior.

Sin otra palabra, los agentes de Hermes corrieron hacia el green.

Robin vaciló, tratando de decidir si seguirlo. Podría escapar: la trampa era ruidosa, pero parecía de acción lenta. Miró hacia abajo y vio que sus dos pies estaban plantados de lleno en el escudo de armas de la universidad. ¿Supongamos que la protección solo se activa si él se baja?

Una forma de averiguarlo. Respiró hondo y luego bajó corriendo las escaleras. Oyó un golpe y luego sintió un dolor punzante en el brazo izquierdo. No podía decir dónde había sido golpeado. El dolor parecía provenir de todas partes, menos una herida singular y más una agonía ardiente que se extendía por todo su brazo. Estaba en llamas, estaba explotando, toda la extremidad se iba a caer. Siguió corriendo. Las balas se dispararon al aire detrás de él. Se agachó y saltó al azar; había leído en alguna parte que esto era cómo esquivar disparos, pero no tenía idea de si era cierto. Escuchó más golpes, pero no sintió las correspondientes explosiones de dolor. Recorrió todo el green y giró a la izquierda en Broad Street, fuera de la vista y del alcance.

Entonces el dolor y el miedo lo alcanzaron. Sus rodillas temblaron. Dio dos pasos más y se derrumbó contra la pared, luchando contra las ganas de vomitar. Su cabeza daba vueltas. No podría correr más rápido que la policía si vinieran. No así, no con sangre goteando por su brazo y negro arrastrándose por los bordes de su visión. Enfocar. Buscó a tientas la barra en su bolsillo. Su mano izquierda estaba resbaladiza, oscura por la sangre; la sola vista desencadenó otra ola de vértigo.

'Wúxíng', susurró frenéticamente, tratando de concentrarse, de imaginar el mundo en chino. Él no era nada. Él no tenía forma. 'Invisible.'

No funcionó. No pudo hacerlo funcionar; no podía cambiar de modo a chino cuando todo en lo que podía pensar era en el terrible

dolor.

'¡Hola! ¡Para!'

Era el profesor Playfair. Robin se estremeció, preparado para lo peor, pero el rostro del profesor se arrugó en una sonrisa cálida y preocupada. Oh, hola, Swift. No me di cuenta de que eras tú. ¿Estás bien? Hay un alboroto en el edificio.

'Profesor, yo. . . Robin no tenía la menor idea de qué decir, así que decidió que lo mejor era balbucear. 'Yo no, estaba cerca, pero no sé si. . . '

¿Viste a alguien? preguntó el profesor Playfair. 'Las protecciones están destinadas a disparar al intruso, ya sabes, pero los engranajes parecen haberse atascado después de la última vez. Sin embargo, aún podría haberlo golpeado. ¿Viste a alguien cojeando, alguien que pareciera tener dolor?

'No, no lo hice. Estaba casi en el green cuando sonaron las alarmas, pero no había doblado la esquina.' ¿Estaba el profesor Playfair asintiendo con simpatía? Robin apenas se atrevía a creer su suerte. ¿Es... hubo un ladrón?

'Talvez no. No te preocupes. El profesor Playfair se acercó y le dio unas palmaditas en el hombro. El impacto envió otra horrible ola de dolor a través de toda la parte superior de su cuerpo, y Robin apretó los dientes para no gritar. 'Las protecciones se vuelven delicadas a veces, tal vez sea hora de reemplazarlas. Lástima, me gustó esta versión. ¿Estás bien?'

Robin asintió y parpadeó, haciendo todo lo posible por mantener el nivel de voz. 'Solo asustado, supongo, quiero decir, después de lo que vimos la semana pasada. . . '

'Ah bien. Horrible, ¿no? Sin embargo, es bueno saber que mi pequeña idea funcionó. Ni siquiera me dejaron probarlo en perros de antemano. Menos mal que no fuiste tú el que falló. El profesor Playfair soltó una carcajada. Podría haberte llenado de plomo.

—Correcto —dijo Robin débilmente—. 'Así que . . . tan contento.'

'Estás bien. Tómate un whisky con agua caliente, eso te ayudará con el shock.

'Si, yo pienso . . . Creo que eso suena bien. Robin se volvió para irse.

¿No dijiste que estabas de camino? preguntó el profesor Playfair.

Robin tenía preparada esta mentira. 'Me sentía ansioso, así que pensé en sacar ventaja en un artículo para el profesor Lovell. Pero estoy un poco alterado y no creo que haga ningún buen trabajo si

empiezo ahora, así que prefiero irme a la cama.

'Por supuesto.' El profesor Playfair volvió a palmearle el hombro. Se sintió más contundente esta vez; Los ojos de Robin se desorbitaron. Richard diría que eres un vago, pero lo entiendo perfectamente. Todavía estás en tu segundo año, puedes darte el lujo de ser perezoso. Ve a casa y duerme.'

El profesor Playfair le dedicó un último y alegre asentimiento y se encaminó hacia la torre, donde aún sonaban las alarmas. Robin respiró hondo y se alejó cojeando, esforzándose con todas sus fuerzas para no desplomarse en la calle.

De alguna manera logró regresar a Magpie Lane. La hemorragia aún no se había detenido, pero después de limpiarse el brazo con una toalla húmeda, vio con alivio que la bala no se había alojado en su brazo. Solo había rozado una muesca en la carne por encima del codo, de aproximadamente un tercio de pulgada de profundidad. La herida parecía tranquilizadoramente pequeña cuando se limpió la sangre. No sabía cómo vestirlo correctamente, imaginó que podría involucrar una aguja e hilo, pero sería una tontería ir a buscar a la enfermera de la universidad a esta hora.

Apretó los dientes por el dolor, tratando de recordar qué consejos útiles había sacado de las novelas de aventuras. Alcohol: necesitaba desinfectar la herida. Rebuscó entre sus estantes hasta que encontró una botella de brandy medio vacía, un regalo de Navidad de Victoire. Lo derramó sobre su brazo, silbando por la picadura, luego tragó varios bocados por si acaso. Luego encontró una camisa limpia, que rasgó para hacer vendas. Estos los envolvió fuertemente alrededor de su brazo usando sus dientes – había leído que la presión ayudaba a detener el sangrado. No sabía qué más debía hacer. ¿Debería simplemente esperar, ahora, a que la herida se cerrara por sí sola?

Su cabeza daba vueltas. ¿Estaba mareado por la pérdida de sangre, o era solo el brandy en el trabajo?

Encuentra a Ramy, pensó. Encuentra a Ramy, él te ayudará.

No. Llamar a Ramy lo implicaría. Robin moriría antes de poner en peligro a Ramy.

Se sentó contra la pared, con la cabeza inclinada hacia el techo, y respiró hondo varias veces. Solo tenía que pasar esta noche. Tomó varias camisas, tendría que ir al sastre, inventar una historia sobre un desastre de lavandería, pero finalmente, se detuvo la hemorragia. Por fin, exhausto, se derrumbó y se durmió.

Al día siguiente, después de hacer una mueca durante tres horas de clase, Robin fue a la biblioteca médica y buscó entre las pilas hasta que encontró un manual médico sobre heridas de campo. Luego fue a Cornmarket, compró una aguja e hilo y se apresuró a volver a casa para suturar su brazo.

Encendió una vela, esterilizó la aguja sobre la llama y, después de muchos intentos fallidos, logró enhebrarla. Luego se sentó y sostuvo la punta afilada sobre su carne herida y en carne viva.

No pudo hacerlo. Siguió acercando la aguja a la herida y luego, anticipando el dolor, la retiró. Alcanzó el brandy y tomó tres grandes tragos. Esperó varios minutos hasta que el alcohol se asentó bien en su estómago y sus extremidades empezaron a sentir un agradable hormigueo. Aquí era donde necesitaba estar: lo suficientemente aburrido como para que no le importara el dolor, lo suficientemente alerta como para coserse a sí mismo. Lo intentó de nuevo. Esta vez fue más fácil, aunque aún tuvo que detenerse para meterse un trapo en la boca para no gritar. Por fin hizo la puntada final. Su frente goteaba de sudor; las lágrimas corrían libremente por sus mejillas. De alguna manera, encontró la fuerza para cortar el hilo, atar las suturas con los dientes y tirar la aguja ensangrentada al fregadero. Luego se derrumbó en su cama y, acurrucándose de lado, terminó el resto de la botella.

Griffin no estuvo en contacto esa noche.

Robin sabía que era una tontería esperar que lo fuera. Griffin, al enterarse de lo que había sucedido, probablemente habría pasado a la clandestinidad, y por una buena razón. Robin no se sorprendería si no tuviera noticias de Griffin durante todo un período. Aun así, sintió una abrumadora ola negra de resentimiento.

Le había dicho a Griffin que esto sucedería. Le había advertido, le había dicho exactamente lo que había visto. Esto había sido completamente evitable.

Quería que su próxima reunión fuera antes solo para poder gritarle, decir que se lo había dicho, que Griffin debería haberlo escuchado. Que si Griffin no fuera tan arrogante, tal vez su hermano pequeño no tendría una línea de puntos sucios en el brazo. Pero la cita no llegó. Griffin no dejó notas en su ventana la noche siguiente ni la noche siguiente. Parecía haber desaparecido sin dejar rastro de Oxford, dejando a Robin sin forma alguna de contactarlo a él oa Hermes.

No podía hablar con Griffin. No podía confiar en Victoire, Letty o

Ramy. Solo se tuvo a sí mismo como compañía esa noche, llorando miserablemente sobre la botella vacía mientras su brazo latía. Y por primera vez desde que llegó a Oxford, Robin se sintió verdaderamente solo.

Capítulo Once

Pero esclavos somos, y trabajamos en la plantación de otro hombre; aderezamos la viña, pero el vino es del dueño.

JOHN DRYDEN, extracto de la 'Dedicación' a su traducción de la Eneida

Robin no vio nada de Griffin durante el resto de Hilary Term o Trinity. En verdad, apenas se dio cuenta; su curso de segundo año solo se volvió más difícil a medida que pasaban las semanas, y apenas tenía tiempo para pensar en su resentimiento.

Llegó el verano, aunque no era un verano en absoluto sino más bien un término acelerado, y sus días estaban ocupados con frenéticamente abarrotando vocabulario sánscrito para una evaluación la semana antes de que comenzara el próximo Michaelmas. Entonces eran estudiantes de tercer año, un estatus que suponía todo el agotamiento de Babel sin ninguna de sus novedades. Oxford perdió su encanto ese septiembre; los atardeceres dorados y los cielos azules brillantes fueron reemplazados por un frío y una niebla interminables. Llovió una cantidad desmesurada y los vientos tormentosos se sintieron excepcionalmente violentos en comparación con años anteriores. Sus paraguas seguían rompiéndose. Sus calcetines siempre estaban mojados. El remo de ese término fue cancelado.*

Eso estuvo bien. Ninguno de ellos tenía más tiempo para los deportes. El tercer año en Babel se conocía tradicionalmente como el invierno siberiano, y la razón se hizo evidente cuando se emitieron sus listas de cursos. Todos continuaban en sus idiomas terciarios y en latín, lo que se rumoreaba que se volvió endiabladamente difícil cuando Tácito entró en escena. También continuaban con Teoría de la traducción con el profesor Playfair y Etimología con el profesor Lovell, aunque la carga de trabajo de cada curso ahora se había duplicado, ya que se esperaba que produjeran un trabajo de cinco páginas para cada clase cada semana.

Lo que es más importante, a todos se les asignaron supervisores con quienes realizarían un proyecto de investigación independiente. Esto contó como su proto-disertación: su primer trabajo que, si se completaba con éxito, se conservaría en los estantes de Babel como una verdadera contribución académica.

Ramy y Victoire se sintieron inmediatamente descontentos con sus supervisores. Ramy había sido invitado por el profesor Joseph Harding para contribuir a una ronda editorial de la Grammatica persa, lo que nominalmente era un gran honor.*Pero Ramy no podía ver el romance en tal proyecto.

'Inicialmente propuse una traducción de los manuscritos de Ibn Khaldun', les dijo. Los que tiene Silvestre de Sacy. Pero Harding objetó que los orientalistas franceses ya estaban trabajando en eso, y que era poco probable que pudiera conseguir que París me los prestara por el plazo. Entonces pregunté si podía traducir los ensayos árabes de Omar ibn Said al inglés, dado que han estado sentados durante casi una década en nuestras colecciones, pero Harding dijo que eso era innecesario porque la abolición ya se había convertido en ley en Inglaterra. ¿Puedes creerlo?*¿Como si Estados Unidos no existiera? Finalmente, Harding dijo que si quería hacer algo con autoridad, entonces podría editar las citas en la Grammatica persa, así que ahora me tiene leyendo Schlegel. Über die Sprache und Weisheit der Indier. ¿Y sabes qué? Schlegel ni siquiera estaba en la India cuando escribió eso. Lo escribió todo desde París. ¿Cómo se escribe un texto definitivo sobre el "lenguaje y la sabiduría" de la India desde París?' *

Sin embargo, la indignación de Ramy parecía trivial en comparación con lo que estaba enfrentando Victoire. Estaba trabajando con el profesor Hugo Leblanc, con quien había estudiado francés durante dos años sin problemas, pero que ahora se convertía en una fuente de frustración incesante.

'Es imposible,' dijo ella. "Quiero trabajar en kreyòl, al que no se opone por completo a pesar de pensar que es un idioma degenerado, pero todo lo que quiere saber es sobre vudú".

'¿Esa religión pagana?' preguntó Lety.

Victoire le lanzó una mirada mordaz. La religión, sí. Sigue preguntando sobre hechizos y poemas vudú, a los que no puede acceder, por supuesto, porque están en kreyòl.

Letty parecía confundida. '¿Pero no es eso exactamente lo mismo que el francés?'

—Ni remotamente —dijo Victoire. El francés es el lexificador, sí,

pero el kreyòl es su propio idioma, con sus propias reglas gramaticales. El francés y el kreyòl no son mutuamente inteligibles. Podrías haber estudiado francés durante una década, pero un poema en kreyòl aún podría ser imposible de descifrar sin un diccionario. Leblanc no tiene un diccionario, no hay diccionario, todavía no, así que soy la siguiente mejor opción.

'¿Entonces, cuál es el problema?' preguntó Rami. 'Parece que tienes un proyecto bastante bueno, allí'.

Victoire parecía incómoda. —Porque los textos que quiere traducir son... no sé, son textos especiales. Textos que significan algo.

—¿Textos tan especiales que ni siquiera deberían traducirse? preguntó Lety.

-Son herencia -insistió Victoire-. Son creencias sagradas...

'No tus creencias, seguramente...'

—Tal vez no —dijo Victoire. No lo he… quiero decir, no lo sé. Pero no están destinados a ser compartidos. ¿Te contentarías con sentarte hora tras hora con un hombre blanco mientras te pregunta la historia detrás de cada metáfora, el nombre de cada dios, para que pueda sustraerse a las creencias de tu pueblo en busca de un par de fósforos que podría hacer brillar una barra de plata?

Letty no parecía convencida. 'Pero no es real, ¿verdad?'

Por supuesto que es real.

Oh, por favor, Victoire.

Es real en un sentido que nunca puedes saber. Victoire estaba cada vez más agitada. 'En un sentido al que solo alguien de Haití podría tener acceso. Pero no en el sentido que imagina Leblanc.

Letty suspiró. 'Entonces, ¿por qué no le dices exactamente eso?'

¿Crees que no lo he intentado? exclamó Victoria. '¿Alguna vez has tratado de convencer a un profesor de Babel para que no haga algo?'

—Bueno, de todos modos —dijo Letty, ahora molesta y a la defensiva y, por lo tanto, viciosa—, ¿qué sabrías sobre el vudú? ¿No te criaste en Francia?

Esta fue la peor respuesta que pudo haber hecho. Victoire cerró la boca y apartó la mirada. La conversación murió. Se hizo un silencio incómodo que ni Victoire ni Letty intentaron romper. Robin y Ramy intercambiaron una mirada, despistados, tontos. Algo había ido terriblemente mal, se había violado un tabú, pero todos tenían demasiado miedo de indagar exactamente qué.

Robin y Letty estaban pasablemente felices con sus proyectos, a pesar

de lo laboriosos y lentos que eran. Robin estaba trabajando con el profesor Chakravarti para completar una lista de préstamos del sánscrito al chino, y Letty estaba trabajando con el profesor Leblanc para leer artículos científicos franceses en busca de metáforas posiblemente útiles e intraducibles en el ámbito de las matemáticas y la ingeniería. Aprendieron a evitar discutir los detalles sobre Ramy y Victoire. Todos usaron lugares comunes entre ellos; Robin y Letty siempre estaban 'progresando bien' mientras que Ramy y Victoire estaban 'luchando como siempre'.

En privado, Letty no era tan generosa. El tema del profesor Leblanc se había convertido en un punto de conflicto entre ella y Victoire, quien estaba herida y asombrada por la falta de simpatía de Letty, mientras que Letty pensaba que Victoire estaba siendo demasiado sensible al respecto.

"Ella se ha buscado esto", se quejó con Robin. 'Ella podría hacer esto mucho más fácil si solo hiciera la investigación. Quiero decir, nadie ha hecho un proyecto de tercer año en criollo haitiano, apenas hay una Grammatica. ¡Ella podría ser la primera!

No había discusión con Letty cuando estaba de este humor, era obvio que solo quería una audiencia para desahogarse, pero Robin lo intentó de todos modos. Supongamos que significa más para ella de lo que crees.

Pero no es así. ¡Sé que no! Ella no es en lo más mínimo religiosa; Quiero decir, ella es civilizada…

Él silbó. —Esa es una palabra cargada, Letty.

'Sabes a lo que me refiero', resopló. Ella no es haitiana. ella es francesa Y simplemente no veo por qué tiene que ser tan difícil.

A mitad de Michaelmas, Letty y Victoire apenas se hablaban. Siempre llegaban a clase con varios minutos de diferencia, y Robin se preguntó si hacía falta habilidad para espaciar sus salidas para que nunca se cruzaran en el largo camino de bajada.

Las niñas no fueron las únicas que sufrieron fracturas. El ambiente de aquellos días era opresivo. Algo pareció romperse entre todos ellos; no, romper era quizás una palabra demasiado fuerte, porque todavía se aferraban el uno al otro con la fuerza de personas que no tenían a nadie más. Pero su vínculo se había torcido en una dirección decididamente hiriente. Todavía pasaban casi todos sus momentos de vigilia juntos, pero temían la compañía del otro. Todo fue una ofensa leve o deliberada involuntaria: si Robin se quejó del sánscrito, fue insensible al hecho de que el profesor Harding seguía insistiendo en

que el sánscrito era uno de los idiomas de Ramy cuando no lo era; si Ramy estaba complacido de que él y el profesor Harding finalmente hubieran acordado una dirección de investigación, fue un comentario insensible a Victoire, que no había llegado a ninguna parte con el profesor Leblanc.

Lo peor, desde la perspectiva de Robin, era que algo había cambiado repentina y misteriosamente entre Letty y Ramy. Sus interacciones fueron tan acaloradas como siempre: Ramy nunca dejó de burlarse y Letty nunca dejó de estallar en respuesta. Pero ahora las réplicas de Letty habían adquirido un tono extrañamente victimizado. Ella espetó a los desaires más pequeños, a menudo intangibles. Ramy, a cambio, se había vuelto más cruel y más sarcástico de una manera que era difícil de describir. Robin no sabía qué hacer al respecto, ni tenía la menor idea de qué se trataba, aparte de que le producía extrañas punzadas en el pecho cada vez que veía estos intercambios.

'Ella solo está siendo Letty', dijo Ramy cuando se le presionó al respecto. "Ella quiere atención, y cree que hacer una rabieta es la manera de conseguirlo".

'¿Hiciste algo para molestarla?' preguntó Robin.

'Aparte de que generalmente existen? No me parece.' Ramy parecía aburrido con el tema. ¿Y si seguimos con esta traducción? Todo está bien, Birdie, te lo prometo.

Pero las cosas decididamente no iban bien. De hecho, las cosas eran muy raras. Ramy y Letty parecían incapaces de soportarse y, al mismo tiempo, gravitaban uno alrededor del otro; no podían hablar con normalidad sin oponerse ferozmente de tal manera que los convertía en los protagonistas de la conversación. Si Ramy quería café, Letty quería té; si Ramy pensaba que una pintura en la pared era bonita, entonces Letty de repente tenía doce razones por las que ejemplificaba lo peor de la adhesión de la Royal Academy al convencionalismo artístico.

Robin lo encontró insoportable. Una noche, durante un estallido de sueño irregular, tuvo la repentina y violenta fantasía de empujar a Letty al Cherwell. Cuando despertó, buscó en sí mismo algún indicio de culpabilidad, pero no pudo encontrar ninguno; la idea de Letty empapada y escupiendo le producía la misma satisfacción viciosa a la sobria luz del día.

Existía al menos la distracción de sus aprendizajes de tercer año, para lo cual cada uno de ellos ayudaría a un miembro de la facultad en sus

deberes de trabajo de la plata durante todo el período. 'Teoría viene del griego theōria, que significa espectáculo o espectáculo, cuya raíz también nos da la palabra teatro'. Así lo expuso el profesor Playfair antes de enviarlos con sus respectivos supervisores. Pero no basta con observar las operaciones. Debes ensuciarte las manos. Debes entender cómo canta el metal.

En la práctica, esto significaba mucho trabajo de burro no remunerado. Para decepción de Robin, los aprendices pasaron muy poco tiempo en el octavo piso, donde se llevó a cabo toda la emocionante investigación. En cambio, tres veces por semana, acompañaba al profesor Chakravarti en viajes por Oxford, ayudando con la instalación y el mantenimiento de la platería. Aprendió cómo pulir la plata hasta que brillara (la oxidación y el deslustre amortiguaban en gran medida el efecto de par de cerillas), cómo elegir entre diferentes tamaños de estiletes de grabado para restaurar minuciosamente una inscripción a su claridad original, y cómo deslizar hábilmente las barras hacia adentro y hacia abajo. de sus accesorios especialmente soldados. Era una lástima que Griffin hubiera pasado a la clandestinidad, pensó, porque su aprendizaje le dio acceso casi ilimitado a las herramientas y materias primas de la torre. No habría tenido que dejar entrar a los ladrones a medianoche.

'¿Con qué frecuencia tienes que hacer esto?' preguntó.

'Oh, nunca termina', dijo el profesor Chakravarti. Así es como ganamos todo nuestro dinero, ¿sabes? Las barras alcanzan un alto precio, pero es el mantenimiento el verdadero problema. Sin embargo, la carga de trabajo es un poco más difícil para Richard y para mí, ya que hay muy pocos sinólogos.

Esa tarde estaban haciendo una visita a domicilio en una finca en Wolvercote, donde una instalación de platería en el jardín trasero había dejado de funcionar a pesar de una garantía de doce meses. Tuvieron algunos problemas para pasar por la puerta principal (el ama de llaves no parecía estar convencida de que fueran eruditos de Babel y sospechaba bastante que estaban aquí para robar el lugar), pero después de proporcionar varias pruebas de identificación, incluidas las recitaciones de muchas gracias latinas, ellos finalmente fueron invitados a entrar.

—Sucede unas dos veces al mes —le dijo el profesor Chakravarti a Robin, aunque parecía bastante desanimado—. 'Te acostumbras. No le dan a Richard ni la mitad de los problemas.*

El ama de llaves los condujo a través de la propiedad hasta un

hermoso y exuberante jardín con un riachuelo burbujeante y serpenteante y varias rocas grandes dispuestas al azar. Se les informó que estaba diseñado al estilo chino, que se había vuelto muy popular en esa época después de que los diseños de paisajismo oriental de William Chambers se mostraran por primera vez en Kew Gardens. Robin no recordaba haber visto nunca algo así en Canton, pero asintió apreciativamente hasta que el ama de llaves se hubo ido.

'Bueno, el problema aquí es obvio.' El profesor Chakravarti empujó algunos arbustos a un lado para revelar la esquina de la cerca donde se instaló la platería. Han estado empujando un carrito de un lado a otro sobre la barra. Ha borrado el grabado por la mitad. Eso es su propia culpa, esto no calificará bajo la garantía.'

Dejó que Robin lo sacara de su accesorio y luego giró la barra para mostrarle la inscripción. Por un lado: jardín; por el otro, el carácter 齋, que podría significar un jardín paisajístico, pero más generalmente evocaba un lugar de retiro privado, para retirarse del mundo, con connotaciones de purificación ritual, limpieza, entrega de limosnas y actos taoístas de arrepentimiento.

“La idea es hacer que sus jardines sean más agradables y tranquilos de lo que permite el bullicio de Oxford. Mantiene fuera a la gentuza. El efecto es bastante sutil, si somos honestos; no hicimos tantas pruebas, pero realmente no hay límite para lo que los ricos pueden gastar dinero”. El profesor Chakravarti tallaba la barra mientras hablaba. 'Mmm. Veremos si funciona.

Dejó que Robin volviera a instalar la barra y luego se inclinó para comprobar su trabajo. Satisfecho, se levantó y se pasó las manos por los pantalones. '¿Te gustaría activarlo?'

'Yo sólo… ¿qué, decir las palabras?' Robin había visto a los profesores hacer lo mismo muchas veces, aunque no podía imaginar que fuera tan fácil. Por otra parte, recordó, la barra de wúxíng le había funcionado en el primer intento.

'Bueno, es un tipo particular de estado mental. Dices las palabras, pero lo que es más importante, tienes dos significados en tu cabeza a la vez. Existes en ambos mundos lingüísticos simultáneamente, y te imaginas atravesándolos. ¿Tiene sentido?'

—Creo… creo que sí, señor. Robin frunció el ceño en la barra. '¿Eso es realmente todo lo que se necesita?'

'Oh, no, estoy siendo descuidado. Hay algunas buenas heurísticas mentales que aprenderá durante su cuarto año, y algunos seminarios teóricos en los que tendrá que asistir, pero cuando se trata de eso, se

trata de la sensación. El profesor Chakravarti parecía bastante aburrido; Robin tuvo la impresión de que todavía estaba muy irritado por esta casa y quería irse lo más rápido posible. 'Seguir.'

'Bueno, está bien.' Robin colocó su mano sobre la barra. 'Zhai. Jardín.'

Sintió un ligero repiqueteo bajo las yemas de sus dedos. El jardín parecía más tranquilo entonces, más sereno, aunque no podía decir si era obra suya o de su imaginación. ¿Lo hemos hecho?

Bueno, será mejor que así sea. El profesor Chakravarti colgó su bolsa de herramientas sobre su hombro. No estaba lo suficientemente preocupado como para comprobarlo. Vamos, vamos a que nos paguen.

'¿Siempre necesitas hablar el par de coincidencias para que funcione?' preguntó Robin mientras caminaban de regreso al campus. "Parece insostenible, es decir, hay tantos bares y tan pocos traductores".

'Bueno, eso depende de varias cosas', dijo el profesor Chakravarti. Para empezar, la naturaleza del impacto. Con algunas barras, quieres una manifestación temporal. Suponga que necesita un efecto físico corto y extremo: muchas barras militares funcionan de esta manera. Luego, deben activarse cada vez que se usan, y están diseñados para que los efectos no duren mucho. Pero otras barras tienen un efecto duradero, como las protecciones de la torre, por ejemplo, o las barras instaladas en barcos y carruajes.

'¿Qué los hace durar más?'

El número de quilates, para empezar. Mientras más fina sea la plata, y cuanto mayor sea el porcentaje de otras aleaciones, menor será el tiempo de efecto. Pero también hay diferencias sutiles en la forma en que se funden y graban; pronto lo aprenderás. El profesor Chakravarti le lanzó una sonrisa. Estás ansioso por empezar, ¿verdad?

Es muy emocionante, señor.

'Eso desaparecerá', dijo el profesor Chakravarti. "Camina por la ciudad murmurando las mismas palabras una y otra vez, y pronto comienzas a sentirte como un loro en lugar de un mago".

Una tarde, llegaron al Museo Ashmolean para arreglar una barra de plata que se activaría sin número de encantamientos. El lado inglés decía verificar, y el lado chino usaba el carácter 參, que significa "validar". También podría significar 'yuxtaponer', 'arreglar lado a lado' y 'comparar cosas'. El personal de Ashmolean había estado usando esto para comparar artefactos fraudulentos con los reales, pero

recientemente había fallado en varias pruebas, que el personal realizó sabiamente antes de evaluar nuevas adquisiciones.

Inspeccionaron cuidadosamente la barra bajo un microscopio de mano, pero ni la caligrafía china ni la inglesa mostraron signos de erosión. Incluso después de que el profesor Chakravarti revisara todo con su lápiz de grabado más pequeño, aún no se activó.

Él suspiró. Envuélvelo y ponlo en mi bolso, ¿quieres?

Robin obedeció. '¿Qué ocurre?'

Su enlace de resonancia ha dejado de funcionar. Sucede a veces, especialmente con algunas de las parejas más viejas.

¿Qué es un enlace de resonancia?

—A la torre —dijo el profesor Chakravarti, que ya se alejaba. Verás lo que quiero decir.

De vuelta en Babel, el profesor Chakravarti condujo a Robin hasta el ala sur del octavo piso, más allá de las mesas de trabajo. Robin nunca había estado en esta área antes. Todas sus visitas al octavo piso se habían limitado al taller, que ocupaba la mayor parte de lo que el ojo veía más allá de la gruesa puerta de incendios. Pero otro juego de puertas bloqueaba el ala sur, cerrado con cerrojo con tres juegos de cerraduras, que el profesor Chakravarti abrió ahora con un tintineo de llaves.

'Realmente se supone que no debo mostrarte todavía.' El profesor Chakravarti le guiñó un ojo. Información privilegiada y todo eso. Pero no hay otra forma de explicarlo.

Abrió la cerradura final. Pasaron.

Era como entrar en una exhibición de una casa de diversión, o el interior de un piano gigante. Enormes varillas de plata de diferentes alturas y longitudes se erguían por todo el suelo. Algunos eran de cintura alta; otros se elevaban por encima de él, extendiéndose desde el suelo hasta el techo, con suficiente espacio entre ellos para que uno pasara ágilmente sin tocar ninguno. A Robin le recordaban más bien a los órganos de una iglesia; tuvo un extraño impulso de tomar un mazo y golpearlos a todos a la vez.

"La resonancia es una forma de reducir costos", explicó el profesor Chakravarti. “Necesitamos guardar la plata de quilates más altos para barras con necesidades de resistencia: las barras que van a la Marina, que protegen a los barcos mercantes y similares. Por eso usamos plata con un mayor porcentaje de aleaciones para las barras que operan en suelo inglés, ya que podemos mantenerlas alimentadas con resonancia.'

Robin miró a su alrededor, asombrado. '¿Pero cómo funciona todo?'

'Es más fácil pensar en Babel como el centro, y todas las barras dependientes de la resonancia en Inglaterra como la periferia. La periferia se basa en el centro para el poder.' El profesor Chakravarti hizo un gesto a su alrededor. Cada varilla, notó Robin, parecía estar vibrando a una frecuencia muy alta, pero aunque se sentía como si la torre debería estar resonando con notas discordantes, el aire estaba quieto y silencioso. 'Estas varillas, grabadas con pares de fósforos de uso común, sostienen barras unidas en todo el país. El poder de manifestación proviene de la vara, ¿sabes?, lo que significa que las barras de afuera no requieren una reactivación tan constante.

—Como puestos avanzados británicos en las colonias —dijo Robin —. 'Llamando a casa para soldados y suministros.'

Una metáfora conveniente, sí.

'Entonces, ¿estos resuenan en todos los bares de Inglaterra?' Robin vio en su mente una red invisible de significado que se extendía por todo el país, manteniendo viva la platería. Fue bastante aterrador considerarlo. Habría pensado que habría más de ellos.

'No exactamente. Hay centros de resonancia mucho más pequeños en todo el país; hay uno en Edimburgo, por ejemplo, y otro en Cambridge. El efecto se debilita con la distancia. Pero la parte del león está en Oxford: extiende demasiado el Instituto de Traducción para mantener varios centros, ya que se necesitan traductores capacitados para el mantenimiento.'

Robin se inclinó para examinar una de las varillas más cercanas. Además del par de cerillas, escrito con caligrafía grande en la parte superior, vio una serie de letras y símbolos que no pudo entender. Entonces, ¿cómo se forja el vínculo?

Es un proceso complicado. El profesor Chakravarti llevó a Robin a una barra delgada cerca de la ventana del lado sur. Se arrodilló, sacó la barra Ashmolean de su bolsa y la sostuvo contra la barra. Robin notó entonces una serie de grabados en el costado de la barra que se correspondían con grabados similares en la barra. Tienen que ser fundidos del mismo material. Y luego hay una gran cantidad de trabajo de símbolos etimológicos: aprenderá todo eso en su cuarto año, si se especializa en el trabajo de la plata. De hecho, usamos un alfabeto inventado, basado en un manuscrito descubierto por primera vez por un alquimista de Praga en el siglo XVII.*Es para que nadie fuera de Babel pueda replicar nuestro proceso. Por ahora, puedes

pensar en todos estos ajustes como una profundización del vínculo de conexión.'

"Pero pensé que los idiomas falsos no funcionaban para activar las barras", dijo Robin.

"No lo hacen para manifestar significado", dijo el profesor Chakravarti. “Sin embargo, como mecanismo de enlace, funcionan bastante bien. Podríamos hacerlo con números básicos, pero a Playfair le gustan sus misterios. Mantiene las cosas en propiedad.

Robin se quedó un rato en silencio, observando cómo el profesor Chakravarti ajustaba los grabados en la barra de Ashmolean con un fino lápiz óptico, los examinaba con una lente y luego hacía los ajustes correspondientes en la barra de resonancia. Todo el proceso duró unos quince minutos. Por fin, el profesor Chakravarti envolvió la barra de Ashmolean en terciopelo, la devolvió a su bolso y se puso de pie. 'Eso debería hacer el truco. Regresaremos al museo mañana.

Robin había estado leyendo las varillas y se dio cuenta de que un gran porcentaje de ellas parecía usar pares chinos. '¿Usted y el profesor Lovell tienen que mantener todo esto?'

'Oh, sí', dijo el profesor Chakravarti. No hay nadie más que pueda hacerlo. Tu graduación hará tres.

"Nos necesitan", se maravilló Robin. Era extraño pensar que el funcionamiento de todo un imperio dependía de un puñado de personas.

"Nos necesitan terriblemente", estuvo de acuerdo el profesor Chakravarti. Y es bueno, en nuestra situación, que nos necesiten.

Estaban juntos en la ventana. Mirando hacia Oxford, Robin tuvo la impresión de que toda la ciudad era como una caja de música finamente afinada, que dependía por completo de sus engranajes plateados para seguir funcionando; y que si la plata alguna vez se acababa, si estas barras de resonancia alguna vez colapsaban, todo Oxford se detendría abruptamente en seco. Los campanarios enmudecerían, los taxis se detendrían en las carreteras y la gente del pueblo se congelaría en movimiento en la calle, con las extremidades levantadas en el aire y la boca abierta en medio de un discurso.

Pero no podía imaginar que alguna vez se acabaría. Londres y Babel se enriquecían cada día más, porque los mismos barcos alimentados por trabajos de plata duraderos traían a cambio cofres y cofres de plata. No había un mercado en la tierra que pudiera resistir la incursión británica, ni siquiera el Lejano Oriente. Lo único que interrumpiría la entrada de plata sería el colapso de toda la economía

global, y como eso era ridículo, la Ciudad de Plata y las delicias de Oxford parecían eternas.

Un día, a mediados de enero, se presentaron en la torre y encontraron a todos los estudiantes de último año y graduados vestidos de negro debajo de sus togas.

"Es para Anthony Ribben", explicó el profesor Playfair cuando entraron en su seminario. Él mismo vestía una camisa azul lila.

¿Qué hay de Anthony? preguntó Lety.

'Ya veo.' El rostro del profesor Playfair se tensó. No te lo han dicho.

'¿Nos dijo qué?'

"Anthony desapareció durante una expedición de investigación a Barbados el verano pasado", dijo el profesor Playfair. Desapareció la noche antes de que su barco regresara a Bristol y no hemos sabido nada de él desde entonces. Suponemos que está muerto. Sus compañeros del octavo piso están bastante molestos; Creo que vestirán de negro el resto de la semana. Algunas de las otras cohortes y compañeros se han unido, si quieres participar.

Dijo esto con una indiferencia tan casual que podrían haber estado discutiendo si querían ir a jugar esa tarde. Robin lo miró boquiabierto. 'Pero él no es... no eres tú... quiero decir, ¿no tiene familia? ¿Se lo han dicho?

El profesor Playfair garabateó un resumen de la conferencia de ese día en la pizarra mientras respondía. 'Anthony no tiene familia excepto su tutor. El señor Falwell ha sido notificado por correo y he oído que está bastante molesto.

—Dios mío —dijo Letty. 'Eso es terrible.'

Dijo esto con una mirada solícita a Victoire, quien entre ellos había conocido mejor a Anthony. Pero Victoire parecía sorprendentemente imperturbable; ella no parecía sorprendida o molesta tanto como vagamente incómoda. De hecho, parecía como si esperara que pudieran cambiar de tema lo más rápido posible. El profesor Playfair estaba más que feliz de complacerlo.

'Bueno, vamos al grano', dijo. 'Dejamos el viernes pasado en las innovaciones de los románticos alemanes. . .'

Babel no lamentó a Antonio. La facultad ni siquiera celebró un servicio conmemorativo. La siguiente vez que Robin subió al piso de platería, un estudiante graduado de cabello trigueño que no conocía se había hecho cargo de la estación de trabajo de Anthony.

"Es repugnante", dijo Letty. '¿Puedes creer... quiero decir, un graduado de Babel, y simplemente actúan como si él nunca hubiera estado aquí?'

Su angustia ocultaba un terror más profundo, un terror que también sentía Robin, que consistía en que Anthony había sido prescindible. Que todos eran prescindibles. Que esta torre, este lugar donde por primera vez encontraron pertenencia, los atesoraba y amaba cuando estaban vivos y eran útiles, pero, de hecho, no se preocupaba por ellos en absoluto. Que eran, al final, sólo recipientes para los idiomas que hablaban.

Nadie dijo eso en voz alta. Estuvo demasiado cerca de romper el hechizo.

De todos ellos, Robin había asumido que Victoire sería la más devastada. Ella y Anthony se habían acercado bastante a lo largo de los años; eran dos de un puñado de eruditos negros en la torre, y ambos nacieron en las Indias Occidentales. De vez en cuando los había visto hablando, con las cabezas juntas, mientras caminaban desde la torre hasta la Buttery.

Pero él nunca la vio llorar ese invierno. Quería consolarla, pero no sabía cómo, sobre todo porque parecía imposible abordar el tema con ella. Cada vez que se mencionaba a Anthony, ella se estremecía, parpadeaba rápidamente y luego se esforzaba por cambiar de tema.

—¿Sabías que Anthony era un esclavo? Letty preguntó una noche en el pasillo. A diferencia de Victoire, estaba decidida a plantear el problema en cada oportunidad; de hecho, estaba obsesionada con la muerte de Anthony de una manera que se sentía incómoda y performativamente justa. O lo habría sido. Su amo no quería que lo liberaran cuando entrara en vigor la abolición, así que se lo iba a llevar a Estados Unidos y solo se quedó en Oxford porque Babel pagó por su libertad. Pagado. ¿Puedes creerlo?'

Robin miró a Victoire, pero su rostro no había cambiado ni un poco.

'Letty', dijo con mucha calma, 'estoy tratando de comer'.

Capítulo Doce

"En una palabra, fui demasiado cobarde para hacer lo que sabía que estaba bien, como había sido demasiado cobarde para evitar hacer lo que sabía que estaba mal".

CHARLES DICKENS,*Grandes expectativas*

E

staban bien en el término de Hilary antes de que Griffin resurgiera. Habían pasado tantos meses para entonces que Robin había dejado de revisar su ventana con su habitual rigor, y se le habría escapado la nota si no hubiera visto a una urraca tratando en vano de sacarla de debajo del cristal.

La nota le indicaba a Robin que se presentara en Twisted Root a las dos y media del día siguiente, pero Griffin llegó casi una hora tarde. Cuando llegó, Robin estaba asombrado por su apariencia demacrada. El mero hecho de caminar por el pub parecía agotarlo; cuando se sentó, respiraba tan fuerte como si acabara de correr la longitud de Parks. Claramente no se había cambiado de ropa en días; su olor flotaba, atrayendo miradas. Se movía con una leve cojera, y Robin vislumbraba vendajes debajo de su camisa cada vez que levantaba el brazo.

Robin no estaba seguro de qué hacer con esto. Tenía una diatriba preparada para esta reunión, pero las palabras murieron al ver la evidente miseria de su hermano. En cambio, se sentó en silencio mientras Griffin pedía pastel de carne y dos vasos de cerveza.

'¿Te va bien el término?' preguntó Griffin.

"Está bien", dijo Robin. Estoy, eh, trabajando en un proyecto independiente ahora.

'¿Con quién?'

Robin se rascó el cuello de la camisa. Se sintió estúpido al mencionarlo. Chakravarti.

'Qué lindo.' Llegó la cerveza. Griffin vació su vaso, lo dejó e hizo una mueca. 'Eso es adorable.'

Sin embargo, el resto de mi cohorte no está muy contento con sus asignaciones.

Por supuesto que no lo son. Griffin resopló. Babel nunca te dejará hacer la investigación que deberías estar haciendo. Sólo la investigación que llena las arcas.

Pasó un largo silencio. Robin se sintió vagamente culpable, aunque no tenía ninguna buena razón para estarlo; aun así, un gusano de incomodidad le carcomía más las tripas con cada segundo que pasaba. Llegó la comida. El plato estaba muy caliente, pero Griffin devoró el suyo como un hombre muerto de hambre. Y él también podría haberlo sido; cuando se inclinaba sobre su lugar, sus clavículas sobresalían de una manera que dolía a la vista.

'Decir . . .' Robin se aclaró la garganta, sin saber cómo preguntar. 'Griffin, es todo-'

'Perdón.' Griffin dejó su tenedor. Es sólo que... Regresé a Oxford anoche y estoy exhausto.

Robin suspiró. 'Seguro.'

De todos modos, aquí hay una lista de los textos que necesito de la biblioteca. Griffin metió la mano en su bolsillo delantero y sacó una nota arrugada. 'Es posible que tenga problemas para encontrar los volúmenes en árabe: he transliterado los títulos para usted, lo que lo llevará al estante correcto, pero luego tendrá que identificarlos por su cuenta. Pero están en el Bodleian, no en la torre, así que no tendrás que preocuparte de que alguien se pregunte qué estás haciendo.

Robin tomó la nota. '¿Eso es?'

'Eso es.'

'¿Realmente?' Robin no pudo reprimirlo más. Esperaba insensibilidad por parte de Griffin, pero no esta pretensión en blanco de ignorancia. Su simpatía se evaporó, junto con su paciencia; ahora el resentimiento, que había mantenido a fuego lento durante un año, saltó a la palestra. '¿Estás seguro?'

Griffin le lanzó una mirada cautelosa. '¿Qué pasa?'

'¿No vamos a hablar de la última vez?' preguntó Robin.

'¿Ultima vez?'

'Cuando sonó la alarma. Soltamos una trampa, soltamos un arma...

Estuviste bien.

—Me dispararon —siseó Robin. '¿Qué sucedió? Alguien se equivocó, y sé que no fui yo, porque estaba justo donde se suponía que debía estar, lo que significa que te equivocaste con las alarmas...

'Estas cosas pasan.' Griffin se encogió de hombros. Lo bueno es que

no atraparon a nadie...

Me dispararon en el brazo.

'Eso escuché.' Griffin miró por encima de la mesa, como si pudiera ver la herida de Robin a través de la manga de su camisa. Aunque pareces bastante bien.

'Tuve que coserme a mí mismo...'

'Bien hecho, tú. Más inteligente que ir a la enfermera de la universidad. No lo hiciste, ¿verdad?

'¿Qué te pasa?'

—Baja la voz —dijo Griffin.

'Mantener mi-'

'No veo por qué estamos trabajando en el punto. Cometí un error, te escapaste, no volverá a suceder. Vamos a dejar de enviar gente contigo. En lugar de eso, dejarás el contrabando afuera por tu cuenta...

—Ese no es el punto —siseó Robin una vez más—. 'Me dejaste lastimarme. Entonces me dejaste afuera en el frío.

Por favor, no seas tan dramático. Griffin suspiró. 'Los accidentes ocurren. Y estás bien. Hizo una pausa, reflexionó y luego dijo en voz más baja: 'Mira, si esto te hace sentir mejor, hay una casa segura en St Aldate's que usamos cuando necesitamos escondernos un rato. Hay una puerta en el sótano junto a la iglesia, parece oxidada, pero solo tienes que buscar dónde está instalada la barra y decir las palabras. Conduce al final de un túnel que se pasó por alto cuando hicieron las renovaciones...

Robin sacudió su brazo hacia Griffin. Una casa segura no soluciona esto.

"Seremos mejores la próxima vez", insistió Griffin. 'Eso fue un desliz, fue mi culpa, nos estamos ajustando. Así que cálmate antes de que alguien te escuche. Se recostó en su silla. 'Ahora. He estado fuera de la ciudad durante meses, así que necesito saber qué ha estado pasando en la torre y me gustaría que seas eficiente al respecto, por favor.

Robin podría haberlo golpeado entonces. Lo habría hecho, si no hubiera atraído las miradas, si Griffin no estuviera tan claramente dolorido.

No obtendría nada de su hermano, lo sabía. Griffin, como el profesor Lovell, podía ser asombrosamente decidido; si algo no les convenía, simplemente no lo reconocían y, de hecho, cualquier intento de obtener reconocimiento sólo terminaría en más frustración. Tuvo el

fugaz impulso de levantarse y marcharse, aunque sólo fuera para ver la expresión de Griffin. Pero eso no le daría una satisfacción duradera. Si se daba la vuelta, Griffin se burlaría de él; si seguía saliendo, solo habría cortado sus propios lazos con Hermes. Así que hizo lo que mejor sabía hacer, tanto con su padre como con su hermano: se tragó sus frustraciones y se resignó a dejar que Griffin estableciera los términos de la conversación.

—No mucho —dijo después de un suspiro tranquilizador—. 'Los profesores no han estado viajando al extranjero recientemente, y tampoco creo que las salas hayan cambiado desde la última vez. Oh, algo terrible sucedió. Un becario de posgrado, Anthony Ribben...

'Claro, conozco a Anthony', dijo Griffin, luego se aclaró la garganta. Lo sabía, quiero decir. La misma cohorte.

'¿Así que has oído?' preguntó Robin.

¿Escuchar qué?

Que está muerto.

'¿Qué? No.' La voz de Griffin era extrañamente plana. 'No, solo quise decir que lo conocía antes de irme. ¿Él está muerto?'

—Perdido en el mar navegando de vuelta desde las Indias Occidentales, al parecer —dijo Robin—.

—Terrible —dijo Griffin con suavidad—. 'Simplemente desagradable.'

'¿Eso es todo?' preguntó Robin.

'¿Qué quieres que te diga?'

'¡Era tu compañero de clase!'

'Odio decírtelo, pero estos incidentes no son infrecuentes. Los viajes son peligrosos. Alguien desaparece cada pocos años.

'Pero es solo. . . se siente mal Que ni siquiera le van a dar un memorial. Simplemente continúan como si nunca hubiera sucedido. Su . . .' Robin se apagó. De repente, quiso llorar. Se sintió tonto por mencionar esto. No sabía lo que había querido, algún tipo de validación, tal vez, de que la vida de Anthony había importado y que no podía ser olvidado tan fácilmente. Pero Griffin, debería haberlo sabido, era la peor persona de quien buscar consuelo.

Griffin se quedó en silencio durante mucho tiempo. Miró por la ventana, con el ceño fruncido por la concentración, como si estuviera pensando en algo. No parecía estar escuchando a Robin en absoluto. Luego ladeó la cabeza, abrió la boca, la cerró y volvió a abrirla. 'Sabes, eso no es una sorpresa. La forma en que Babel trata a sus estudiantes, en particular a los que contrata en el extranjero. Eres un activo para

ellos, pero eso es todo lo que eres. Una máquina de traducción. Y una vez que les fallas, estás fuera.

Pero no fracasó, murió.

'La misma cosa.' Griffin se puso de pie y agarró su abrigo. 'De todos modos. Quiero esos textos dentro de la semana; Te dejaré instrucciones sobre dónde dejarlos.

'¿Hemos terminado?' Robin preguntó, sorprendido. Sintió una nueva ola de decepción. No sabía qué quería de Griffin, o de hecho si Griffin era capaz de dárselo, pero aun así esperaba más que esto.

—Tengo sitios donde estar —dijo Griffin sin volverse—. Ya estaba saliendo. Vigila tu ventana.

Fue, en todos los sentidos, un año muy malo.

Algo había envenenado a Oxford, había succionado todo lo relacionado con la universidad que alegraba a Robin. Las noches se sentían más frías, las lluvias más fuertes. La torre ya no se sentía como un paraíso sino como una prisión. El trabajo del curso era una tortura. Él y sus amigos no disfrutaban de sus estudios; no sintieron ni el emocionante descubrimiento de su primer año ni la satisfacción de trabajar realmente con plata que algún día podría llegar con el cuarto.

Las cohortes mayores les aseguraron que esto siempre sucedía, que el bajón del tercer año era normal e inevitable. Pero ese año parecía un año marcadamente malo en varios otros aspectos. Por un lado, el número de asaltos a la torre aumentó de manera alarmante. Antes, Babel podía esperar dos o tres intentos de allanamiento por año, todos los cuales eran objeto de un gran espectáculo cuando los estudiantes se apiñaban alrededor de las puertas para ver el cruel efecto que las protecciones de Playfair habían producido en ese momento. Pero en febrero de ese año, los intentos de robo comenzaron a ocurrir casi todas las semanas, y los estudiantes comenzaron a cansarse de ver a los policías arrastrando a los perpetradores mutilados por los adoquines.

No solo fueron atacados por ladrones. La base de la torre se profanaba constantemente, generalmente con orina, botellas rotas y alcohol derramado. En dos ocasiones descubrieron grafitis pintados durante la noche con letras escarlata grandes y torcidas. LENGUAS DE SATANÁS decía el que estaba en la pared del fondo; PLATA DEL DIABLO decía el que estaba debajo de la ventana del primer piso.

Otra mañana, Robin y su cohorte llegaron y encontraron a docenas de ciudadanos reunidos en el green, gritando con saña a los eruditos

que entraban y salían por la puerta principal. Se acercaron con cautela. La multitud era un poco aterradora, pero no tan densa como para que no pudieran abrirse camino. Tal vez decía algo que estaban dispuestos a arriesgarse a una multitud en lugar de faltar a clase, pero realmente parecía que podrían arreglárselas sin acoso hasta que un hombre grande se paró frente a Victoire y comenzó a gruñir algo con un acento norteño áspero e incomprensible.

—No te conozco —jadeó Victoire. 'No sé lo que estás-'

'¡Cristo!' Ramy se tambaleó hacia adelante como si le hubieran disparado. Victoria gritó. El corazón de Robin se detuvo. Pero era sólo un huevo, vio; estaba dirigido a Victoire, y Ramy se tambaleó porque se adelantó para protegerla. Victoire se estremeció hacia atrás, protegiéndose la cara con los brazos; Ramy le pasó un brazo por los hombros y la acompañó hasta los escalones de la entrada.

'¿Qué te pasa?' Letty gritó.

El hombre que había lanzado el huevo gritó algo ininteligible a cambio. Rápidamente, Robin apretó la mano de Letty y la arrastró a través de la puerta detrás de Ramy y Victoire.

'¿Estás bien?' preguntó.

Victoire temblaba tanto que apenas podía hablar. 'Bien, estoy bien, oh, Ramy, déjame, tengo un pañuelo. . .'

'No te preocupes.' Ramy se quitó la chaqueta. 'Es una causa perdida, voy a comprar uno nuevo.'

Dentro del vestíbulo, tanto estudiantes como clientes estaban agrupados en la pared, observando a la multitud a través de las ventanas. El primer instinto de Robin fue preguntarse si esto era obra de Hermes. Pero no podía ser: los robos de Griffin estaban tan meticulosamente planeados; desmentían un aparato mucho más sofisticado que esta turba furiosa.

'¿Sabes lo que está pasando?' Robin le preguntó a Cathy O'Nell.

—Creo que son trabajadores del molino —dijo Cathy—. Escuché que Babel acaba de firmar un contrato con los dueños de los molinos al norte de aquí y eso ha dejado a toda esta gente sin trabajo.

'¿Toda esta gente?' Preguntó Rami. ¿Solo con unos lingotes de plata?

'Oh, han despedido a varios cientos de trabajadores', dijo Vimal, que había escuchado por casualidad. Supuestamente es una pareja brillante, algo que se le ocurrió al profesor Playfair, y nos ha dado suficiente para financiar las renovaciones de todo el ala este del vestíbulo. Lo que no me sorprende, si puede hacer el trabajo de todos

esos hombres juntos.

'Pero es bastante triste, ¿no?' reflexionó Cathy. Me pregunto qué harán ahora.

'¿Qué quieres decir?' preguntó Robin.

Cathy hizo un gesto hacia la ventana. 'Bueno, ¿cómo van a mantener a sus familias?'

A Robin le avergonzaba que ni siquiera hubiera considerado esto.

Arriba, en su clase de Etimología, el profesor Lovell expresó una opinión decididamente más cruel. No te preocupes por ellos. Sólo la gentuza habitual. Borrachos, descontentos del norte, maleantes que no tienen mejor manera de expresar sus opiniones que gritarlos en la calle. Preferiría que escribieran una carta, por supuesto, pero dudo que la mitad de ellos sepa leer.

'¿Es cierto que están sin trabajo?' preguntó Victoria.

'Bueno, por supuesto. El tipo de trabajo que hacen es redundante ahora. Debería haber sido despedido hace mucho tiempo; simplemente no hay razón para que el tejido, el hilado, el cardado o la mecha no hayan sido mecanizados. Esto es simplemente progreso humano.

—Parecen bastante molestos por eso —observó Ramy.

'Oh, seguro que están furiosos', dijo el profesor Lovell. Puedes imaginarte por qué. ¿Qué ha hecho el trabajo de la plata por este país durante la última década? Aumento de la productividad agrícola e industrial en un grado inimaginable. Ha hecho que las fábricas sean tan eficientes que pueden funcionar con una cuarta parte de sus trabajadores. Tomemos como ejemplo la industria textil: la lanzadera voladora de Kay, el marco de agua de Arkwright, la mula giratoria de Crompton y el telar de Cartwright fueron posibles gracias al trabajo de la plata. El trabajo de la plata ha catapultado a Gran Bretaña por delante de cualquier otra nación y ha dejado sin trabajo a miles de trabajadores en el proceso. Entonces, en lugar de usar su ingenio para aprender una habilidad que en realidad podría ser útil, decidieron lloriquear al respecto en los escalones de nuestra entrada. Esas protestas afuera no son nada nuevo, ya sabes. Hay una enfermedad en este país. El profesor Lovell habló ahora con un repentino, vehemencia desagradable. “Empezó con los luditas, unos trabajadores idiotas de Nottingham que pensaban que preferían destrozar la maquinaria antes que adaptarse al progreso, y desde entonces se ha extendido por toda Inglaterra. Hay gente por todo el país que preferiría vernos muertos. No es solo Babel la que es atacada de esta manera; no, ni siquiera vemos lo peor, ya que nuestra seguridad es mejor que la de la

mayoría. En el norte, esos hombres están provocando incendios, apedreando a los propietarios de edificios, arrojando ácido a los gerentes de las fábricas. Parece que no pueden dejar de destrozar telares en Lancashire. No, esta no es la primera vez que nuestra facultad recibe amenazas de muerte, es solo la primera vez que se atreven a ir tan al sur como Oxford. “Empezó con los luditas, unos trabajadores idiotas de Nottingham que pensaban que preferían destrozar la maquinaria antes que adaptarse al progreso, y desde entonces se ha extendido por toda Inglaterra. Hay gente por todo el país que preferiría vernos muertos. No es solo Babel la que es atacada de esta manera; no, ni siquiera vemos lo peor, ya que nuestra seguridad es mejor que la de la mayoría. En el norte, esos hombres están provocando incendios, apedreando a los propietarios de edificios, arrojando ácido a los gerentes de las fábricas. Parece que no pueden dejar de destrozar telares en Lancashire. No, esta no es la primera vez que nuestra facultad recibe amenazas de muerte, es solo la primera vez que se atreven a ir tan al sur como Oxford. “Empezó con los luditas, unos trabajadores idiotas de Nottingham que pensaban que preferían destrozar la maquinaria antes que adaptarse al progreso, y desde entonces se ha extendido por toda Inglaterra. Hay gente por todo el país que preferiría vernos muertos. No es solo Babel la que es atacada de esta manera; no, ni siquiera vemos lo peor, ya que nuestra seguridad es mejor que la de la mayoría. En el norte, esos hombres están provocando incendios, apedreando a los propietarios de edificios, arrojando ácido a los gerentes de las fábricas. Parece que no pueden dejar de destrozar telares en Lancashire. No, esta no es la primera vez que nuestra facultad recibe amenazas de muerte, es solo la primera vez que se atreven a ir tan al sur como Oxford. ya que nuestra seguridad es mejor que la mayoría. En el norte, esos hombres están provocando incendios, apedreando a los propietarios de edificios, arrojando ácido a los gerentes de las fábricas. Parece que no pueden dejar de destrozar telares en Lancashire. No, esta no es la primera vez que nuestra facultad recibe amenazas de muerte, es solo la primera vez que se atreven a ir tan al sur como Oxford. ya que nuestra seguridad es mejor que la mayoría. En el norte, esos hombres están provocando incendios, apedreando a los propietarios de edificios, arrojando ácido a los gerentes de las fábricas. Parece que no pueden dejar de destrozar telares en Lancashire. No, esta no es la primera vez que nuestra facultad recibe amenazas de muerte, es solo la primera vez que se atreven a ir tan al sur como Oxford.

¿Recibes amenazas de muerte? preguntó Letty, alarmada.

'Por supuesto. Recibo más y más cada año.

'¿Pero no te molesta?'

El profesor Lovell se burló. 'Nunca. Miro a esos hombres y pienso en las grandes diferencias entre nosotros. Estoy donde estoy porque creo en el conocimiento y el progreso científico, y los he utilizado a mi favor. Están donde están porque se han negado obstinadamente a seguir adelante con el futuro. Los hombres así no me asustan. Los hombres así me hacen reír.

'¿Va a ser así todo el año?' Victoire preguntó en voz baja. En el green, quiero decir.

—No por mucho tiempo —le aseguró el profesor Lovell—. 'No, se habrán marchado esta tarde. Esos hombres no tienen persistencia. Se habrán ido al atardecer una vez que tengan hambre, o una vez que se alejen en busca de una bebida. Y si no lo hacen, las salas y la policía los harán avanzar.

Pero el profesor Lovell estaba equivocado. Este no fue el trabajo de un puñado aislado de descontentos, ni se disiparon simplemente de la noche a la mañana. La policía despejó a la multitud esa mañana, pero regresaron en menor número; varias veces a la semana, una docena de hombres aparecían para acosar a los eruditos en su camino hacia la torre. Una mañana, todo el edificio tuvo que ser evacuado cuando un paquete que hacía un tictac fue entregado en la oficina del profesor Playfair. Resultó ser un reloj conectado a un explosivo. Afortunadamente, la lluvia había empapado el paquete, erosionando el fusible.

'¿Pero qué sucede cuando no llueve?' Preguntó Rami.

Nadie tenía una buena respuesta para eso.

La seguridad en la torre se duplicó durante la noche. El correo ahora fue recibido y clasificado por empleados recién contratados en un centro de procesamiento en medio de Oxford. Un equipo rotativo de policías custodiaba la entrada de la torre a todas horas. El profesor Playfair instaló un nuevo juego de barras plateadas sobre la puerta principal, aunque, como de costumbre, se negó a revelar con qué pares de coincidencias las había inscrito o qué harían cuando se activaran.

Estas protestas no fueron los síntomas de un disturbio menor. Algo estaba ocurriendo en toda Inglaterra, una serie de cambios cuyas consecuencias apenas empezaban a vislumbrar. Oxford, que

constantemente estuvo un siglo por detrás del resto de las principales ciudades de Inglaterra, solo pudo pretender ser inmune al cambio durante tanto tiempo. Las vicisitudes del mundo exterior ahora se habían vuelto imposibles de ignorar. Se trataba de algo más que trabajadores del molino. Reforma, malestar y desigualdad fueron las palabras clave de la década. El impacto total de la llamada revolución industrial plateada, un término acuñado por Peter Gaskell apenas seis años antes, apenas comenzaba a sentirse en todo el país. Las máquinas impulsadas por plata del tipo que William Blake denominó 'molino satánico oscuro' estaban reemplazando rápidamente el trabajo artesanal, pero en lugar de traer prosperidad para todos, en cambio, habían creado una recesión económica, habían provocado una brecha cada vez mayor entre ricos y pobres que pronto se convertiría en el tema de las novelas de Disraeli y Dickens. La agricultura rural estaba en declive; hombres, mujeres y niños se trasladaron en masa a los centros urbanos para trabajar en las fábricas, donde trabajaron horas inimaginablemente largas y perdieron extremidades y vidas en accidentes espantosos. La Nueva Ley de Pobres de 1834, que había sido diseñada para reducir los costos del alivio de la pobreza más que cualquier otra cosa, fue fundamentalmente cruel y punitiva en su diseño; retuvo la ayuda financiera a menos que los solicitantes se mudaran a una casa de trabajo, y esas casas de trabajo estaban diseñadas para ser tan miserables que nadie querría vivir en ellas. El futuro de progreso e ilustración prometido por el profesor Lovell parecía haber producido únicamente pobreza y sufrimiento; los nuevos trabajos que pensó que los trabajadores desplazados deberían asumir nunca se materializaron. Verdaderamente, los únicos que parecían beneficiarse de la revolución industrial plateada eran los que ya eran ricos, y los pocos elegidos que eran lo suficientemente astutos o afortunados para hacerse ricos.

Estas corrientes eran insostenibles. Los engranajes de la historia estaban girando rápido en Inglaterra. El mundo se estaba volviendo más pequeño, más mecanizado y más desigual, y aún no estaba claro dónde terminarían las cosas, o qué significaría eso para Babel o para el propio Imperio.

Sin embargo, Robin y su cohorte hicieron lo que siempre hacen los eruditos, que fue inclinar la cabeza sobre sus libros y concentrarse únicamente en su investigación. Los manifestantes finalmente se dispersaron después de que las tropas enviadas desde Londres arrastraran a los cabecillas a Newgate. Los eruditos dejaron de

contener la respiración cada vez que subían los escalones de la torre. Aprendieron a soportar la pululante presencia policial, junto con el hecho de que ahora tardaba el doble en llegar nuevos libros y correspondencia. Dejaron de leer los editoriales del Oxford Chronicle, que era una publicación pro-reforma y pro-radical recién acuñada que parecía decidida a destruir su reputación.

Aun así, no pudieron ignorar los titulares, pregonados desde cada esquina de la calle en su camino a la torre:

BABEL ¿UNA AMENAZA PARA LA ECONOMÍA NACIONAL?
BARRAS EXTRANJERAS ENVÍAN DECENAS AL OBRA
¡DI NO A LA PLATA!

Debería haber sido angustioso. En verdad, sin embargo, Robin descubrió que en realidad era bastante fácil tolerar cualquier grado de malestar social, siempre y cuando uno se acostumbrara a mirar hacia otro lado.

Una noche tormentosa, cuando se dirigía a cenar a la casa del profesor Lovell, Robin vislumbró a una familia sentada en la esquina de Woodstock Road ofreciendo jarros de hojalata para pedir limosna. Los mendigos eran algo común en las afueras de Oxford, pero las familias enteras eran raras. Los dos niños pequeños lo saludaron con la mano mientras se acercaba, y la vista de sus rostros pálidos y surcados por la lluvia lo hizo sentir lo suficientemente culpable como para detenerse y sacar varios centavos de su bolsillo.

-Gracias -murmuró el padre. 'Dios te bendiga.'

La barba del hombre había crecido y su ropa estaba mucho más andrajosa, pero Robin todavía lo reconoció: era, sin duda, uno de los hombres que le había gritado obscenidades en su camino a la torre hace varias semanas. Se encontró con los ojos de Robin. No estaba claro si también reconoció a Robin; abrió la boca para decir algo, pero Robin aceleró el paso, y el viento y la lluvia ahogaron lo que fuera que el hombre pudiera haberle dicho.

No mencionó la familia a la señora Piper o al profesor Lovell. No quería detenerse en todas las cosas que representaban: el hecho de que a pesar de su lealtad profesada a la revolución, por su compromiso con la igualdad y con ayudar a los que no tenían, no tenía ninguna experiencia de la verdadera pobreza. Había visto tiempos difíciles en

Canton, pero nunca había sabido de dónde vendría su próxima comida o dónde dormiría por la noche. Nunca había mirado a su familia y se había preguntado qué haría falta para mantenerlos con vida. A pesar de su identificación con el pobre huérfano Oliver Twist, a pesar de su amarga autocompasión, el hecho era que desde el día en que había puesto un pie en Inglaterra, no se había ido a dormir con hambre ni una sola vez.

Esa noche cenó, sonrió ante los cumplidos de la señora Piper y compartió una botella de vino con el profesor Lovell. Caminó por una ruta diferente de regreso a la universidad. Al mes siguiente, se olvidó de tomar el mismo desvío en su camino hacia arriba, pero no importó, para entonces, la pequeña familia ya se había ido.

Los exámenes que se avecinaban hicieron que un mal año fuera horrible. Los eruditos de Babel se sometieron a dos rondas de exámenes: una al final del tercer año y otra durante el cuarto. Estos fueron escalonados a lo largo del calendario; los de cuarto año rindieron sus exámenes a la mitad del período de Hilary, mientras que los de tercer año tuvieron hasta el período de Trinity. El efecto fue que, a partir de las vacaciones de invierno, el estado de ánimo en la torre cambió por completo. Las bibliotecas y las salas de estudio estaban abarrotadas durante todo el día por nerviosos de cuarto año que se estremecían cada vez que alguien respiraba y parecían listos para asesinar cada vez que alguien se atrevía a susurrar.

Tradicionalmente, Babel anunciaba públicamente las calificaciones de los cuartos años al final del período de exámenes. Al mediodía del viernes de esa semana, una campana sonó tres veces en toda la torre. Todos se pusieron de pie y corrieron escaleras abajo hacia el vestíbulo, donde los clientes de esa tarde estaban siendo conducidos a la puerta. El profesor Playfair estaba de pie sobre una mesa en el centro de la habitación. Estaba vestido con un vestido adornado con bordes morados, sosteniendo en alto el tipo de pergamino rizado que Robin solo había visto en las iluminaciones medievales. Una vez que se despejó la torre de todos los que no estaban afiliados a la facultad, se aclaró la garganta y entonó: 'Los siguientes candidatos a grado han aprobado sus exámenes de calificación con distinción. Matthew Houndslow...

Alguien en la esquina trasera dejó escapar un fuerte chillido.

—Adam Moorhead.

Un estudiante cerca del frente se sentó verticalmente en el suelo

en medio del vestíbulo, con ambas manos sobre su boca.

"Esto es inhumano", susurró Ramy.

—Muy cruel e inusual —coincidió Robin—. Pero no podía apartar la vista de los procedimientos. Todavía no estaba listo para ser examinado, pero ahora estaba mucho más cerca, y su corazón latía con fuerza con un terror indirecto. Tan horrible como fue esto, también fue emocionante, esta declaración pública de quién había demostrado ser brillante y quién no.

Solo Matthew y Adam habían ganado la distinción. El profesor Playfair anunció un mérito (James Fairfield) y un pase (Luke McCaffrey), luego dijo con voz muy sombría: 'El siguiente candidato reprobó sus exámenes de calificación y no se le pedirá que regrese al Royal Institute of Translation para un posgrado. beca, ni se les otorgará un título. Felipe Wright.

Wright era el especialista en francés y alemán que se había sentado junto a Robin en la cena de la facultad durante su primer año. Con los años, se había vuelto delgado y de aspecto demacrado. Era uno de los estudiantes que constantemente acechaba en la biblioteca como si no se hubiera bañado o afeitado en días, mirando la pila de papeles frente a él con una mezcla de pánico y desconcierto.

—Se le ha ofrecido toda la indulgencia —dijo el profesor Playfair —. Creo que te han concedido más adaptaciones de las que te convienen. Ahora es el momento de reconocer que este es el final de su tiempo aquí, Sr. Wright.

Wright hizo ademán de acercarse al profesor Playfair, pero dos estudiantes graduados lo agarraron por los brazos y tiraron de él hacia atrás. Empezó a rogar, balbuceando sobre cómo se había malinterpretado la respuesta de su examen, cómo podría aclarar todo si tan solo tuviera otra oportunidad. El profesor Playfair se quedó plácidamente con las manos a la espalda, fingiendo no escuchar.

'¿Qué sucedió?' Robin le preguntó a Vimal.

'Dio una etimología popular en lugar de una real.' Vimal negó con la cabeza dramáticamente. Verás, intenté relacionar los canards con los canards, excepto que los canards no están relacionados con los patos canard, son de las Islas Canarias, que llevan el nombre de los perros...

El resto de su explicación eludió a Robin.

El profesor Playfair sacó un frasco de vidrio de su bolsillo interior; el frasco, supuso Robin, que contenía la sangre de Wright. Lo colocó sobre la mesa y pisoteó. Fragmentos de vidrio y manchas marrones

esparcidas por el suelo. Wright comenzó a aullar. No estaba claro qué le había causado realmente la rotura del vial (las cuatro extremidades parecían intactas, por lo que Robin podía ver, y no había sangre fresca), pero Wright se derrumbó en el suelo, agarrándose el estómago como si había sido empalado.

'Horrible', dijo Letty, asombrada.

—Positivamente medieval —coincidió Victoire—.

Nunca antes habían presenciado un fracaso. No podían apartar los ojos.

Se necesitó un tercer estudiante graduado para levantar a Wright, arrastrarlo hasta la puerta principal y arrojarlo sin contemplaciones por las escaleras. Todos los demás miraban, con la boca abierta. Una ceremonia tan grotesca parecía impropia de una institución académica moderna. Sin embargo, esto era completamente apropiado. Oxford, y Babel por extensión, eran, en sus raíces, antiguas instituciones religiosas y, a pesar de toda su sofisticación contemporánea, los rituales que componían la vida universitaria aún se basaban en el misticismo medieval. Oxford era el anglicanismo era el cristianismo, lo que significaba sangre, carne y suciedad. *

La puerta se cerró de golpe. El profesor Playfair se quitó el polvo de la bata, saltó de la mesa y se dio la vuelta para mirar a los demás.

'Bueno, eso está arreglado.' Él sonrió. 'Exámenes felices. Felicidades a todos.

Dos días después, Griffin le pidió a Robin que se reunieran con él en una taberna en Iffley, a casi una hora a pie de la universidad. Era un lugar oscuro y ruidoso. Robin tardó un momento en encontrar a su hermano, que estaba sentado encorvado cerca del fondo. Fuera lo que fuera lo que había estado haciendo desde su último encuentro, aparentemente no había estado comiendo; tenía dos humeantes pasteles de carne delante de él y estaba devorando uno sin temor a quemarse la lengua.

'¿Qué es este lugar?' preguntó Robin.

—A veces ceno aquí —dijo Griffin. La comida es horrible, pero hay mucha y, lo que es más importante, nunca viene nadie de la universidad. Está demasiado cerca de... ¿cómo los llamó Playfair? Los locales.'

Se veía peor de lo que había estado durante todo el trimestre: visiblemente exhausto, con las mejillas hundidas y reducido a un núcleo afilado y delgado. Emitía el aire de un sobreviviente de un

naufragio, de alguien que había viajado largas distancias y apenas había logrado salir con vida, aunque por supuesto no le diría a Robin dónde había estado. Su abrigo negro, que colgaba de la silla detrás de él, apestaba.

'¿Estás bien?' Robin señaló el brazo izquierdo de Griffin. Estaba envuelto en vendajes, pero cualquiera que fuera la herida que había debajo, claramente todavía estaba abierta, porque la mancha oscura sobre su antebrazo se había extendido visiblemente desde que Robin se había sentado.

'Vaya.' Griffin miró su brazo. 'Eso no es nada, solo está tardando una eternidad en cerrarse'.

'Así que es algo.'

'Bah.'

'Se ve mal.' Robin se rió entre dientes, y lo que vino después sonó más amargo de lo que pretendía. Deberías suturarlo. El brandy ayuda.

'Decir ah. No, tenemos a alguien. Haré que lo revisen más tarde. Griffin tiró de su manga sobre los vendajes. 'De todos modos. Te necesito listo la próxima semana. Es muy rápido, por lo que todavía no tengo una buena idea de la hora o el día, pero es importante: esperan un envío masivo de plata de Magniac & Smith, y nos encantaría para obtener una caja durante la descarga. Tomará una gran distracción, por supuesto. Es posible que necesite almacenar algunos explosivos en tu habitación para un acceso rápido...

Robin retrocedió. ¿Explosivos?

'Olvidé que te asustas fácilmente.' Griffin agitó una mano. 'Está bien, te mostraré cómo hacerlos estallar antes del día, y si lo planeas lo suficientemente bien, nadie saldrá lastimado...'

-No -dijo Robin-. 'No, eso es todo, he terminado, esto es absurdo, no voy a hacer esto'.

Griffin arqueó una ceja. ¿De dónde viene todo esto?

Acabo de ver expulsar a alguien...

'Vaya.' Grifo se rió. '¿Quién fue este año?'

-Bien -dijo Robin-. 'Aplastaron un vial de su sangre. Lo echaron de la torre, lo encerraron, lo aislaron de todo y de todos...

Pero eso no te sucederá a ti; eres demasiado brillante. ¿O te estoy impidiendo tu revisión?

"Abrir puertas es una cosa", dijo Robin. Colocar explosivos es otra muy distinta.

'Estará bien, solo confía en mí—'

—Pero yo no —soltó Robin. Su corazón latía muy rápido, pero ya

era demasiado tarde para guardar silencio. Tenía que decirlo todo de una vez; no podía seguir mordiéndose las palabras para siempre. No confío en ti. Te estás poniendo desordenado.

Las cejas de Griffin se alzaron. '¿Sucio?'

No apareces durante semanas y, cuando lo haces, llegas tarde la mitad del tiempo; todas sus instrucciones están tachadas y revisadas tantas veces que realmente se necesita habilidad para descifrar lo que dicen. La seguridad de Babel casi se ha triplicado, pero no pareces interesado en averiguar cómo lidiar con eso. Y todavía no has explicado qué pasó la última vez, o cuál es tu nueva solución para las protecciones. Me dispararon en el brazo y a ti no parece importarte...

—Dije que lo siento por eso —dijo Griffin con cansancio—. No volverá a suceder.

'¿Pero por qué debería creerte?'

'Porque este es importante.' Griffin se inclinó hacia delante. 'Esto podría cambiarlo todo, podría cambiar el equilibrio...'

Dime cómo, entonces. Dime más. Esto no funciona cuando siempre me mantienes en la oscuridad.

Mira, te hablé de St Aldate's, ¿no? Griffin parecía frustrado. Sabes que no puedo decir más. Todavía eres demasiado nuevo, no entiendes los riesgos...

'¿Los riesgos? Yo soy el que toma riesgos, estoy poniendo todo mi futuro en juego…

—Gracioso —dijo Griffin. Y yo que pensaba que la Hermes Society era tu futuro.

'Sabes a lo que me refiero.'

'Sí, está bastante claro.' El labio de Griffin se curvó. En ese momento se parecía mucho a su padre. Tienes un miedo tan grande a la libertad, hermano. Te está encadenando. Te has identificado tanto con el colonizador que crees que cualquier amenaza para ellos es una amenaza para ti. ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que no puedes ser uno de ellos?

'Deja de desviar,' dijo Robin. Siempre te desvías. Cuando digo mi futuro, no me refiero a una publicación cómoda. Me refiero a la supervivencia. Así que dime por qué esto es importante. ¿Porqué ahora? ¿Por qué éste?

'Robin-'

"Me estás pidiendo que arriesgue mi vida por lo invisible", espetó Robin. Y solo te pido que me des una razón.

Griffin se quedó en silencio por un momento. Miró alrededor de la

habitación, tamborileando con los dedos sobre la mesa, y luego dijo en voz muy baja: "Afganistán".

'¿Qué está pasando en Afganistán?'

'¿No lees las noticias? Los británicos van a atraer a Afganistán a su esfera de influencia. Pero hay planes en marcha para asegurarse de que eso no suceda, y de los que realmente no puedo hablarte, hermano...

Pero Robin se estaba riendo. '¿Afganistán? ¿Realmente?'

'¿Es esto gracioso?' preguntó Griffin.

—Eres pura palabrería —dijo Robin, asombrado. Entonces algo en su mente se hizo añicos: la ilusión de que debería admirar a Griffin, que Hermes importaba en absoluto. Te hace sentir importante, ¿no? ¿Actuando como si tuvieras influencia sobre el mundo? He visto a los hombres que realmente manejan las palancas, y no se parecen en nada a ti. No tienen que luchar por el poder. No organizan atracos tontos a medianoche y ponen en peligro a sus hermanos pequeños en un intento descabellado por obtenerlo. Ya lo tienen.

Los ojos de Griffin se entrecerraron. '¿Que significa eso?'

'¿Qué haces?' preguntó Robin. 'De verdad, Griffin, ¿qué diablos has hecho alguna vez? El Imperio sigue en pie. Babel todavía está allí. Sale el sol, y Gran Bretaña todavía tiene sus garras en todas partes del mundo, y la plata sigue fluyendo sin fin. Nada de esto importa.

Dime que en realidad no piensas eso.

'No, yo solo-' Robin sintió una punzada aguda de culpabilidad. Tal vez había hablado con demasiada dureza, pero su punto, pensó, era justo. 'Simplemente no puedo ver lo que se logra con esto. Y me estás pidiendo que renuncie a mucho a cambio. Quiero ayudarte, Griffin. Pero también quiero sobrevivir.

Griffin no respondió durante un largo rato. Robin se quedó mirándolo, sintiéndose cada vez más incómodo mientras él terminaba tranquilamente lo último de su pastel de carne. Luego dejó el tenedor y se limpió meticulosamente la boca con una servilleta.

¿Sabes lo gracioso de Afganistán? La voz de Griffin era muy suave. Los británicos no van a invadir con tropas inglesas. Van a invadir con tropas de Bengala y Bombay. Van a hacer que los cipayos peleen contra los afganos, al igual que hicieron que los cipayos peleen y mueran por ellos en Irrawaddy, porque esas tropas indias tienen la misma lógica que tú, que es que es mejor ser un sirviente del Imperio, coerción brutal. y todo, que resistir. Porque es seguro. Porque es estable, porque les permite sobrevivir. Y así es como ganan, hermano.

Nos enfrentan entre nosotros. Nos destrozan.

—No estoy fuera para siempre —dijo Robin apresuradamente—. 'Yo solo... quiero decir, solo hasta que termine este año, o hasta que las cosas hayan pasado...'

"Así no es como funciona esto", dijo Griffin. 'Estás dentro o no lo estás. Afganistán no está esperando.

Robin respiró entrecortadamente. Entonces me voy.

'Muy bien.' Griffin dejó caer su servilleta y se puso de pie. Sólo mantén la boca cerrada, ¿quieres? Si no, tendré que venir y atar cabos sueltos, y no me gusta ser desordenado.

No se lo diré a nadie. Tienes mi palabra-'

"Realmente no me importa tu palabra", dijo Griffin. Pero sé dónde duermes.

No había nada que Robin pudiera decir a eso. Sabía que Griffin no estaba mintiendo, pero también que si Griffin realmente no confiaba en él, no regresaría vivo a la universidad. Se miraron durante mucho tiempo, sin hablar.

Por fin, Griffin negó con la cabeza y dijo: 'Estás perdido, hermano. Eres un barco a la deriva, en busca de costas conocidas. Entiendo qué es lo que quieres. Yo también lo busqué. Pero no hay patria. Se fue.' Se detuvo junto a Robin de camino a la puerta. Sus dedos aterrizaron en el hombro de Robin, apretando tan fuerte que dolía. Pero date cuenta de esto, hermano. No ondeas la bandera de nadie. Eres libre de buscar tu propio puerto. Y puedes hacer mucho más que mantenerte a flote.

Libro III

Capítulo Trece

Las montañas estarán de parto, el nacimiento será un solo ratoncito risible.

HORACIO, Ars Poetica, trad. CE Wickham

G

riffin cumplió su palabra. Nunca dejó otra nota para Robin. Al principio, Robin estaba seguro de que Griffin simplemente se tomaría un tiempo para enfurruñarse antes de volver a molestarlo con diligencias más pequeñas y rutinarias. Pero una semana se convirtió en un mes, que se convirtió en un término. Esperaba que Griffin fuera un poco más vengativo, que al menos dejara una carta de despedida recriminatoria. Durante los primeros días después de su pelea, se estremecía cada vez que un extraño miraba en su dirección en la calle, convencido de que la Sociedad Hermes había decidido que era mejor atar este cabo suelto.

Pero Griffin lo había eliminado por completo.

Trató de no dejar que su conciencia lo molestara. Hermes no se iría a ninguna parte. Siempre habría batallas que pelear. Todos estarían allí esperando cuando Robin estuviera listo para reunirse con ellos, estaba seguro. Y no podía hacer nada por Hermes si no permanecía firmemente instalado en el ecosistema de Babel. Griffin lo había dicho él mismo: necesitaban gente adentro. ¿No era esa razón suficiente para quedarse donde estaba?

Mientras tanto, hubo exámenes de tercer año. Los exámenes de fin de año eran una cuestión de ceremonia en Oxford. Hasta los últimos años del siglo anterior, los exámenes de viva voz (pruebas de preguntas orales que se hacían públicas para que las presenciaran multitudes de espectadores) habían sido la norma, aunque a principios de la década de 1830, la licenciatura regular requería solo cinco exámenes escritos y un examen de viva voz. , sobre la base de que las respuestas orales eran demasiado difíciles de evaluar objetivamente y además eran innecesariamente crueles. Para 1836, ya no se permitían

espectadores en las vivas y la gente del pueblo perdió una gran fuente de entretenimiento anual.

En cambio, se le dijo a la cohorte de Robin que esperara un examen de ensayo de tres horas en cada uno de sus idiomas de investigación; un examen de ensayo de tres horas en Etimología; un examen de viva voz en Teoría de la Traducción y una prueba de trabajo de la plata. No podían quedarse en Babel si fallaban en alguno de sus exámenes de lengua o teoría, y si fallaban en la prueba de trabajo de la plata, no podrían, en el futuro, trabajar en el octavo piso.*

El viva voce se haría frente a un panel de tres profesores encabezados por el profesor Playfair, quien era un examinador notoriamente duro y de quien se rumoreaba que hacía que al menos dos estudiantes rompieran en llanto cada año. 'Tonterías', decía lentamente, 'es una palabra que solía referirse al brebaje maldito creado por los camareros cuando casi se quedaban sin todas las bebidas al final de la noche. Cerveza, vino, sidra, leche: lo tiraban todo y esperaban que a sus clientes no les importara, ya que, después de todo, el objetivo era simplemente emborracharse. Pero esto es la Universidad de Oxford, no la Turf Tavern después de la medianoche, y necesitamos algo un poco más esclarecedor que emborracharnos. ¿Le gustaría volver a intentarlo?'

El tiempo, que se había sentido infinito durante su primer y segundo año, ahora corría rápidamente por el reloj de arena. Ya no podían posponer sus lecturas para divertirse en el río bajo el supuesto de que siempre había la oportunidad de ponerse al día más tarde. Los exámenes eran en cinco semanas, luego cuatro, luego tres. Cuando el trimestre de Trinity llegó a su fin, el último día de clases debería haber culminado en una tarde dorada, con postres y un cordial de flor de saúco y remar en el Cherwell. Pero en el momento en que sonaron las campanas a las cuatro, empacaron sus libros y caminaron directamente desde el salón de clases del profesor Craft a una de las salas de estudio en el quinto piso, donde se amurallarían, todos los días durante los siguientes trece días, para estudiar minuciosamente. diccionarios y pasajes traducidos y listas de vocabulario hasta que sus sienes latían.

Actuando por generosidad, o tal vez por sadismo, la facultad de Babel puso a disposición un juego de barras de plata para que los examinados las usaran como ayuda para el estudio. Estas barras

estaban grabadas con un par de fósforos utilizando la palabra inglesa meticulous y su precursor en latín metus, que significa "miedo, pavor". El uso moderno de meticuloso había surgido solo unas décadas antes en Francia, con la connotación de tener miedo de cometer un error. El efecto de las barras era inducir una ansiedad escalofriante cada vez que el usuario se equivocaba en su trabajo.

Ramy los odiaba y se negaba a usarlos. "No te dice dónde te equivocaste", se quejó. "Simplemente te dan ganas de vomitar sin ninguna razón que puedas discernir".

—Bueno, podrías hacerlo con más precaución —gruñó Letty, devolviendo su composición marcada—. Has cometido al menos doce errores en esta página y tus frases son demasiado largas...

No son demasiado largos; son ciceronianos.

No puedes excusar todos los malos escritos con el argumento de que son ciceronianos...

Ramy agitó una mano con desdén. 'Está bien, Letty, lo saqué en diez minutos.'

Pero no se trata de velocidad. Se trata de precisión…

"Cuanto más hago, mayor es el rango que adquiero para las posibles preguntas en papel", dijo Ramy. 'Y eso es para lo que realmente tenemos que prepararnos. No quiero quedarme en blanco cuando el papel está frente a mí.

Esta era una preocupación válida. El estrés tenía la capacidad única de borrar de la mente de los estudiantes las cosas que habían estado estudiando durante años. Durante los exámenes de cuarto año del año pasado, se rumoreaba que un examinado se había vuelto tan paranoico que declaró no solo que no podía terminar el examen, sino que estaba mintiendo acerca de hablar francés con fluidez. (De hecho, era un hablante nativo.) Todos pensaron que eran inmunes a esta locura en particular hasta que un día, una semana antes de los exámenes, Letty de repente rompió a llorar y declaró que no sabía ni una palabra de alemán, ni una sola palabra, que ella era un fraude y toda su carrera en Babel se había basado en la simulación. Ninguno de ellos entendió esta diatriba hasta mucho más tarde, porque ella la había pronunciado en alemán.

La falta de memoria fue solo el primer síntoma que se presentó. La ansiedad de Robin por sus marcas nunca lo había puesto tan enfermo físicamente. Primero vino un dolor de cabeza persistente y palpitante, y luego la necesidad constante de vomitar cada vez que se paraba o se movía. Oleadas de temblores seguían sobre él sin previo aviso; a

menudo le temblaba tanto la mano que le costaba agarrar la pluma. Una vez, durante un trabajo de práctica, descubrió que su visión se desvanecía; no podía pensar, no podía recordar una sola palabra, ni siquiera podía ver. Le tomó casi diez minutos recuperarse. No podía obligarse a comer. De alguna manera estaba exhausto todo el tiempo y no podía dormir por un exceso de energía nerviosa.

Entonces, como todos los buenos estudiantes de último año de Oxford, se encontró perdiendo la cabeza. Su control sobre la realidad, ya tenue por el aislamiento sostenido en una ciudad de eruditos, se volvió aún más fragmentado. Horas de revisión habían interferido con su procesamiento de signos y símbolos, su creencia en lo que era real y lo que no lo era. El resumen era fáctico e importante; las exigencias diarias como las gachas y los huevos eran sospechosas. El diálogo cotidiano se convirtió en una tarea; la pequeña charla era un horror, y perdió el control sobre lo que significaban los saludos básicos. Cuando el portero le preguntó si había tenido uno bueno, se quedó quieto y mudo durante unos buenos treinta segundos, incapaz de procesar lo que significaba 'bueno' o, de hecho, 'uno'.

—Oh, lo mismo —dijo Ramy alegremente cuando Robin mencionó esto—. 'Es terrible. Ya no puedo tener conversaciones básicas, sigo preguntándome qué significan realmente las palabras.

—Me estoy chocando con las paredes —dijo Victoire. 'El mundo sigue desapareciendo a mi alrededor, y todo lo que puedo percibir son listas de vocabulario.'

—Son hojas de té para mí —dijo Letty. "Siguen pareciendo glifos, y realmente me encontré tratando de glosar uno el otro día, incluso comencé a copiarlo en papel y todo".

A Robin le alivió saber que no era el único que veía cosas, porque las visiones eran lo que más le preocupaba. Había comenzado a alucinar personas enteras. Una vez, mientras buscaba en las estanterías de Thornton's una antología de poesía en su lista de lectura en latín, Robin vislumbró lo que pensó que era un perfil familiar junto a la puerta. Caminó más cerca. Sus ojos no lo habían traicionado: Anthony Ribben estaba pagando un paquete envuelto en papel, lo más fuerte y saludable posible.

—Anthony... —soltó Robin.

Antonio levantó la vista. Vio a Robin. Sus ojos se abrieron. Robin se adelantó, confundido pero eufórico, pero Anthony empujó apresuradamente varias monedas al librero y salió disparado de la tienda. Cuando Robin salió a Magdalene Street, Anthony había

desaparecido de la vista. Robin miró a su alrededor durante varios segundos y luego volvió a la librería, preguntándose si era posible que hubiera confundido a un extraño con Anthony. Pero no había muchos jóvenes negros en Oxford. Lo que significaba que o le habían mentido sobre la muerte de Anthony (que, de hecho, todo el cuerpo docente de Babel lo había hecho como un elaborado engaño) o se lo había imaginado todo. En su estado actual, encontró lo último mucho más probable.

El examen que más temían todos era el de trabajo de la plata. Durante la última semana del trimestre de Trinity, se les informó que tendrían que idear un par único y grabarlo frente a un supervisor. En su cuarto año, una vez que hubieran terminado sus aprendizajes, aprenderían las técnicas adecuadas de diseño de parejas, grabado y experimentación para la magnitud y duración del efecto, así como las complejidades de los enlaces de resonancia y la manifestación hablada. Pero por ahora, armados solo con los principios básicos de cómo funcionaban los pares de coincidencias, solo tenían que lograr algún efecto. No necesitaba ser perfecto; de hecho, los primeros intentos nunca lo fueron. Pero tenían que hacer algo. Tenían que demostrar que poseían la materia indefinible, el instinto inimitable para el significado, que convertía a un traductor en un platero.

La ayuda de los posgraduados aquí estaba técnicamente prohibida, pero la dulce y amable Cathy O'Nell le pasó a Robin a escondidas un folleto amarillo descolorido sobre los fundamentos de la investigación de parejas una tarde cuando lo sorprendió mirando aturdido y asustado en la biblioteca.

—Está solo en las pilas abiertas —dijo con simpatía—. 'Todos lo hemos usado; haz una lectura completa y estarás bien.'

El folleto estaba bastante anticuado: fue escrito en 1798 y empleaba muchas grafías arcaicas, pero contenía una serie de consejos breves y fáciles de digerir. El primero fue mantenerse alejado de la religión. Este ya lo conocían por decenas de historias de terror. Fue la teología lo que hizo que Oxford se interesara en las lenguas orientales en primer lugar: la única razón por la que el hebreo, el árabe y el siríaco se convirtieron inicialmente en temas de estudio académico fue la traducción de textos religiosos. Pero resultó que la Palabra Sagrada era tanto impredecible como implacable sobre la plata. Había un escritorio en el ala norte del octavo piso al que nadie se atrevía a acercarse porque ocasionalmente aún emitía humo de una fuente

invisible. Allí, se rumoreaba, algún estúpido estudiante de posgrado había intentado traducir en plata el nombre de Dios.

Más útil fue la segunda lección del folleto, que consistía en centrar su investigación buscando cognados. Cognados: palabras en diferentes idiomas que compartieron un ancestro común y, a menudo, también significados similares. *– eran a menudo las mejores pistas para parejas fructíferas, ya que estaban en ramas muy cercanas del árbol etimológico. Pero la dificultad con los cognados era que a menudo sus significados eran tan cercanos que había poca distorsión en la traducción y, por lo tanto, poco efecto que las barras pudieran manifestar. Después de todo, no había una diferencia significativa entre la palabra chocolate en inglés y en español. Además, al buscar cognados, había que tener cuidado con los falsos amigos: palabras que parecían cognados pero que tenían orígenes y significados completamente diferentes. Los ingleses no proceden del latín habere ('tener, poseer'), por ejemplo, sino del latín capere ('buscar'). Y el cognato italiano no significaba 'cognado' como cabría esperar, sino más bien 'cuñado'.

Los falsos amigos eran especialmente engañosos cuando sus significados también parecían estar relacionados. La palabra persa farang, que se usaba para referirse a los europeos, parecía ser un cognado del extranjero inglés. Pero farang en realidad surgió de una referencia a los francos y se transformó para abarcar a los europeos occidentales. El extranjero inglés, por otro lado, se originó del latín fores, que significa 'puertas'. Vincular farang y extranjero, entonces, no produjo nada.*

La tercera lección del folleto introdujo una técnica llamada conexión en cadena. Esto lo recordaron vagamente de la demostración del profesor Playfair. Si las palabras en su pareja binaria han evolucionado demasiado en significado para que una traducción sea plausible, uno podría intentar agregar un tercer o incluso un cuarto idioma como intermediario. Si todas estas palabras estuvieran grabadas en orden cronológico de evolución, esto podría guiar la distorsión del significado de manera más precisa en la forma en que pretendían. Otra técnica relacionada fue la identificación de un segundo étimo: otra fuente que pudo haber interferido en la evolución del significado. El francés fermer ('cerrar, bloquear') se basaba, por ejemplo, bastante obviamente en el latín firmāre ('hacer duro, fortalecer'), pero también había sido influenciado por el latín ferrum, que significa 'hierro'. Fermer, firmare,

Todas estas técnicas sonaban bien en teoría. Eran mucho más difíciles de replicar. La parte difícil, después de todo, fue encontrar una pareja adecuada en primer lugar. Para inspirarse, sacaron una copia del libro mayor actual, la lista completa de pares de coincidencias en uso en todo el Imperio en ese año, y la hojearon en busca de ideas.

"Mira", dijo Letty, señalando una línea en la primera página. He descubierto cómo hacen funcionar esos tranvías sin conductor.

¿Qué tranvías? preguntó Rami.

¿No los has visto correteando por Londres? dijo Lety. Se mueven por voluntad propia, pero no hay nadie que los conduzca.

"Siempre pensé que había algún mecanismo interno", dijo Robin. 'Como un motor, seguramente...'

—Eso es cierto para los más grandes —dijo Letty—. Pero los tranvías de carga más pequeños no son tan grandes. ¿No te has dado cuenta de que parecen tirar de sí mismos? Ella señaló con entusiasmo en la página. Hay barrotes en la pista. Track está relacionado con trecken, del holandés medio, que significa tirar, especialmente cuando pasas por el intermediario francés. Y ahora tienes dos palabras que significan lo que pensamos como una pista, pero solo una de ellas implica una fuerza de movimiento. El resultado es que las vías tiran de los carros hacia adelante. Eso es brillante.'

'Oh, bien,' dijo Ramy. "Solo tenemos que revolucionar la infraestructura de transporte durante nuestros exámenes, y estaremos listos".

Podrían haber pasado horas solos leyendo el libro mayor, que estaba lleno de innovaciones infinitamente interesantes y asombrosamente brillantes. Muchos, descubrió Robin, habían sido ideados por el profesor Lovell. Un par particularmente ingenioso fue la traducción del carácter chino gǔ (古) que significa 'viejo o envejecido', y el inglés 'viejo'. El gǔ chino tenía una connotación de durabilidad y fuerza; de hecho, el mismo carácter 古 estaba presente en el carácter gù (固), que significaba 'duro, fuerte o sólido'. Vincular los conceptos de durabilidad y antigüedad ayudó a evitar que la maquinaria se deteriorara con el tiempo; de hecho, cuanto más tiempo estuvo en uso, más confiable se volvió.

¿Quién es Eveline Brooke? Ramy preguntó, hojeando las entradas más recientes cerca de la parte de atrás.

—¿Eveline Brooke? Robin repitió. '¿Por qué te suena familiar?'

Sea quien sea, es un genio. Ramy señaló una página. Mira, tiene

más de doce pares de cerillas solo en 1833. La mayoría de los becarios graduados no tienen más de cinco.

—Espera —dijo Letty. ¿Te refieres a Evie?

Ramie frunció el ceño. '¿Evie?'

—El escritorio —dijo Letty. '¿Recuerda? ¿Esa vez que Playfair me regañó por sentarme en la silla equivocada? Dijo que era la silla de Evie.

—Supongamos que es muy particular —dijo Victoire. Y no le gusta que la gente juegue con sus cosas.

—Pero nadie ha movido ninguna de sus cosas desde esa mañana —dijo Letty—. 'Me he dado cuenta. Han pasado meses. Y esos libros y bolígrafos están justo donde los dejó. Así que, o se preocupa por sus cosas hasta un punto aterrador, o no ha vuelto a ese escritorio en absoluto.

Mientras hojeaban el libro mayor, otra teoría se hizo más evidente. Evie había sido tremendamente prolífica entre los años 1833 y 1834, pero en 1835, su investigación había desaparecido por completo. Ni una sola innovación en los últimos cinco años. Nunca habían conocido a una Evie Brooke en ninguna de las fiestas o cenas departamentales; no había dado conferencias, ni seminarios. Quienquiera que fuera Eveline Brooke, tan brillante como había sido, claramente ya no estaba en Babel.

—Espera —dijo Victoire. Supongamos que se graduó en 1833. Eso la habría colocado en la misma clase que Sterling Jones. Y Antonio.

y grifo, se dio cuenta Robin, aunque no lo dijo en voz alta.

—Tal vez ella también se perdió en el mar —dijo Letty.

—Una clase maldita, entonces, esa —observó Ramy.

La habitación de repente se sintió muy fría.

—Supongamos que volvemos a revisar —sugirió Victoire. Nadie estuvo en desacuerdo.

En las últimas horas de la noche, cuando habían estado mirando sus libros durante tanto tiempo que ya no podían pensar con claridad, jugaron a concebir pares de coincidencias inverosímiles que podrían ayudarlos a aprobar.

Robin ganó una noche con jīxīn. "En Cantón, las madres enviaban a sus hijos a los exámenes imperiales con un desayuno de corazones de pollo", explicó. 'Porque los corazones de pollo – jīxīn – suena similar a jìxing, que significa memoria.'*

'¿Qué haría eso?' Ramy resopló. —¿Esparcir malditos trocitos de

pollo por todo el papel?

—O haz que tu corazón sea del tamaño de un pollo —dijo Victoire —. 'Imagínate, en un momento tienes un corazón de tamaño normal y al siguiente es más pequeño que un dedal, y no puede bombear toda la sangre que necesitas para sobrevivir, así que colapsas...'

—Cristo, Victoire —dijo Robin. Eso es morboso.

'No, esto es fácil,' dijo Letty. 'Es una metáfora del sacrificio: la clave es el comercio. La sangre del pollo, el corazón del pollo, es lo que respalda tu memoria. Así que solo tienes que sacrificar un pollo para los dioses y pasarás.

Se miraron el uno al otro. Era muy tarde y ninguno de ellos había dormido lo suficiente. En ese momento todos sufrían la peculiar locura de los muy asustados y muy decididos, la locura que hacía que la academia se sintiera tan peligrosa como el campo de batalla.

Si Letty hubiera sugerido que saquearan un gallinero en ese momento, ninguno de ellos habría dudado en seguirlo.

Llegó la semana predestinada. Estaban tan preparados como podían. Les habían prometido un examen justo siempre y cuando hicieran su trabajo, y habían hecho su trabajo. Estaban asustados, por supuesto, pero confiados con cautela. Estos exámenes, después de todo, eran precisamente para lo que habían sido entrenados durante los últimos dos años y medio; Nada mas y nada menos.

El trabajo del profesor Chakravarti fue el más fácil de todos. Robin tuvo que traducir, sin ser visto, un pasaje de quinientos caracteres de largo en chino clásico que había compuesto el profesor Chakravarti. Era una parábola encantadora sobre un hombre virtuoso que pierde una cabra en un campo de moreras pero encuentra otra. Robin se dio cuenta después del examen que había traducido mal yànshǐ, que significaba 'historia romántica', como domador 'historia colorida',*lo cual perdió un poco el tono del pasaje, pero esperaba que las ambigüedades entre 'sexual' y 'colorido' en inglés fueran suficientes para eludir las cosas.

El profesor Craft había escrito un artículo endiabladamente difícil sobre los fluidos papeles de los intérpretes en los escritos de Cicerón. No eran simplemente intérpretes, sino que desempeñaban una serie de funciones, como corredores, mediadores y, en ocasiones, sobornadores. Se instruyó a la cohorte de Robin para que elaborara, entonces, sobre el uso del lenguaje en este contexto. Robin escribió un ensayo de ocho páginas sobre cómo el término interpretes era, para

Cicerón, un valor neutral en última instancia en comparación con el hermeneo de Herodoto, uno de los cuales fue asesinado por Temístocles por usar el griego en nombre de los persas. Concluyó con algunos comentarios sobre la corrección lingüística y la lealtad. Realmente no estaba seguro de cómo se había desempeñado cuando salió de la sala de examen: su mente había recurrido al truco divertido de dejar de entender lo que había argumentado tan pronto como puso el punto en la última oración.

El trabajo del profesor Lovell involucró dos indicaciones. El primero fue un desafío para traducir tres páginas de una rima alfabética sin sentido para niños ("A es para el albaricoque, que fue comido por un oso") a un idioma de su elección. Robin pasó quince minutos tratando de hacer coincidir los caracteres chinos ordenados por sus romanizaciones antes de darse por vencido y tomar la ruta fácil, que consistía en hacerlo todo en latín. La segunda página contenía una fábula del Antiguo Egipto contada a través de jeroglíficos y la traducción al inglés que la acompañaba con las instrucciones para identificar lo mejor que pudieran, sin conocimiento previo del idioma de origen, las dificultades para transmitirlo al idioma de destino. Aquí, la facilidad de Robin con la naturaleza pictórica de los caracteres chinos fue de gran ayuda;

El viva voce no fue tan malo como podría haber sido. El profesor Playfair fue tan duro como prometió, pero aún así un showman incorregible, y la ansiedad de Robin se disipó cuando se dio cuenta de cuánto de la ruidosa condescendencia e indignación de Playfair era por el teatro. 'Schlegel escribió en 1803 que no estaba tan lejos el momento en que el alemán sería la voz hablante del mundo civilizado', dijo el profesor Playfair. 'Discutir.' Robin, afortunadamente, había leído este artículo de Schlegel traducido y sabía que Schlegel se estaba refiriendo a la flexibilidad única y compleja del alemán, que Robin procedió a argumentar que era una subestimación de otros idiomas occidentales como el inglés (que Schlegel acusó en ese mismo artículo). 'brevedad monosilábica') y francés. Este sentimiento fue también -Robin recordó apresuradamente cuando se le acabó el tiempo-el argumento codicioso de un alemán consciente de que el imperio germánico no podía ofrecer resistencia al francés cada vez más dominante, y que buscó refugio en la hegemonía cultural e intelectual. Esta respuesta no fue ni particularmente brillante ni original, pero fue correcta, y el profesor Playfair respondió solo a un puñado de tecnicismos antes de despedir a Robin de la sala.

Su prueba de trabajo de la plata estaba programada para el último día. Se les indicó que se presentaran en el octavo piso en incrementos de treinta minutos: Letty primero al mediodía, luego Robin, luego Ramy, luego Victoire a la una y media.

A las doce y media, Robin subió los siete pisos de la torre y se quedó esperando fuera de la habitación sin ventanas en la parte trasera del ala sur. Su boca estaba muy seca. Era una tarde soleada de mayo, pero no podía evitar que le temblaran las rodillas.

Era simple, se dijo a sí mismo. Solo dos palabras: solo necesitaba escribir dos palabras simples, y luego todo terminaría. No hay motivo para el pánico.

Pero el miedo, por supuesto, no era racional. Su imaginación se desbocó con las mil y una cosas que podían salir mal. Podía dejar caer la barra al suelo, podía sufrir un lapso de memoria en el momento en que cruzaba la puerta, o podía olvidarse de una pincelada o deletrear mal la palabra en inglés a pesar de practicar ambas cien veces. O podría dejar de funcionar. Simplemente podría fallar y nunca conseguiría un puesto en el octavo piso. Todo podría terminar tan rápido.

La puerta se abrió. Letty salió, pálida y temblorosa. Robin quiso preguntarle cómo le había ido, pero ella pasó junto a él y se apresuró a bajar las escaleras.

'Robin.' El profesor Chakravarti asomó la cabeza por la puerta. 'Venga.'

Robin respiró hondo y dio un paso adelante.

La habitación había sido limpiada de sillas, libros y estantes, cualquier cosa valiosa o frágil. Solo quedaba un escritorio, en la esquina, y estaba vacío excepto por una sola barra de plata en blanco y una aguja de grabado.

—Bueno, Robin. El profesor Chakravarti juntó las manos a la espalda. '¿Qué tienes para mí?'

Los dientes de Robin castañeteaban demasiado fuerte para que pudiera hablar. No sabía lo debilitantemente asustado que estaría. Los exámenes escritos habían implicado una buena cantidad de temblores y arcadas, pero cuando llegó el momento, cuando su pluma golpeó el pergamino, se sintió rutinario. Había sido nada más y nada menos que la acumulación de todo lo que había practicado durante los últimos tres años. Esto era algo completamente diferente. No tenía idea de qué esperar.

—Está bien, Robin —dijo amablemente el profesor Chakravarti—.

Funcionará. Sólo tienes que concentrarte. No es nada que no harías cien veces en tu carrera.

Robin respiró hondo y exhaló. 'Es algo muy básico. Es… teóricamente, metafóricamente, quiero decir, es un poco complicado, y no creo que funcione…

'Bueno, ¿por qué no me explicas primero la teoría y luego veremos?'

—Míngbai —soltó Robin. 'Mandarín. Significa, entonces significa, "comprender", ¿verdad? Pero los personajes están cargados de imágenes. Míng: brillante, una luz, claro. Y bai – blanco, como el color. Por lo tanto, no solo significa comprender o darse cuenta: tiene el componente visual de aclarar, de iluminar.' Hizo una pausa para aclararse la garganta. Ya no estaba tan nervioso: el par de cerillas que había preparado sonaba mejor cuando lo decía en voz alta. De hecho, parecía medio plausible. 'Entonces, esta es la parte de la que no estoy muy seguro, porque no sé con qué se asociará la luz. Pero debería ser una forma de aclarar las cosas, de revelar cosas, creo.

El profesor Chakravarti le dedicó una sonrisa alentadora. 'Bueno, ¿por qué no vemos lo que hace?'

Robin tomó la barra con manos temblorosas y colocó la punta del lápiz óptico contra la superficie lisa y en blanco. Se necesitó una cantidad inesperada de fuerza para que el lápiz óptico grabara una línea clara. Esto fue, de alguna manera, calmante: lo hizo concentrarse en mantener la presión constante en lugar de las otras miles de cosas que podía hacer mal.

Terminó de escribir.

'Míngbai', dijo, levantando la barra para que el profesor Chakravarti pudiera ver. 明白. Luego le dio la vuelta. 'Comprender.'

Algo pulsaba en la plata, algo vivo, algo contundente y audaz; un vendaval de viento, una ola rompiendo; y en esa fracción de segundo Robin sintió la fuente de su poder, ese lugar sublime e innombrable donde se creaba el significado, ese lugar al que las palabras se aproximaban pero que no podían, nunca podían precisar; el lugar que sólo podía ser invocado, imperfectamente, pero que aun así haría sentir su presencia. Una brillante y cálida esfera de luz brilló desde el bar y creció hasta envolverlos a ambos. Robin no había especificado qué tipo de entendimiento significaría esta luz; no lo había planeado tan lejos; sin embargo, en ese momento lo sabía perfectamente y, por la mirada en el rostro del profesor Chakravarti, su supervisor también lo sabía.

Dejó caer la barra. Dejó de brillar. Yacía inerte sobre el escritorio entre ellos, un trozo de metal perfectamente ordinario.

"Muy bien", fue todo lo que dijo el profesor Chakravarti. '¿Recuperarás al Sr. Mirza?'

Letty lo estaba esperando fuera de la torre. Se había calmado significativamente; el color había vuelto a sus mejillas, y sus ojos ya no estaban muy abiertos por el pánico. Debía de haber corrido a la panadería calle arriba, porque sostenía una bolsa de papel arrugada en sus manos.

¿Galleta de limón? preguntó mientras él se acercaba.

Se dio cuenta de que estaba hambriento. 'Sí, por favor, gracias.'

Ella le pasó la bolsa. '¿Come te fue?'

'Está bien. No era el efecto exacto que quería, pero era algo. Robin vaciló, con la galleta a medio camino de su boca, sin querer celebrar ni elaborar en caso de que ella hubiera fallado.

Pero ella le sonrió. 'Mismo. Solo quería que sucediera algo, y sucedió, y oh, Robin, fue tan maravilloso...

"Como reescribir el mundo", dijo.

"Como dibujar con la mano de Dios", dijo. 'Como nada que haya sentido antes.'

Se sonrieron el uno al otro. Robin saboreó el sabor de la galleta derritiéndose en su boca – vio por qué estos eran los favoritos de Letty; eran tan mantecosos que se disolvieron instantáneamente, y la dulzura de limón se extendió por su lengua como la miel. Lo habían hecho. Todo estaba bien; el mundo podría seguir moviéndose; nada más importaba, porque ellos lo habían hecho.

Las campanas sonaron para la una y las puertas se abrieron de nuevo. Ramy salió, sonriendo ampliamente.

'Funcionó para ti también, ¿eh?' Se sirvió una galleta.

'¿Cómo lo sabes?' preguntó Robin.

—Porque Letty está comiendo —dijo, masticando—. 'Si alguno de ustedes hubiera fallado, ella estaría golpeando estas galletas hasta convertirlas en migas.'

Victoria tardó más. Pasó casi una hora antes de que saliera del edificio, con el ceño fruncido y nerviosa. Inmediatamente, Ramy estuvo a su lado, con un brazo alrededor de su hombro. '¿Qué sucedió? ¿Estás bien?'

—Les di un par de criollo-francés —dijo Victoire—. Y funcionó, funcionó a las mil maravillas, solo que el profesor Leblanc dijo que no

podían ponerlo en el Libro mayor actual porque no veía cómo una pareja de kreyòl sería útil para alguien que no habla kreyòl. Y luego le dije que sería de gran utilidad para la gente de Haití, y luego se rió.

'Oh querido.' Letty se frotó el hombro. '¿Te dejaron probar uno diferente?'

Ella había hecho la pregunta equivocada. Robin vio un destello de irritación en los ojos de Victoire, pero desapareció en un instante. Ella suspiró y asintió. "Sí, el francés-inglés no funcionó tan bien, y estaba un poco demasiado conmocionado, así que creo que mi letra estaba mal, pero tuvo algún efecto".

Letty hizo un sonido comprensivo. Estoy seguro de que pasarás.

Victoire cogió una galleta. 'Oh, pasé.'

'¿Cómo lo sabes?'

Victoire le lanzó una mirada perpleja. 'Yo pregunté. El profesor Leblanc dijo que había aprobado. Dijo que todos habíamos pasado. ¿Qué, ninguno de ustedes lo sabía?

La miraron por un momento con sorpresa, y luego se echaron a reír.

Ojalá uno pudiera grabar recuerdos completos en plata, pensó Robin, para que se manifiesten una y otra vez en los años venideros, no la cruel distorsión del daguerrotipo, sino una destilación pura e imposible de emociones y sensaciones. Porque la simple tinta sobre papel no era suficiente para describir esta tarde dorada; el calor de la amistad sin complicaciones, todas las peleas olvidadas, todos los pecados perdonados; la luz del sol derritiendo el recuerdo del frío del aula; el sabor pegajoso del limón en sus lenguas y su alivio sorprendido y encantado.

Capítulo catorce

Todos nosotros esta noche estamos soñando, -
Sonreir y suspirar, amar y cambiar:

Oh, en lo más recóndito de nuestro corazón,
Nos vestimos con fantasías tan extrañas

WINTHROP MACKWORTH PRAED, 'El baile de fantasía'

Y

entonces eran libres. No por mucho tiempo: tenían el verano libre y luego repetían todas las miserias que acababan de soportar, con el doble de agonía, durante sus exámenes de cuarto año. Pero septiembre se sentía tan lejano. Apenas era mayo y tenían todo el verano por delante. Ahora se sentía como si tuvieran todo el tiempo del mundo para hacer nada más que ser felices, si pudieran recordar cómo.

Cada tres años, University College celebraba un baile conmemorativo. Estos bailes eran el pináculo de la vida social de Oxford; eran una oportunidad para que las universidades mostraran sus hermosos terrenos y sus prodigiosas bodegas, para que las universidades más ricas hicieran alarde de sus dotaciones y para que las universidades más pobres trataran de abrirse camino hacia la escalera del prestigio. Los bailes permiten que las universidades arrojen todo su exceso de riqueza que, por alguna razón, no asignaron a los estudiantes necesitados en una gran ocasión para sus ex alumnos ricos, con la justificación financiera de que la riqueza atraía a la riqueza, y no había mejor manera de solicitar donaciones. para renovaciones de pasillos que hacer pasar un buen rato a los viejos. Y qué buen momento fue. Las universidades competían cada año para batir récords de pura indulgencia y espectáculo. El vino corrió toda la noche, la música nunca paró,

Letty insistió en que todos compraran boletos. Es exactamente lo que necesitamos. Nos merecemos un poco de indulgencia después de

esa pesadilla. Vendrás conmigo a Londres, Victoire, iremos a que nos prueben los vestidos...

—Absolutamente no —dijo Victoire.

'¿Por qué? Tenemos el dinero. Y te verías deslumbrante en esmeralda, o tal vez en seda blanca...

—Esos sastres no me van a vestir —dijo Victoire. Y la única manera de que me dejen entrar en la tienda es si pretendo ser tu doncella.

Letty se estremeció, pero solo por un momento. Robin la vio reorganizar apresuradamente sus rasgos en una sonrisa forzada. Sabía que Letty estaba aliviada de estar de vuelta en la buena voluntad de Victoire, y ella haría cualquier cosa para quedarse allí. 'Está bien, puedes arreglártelas con uno de los míos. Eres un poco más alto, pero puedo soltar el dobladillo. Y tengo tantas joyas para prestarte que puedo escribir a Brighton y ver si me envían algunas de las cosas viejas de mamá. Tenía unas horquillas preciosas. Me encantaría ver qué puedo hacer con tu pelo...

—No creo que lo entiendas —dijo Victoire, en voz baja pero con firmeza. 'Realmente no quiero-'

Por favor, cariño, no será divertido sin ti. Te compraré el billete.

'Oh', dijo Victoire, 'por favor, no quiero deberte...'

—Puedes comprar el nuestro —dijo Ramy.

Letty puso los ojos en blanco. Compra el tuyo propio.

—No sé, Letty. ¿Tres libras? Eso es bastante caro.

—Trabaja en uno de los turnos de plata —dijo Letty. Son sólo por una hora.

"A Birdie no le gustan los espacios llenos de gente", dijo Ramy.

—Yo no —dijo Robin animosamente. 'Ponte demasiado nervioso. No puedo respirar.

—No seas ridículo —se burló Letty. Los balones son maravillosos. Nunca has visto algo así. Lincoln me trajo como su cita a uno en Balliol - oh, todo el lugar se transformó. Vi actos de teatro que ni siquiera puedes ver en Londres. Y son solo una vez cada tres años; no seremos estudiantes universitarios la próxima vez. Daría cualquier cosa por volver a sentirme así.

Se lanzan miradas de impotencia. El hermano muerto arregló la conversación. Letty lo sabía y no tuvo miedo de invocarlo.

Así que Robin y Ramy se apuntaron para trabajar con el balón. University College había ideado un esquema de trabajo por ingreso para estudiantes demasiado pobres para pagar el precio del boleto, y

los estudiantes de Babel tuvieron mucha suerte aquí, porque en lugar de servir bebidas o llevar abrigos, podían trabajar en lo que se llamaba 'turnos de plata'. Esto no requirió mucho trabajo aparte de verificar periódicamente que los bares encargados de realzar la decoración, las luces y la música no hubieran sido removidos o sacados de sus instalaciones temporales, pero los colegios no parecían saberlo, y Babel no tenía buena razón para informarles.

El día del baile, Robin y Ramy metieron sus levitas y chalecos en bolsas de lona y pasaron junto a las filas de boletos que doblaban la esquina hacia la entrada de la cocina en la parte trasera de la universidad.

University College se había superado a sí mismo. Agotó el ojo; había demasiado para asimilar a la vez: ostras en enormes pirámides de hielo; largas mesas con todo tipo de pasteles dulces, bizcochos y tartas; copas de champán dando vueltas sobre platos precariamente equilibrados; y luces de hadas flotantes que pulsaban a través de una variedad de colores. Se habían erigido escenarios durante la noche en cada patio del colegio, en los que actuaron una variedad de arpistas, músicos y pianistas. Se rumoreaba que un cantante de ópera había sido traído de Italia para actuar en el salón; de vez en cuando, Robin pensaba que podía escuchar sus notas más altas atravesando el estruendo. Los acróbatas retozaban en el césped, retorciendo arriba y abajo largas sábanas de seda y haciendo girar anillos de plata alrededor de sus muñecas y tobillos. Iban vestidos con un atuendo vagamente extranjero. Robin examinó sus rostros, preguntándose de dónde eran. Era la cosa más extraña: sus ojos y labios estaban maquillados de una manera exageradamente oriental, pero bajo la pintura parecían haber sido arrancados de las calles de Londres.

—Hasta aquí los principios anglicanos —dijo Ramy. Esto es una verdadera bacanal.

¿Crees que se les acabarán las ostras? preguntó Robin. Nunca los había probado antes; aparentemente le causaron malestar estomacal al profesor Lovell, por lo que la señora Piper nunca los compró. La carne pegajosa y las conchas brillantes se veían repugnantes y muy tentadoras. Sólo quiero saber cómo saben.

'Iré a buscar uno para ti', dijo Ramy. 'Esas luces están a punto de deslizarse, por cierto, deberías - ahí lo tienes.'

Ramy desapareció entre la multitud. Robin se sentó encima de su escalera y fingió trabajar. En privado, estaba agradecido por el

trabajo. Era humillante vestir ropa negra de sirviente mientras sus compañeros bailaban a su alrededor, sí, pero al menos era una forma más suave de relajarse en el frenesí de la noche. Le gustaba estar escondido a salvo en la esquina con algo que hacer con sus manos; de esta manera la pelota no era tan abrumadora. Y le gustó mucho descubrir qué ingeniosos pares de fósforos de plata había proporcionado Babel para la pelota. Uno, ciertamente ideado por el profesor Lovell, combinó el modismo chino de cuatro palabras 百卉千葩 con la traducción al inglés 'cien plantas y mil flores'. La connotación del original chino, que invocaba una miríada de colores ricos y deslumbrantes, hizo que las rosas fueran más rojas, las violetas florecientes más grandes y más vibrantes.

—Nada de ostras —dijo Ramy. 'Pero te traje algunas de estas trufas, no sé qué son exactamente, pero la gente no dejaba de sacarlas de los platos.' Pasó una trufa de chocolate por la escalera y se metió la otra en la boca. 'Oh, uf. No importa. No comas eso.

'¿Me pregunto qué es?' Robin acercó la trufa a sus ojos. '¿Se supone que esta parte blanda y pálida es queso?'

—Me estremezco al pensar qué otra cosa podría ser —dijo Ramy.

'Sabes', dijo Robin, 'hay un carácter chino, xiǎn,*que puede significar "raro, fresco y sabroso". Pero también puede significar “escaso y escaso”.

Ramy escupió la trufa en una servilleta. '¿Tu punto?'

'A veces las cosas raras y caras son peores.'

No le digas eso a los ingleses, les destrozará todo el sentido del gusto. Ramy miró a la multitud. 'Oh, mira quién ha llegado.'

Letty se abrió paso entre la multitud hacia ellos, tirando de Victoire detrás de ella.

Eres... Dios mío. Robin se apresuró a bajar la escalera. 'Eres increíble.'

Lo dijo en serio. Victoire y Letty estaban irreconocibles. Se había acostumbrado tanto a verlos con camisas y pantalones que a veces se olvidaba de que eran mujeres. Esta noche, recordó, eran criaturas de una dimensión diferente. Letty llevaba un vestido de un material azul pálido y vaporoso que hacía juego con sus ojos. Sus mangas eran bastante enormes, parecía como si pudiera haber escondido una pierna entera de cordero allí arriba, pero esa parecía ser la moda del año, porque las mangas coloridas y ondulantes llenaron los terrenos de la universidad. Robin se dio cuenta de que Letty era bastante bonita; solo que nunca lo había notado antes: bajo las suaves luces de hadas,

sus cejas arqueadas y su mandíbula angulosa no se veían frías y austeras, sino regias y elegantes.

'¿Cómo conseguiste tu cabello así?' exigió Ramy.

Tirabuzones pálidos y saltarines enmarcaban el rostro de Letty, desafiando la gravedad. 'Por qué, rizar papeles.'

—Quieres decir brujería —dijo Ramy. Eso no es natural.

Letty resopló. 'Tienes que conocer a más mujeres.'

¿Dónde, en las salas de conferencias de Oxford?

Ella rió.

Sin embargo, fue Victoire quien realmente se transformó. Ella brillaba contra la tela esmeralda profunda de su vestido. Sus mangas también se hinchaban hacia afuera, pero en ella parecían bastante adorables, como un anillo protector de nubes. Llevaba el pelo recogido en un elegante moño en la parte superior de la cabeza, sujeto con dos horquillas de coral, y un collar de las mismas cuentas de coral brillaba como constelaciones alrededor de su cuello. ella era encantadora Ella también lo sabía; mientras observaba la expresión de Robin, una sonrisa floreció en su rostro.

He hecho un buen trabajo, ¿verdad? Letty miró a Victoire con orgullo. Y pensar que no quería venir.

"Parece la luz de las estrellas", dijo Robin.

Victoria se sonrojó.

'Hola.' Colin Thornhill se acercó a ellos. Parecía bastante borracho; había una mirada aturdida y desenfocada en sus ojos. Veo que incluso los Babblers se han dignado a venir.

"Hola, Colin", dijo Robin con cautela.

'Buena fiesta, ¿no? La chica de la ópera estaba un poco irritada, pero tal vez solo fue la acústica de la capilla; en realidad no es un lugar de actuación adecuado, necesitas un espacio más grande para que el sonido no se pierda.' Sin mirarla, Colin sostuvo su copa de vino frente a la cara de Victoire. Deshazte de esto y tráeme un borgoña, ¿quieres?

Victoire parpadeó, asombrada. 'Consigue uno propio.'

'¿Qué, no estás trabajando en esto?'

'Ella es una estudiante,' espetó Ramy. La has conocido antes.

'¿Tengo?' Colin realmente estaba muy borracho; seguía balanceándose sobre sus pies, y sus pálidas mejillas se habían vuelto de un profundo color rojizo. El vaso colgaba tan precariamente de la punta de sus dedos que Robin temió que se rompiera. 'Bien. Todos me parecen iguales.

—Los camareros van de negro y tienen bandejas —dijo Victoire pacientemente. Robin estaba asombrado por su moderación; habría arrebatado el vaso de la mano de Colin. Aunque creo que podrías probar un poco de agua.

Colin entrecerró los ojos hacia Victoire, como si intentara verla con más detalle. Robin se tensó, pero Colin solo se rió, murmuró algo entre dientes que sonaba como las palabras 'Se parece a una Tregear'. *y se alejó.

—Imbécil —murmuró Ramy.

'¿Me veo como si estuviera sirviendo al personal?' preguntó Victoire ansiosamente. ¿Y qué es un Tregear?

—No importa —dijo Robin rápidamente. 'Ignora a Colin, es un idiota'.

—Y te ves etérea —le aseguró Letty. Todos tenemos que relajarnos, todos... aquí. Extendió su brazo hacia Ramy. Ya ha terminado su turno, ¿no? Bailar conmigo.'

Él rió. 'Absolutamente no.'

'Vamos.' Ella agarró sus manos y tiró de él hacia la multitud que bailaba. 'Este vals no es difícil, te enseñaré los pasos...'

'No, de verdad, para.' Ramy soltó sus manos de las de ella.

Letty se cruzó de brazos. 'Bueno, no es divertido estar sentado aquí.'

“Estamos sentados aquí porque ya apenas nos toleran, y porque mientras no nos movamos demasiado rápido o hablemos demasiado alto, podemos pasar desapercibidos o al menos pretender ser personal de servicio. Así es como funciona esto, Letty. Un hombre moreno en un baile de Oxford es una curiosidad divertida siempre que se mantenga reservado y se las arregle para no ofender a nadie, pero si bailo contigo, entonces alguien me va a pegar, o algo peor.

Ella resopló. No seas dramático.

Sólo estoy siendo prudente, querida.

Uno de los hermanos Sharp pasó justo en ese momento y le tendió la mano a Letty. Parecía un gesto bastante grosero y superficial, pero Letty lo tomó sin comentarios y se fue, lanzando a Ramy una mirada desagradable por encima del hombro mientras se alejaba.

—Bien por ella —murmuró Ramy. Y buen viaje.

Robin se volvió hacia Victoire. ¿Te sientes bien?

'No sé.' Parecía muy nerviosa. Me siento… no sé, expuesta. Poner en pantalla. Le dije a Letty que pensarían que yo era parte del personal...

—No te preocupes por Colin —dijo Robin. Es un idiota.

Parecía poco convencida. Pero ¿no son todos como Colin?

'Hola.' Un chico pelirrojo con un chaleco morado se abalanzó sobre ellos. Era Vincy Woolcombe, el menos horrible de los amigos de Pendennis, recordó Robin. Robin abrió la boca para saludarlo, pero los ojos de Woolcombe se deslizaron sobre él por completo; estaba centrado únicamente en Victoire. 'Estás en nuestra universidad, ¿no es así?'

Victoire miró a su alrededor por un momento antes de darse cuenta de que Woolcombe se estaba dirigiendo a ella. 'Si yo-'

¿Eres Victoire? preguntó. —¿Victoire Desgraves?

—Sí —dijo ella, poniéndose un poco más erguida. ¿Cómo supiste mi nombre?

'Bueno, solo hay dos de ustedes en su año', dijo Woolcombe. 'Mujeres traductoras. Debes ser brillante para estar en Babel. Por supuesto que sabemos sus nombres.

La boca de Victoire estaba ligeramente abierta, pero no dijo nada; parecía incapaz de determinar si Woolcombe estaba a punto de burlarse de ella o no.

'*J'ai entendu dire que tu venais de Paris. Woolcombe inclinó la cabeza en una ligera reverencia. Les parisiennes sont les plus belles.*

Victoria sonrió, sorprendida. 'Ton français est assez bon.'

Robin observó este intercambio, impresionado. Quizás Woolcombe no era tan terrible después de todo, quizás solo era un imbécil en asociación con Pendennis. Él también se preguntó brevemente si Woolcombe se estaría divirtiendo a expensas de Victoire, pero no había amigos lascivos a la vista; nadie miraba disimuladamente por encima del hombro y fingía no reírse.

—Veranos en Marsella —dijo Woolcombe—. 'Mi madre es de ascendencia francesa; ella insistió en que aprendiera. ¿Dirías que es aceptable?

—Exageras un poco las vocales —dijo Victoire con seriedad—, pero por lo demás, no está mal.

Woolcombe, para su crédito, no pareció ofenderse por esta corrección. 'Me alegra oír eso. ¿Te gustaría bailar?'

Victoire levantó la mano, vaciló y luego miró a Robin y Ramy como si les preguntara qué pensaban.

—Vete —dijo Ramy. 'Disfrutar.'

Tomó la mano de Woolcombe y él la apartó.

Eso dejó a Robin sola con Ramy. Sus turnos terminaron; las

campanas habían sonado para las once hacía varios minutos. Ambos se pusieron sus abrigos, prendas negras idénticas que habían comprado en el último momento en Ede & Ravenscroft, pero continuaron demorándose a salvo junto a la pared del fondo. Robin había hecho un intento superficial de entrar en la refriega, pero rápidamente se retiró horrorizado: todas las personas con las que estaba vagamente familiarizado se pararon en grupos apretados conversando y lo ignoraron por completo cuando se acercó, lo que lo hizo sentir torpe e incómodo, o le preguntaron sobre el trabajo. en Babel, ya que aparentemente eso era todo lo que sabían de él. Excepto cuando esto sucedía, lo asaltaban una docena de preguntas por todos lados, todas relacionadas con China y Oriente y la platería. Una vez que escapó de regreso a la tranquilidad fresca junto a la pared,

Ramy, siempre leal, se quedó a su lado. Observaron el procedimiento en silencio durante un rato. Robin le arrebató una copa de clarete a un camarero que pasaba y se la bebió más rápido de lo que debería, solo para calmar su miedo al ruido y la multitud.

Por fin, Ramy preguntó: 'Bueno, ¿vas a invitar a alguien a bailar?'

"No sé cómo", dijo Robin. Miró a la multitud, pero todas las chicas con sus brillantes mangas de globo le parecían iguales.

'¿Bailar? ¿O para preguntar?

Bueno, ambos. Pero sin duda esto último. Parece que necesitas conocerlos socialmente antes de que sea apropiado.

'Oh, eres lo suficientemente guapo,' dijo Ramy. Y tú eres un charlatán. Estoy seguro de que alguno de ellos diría que sí.

La mente de Robin daba vueltas con clarete, o de lo contrario no habría logrado lo que dijo a continuación. ¿Por qué no bailas con Letty?

'No estoy buscando para comenzar una fila.'

'No realmente.'

Por favor, Birdie. Ramy suspiró. 'Tú sabes cómo es.'

—Ella te quiere a ti —dijo Robin. Recién se había dado cuenta de esto, y ahora que lo dijo en voz alta, parecía tan obvio que se sintió estúpido por no haberlo visto antes. 'Muy mal. Entonces por qué-'

¿No sabes por qué?

Sus ojos se encontraron. Robin sintió un cosquilleo en la nuca. El espacio entre ellos se sentía muy cargado, como el momento entre un relámpago y un trueno, y Robin no tenía idea de lo que estaba pasando o de lo que sucedería a continuación, solo que todo se sentía muy extraño y aterrador, como tambalearse al borde de un viento

ventoso. acantilado rugiente.

Abruptamente, Ramy se puso de pie. Hay problemas allí.

Al otro lado del patio, Letty y Victoire estaban de espaldas a la pared, rodeadas por todos lados por un grupo de chicos lascivos. Pendennis y Woolcombe estaban entre ellos. Victoire estaba abrazando sus brazos sobre su pecho, Letty dijo algo muy rápido que no pudieron entender.

—Será mejor que eches un vistazo —dijo Ramy.

'Derecha.' Robin lo siguió a través de la multitud.

—No tiene gracia —gruñía Letty. Sus mejillas estaban manchadas de rabia. Levantó ambos puños como lo haría un boxeador; temblaron mientras ella hablaba. 'No somos coristas, no puedes simplemente...'

—Pero tenemos tanta curiosidad —dijo Pendennis, arrastrando las palabras y borracho. '¿Son realmente de diferentes colores? Nos gustaría ver... llevas unos escotes tan bajos que tienta la imaginación...

Extendió un brazo hacia su hombro. Letty retiró la mano y lo golpeó en toda la cara. Pendennis retrocedió. Su rostro se transformó, bestial con furia. Dio un paso hacia Letty, y por un momento pareció como si realmente fuera a devolverle el golpe. Letty se estremeció.

Robin corrió entre ellos. —Váyanse —les dijo a Victoire y Letty. Se lanzaron hacia Ramy, quien tomó sus manos y los arrastró hacia la puerta trasera.

Pendennis se volvió hacia Robin.

Robin no tenía idea de lo que sucedería a continuación. Pendennis era más alto, un poco más pesado y probablemente más fuerte, pero se balanceaba sobre sus pies, con la mirada desenfocada. Si esto se convirtiera en una pelea, sería una pelea torpe e indigna. Nadie resultaría gravemente herido. Incluso podría dejar a Pendennis en el suelo y alejarse antes de que Pendennis se recupere de él. Pero la universidad tenía reglas estrictas contra las peleas, había muchos testigos y Robin no quería saber cómo le iría en contra de la palabra de Pendennis ante una junta disciplinaria.

—Podemos luchar —susurró Robin. 'Si es lo que quieres. Pero estás sosteniendo una copa de Madeira, ¿y realmente quieres pasar la noche con rojo en la frente?

Los ojos de Pendennis se hundieron en su copa de vino y luego volvieron a mirar a Robin.

—Chink —dijo con una voz muy fea. No eres más que una chinkee disfrazada, ¿lo sabías, Swift?

Los puños de Robin se apretaron. —¿Y vas a dejar que un chino

arruine tu baile?

Pendennis se burló, pero estaba claro que el peligro había pasado. Mientras Robin se tragara su orgullo, mientras se dijera a sí mismo que solo eran palabras que Pendennis le había lanzado, palabras que no significaban nada en absoluto, simplemente podría volverse y seguir a Ramy, Victoire y Letty fuera de la universidad ileso.

Afuera, la brisa fresca de la noche fue un alivio bienvenido contra sus rostros enrojecidos y sobrecalentados.

'¿Qué sucedió?' preguntó Robin. '¿Qué estaban diciendo?'

—No es nada —dijo Victoire. Estaba temblando violentamente; Robin se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros.

—No es nada —espetó Letty. Ese bastardo de Thornhill empezó a hablar de los diferentes colores de nuestro... nuestro... ya sabes, por razones biológicas, y luego Pendennis decidió que deberíamos mostrarles...

—No importa —dijo Victoire. Vamos a caminar.

"Lo mataré", juró Robin. 'Voy a volver a entrar. Lo voy a matar—

Por favor, no lo hagas. Victoire lo agarró del brazo. No empeore esto, por favor.

"Esto es tu culpa", le dijo Ramy a Letty.

'¿Mío? Cómo-'

Ninguno de nosotros quería venir. Victoire te dijo que terminaría mal, y aun así nos obligaste a salir aquí...

'¿Forzado?' Letty soltó una risa aguda. Parecías estar pasándolo bastante bien, con tus chocolates y trufas...

—Sí, hasta que Pendennis y los suyos intentaron violar nuestra Victoire...

También me atacaron a mí, ¿sabes? Esta era una línea de argumento extraña, y Robin no estaba segura de por qué Letty lo hizo, pero lo dijo con vehemencia. Su voz subió varias octavas. 'No fue solo porque ella es...'

'¡Deténgase!' Gritó Victoria. Las lágrimas corrían por su rostro. 'Basta, no es culpa de nadie, solo nosotros... Debería haberlo sabido mejor. No deberíamos haber venido.

"Lo siento", dijo Letty en voz muy baja. 'Victoire, amor, yo no. . .'

'Está bien.' Victoria negó con la cabeza. No hay ninguna razón por la que tú… no importa. Ella tomó una respiración temblorosa. Salgamos de aquí, ¿podemos, por favor? Quiero ir a casa.'

'¿Casa?' Ramy dejó de caminar. '¿Qué quieres decir con casa? Es

una noche de celebración.

'¿Estás loco? Me voy a la cama.' Victoire se tocó la falda de su vestido, ahora embarrado, en la parte inferior. 'Y me voy a salir de esto, me voy a deshacer de estas estúpidas mangas...'

'No tu no eres.' Ramy tiró suavemente de ella hacia High Street. Te has disfrazado para un baile. Te mereces una pelota. Así que vamos a tener uno.

El plan de Ramy, reveló, era que pasaran la noche en el techo de Babel: solo los cuatro, una canasta de dulces (las cocinas eran muy fáciles de robar si parecías personal) y el telescopio bajo una noche clara. cielo.*Pero cuando doblaron la esquina del green, vieron luces y siluetas en movimiento a través de las ventanas del primer piso. Alguien estaba allí.

—Espera... —empezó a decir Letty, pero Ramy subió los escalones de un salto y empujó la puerta para abrirla.

Las luces de hadas se balanceaban por todo el vestíbulo, que estaba repleto de estudiantes y becarios de posgrado. Robin reconoció a Cathy O'Nell, Vimal Srinivasan e Ilse Dejima entre ellos. Algunos bailaron, otros charlaron con copas de vino en las manos y otros permanecieron con la cabeza inclinada sobre mesas de trabajo arrastradas desde el octavo piso, observando atentamente cómo un estudiante graduado grababa un grabado en una barra de plata. Algo hizo puf, y la habitación se llenó con el aroma de las rosas. Todos vitorearon.

Finalmente alguien los notó. '¡Terceros años!' gritó Vimal, indicándoles que entraran. '¿Por qué tardaron tanto?'

"Estábamos en la universidad", dijo Ramy. No sabíamos que había una fiesta privada.

—Deberías haberlos invitado —dijo una chica alemana de cabello oscuro cuyo nombre Robin pensó que podría ser Minna. Ella bailaba en su lugar mientras hablaba, y su cabeza seguía balanceándose pesadamente hacia la izquierda. 'Qué cruel de tu parte, dejarlos ir a ese espectáculo de terror'.

'Uno no aprecia el cielo hasta que ha conocido el infierno', dijo Vimal. 'Revelaciones. O marca. O algo así.'

—Eso no está en la Biblia —dijo Minna—.

—Bueno —dijo Vimal con desdén—, no lo sé.

—Eso fue cruel por tu parte —dijo Letty.

—Date prisa —gritó Vimal por encima del hombro—. Dale a la

chica un poco de vino.

Se repartieron copas; se vertió el oporto. Pronto Robin estuvo muy agradablemente borracho, con la cabeza zumbando y las extremidades flotando. Se apoyó contra los estantes, un poco sin aliento por bailar el vals con Victoire, y disfrutó de la maravilla de todo. Vimal estaba ahora sobre la mesa, bailando una giga vigorosa con Minna. En la mesa opuesta, Matthew Houndslow, ganador de la beca de posgrado más prestigiosa de ese año, estaba inscribiendo una barra de plata con un par de fósforos que provocaba que brillantes esferas de luz rosa y púrpura se balancearan por la habitación.

—Ibasho —dijo Ilse Dejima.

Robin se volvió hacia ella. Ella nunca le había hablado antes; no estaba seguro de si ella había tenido la intención de dirigirse a él. Pero no había nadie más alrededor. '¿Indulto?'

—Ibasho —repitió ella, tambaleándose. Sus brazos flotaban frente a ella, ya sea bailando o dirigiendo la música, no podía decir cuál. De hecho, no podía decir de dónde venía la música en absoluto. No se traduce bien al inglés. Significa “paradero”. Un lugar donde uno se siente como en casa, donde se sienten como ellos mismos.'

Ella escribió los caracteres kanji para él en el aire, 居场所, y él reconoció sus equivalentes chinos. El carácter de una residencia. Los caracteres de un lugar.

En los meses siguientes, cada vez que recordaba esta noche, solo podía captar un puñado de recuerdos claros: después de tres copas de oporto, todo se convirtió en una agradable neblina. Recordaba vagamente haber bailado al son de una frenética melodía celta en mesas juntas, y luego haber jugado algún tipo de juego de lenguaje que en su mayoría implicaba muchos gritos y rimas rápidas, y reírse con tanta fuerza que le dolían los costados. Recordó a Ramy sentado con Victoire en un rincón, imitando tontamente a los profesores hasta que sus lágrimas se secaron, y luego hasta que ambos lloraron de la risa. —Desprecio a las mujeres —entonó Ramy en el severo tono monótono del profesor Craft. Son volubles, se distraen fácilmente y, en general, no son aptos para el tipo de estudio riguroso que exige la vida académica.

Recordó frases en inglés que surgían espontáneamente en su mente mientras observaba las juergas; frases de canciones y poemas de los que no estaba muy seguro del significado, pero que se veían y sonaban bien, ¿y tal vez eso era exactamente lo que era la poesía? ¿Significado a través del sonido? ¿A través de la ortografía? No podía recordar si

simplemente lo pensó o si lo preguntó en voz alta a todos los que se cruzó, pero se encontró consumido por la pregunta: "¿Qué es la luz fantástica?" *

Y recordó estar sentado en las escaleras hasta bien entrada la noche con Letty, que lloraba furiosamente en su hombro. Me gustaría que me viera", repetía entre hipos. ¿Por qué no quiere verme? Y aunque Robin podía pensar en un sinfín de razones -porque Ramy era un hombre moreno en Inglaterra y Letty la hija de un almirante; porque Ramy no quería que le dispararan en la calle; o porque Ramy simplemente no la quería como ella a él, y ella había confundido su amabilidad general y su ostentoso brío con una atención especial, porque Letty era el tipo de chica que estaba acostumbrada a, y había llegado a esperar siempre, una atención especial-, sabía que era mejor no decirle la verdad. Lo que Letty quería entonces no era un consejo honesto, sino alguien que la consolara y la amara y le diera, si no la atención que ansiaba, sí un remedo de ella. Así que la dejó sollozar contra él, empapando de lágrimas la parte delantera de su camisa, y le frotó círculos en la espalda mientras murmuraba sin sentido que no entendía - ¿era Ramy un tonto? ¿Qué era lo que no le gustaba de ella? Era guapísima, guapísima, ponía celosa a la mismísima Afrodita... de hecho, entonó, debería sentirse afortunada de no haberse convertido ya en una mosca de mayo. Esto hizo que Letty soltara una risita, lo que detuvo un poco su llanto, y eso era bueno; significaba que él había hecho su trabajo.

Tenía la extraña sensación de desaparecer mientras hablaba, de desvanecerse en el fondo de una pintura que representaba una historia que debía ser tan vieja como la historia. Y tal vez fuera la bebida, pero estaba fascinado por la forma en que parecía flotar fuera de sí mismo, para observar desde el toldo cómo los sollozos entrecortados de ella y los murmullos de él se mezclaban, flotaban y se convertían en bocanadas de condensación contra las frías vidrieras.

Todos estaban muy borrachos cuando terminó la fiesta, excepto Ramy, que de todos modos estaba borracho de cansancio y de risa, que era la única razón por la que parecía una buena idea pasear por el cementerio detrás de St Giles, dando la vuelta. al norte, a donde vivían las niñas. Ramy murmuró una súplica en voz baja y atravesaron la puerta. Al principio pareció una gran aventura cuando tropezaron unos contra otros, riéndose, mientras se abrían paso entre las lápidas. Pero entonces el aire pareció cambiar muy rápidamente. El calor de

las farolas se apagó; las sombras de la lápida se alargaban, moviéndose, como si desmintieran alguna presencia que no los quería allí. Robin sintió un terror repentino y escalofriante. No era ilegal caminar por el cementerio, pero de repente parecía una violación horrible traspasar estos terrenos en su estado.

Ramy también lo había sentido. Démonos prisa.

Robin asintió. Comenzaron a tejer más rápido entre las lápidas. —No debería estar aquí después de Maghrib —murmuró Ramy. Debería haber escuchado a mi madre...

—Espera —dijo Victoire. Letty sigue siendo... ¿Letty?

Se dieron la vuelta. Letty se había quedado atrás varias filas atrás. Estaba de pie ante una lápida.

'Mirar.' Ella señaló, con los ojos muy abiertos. 'Es ella.'

'¿Ella quién?' preguntó Rami.

Pero Letty solo se quedó allí, mirando.

Dieron la vuelta para reunirse con ella ante la piedra erosionada. Eveline Brooke, decía. Amadísima hija, erudito. 1813–1834.

—Eveline —dijo Robin. 'Es eso-'

—Evie —dijo Letty. La chica del escritorio. La chica con todos los pares de fósforos en el libro mayor. Ella está muerta. Todo este tiempo. Hace cinco años que murió.

De repente, el aire de la noche se sintió helado. El calor persistente del oporto se había evaporado con sus risas; ahora estaban sobrios, fríos y muy asustados. Victoire se ciñó más el chal sobre los hombros. ¿Qué crees que le pasó a ella?

'Probablemente algo mundano.' Ramy hizo un valiente esfuerzo por disipar la tristeza. Probablemente se enfermó, o tuvo un accidente, o se agotó demasiado. Podría ser que fue a patinar sin bufanda. Podría ser que estaba tan absorta en su investigación que se olvidó de comer.

Pero Robin sospechaba que la muerte de Evie Brooke era algo más que una simple enfermedad. La desaparición de Anthony apenas había dejado rastro en la facultad. El profesor Playfair parecía ya haber olvidado que alguna vez existió; no había dicho una palabra sobre Anthony desde el día en que anunció su muerte. Sin embargo, había mantenido el escritorio de trabajo de Evie intacto durante cinco años y contando.

Eveline Brooke había sido alguien especial. Y algo horrible había sucedido aquí.

—Supongamos que nos vamos a casa —susurró Victoire al cabo de un rato.

Deben haber estado en el cementerio durante bastante tiempo. El cielo oscuro estaba dando paso lentamente a una luz pálida, el frío se condensaba en el rocío de la mañana. Se acabó la pelota. La última noche del trimestre había terminado, había dado paso al interminable verano. Sin decir palabra, se tomaron de las manos y caminaron a casa.

Capítulo quince

A medida que los días adquieren una luz más suave, y la manzana finalmente cuelga realmente acabada e indolentemente madura en el árbol,
¡Luego, por los días más tranquilos y felices de todos!

WALT WHITMAN, 'Días felices'

Robin recibió las calificaciones de su examen en su pidge a la mañana siguiente (Mérito en Teoría de la Traducción y Latín, Distinción en Etimología, Chino y Sánscrito), junto con la siguiente nota impresa en papel grueso y cremoso: La junta de estudios de pregrado en el Royal Institute of Translation se complace en informarle que ha sido invitado a continuar su mandato como becario de pregrado para el próximo año.

Sólo cuando tuvo los papeles en la mano todo pareció real. Él había pasado; todos habían pasado. Durante al menos otro año, tuvieron un hogar. Tenían alojamiento y comida pagados, una asignación constante y acceso a todas las riquezas intelectuales de Oxford. No se verían obligados a abandonar Babel. Podían respirar tranquilos de nuevo.

Oxford en junio fue cálido, pegajoso, dorado y hermoso. No tenían asignaciones urgentes de verano: podían investigar más sobre sus proyectos independientes si lo deseaban, aunque, en general, las semanas entre el final de Trinity y el comienzo del próximo Michaelmas se reconocían tácitamente como una recompensa y un breve respiro, ese cuarto entrante. años merecidos.

Esos fueron los días más felices de sus vidas. Hicieron picnics de uvas maduras y rebosantes; panecillos frescos; y queso Camembert en las colinas de South Park. Fueron remando arriba y abajo del Cherwell; Robin y Ramy eran pasablemente buenos en eso, pero las chicas no parecían dominar el arte de empujarlos hacia adelante en lugar de hacerlo de lado hacia el banco. Caminaron las siete millas al

norte hasta Woodstock para recorrer el Palacio de Blenheim, pero no entraron, ya que la tarifa turística era exorbitante. Una compañía de actores visitante de Londres presentó algunos extractos de Shakespeare en el Sheldonian; eran innegablemente horribles, y los abucheos de los estudiantes universitarios que se portaban mal probablemente los empeoraron, pero la calidad no era el punto.

Cerca de finales de junio, todo el mundo podía hablar de la coronación de la reina Victoria. Muchos de los estudiantes y becarios que aún estaban en el campus tomaron vagones a Didcot para tomar el tren a Londres el día anterior, pero los que permanecieron en Oxford disfrutaron de un deslumbrante espectáculo de luces. Hubo rumores de que se organizaría una gran cena para los pobres y las personas sin hogar de Oxford, pero las autoridades de la ciudad argumentaron que la riqueza del rosbif y el budín de ciruelas pondría a los pobres en tal estado de excitación que perderían la capacidad de disfrutar adecuadamente. la iluminacion * Así que los pobres pasaron hambre esa noche, pero al menos las luces eran hermosas. Robin, Ramy y Victoire paseaban con Letty por High Street con jarras de sidra fría en la mano, tratando de conjurar el mismo sentido de patriotismo visible en todos los demás.

Cerca del final del verano hicieron un viaje de fin de semana a Londres, donde bebieron de la vitalidad y variedad de las que Oxford, suspendida siglos atrás, tanto carecía. Fueron a Drury Lane y vieron un espectáculo: la actuación no fue muy buena, pero el maquillaje chillón y el ingenioso gorjeo del tono los mantuvieron fascinados durante las tres horas de duración. Recorrieron los puestos de New Cut en busca de fresas regordetas, baratijas de cobre y bolsitas de tés supuestamente exóticos; lanzaba centavos a monos bailarines y organilleros; esquivó las prostitutas que hacían señas; miraba con diversión los puestos callejeros de lingotes de plata falsificados;*cenó en una casa de curry 'auténtica india' que decepcionó a Ramy pero satisfizo al resto de ellos; y dormí toda la noche en una sola habitación llena de gente en Doughty Street. Robin y Ramy yacían en el suelo envueltos en abrigos mientras las chicas se acurrucaban en la estrecha cama, todas riéndose y susurrando hasta bien pasada la medianoche.

Al día siguiente hicieron un recorrido a pie por la ciudad que terminó en el Puerto de Londres, donde caminaron hasta los muelles y se maravillaron con los enormes barcos, sus grandes velas blancas y el complejo entrelazado de sus mástiles y aparejos. Intentaron identificar las banderas y los logotipos de las empresas de los barcos que partían,

especulando sobre su procedencia o destino. ¿Grecia? ¿Canadá? ¿Suecia? ¿Portugal?

'Dentro de un año estaremos subiendo a uno de estos', dijo Letty. ¿Hacia dónde crees que navegará?

Cada cohorte que se graduó en Babel realizó un gran viaje internacional totalmente compensado al finalizar los exámenes de cuarto año. Estos viajes generalmente se correspondían con algún negocio de Babel: los graduados habían servido como intérpretes en vivo en la corte de Nicolás I, buscado tablillas cuneiformes en las ruinas de Mesopotamia y una vez, accidentalmente, causaron una ruptura diplomática cercana en París, pero eran principalmente una oportunidad para los graduados de simplemente ver el mundo y sumergirse en los entornos lingüísticos extranjeros de los que habían sido secuestrados durante sus años de estudio. Había que vivir los idiomas para entenderlos y, después de todo, Oxford era lo opuesto a la vida real.

Ramy estaba convencido de que su clase sería enviada a China o India. Simplemente están sucediendo muchas cosas. La Compañía de las Indias Orientales perdió su monopolio en Cantón, lo que significa que necesitarán traductores para todo tipo de reorientaciones comerciales. Daría mi brazo izquierdo por que fuera Calcuta. Te va a encantar, nos vamos a quedar un rato con mi familia; Les he escrito todo sobre ti, incluso saben que Letty no puede tomar su té demasiado caliente. O tal vez vayamos a Canton, ¿no sería maravilloso, Birdie? ¿Cuándo fue la última vez que estuviste en casa?

Robin no estaba seguro de querer regresar a Canton. Lo había considerado unas cuantas veces, pero no podía evocar ningún sentimiento de emoción, solo un temor confuso y vagamente culpable. Nada le esperaba allí; sin amigos, sin familia, solo una ciudad que solo recordaba a medias. Más bien, tenía miedo de cómo podría reaccionar si se iba a casa; si retrocediera al mundo de una infancia olvidada. ¿Qué pasaría si, al regresar, no pudiera decidirse a irse?

Peor aún, ¿y si no sentía nada en absoluto?

"Lo más probable es que nos envíen a algún lugar como Mauricio", dijo. Deja que las chicas hagan uso de su francés.

¿Crees que el criollo de Mauricio se parece en algo al criollo haitiano? Letty le preguntó a Victoria.

—No estoy segura de que sean mutuamente inteligibles —dijo Victoire. "Ambos están basados en el francés, por supuesto, pero Kreyòl toma claves gramaticales del idioma Fon, mientras que el

criollo de Mauricio. . . mmm No sé. No hay Grammatica, así que no tengo nada que consultar.

—Tal vez escribas uno —dijo Letty.

Victoire le lanzó una pequeña sonrisa. 'Tal vez.'

El desarrollo más feliz de ese verano fue que Victoire y Letty habían vuelto a ser amigas. De hecho, todo el horror extraño y mal definido de su tercer año se había evaporado con la noticia de que habían aprobado sus exámenes. Letty ya no irritaba los nervios de Robin, y Ramy ya no hacía que Letty frunciera el ceño cada vez que abría la boca.

Para ser justos, sus peleas fueron pospuestas en lugar de resueltas. Realmente no habían confrontado las razones por las que se habían peleado, pero todos estaban dispuestos a culpar al estrés. Llegaría un momento en el que tendrían que enfrentarse a sus diferencias muy reales, en el que discutirían las cosas en lugar de cambiar siempre de tema, pero por ahora se contentaban con disfrutar del verano y recordar de nuevo cómo era amar. unos y otros.

Porque éstos, en verdad, fueron los últimos de los días dorados. Ese verano se sintió aún más precioso porque todos sabían que no podía durar, que tales delicias solo eran así debido a las noches interminables y agotadoras que se las habían ganado. Pronto comenzaría el cuarto año, luego los exámenes de graduación y luego el trabajo. Ninguno de ellos sabía cómo sería la vida después de eso, pero seguramente no podrían seguir siendo una cohorte para siempre. Seguramente, eventualmente, tuvieron que dejar la ciudad de las torres de ensueño; tenían que tomar posesión de sus respectivos puestos y devolver todo lo que les había dado Babel. Pero el futuro, vago como aterrador, fue fácilmente ignorado por ahora; palidecía tanto contra el brillo del presente.

En enero de 1838, el inventor Samuel Morse había hecho una demostración en Morristown, Nueva Jersey, mostrando un dispositivo que podía transmitir mensajes a largas distancias utilizando impulsos eléctricos para transmitir una serie de puntos y rayas. Escéptico, el Congreso de los Estados Unidos se negó a otorgarle fondos para construir una línea que conectara el capitolio en Washington, DC, con otras ciudades, y se demoraría en hacerlo durante otros cinco años. Pero los académicos del Royal Institute of Translation, tan pronto como se enteraron de que el dispositivo de Morse funcionaba, se fueron al extranjero y engatusaron a Morse para que hiciera una visita

de meses a Oxford, donde el departamento de trabajo de la plata se sorprendió de que este dispositivo no requiriera pares. funcionar, sino que funcionaba con electricidad pura. En julio de 1839, Babel albergaba la primera línea de telégrafo en funcionamiento en Inglaterra, *

El código Morse original transmitía solo números, bajo el supuesto de que el receptor podía buscar las palabras correspondientes en una guía. Esto estuvo bien para conversaciones que involucraban un vocabulario limitado: señales de trenes, informes meteorológicos y ciertos tipos de comunicaciones militares. Pero poco después de la llegada de Morse, los profesores De Vreese y Playfair desarrollaron un código alfanumérico que permitía el intercambio de mensajes de cualquier tipo.*Esto amplió los posibles usos del telégrafo al comercial, personal y más allá. Rápidamente se corrió la voz de que Babel tenía medios para comunicarse instantáneamente con Londres desde Oxford. Pronto, los clientes, en su mayoría hombres de negocios, funcionarios gubernamentales y clérigos ocasionales, se apiñaron en el vestíbulo y se alinearon alrededor de la cuadra con los mensajes que necesitaban enviar. El profesor Lovell, exasperado por el clamor, quiso colocar las protecciones defensivas sobre la multitud. Pero prevalecieron cabezas más tranquilas y más afinadas financieramente. El profesor Playfair, al ver un gran potencial de ganancias, ordenó que el ala noroeste del vestíbulo, que antes se usaba para almacenamiento, se convirtiera en una oficina de telégrafos.

El siguiente obstáculo fue dotar de personal a la oficina con operadores. Los estudiantes eran la fuente obvia de trabajo gratuito, por lo que todos los estudiantes universitarios y graduados de Babel debían aprender el código Morse. Esto tomó solo unos días, ya que el código Morse era el idioma raro que, de hecho, tenía una correlación perfecta de uno a uno entre los símbolos del idioma, siempre que uno se comunicara en inglés. Cuando septiembre dio paso a octubre y el período de Michaelmas comenzó ese otoño, a todos los estudiantes del campus se les asignó trabajar al menos un turno de tres horas a la semana. Y así, a las nueve en punto todos los domingos por la noche, Robin se arrastraba hasta la pequeña oficina del vestíbulo y se sentaba junto a la máquina de telégrafo con una pila de lecturas del curso, esperando que la aguja cobrara vida.

La ventaja del turno de tarde era que la torre recibía muy poca correspondencia durante esas horas, ya que todos en la oficina de Londres ya se habrían ido a casa. Todo lo que Robin tenía que hacer

era permanecer despierto desde las nueve hasta la medianoche, en caso de que llegara alguna misiva urgente. Por lo demás, era libre de hacer lo que quisiera y, por lo general, pasaba esas horas leyendo o revisando sus composiciones para la clase de la mañana siguiente.

De vez en cuando miraba por la ventana, entrecerrando los ojos a través del patio para aliviar la tensión de la luz tenue en sus ojos. El green solía estar vacío. High Street, tan concurrida durante el día, era inquietante tarde en la noche; cuando el sol se había puesto, cuando toda la luz provenía de pálidas farolas o de velas dentro de las ventanas, parecía otro Oxford paralelo, un Oxford del reino de las hadas. Especialmente en las noches despejadas, Oxford se transformaba, sus calles claras, sus piedras silenciosas, sus agujas y torretas prometían acertijos y aventuras y un mundo de abstracción en el que uno podía perderse para siempre.

En una de esas noches, Robin levantó la vista de su traducción de las historias de Sima Qian y vio dos figuras vestidas de negro caminando rápidamente hacia la torre. Se le cayó el estómago.

Sólo cuando llegaron a los escalones de la entrada, cuando las luces del interior de la torre brillaron sobre sus rostros, se dio cuenta de que eran Ramy y Victoire.

Robin se quedó congelado en su escritorio, sin saber qué hacer. Estaban aquí por asuntos de Hermes. Tenían que serlo. Nada más explicaba el atuendo; las miradas furtivas; el viaje nocturno a la torre cuando Robin supo que no tenían por qué estar allí, porque los había visto terminar sus trabajos para el seminario del profesor Craft en el piso de la habitación de Ramy solo unas horas antes.

¿Los había reclutado Griffin? Ciertamente, eso era todo, pensó Robin con tristeza. Se había dado por vencido con Robin, así que se había ido por los demás en su cohorte en su lugar.

Por supuesto que no los denunciaría, eso no estaba en duda. Pero, ¿debería ayudarlos? No, tal vez no: la torre no estaba del todo vacía; todavía había investigadores en el octavo piso, y si asustaba a Ramy y Victoire, podría atraer una atención no deseada. La única opción parecía ser no hacer nada. Si fingía no darse cuenta nunca, y si tenían éxito en lo que querían, entonces el frágil equilibrio de sus vidas en Babel no se vería perturbado. Entonces podrían mantener la fina capa de negación con la que Robin había vivido durante años. Después de todo, la realidad era tan maleable: los hechos podían olvidarse, las verdades suprimirse, las vidas podían verse desde un solo ángulo como un prisma engañoso, si uno resolvía nunca mirar demasiado de

cerca.

Ramy y Victoire atravesaron la puerta y subieron las escaleras. Robin entrenó sus ojos en su traducción, tratando de no forzar su oído por cualquier indicio de lo que podrían estar haciendo. Diez minutos después, escuchó pasos descendiendo. Tenían lo que habían venido a buscar. Pronto volverían a salir por la puerta. Entonces el momento pasaría, y la calma se reanudaría, y Robin podría relegar esto al fondo de su mente con todas las otras verdades desagradables que no tenía la voluntad de desenredar—

Un gemido estridente e inhumano atravesó la torre. Escuchó un gran estruendo, luego un ataque de maldiciones. Se levantó de un salto y salió corriendo del vestíbulo.

Ramy y Victoire estaban atrapados justo afuera de la puerta principal, atrapados en una telaraña de reluciente hilo plateado que se duplicaba y multiplicaba ante sus ojos, nuevos hilos azotaban sus muñecas, cinturas, tobillos y gargantas con cada segundo que pasaba. Un puñado de artículos yacían esparcidos a sus pies: seis barras de plata, dos libros viejos, una aguja de grabado. Artículos que los eruditos de Babel solían llevarse a casa al final del día.

Excepto que, al parecer, el profesor Playfair había cambiado con éxito las protecciones. Había logrado incluso más de lo que Robin temía: los había alterado para detectar no solo qué personas y cosas pasaban, sino también si sus propósitos eran legítimos.

—Pajarito —jadeó Ramy. Redes de plata se apretaron alrededor de su cuello; sus ojos se hincharon. 'Ayudar-'

Quédate quieto. Robin tiró de los hilos. Eran pegajosos pero flexibles, frágiles; imposible escapar solo pero no sin ayuda. Primero liberó el cuello y las manos de Ramy, luego juntos sacaron a Victoire de la red, aunque las piernas de Robin se enredaron en el proceso. La web, al parecer, sólo daba si podía tomar. Pero su vicioso azote había cesado; cualquiera que fuera la pareja que había disparado la alarma, parecía haberse calmado. Ramy liberó sus tobillos y dio un paso atrás. Por un momento todos se miraron a la luz de la luna, desconcertados.

'¿Tú también?' preguntó finalmente Victoria.

—Parece que sí —dijo Robin. ¿Te envió Griffin?

'¿Grifo?' Victoire parecía desconcertada. 'No, Antonio...'

—¿Anthony Ribben?

'Por supuesto,' dijo Ramy. '¿Quién más?'

Pero está muerto...

—Esto puede esperar —interrumpió Victoire. 'Escucha, las

sirenas...'

—Maldita sea —dijo Ramy. 'Robin, inclínate hacia aquí...'

—No hay tiempo —dijo Robin. No podía mover las piernas. Las cuerdas habían dejado de multiplicarse, tal vez porque Robin no era el ladrón, pero la telaraña ahora era imposiblemente densa y se extendía por toda la entrada principal, y si Ramy se acercaba más, temía, ambos quedarían atrapados. 'Déjame.'

Ambos comenzaron a protestar. Sacudió la cabeza. 'Tengo que ser yo. No he conspirado, no tengo ni idea de lo que está pasando...

¿No es obvio? exigió Ramy. 'Eran-'

—No es obvio, así que no me lo digas —siseó Robin. El aullido de la sirena era interminable; pronto la policía estaría en el green. 'No decir nada. No sé nada, y cuando me interroguen, eso es lo que diré. Date prisa y vete, por favor, pensaré en algo.

—Estás seguro... —empezó a decir Victoire.

—Ve —insistió Robin.

Ramy abrió la boca, la cerró y luego se inclinó para recoger los materiales robados. Victoria hizo lo mismo. Dejaron solo dos barras atrás, inteligente, pensó Robin, porque eso era una prueba de que Robin había estado trabajando solo, que no tenía cómplices que hubieran desaparecido con todo el contrabando. Luego bajaron corriendo los escalones, cruzaron el césped y entraron en el callejón.

'¿Quién está ahí?' gritó alguien. Robin vio lámparas que se balanceaban en el otro extremo del cuadrilátero. Volvió la cabeza y entrecerró los ojos hacia Broad Street, intentando y sin poder vislumbrar ningún rastro de sus amigos. Se habían escapado, había funcionado, la policía venía solo por la torre. Solo para el.

Respiró temblorosamente y luego se volvió hacia la luz.

Gritos enojados, lámparas brillantes en su rostro, manos firmes en sus brazos. Robin apenas procesó lo que sucedió durante los siguientes minutos; sólo era consciente de sus divagaciones vagas e incoherentes, una cacofonía de policías que le gritaban distintas órdenes y preguntas al oído. Trató de armar una excusa, alguna historia sobre ver a ladrones atrapados en la telaraña, y cómo lo atraparon cuando fue a detenerlos, pero eso era incoherente al decirlo, y la policía solo se rió. Eventualmente lo liberaron de la telaraña y lo condujeron de regreso a la torre a una pequeña habitación sin ventanas en el vestíbulo, vacía excepto por una sola silla. La puerta tenía una pequeña reja a la altura de los ojos cubierta por una solapa corredera; parecía más una celda

de prisión que una sala de lectura. Se preguntó si no sería el primer agente de Hermes detenido allí.

—Te quedarás aquí —dijo el agente a cargo mientras esposaba las manos de Robin a la espalda—. Hasta que llegue el profesor.

Cerraron la puerta y se fueron. No habían dicho qué profesor, ni cuándo volverían. No saber era una tortura. Robin se sentó y esperó, las rodillas tintineando, los brazos temblando miserablemente por olas y olas de adrenalina nauseabunda.

Estaba acabado. Seguramente, no había vuelta atrás de esto. Fue tan difícil ser expulsado de Babel, que invirtió tanto en su talento tan buscado que los estudiantes universitarios anteriores de Babel habían sido indultados por casi todo tipo de delitos, excepto por asesinato.*Pero seguramente el robo y la traición eran motivos de expulsión. ¿Y entonces que? ¿Una celda en la cárcel de la ciudad? ¿En Newgate? ¿Lo colgarían? ¿O simplemente lo subirían a un barco y lo enviarían de regreso a donde había venido, donde no tenía amigos, ni familia, ni perspectivas?

Una imagen surgió en su mente, una que había encerrado durante casi una década: una habitación calurosa y sin aire, el olor a enfermo, su madre tendida rígida a su lado, sus mejillas demacradas volviéndose azules ante sus ojos. Los últimos diez años (Hampstead, Oxford, Babel) habían sido un encantamiento milagroso, pero él había roto las reglas, había roto el hechizo, y pronto el glamour se desvanecería y estaría de nuevo entre los pobres, los enfermos, los moribundo, los muertos.

La puerta se abrió.

'Robin.'

Era el profesor Lovell. Robin buscó en sus ojos una pizca de algo: amabilidad, decepción o ira, cualquier cosa que pudiera profetizar lo que debería esperar. Pero la expresión de su padre, como siempre antes, era solo una máscara inescrutable y en blanco. 'Buenos Dias.'

Toma asiento. Lo primero que hizo el profesor Lovell fue desbloquear las esposas de Robin. Luego lo condujo por las escaleras hasta su oficina en el séptimo piso, donde ahora estaban sentados uno frente al otro tan casualmente como si se reunieran para un tutorial semanal.

Tienes mucha suerte de que la policía se pusiera en contacto conmigo primero. Imagínese si hubieran encontrado a Jerome en su lugar. Te estarían perdiendo las piernas ahora mismo. El profesor Lovell se inclinó hacia adelante, con las manos cruzadas sobre su

escritorio. ¿Cuánto tiempo llevas robando recursos para la Sociedad Hermes?

Robin palideció. No esperaba que el profesor Lovell fuera tan directo. Esta pregunta era muy peligrosa. El profesor Lovell evidentemente conocía a Hermes. Pero, ¿cuánto sabía? ¿Sobre cuánto podría mentir Robin? Tal vez estaba mintiendo, y tal vez Robin podría salir de esto a tientas si mintiera sus palabras de la manera correcta.

—Diga la verdad —dijo el profesor Lovell con voz dura y monótona—. 'Eso es lo único que te salvará ahora.'

—Tres meses —susurró Robin. Tres meses se sintieron menos condenatorios que tres años, pero lo suficiente como para sonar plausible. Sólo... sólo desde el verano.

'Ya veo.' No había ira en la voz del profesor Lovell. La calma lo hizo terriblemente ilegible. Robin hubiera preferido que gritara.

'Señor, yo...'

'Silencio,' dijo el profesor Lovell.

Robin cerró la boca con fuerza. No importaba. No sabía lo que habría dicho. No había explicación para salir de este lío, ninguna exoneración posible. Solo podía enfrentarse a la cruda evidencia de su traición y esperar las consecuencias. Pero si pudiera mantener los nombres de Ramy y Victoire fuera de esto, si pudiera convencer al profesor Lovell de que había actuado solo, eso sería suficiente.

—Pensar —dijo el profesor Lovell después de un largo rato— que habrías resultado ser tan abominablemente desagradecido.

Se echó hacia atrás, sacudió la cabeza. He hecho más por ti de lo que puedas imaginar. Eras un estibador en Canton. Tu madre era una marginada. Incluso si su padre hubiera sido chino,' la garganta del profesor Lovell pulsó entonces, y esto era lo más admitido que jamás haría, Robin sabía, 'su posición habría sido la misma. Habrías ido a duras penas por centavos toda tu vida. Nunca habrías visto las costas de Inglaterra. Nunca habrías leído a Horacio, Homero o Tucídides; nunca habrías abierto un libro, para el caso. Habrías vivido y muerto en la miseria y la ignorancia, sin imaginar nunca el mundo de oportunidades que te he brindado. Te saqué de la indigencia. Te regalé el mundo.

'Señor, yo no...'

'¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a escupir en la cara todo lo que te dieron?

'Señor-'

'¿Sabes lo privilegiado que has sido por esta universidad?' La voz

del profesor Lovell permaneció sin cambios en volumen, pero cada sílaba se alargó, primero arrastrando las palabras y luego escupiendo como si estuviera mordiendo las palabras al final. ¿Sabes cuánto pagan la mayoría de los hogares para enviar a sus hijos a Oxford? Disfrutas de habitaciones y hospedaje sin costo alguno. Estás bendecido con una asignación mensual. Tienes acceso a las reservas de conocimiento más grandes del mundo. ¿Creías que tu situación era común?

A Robin se le ocurrieron cientos de argumentos: que él no había solicitado estos privilegios de Oxford, que no había elegido que lo sacaran de Cantón en absoluto, que la generosidad de la universidad no debería exigir su lealtad constante e inquebrantable a la Corona y sus colonias. proyectos, y si lo hizo, entonces esa era una forma peculiar de atadura a la que nunca había accedido. Que no había deseado este destino hasta que se le impuso, decidido por él. Que no sabía qué vida habría elegido: esta, o una vida en la que había crecido en Canton, entre personas que se parecían y hablaban como él.

Pero ¿qué importaba? El profesor Lovell difícilmente simpatizaría. Todo lo que importaba era que Robin era culpable.

'¿Fue divertido para ti?' El labio del profesor Lovell se curvó. '¿Te emocionaste? Oh, debes tener. Me imagino que te consideraste el héroe de una de tus pequeñas historias, un Dick Turpin normal, ¿no? Siempre te encantaron tus penny dreadfuls. ¿Un estudiante cansado de día y un ladrón apuesto de noche? ¿Fue romántico, Robin Swift?

'No.' Robin cuadró los hombros y trató, al menos, de no parecer tan patéticamente asustado. Si iba a ser castigado, también podría reconocer sus principios. 'No, estaba haciendo lo correcto.'

'¿Vaya? ¿Y qué es lo correcto?

Sé que no te importa. Pero lo hice, y no lo siento, y puedes hacer lo que quieras...

—No, Robín. Dime por qué luchabas. El profesor Lovell se echó hacia atrás, juntó los dedos y asintió. Como si esto fuera un examen. Como si realmente estuviera escuchando. Vamos, convénceme. Trate de reclutarme. Haz lo mejor que puedas.

"La forma en que Babel atesora materiales no es justa", dijo Robin.

'¡Vaya! ¡No es justo!

—No está bien —continuó Robin enfadado—. Es egoísta. Toda nuestra plata se va al lujo, a lo militar, a hacer encajes y armas cuando hay gente que se muere por cosas sencillas que estos barrotes podrían arreglar. No está bien que reclutes estudiantes de otros países

para trabajar en tu centro de traducción y que sus países de origen no reciban nada a cambio.'

Conocía bien estos argumentos. Estaba repitiendo lo que Griffin le había dicho, verdades que había llegado a interiorizar. Sin embargo, frente al silencio sepulcral del profesor Lovell, todo parecía tan tonto. Su voz sonaba frágil y metálica, desesperadamente insegura de sí misma.

'Y si de verdad estás tan disgustado por la forma en que Babel se enriquece,' continuó el profesor Lovell, '¿cómo es que siempre parecías encantado de tomar su dinero?'

Robin se estremeció. 'Yo no... yo no pregunté...' Pero esto era incoherente al decirlo. Se apagó, las mejillas ardiendo.

Tú bebe el champán, Robin. Tomas tu asignación. Vives en tu habitación amueblada en Magpie Lane, desfilas por las calles con túnicas y ropa hecha a la medida, todo pagado por la escuela, y sin embargo dices que todo este dinero proviene de la sangre. ¿Esto no te molesta?

Y ese era el corazón de todo, ¿no? Robin siempre había estado dispuesto, en teoría, a renunciar solo a algunas cosas por una revolución en la que creía a medias. Estaba bien con la resistencia siempre que no lo lastimara. Y la contradicción estaba bien, siempre y cuando no pensara demasiado en ello, o mirara demasiado de cerca. Pero expresado así, en términos tan sombríos, parecía indiscutible que, lejos de ser un revolucionario, Robin, de hecho, no tenía convicciones de ningún tipo.

El labio del profesor Lovell se curvó de nuevo. Ahora no te molesta tanto el imperio, ¿verdad?

—No es justo —repitió Robin. 'No es justo-'

'Justo', imitó el profesor Lovell. 'Supongamos que inventa la rueca. ¿De repente te ves obligado a compartir tus ganancias con todos los que aún hilan a mano?

'Pero eso no es lo mismo—'

¿Y estamos obligados a distribuir lingotes de plata por todo el mundo a países atrasados que han tenido todas las oportunidades para construir sus propios centros de traducción? No se necesita una gran inversión para estudiar idiomas extranjeros. ¿Por qué debe ser un problema de Gran Bretaña si otras naciones no aprovechan lo que tienen?

Robin abrió la boca para responder, pero no se le ocurrió nada que decir. ¿Por qué fue tan difícil encontrar las palabras? Había algo mal

con este argumento, pero una vez más, no podía entender qué. Libre comercio, fronteras abiertas, igualdad de acceso al mismo conocimiento: todo sonaba muy bien en teoría. Pero si el campo de juego estaba realmente tan parejo, ¿por qué se habían acumulado todas las ganancias en Gran Bretaña? ¿Eran los británicos realmente mucho más inteligentes y trabajadores? ¿Simplemente habían jugado el juego, justo y honestamente, y ganado?

¿Quién te reclutó? preguntó el profesor Lovell. No deben haber hecho un buen trabajo.

Robin no respondió.

¿Fue Griffin Harley?

Robin se estremeció, y eso fue suficiente confesión.

'Por supuesto. Grifo.' El profesor Lovell escupió el nombre como una maldición. Observó a Robin durante un largo momento, escudriñando su rostro como si pudiera encontrar el fantasma de su hijo mayor en el más joven. Luego preguntó, en un tono extrañamente suave: '¿Sabes lo que le pasó a Eveline Brooke?'

—No —dijo Robin, aunque pensaba que sí; él sabía, no los detalles de la historia, sino su esquema general. Ya casi lo había juntado todo, aunque se había abstenido de deslizar la pieza final, porque no quería saberlo, y no quería que fuera verdad.

"Era brillante", dijo el profesor Lovell. 'El mejor estudiante que hemos tenido. El orgullo y la alegría de la universidad. ¿Sabías que fue Griffin quien la asesinó?

Robin retrocedió. 'No, eso no es—'

¿Él nunca te lo dijo? Estoy sorprendido, para ser honesto. Habría esperado que se regodeara. Los ojos del profesor Lovell estaban muy oscuros. 'Entonces déjame iluminarte. Hace cinco años, Evie, la pobre e inocente Evie, estaba trabajando en el octavo piso después de la medianoche. Había dejado la lámpara encendida, pero no se había dado cuenta de que el resto de las luces estaban apagadas. Así era Evie. Cuando estaba concentrada en su trabajo, perdía la noción de lo que sucedía a su alrededor. Para ella no existía nada más que la investigación.

'Griffin Harley entró en la torre alrededor de las dos de la mañana. No vio a Evie, ella estaba trabajando en la esquina trasera detrás de las estaciones de trabajo. Pensó que estaba solo. Y Griffin procedió a hacer lo que Griffin hace mejor: hurtar y robar, hurgar en valiosos manuscritos para pasarlos de contrabando a Dios sabe dónde. Estaba casi en la puerta cuando se dio cuenta de que Evie lo había visto.

El profesor Lovell se quedó en silencio. Robin estaba confundido por esta pausa, hasta que vio, para su asombro, que sus ojos estaban rojos y húmedos en las comisuras. El profesor Lovell, que nunca había mostrado el más mínimo sentimiento en todos los años que Robin lo conocía, estaba llorando.

Ella nunca hizo nada. Su voz era ronca. Ella no dio la alarma. Ella no gritó. Ella nunca tuvo la oportunidad. Eveline Brooke simplemente estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Pero Griffin tenía tanto miedo de que ella pudiera denunciarlo que la mató de todos modos. La encontré a la mañana siguiente.

Extendió la mano y golpeó la gastada barra plateada que estaba en la esquina de su escritorio. Robin lo había visto muchas veces antes, pero el profesor Lovell siempre lo había mantenido apartado, medio escondido detrás del marco de un cuadro, y nunca se había atrevido a preguntar. El profesor Lovell le dio la vuelta. ¿Sabes lo que hace esta pareja de cerillas?

Robin miró hacia abajo. El anverso decía 爆. Su intestino se retorció. Tenía demasiado miedo de mirar hacia atrás.

—Báo —dijo el profesor Lovell—. 'El radical para el fuego. Y al lado, el radical por la violencia, la crueldad y la turbulencia; el mismo radical que por sí solo puede significar brutalidad salvaje e indómita; el mismo radical usado en las palabras trueno y crueldad.*Y lo tradujo contra estallido, la traducción al inglés más mansa posible, tan manso que apenas se traduce como tal, de modo que toda esa fuerza, esa destrucción, quedó atrapada en la plata. Explotó contra su pecho. Sus costillas se separaron como una jaula abierta. Y luego la dejó allí, tirada entre los estantes, con los libros todavía en la mano. Cuando la vi, su sangre se había acumulado en la mitad del piso. Manchó todas las páginas de rojo. Deslizó la barra sobre la mesa. 'Espera.'

Robin se estremeció. '¿Señor?'

—Recójalo —le espetó el profesor Lovell. Siente su peso.

Robin extendió la mano y cerró los dedos alrededor de la barra. Estaba terriblemente frío al tacto, más frío que cualquier otra plata que hubiera encontrado, y excesivamente pesado. Sí, podía creer que este bar había asesinado a alguien. Parecía zumbar con un potencial furioso y atrapado, una granada encendida, esperando para estallar.

Sabía que no tenía sentido preguntar, pero tenía que hacerlo a pesar de todo. '¿Cómo sabes que fue Griffin?'

"No hemos tenido otros estudiantes de chino en los últimos diez años", dijo el profesor Lovell. ¿Crees que lo hice yo? ¿O el profesor

Chakravarti?

¿Estaba mintiendo? Era posible: esta historia era tan grotesca que Robin casi no la creía, no quería creer que Griffin pudiera ser capaz de algo como un asesinato.

¿Pero no lo era? Griffin, que hablaba de la facultad de Babel como si fueran combatientes enemigos, que enviaba a su propio hermano repetidamente a la refriega sin preocuparse por las consecuencias, que estaba tan convencido de la justicia maniquea de la guerra que libraba que no podía ver nada más. ¿No habría asesinado Griffin a una niña indefensa, si eso significaba mantener a Hermes a salvo?

—Lo siento —susurró Robin. No lo sabía.

'Este es con quien te has unido', dijo el profesor Lovell. Un mentiroso y un asesino. ¿Te imaginas que estás ayudando a algún movimiento de liberación global, Robin? No seas ingenuo. Estás ayudando a los delirios de grandeza de Griffin. ¿Y para qué?' Señaló el hombro de Robin con la cabeza. ¿Una bala en el brazo?

'Cómo hizo-'

El profesor Playfair observó que podrías haberte lastimado el brazo remando. No me dejo engañar tan fácilmente. El profesor Lovell juntó las manos sobre el escritorio y se reclinó. 'Asi que. La elección debería ser muy obvia, creo. Babel o Hermes.

Robin frunció el ceño. '¿Señor?'

¿Babel o Hermes? Es bastante simple. Usted puede decidir.

Robin se sintió como un instrumento roto, capaz de emitir un solo sonido. 'Señor, yo no. . .'

'¿Creías que te iban a expulsar?'

'Bueno, sí, no...'

Me temo que no es tan fácil dejar Babel. Te has desviado por el camino equivocado, pero creo que fue como resultado de influencias viciosas, influencias más crueles y astutas de lo que se esperaba que manejaras. Eres ingenuo, sí. Y una decepción. Pero no has terminado. Esto no tiene por qué terminar en la cárcel o la prisión.' El profesor Lovell tamborileó con los dedos sobre el escritorio. 'Pero sería muy útil si pudieras darnos algo útil.'

'¿Útil?'

Información, Robin. Ayúdanos a encontrarlos. Ayúdanos a erradicarlos.

"Pero no sé nada sobre ellos", dijo Robin. Ni siquiera sé ninguno de sus nombres, excepto el de Griffin.

'Realmente.'

'Es cierto, así es como operan: están tan descentralizados que no les dicen nada a los nuevos asociados. Por si... Robin tragó saliva. 'En caso de que algo como esto suceda.'

'Que desafortunado. ¿Estás completamente seguro?

'Sí, realmente no—'

Di lo que quieras, Robin. No vaciles.

Robin se estremeció. Esas eran precisamente las mismas palabras que había usado Griffin; él recordó. Y Griffin lo había dicho exactamente de la misma manera que lo hacía ahora el profesor Lovell, frío e imperioso, como si ya hubiera ganado la discusión, como si cualquier respuesta que hiciera Robin fuera a ser una tontería.

Y Robin podía imaginarse la sonrisa de satisfacción de Griffin en este momento; Sabía exactamente lo que diría: por supuesto que elegirás las comodidades de tu criatura, pequeño erudito mimado. Pero, ¿qué derecho tenía Griffin para juzgar sus elecciones? Quedarse en Babel, en Oxford, no era indulgencia; era supervivencia. Era su único boleto a este país, lo único entre él y las calles.

Sintió una repentina llamarada de odio hacia Griffin. Robin no había pedido nada de esto, y ahora su futuro, y el futuro de Ramy y Victoire, pendían de un hilo. ¿Y dónde estaba Griffin? ¿Dónde estaba cuando le dispararon a Robin? Desaparecido. Los había usado para cumplir sus órdenes, luego los abandonó cuando las cosas se pusieron feas. Al menos si Griffin fue a prisión, se lo merecía.

"Si es la lealtad lo que te mantiene callado, entonces no hay nada más que hacer", dijo el profesor Lovell. Pero creo que aún podemos trabajar juntos. Creo que aún no estás listo para dejar Babel. ¿No es así?

Robin respiró hondo.

¿A qué estaba renunciando, en realidad? La Sociedad Hermes lo había abandonado, había ignorado sus advertencias y había puesto en peligro a sus dos amigos más queridos. No les debía nada.

En los días y semanas siguientes intentaría convencerse de que aquél era un momento de concesión estratégica, no de traición. Que no estaba renunciando a mucha importancia: el propio Griffin había dicho que tenían varias casas seguras, ¿no? – y que de esta manera Ramy y Victoire estaban protegidos, él no fue expulsado, y aún existían todas las líneas de comunicación para alguna futura cooperación con Hermes. Pero él nunca se convencería a sí mismo de la desagradable verdad: que no se trataba de Hermes, ni de Ramy o Victoire, sino de autoconservación.

—St Aldate's —dijo—. La entrada trasera de la iglesia. Hay una puerta cerca del sótano que parece oxidada, pero Griffin tiene una llave. Lo usan como cuarto seguro.

El profesor Lovell anotó esto. ¿Con qué frecuencia va allí?

'No sé.'

'¿Que hay ahí?'

—No lo sé —repitió Robin. Yo nunca fui. La verdad es que me dijo muy poco. Lo siento.'

El profesor Lovell le dirigió una larga y fría mirada y luego pareció ceder.

Sé que eres mejor que esto. Se inclinó hacia adelante sobre su escritorio. Eres diferente a Griffin en todos los aspectos posibles. Eres humilde, eres brillante y trabajas duro. Estás menos corrompido por tu herencia que él. Si te acabara de conocer, me costaría mucho adivinar que eres chino. Tienes un talento prodigioso, y el talento merece una segunda oportunidad. Pero cuidado, chico. Hizo un gesto hacia la puerta. No habrá un tercero.

Robin se puso de pie y luego se miró la mano. Se dio cuenta de que había estado agarrando la barra que había matado a Evie Brooke todo este tiempo. La sentía al mismo tiempo muy caliente y muy fría, y tenía el extraño temor de que si la tocaba un momento más, podría abrirle un agujero en la palma de la mano. Él lo sostuvo. 'Aquí señor-'

—Quédatelo —dijo el profesor Lovell.

'¿Señor?'

“He estado mirando ese bar todos los días durante los últimos cinco años, preguntándome dónde me equivoqué con Griffin. Si lo hubiera criado de otra manera, o lo hubiera visto antes por lo que era, si Evie lo hubiera hecho todavía, pero no importa. La voz del profesor Lovell se endureció. Ahora pesa sobre tu conciencia. Quédatelo, Robin Swift. Llévalo en tu bolsillo delantero. Sácalo cuando empieces a dudar y deja que te recuerde de qué lado están los villanos.

Le indicó a Robin que saliera de la oficina. Robin se tambaleó por las escaleras, la plata apretada entre sus dedos, aturdido y bastante seguro de que había desviado todo su mundo. Solo que no tenía la menor idea de si había hecho lo correcto, qué significaba el bien y el mal, o cómo podrían caer ahora las piezas.

Interludio

Rami

R

amiz Rafi Mirza siempre había sido un chico inteligente. Tenía una memoria prodigiosa, el don de la elocuencia. Absorbía los idiomas como una esponja y tenía un oído extraordinario para el ritmo y el sonido. No se limitaba a repetir las frases que absorbía; las pronunció en una imitación tan precisa del orador original, invirtiendo sus palabras con toda la emoción prevista, fue como si él se convirtiera momentáneamente en ellas. En otra vida, habría estado destinado a los escenarios. Tenía esa habilidad inefable, de hacer cantar las palabras simples.

Ramy estuvo brillante y tuvo muchas oportunidades de presumir. La familia Mirza había navegado las vicisitudes de esa época con gran fortuna. Aunque se encontraban entre las familias musulmanas que habían perdido tierras y posesiones después del Asentamiento Permanente, los Mirza habían encontrado un empleo estable, aunque no muy lucrativo, en la casa de un tal Horace Hayman Wilson, secretario de la Sociedad Asiática de Bengala en Calcuta. Sir Horace tenía un gran interés en las lenguas y literaturas indias, y disfrutaba mucho conversar con el padre de Ramy, que había recibido una buena educación en árabe, persa y urdu.

Así que Ramy creció entre las familias inglesas de élite del pueblo blanco de Calcuta, entre casas con pórticos y columnas construidas al estilo europeo y tiendas que atendían exclusivamente a una clientela europea. Wilson se interesó tempranamente en su educación, y mientras otros niños de su edad todavía jugaban en las calles, Ramy estaba asistiendo a clases en el Colegio Mahometano de Calcuta, donde aprendió aritmética, teología y filosofía. Estudió árabe, persa y urdu con su padre. Latín y griego que aprendió de tutores contratados por Wilson. Inglés que absorbió del mundo que lo rodeaba.

En la casa de Wilson, lo llamaban el pequeño profesor. Bendito Ramy, deslumbrante Ramy. No tenía idea de cuál era el propósito de

todo lo que estudiaba, solo que deleitaba a los adultos cuando lo dominaba todo. A menudo, realizaba trucos para los invitados que Sir Horace tenía en su sala de estar. Le mostraban una serie de naipes y él repetía con perfecta precisión el palo y el número de las cartas en el orden en que aparecían. Leían en voz alta pasajes enteros o poemas en español o italiano y él, al no entender una palabra de lo que decían, lo recitaba de vuelta, con entonaciones y todo.

Una vez se enorgulleció de esto. Le gustaba oír los gritos de asombro de los invitados, le gustaba la forma en que le revolvían el pelo y le ponían caramelos en la palma de la mano antes de pedirle que se fuera corriendo a las cocinas. Entonces no entendía de clase ni de raza. Pensó que todo era un juego. No vio a su padre mirando desde la esquina, con las cejas fruncidas por la preocupación. No sabía que impresionar a un hombre blanco podía ser tan peligroso como provocarlo.

Una tarde, cuando tenía doce años, los invitados de Wilson lo convocaron durante un acalorado debate.

—Ramy. El hombre que le hizo señas para que se acercara era el señor Trevelyan, un visitante asiduo, un hombre de patillas prodigiosas y una sonrisa seca y lobuna. 'Ven aquí.'

—Oh, déjalo en paz —dijo sir Horace.

Estoy demostrando un punto. El señor Trevelyan hizo señas con una mano. —Ramy, por favor.

Sir Horace no le dijo a Ramy que no lo hiciera, así que Ramy corrió al lado del señor Trevelyan y se mantuvo erguido, con las manos entrelazadas a la espalda como un soldadito. Había aprendido que los invitados ingleses adoraban esta postura; lo encontraron precioso. '¿Sí, señor?'

—Cuenta hasta diez en inglés —dijo el señor Trevelyan.

Ramy obedeció. Trevelyan sabía perfectamente bien que podía hacer esto; la función era para los demás señores presentes.

—Ahora en latín —dijo el señor Trevelyan, y cuando Ramy terminó, —Ahora en griego.

Ramy cumplió. Risas satisfechas alrededor de la habitación. Ramy decidió probar suerte. "Los números pequeños son para niños pequeños", dijo en un inglés perfecto. 'Si desea conversar sobre álgebra, elija un idioma y lo haremos también'.

Risas encantadas. Ramy sonrió, balanceándose de un lado a otro sobre sus pies, esperando la inevitable presión de dulces o monedas.

El señor Trevelyan se volvió hacia los demás invitados. 'Considera

a este chico ya su padre. Ambos de capacidad similar, ambos de antecedentes y educación similares. El padre comienza con una ventaja aún mayor, diría yo, ya que su padre, me dijeron, pertenecía a una clase de comerciantes más rica. Pero así las fortunas suben y bajan. A pesar de sus talentos naturales, el Sr. Mirza aquí no puede lograr nada mejor que un puesto como sirviente doméstico. ¿No está de acuerdo, señor Mirza?

Ramy vio entonces la expresión más peculiar en el rostro de su padre. Parecía como si estuviera reteniendo algo, como si hubiera tragado una semilla muy amarga pero no pudiera escupirla.

De repente este juego no parecía tan divertido. Ahora se sentía nervioso por presumir, pero no podía precisar por qué.

—Vamos, señor Mirza —dijo el señor Trevelyan—. No puedes decir que querías ser lacayo.

Mirza soltó una risita nerviosa. Es un gran honor servir a Sir Horace Wilson.

'Oh, vamos, no hay necesidad de ser cortés, todos sabemos cómo se tira pedos'.

Ramy miró a su padre; el hombre que todavía pensaba que era tan alto como una montaña, el hombre que le había enseñado todas sus escrituras: romana, árabe y nastaliq. El hombre que le enseñó salah. El hombre que le enseñó el significado del respeto. Su hafiz.

Mirza asintió y sonrió. 'Sí. Así es, señor Trevelyan, señor. Por supuesto, preferiría estar en tu posición.

—Bueno, ya está —dijo el señor Trevelyan—. Verás, Horace, esta gente tiene ambiciones. Tienen el intelecto y el deseo de gobernarse a sí mismos, como deberían hacerlo.*Y son sus políticas educativas las que los mantienen bajos. India simplemente no tiene idiomas para el arte de gobernar. Sus poemas y poemas épicos son todos muy interesantes, sin duda, pero en materia de administración...

La sala estalló de nuevo en un clamoroso debate. Ramy fue olvidado. Miró a Wilson, todavía esperando su recompensa, pero su padre lo miró fijamente y negó con la cabeza.

Ramy era un chico inteligente. Sabía hacerse escaso.

Dos años más tarde, en 1833, Sir Horace Wilson dejó Calcuta para asumir el cargo de la primera cátedra de sánscrito en la Universidad de Oxford.*El señor y la señora Mirza sabían que no debían protestar cuando Wilson propuso llevar a su hijo con él a Inglaterra, y Ramy no se enfadó con sus padres por no luchar para mantenerlo a su lado. (Él sabía, para entonces, lo peligroso que era desafiar a un hombre

blanco).

"Mi personal lo criará en Yorkshire", explicó Wilson. Lo visitaré cuando pueda tomarme una licencia de la universidad. Luego, cuando crezca, lo matricularé en el University College. Charles Trevelyan podría tener razón, y el inglés podría ser el camino a seguir para los nativos, pero todavía hay valor en los idiomas indios en lo que respecta a los académicos. El inglés es lo suficientemente bueno para los tipos de la administración civil, pero necesitamos que nuestros verdaderos genios estudien persa y árabe, ¿no? Alguien tiene que mantener vivas las antiguas tradiciones.

La familia de Ramy se despidió de él en los muelles. No había empacado mucho; cualquier ropa que trajera le quedaría pequeña en medio año.

Su madre tomó los lados de su rostro y lo besó en la frente. 'Asegúrate de escribir. Una vez al mes, no, una vez a la semana, y asegúrate de rezar...

'Sí, Amma.'

Sus hermanas se aferraron a su chaqueta. '¿Enviarás regalos?' ellos preguntaron. '¿Conocerás al Rey?'

'Sí', dijo. Y no, no me importa.

Su padre se quedó un poco atrás, observando a su esposa e hijos, parpadeando con fuerza como si tratara de memorizar todo. Por fin, cuando sonó la llamada de abordaje, abrazó a su hijo contra su pecho y susurró: 'Allah hafiz. *Escríbele a tu madre.

'Sí, Abbú'.

No olvides quién eres, Ramiz.

'Sí, Abbú'.

Ramy tenía entonces catorce años y era lo bastante mayor para comprender el significado del orgullo. Ramy pretendía hacer algo más que recordar. Porque ahora entendía por qué su padre había sonreído ese día en la sala de estar, no por debilidad o sumisión, y no por miedo a las represalias. Él había estado jugando un papel. Le había estado mostrando a Ramy cómo se hacía.

Mentira, Ramíz. Esta era la lección, la lección más importante que jamás le habían enseñado. Escóndete, Ramiz. Muéstrale al mundo lo que quiere; conviértete en la imagen que ellos quieren ver, porque tomar el control de la historia es cómo tú a su vez los controlas a ellos. Oculta tu fe, oculta tus oraciones, porque Alá todavía conocerá tu corazón.

Y qué actuación hizo Ramy. No tuvo problemas para navegar en la alta sociedad inglesa: Calcuta tenía una buena cantidad de tabernas,

salas de música y teatros ingleses, y lo que vio en Yorkshire no fue más que una expansión del microcosmos de élite en el que había crecido. afinaba su acento dependiendo de su audiencia. Aprendió todas las nociones fantasiosas que los ingleses tenían sobre su pueblo, las elaboró como un dramaturgo experto y las escupió. Sabía cuándo jugar a lascar, a un sirviente, a un príncipe. Aprendió cuándo halagar y cuándo autodespreciarse. Podría haber escrito una tesis sobre el orgullo blanco, sobre la curiosidad blanca. Sabía cómo convertirse en un objeto de fascinación mientras se neutralizaba como una amenaza. Puso a punto el mayor de todos los trucos, que consistía en estafar a un inglés para que lo mirara con respeto.

Se volvió tan bueno en esto que casi comenzó a perderse en el artificio. Una trampa ciertamente peligrosa, para que un jugador se crea sus propias historias, para ser cegado por los aplausos. Podía imaginarse a sí mismo como un becario de posgrado, lleno de distinciones y premios. Un abogado bien pagado en Legal. Un intérprete espontáneo muy aclamado, navegando de un lado a otro entre Londres y Calcuta, trayendo riquezas y regalos para su familia cada vez que regresaba.

Y esto lo asustaba a veces, lo fácil que bailaba por Oxford, lo alcanzable que parecía este futuro imaginado. Afuera, deslumbró. Por dentro se sentía un fraude, un traidor. Y estaba empezando a desesperarse, a preguntarse si todo lo que alguna vez lograría sería convertirse en un lacayo del imperio como había pretendido Wilson, ya que las avenidas de la resistencia anticolonial parecían tan pocas y tan desesperadas.

Hasta su tercer año, cuando Anthony Ribben apareció de entre los muertos y preguntó: '¿Te unirás a nosotros?'

Y Ramy, sin dudarlo, lo miró a los ojos y dijo: 'Sí'.

Capítulo dieciséis

Parece bastante seguro que los chinos, un pueblo que hace dinero y ama el dinero, son tan adictos al comercio y tan ansiosos como cualquier otra nación del mundo por cortejar una relación comercial con extraños.

JOHN CRAWFURD, 'Imperio chino y comercio'

L

legó la mañana. Robin se levantó, se lavó y se vistió para la clase. Se encontró con Ramy fuera de la casa. Ninguno dijo una palabra; caminaron en silencio hasta la puerta de la torre que, a pesar del repentino miedo de Robin, se abrió para dejarlos entrar. Llegaban tarde; El profesor Craft ya estaba dando una conferencia cuando tomaron asiento. Letty les lanzó una mirada irritada. Victoire le dio a Robin un asentimiento, su rostro inescrutable. La profesora Craft continuó como si no los hubiera visto; así era como ella siempre lidiaba con las tardanzas. Sacaron sus bolígrafos y comenzaron a tomar notas sobre Tácito y sus espinosos absolutos ablativos.

La habitación parecía a la vez mundana y desgarradoramente hermosa: la luz de la mañana entraba a raudales a través de las vidrieras, proyectando patrones de colores en los escritorios de madera pulida; el rasguño limpio de la tiza contra la pizarra; y el dulce olor a madera de los libros viejos. Un sueño; éste era un sueño imposible, este mundo frágil y encantador en el que, al precio de sus convicciones, se le había permitido permanecer.

Esa tarde recibieron avisos en sus pidges para que se prepararan para partir hacia Cantón vía Londres el once de octubre, pasado mañana. Pasarían tres semanas en China, dos en Cantón y una en Macao, y luego se detendrían en Mauricio durante diez días de camino a casa.

Tus destinos son templados, pero el viaje por mar puede ser frío, lee el aviso. Trae un abrigo grueso.

'¿No es esto un poco temprano?' preguntó Lety. 'Pensé que no

íbamos a ir hasta después de nuestros exámenes.'

Aquí se explica. Ramy tocó la parte inferior de la página. "Circunstancias especiales en Cantón: les faltan traductores de chino y quieren que los Babblers llenen el vacío, por lo que impulsaron nuestro viaje".

'¡Bueno, eso es emocionante!' Letty sonrió. Será nuestra primera oportunidad de salir al mundo y hacer algo.

Robin, Ramy y Victoire intercambiaron miradas. Todos compartían la misma sospecha: que esta partida repentina estaba relacionada de alguna manera con el viernes por la noche. Pero no podían saber lo que eso significaba para la presunta inocencia de Ramy y Victoire, o lo que este viaje les deparaba a todos.

El último día antes de partir fue una tortura. La única entre ellos que sintió alguna emoción fue Letty, quien se encargó de marchar a sus habitaciones esa noche y asegurarse de que sus baúles estuvieran debidamente empacados. 'No te das cuenta del frío que hace en el mar por las mañanas', dijo, doblando las camisas de Ramy en una pila ordenada sobre su cama. Necesitarás algo más que una camisa de lino, Ramy, querrás dos capas por lo menos.

Por favor, Leticia. Ramy apartó su mano antes de que pudiera llegar a sus calcetines. Todos hemos estado en el mar antes.

'Bueno, he viajado regularmente,' dijo ella, ignorándolo. Debería saberlo. Y deberíamos tener una bolsita de remedios: tinturas para dormir, jengibre... No estoy seguro de que haya tiempo para ir a una tienda, puede que tengamos que hacerlo en Londres...

—Es mucho tiempo en un barco pequeño —espetó Ramy. No son las Cruzadas.

Letty se giró rígidamente para revisar el baúl de Robin. Victoire lanzó a Robin y Ramy una mirada de impotencia. No podían hablar libremente en presencia de Letty, así que solo podían sentarse hirviendo de ansiedad. Las mismas preguntas sin respuesta los acosaban a todos. ¿Que estaba pasando? ¿Habían sido perdonados, o el hacha todavía estaba esperando caer? ¿Abordarían ingenuamente el barco a Cantón, solo para ser abandonados en el otro lado?

Lo más importante: ¿cómo era posible que hubieran sido reclutados por separado para la Sociedad Hermes sin conocimiento de los demás? Ramy y Victoire al menos tenían alguna excusa: eran nuevos en Hermes; podrían haber estado demasiado asustados por las demandas de silencio de la sociedad para decirle algo a Robin todavía. Pero Robin conocía a Hermes desde hacía tres años y nunca había

hablado de ello ni una sola vez, ni siquiera con Ramy. Había hecho un trabajo maravilloso escondiendo su mayor secreto de amigos que, según había proclamado, eran dueños de su corazón.

Esto, sospechó Robin, había desconcertado mucho a Ramy. Después de que acompañaron a las chicas al norte a su alojamiento esa noche, Robin trató de abordar el tema, pero Ramy negó con la cabeza. —Ahora no, Birdie.

A Robin le dolía el corazón. Pero solo quería explicar...

—Entonces creo que deberíamos esperar a Victoire —dijo Ramy secamente. '¿Tú no?'

Se dirigieron a Londres la tarde siguiente con el profesor Lovell, quien sería su supervisor durante todo el viaje. El viaje fue, afortunadamente, mucho más corto que el viaje en diligencia de diez horas que llevó a Robin a Oxford tres años atrás. La línea ferroviaria entre Oxford y la estación de Paddington finalmente se completó durante el verano anterior, su apertura se conmemoró con la instalación de barras plateadas debajo de la plataforma de la recién construida estación de Oxford.*así que el viaje les llevó sólo una hora y media, durante la cual Robin logró no mirar a los ojos al profesor Lovell ni una sola vez.

Su barco no partió hasta mañana; pasarían la noche en una posada de New Bond Street. Letty insistió en salir y explorar Londres un rato, así que terminaron yendo a ver el espectáculo de salón de alguien que se hacía llamar Princesa Caraboo. La princesa Caraboo era notoria entre los estudiantes de Babel. Una vez que la hija de un humilde zapatero, había persuadido a varias personas para que creyeran que ella era realeza exótica de la isla de Javasu. Pero ya había pasado casi una década desde que la princesa Caraboo había sido desenmascarada como Mary Willcocks de North Devon, y su espectáculo, que consistía en una extraña danza saltando, varias declaraciones muy enfáticas en una lengua inventada y oraciones a un dios al que ella llamaba Allah-Tallah (aquí Ramy arrugó la nariz), resultó más patético que divertido. La exhibición les puso un mal sabor de boca; partieron temprano y regresaron a la posada,

A la mañana siguiente, abordaron un clíper de la Compañía de las Indias Orientales llamado Merope que se dirigía directamente a Canton. Estos barcos fueron construidos para la velocidad, ya que tenían que transportar mercancías perecederas de un lado a otro lo más rápido posible y, por lo tanto, estaban equipados con barras de

plata de última generación para acelerar su viaje. Robin recordaba vagamente que su primer viaje de Cantón a Londres, hacía diez años, había durado cerca de cuatro meses. Estos cortapelos podrían hacer ese viaje en solo seis semanas.

'¿Emocionado?' Letty le preguntó mientras el Merope salía del Puerto de Londres sobre el Támesis hacia mar abierto.

Robin no estaba seguro. Se había sentido extraño desde que abordaron, aunque no podía dar un nombre a su incomodidad. No parecía real que se dirigía de regreso. Diez años atrás había estado emocionado mientras navegaba hacia Londres, con la cabeza dando vueltas con los sueños del mundo al otro lado del océano. Esta vez, pensó que sabía qué esperar. Eso lo asustó. Imaginó su regreso a casa con una anticipación espantosa; el miedo de no conocer a la propia madre en una multitud. ¿Reconocería lo que vio? ¿Lo recordaría en absoluto? Al mismo tiempo, la perspectiva de volver a ver a Canton parecía tan repentina e increíble; se encontró con la extraña convicción de que para cuando lo alcanzaran, habría desaparecido completamente del globo.

Aún más aterradora era la posibilidad de que, una vez que llegara, lo obligaran a quedarse; que Lovell había mentido y que todo este viaje fue ideado para sacarlo de Inglaterra; que sería exiliado de Oxford, y todo lo que sabía, para siempre.

Mientras tanto, había seis semanas en el mar para sufrir. Estos resultaron ser tortuosos desde el principio. Ramy y Victoire eran como muertos vivientes, pálidos y nerviosos, estremeciéndose ante el menor ruido e incapaces de entablar la más simple charla sin adoptar expresiones de absoluto terror. Ninguno de los dos había sido castigado por la universidad. Ninguno de los dos había sido llamado para ser interrogado. Pero seguramente, pensó Robin, el profesor Lovell al menos sospechaba su participación. La culpa estaba escrita en sus rostros. Entonces, ¿cuánto sabía Babel? ¿Cuánto sabía Hermes? ¿Y qué había pasado con la habitación segura de Griffin?

Robin no quería nada más que discutir las cosas con Ramy y Victoire, pero nunca tuvieron la oportunidad. Letty siempre estuvo ahí. Incluso de noche, cuando se retiraban a sus cabañas separadas, no había posibilidad de que Victoire pudiera escabullirse para unirse a los chicos sin que Letty empezara a sospechar. No tenían más remedio que fingir que todo era normal, pero eran terribles en esto. Todos estaban húmedos, inquietos e irritables. Ninguno de ellos pudo generar entusiasmo por lo que debería haber sido el capítulo más

emocionante de sus carreras. Y no podían entablar conversación sobre otra cosa; ninguno de sus viejos chistes o debates intrascendentes le venían a la mente con facilidad, y cuando lo hacían, sonaban pesados y forzados. Letty, prepotente, habladora e inconsciente, los irritaba a todos y, aunque trataban de ocultar su irritación,

Finalmente se dio cuenta de que algo estaba pasando. Tres noches después, después de que la profesora Lovell se hubiera ido del comedor, golpeó su tenedor en la cena y exigió: "¿Qué les pasa a todos?"

Ramy le dio una mirada de madera. No sé a qué te refieres.

—No finjas —espetó Letty. 'Todos ustedes están actuando extraño. No tocarás tu comida, estás estropeando tus lecciones. Creo que ni siquiera has tocado tu libro de frases, Ramy, lo cual es divertido porque has estado diciendo durante meses que apuesto a que podrías imitar a un mejor chino. acento que Robin...

—Estamos mareados —soltó Victoire. '¿Está bien? No todos crecimos veraneando arriba y abajo del Mediterráneo como tú.

—¿Y supongo que también te mareaste en Londres? Letty preguntó maliciosamente.

'No, solo estoy cansado de tu voz', dijo Ramy con saña.

Letty se tambaleó.

Robin empujó su silla hacia atrás y se levantó. 'Necesito aire.'

Victoire lo llamó, pero él fingió no escuchar. Se sentía culpable por abandonarla a ella ya Ramy con Letty, por huir de la catastrófica lluvia radiactiva, pero no podía soportar estar en esa mesa ni un momento más. Se sentía muy acalorado y agitado, como si mil hormigas se arrastraran bajo su ropa. Si no se escapaba, caminaba, se movía, estaba seguro de que explotaría.

Afuera, hacía frío y oscurecía rápidamente. La cubierta estaba vacía excepto por el profesor Lovell, que estaba fumando un cigarrillo en la proa. Robin casi se dio la vuelta cuando lo vio (no se habían dicho una palabra, excepto bromas, desde la mañana siguiente a su captura), pero el profesor Lovell ya lo había visto. Bajó la pipa e hizo una seña a Robin para que se uniera a él. Con el corazón acelerado, Robin se acercó.

Recuerdo la última vez que hiciste este viaje. El profesor Lovell asintió hacia las ondulantes olas negras. Eras tan pequeño.

Robin no sabía cómo responder, así que simplemente lo miró fijamente, esperando que continuara. Para su gran sorpresa, el profesor Lovell se acercó y colocó una mano sobre el hombro de

Robin. Pero el toque se sintió incómodo, forzado; los ángulos apagados, la presión demasiado pesada. Se quedaron de pie, tensos y desconcertados, como dos actores ante un daguerrotipo, manteniendo sus posiciones hasta que la luz brilló.

"Creo en los nuevos comienzos", dijo el profesor Lovell. Parecía haber ensayado estas palabras; salieron tan forzadas y torpes como su toque. Lo que quiero decir, Robin, es que tienes mucho talento. Lamentaríamos perderte.

'Gracias,' fue todo lo que dijo Robin, porque todavía no tenía idea de a dónde iba esto.

El profesor Lovell se aclaró la garganta, luego agitó su pipa un poco antes de hablar, como si sacara sus propias palabras de su pecho. De todos modos, lo que realmente quiero decir es, lo que tal vez debería haber dicho antes, que puedo entender si te sentías. . . decepcionado por mí.

Robin parpadeó. '¿Señor?'

Debería haber sido más comprensivo con tu situación. El profesor Lovell volvió a mirar hacia el océano. Parecía tener problemas para mirar a Robin a los ojos y hablar al mismo tiempo. 'Crecer fuera de tu país, dejar atrás todo lo que conocías, adaptarte a un nuevo entorno en el que estoy seguro de que recibiste, bueno, menos de la cantidad de atención y afecto que probablemente necesitabas. . . Esas fueron todas las cosas que también afectaron a Griffin, y no puedo decir que haya manejado mejor las cosas la segunda vez. Eres responsable de tus propias malas decisiones, pero confieso que en parte me culpo a mí mismo.

Se aclaró la garganta de nuevo. 'Me gustaría que empezáramos de nuevo. Una pizarra limpia para ti, un compromiso renovado de mi parte para ser un mejor guardián. Fingiremos que los últimos días nunca sucedieron. Dejaremos atrás a la Sociedad Hermes ya Griffin. Pensaremos solo en el futuro y en todas las cosas gloriosas y brillantes que lograrás en Babel. ¿Es eso justo?'

Robin se quedó momentáneamente mudo. Para ser honesto, esta no fue una concesión muy grande. El profesor Lovell solo se había disculpado por mostrarse, en ocasiones, algo distante. No se había disculpado por negarse a reclamar a Robin como hijo. No se había disculpado por dejar morir a su madre.

Aun así, reconoció los sentimientos de Robin más que nunca, y por primera vez desde que abordaron el Merope, Robin sintió que podía respirar.

—Sí, señor —murmuró Robin, porque no había nada más que decir.

'Muy bien, entonces.' El profesor Lovell le dio una palmada en el hombro, un gesto tan incómodo que Robin se encogió y pasó junto a él hacia las escaleras. 'Buenas noches.'

Robin se volvió hacia las olas. Volvió a respirar y cerró los ojos, tratando de imaginar cómo se sentiría si realmente pudiera borrar la semana pasada. Estaría emocionado, ¿no? Estaría mirando hacia el horizonte, lanzándose hacia el futuro para el que se había estado entrenando. Y qué futuro tan emocionante: un viaje exitoso a Cantón, un cuarto año agotador y luego la graduación en un puesto en el Foreign Office o una beca en la torre. Repita los viajes a Cantón, Macao y Pekín. Una larga y gloriosa carrera traduciendo para la Corona. Había muy pocos sinólogos calificados en Inglaterra. Podría ser tantas primicias. Podía trazar tanto territorio.

¿No debería quererlo? ¿No debería eso emocionarlo?

Todavía podría tenerlo. Eso era lo que el profesor Lovell había estado tratando de decirle: que la historia era maleable, que todo lo que importaba eran las decisiones del presente. Que podrían enterrar a Griffin y la Sociedad Hermes en los recovecos del pasado intacto, ni siquiera necesitaría traicionarlos, simplemente ignorarlos, al igual que habían enterrado todo lo demás que habían acordado, era mejor no mencionarlo.

Robin abrió los ojos, miró por encima de las ondulantes olas hasta que perdió el foco, hasta que se quedó mirando a la nada, y trató de convencerse de que si no era feliz, al menos estaba contento.

Pasó una semana de viaje antes de que Robin, Ramy y Victoire tuvieran un momento privado para ellos. A la mitad de su paseo matutino, Letty volvió a bajar bajo cubierta, alegando malestar estomacal. Victoire se ofreció desganadamente a ir con ella, pero Letty la rechazó, todavía estaba molesta con todos ellos y claramente quería estar sola.

'Está bien.' Victoire se acercó a Robin y Ramy tan pronto como Letty se hubo ido, cerrando la brecha creada por su ausencia para que los tres se mantuvieran firmes, un silo impenetrable contra el viento. ¿Qué, en el nombre de Dios...?

Todos empezaron a hablar a la vez.

¿Por qué no…?

¿Crees que Lovell...?

¿Cuándo fue la primera vez que...?

Se quedaron en silencio. Victoria lo intentó de nuevo. 'Entonces, ¿quién te reclutó?' le preguntó a Robin. No habría sido Anthony, nos lo habría dicho.

Pero ¿no es Anthony…?

'No, está muy vivo', dijo Ramy. 'Fingió su muerte en el extranjero. Pero responde a la pregunta, Birdie.

'Griffin', dijo Robin, todavía tambaleándose por esta revelación. 'Te dije. Griffin Lovell.

'¿Quién es ese?' Victoire preguntó, al mismo tiempo que Ramy dijo, '¿Lovell?'

Un antiguo alumno de Babel. Creo que también es… quiero decir, dijo que es mi medio hermano. Se parece a mí, creemos que Lovell, quiero decir, nuestro padre... Robin estaba tropezando con sus palabras. El carácter chino 布 significaba tanto 'tela' como 'relacionar, contar'. La verdad estaba bordada en un tapiz de tela, extendida para mostrar su contenido. Pero Robin, finalmente sincerándose con sus amigos, no tenía idea de por dónde empezar. La imagen que mostraba era desordenada y confusa, distorsionada sin importar cómo la contara por su complejidad. Se fue de Babel hace varios años y luego pasó a la clandestinidad justo en la casa de Evie Brooke... Quiero decir, ah, creo que mató a Evie Brooke.

—Dios mío —dijo Victoire. '¿Realmente? ¿Por qué?'

—Porque lo atrapó en un asunto de Hermes —dijo Robin—. No lo supe hasta que el profesor Lovell me lo dijo.

—¿Y le crees? preguntó Rami.

-Sí -dijo Robin-. 'Sí, creo que Griffin lo haría, Griffin es absolutamente el tipo de persona que tendría. . .' Sacudió la cabeza. 'Escucha, lo importante es que Lovell piensa que estaba actuando solo. ¿Ha hablado con alguno de ustedes?

—Yo no —dijo Victoire.

—Yo tampoco —dijo Ramy. Nadie se ha acercado a nosotros en absoluto.

'¡Eso es bueno!' exclamó Robin. '¿No es así?'

Hubo un silencio incómodo. Ramy y Victoire no parecían ni la mitad de aliviados de lo que esperaba Robin.

'¿Eso es bueno?' Ramy dijo finalmente. ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

'¿Qué quieres decir?' preguntó Robin.

¿Qué crees que quiero decir? preguntó Ramy. No evites el tema.

¿Cuánto tiempo estuviste con Hermes?

No había nada que hacer más que ser honesto. 'Desde que empecé aquí. Desde la primera semana.

'¿Estás bromeando?'

Victoire le tocó el brazo. -Ramy, no...

—No me digas que eso no te enfurece —le espetó Ramy—. Son tres años. Durante tres años nunca nos dijo lo que estaba haciendo.

—Espera —dijo Robin. '¿Estás enfadado conmigo?'

'Muy bien, Birdie, te diste cuenta.'

'No entiendo - Ramy, ¿qué hice mal?'

Victoire suspiró y miró por encima del agua. Ramy lo miró duramente y luego estalló: '¿Por qué no me preguntaste a mí?'

Robin estaba atónito por su vehemencia. '¿Hablas en serio?'

—Conoces a Griffin desde hace años —dijo Ramy. 'Años. ¿Y nunca pensaste en contárnoslo? ¿Nunca pensaste que a nosotros también nos gustaría unirnos?

Robin no podía creer lo injusto que era esto. Pero nunca me dijiste...

'Yo quería', dijo Ramy.

—Íbamos a hacerlo —dijo Victoire. "Le rogamos a Anthony, casi lo dejamos escapar tantas veces, él seguía diciéndonos que no lo hiciéramos, pero decidimos decírtelo nosotros mismos, íbamos a hacerlo ese domingo..."

Pero ni siquiera le preguntaste a Griffin, ¿verdad? exigió Ramy. 'Tres años. Señor, Birdie.

'Estaba tratando de protegerte,' dijo Robin impotente.

Ramy se burló. '¿De qué? ¿Precisamente la comunidad que queríamos?

'No quería ponerte en riesgo...'

¿Por qué no me dejaste decidir eso por mí mismo?

—Porque sabía que dirías que sí —dijo Robin. —Porque te unirías a ellos en el acto y abdicarías de todo en Babel, de todo aquello por lo que has trabajado...

¡Todo por lo que he trabajado es esto! exclamó Rami. '¿Qué, crees que vine a Babel porque quiero ser un traductor para la Reina? Birdie, lo odio en este país. Odio la forma en que me miran, odio que me pasen de un lado a otro en sus fiestas de vino como un animal en exhibición. Odio saber que mi sola presencia en Oxford es una traición a mi raza y religión, porque me estoy convirtiendo en esa clase de persona que Macaulay esperaba crear. He estado esperando una

oportunidad como Hermes desde que llegué aquí…

—Pero eso es todo —dijo Robin—. Precisamente por eso fue demasiado arriesgado para ti…

'¿Y no es para ti?'

—No —dijo Robin, repentinamente enojado. No lo fue.

No tuvo que decir por qué. Robin, cuyo padre estaba en la facultad, que podía pasar por blanco bajo la iluminación adecuada, en los ángulos correctos, estaba protegido de una forma en que Ramy y Victoire no lo estaban. Si Ramy o Victoire se hubieran enfrentado a la policía esa noche, no habrían estado en este barco, habrían estado tras las rejas, o algo peor.

La garganta de Ramy palpitó. Maldita sea, Robin.

—Estoy segura de que no fue fácil —dijo Victoire, tratando valientemente de negociar la paz. Son tan estrictos con su secreto, ¿recuerdas?

'Sí, pero nos conocemos.' Ramy le lanzó una mirada a Robin. 'O al menos pensé que lo hicimos.'

"Hermes es desordenado", insistió Robin. Han hecho caso omiso de mis advertencias, cuelgan sus miembros para que se sequen, y no te habría hecho ningún bien que te enviaran abajo en tu primer año...

—Hubiera tenido cuidado —se burló Ramy. 'No soy como tú, no tengo miedo de mi propia sombra...'

—Pero no tienes cuidado —dijo Robin, exasperado. Así que ahora estaban intercambiando insultos. Así que estaban siendo francos ahora. Te atraparon, ¿no? Eres impulsivo, no piensas... en el momento en que alguien insulta tu orgullo, atacas...

Entonces, ¿qué pasa con Victoire?

'Victoire´s. . .' Robin se apagó. No tenía defensa. No le había contado a Victoire sobre Hermes porque supuso que ella tenía mucho que perder, pero no había una buena forma de decirlo en voz alta o de justificar su lógica.

Ella sabía lo que él quería decir. Ella no aceptaría su mirada suplicante.

"Gracias a Dios por Anthony", fue todo lo que dijo.

—Solo tengo una pregunta más —dijo Ramy abruptamente. Estaba realmente furioso, se dio cuenta Robin. Esto no fue simplemente un estallido de pasión al estilo de Ramy. Esto era algo de lo que quizás no podrían regresar. ¿Qué dijiste para que desapareciera? ¿A qué renunciaste?

Robin no podía mentirle a Ramy en la cara. Él quería; Tenía

mucho miedo de la verdad y de la forma en que Ramy lo miraría cuando la escuchara, pero no podía ocultarlo. Lo destrozaría. Quería información.

'¿Y entonces?'

Así que le di información.

Victoire se llevó una mano a la boca. '¿Todo?'

—Justo lo que sabía —dijo Robin. 'Lo cual no fue mucho, Griffin se aseguró de eso, nunca supe qué hizo con los libros que saqué para él. Todo lo que le conté a Lovell fue una habitación segura en St Aldate's.

No ayudó. Todavía lo miraba como si hubiera pateado a un cachorro.

'¿Estás loco?' Preguntó Rami.

—No importaba —insistió Robin. 'Griffin nunca está allí, me dijo él mismo, y apuesto a que ni siquiera lo han atrapado, es tan increíblemente paranoico; Apuesto a que ya está fuera del país.

Ramy sacudió la cabeza con asombro. Pero aun así los traicionaste.

Esto era profundamente injusto, pensó Robin. Los había salvado, había hecho lo único que podía pensar para minimizar el daño, que era más de lo que Hermes había hecho por él. ¿Por qué estaba ahora sitiado? 'Solo estaba tratando de salvarte...'

Ramy no se conmovió. Te estabas salvando a ti mismo.

—Mira —espetó Robin. No tengo familia. Tengo un contrato, un tutor y una casa en Canton llena de parientes muertos que, por lo que sé, todavía podrían estar pudriéndose en sus camas. Eso es a lo que estoy navegando a casa. Tienes Calcuta. Sin Babel, no tengo nada.

Ramy se cruzó de brazos y apretó la mandíbula.

Victoire le dirigió a Robin una mirada comprensiva, pero no dijo nada en su defensa.

—No soy un traidor —suplicó Robin. Sólo intento sobrevivir.

'Sobrevivir no es tan difícil, Birdie.' Los ojos de Ramy eran muy duros. Pero tienes que mantener algo de dignidad mientras lo haces.

El resto del viaje fue decididamente miserable. Ramy, al parecer, había dicho todo lo que quería decir. Él y Robin pasaron todas las horas que pasaron en su cabaña compartida en un silencio desesperadamente incómodo. Las comidas no eran mucho mejores. Victoire fue cortés pero distante; era poco lo que podía decir en presencia de Letty, y de lo contrario no hizo mucho esfuerzo por buscar a Robin. Y Letty todavía estaba enojada con todos ellos, lo que

hacía casi imposible hablar de cosas triviales.

Las cosas habrían ido mejor si hubieran tenido otra alma como compañía, pero eran los únicos pasajeros en un barco comercial donde los marineros parecían interesados en cualquier cosa menos en entablar amistad con los eruditos de Oxford, a quienes consideraban una carga indeseada e inoportuna. Robin pasaba la mayor parte de sus días solo sobre la cubierta o solo en su camarote. En cualquier otra circunstancia, el viaje habría sido una oportunidad fascinante para examinar la lingüística única de los entornos náuticos, que combinaba el multilingüismo necesario provocado por tripulaciones extranjeras y destinos extranjeros con el vocabulario altamente técnico de las embarcaciones. ¿Qué era un día baniano? ¿Qué fue marling? ¿Estaba el ancla unida al final mejor o al final amargo? Normalmente le habría encantado averiguarlo. Pero él estaba ocupado enfurruñado,

Letty, pobrecita, era la más confundida de todas. El resto de ellos al menos entendió la causa de las hostilidades. Letty no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Ella era la única inocente aquí, atrapada injustamente en el fuego cruzado. Todo lo que sabía era que las cosas estaban mal y agrias, y se estaba esforzando por descubrir cuál era la razón. Alguien más podría haberse vuelto retraído y hosco, resentido por ser excluido por sus amigos más cercanos. Pero Letty estaba tan obstinada como siempre, decidida a resolver los problemas a través de la fuerza bruta. Cuando ninguno de ellos le daba una respuesta concreta a la pregunta '¿Qué ha pasado?' decidió intentar conquistarlos uno por uno, descifrar sus secretos a través de una amabilidad demasiado solícita.

Pero esto tuvo el efecto opuesto al deseado. Ramy comenzó a salir de la habitación cada vez que ella entraba. Victoire, quien como compañera de cuarto de Letty no podía escapar de ella, comenzó a aparecer en el desayuno luciendo demacrada y exasperada. Cuando Letty le pidió la sal, Victoire le gritó con tanta saña que Letty retrocediera, herida.

Sin desanimarse, comenzó a abordar temas sorprendentemente personales cada vez que estaba a solas con uno de ellos, como un dentista pinchando los dientes para ver dónde dolía más, para encontrar lo que necesitaba arreglo.

"No puede ser fácil", le dijo a Robin un día. 'Usted y él.'

Robin, que al principio pensó que estaba hablando de Ramy, se puso rígida. 'Yo no, ¿qué quieres decir?'

"Es tan obvio", dijo. Quiero decir, te pareces tanto a él. Todo el

mundo puede verlo, no es como si nadie sospechara lo contrario.

Se refería al profesor Lovell, se dio cuenta Robin. No Rami. Estaba tan aliviado que se encontró participando en la conversación. "Es un arreglo extraño", admitió. Sólo que me he acostumbrado tanto que he dejado de preguntarme por qué no es de otro modo.

'¿Por qué no te reconoce públicamente?' ella preguntó. ¿Crees que es por su familia? ¿La esposa?'

'Tal vez', dijo. Pero en realidad no me molesta. No sabría qué hacer si él se declarara mi padre, para ser honesto. No estoy seguro de querer ser un Lovell.

'¿Pero no te mata?'

'¿Por qué lo haría?'

—Bueno, mi padre... —empezó, luego se interrumpió y tosió remilgadamente. 'Quiero decir. Todos ustedes saben. Mi padre no me habla, no me ha mirado a los ojos ni me ha hablado después de Lincoln, y. . . Solo quería decir que sé un poco cómo es. Eso es todo.'

Lo siento, Letty. Él le dio unas palmaditas en la mano e inmediatamente se sintió culpable por hacerlo; parecía tan falso.

Pero ella tomó el gesto al pie de la letra. Ella también debía estar hambrienta de contacto familiar, de alguna indicación de que sus amigos todavía la querían. 'Y solo quería decirte que estoy aquí para ti'. Ella tomó su mano entre las suyas. 'Espero que esto no sea demasiado atrevido, pero es solo que me he dado cuenta, él no te está tratando igual, no de la forma en que solía hacerlo. No te mirará a los ojos y no te hablará directamente. Y no sé qué pasó, pero no está bien, y es muy injusto lo que te ha hecho. Y quiero que sepas que si quieres hablar, Birdie, aquí estoy.

Ella nunca lo llamó Birdie. Esa es la palabra de Ramy, casi pronuncia Robin, antes de darse cuenta de que sería absolutamente lo peor que podría decir. Intentó recordarse a sí mismo que debía ser amable. Ella, después de todo, solo estaba intentando su versión de comodidad. Letty era obstinada y autoritaria, pero le importaba.

'Gracias.' Le dio un apretón en los dedos, con la esperanza de que si no daba más detalles, esto podría forzar el final de la conversación. 'Soy consciente de que.'

Al menos había trabajo para distraerse. La práctica de Babel de enviar cohortes enteras, todas especializadas en diferentes idiomas, en los mismos viajes de graduación fue un testimonio del alcance y la conexión de las empresas comerciales británicas. El comercio colonial

tenía sus garras en decenas de países de todo el mundo, y su mano de obra, consumidores y productores hablaban decenas de lenguas. Durante el viaje, a menudo se le pedía a Ramy que tradujera para los lascars de habla urdu y bengalí; no importaba que su bengalí fuera ahora rudimentario en el mejor de los casos. Letty y Victoire se pusieron a trabajar revisando los manifiestos de envío para su siguiente tramo a Mauricio y traduciendo la correspondencia robada de los misioneros franceses y las empresas comerciales francesas fuera de China: las guerras napoleónicas habían terminado, pero la competencia por el imperio no.

Todas las tardes, el profesor Lovell enseñaba mandarín a Ramy, Letty y Victoire de dos a cinco. Nadie esperaba que lo hablaran con fluidez cuando atracaron en Cantón, pero el objetivo era forzarlos a aprender suficiente vocabulario para que entendieran saludos básicos, instrucciones y nombres comunes. También hubo, argumentó el profesor Lovell, un gran beneficio pedagógico para aprender un idioma completamente nuevo en un período de tiempo muy corto; obligó a la mente a expandirse y construir conexiones rápidas, a contrastar estructuras lingüísticas desconocidas con lo que uno ya sabía.

"El chino es horrible", se quejó Victoire a Robin una noche después de clase. 'No hay conjugaciones, ni tiempos, ni declinaciones. ¿Cómo sabes el significado de una oración? Y no me hagas empezar con los tonos. Simplemente no puedo escucharlos. Tal vez no soy muy musical, pero realmente no puedo notar la diferencia. Estoy empezando a pensar que son un engaño.

—No importa —le aseguró Robin. Estaba sobre todo contento de que ella estuviera hablando con él. Después de tres semanas, Ramy finalmente se dignó intercambiar cortesías básicas, pero Victoire, aunque todavía lo mantenía a distancia, lo había perdonado lo suficiente como para hablarle como un amigo. De todos modos, en Cantón no hablan mandarín. Necesitarías cantonés para desplazarte.

—¿Y Lovell no lo habla?

—No —dijo Robin—. 'No, por eso me necesita.'

Por las tardes, el profesor Lovell los preparaba para el propósito de su misión en Canton. Iban a ayudar a negociar en nombre de varias empresas comerciales privadas, entre las que destacaba Jardine, Matheson & Company. Esto sería más difícil de lo que parecía, ya que las relaciones comerciales con la corte Qing habían estado marcadas por malentendidos y sospechas mutuas desde finales del siglo pasado.

Los chinos, desconfiados de las influencias extranjeras, prefirieron mantener a los británicos contenidos con otros comerciantes extranjeros en Cantón y Macao. Pero los comerciantes británicos querían libre comercio: puertos abiertos, acceso al mercado más allá de las islas y el levantamiento de las restricciones sobre importaciones particulares como el opio.

Los tres intentos previos de los británicos de negociar derechos comerciales más amplios terminaron en un rotundo fracaso. En 1793, la embajada de Macartney se convirtió en un chiste mundial cuando Lord George Macartney se negó a doblegarse ante el emperador Qianlong y se fue sin nada. La embajada de Amherst de 1816 hizo lo mismo cuando Lord William Amherst se negó de manera similar a doblegarse ante el emperador Jiaqing y posteriormente se le negó la admisión a Pekín. También estuvo, por supuesto, el desastroso caso Napier de 1834, que culminó en un intercambio inútil de disparos de cañón y la innoble muerte de fiebre de Lord William Napier en Macao.

La suya sería la cuarta delegación de este tipo. 'Será diferente esta vez', prometió el profesor Lovell, 'porque por fin llamaron a los traductores de Babel para dirigir las conversaciones. No más fiascos de mala comunicación cultural.'

¿No te habían consultado antes? preguntó Lety. 'Eso es bastante asombroso.'

"Te sorprendería la frecuencia con la que los comerciantes piensan que no deberían necesitar nuestra ayuda", dijo el profesor Lovell. “Tienden a suponer que todo el mundo debería aprender naturalmente a hablar y comportarse como los ingleses. Han hecho un trabajo bastante bueno provocando la animosidad local con esa actitud, si los periódicos de Canton no están exagerando. Espere algunos nativos menos que amistosos.

Todos tenían una buena idea del tipo de tensión que verían en China. Últimamente habían leído más y más cobertura de Canton en los periódicos londinenses, que en su mayoría informaban sobre el tipo de ignominias que sufrían los comerciantes británicos a manos de los brutales bárbaros locales. Las fuerzas chinas, según The Times, intimidaban a los comerciantes, intentaban expulsarlos de sus hogares y fábricas y publicaban insultos sobre ellos en su propia prensa.

El profesor Lovell opinó enfáticamente que, aunque los comerciantes podrían haber sido más delicados, tales tensiones aumentadas fueron fundamentalmente culpa de los chinos.

"El problema es que los chinos se han convencido a sí mismos de

que son la nación más superior del mundo", dijo. “Insisten en usar la palabra yi para describir a los europeos en sus memorandos oficiales, aunque les hemos pedido una y otra vez que usen algo más respetuoso, ya que yi es una designación para bárbaros. Y adoptan esta actitud en todas las negociaciones comerciales y legales. No reconocen más leyes que las suyas propias, y no ven el comercio exterior como una oportunidad, sino como una molesta incursión a la que hay que hacer frente.

—¿Entonces estarías a favor de la violencia? preguntó Lety.

—Podría ser lo mejor para ellos —dijo el profesor Lovell con sorprendente vehemencia—. Haría bien en darles una lección. China es una nación de gente semibárbara en las garras de los atrasados gobernantes manchúes, y les haría bien abrirse por la fuerza a la empresa comercial y al progreso. No, no me opondría a un poco de reorganización. A veces hay que azotar a un niño que llora.

Aquí, Ramy miró de soslayo a Robin, quien desvió la mirada. ¿Qué más había que decir?

Seis semanas por fin llegaron a su fin. El profesor Lovell les informó durante la cena una noche que podían esperar atracar en Canton al mediodía del día siguiente. Antes de desembarcar, se les pidió a Victoire y Letty que se vendaran el pecho y se cortaran el cabello, que se les había dejado largo durante sus años como estudiantes de último año, por encima de las orejas.

"Los chinos son estrictos en cuanto a prohibir la entrada de mujeres extranjeras en Cantón", explicó el profesor Lovell. 'No les gusta que los comerciantes traigan a sus familias; hace que parezca que están aquí para quedarse.'

—Seguramente en realidad no hacen cumplir eso —protestó Letty. '¿Qué pasa con las esposas? ¿Y las criadas?

“Los expatriados aquí contratan sirvientes locales y mantienen a sus esposas en Macao. Se toman muy en serio la aplicación de estas leyes. La última vez que un hombre británico trató de traer a su esposa a Cantón, William Baynes, creo que fue, las autoridades locales amenazaron con enviar soldados para sacarla.*De todos modos, es para su propio beneficio. Los chinos tratan muy mal a las mujeres. No tienen idea de la caballería. Tienen en baja estima a sus mujeres y, en algunos casos, ni siquiera les permiten salir de casa. Será mejor que piensen que son jóvenes. Aprenderás que la sociedad china sigue siendo bastante atrasada e injusta.

—Me pregunto cómo será eso —dijo Victoire secamente, aceptando la gorra—.

A la mañana siguiente pasaron la hora del amanecer sobre la cubierta, dando vueltas alrededor de la proa, inclinándose ocasionalmente sobre la barandilla como si esos centímetros de diferencia les ayudaran a detectar lo que la ciencia de la navegación afirmaba que se acercaban rápidamente. Las espesas nieblas del amanecer acababan de dar paso al cielo azul cuando el horizonte reveló una fina franja de verde y gris. Lentamente este detalle fue adquiriendo, como un sueño materializándose; los colores borrosos se convirtieron en una costa, se convirtieron en una silueta de edificios detrás de una masa de barcos que atracaban en el diminuto punto donde el Reino Medio se encontraba con el mundo.

Por primera vez en una década, Robin se encontró contemplando las costas de su patria.

'¿Qué estás pensando?' Ramy le preguntó en voz baja.

Esta era la primera vez que se hablaban directamente en semanas. No era una tregua, Ramy todavía se negaba a mirarlo a los ojos. Pero fue una apertura, un reconocimiento a regañadientes de que, a pesar de todo, a Ramy todavía le importaba, y por eso Robin estaba agradecida.

"Estoy pensando en el carácter chino para el amanecer", dijo con sinceridad. No podía permitirse pensar en la mayor magnitud de todo. Sus pensamientos amenazaban con volverse en espiral hacia lugares que temía no poder controlar a menos que los redujera a la familiar distracción del lenguaje. 'Dan. Se parece a esto.' Dibujó el carácter en el aire: 旦. 'Arriba está el radical para el sol - rì.' Dibujó 日. Y debajo de eso, una línea. Y solo estoy pensando en lo hermoso que es porque es muy simple. Es el uso más directo de la pictografía, ¿ves? Porque el amanecer no es más que el sol saliendo por el horizonte.

Capítulo Diecisiete

Quae caret ora cruore nostro?

¿Qué costa no conoce nuestra sangre?

HORACIO, Odas

H

ace un año, después de escuchar a Colin y los hermanos Sharp discutiendo en voz alta en la sala común, Robin había ido solo a Londres durante un fin de semana para ver al célebre Afong Moy. Anunciada como la 'dama china', Afong Moy había sido traída de China por un par de comerciantes estadounidenses que inicialmente esperaban usar una dama oriental para exhibir los productos adquiridos en el extranjero, pero que rápidamente se dieron cuenta de que podían hacer una fortuna exhibiéndola. persona a través de la costa este. Esta fue su primera gira por Inglaterra.

Robin había leído en alguna parte que ella también era de Canton. No estaba seguro de lo que había esperado aparte de un vistazo, tal vez un momento de conexión con alguien que compartiera su patria. Su entrada le permitía entrar en un llamativo salón anunciado como «Salón chino», decorado con cerámica colocada al azar, imitaciones de mala calidad de pinturas chinas y una cantidad sofocante de damasco dorado y rojo iluminado por farolillos de papel baratos. La propia dama china estaba sentada en una silla al frente de la sala. Llevaba una camisa abotonada de seda azul y sus pies, llamativamente envueltos en lino, estaban apoyados sobre un pequeño cojín delante de ella. Parecía muy pequeña. El panfleto que le habían entregado en la taquilla decía que ella tenía unos veinte años, pero fácilmente podría haber tenido tan solo doce.

La sala era ruidosa y estaba repleta de una audiencia compuesta en su mayoría por hombres. Se callaron cuando, lentamente, ella se agachó para desatar sus pies.

La historia de sus pies también fue explicada en el folleto. Como a muchas jóvenes chinas, a Afong Moy le habían roto y vendado los pies cuando era joven para restringir su crecimiento y dejarlos encorvados en un arco antinatural que le daba un andar tambaleante e inestable.

Mientras caminaba por el escenario, los hombres que rodeaban a Robin empujaron hacia adelante, tratando de verla más de cerca. Pero Robin no podía entender el atractivo. La vista de sus pies no parecía erótica ni fascinante, sino más bien una gran invasión de intimidad. Allí de pie, observándola, se sintió tan avergonzado como si ella se hubiera bajado los pantalones delante de él.

Afong May volvió a su silla. Sus ojos se encontraron de repente con los de Robin; parecía haber escaneado la habitación y encontrado parentesco en su rostro. Con las mejillas sonrojadas, desvió la mirada. Cuando ella comenzó a cantar, una melodía inquietante y melodiosa que él no reconoció y no pudo entender, se abrió paso entre la multitud y salió de la habitación.

Aparte de Griffin, no había visto a ningún chino desde entonces.

Mientras navegaban tierra adentro, notó que Letty no dejaba de mirarlo a la cara, y luego a las caras de los trabajadores portuarios, como si los comparara. Tal vez estaba tratando de determinar con precisión cuán chino se veía, o ver si estaba experimentando una gran catarsis emocional. Pero nada se agitó en su pecho. De pie en la cubierta, a minutos de poner un pie en su patria después de una vida lejos, todo lo que Robin sentía era vacío.

Echaron el ancla y desembarcaron en Whampoa, donde abordaron botes más pequeños para continuar por la orilla del río Canton. Aquí, la ciudad se convirtió en una oleada de ruido, del continuo retumbar y zumbido de gongs, petardos y barqueros que gritaban moviendo sus embarcaciones río arriba y río abajo. Era insoportablemente ruidoso. Robin no recordaba tal estruendo de su infancia; o Cantón se había vuelto mucho más ocupado, o sus oídos no se habían acostumbrado a sus sonidos.

Desembarcaron en Jackass Point, donde los recibió el señor Baylis, su enlace con Jardine, Matheson & Co. El señor Baylis era un hombre bajo, bien vestido, con ojos oscuros e inteligentes que hablaba con asombrosa animación. —No podrías haber llegado en mejor momento —dijo, estrechando la mano del profesor Lovell, luego la de Robin y luego la de Ramy—. Las chicas que ignoró. 'Es un desastre aquí, los chinos se vuelven más y más audaces cada día. Han desmantelado los anillos de distribución (el otro día bombardearon uno de los cangrejos más rápidos en el puerto, gracias a Dios no había nadie a bordo) y las medidas enérgicas harán que el comercio sea imposible si esto continúa.

—¿Qué pasa con los barcos de contrabando europeos? preguntó el profesor Lovell mientras caminaban.

'Esa fue una solución, pero solo por un tiempo. Luego, el virrey comenzó a enviar a su gente de puerta en puerta en registros domiciliarios. Toda la ciudad está aterrorizada. Asustarás a un hombre con solo mencionar el nombre de la droga. Todo es culpa del nuevo Comisionado Imperial que el Emperador ha enviado. Lin Zexu. Lo conocerás pronto; él es con quien tendremos que tratar. El señor Baylis habló tan rápido mientras caminaban que Robin se asombró de que nunca se quedara sin aliento. Así que entra y exige la entrega inmediata de todo el opio traído a China. Esto fue el pasado mes de marzo. Por supuesto que dijimos que no, así que suspendió el comercio y nos dijo que no debíamos salir de las fábricas hasta que estemos listos para seguir las reglas. ¿Puedes imaginar? Nos puso bajo asedio.

¿Un asedio? repitió el profesor Lovell, luciendo levemente preocupado.

'Oh, bueno, realmente no fue tan malo. El personal chino se fue a casa, lo cual fue una prueba: tuve que hacer mi propia colada y eso fue un desastre, pero por lo demás, en general, mantuvimos el ánimo en alto. En realidad, los únicos daños fueron la sobrealimentación y la falta de ejercicio. El señor Baylis soltó una breve y desagradable carcajada. Felizmente eso ha terminado, y ahora podemos pasear afuera como queramos, sin daño alguno. Pero debe haber sanciones, Richard. Tienen que aprender que no pueden salirse con la suya. Ah, aquí estamos, damas y caballeros, aquí está su hogar lejos del hogar.

Más allá de los suburbios del sudoeste, se encontraron con una fila de trece edificios en línea, todos visiblemente de diseño occidental, repletos de verandas empotradas, adornos neoclásicos y banderas europeas. Estos se veían tan discordantes en comparación con el resto de Cantón que parecía como si un gigante hubiera desenterrado una franja ordenada de Francia o Inglaterra y la hubiera arrojado al borde de la ciudad. Estas eran las Fábricas, explicó el Sr. Baylis, nombradas así porque fueran centros de producción, sino porque eran las residencias de los factores, los agentes del comercio. Comerciantes, misioneros, funcionarios gubernamentales y soldados vivían aquí durante la temporada comercial.

Encantadores, ¿verdad? dijo el señor Baylis. Es como un puñado de diamantes sobre un montón de basura vieja.

Debían quedarse en la New English Factory. El señor Baylis los

condujo rápidamente a través del almacén de la planta baja, pasando por la sala social y el comedor hasta las cámaras de visitas de los pisos superiores. También había, señaló, una biblioteca bien surtida, varias terrazas en la azotea e incluso un jardín frente al río.

"Ahora, son muy estrictos con respecto a mantener a los extranjeros dentro del enclave extranjero, así que no vayan a explorar solos", advirtió el Sr. Baylis. 'Quédate dentro de las Fábricas. Hay un rincón en la Fábrica Imperial, ese es el número tres, donde Markwick & Lane vende todo tipo de productos europeos que pueda necesitar, aunque no tienen muchos libros aparte de las cartas náuticas. Esos botes de flores están estrictamente prohibidos, ¿me oyes? Nuestros amigos comerciantes pueden hacer arreglos para que algunas mujeres de un temperamento más discreto te visiten por las noches si necesitas compañía, ¿no?

Las orejas de Ramy se habían puesto de color rojo brillante. Estaremos bien, señor.

El señor Baylis se rió entre dientes. Como quieras. Te quedarás al final de este pasillo.

La habitación de Robin y Ramy estaba bastante lúgubre. Las paredes, que originalmente debían estar pintadas de verde oscuro, ahora eran casi negras. El baño de las chicas era igual de oscuro y considerablemente más pequeño; apenas había espacio para caminar entre la cama individual y la pared. Tampoco tenía ventanas. Robin no podía ver cómo se esperaba que vivieran allí durante dos semanas.

"Técnicamente, esto es una unidad de almacenamiento, pero no podríamos tenerlo demasiado cerca de los caballeros". El señor Baylis al menos hizo un esfuerzo por sonar arrepentido. 'Tú entiendes.'

'Por supuesto,' dijo Letty, empujando su baúl dentro de la habitación. Gracias por su alojamiento.

Después de dejar sus cosas, se congregaron en el comedor, que estaba amueblado con una mesa muy grande con capacidad para al menos veinticinco personas. En el centro de la mesa estaba suspendido un inmenso abanico hecho con una vela de tela tendida sobre un marco de madera, que un sirviente coolie mantenía en constante movimiento y tiraba y aflojaba sin pausa durante el servicio de la cena. Robin lo distrajo bastante (sentía una extraña punzada de culpa cada vez que miraba a los ojos del sirviente), pero los demás residentes de la fábrica parecían encontrar invisible al coolie.

La cena de esa noche fue una de las más espantosas e incómodas

que Robin jamás había soportado. Los hombres de la mesa incluían tanto a empleados de Jardine & Matheson como a varios representantes de otras compañías navieras: Magniac & Co., J. Scott & Co. y otras cuyos nombres Robin olvidó rápidamente. Todos eran hombres blancos que parecían cortados exactamente por el mismo patrón que el señor Baylis: hombres superficialmente encantadores y habladores que, a pesar de su atuendo limpio, parecían exudar un aire de suciedad intangible. Aparte de los empresarios estaba el reverendo Karl Gützlaff, un misionero nacido en Alemania que aparentemente hacía más interpretación para las compañías navieras que conversión de almas chinas. El reverendo Gützlaff les informó con orgullo que también era miembro de la Sociedad para la Difusión del Conocimiento Útil en China, *y actualmente estaba escribiendo una serie de artículos para una revista en idioma chino para enseñar a los chinos sobre el difícil concepto occidental del libre comercio.

"Estamos encantados de que trabaje con nosotros", dijo el Sr. Baylis a Robin mientras se servía el primer plato, una sopa suave de jengibre. “Es muy difícil encontrar buenos traductores de chino que puedan unir una oración completa en inglés. Los entrenados en Occidente son mucho mejores. Me interpretará durante mi audiencia con el comisario el jueves.

'¿Soy?' Robin se sobresaltó. '¿Por qué yo?' Esta era una buena pregunta, pensó; nunca antes había interpretado profesionalmente, y parecía extraño elegirlo para una audiencia con la mayor autoridad en Canton. ¿Por qué no el reverendo Gützlaff? ¿O el profesor Lovell?

"Porque somos hombres caucásicos", dijo el profesor Lovell con ironía. 'Y por lo tanto, bárbaros.'

"Y no hablarán con los bárbaros, por supuesto", dijo el Sr. Baylis.

"Sin embargo, Karl parece bastante chino", dijo el profesor Lovell. ¿No están todavía convencidos de que eres al menos en parte oriental?

'Solo cuando me presento como Ai Han Zhe'*dijo el reverendo Gützlaff. Aunque creo que el comisionado Lin no estará demasiado enamorado del título.

Todos los hombres de la compañía se rieron, aunque Robin no pudo ver qué era tan divertido. Cierta presunción suscribía todo este intercambio, un aire de fraternidad fraternal, de acceso compartido a algún chiste de larga data que los demás no entendían. A Robin le recordó a las reuniones del profesor Lovell en Hampstead, ya que nunca había sido capaz de decir cuál era la broma en ese entonces, o por qué los hombres tenían que estar tan satisfechos.

Nadie estaba bebiendo mucho de su sopa. Los sirvientes retiraron sus tazones y los reemplazaron con el plato principal y el postre a la vez. El plato principal consistía en patatas con una especie de bulto gris cubierto de salsa, ya fuera de ternera o de cerdo, Robin no podía decirlo. El postre era aún más misterioso, una cosa naranja violenta que se parecía un poco a una esponja.

'¿Qué es esto?' preguntó Ramy, empujando su postre.

Victoire cortó un trozo con el tenedor y lo examinó. Creo que es pudín de caramelo pegajoso.

"Es naranja", dijo Robin.

Está quemado. Letty se lamió el pulgar. —¿Y está hecho con zanahorias, creo?

Los otros invitados se estaban riendo de nuevo.

"El personal de la cocina son todos chinos", explicó el Sr. Baylis. Nunca han estado en Inglaterra. Seguimos describiendo los alimentos que nos gustarían y, por supuesto, no tienen idea de cómo sabe o cómo prepararlos, pero aun así es divertido verlos intentarlo. El té de la tarde es mejor. Entienden el sentido de los dulces, y aquí tenemos nuestras propias vacas inglesas para suministrar la leche.

'No entiendo,' dijo Robin. ¿Por qué no les pides que cocinen platos cantoneses?

"Porque la cocina inglesa recuerda a uno de casa", dijo el reverendo Gützlaff. Uno aprecia tales comodidades en los viajes lejanos.

—Pero sabe a basura —dijo Ramy.

—Y nada podría ser más inglés —dijo el reverendo Gützlaff, cortando vigorosamente su carne gris.

—De todos modos —dijo el señor Baylis—, va a ser endiabladamente difícil trabajar con el comisario. Los rumores dicen que es muy estricto, extremadamente tenso. Cree que Cantón es un pozo negro de corrupción y que todos los comerciantes occidentales son villanos infames que intentan estafar a su gobierno.

—Astuto, ése —dijo el reverendo Gützlaff, entre risas más satisfechas—.

"Prefiero cuando nos subestiman", coincidió el Sr. Baylis. 'Ahora, Robin Swift, el tema en cuestión es el bono de opio, que haría que todos los barcos extranjeros asumieran la responsabilidad ante la ley china por cualquier opio que puedan introducir de contrabando. Solía ser que esta prohibición existía solo en el papel. Atracaríamos nuestros barcos en... ¿cómo los llamaremos? – fondeaderos exteriores, como

Lintin y Camsingmoon y similares, donde distribuiríamos la carga para revenderla con socios locales. Pero todo eso ha cambiado con el comisionado Lin. Su llegada, como les he dicho, fue todo un revuelo. El capitán Elliot, un buen hombre, pero es un cobarde donde importa, apaciguó la situación al permitirles confiscar todo el opio que teníamos en nuestro poder. Aquí el Sr. Baylis se agarró el pecho como si le doliera físicamente. Más de veinte mil cofres. ¿Sabes cuánto vale eso? Casi dos millones y medio de libras. Eso es incautación injusta de propiedad británica, les digo. Seguramente eso es motivo de guerra. El capitán Elliot cree que nos salvó del hambre y la violencia, pero solo ha demostrado a los chinos que pueden pasar por encima de nosotros. El señor Baylis señaló con el tenedor a Robin. Así que para eso te necesitaremos. Richard te ha puesto al tanto de lo que queremos en esta ronda de negociaciones, ¿sí?

"He leído los borradores de la propuesta", dijo Robin. 'Pero estoy un poco confundido con las prioridades. . .'

'¿Sí?'

—Bueno, parece que el ultimátum sobre el opio es un poco extremo —dijo Robin. No veo por qué no podrías dividirlo en más tratos fragmentarios. Quiero decir, ciertamente aún podrías negociar sobre todas las demás exportaciones...

"No hay otras exportaciones", dijo el Sr. Baylis. 'Ninguna que importe.'

"Parece que los chinos tienen un buen punto", dijo Robin con impotencia. 'Dado que es una droga tan dañina.'

No seas ridículo. El señor Baylis esbozó una sonrisa amplia y experimentada. Fumar opio es la especulación más segura y más propia de un caballero que conozco.

Esta era una mentira tan obvia que Robin parpadeó, asombrado. Los memorándums chinos lo llaman uno de los mayores vicios que han plagado a su país.

'Oh, el opio no es tan dañino como todo eso', dijo el reverendo Gützlaff. De hecho, se prescribe como láudano en Gran Bretaña todo el tiempo. Las viejecitas lo usan regularmente para ir a dormir. No es más vicio que el tabaco o el brandy. A menudo se lo recomiendo a los miembros de mi congregación.'

—Pero ¿no es el opio de pipa mucho más fuerte? Ramy interrumpió. "Realmente no parece que las ayudas para dormir sean el problema aquí".

—Ese no es el punto —dijo el señor Baylis con un toque de

impaciencia. 'El punto es el libre comercio entre las naciones. Todos somos liberales, ¿no? No debe haber restricciones entre quienes tienen bienes y quienes quieren comprarlos. Eso es justicia.

—Curiosa defensa —dijo Ramy— para justificar un vicio con la virtud.

El señor Baylis se burló. 'Oh, al Emperador Qing no le importan los vicios. Es tacaño con su plata, eso es todo. Pero el comercio solo funciona cuando hay toma y daca, y actualmente tenemos un déficit. Aparentemente, no tenemos nada que esos chinos quieran, excepto opio. No pueden tener suficiente de las cosas. Pagarán cualquier cosa por ello. Y si por mí fuera, todos los hombres, mujeres y niños de este país estarían fumando humo de opio hasta que no pudieran pensar con claridad.

Concluyó golpeando su mano contra la mesa. El ruido fue quizás más fuerte de lo que pretendía; crujió como un disparo. Victoire y Letty retrocedieron. Ramy parecía demasiado asombrado para responder.

—Pero eso es cruel —dijo Robin. Eso es... eso es terriblemente cruel.

Es su libre elección, ¿no? dijo el señor Baylis. No se puede culpar a los negocios. Los chinos son simplemente sucios, perezosos y fácilmente adictos. Y ciertamente no puedes culpar a Inglaterra por las debilidades de una raza inferior. No donde se puede ganar dinero.

—Señor Baylis. Los dedos de Robin hormiguearon con una energía extraña y urgente; no sabía si quería salir disparado o golpear al hombre. 'Señor Baylis, soy chino.'

El señor Baylis, por una vez, guardó silencio. Sus ojos recorrieron el rostro de Robin, como si tratara de detectar la verdad de esta declaración en sus rasgos. Luego, para gran sorpresa de Robin, se echó a reír.

'No tu no eres.' Se echó hacia atrás y juntó las manos sobre su pecho, todavía riéndose. 'Buen señor. Eso es hilarante. No tu no eres.'

El profesor Lovell no dijo nada.

El trabajo de traducción comenzó puntualmente al día siguiente. Los buenos lingüistas siempre tenían una gran demanda en Canton, y eran empujados en una docena de direcciones diferentes cada vez que aparecían. A los comerciantes occidentales no les gustaba usar lingüistas chinos nativos con licencia del gobierno porque sus habilidades lingüísticas eran a menudo deficientes.

'Olvídese del inglés', se quejó el Sr. Baylis al profesor Lovell, 'la mitad de ellos ni siquiera dominan el mandarín. Y además no puedes confiar en ellos para que representen tus intereses. Siempre puedes saber cuándo no te están diciendo la verdad: una vez un hombre me mintió en la cara sobre las tasas de aduanas cuando los números arábigos estaban allí.

Las empresas comerciales ocasionalmente empleaban a occidentales que hablaban chino con fluidez, pero eran difíciles de encontrar. Oficialmente, enseñar chino a un extranjero era un delito punible con la muerte. Ahora, como las fronteras de China eran un poco más porosas, esta ley era imposible de hacer cumplir, pero significaba que los traductores calificados eran a menudo misioneros como el reverendo Gützlaff con poco tiempo libre. El resultado fue que personas como Robin y el profesor Lovell valían su peso en oro. Ramy, Letty y Victoire, los pobres, se pasaban el día de fábrica en fábrica haciendo mantenimiento de platería, pero los itinerarios de Robin y el profesor Lovell estaban repletos de reuniones a partir de las ocho de la mañana.

Inmediatamente después del desayuno, Robin acompañó al Sr. Baylis al puerto para revisar los manifiestos de envío con los funcionarios de aduanas chinos. La oficina de aduanas había proporcionado su propio traductor, un hombre con gafas y caña llamado Meng que pronunciaba cada palabra en inglés con deliberación lenta y tímida, como si le aterrorizara pronunciar algo mal.

"Ahora revisaremos el inventario", le dijo a Robin. Su tono deferente y ascendente hacía sonar como si estuviera haciendo una pregunta; Robin no sabía si le estaba pidiendo permiso o no.

Eh, sí. Se aclaró la garganta y luego pronunció en su mejor mandarín: 'Procedan'.

Meng comenzó a leer la lista de inventario, mirando hacia arriba después de cada artículo para que el Sr. Baylis pudiera confirmar en qué cajas se habían almacenado esos bienes. Ciento veinticinco libras de cobre. Setenta y ocho libras de ginseng crudo. Veinticuatro cajas ser . . . escarabajo-'

—Nueces de betel —corrigió el señor Baylis—.

'¿Betel?'

—Ya sabes, betel —dijo el señor Baylis—. O nueces de areca, por así decirlo. Para masticar. Señaló su mandíbula e hizo la mímica del acto. '¿No?'

Meng, todavía desconcertado, miró a Robin en busca de ayuda. Robin tradujo rápidamente al chino y Meng asintió. Nueces de escarabajo.

'Oh, basta de esto,' espetó el Sr. Baylis. Deja que lo haga Robin. Puedes traducir toda la lista, ¿verdad, Robin? Nos ahorraría una buena cantidad de tiempo. Son inútiles, te lo dije, todos ellos: un país entero, y ni un solo hablante competente de inglés entre ellos.

Meng pareció entender esto perfectamente. Le lanzó a Robin una mirada mordaz, y Robin inclinó la cabeza sobre el manifiesto para evitar su mirada.

Siguió así toda la mañana: el Sr. Baylis se reunió con una procesión de agentes chinos, a los que trató con una rudeza increíble, y luego miró a Robin como si esperara que tradujera no solo sus palabras, sino también su absoluto desprecio por sus interlocutores.

Para cuando terminaron la sesión para almorzar, Robin había desarrollado un dolor de cabeza doloroso y palpitante. No podía soportar ni un momento más la compañía del señor Baylis. Ni siquiera la cena, que se sirvió en la Fábrica Inglesa, fue un respiro; El Sr. Baylis pasó todo el tiempo contando afirmaciones tontas que habían hecho los funcionarios de aduanas, y siguió relatando sus historias de una manera que hizo que Robin sonara como si hubiera abofeteado verbalmente a los chinos en todo momento. Ramy, Victoire y Letty parecían muy confundidos. Robin apenas habló. Devoró su comida, esta vez un plato más tolerable, aunque sin sabor, de carne de res con arroz, y luego anunció que volvía a salir.

'¿Adónde vas?' preguntó el señor Baylis.

Quiero ir a ver la ciudad. La irritación de Robin lo hizo audaz. 'Hemos terminado por hoy, ¿no?'

"Los extranjeros no están permitidos en la ciudad", dijo el Sr. Baylis.

No soy extranjero. Yo nací aquí.'

El señor Baylis no tuvo réplica. Robin tomó su silencio como asentimiento. Agarró su abrigo y caminó hacia la puerta.

Ramy corrió tras él. ¿Y si te acompaño?

Por favor, Robin estuvo a punto de decir, pero vaciló. No estoy seguro de que puedas hacerlo.

Robin vio que Victoire y Letty miraban en su dirección. Letty hizo ademán de levantarse, pero Victoire le puso un brazo en el hombro.

—Estaré bien —dijo Ramy, poniéndose el abrigo. 'Estaré contigo.'

Salieron por la puerta principal y recorrieron las Trece Fábricas. Cuando cruzaron del enclave extranjero a los suburbios cantoneses, nadie los detuvo; nadie los agarró por el brazo e insistió en que regresaran a donde pertenecían. Incluso el rostro de Ramy no atrajo ningún comentario peculiar; Los láseres indios eran algo común en Canton y atraían menos atención que los extranjeros blancos. Fue, extrañamente, una inversión completa de su situación en Inglaterra.

Robin los condujo por las calles del centro de Canton al azar. No sabía lo que estaba buscando. ¿Retos de la infancia? ¿Hitos familiares? No tenía ningún destino en mente; ningún lugar que él pensó traería catarsis. Todo lo que sentía era una profunda urgencia, la necesidad de caminar sobre tanto territorio como pudiera antes de que se pusiera el sol.

'¿Se siente como en casa?' Ramy preguntó, a la ligera, neutralmente, como si caminara de puntillas sobre cáscaras de huevo.

—En lo más mínimo —dijo Robin. Se sentía tan profundamente confundido. Esto es… no estoy seguro de qué es esto.

Canton era tremendamente diferente a como lo había dejado. La construcción en los muelles, que había estado ocurriendo desde que Robin podía recordar, se había convertido en complejos enteros de nuevos edificios: almacenes, oficinas de empresas, posadas, restaurantes y casas de té. Pero, ¿qué más había esperado? Cantón siempre había sido una ciudad cambiante y dinámica, que absorbía lo que el mar le brindaba y lo digería todo en su propia hibridez peculiar. ¿Cómo podría suponer que podría permanecer enraizado en el pasado?

Aun así, esta transformación se sintió como una traición. Se sentía como si la ciudad hubiera cerrado cualquier posible camino a casa.

'¿Dónde solías vivir?' Ramy preguntó, todavía en ese tono cuidadoso y gentil, como si Robin fuera una canasta de emociones que amenazan con derramarse.

Uno de los barrios marginales. Robin miró a su alrededor. Creo que no muy lejos de aquí.

'¿Quieres ir?'

Robin pensó en esa casa seca y mal ventilada; el hedor de la diarrea y los cuerpos en descomposición. Era el último lugar del mundo que quería volver a visitar. Pero parecía aún peor no echar un vistazo. No estoy seguro de poder encontrarlo. Pero podemos intentar.'

Finalmente, Robin encontró el camino de regreso a su antiguo hogar, no siguiendo las calles, que ahora se habían vuelto

completamente desconocidas, sino caminando hasta que la distancia entre los muelles, el río y el sol poniente le resultó familiar. Sí, aquí era donde debería haber estado su hogar: recordaba la curva de la orilla del río, así como el aparcamiento de rickshaws en la orilla opuesta.

'¿Es esto?' preguntó Rami. Todo son tiendas.

La calle no se parecía a nada de lo que recordaba. La casa de su familia había desaparecido de la faz del planeta. Ni siquiera podía decir dónde estaban sus cimientos; podrían haber estado debajo de la tienda de té frente a ellos, o la oficina de la compañía a su izquierda, o la tienda lujosamente adornada cerca del final de la calle con un letrero que decía, en pintura roja chillona: huā yān guǎn. Tienda de flores y humo. Un fumadero de opio.

Robin caminó hacia él.

'¿Adónde vas?' Ramy corrió detrás de él. '¿Qué es eso?'

Es adonde va todo el opio. Vienen aquí a fumarla. Robin sintió una repentina e insoportable curiosidad. Su mirada recorrió el frente de la tienda, tratando de memorizar cada detalle: las grandes lámparas de papel, el exterior lacado, las chicas con pintura facial y faldas largas que hacían señas desde el frente de la tienda. Ellos le sonrieron, extendiendo sus brazos como bailarines mientras se acercaba.

"Hola, señor", arrullaron en cantonés. ¿No quieres venir a divertirte un poco?

—Dios mío —dijo Ramy. Sal de ahí.

'Un momento.' Robin se sintió impulsado por un deseo feroz y retorcido de saber, el mismo impulso vicioso que lo impulsaba a uno a pincharse una llaga, solo para ver cuánto podía doler. Sólo quiero echar un vistazo.

En el interior, el olor lo golpeó como una pared. Era empalagoso, enfermizo y dulce como el azúcar, repulsivo y tentador a la vez.

'Bienvenido señor.' Una anfitriona se materializó alrededor del brazo de Robin. Ella sonrió ampliamente cuando vio su expresión. '¿Esta es tu primera vez?'

Yo no... De repente, las palabras fallaron a Robin. Podía entender cantonés, pero no podía hablarlo.

'¿Te gustaría intentarlo?' La anfitriona le tendió una pipa. Ya estaba encendido; la olla resplandecía con el opio que ardía suavemente, y un pequeño hilillo de humo se desplegaba de la punta. 'El primero en la casa, señor.'

'¿Qué está diciendo?' Preguntó Rami. Pajarito, no toques eso.

Mira lo bien que se lo pasan. La anfitriona hizo un gesto alrededor de la sala de estar. ¿No quieres probarlo?

La guarida estaba llena de hombres. Robin no los había notado antes, estaba tan oscuro, pero ahora vio que había al menos una docena de fumadores de opio desparramados sobre sillones bajos en varios estados de desnudez. Algunas chicas acariciadas se sentaban sobre sus regazos, algunas jugaban con apatía un juego de apuestas, y algunas yacían solas en estupor, con la boca entreabierta y los ojos entrecerrados, mirando a la nada.

Tu tío no podía mantenerse alejado de esas guaridas. La vista provocó palabras que no había recordado en una década, palabras en la voz de su madre, palabras que ella había suspirado a lo largo de su infancia. Solíamos ser ricos, cariño. Míranos ahora.

Pensó en su madre recordando amargamente los jardines que solía cuidar y los vestidos que solía usar antes de que su tío desperdiciara la fortuna familiar en un fumadero de opio como este. Imaginó a su madre, joven y desesperada, ansiosa por hacer cualquier cosa por el hombre extranjero que le prometió dinero, que la usó y abusó de ella y la dejó con una doncella inglesa y un conjunto desconcertante de instrucciones para criar a su hijo, su hijo, en un idioma que ella misma no podía hablar. Robin nació de elecciones producidas por la pobreza, pobreza producida por esto.

—¿Un trago, señor?

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, la pipa estaba en su boca: estaba inhalando, la anfitriona estaba sonriendo más ampliamente, diciendo algo que no entendió, y todo era dulce, vertiginoso, encantador y horrible, todo a la vez. Tosió, luego volvió a aspirar con fuerza; tenía que ver cuán adictivo era este material, si realmente podía hacer que uno sacrificara todo lo demás.

'Multa.' Ramy agarró su brazo. 'Es suficiente, vámonos'.

Caminaron rápidamente de regreso a través de la ciudad, esta vez con Ramy a la cabeza. Robin no dijo una palabra. No sabría decir cuánto le habían afectado esos tragos de opio, si sólo estaba imaginando sus síntomas. Una vez, por curiosidad, había hojeado una copia de Confessions of an English Opium-Eater de De Quincey, que describía el efecto del opio como comunicando 'serenidad y equilibrio' a todas las facultades, de 'gran vigor' del autocontrol. , y de dar 'una expansión al corazón'. Pero no sintió ninguna de esas cosas. Las únicas palabras que usaría para describirse a sí mismo ahora eran 'no del todo bien'; se sentía vagamente mareado, la cabeza le daba vueltas, el

corazón le latía demasiado rápido y su cuerpo se movía con demasiada lentitud.

'¿Estás bien?' Ramy preguntó después de un rato.

—Me estoy ahogando —murmuró Robin.

'No, no lo eres,' dijo Ramy. Sólo estás siendo histérica. Volveremos a las fábricas y beberás un buen vaso de agua...

'Se llama yánghuò,'*dijo Robín. Así llamaba ella al opio. Yáng significa "extranjero", huò significa "bienes". Yánghuò significa “mercancías extranjeras”. Así es como se refieren a todo aquí. gente yang. Gremios Yang. Yánghuòre: obsesión por los bienes extranjeros, por el opio. Y ese soy yo. Eso viene de mí. Soy yáng.

Se detuvieron sobre un puente, bajo el cual iban y venían pescadores y sampanes. El estruendo, la cacofonía de un idioma del que había pasado tanto tiempo alejado y ahora tenía que concentrarse para descifrarlo, hizo que Robin quisiera presionar sus manos contra sus oídos, para bloquear un paisaje sonoro que debería haberlo hecho pero no lo hizo. sentirse como en casa.

'Lamento no haberte dicho', dijo. Sobre Hermes.

Ramy suspiró. Pajarito, ahora no.

—Debería habértelo dicho —insistió Robin. 'Debería haberlo hecho, y no lo hice, porque de alguna manera todavía tenía todo dividido en mi cabeza, y nunca junté las dos piezas porque simplemente no vi. . . Yo sólo… no sé cómo no lo vi.

Ramy lo miró en silencio durante un largo momento, y luego se acercó para quedar uno al lado del otro, mirando hacia el agua.

—Sabes —dijo en voz baja—, sir Horace Wilson, mi tutor, una vez me llevó a uno de los campos de opio en los que había invertido. En Bengala Occidental. Creo que nunca te lo dije. Ahí es donde se cultiva la mayor parte de estas cosas: en Bengala, Bihar y Patna. Sir Horace poseía una participación en una de las plantaciones. Estaba tan orgulloso; pensó que este era el futuro del comercio colonial. Me hizo estrechar la mano de sus trabajadores de campo. Les dijo que algún día yo podría ser su supervisor. Esto lo cambió todo, dijo. Esto corrigió el déficit comercial.

Creo que nunca olvidaré lo que vi. Apoyó los codos en el puente y suspiró. 'Hileras e hileras de flores. Todo un océano de ellos. Son de un escarlata tan brillante que los campos se ven mal, como si la tierra misma estuviera sangrando. Todo se cultiva en el campo. Luego se empaca y se transporta a Calcuta, donde se entrega a comerciantes privados que lo traen directamente aquí. Las dos marcas de opio más

populares aquí se llaman Patna y Malwa. Ambas regiones en la India. De mi casa directo a la tuya, Birdie. ¿No es divertido? Ramy lo miró de soslayo. Los británicos están convirtiendo mi tierra natal en un estado narcomilitar para inyectar drogas en la tuya. Así es como este imperio nos conecta.

Robin vio entonces una gran telaraña en su mente. Algodón de la India a Gran Bretaña, opio de la India a China, plata convertida en té y porcelana en China, y todo fluía de regreso a Gran Bretaña. Sonaba tan abstracto, solo categorías de uso, intercambio y valor, hasta que dejó de serlo; hasta que te diste cuenta de la red en la que vivías y las explotaciones que exigía tu estilo de vida, hasta que viste asomar sobre ella todo el espectro del trabajo colonial y el dolor colonial.

"Es enfermizo", susurró. 'Es enfermizo, es tan enfermizo. . .'

—Pero es sólo comercio —dijo Ramy—. 'Todos se benefician; todos se benefician, aunque sólo un país se beneficie bastante más. Ganancias continuas: esa es la lógica, ¿no? Entonces, ¿por qué intentaríamos escapar? El punto es, Birdie, creo que entiendo por qué no viste. Casi nadie lo hace.

Libre comercio. Esta fue siempre la línea de argumentación británica: libre comercio, libre competencia, igualdad de condiciones para todos. Solo que nunca terminó de esa manera, ¿verdad? Lo que realmente significaba 'libre comercio' era el dominio imperial británico, porque ¿qué había de libre en un comercio que dependía de una acumulación masiva de poder naval para asegurar el acceso marítimo? ¿Cuándo las meras empresas comerciales podrían hacer la guerra, evaluar los impuestos y administrar la justicia civil y penal?

Griffin tenía razón en estar enojado, pensó Robin, pero estaba equivocado al pensar que podía hacer algo al respecto. Estas redes comerciales fueron talladas en piedra. Nada estaba desviando este arreglo de su curso; había demasiados intereses privados, demasiado dinero en juego. Podían ver hacia dónde se dirigía, pero las personas que tenían el poder para hacer algo al respecto habían sido colocadas en posiciones en las que se beneficiarían, y las personas que más sufrían no tenían ningún poder.

"Fue tan fácil de olvidar", dijo. Me refiero a las cartas en las que se basa, porque cuando estás en Oxford, en la torre, son solo palabras, solo ideas. Pero el mundo es mucho más grande de lo que pensaba…

"Es tan grande como pensábamos", dijo Ramy. Es solo que olvidamos que el resto importaba. Nos volvimos tan buenos negándonos a ver lo que estaba justo frente a nosotros.

—Pero ahora lo he visto —dijo Robin—, o al menos lo entiendo un poco mejor, y me está destrozando, Ramy, y ni siquiera entiendo por qué. No es como si... como si...

¿Como si qué? ¿Como si hubiera visto algo realmente horrible? ¿Como si hubiera visto las plantaciones de esclavos en las Indias Occidentales en el apogeo de su crueldad, o los cuerpos hambrientos en la India, víctimas de hambrunas totalmente evitables, o los nativos masacrados del Nuevo Mundo? Todo lo que había visto era un fumadero de opio, pero eso fue suficiente para actuar como sinécdoque para el resto horrible e innegable.

Se inclinó sobre el costado del puente, preguntándose cómo se sentiría si simplemente cayera por el borde.

'¿Vas a saltar, Birdie?' Preguntó Rami.

'Simplemente no se siente. . .' Robin respiró hondo. 'No parece que tengamos derecho a estar vivos'.

Ramy sonaba muy tranquilo. '¿Quieres decir qué?'

'No, no lo hago, solo. . .' Robin cerró los ojos con fuerza. Sus pensamientos estaban tan confusos; no tenía idea de cómo transmitir lo que quería decir, y todo lo que podía captar eran recuerdos, referencias pasajeras. ¿Leíste alguna vez Los viajes de Gulliver? Lo leía todo el tiempo, cuando vivía aquí; lo leía con tanta frecuencia que casi lo memorizaba. Y está este capítulo donde Gulliver termina en una tierra gobernada por caballos, que se llaman a sí mismos Houyhnhnms, y donde los humanos son esclavos salvajes e idiotas llamados Yahoos. Están intercambiados. Y Gulliver se acostumbra tanto a vivir con su maestro Houyhnhnm, se convence tanto de la superioridad de los Houyhnhnm, que cuando llega a casa, está horrorizado por sus compañeros humanos. Él piensa que son imbéciles. No puede soportar estar cerca de ellos. Y así es esto. . . esa es . . .' Robin se meció adelante y atrás sobre el puente. Sentía que no importaba lo fuerte que respirara, no podía obtener suficiente aire. '¿Sabes lo que quiero decir?'

—Sí —dijo Ramy amablemente. Pero no le hace ningún bien a nadie que nos pongamos histriónicos al respecto. Así que bájate, Birdie, y vamos a tomar ese vaso de agua.

A la mañana siguiente, Robin acompañó al Sr. Baylis a la oficina del gobierno del centro para su audiencia con el Alto Comisionado Imperial Lin Zexu.

'Este tal Lin es más inteligente que el resto', dijo el Sr. Baylis

mientras caminaban. Casi incorruptible. En el sureste, lo llaman Lin Qingtian.*– claro como el cielo, es tan impermeable a los sobornos.

Robin no dijo nada. Había decidido sufrir el resto de sus deberes en Canton haciendo lo mínimo que se le exigía, y esto no implicaba incitar a las diatribas racistas del Sr. Baylis.

El señor Baylis no pareció darse cuenta. 'Ahora, mantente alerta. Los chinos son un tipo endiabladamente astuto: engañosos por naturaleza, y todo eso. Siempre diciendo una cosa cuando quieren decir todo lo contrario. Ten cuidado de no dejar que saquen lo mejor de ti.

—Me mantendré alerta —dijo Robin brevemente—.

Según el relato del Sr. Baylis, uno podría imaginar que el comisionado Lin medía nueve pies de alto, tenía ojos que podían disparar fuego y cuernos de tramposo. En persona, el Comisionado era un hombre de buenos modales y rasgos amables, de estatura y complexión promedio. Su persona era completamente anodina excepto por sus ojos, que parecían inusualmente brillantes y perspicaces. Iba con él a su propio intérprete, un joven chino que se presentó como William Botelho y que, para sorpresa de Robin, había estudiado inglés en los Estados Unidos.

"Bienvenido, señor Baylis", dijo el comisionado Lin mientras William traducía rápidamente al inglés. Me han dicho que tienes algunos pensamientos que te gustaría compartir conmigo.

"El problema, como saben, es el tráfico de opio", dijo el Sr. Baylis. Los señores Jardine y Matheson opinan que sería beneficioso tanto para su gente como para la nuestra que sus agentes pudieran vender legalmente opio a lo largo de la costa de Cantón sin interferencias. Apreciarían una disculpa oficial por el trato inhóspito que recibieron sus agentes comerciales a principios de este año. Y me parece justo que se nos devuelvan los veinte mil cofres de opio que se incautaron hace unos meses, o al menos una compensación monetaria equivalente a su valor de mercado.

Durante los primeros momentos, el comisionado Lin solo escuchó, parpadeando, mientras Robin continuaba recitando la lista de demandas del señor Baylis. Robin trató de no transmitir el tono del Sr. Baylis, que era fuerte y condescendiente, y en su lugar lo hizo de la manera más plana y sin emociones que pudo lograr. Aun así, sus orejas enrojecieron de vergüenza; esto no se sentía como un diálogo sino como una conferencia, del tipo que uno podría dar a un niño tonto.

El Sr. Baylis no pareció desconcertado por la falta de respuesta del Comisario Lin; cuando sus palabras se encontraron con el silencio, simplemente continuó: 'Los señores Jardine y Matheson también quisieran decir que el emperador Qing debería darse cuenta de que las políticas comerciales exclusivas de su gobierno no benefician a los chinos. Su propia gente, de hecho, resiente sus barreras comerciales, que creen que no representan sus intereses. Preferirían mucho más disfrutar de la libre asociación con extranjeros, porque eso les da también la oportunidad de buscar riquezas. El libre comercio es, después de todo, el secreto de la prosperidad nacional y, créanme, a su gente le vendría bien leer algo de Adam Smith.

Finalmente, el Comisionado Lin habló. 'Sabemos esto.' William Botelho tradujo rápidamente. Fue una conversación extraña, transmitida a través de cuatro personas, ninguna de las cuales habló directamente con la persona que estaba escuchando. 'Estos son los términos precisos en las muchas cartas enviadas por los señores Jardine y Matheson, ¿no? ¿Has venido a decir algo nuevo?

Robin miró expectante al señor Baylis. El señor Baylis vaciló brevemente. 'Bueno, no, pero vale la pena repetirlo en persona...'

El comisario Lin juntó las manos a la espalda y luego preguntó: "Señor Baylis, ¿no es cierto que en su propio país el opio está prohibido con la mayor severidad y rigor?" Hizo una pausa para dejar que William tradujera.

—Bueno, sí —dijo el señor Baylis—, pero la cuestión es el comercio, no las restricciones internas de Gran Bretaña...

'Y,' continuó el Comisionado Lin, '¿no prueba la sanción contra el uso de opio por parte de sus propios civiles que usted sabe muy bien lo dañino que es para la humanidad? Nos gustaría preguntar: ¿China ha enviado alguna vez un artículo nocivo desde su suelo? ¿Les hemos vendido alguna vez algo que no sea lo que es beneficioso, lo que su país tiene una gran demanda? ¿Su argumento ahora es que el tráfico de opio es, de hecho, bueno para nosotros?

'El debate', insistió el Sr. Baylis, 'es sobre economía. Una vez hice que un almirante se apoderara de mi barco y lo buscara en busca de opio. Cuando le expliqué que no tenía ninguno, ya que sigo las leyes establecidas por el emperador Qing, se mostró decepcionado. Tenía la esperanza de comprarlo al por mayor y redistribuirlo él mismo, ya ves. Lo que prueba que los chinos también tienen mucho de qué beneficiarse con este comercio...

"Todavía está evitando la cuestión de quién fuma el opio", dijo el

comisario Lin.

El señor Baylis suspiró exasperado. -Robin, dile...

"Le reiteraré lo que le escribimos a su reina Victoria", dijo el comisionado Lin. 'Aquellos que deseen comerciar con nuestro imperio celestial deben obedecer las leyes establecidas por el Emperador. Y la nueva ley del Emperador, a punto de entrar en vigor, dice que cualquier extranjero que traiga opio a China con la intención de venderlo será decapitado, y todas las propiedades a bordo del barco serán confiscadas.

—Pero no puedes hacer eso —fanfarroneó el señor Baylis. Esos son ciudadanos británicos de los que estás hablando. Eso es propiedad británica.

No cuando eligen ser criminales. Aquí William Botelho reflejó el frío desdén del comisario Lin con precisión exacta, hasta el más mínimo arco de su ceja. Robín quedó impresionado.

"Ahora mire aquí", dijo el Sr. Baylis. Los británicos no están bajo su jurisdicción, comisario. No tienes ninguna autoridad real.

"Soy consciente de que cree que sus intereses siempre prevalecerán sobre nuestras leyes", dijo el comisionado Lin. 'Sin embargo, nos encontramos dentro del territorio chino. Así que os recordaré a ti ya tus amos que haremos cumplir nuestras leyes como mejor nos parezca.

Entonces sabes que tendremos que defender a nuestros ciudadanos como mejor nos parezca.

Robin estaba tan asombrado de que el Sr. Baylis hubiera dicho estas palabras en voz alta que se olvidó de traducirlas. Hubo una pausa incómoda. Por fin, William Botelho murmuró el significado del Sr. Baylis en chino al Comisario Lin.

El comisionado Lin no se inmutó por completo. ¿Es esto una amenaza, señor Baylis?

El señor Baylis abrió la boca, pareció pensárselo mejor y luego la cerró. Irritado como estaba, aparentemente se había dado cuenta de que, por mucho que le encantara regañar verbalmente a los chinos, no podía emitir una declaración de guerra sin el respaldo de su gobierno.

Las cuatro partes se miraron en silencio.

Entonces, abruptamente, el Comisionado Lin asintió a Robin. Me gustaría tener una conversación privada con su ayudante.

'¿A él? No tiene ninguna autoridad en la empresa —tradujo Robin automáticamente en nombre del señor Baylis—. Es sólo el intérprete.

—Quiero decir sólo para una conversación informal —dijo el comisario Lin—.

—Yo… pero no se le permite hablar en mi nombre.

No necesito que lo haga. De hecho, más bien creo que nos hemos dicho todo lo que hay que decirse unos a otros", dijo el Comisario Lin. '¿Tú no?'

Robin se permitió el simple placer de ver cómo la conmoción del señor Baylis se convertía en indignación. Consideró traducir sus protestas tartamudeadas, pero decidió guardar silencio cuando quedó claro que nada de eso era coherente. Finalmente, el señor Baylis, a falta de otra opción mejor, permitió que lo escoltaran fuera de la habitación.

—Usted también —le dijo el comisario Lin a William Botelho, quien obedeció sin hacer comentarios—.

Entonces estaban solos. El Comisionado Lin lo miró por un largo y silencioso momento. Robin parpadeó, incapaz de mantener el contacto visual; estaba seguro de que lo estaban registrando, y esto lo hizo sentir inadecuado y desesperadamente incómodo.

'¿Cuál es tu nombre?' El Comisionado Lin preguntó en voz baja.

—Robin Swift —dijo Robin, y luego parpadeó, confundido. El nombre anglófono parecía incongruente para una conversación mantenida en chino. Su otro nombre, su nombre de pila, hacía tanto tiempo que no se le pasaba por la cabeza decirlo.

Quiero decir... Pero estaba demasiado avergonzado para continuar.

La mirada del comisionado Lin era curiosa, inmóvil. '¿De dónde eres?'

—Aquí, de hecho —dijo Robin, agradecido por una pregunta que podía responder fácilmente—. Aunque me fui cuando era muy joven. Y no he vuelto en mucho tiempo.

'Que interesante. ¿Por qué te fuiste?'

Mi madre murió de cólera y un profesor de Oxford se convirtió en mi tutor.

Entonces, ¿perteneces a su escuela? ¿El Instituto de Traducción?

'Hago. Es la razón por la que me fui a Inglaterra. He estudiado toda mi vida para ser traductor.

"Una profesión muy honorable", dijo el comisario Lin. Muchos de mis compatriotas menosprecian aprender lenguas bárbaras. Pero he encargado bastantes proyectos de traducción desde que asumí el poder aquí. Debes conocer a los bárbaros para controlar a los bárbaros, ¿no crees?

Algo en el hombre obligó a Robin a hablar con franqueza. Es más o menos la misma actitud que tienen contigo.

Para su alivio, el comisionado Lin se rió. Esto animó a Robin. '¿Puedo preguntarte algo?'

'Avanzar.'

'¿Por qué los llamas yi? Debes saber que lo odian.

'Pero todo lo que significa es 'extranjero',' dijo el Comisario Lin. Ellos son los que insistieron en sus connotaciones. Crean el insulto para ellos mismos.

'Entonces, ¿no sería más fácil decir yáng?'

'¿Dejarías que alguien entrara y te dijera qué significan las palabras en tu propio idioma? Tenemos palabras para usar cuando deseamos insultar. Deberían sentirse afortunados guǐ *no es más frecuente.

Robin se rió entre dientes. 'Me parece bien.'

"Ahora me gustaría que fueras franco conmigo", dijo el comisario Lin. ¿Tiene algún sentido negociar este tema? Si nos tragamos nuestro orgullo, si doblamos la rodilla, ¿mediaría esto las cosas de alguna manera?'

Robin quería decir que sí. Deseaba poder afirmar que sí, por supuesto, todavía había espacio para negociar, que Gran Bretaña y China, siendo ambas naciones dirigidas por personas racionales e ilustradas, ciertamente podrían encontrar un término medio sin recurrir a las hostilidades. Pero él sabía que esto no era cierto. Sabía que Baylis, Jardine y Matheson no tenían intención de comprometerse con los chinos. El compromiso requería cierto reconocimiento de que la otra parte merecía la misma posición moral. Pero para los británicos, había aprendido, los chinos eran como animales.

'No', dijo. Quieren lo que quieren y no se conformarán con menos. No te respetan a ti ni a tu gobierno. Vosotros sois obstáculos que hay que resolver, de un modo u otro.

'Decepcionante. Por toda su charla sobre derechos y dignidad.

'Creo que esos principios solo se aplican a aquellos que consideran humanos'.

El comisionado Lin asintió. Parecía haber decidido algo; sus rasgos se pusieron con resolución. 'Entonces no hay necesidad de desperdiciar palabras, ¿verdad?'

Solo cuando el comisionado Lin le dio la espalda, Robin se dio cuenta de que lo habían despedido.

Sin saber qué hacer, hizo una reverencia incómoda y superficial y salió de la habitación. El señor Baylis estaba esperando en el pasillo, con aspecto descontento.

'¿Cualquier cosa?' preguntó mientras los sirvientes los escoltaban fuera del salón.

—Nada —dijo Robin—. Se sintió ligeramente mareado. La audiencia había terminado tan abruptamente que no supo qué hacer con ella. Había estado tan concentrado en la mecánica de la traducción, en transmitir los significados precisos del señor Baylis, palabra por palabra, que no logró captar el cambio en la conversación. Sintió que acababa de ocurrir algo trascendental, pero no estaba seguro de qué, ni su papel en ello. Siguió repasando la negociación en su cabeza, preguntándose si había cometido algún error desastroso. Pero todo había sido tan civilizado. Solo habían reiterado posiciones bien establecidas en el papel, ¿no es así? Parecía haber dado por resuelto el asunto.

El Sr. Baylis se apresuró inmediatamente a las oficinas de arriba cuando regresaron a la Fábrica Inglesa, dejando a Robin sola en el vestíbulo. No estaba seguro de qué hacer consigo mismo. Se suponía que había estado fuera interpretando toda la tarde, pero el Sr. Baylis se había fugado sin ninguna instrucción de despedida. Esperó en el vestíbulo durante unos minutos y finalmente se dirigió a la sala de estar, asumiendo que sería mejor quedarse en un área pública en caso de que el Sr. Baylis decidiera que todavía lo necesitaba. Ramy, Letty y Victoire estaban sentados en una mesa jugando a las cartas.

Robin ocupó el asiento vacío junto a Ramy. ¿No tienes plata para pulir?

'Terminé temprano.' Ramy le dio una mano. 'Se vuelve un poco aburrido aquí cuando no puedes hablar el idioma, para ser honesto. Estamos pensando en hacer un viaje en bote para ver los jardines del río Fa Ti más tarde cuando se nos permita. ¿Cómo estuvo la reunión con el comisario?

'Extraño,' dijo Robin. 'No llegamos a ninguna parte. Sin embargo, parecía muy interesado en mí.

—¿Porque no puede entender por qué un intérprete de chino está trabajando para el enemigo?

—Supongo —dijo Robin. No podía evitar una sensación de aprensión, como si estuviera viendo una tormenta que se avecinaba, esperando que los cielos se partieran. El ambiente en la sala de estar parecía demasiado alegre, demasiado tranquilo. '¿Como estas todos? ¿Crees que te darán algo más interesante que hacer?

'No es probable.' Victoria bostezó. Somos niños abandonados.

Mamá y papá están demasiado ocupados destruyendo economías para tratar con nosotros.

'Buen señor.' De repente, Letty se puso de pie. Sus ojos estaban fijos, muy abiertos y horrorizados, en la ventana, hacia donde señalaba. 'Mira, qué en el nombre de Dios-'

Un gran fuego rugía en la orilla opuesta. Pero la quemadura, vieron cuando corrieron hacia la ventana, era una quemadura controlada; solo parecía catastrófico debido a las llamas y el humo. Cuando Robin entrecerró los ojos, vio que las llamas estaban contenidas en su origen en una pila de cofres cargados en botes de barriga profunda que habían sido empujados hacia las aguas poco profundas. Unos segundos más tarde olió su contenido: un olor dulzón y enfermizo llevado por el viento a través de la costa a través de las ventanas de la Fábrica Inglesa.

Opio. El comisionado Lin estaba quemando el opio.

'Robin.' El profesor Lovell irrumpió en la habitación, seguido de cerca por el señor Baylis. Ambos parecían furiosos; El rostro del profesor Lovell en particular estaba retorcido con una rabia que Robin nunca había visto en él. '¿Qué hiciste?'

'¿Yo que?' Robin miró del Profesor Lovell a la ventana, desconcertado. 'No entiendo-'

'¿Qué dijiste?' repitió el profesor Lovell, sacudiendo a Robin por el cuello. '¿Qué le dijiste?'

Era la primera vez que el profesor Lovell le ponía las manos encima desde aquel día en la biblioteca. Robin no sabía qué podría hacer ahora el profesor Lovell: la mirada en sus ojos era bestial, completamente irreconocible. Por favor, pensó Robin salvajemente. Por favor, hazme daño, pégame, porque así lo sabremos. Entonces no habrá ninguna pregunta. Pero el hechizo pasó tan rápido como llegó. El profesor Lovell soltó a Robin, parpadeando, como si volviera en sí mismo. Dio un paso atrás y se sacudió la parte delantera de la chaqueta.

A su alrededor, Ramy y Victoire estaban tensos, ambos agazapados como para saltar entre ellos.

Disculpe, yo simplemente... El profesor Lovell se aclaró la garganta. Coge tus cosas y encuéntrame fuera. Todos ustedes. El Hellas está esperando en la bahía.

'¿Pero no nos dirigimos ahora a Macao?' preguntó Lety. Nuestros avisos decían...

"La situación ha cambiado", dijo el profesor Lovell secamente.

Hemos reservado un pasaje anticipado de regreso a Inglaterra. Ir.'

Capítulo dieciocho

Era demasiado esperar que no requieran una mayor demostración de fuerza a mayor escala antes de volver a sus sentidos.

JAMES MATHESON, carta a John Purvis

El *Hellas* partió de Pearl Bay con una rapidez impresionante. A los quince minutos de su abordaje, se cortaron las cuerdas, se tiraron las anclas y se desplegaron las velas. Salieron disparados del puerto, perseguidos por una columna de humo que parecía engullir toda la ciudad.

La tripulación, a la que no se le había dicho hasta el embarque que sería responsable del alojamiento y la comida de cinco pasajeros adicionales, se mostró cortante y molesta. El Hellas no era un barco de pasajeros y sus camarotes ya estaban abarrotados. A Ramy y Robin se les dijo que se acostaran con los marineros, pero a las niñas se les proporcionó una cabina privada, que compartieron con el único civil a bordo: una mujer llamada Jemima Smythe, una misionera cristiana de América que había tratado de colarse en el tierra firme, pero lo sorprendieron tratando de vadear el río hacia los suburbios de Canton.

¿Sabes por qué tanto alboroto? Siguió preguntando esto mientras se sentaban encorvados juntos en el desorden. ¿Fue un accidente o los chinos lo hicieron a propósito? ¿Crees que ahora será una guerra abierta? La última pregunta la repetía con entusiasmo a intervalos, a pesar de sus exasperadas afirmaciones de que no sabían. Por fin cambió de tema a lo que habían estado haciendo en Cantón, y cómo habían pasado sus días en la Fábrica Inglesa. Hay bastantes reverendos bajo ese techo, ¿no? ¿Qué hiciste para tus servicios dominicales?' Miró inquisitivamente a Ramy. '¿Vas a los servicios dominicales?'

'Por supuesto.' Ramy no perdió el ritmo. 'Voy porque me veo obligado, donde murmullo disculpas a Alá siempre que sea posible'.

—Está bromeando —dijo Letty rápidamente antes de que la horrorizada señorita Smythe pudiera comenzar a tratar de convertirlo —. Es cristiano, por supuesto. Todos tuvimos que suscribirnos a los Treinta y Nueve Artículos en la matriculación de Oxford.*

—Me alegro mucho por ti —dijo la señorita Smythe con sinceridad. '¿Estarás difundiendo el evangelio en casa también?'

—Mi casa es Oxford —dijo Ramy, parpadeando inocentemente. Dios nos ayude, pensó Robin, se rompió. ¿Quieres decir que Oxford está lleno de paganos? Cielos. ¿Alguien les ha dicho?

Por fin, la señorita Smythe se cansó de ellos y deambuló por la cubierta para rezar sus oraciones, o lo que sea que hicieran los misioneros. Robin, Letty, Ramy y Victoire se acurrucaron alrededor de la mesa, inquietos como escolares traviesos que esperan un castigo. El profesor Lovell no estaba a la vista; en el momento en que abordaron, se fue a hablar con el capitán. Aun así, nadie les había dicho lo que estaba pasando, o lo que sucedería a continuación.

¿Qué le dijiste al comisario? preguntó Victoria en voz baja.

—La verdad —dijo Robin. Todo lo que le dije fue la verdad.

'Pero seguramente algo lo hizo estallar...'

El profesor Lovell apareció en la puerta. Se quedaron en silencio.

-Robin -dijo-. 'Vamos a tener una charla.'

No esperó la respuesta de Robin antes de girarse y encaminarse por el pasillo. A regañadientes, Robin se levantó.

Ramy le tocó el brazo. '¿Estás bien?'

'Estoy bien.' Robin esperaba que no pudieran saber qué tan rápido latía su corazón, o qué tan fuerte la sangre retumbaba en sus oídos. No quería seguir al profesor Lovell; quería esconderse y entretenerse, sentarse en un rincón del desorden con la cabeza enterrada entre los brazos. Pero esta confrontación había tardado mucho en llegar. La frágil tregua alcanzada la mañana de su arresto nunca fue sostenible. Se habían estado mintiendo a sí mismos durante demasiado tiempo, él y su padre. Las cosas no podían permanecer enterradas, ocultas y deliberadamente ignoradas para siempre. Tarde o temprano, las cosas tenían que llegar a un punto crítico.

'Soy curioso.' El profesor Lovell estaba sentado detrás de un escritorio, hojeando ociosamente un diccionario cuando Robin finalmente se dirigió a su cabina. —¿Sabes el valor de esos cofres quemados en el puerto?

Robin entró y cerró la puerta detrás de él. Sus rodillas temblaron. Podría haber tenido once años otra vez, atrapado por leer ficción cuando no debería haberlo sido, encogiéndose por el golpe inminente. Pero ya no era un niño. Hizo todo lo posible para evitar que su voz temblara. 'Señor, no sé qué pasó con el Comisionado, pero no es-'

"Más de dos millones de libras", dijo el profesor Lovell. Ya ha oído, señor Baylis. Dos millones, gran parte de los cuales William Jardine y

James Matheson son ahora personalmente responsables.

—Había tomado una decisión —dijo Robin—. Lo había inventado incluso antes de reunirse con nosotros. No había nada que pudiera decir...

Tu trabajo no fue difícil. Sea un portavoz de Harold Baylis. Presentar una cara amistosa a los chinos. Suavice las cosas. Pensé que teníamos claras tus prioridades aquí, ¿no? ¿Qué le dijiste al comisario Lin?

—No sé qué crees que hice —dijo Robin, frustrado—. Pero lo que pasó en los muelles no fue por mi culpa.

—¿Sugeriste que debería destruir el opio?

'Por supuesto no.'

¿Le insinuaste algo más sobre Jardine y Matheson? ¿Tal vez usurpaste a Harold de alguna manera? ¿Estás seguro de que no hubo nada malo en cómo te comportaste?

"Hice lo que me dijeron", insistió Robin. No me gusta el señor Baylis, no, pero en cuanto a cómo representé a la empresa...

"Por una vez, Robin, trata de decir simplemente lo que quieres decir", dijo el profesor Lovell. 'Se honesto. Lo que sea que estés haciendo ahora, es vergonzoso.

—Yo... está bien, entonces. Robin se cruzó de brazos. No tenía nada por lo que disculparse, nada más que ocultar. Ramy y Victoire estaban a salvo; no tenía nada que perder. No más reverencias, no más silencio. 'Multa. Seamos honestos el uno con el otro. No estoy de acuerdo con lo que está haciendo Jardine & Matheson en Canton. Está mal, me repugna...

El profesor Lovell negó con la cabeza. Por el amor de Dios, es sólo un mercado. No seas infantil.

Es una nación soberana.

“Es una nación sumida en la superstición y la antigüedad, desprovista del estado de derecho, irremediablemente detrás de Occidente en todos los registros posibles. Es una nación de tontos semibárbaros e incorregiblemente atrasados...

"Es una nación de personas", espetó Robin. Gente a la que estás envenenando, cuyas vidas estás arruinando. Y si la pregunta es si seguiré facilitando ese proyecto, entonces es no, no volveré a Canton de nuevo, ni por los comerciantes, ni por nada remotamente relacionado con el opio. Haré investigaciones en Babel, haré traducciones, pero no haré eso. No puedes obligarme.

Respiraba con mucha dificultad cuando terminó. La expresión del

profesor Lovell no había cambiado. Observó a Robin durante un largo momento, con los párpados entrecerrados, golpeando con los dedos el escritorio como si fuera un piano.

¿Sabes lo que me asombra? Su voz se había vuelto muy suave. Qué absolutamente desagradecido puede ser uno.

Esta línea de argumentación de nuevo. Robin podría haber pateado algo. Siempre esto, el argumento de la esclavitud, como si sus lealtades estuvieran encadenadas por un privilegio que no había pedido y que no había elegido recibir. ¿Le debía la vida a Oxford sólo porque había bebido champán en sus claustros? ¿Le debía su lealtad a Babel porque una vez había creído sus mentiras?

"Esto no era para mí", dijo. Yo no lo pedí. Fue todo para ti, porque querías un alumno chino, porque querías a alguien que hablara con fluidez...

—¿Estás resentido conmigo, entonces? preguntó el profesor Lovell. '¿Por darte una vida? ¿Por darte oportunidades con las que no podrías haber soñado?' Se burló. 'Sí, Robin, te saqué de tu casa. De la miseria y la enfermedad y el hambre. ¿Qué deseas? ¿Una disculpa?'

Lo que quería, pensó Robin, era que el profesor Lovell admitiera lo que había hecho. Que no era natural, todo este arreglo; que los niños no eran animales para ser experimentados, juzgados por su sangre, arrancados de su patria al servicio de la Corona y el país. Que Robin era más que un diccionario parlante, y que su patria era más que una gallina de los huevos de oro. Pero sabía que estos eran reconocimientos que el profesor Lovell nunca haría. La verdad entre ellos no fue enterrada porque fuera dolorosa, sino porque era inconveniente y porque el profesor Lovell simplemente se negó a abordarla.

Era tan obvio ahora que él no era, y nunca podría ser, una persona a los ojos de su padre. No, la personalidad exigía la pureza de sangre del hombre europeo, el estatus racial que lo igualaría al profesor Lovell. Little Dick y Philippa eran personas. Robin Swift fue un activo, y los activos deberían estar eternamente agradecidos de haber sido tratados bien.

No podría haber ninguna resolución aquí. Pero al menos Robin sabría la verdad sobre algo.

¿Quién era mi madre para ti? preguntó.

Esto, al menos, pareció desconcertar al profesor, aunque solo por un breve momento. No estamos aquí para hablar de tu madre.

Tú la mataste. Y ni siquiera te molestaste en enterrarla.

No seas absurdo. Fue el cólera asiático lo que la mató...

Estuviste en Macao durante dos semanas antes de que ella muriera. La señora Piper me lo dijo. Sabías que la peste se estaba extendiendo, sabes que podrías haberla salvado...

'Cielos, Robin, ella era solo una china'.

Pero yo sólo soy un chino, profesor. Yo también soy su hijo. Robin sintió una gana feroz de llorar. Lo obligó a bajar. Hurt nunca obtuvo la simpatía de su padre. Pero la ira, tal vez, podría provocar miedo. ¿Creías que me habías lavado esa parte?

Se había vuelto muy bueno manteniendo dos verdades en su cabeza a la vez. Que era inglés y no. Que el profesor Lovell era su padre y no. Que los chinos eran un pueblo estúpido, atrasado, y que él también era uno de ellos. Que odiaba a Babel y que quería vivir para siempre en su abrazo. Había bailado durante años sobre el filo de la navaja de estas verdades, había permanecido allí como un medio de supervivencia, una forma de hacer frente, incapaz de aceptar completamente ninguno de los dos lados porque un examen inquebrantable de la verdad era tan aterrador que las contradicciones amenazaban con romperlo. .

Pero no podía seguir así. No podía existir como un hombre dividido, su psique constantemente borraba y volvía a borrar la verdad. Sintió una gran presión en el fondo de su mente. Sentía que literalmente explotaría, a menos que dejara de ser el doble. A menos que él elija.

'¿Pensaste', dijo Robin, 'que el tiempo suficiente en Inglaterra me haría como tú?'

El profesor Lovell ladeó la cabeza. 'Sabes, una vez pensé que tener descendencia era una especie de traducción propia. Especialmente cuando los padres son de un linaje tan diferente. Uno tiene curiosidad por ver qué acaba saliendo. Su rostro sufrió la transformación más extraña mientras hablaba. Sus ojos se hicieron más y más grandes hasta que se volvieron terriblemente bulbosos; su mueca condescendiente se hizo más pronunciada, y sus labios se retiraron para revelar los dientes. Quizá pretendía ser una mirada de disgusto exagerado, pero a Robin le pareció más como si le hubieran quitado una máscara de cortesía. Era la expresión más fea que jamás había visto poner a su padre. Esperaba criarte para evitar las fallas de tu hermano. Esperaba inculcarte un sentido más civilizado de la ética. Quo semel est imbuta recens, servabit odorem testa diu, *y todo eso. Esperaba poder convertirte en un tonel más elevado. Pero a pesar de

toda su educación, no hay forma de criarlo desde esa base, estirpe original, ¿verdad?

"Eres un monstruo", dijo Robin, asombrado.

No tengo tiempo para esto. El profesor Lovell cerró el diccionario. Está claro que traerte a Cantón fue una idea equivocada. Esperaba que pudiera recordarte lo afortunado que eras, pero todo lo que ha hecho es confundirte.

'No estoy confundido—'

Volveremos a evaluar su posición en Babel cuando regresemos. El profesor Lovell hizo un gesto hacia la puerta. Por ahora, creo, deberías tomarte un tiempo para reflexionar. Imagina pasar el resto de tu vida en Newgate, Robin. Puedes despotricar contra los males del comercio todo lo que quieras, si lo haces en una celda de prisión. ¿Preferirías eso?

Las manos de Robin formaron puños. Di su nombre.

La ceja del profesor Lovell se crispó. Volvió a señalar la puerta. 'Eso sería todo.'

Di su nombre, cobarde.

'*Robin.'*

Esta fue una advertencia. Aquí era donde su padre trazó la línea. Todo lo que Robin había hecho hasta ahora podría ser perdonado, si tan solo retrocediera; si tan solo se disculpara, se inclinara ante la autoridad y volviera al lujo ingenuo e ignorante.

Pero Robin se había estado inclinando durante tanto tiempo. E incluso una jaula dorada seguía siendo una jaula.

Dio un paso adelante. Padre, di su nombre.

El profesor Lovell empujó su silla hacia atrás y se levantó.

Los orígenes de la palabra ira estaban estrechamente ligados al sufrimiento físico. La ira fue primero una 'aflicción', en el sentido del antiguo islandés angr, y luego un estado 'doloroso, cruel y limitado', en el sentido del antiguo inglés enge, que a su vez procedía del latín angor, que significaba 'estrangular, estrangular'. angustia, aflicción'. La ira era un estrangulamiento. La ira no te empoderó. Se sentó en tu pecho; te apretaba las costillas hasta que te sentías atrapado, sofocado, sin opciones. La ira hervía a fuego lento y luego explotaba. La ira era constricción, y la rabia consiguiente, un intento desesperado por respirar.

Y la rabia, por supuesto, venía de la locura.*

Después, Robin se preguntaba a menudo si el profesor Lovell había visto algo en sus ojos, un fuego que no sabía que poseía su hijo, y si

eso, su sorpresa al darse cuenta de que su experimento lingüístico había desarrollado una voluntad propia, había incitado a Robin a su vez. actuar. Trataría desesperadamente de justificar lo que había hecho como defensa propia, pero esa justificación se basaría en detalles que apenas podía recordar, detalles que no estaba seguro de haber inventado para convencerse de que realmente no había asesinado a su padre. en sangre fria.

Una y otra vez se preguntaría quién se había movido primero, y esto lo torturaría por el resto de sus días, porque realmente no lo sabía.

Esto lo sabía:

El profesor Lovell se levantó abruptamente. Su mano fue a su bolsillo. Y Robin, ya sea reflejándolo o provocándolo, hizo lo mismo. Alcanzó su bolsillo delantero, donde guardaba la barra que había matado a Eveline Brooke. No estaba imaginando lo que podría hacer el bar, de eso estaba seguro. Pronunció el par de fósforos porque eran las únicas palabras que le venían a la mente para describir este momento, su inmensidad. Pensó en el atizador del profesor Lovell resonando una y otra vez contra sus costillas mientras yacía acurrucado en el suelo de la biblioteca, demasiado sobresaltado y confundido para gritar. Pensó en Griffin, el pobre Griffin, enviado a Inglaterra a una edad más temprana que él; masticado y tirado porque no recordaba lo suficiente de su lengua materna. Pensó en los hombres apáticos del fumadero de opio. Pensó en su madre.

No estaba pensando en cómo la barra desgarraría el pecho de su padre. Una parte de él debe haberlo sabido, por supuesto, porque las palabras solo activan las barras si las dices en serio. Si solo pronunciabas las sílabas, no tenían ningún efecto. Y cuando vio el carácter en su mente, vio los surcos grabados en plata brillante y pronunció la palabra y su traducción en voz alta, debe haber pensado en lo que haría.

Bao: estallar, estallar con lo que ya no se podía contener.

Pero no fue hasta que el profesor Lovell cayó al suelo, hasta que el olor embriagador y salado de la sangre llenó el aire, que Robin se dio cuenta de lo que había hecho.

Cayó de rodillas. '¿Señor?'

El profesor Lovell no se movió.

'¿Padre?' Agarró los hombros del profesor Lovell. Sangre caliente y húmeda se derramó sobre sus dedos. No se detendría; estaba en todas partes, una fuente interminable brotando de esa ruina de cofre.

'*¿Morir?'*

No supo qué le hizo decir eso, la palabra para padre. Tal vez pensó que aturdiría al profesor Lovell, que solo el impacto lo devolvería a la vida, que podría traer el alma de su padre de regreso a su cuerpo al nombrar la única cosa que nunca habían nombrado. Pero el profesor Lovell estaba inerte, se había ido, y no importaba lo fuerte que Robin lo sacudiera, la sangre no dejaba de brotar.

'Diē', dijo de nuevo. Entonces una risa escapó de su garganta; histérico, impotente, porque era muy divertido, tan adecuado que la romanización de padre contenía las mismas letras para la muerte en inglés. Y el profesor Lovell estaba claramente, indiscutiblemente muerto. No había vuelta atrás de esto. No podía haber más fingimiento.

'¿Robin?'

Alguien golpeó la puerta. Aturdido, sin pensar, Robin se levantó y abrió el pestillo. Ramy, Letty y Victoire entraron dando tumbos, un parloteo de voces: 'Oh, Robin, ¿estás...?'; 'Lo que está sucediendo-'; 'Oímos gritos, pensamos...'

Entonces vieron el cuerpo y la sangre. Letty dejó escapar un grito ahogado. Las manos de Victoire volaron a su boca. Ramy parpadeó varias veces y luego pronunció, muy suavemente, 'Oh'.

Letty preguntó, muy débilmente, '¿Él...?. . ?'

—Sí —susurró Robin.

La cabaña quedó en completo silencio. A Robin le zumbaban los oídos; se llevó las manos a la cabeza y luego las bajó inmediatamente, porque eran de un escarlata brillante y chorreaban.

'Qué sucedió . . . ?' aventuró Victoria.

Nos peleamos. Robin apenas podía pronunciar las palabras. Ahora luchaba por respirar. Black presionó en los bordes de su visión. Sus rodillas se sentían muy débiles y deseaba desesperadamente sentarse, solo que el suelo estaba empapado en un charco de sangre que se extendía. 'Nos peleamos, y. . .'

—No mires —instruyó Ramy.

Nadie obedeció. Todos se quedaron congelados en su lugar, las miradas fijas en la figura inmóvil del profesor Lovell mientras Ramy se arrodillaba a su lado y sostenía dos dedos contra su cuello. Pasó un largo momento. Ramy murmuró una oración en voz baja, 'Inna lillahi wa inna ilayhi Raji'un', y luego movió sus manos sobre los párpados del profesor Lovell para cerrarlos.

Exhaló muy lentamente, presionó sus manos contra sus rodillas

por un momento y luego se puso de pie. '¿Ahora qué?'

Libro IV

Capítulo Diecinueve

—En primer lugar —dije—, existe la mayor mentira sobre las cosas que más preocupan, que no fue una bonita invención de aquel que contó cómo Urano hizo lo que Hesíodo dice que le hizo a Cronos, y cómo Cronos, a su vez, le quitó la vida. venganza; y luego están los hechos y sufrimientos de Cronos a manos de su hijo. Incluso si fueran ciertas, no creo que deban contárselas tan a la ligera a jóvenes irreflexivos.

PLATÓN, República, trad. Pablo Shorey

M

antenlo en la cabina —dijo Victoire con una compostura asombrosa, aunque las palabras que salieron de su boca eran bastante locas. 'Nosotros simplemente. . . envuélvelo en esas sábanas y mantenlo fuera de la vista hasta que volvamos a Inglaterra...

—No podemos ocultar un cuerpo durante seis semanas —chilló Letty—.

'¿Por qué no?'

¡Se pudrirá!

—Eso es justo —dijo Ramy. Los marineros huelen mal, pero no tanto.

Robin se sorprendió de que su primer instinto fuera discutir cómo esconder el cuerpo. No cambiaba el hecho de que acababa de matar a su padre, o que posiblemente los había implicado a todos en el asesinato, o que las paredes, el piso, el cuello y las manos estaban manchados de escarlata. Pero hablaban como si esto fuera solo un asunto por arreglar, una traducción espinosa que podría resolverse, si tan solo pudieran encontrar el giro correcto de la frase.

Muy bien, mira, esto es lo que haremos. Victoire se llevó las palmas de las manos a las sienes y respiró hondo. Nos desharemos del cuerpo de alguna manera. No sé cómo, encontraremos una manera. Luego, cuando atraquemos...

'¿Cómo le decimos a la tripulación que lo dejen solo por seis semanas?' exigió Letty.

Nueve semanas dijo Victoire.

'¿Qué?'

—Este no es uno de los clíperes rápidos —dijo Victoire. 'Tomará nueve semanas.'

Letty presionó sus palmas contra sus ojos. 'Por el amor de Dios.'

'¿Cómo es esto?' preguntó Victoria. Les diremos que tiene algún contagio. No sé, alguna, alguna enfermedad aterradora, Robin, inventa algo exótico y asqueroso que los asustará. Di que es algo que recogió en los barrios bajos y todos estarán demasiado asustados para entrar.

Hubo un breve silencio. Esto era, todos tenían que admitirlo, bastante buena lógica; o al menos, no fue inmediatamente evidente que esto era una tontería.

'Multa.' Ramy había comenzado a caminar de un lado a otro a través del pequeño tramo de tablas de madera que no estaban cubiertas de sangre. 'Oh, cielos, Alá nos perdone'. Se frotó los ojos. 'Bien, sí, eso podría funcionar. Supongamos que mantenemos esto en secreto hasta que volvamos a Londres. ¿Entonces que?'

—Fácil —dijo Victoire. Diremos que murió durante el viaje. Durante su sueño, tal vez. Solo que no podemos hacer que el médico del barco venga a hacer una autopsia, porque el riesgo de contaminación es demasiado grande. Pediremos un ataúd, en el que meteremos un montón de... no sé, libros enrollados en ropa... y luego nos lo llevaremos y nos desharemos de él.

—Eso es una locura —dijo Letty. 'Eso es absolutamente una locura.'

'¿Tienes una mejor idea?' preguntó Victoria.

Letty se quedó en silencio por un momento. Robin estaba absolutamente segura de que insistiría en que se entregaran, pero luego levantó las manos y dijo: "Podríamos tirarlo por la borda a plena luz del día, decir que se ahogó accidentalmente, y entonces todos lo habrán visto morir, así que no parecerá sospechoso...

'Oh, ¿y eso no es sospechoso?' preguntó Rami. ¿Simplemente arrastraremos este cadáver ensangrentado por encima de la cubierta, fingiremos que camina solo y luego lo arrojaremos a las olas donde cualquiera pueda ver el enorme agujero donde debería estar su corazón? ¿Así probamos nuestra inocencia? Ten un poco de creatividad, Letty, tenemos que jugar bien...

Por fin Robin encontró su lengua. 'No. No, esto es una locura, no puedo permitir que… Todos ustedes no pueden…' Siguió tropezando con sus palabras. Respiró hondo y detuvo la lengua. 'Hice esto. Se lo

diré al capitán, me entregaré y ya está.

Ramy se burló. 'Bueno, eso está fuera de discusión.'

—No seas idiota —dijo Robin. Estarás implicado si...

"Todos estamos implicados a pesar de todo", dijo Victoire. Todos somos extranjeros que regresan de un país extranjero en un barco con un hombre blanco muerto. Esta declaración excluyó a Letty, pero nadie la corrigió. 'No hay mundo en el que vayas a prisión y el resto de nosotros caminemos libres. Ves esto, ¿verdad? O te protegemos o nos condenamos a nosotros mismos.

—Así es —dijo Ramy con firmeza—. Y ninguno de nosotros te dejará ir a prisión, Birdie. Todos guardaremos silencio, ¿de acuerdo?

Solo que Letty no había hablado. Victoire le dio un codazo. '¿Letty?'

Letty se había puesto tan pálida que igualaba el cadáver sin sangre en el suelo. 'YO . . . si. Está bien.'

—Puedes irte, Letty —dijo Robin. 'No tienes que escuchar—'

'No, quiero estar aquí', dijo Letty. 'Quiero saber qué pasa después. No puedo dejarlos a todos. . . No.' Cerró los ojos con fuerza y sacudió la cabeza, luego volvió a abrir los ojos y anunció muy lentamente, como si acabara de tomar una decisión: 'Estoy en esto. Contigo. Todos ustedes.'

—Bien —dijo Ramy enérgicamente. Se limpió las manos en los pantalones y luego reanudó su paseo. Ahora, esto es lo que estoy pensando. No se supone que estemos en este paquete. Originalmente estábamos programados para regresar el cuatro, ¿recuerdas? Nadie nos espera de regreso antes de esa hora, lo que significa que nadie lo estará buscando cuando desembarquemos.

'Derecha.' Victoire asintió, luego retomó su línea de pensamiento. Fue bastante aterrador, verlos a los dos. Se volvieron más confiados mientras hablaban. Era como si simplemente estuvieran colaborando en una traducción grupal, jugando con la brillantez de cada uno. “Está claro que la forma más fácil de que te atrapen es que alguien vea el cuerpo. Entonces, nuestra primera prioridad, como dije, debería ser deshacernos de él lo antes posible, tan pronto como oscurezca afuera. Luego, durante el resto del viaje, les diremos a todos que está enfermo. Nadie tiene más miedo a las enfermedades extranjeras que los marineros, ¿no es así? En el momento en que dejemos escapar que tiene algo que podrían atrapar, te garantizo que nadie se acercará a esa puerta durante semanas. Lo que significa que de lo único que tenemos que preocuparnos es de meterlo en el agua.

'Bueno, y limpiando toda esta sangre', dijo Ramy.

Una locura, pensó Robin. Esto era una locura, y no podía entender por qué nadie se reía, por qué todos parecían estar contemplando muy seriamente la idea de arrastrar el cuerpo de su profesor por dos tramos de escaleras y arrojarlo al mar. Todos estaban más allá del punto de la incredulidad. El impacto se había disipado y lo surrealista se había convertido en práctico. No hablaban en términos de ética, sino de logística, y esto hizo que Robin se sintiera como si hubieran entrado en un mundo al revés donde nada tenía sentido y nadie tenía un solo problema excepto él.

'¿Robin?' Preguntó Rami.

Robin parpadeó. Todos lo miraban con expresiones muy preocupadas. Dedujo que no era la primera vez que se dirigían a él. '¿Disculpa que?'

'¿Qué opinas?' preguntó Victoria suavemente. Vamos a tirarlo por la borda, ¿de acuerdo?

'Yo… bueno, supongo que eso funciona, yo solo. . .' Sacudió la cabeza. Había un zumbido muy fuerte en sus oídos y le dificultaba ordenar sus pensamientos. 'Lo siento, yo sólo. . . ¿Ninguno de ustedes me va a preguntar por qué?

Miradas en blanco por todas partes.

Es sólo que… ¿Están todos inscritos para ayudarme a ocultar un asesinato? Robin no pudo evitar que todas sus declaraciones se convirtieran en preguntas. El mundo entero en ese momento parecía una gran pregunta sin respuesta. —¿Y ni siquiera vas a preguntar cómo o por qué?

Ramy y Victoire intercambiaron una mirada. Pero fue Letty quien respondió primero. Creo que todos entendemos por qué. Su garganta palpitó. No pudo descifrar la expresión de su rostro: era algo que nunca antes había visto en ella, una extraña mezcla de lástima y resolución. Y para ser honesto, Robin, creo que cuanto menos digamos al respecto, mejor.

La limpieza de la cabaña fue más rápida de lo que Robin había temido. Letty consiguió una fregona y un balde de la tripulación alegando que había vomitado por el mareo, y el resto contribuyó con varias prendas para absorber el agua ensangrentada.

Luego estaba el asunto de la eliminación. Decidieron que empujar al profesor Lovell en un baúl era su mejor oportunidad de llevar su cuerpo a la cubierta superior sin cuestionamientos. La migración

arriba fue un juego de respiraciones contenidas y progreso en pulgadas. Victoire se lanzaba hacia adelante cada pocos segundos, comprobaba que no había nadie a la vista y luego les hacía señas frenéticas a Robin y Ramy para que arrastraran el baúl unos cuantos escalones más. Letty montaba guardia en la cubierta superior, fingiendo un paseo nocturno para tomar un poco de aire fresco.

De alguna manera consiguieron llevar el baúl hasta el borde de la barandilla sin despertar sospechas.

'Está bien.' Robin deslizó la tapa del maletero. Originalmente, habían considerado tirar todo el baúl, pero Victoire había señalado astutamente que la madera flotaría. Tenía miedo de mirar hacia abajo; quería, si era posible, hacer esto sin mirar la cara de su padre. 'Rápido, antes de que alguien vea...'

—Espera —dijo Ramy. Tenemos que ponerle peso, de lo contrario se balanceará.

Robin tuvo una visión repentina del cuerpo del profesor Lovell flotando en la estela del barco, atrayendo a una multitud de marineros y gaviotas. Luchó contra una oleada de náuseas. '¿Por qué no lo dijiste antes?'

Estaba un poco asustado, ¿de acuerdo?

Pero parecías tan tranquilo...

Soy bueno en emergencias, Birdie, pero no soy Dios.

Los ojos de Robin recorrieron la cubierta en busca de cualquier cosa que pudiera servir como ancla: remos, cubos de madera, tablones de repuesto. Maldita sea, ¿por qué todo en un barco estaba diseñado para flotar?

Por fin encontró un montón de cuerdas anudadas con lo que parecían pesos. Rezó para que no fuera necesario para nada importante y lo arrastró hasta el maletero. Asegurar la cuerda alrededor del profesor Lovell fue una pesadilla. Sus miembros pesados y rígidos no se movían con facilidad; el cadáver parecía, de hecho, estar resistiéndose activamente a ellos. La cuerda, horriblemente, se enganchó en las costillas expuestas y dentadas. Las manos de Robin, sudorosas de miedo, seguían resbalando; Pasaron varios minutos angustiosos antes de que lograran ajustar la cuerda alrededor de los brazos y las piernas del profesor. Robin quería hacer un nudo rápido y terminar con eso, pero Ramy insistió en que se tomaran su tiempo; no quería que las cuerdas se desenredaran tan pronto como el cuerpo golpeara el agua.

—Está bien —susurró Ramy por fin, tirando de la cuerda. 'Deberías

hacer eso.'

Cada uno tomó un extremo del cadáver (Robin los hombros y Ramy los pies) y lo sacaron del baúl.

—Uno —susurró Ramy. 'Dos . . .'

En el tercer columpio, levantaron el cuerpo del profesor Lovell por encima de la barandilla y lo soltaron. Pasó una eternidad antes de que oyeran el chapoteo.

Ramy se inclinó sobre la barandilla, escudriñando las olas oscuras.

-Se ha ido -dijo por fin-. No va a subir.

Robin no podía hablar. Se tambaleó varios pasos hacia atrás y vomitó en la cubierta.

Ahora, instruyó Ramy, simplemente regresaron a sus literas y actuaron con normalidad durante el resto del viaje. Sencillo, en teoría. Pero de todos los lugares para cometer un asesinato, un barco en pleno viaje tenía que ser uno de los peores. Un asesino en la calle al menos podría soltar su arma y huir de la ciudad. Pero estuvieron atrapados durante dos meses más en la escena del crimen, dos meses durante los cuales tuvieron que mantener la ficción de que no habían volado el pecho de un hombre y arrojado su cuerpo al océano.

Intentaron mantener las apariencias. Daban sus paseos diarios por la cubierta, entretenían a la señorita Smythe y sus tediosas preguntas, y se presentaban a comer en el comedor, tres veces al día en el reloj, haciendo todo lo posible para abrir el apetito.

"Simplemente se siente mal", respondió Ramy cuando el cocinero le preguntó por qué no había visto al profesor Lovell durante varios días. Dice que no tiene mucha hambre, que tiene algún tipo de malestar estomacal, pero que más tarde le llevaremos algo de comer.

—¿Dijo cuál es exactamente el problema? El cocinero era un hombre sonriente y sociable; Robin no podía decir si estaba entrometiendo o simplemente siendo amistoso.

—Oh, es una gran cantidad de síntomas menores —mintió Ramy suavemente—. Se queja de dolor de cabeza, algo de congestión, pero sobre todo náuseas. Se marea si permanece de pie demasiado tiempo, por lo que pasa la mayor parte de sus días en cama. Durmiendo bastante. Podría ser mareo, aunque no tuvo ningún problema en el camino.

'Interesante.' El cocinero se frotó la barba por un momento y luego giró sobre sus talones. Espera aquí mismo.

Salió del desastre a un paso rápido. Se quedaron mirando la

puerta, afligidos. ¿Se había vuelto sospechoso? ¿Estaba alertando al capitán? ¿Estaba revisando la cabaña del profesor Lovell para confirmar su historia?

—Entonces —murmuró Ramy—, ¿corremos ahora o...? . . ?'

'¿E ir a dónde?' siseó Victoria. ¡Estamos en medio de un océano!

Quizá podamos llegar antes que él a la cabaña de Lovell...

'Pero no hay nada allí, no hay nada que podamos hacer...'

'Silenciar.' Letty asintió por encima del hombro. El cocinero ya estaba regresando al comedor, sosteniendo una pequeña bolsita marrón en una mano.

Jengibre confitado. Se lo ofreció a Robin. Bueno para los malestares estomacales. Ustedes, los eruditos, siempre se olvidan de traer los suyos.

'Gracias.' Con el corazón acelerado, Robin tomó la bolsita. Hizo todo lo posible para mantener el nivel de su voz. Estoy seguro de que estará muy agradecido.

Afortunadamente, ninguno del resto de la tripulación cuestionó el paradero del profesor Lovell. Los marineros no estaban demasiado fascinados por los tratos diarios de los eruditos a quienes les habían pagado una miseria para transportar; estaban más que felices de fingir que no existían en absoluto. La señorita Smythe era una historia diferente. Ella era, probablemente por puro aburrimiento, desesperadamente persistente en hacerse útil. Preguntaba incesantemente sobre la fiebre del profesor Lovell, el sonido de su tos y el color y la composición de sus heces. "He visto mi parte de enfermedades tropicales", dijo. Sea lo que sea que tenga, seguro que lo he visto entre los lugareños. Déjame echarle un vistazo, lo arreglaré enseguida.

De alguna manera la convencieron de que el profesor Lovell era muy contagioso y dolorosamente tímido. ('No estará a solas con una mujer soltera', prometió Letty solemnemente. 'Se pondrá furioso si los dejamos entrar'). Aún así, la señorita Smythe insistió en que se unieran a ella en una oración diaria por su salud. durante el cual Robin tomó todo lo que tenía para no vomitar por la culpa.

Los días eran terriblemente largos. El tiempo se arrastraba cuando cada segundo contenía una horrible contingencia, la pregunta ¿nos saldremos? Robin estaba constantemente enferma. Su náusea era completamente distinta de la turbulenta inquietud del mareo; era una masa viciosa de culpa que le roía el estómago y le arañaba la

garganta, un peso venenoso que le dificultaba la respiración. Intentar relajarse o distraerse no sirvió de nada; fue cuando cometió un desliz y perdió la guardia cuando la enfermedad se redobló. Luego, el zumbido en sus oídos se hizo más y más fuerte y el negro se filtró en los bordes de su visión, reduciendo el mundo a un pinchazo borroso.

Comportarse como una persona exigió un tremendo enfoque. A veces, lo máximo que podía hacer era recordar respirar, fuerte y uniformemente. Tuvo que gritar un mantra en su mente: está bien, está bien, estás bien, no saben, piensan que eres solo un estudiante y creen que solo está enfermo, pero incluso ese mantra amenazó girar fuera de control; si relajaba su enfoque por solo un segundo, se transformaba en la verdad: lo mataste, le hiciste un agujero en el pecho y su sangre está en todos los libros, en todas tus manos, resbaladiza, húmeda, cálida...

Tenía miedo de su subconsciente; de dejarlo vagar. No podía detenerse en nada. Cada pensamiento que pasaba por su mente se convertía en una caótica mezcla de culpa y horror; solidificado siempre en el mismo estribillo sombrío:

He matado a mi padre.

He matado a mi padre.

He matado a mi padre.

Se torturaba a sí mismo imaginando lo que podría pasarles si los atrapaban. Proyectó las escenas tan vívidamente que parecían recuerdos: el breve y condenatorio juicio, las miradas de disgusto de los miembros del jurado; las esposas alrededor de sus muñecas y, si no la horca, entonces el largo, abarrotado y miserable viaje a una colonia penal en Australia.

Lo que no podía entender era qué momento verdaderamente fugaz había sido el asesinato real: no más que una fracción de segundo de odio impulsivo, una sola frase pronunciada, un solo lanzamiento. Las Analectas de Confucio hicieron la afirmación sìbùjíshé;*que incluso un carro de cuatro caballos no podía captar una palabra una vez pronunciada, que la palabra hablada era irrevocable. Pero esto parecía un gran truco del tiempo. No parecía justo que una acción tan minúscula pudiera tener consecuencias tan reverberantes. Algo que rompió no solo su mundo, sino también el de Ramy, Letty y Victoire debería haber tomado al menos unos minutos, al parecer; debería haber requerido un esfuerzo repetido. La verdad del asesinato habría tenido más sentido si se hubiera parado sobre el cuerpo de su padre con un hacha desafilada, clavándola una y otra vez en su cráneo y

pecho hasta que la sangre salpicó sus caras. Algo brutal, algo sostenido, una verdadera manifestación de intenciones monstruosas.

Pero eso no describía lo que había sucedido en absoluto. No había sido vicioso. No había costado esfuerzo. Todo había terminado tan rápido que ni siquiera había tenido tiempo de deliberar. No recordaba haber actuado en absoluto. ¿Podrías tener la intención de cometer un asesinato si no pudieras recordar quererlo?

¿Pero qué clase de pregunta era esa? ¿Cuál era el maldito punto de decidir si había deseado la muerte de su padre o no, cuando su cadáver arruinado se estaba hundiendo indiscutible e irreversiblemente en el fondo del océano?

Las noches eran mucho peores que los días. Al menos los días ofrecían las distracciones temporales del aire libre, el océano ondulante y la bruma rociadora. Por la noche, confinado en su hamaca, sólo estaba la oscuridad implacable. Las noches significaban sábanas empapadas de sudor, escalofríos y temblores, y ni siquiera la privacidad para gemir y gritar en voz alta. Robin yacía con las rodillas dobladas contra el pecho, ahogando su frenética respiración con ambas manos. Cuando lograba dormir por momentos, sus sueños eran fragmentados y terriblemente vívidos, repasando cada latido de esa última conversación hasta el final devastador. Pero los detalles siguieron cambiando. ¿Cuáles fueron las últimas palabras que dijo el profesor Lovell? ¿Cómo había mirado a Robin? ¿Realmente se había acercado? ¿Quién se había movido primero? ¿Fue en defensa propia o fue un ataque preventivo? ¿Había alguna diferencia? Destruyó su propia memoria.

Quería que todos los pensamientos se detuvieran. Quería desaparecer. Por la noche, las olas negras e interminables parecían una utopía, y no quería nada más que arrojarse por la borda, dejar que el océano lo tragara a él y a su culpa en sus profundidades obliterantes. Pero eso sólo condenaría a los demás. ¿Cómo se vería eso, un estudiante ahogado y su profesor asesinado? Ninguna excusa, por creativa que sea, por verdadera que sea, podría sacarlos de eso.

Pero si la muerte no era una opción, quizás el castigo todavía lo era. 'Tengo que confesar,' le susurró a Ramy una noche de insomnio. 'Esa es la única manera, tenemos que acabar con esto—'

—No seas idiota —dijo Ramy.

Saltó como un loco de su hamaca. Lo digo en serio, voy a ver al capitán...

Ramy saltó y lo atrapó en el pasillo. Birdie, vuelve allí.

Robin trató de empujar a Ramy hacia las escaleras. Ramy rápidamente lo abofeteó en la cara. De alguna manera esto lo calmó, aunque solo debido a la conmoción: el dolor blanco y cegador borró todo de su mente, solo por unos segundos, el tiempo suficiente para calmar su corazón acelerado.

—Todos estamos implicados ahora —siseó Ramy. Limpiamos esa habitación. Te escondimos el cuerpo. Para protegerte. Todos hemos mentido una docena de veces ahora; somos cómplices en este crimen, y si vas al verdugo, nos condenas a todos. ¿Lo entiendes?'

Escarmentado, bajó la cabeza y asintió.

-Bien -dijo Ramy-. Ahora vuelve a la cama.

El único lado positivo de todo este asunto grotesco fue que él y Ramy finalmente se reconciliaron. El acto de asesinato había cerrado la brecha entre ellos, había hecho desaparecer las acusaciones de complicidad y cobardía de Ramy. No importaba que hubiera sido un accidente, o que Robin lo retiraría de inmediato si pudiera. Ramy ya no tenía ningún motivo ideológico para resentirse con él, pues entre ellos, solo uno de ellos había matado a un colonizador. Ahora eran co-conspiradores, y esto los acercó más que nunca. Ramy asumió el papel de consolador y consejero, testigo de sus confesiones. Robin no sabía por qué pensaba que expresar sus pensamientos podría mejorar las cosas, ya que decir algo en voz alta solo servía para confundirlo más, pero estaba desesperadamente agradecido de que Ramy estuviera al menos allí para escuchar.

'¿Crees que soy malvado?' preguntó.

No seas ridículo.

Has estado diciendo eso muchas veces.

Has sido ridículo muchas veces. Pero no eres malvado.

—Pero soy un asesino —dijo, y luego lo volvió a decir, porque las palabras eran tan absurdas que el mismo acto de formar las vocales se sentía extraño. 'Tomé una vida. Con plena deliberación, con toda la intención, sabía lo que le haría la barra y la lancé, y la vi romper su cuerpo, y en el momento antes de arrepentirme, estaba satisfecho con lo que había hecho. No fue un accidente. No importa cuánto desee poder retractarme ahora, lo quería muerto y lo maté. Tomó un aliento tembloroso. '¿Soy yo? ¿Qué tipo de persona tienes que ser para hacer eso? Un villano. Un desgraciado de corazón negro. ¿De qué otra manera sucede eso, Ramy? No hay término medio. No hay ninguna regla bajo la cual esto sea perdonable, ¿verdad?

Ramy suspiró. 'Quienquiera que tome una vida, será como si matara a toda la humanidad. Eso dice el Corán.

—Gracias —murmuró Robin. Eso es reconfortante.

"Pero el Corán también habla de la infinita misericordia de Alá". Ramy se quedó en silencio por un momento. 'Y yo pienso . . . bueno, el profesor Lovell era un hombre muy malo, ¿no? Actuó en defensa propia, ¿no? Y las cosas que os hizo a vosotros, a vuestro hermano, a vuestras madres. . . tal vez merecía morir. Tal vez el hecho de que lo mataras primero evitó que otros sufrieran daños imprevistos. Pero esa no es realmente tu decisión. Eso es de Dios.

'¿Entonces, qué hago?' Robin preguntó miserablemente. '¿Qué debo hacer?'

"No hay nada que puedas hacer", dijo Ramy. Está muerto, tú lo mataste, y no hay nada que puedas hacer para cambiar eso, excepto rezar a Dios para que te perdone. Hizo una pausa, golpeando sus dedos contra su rodilla. Pero ahora la cuestión es cómo proteger a Victoire y Letty. Y que te entregues no hace eso, Birdie. Tampoco lo hace torturarte a ti mismo acerca de tu valor como ser humano. Lovell está muerto y tú estás vivo, y tal vez eso es lo que Dios quiso. Y eso es todo el consuelo que puedo ofrecer.

Los cuatro se turnaron para perder la cabeza. Había una regla tácita en este juego: uno de ellos podía colapsar a la vez, pero no todos a la vez, porque el deber de las cabezas más cuerdas era convencer al loco.

La forma favorita de Ramy de entrar en pánico era expresar todas sus ansiedades con detalles extravagantes e increíblemente específicos. —Alguien irá a su camarote —declaró. Tendrán que hacerle una pregunta, algo estúpido, algo sobre la fecha de llegada o sobre el pago del pasaje. Solo que él no estará allí, y nos preguntarán al respecto, y finalmente alguien sospechará y registrarán todo el barco, y fingiremos que tampoco tenemos idea de dónde ha ido y no lo harán. Si nos cree, entonces encontrarán las manchas de sangre...

—Por favor —dijo Victoria. Por favor, por el amor de Dios, detente.

—Entonces nos enviarán a Newgate —continuó Ramy, entonando grandiosamente como si estuviera narrando un poema épico—, y la campana de San Sepulcro sonará doce veces, y una gran multitud se reunirá afuera, y a la mañana siguiente seremos ahorcados. , uno a uno . . .'

La única forma de detener a Ramy era dejar que terminara de

narrar toda la fantasía enfermiza, lo que siempre hacía, con descripciones cada vez más ridículas de sus ejecuciones. De hecho, le dieron un poco de alivio a Robin: fue relajante, en cierto modo, imaginar lo peor que podría pasar, ya que le quitó el terror a lo desconocido. Pero solo encendió a Victoire. Cada vez que ocurrían estas conversaciones, ella no podía dormir. Luego sería su turno de perder la cabeza, y los despertaría a las cuatro de la mañana, susurrando que se sentía mal por mantener despierta a Letty, y que tendrían que sentarse arriba de la cubierta con ella, susurrando historias tontas sobre cualquier cosa. me venía a la mente —el canto de los pájaros, Beethoven, los cotilleos del departamento— hasta el suave respiro del amanecer.

Las malas rachas de Letty eran las más difíciles de tratar. Porque Letty, la única entre ellos, no entendía por qué Ramy y Victoire habían acudido tan pronto en defensa de Robin. Supuso que habían protegido a Robin porque eran amigos. El único motivo que entendía era que había visto al profesor Lovell apoderarse del collar de Robin en Canton, y los padres abusivos eran algo que ella y Robin tenían en común.

Pero dado que vio la muerte del profesor Lovell como un incidente aislado, no como la punta de un iceberg, estaba constantemente tratando de arreglar su situación. 'Tiene que haber formas de aclararse', seguía diciendo. '¿Podemos decir que el profesor Lovell estaba lastimando a Robin, que fue en defensa propia? ¿Que había perdido la cabeza por el estrés, que él empezó todo y que Robin solo estaba tratando de escapar? Todos testificaríamos, todo es verdad, tendrían que absolverlo... Robin, ¿qué te parece?

"Pero eso no es lo que pasó", dijo Robin.

Pero se podría decir que es lo que pasó...

"No funcionará", insistió Ramy. Es demasiado peligroso y, más aún, es un riesgo que no debemos correr en absoluto.

¿Cómo podían decirle que estaba delirando? Que era una locura imaginar que el sistema legal británico era realmente neutral, que recibirían un juicio justo, que personas que se parecían a Robin, Ramy y Victoire podrían matar a un profesor blanco de Oxford, tirar su cuerpo por la borda y mentir al respecto. semanas, y luego salir ileso? ¿Que el hecho de que ella claramente creyera todo esto era solo evidencia de los mundos completamente diferentes en los que vivían?

Pero como no podían decirle la verdad, Letty no se inmutó. "Tengo una nueva idea", anunció después de que rechazaron su propuesta de

autodefensa. 'Así que, como todos ustedes probablemente saben, mi padre es un hombre bastante importante...'

-No -dijo Ramy-.

Déjame terminar. Mi padre fue bastante influyente en su época...

Tu padre es un almirante retirado, puesto a pastar...

—Pero todavía conoce a la gente —insistió Letty. Podría pedir algunos favores...

'¿Qué tipo de favores?' preguntó Ramy. "Hola, juez Blathers, aquí está la cosa: mi hija y sus sucios amigos extranjeros han hecho que maten a su profesor, un hombre crucial para el Imperio, tanto financiera como diplomáticamente, así que cuando estén listos para el juicio, necesitaré que lo haga". solo adelante y proclamen inocentes…”

—No tiene por qué ser así —espetó Letty. Lo que digo es que si le decimos lo que pasó y le explicamos que fue un accidente...

'¿Un accidente?' Ramy repitió. ¿Has encubierto accidentes antes? ¿Simplemente miran para otro lado cuando las chicas blancas ricas matan gente? ¿Es así como funciona, Letty? Además, ¿no estás en desacuerdo con el almirante?

Las fosas nasales de Letty se ensancharon. Sólo intento ayudar.

—Lo sabemos —dijo Robin rápidamente, desesperado por disipar la tensión—. Y estoy agradecido, de verdad. Pero Ramy tiene razón. Creo que es mejor que mantengamos todo esto en secreto.

Letty, mirando rígidamente a la pared, no dijo nada.

De alguna manera lograron regresar a Inglaterra. Pasaron dos meses y una mañana se despertaron con Londres en el horizonte, envuelto en sus familiares grises sombríos.

Fingir la enfermedad del profesor Lovell durante todo el viaje resultó ser más simple de lo que incluso Victoire había esperado; aparentemente era muy fácil convencer a todo un barco de que un profesor de Oxford tenía una constitución notablemente débil. Jemima Smythe, a pesar de todos sus esfuerzos, finalmente se había cansado de su compañía cerrada y no hizo ningún esfuerzo por alargar su despedida. Los marineros apenas dijeron unas palabras de despedida cuando desembarcaron. Nadie prestó mucha atención a cuatro estudiantes desgastados por el viaje que se abrían paso a través de Legal Quays, no cuando había mercancías para descargar y pagar para recoger.

—Enviamos al profesor por delante a ver a un médico —le dijo Letty al capitán cuando se cruzaron con él en los muelles—. Dijo... ah,

para darte las gracias por un viaje tranquilo.

El capitán pareció un poco desconcertado por estas palabras, pero se encogió de hombros y las desechó.

¿Un viaje tranquilo? Ramy murmuró. ¿Un viaje tranquilo?

'¡No se me ocurrió nada más que decir!'

—Cállate y camina —siseó Victoire.

Robin estaba seguro de que todo lo que hacían gritaba ¡Asesinos! mientras arrastraban sus baúles por las tablas. En cualquier momento, pensó mareado; un paso más, y allí estaría: una mirada sospechosa, una ráfaga de pasos, una llamada de '¡Hola! ¡Para!' Seguramente no los dejarían escapar de Hellas tan fácilmente.

En la costa, a sólo doce pies de distancia, estaba Inglaterra, era asilo, era libertad. Una vez que llegaran a esa orilla, una vez que desaparecieran entre la multitud, serían libres. Pero eso era imposible, sin duda: los enlaces que los conectaban a esa maldita habitación no podían cortarse tan fácilmente. ¿Podrían?

El malecón dio paso a tierra firme. Robin miró por encima del hombro. Nadie los había seguido. Nadie estaba siquiera mirando en su dirección.

Subieron a un ómnibus hacia el norte de Londres, desde donde tomaron un taxi hasta Hampstead. Acordaron sin mucho debate que primero pasarían la noche en la residencia del profesor Lovell en Hampstead al llegar; habían llegado demasiado tarde para tomar ningún tren a Oxford, y Robin sabía que la señora Piper todavía estaría en Jericho y que la llave de repuesto de la propiedad estaba escondida debajo de la maceta Ming en el jardín. A la mañana siguiente abordarían un tren a Paddington y regresarían a la escuela como estaba previsto.

Durante el viaje se les había pasado por la cabeza que quedaba una opción obvia: correr, dejarlo todo y huir del continente; subiendo a un paquete con destino a América o Australia, o regresando a los países de donde habían sido arrancados.

—Podríamos escapar al Nuevo Mundo —propuso Ramy. 'Ve a Canadá.'

—Ni siquiera hablas francés —dijo Letty.

Es francés, Letty. Rami puso los ojos en blanco. La hija más endeble de Latin. ¿Qué tan difícil podría ser?'

—Tendríamos que encontrar trabajo —señaló Victoire. 'Ya no tendremos nuestros estipendios; ¿Cómo viviríamos?

Este era un buen punto, y uno que de alguna manera habían pasado por alto. Años de recibir un estipendio confiable les había hecho olvidar que solo tenían lo suficiente para vivir durante varios meses; fuera de Oxford, en un lugar donde ya no se les proporcionara alojamiento ni comida, no tendrían nada.

'Bueno, ¿cómo encuentran empleo otras personas?' había preguntado Ramy. '¿Supongo que vas a una tienda y contestas un anuncio?'

«Tienes que haber sido un aprendiz», había dicho Letty. Creo que hay un período de entrenamiento, aunque eso cuesta dinero...

'Entonces, ¿cómo se encuentra un comerciante para encargarse de ellos?'

'No lo sé', había dicho Letty, frustrada. '¿Cómo puedo saber? No tengo idea.'

No, nunca hubo ninguna posibilidad real de que dejaran la universidad. A pesar de todo, a pesar del riesgo muy real de que si volvían a Oxford serían arrestados, investigados y encarcelados o ahorcados, no podían concebir una vida que no estuviera ligada a la universidad. Porque no tenían nada más. No tenían habilidades; no tenían la fuerza ni el temperamento para el trabajo manual, y no tenían las conexiones para encontrar empleo. Lo más importante, no sabían cómo vivir. Ninguno de ellos tenía la menor idea de cuánto costaría alquilar habitaciones, comprar alimentos para una semana o establecerse en un pueblo que no fuera la universidad. Hasta ahora, todo eso había sido resuelto por ellos. En Hampstead, había estado la señora Piper, y en Oxford, estaban los exploradores y los hacedores de camas. Robín, de hecho,

Cuando se trataba de eso, simplemente no podían pensar en sí mismos como algo más que estudiantes, no podían imaginar un mundo en el que no pertenecieran a Babel. Babel era todo lo que conocían. Babel estaba en casa. Y aunque sabía que era una estupidez, Robin sospechaba que no era el único que creía en el fondo que, a pesar de todo, había un mundo en el que una vez que terminara este problema, una vez que se hubieran hecho todos los arreglos necesarios y las cosas se hubieran barrido debajo de la alfombra. , aún podría regresar a su habitación en Magpie Lane, podría despertarse con el suave canto de los pájaros y la cálida luz del sol entrando por la estrecha ventana, y una vez más pasar sus días estudiando detenidamente nada más que lenguas muertas.

Capítulo Veinte

A la ayuda e información que usted y el Sr. Jardine tan generosamente nos brindaron, se debió principalmente a que pudimos dar a nuestros asuntos navales, militares y diplomáticos en China las instrucciones detalladas que han conducido a estos resultados satisfactorios.

SECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES PALMERSTON, carta a John Abel Smith

L

lovía mucho cuando se apearon del taxi en Hampstead. Encontraron la casa del profesor Lovell más por pura suerte que por otra cosa. Robin había pensado que recordaría fácilmente la ruta, pero tres años después habían dañado su memoria más de lo que creía, y las cortinas de lluvia hacían que todas las residencias parecieran iguales: mojadas, como bloques, rodeadas de follaje resbaladizo y goteante. . Cuando finalmente encontraron la casa de ladrillo y estuco blanco, estaban empapados y temblando.

'Esperar.' Victoire empujó a Ramy hacia atrás justo cuando se dirigía a la puerta. ¿No deberíamos dar la vuelta por la parte de atrás? ¿En caso de que alguien nos vea?

'Si nos ven, entonces nos ven, no es un crimen estar en Hampstead...'

'Si es obvio que no vives aquí...'

'¡Hola!'

Todos giraron la cabeza a la vez como gatitos asustados. Una mujer los saludó desde el umbral de la casa de enfrente. -Hola -llamó de nuevo. ¿Estás buscando al profesor?

Se miraron el uno al otro, en pánico; no habían discutido una respuesta para esta ocasión. Querían evitar toda asociación con un hombre cuya ausencia pronto suscitaría un interés considerable. Pero, ¿de qué otra forma podrían justificar su presencia en Hampstead?

—Lo somos —dijo Robin rápidamente, antes de que su silencio se volviera sospechoso—. Somos sus alumnos. Acabamos de regresar del extranjero; nos dijo que nos reuniéramos aquí cuando volviéramos,

solo que se está haciendo tarde y no hay nadie en la puerta.

Probablemente esté en la universidad. La expresión de la mujer era bastante amistosa; solo parecía hostil porque había estado gritando por encima de la lluvia. Sólo está aquí unas pocas semanas al año. Quédate ahí.'

Se dio la vuelta y se apresuró a entrar en su casa. La puerta se cerró de golpe detrás de ella.

—Maldita sea —murmuró Ramy. '¿Qué estás haciendo?'

'Pensé que sería mejor ceñirme a la verdad...'

'Demasiado cerca de la verdad, ¿no crees? ¿Qué sucede si alguien la interroga?

'¿Qué quieres hacer, entonces, correr?'

Pero la mujer ya había vuelto a salir. Cruzó corriendo la calle hacia ellos, protegiéndose de la lluvia con un codo. Ella extendió su palma hacia Robin.

'Aquí estás.' Abrió los dedos, revelando una llave. Ese es su repuesto. Es tan atolondrado que me pidieron que tuviera uno a mano para cuando pierda el suyo. Pobrecitos.

—Gracias —dijo Robin, asombrado por su buena fortuna. Entonces un recuerdo lo golpeó, y tomó una suposición descabellada. Usted es la señora Clemens, ¿verdad?

Ella sonrió. ¡Ciertamente lo soy!

'Correcto, así es – dijo que te preguntara si no podíamos encontrar la llave. Solo que no pudimos averiguar en qué casa estabas.

Menos mal que estaba viendo llover, entonces. Tenía una sonrisa amplia y amistosa; cualquier sospecha, si alguna vez estuvo allí, había desaparecido de su rostro. 'Me gusta mirar hacia el exterior cuando toco mi piano. El mundo informa mi música.'

—Correcto —dijo de nuevo, demasiado mareado por el alivio para procesar esta declaración—. 'Bueno, muchas gracias.'

'Oh, no es nada. Llama si necesitas algo. Primero asintió con la cabeza a Robin y luego a Letty (parecía que ni siquiera vio a Ramy o Victoire, por lo que Robin supuso que solo podían estar agradecidos) y volvió a cruzar la calle.

'¿Cómo diablos lo supiste?' Murmuró Victoria.

—La señora Piper escribió sobre ella —dijo Robin mientras arrastraba su baúl por el jardín delantero—. Dijo que se ha mudado una nueva familia y que la esposa es un tipo solitario y excéntrico. Creo que viene aquí la mayoría de las tardes a tomar el té cuando el profesor está aquí.

—Bueno, gracias a Dios que le escribes a tu ama de llaves —dijo Letty.

—En verdad —dijo Robin, y abrió la puerta.

Robin no había vuelto a la casa de Hampstead desde que se fue a Oxford, y parecía haber cambiado mucho durante su ausencia. Era mucho más pequeño de lo que recordaba, o tal vez simplemente había crecido. La escalera no era una espiral sin fin, y los techos altos no inducían una sensación de soledad tan fuerte. Estaba muy oscuro adentro; todas las cortinas estaban corridas y los muebles cubiertos con sábanas para protegerlos del polvo. Tantearon un rato en la oscuridad: la señora Piper siempre había encendido las lámparas y las velas, y Robin no tenía ni idea de dónde guardaba las cerillas. Por fin Victoire encontró pedernal y candelabros en el salón, y desde allí consiguieron encender la chimenea.

—Dime, Birdie —dijo Ramy—. 'Que es todo esto . . . ¿cosas?'

Se refería a la chinoiserie. Robin miró a su alrededor. El salón estaba lleno de abanicos pintados, pergaminos colgantes y jarrones de porcelana, esculturas y teteras. El efecto fue una recreación llamativa de una casa de té de Cantón yuxtapuesta sobre una base de muebles ingleses. ¿Habían estado siempre allí? Robin no sabía cómo no se había dado cuenta cuando era niño. Tal vez, recién llegado de Cantón, no había encontrado tan obvia la separación de dos mundos; quizás fue solo ahora, después de una inmersión total en la más inglesa de las universidades, que había desarrollado un sentido más agudo de lo extranjero y lo exótico.

—Supongo que era coleccionista —dijo Robin. 'Oh, ahora lo recuerdo, le encantaba contarles a sus invitados sobre sus adquisiciones, de dónde venían y sus historias particulares. Estaba bastante orgulloso.

'Qué extraño,' dijo Ramy. 'Amar las cosas y el idioma, pero odiar el país.'

—No es tan raro como crees —dijo Victoire. Después de todo, hay personas y luego hay cosas.

Una expedición a las cocinas no encontró nada para comer. La señora Piper no habría abastecido provisiones mientras todavía estaba en la casa de Oxford. La casa de Hampstead tenía un problema persistente con las ratas, recordó Robin, que nunca se resolvió porque el profesor Lovell aborrecía a los gatos y la señora Piper odiaba dejar alimentos perecederos a su merced. Ramy encontró una lata de café molido y un tarro de sal, pero nada de azúcar. Hicieron y bebieron el

café de todos modos. Solo agudizó su hambre, pero al menos los mantuvo alerta.

Acababan de lavar y secar sus tazas vacías (Robin no sabía por qué estaban limpiando cuando el dueño de este lugar nunca volvería a casa, pero aún se sentía mal dejar un desastre) cuando escucharon un fuerte golpe en la puerta. . Todos saltaron. La aldaba hizo una pausa, luego golpeó de nuevo con firmeza, tres veces seguidas.

Ramy se levantó de un salto y alcanzó el atizador de fuego.

'¿Qué estás haciendo?' Letty siseó.

'Bueno, suponiendo que entren...'

No abras la puerta, haremos como si no hubiera nadie aquí...

Pero todas las luces están encendidas, imbécil…

'Entonces mira por la ventana primero-'

'No, entonces nos verán...'

'¿Hola?' El llamador llamó a través de la puerta. '¿Puedes oírme?'

Se hundieron con alivio. Era sólo la señora Clemens.

'Lo conseguiré.' Robin se puso de pie y le lanzó una mirada a Ramy. Guarda eso.

Su amable vecino estaba empapado en el umbral de la puerta, con un paraguas endeble e ineficaz en una mano y una cesta cubierta en la otra. Me di cuenta de que no habías traído provisiones. Siempre deja la despensa vacía cuando se va. Problema de ratas.

'YO . . . Ya veo.' La señora Clemens era muy habladora. Robin esperaba que ella no quisiera entrar.

Cuando él no dijo nada más, ella le tendió la canasta. Acabo de pedirle a mi chica Fanny que improvisara lo que teníamos a mano. Hay un poco de vino, un queso duro y uno blando, el pan de esta mañana, me temo que está crujiente, y algunas aceitunas y sardinas. Si quieres pan recién horneado, tendrás que volver a intentarlo por la mañana, pero avísame si quieres venir para que Fanny envíe por más mantequilla fresca, ya casi nos quedamos.

'Gracias,' dijo Robin, bastante asombrado por esta generosidad. 'Es muy amable por tu parte.'

—Por supuesto —dijo rápidamente la señora Clemens. ¿Puede decirme cuándo volverá el profesor? Necesito hablar con él sobre sus setos.

Robin se quedó en blanco. 'YO . . . no sé.

¿No dijiste que vendrías delante de él?

Robin no estaba seguro de qué decir. Sintió vagamente que cuanto menos rastro oral dejaran, mejor: ya le había dicho al capitán que el

profesor Lovell se les había adelantado, y tenían la intención de decirle a la facultad de Babel que el profesor Lovell todavía estaba en Hampstead, así que podría ser muy peligroso si la Sra. Clemens presentara una versión completamente diferente. Pero, ¿quién iba a cuestionar a las tres partes? Si la policía hubiera llegado tan lejos, ¿no estarían ya detenidos los cuatro?

Letty vino a su rescate. —Podría ser tan pronto como el lunes —dijo, empujándolo a un lado—. "Pero escuchamos en los muelles que su barco podría retrasarse, el mal tiempo en el Atlántico, ya sabes, por lo que aún podrían pasar semanas".

—Qué inconveniente —dijo la señora Clemens. Entonces, ¿te quedarás tanto tiempo?

'Oh, no, vamos a regresar a la escuela mañana. Dejaremos una nota en la mesa del comedor antes de irnos.

Muy prudente. Bueno, buenas noches —saludó alegremente la señora Clemens, y volvió a salir bajo la lluvia.

Devoraron el queso y las aceitunas en segundos. El pan estaba duro y hubo que masticarlo un poco, lo que los hizo más lentos, pero en unos minutos también desapareció. Luego miraron la botella de vino con gran anhelo, atrapados entre saber que debían permanecer en guardia y desear desesperadamente emborracharse, hasta que Ramy asumió la responsabilidad y la escondió en la despensa.

Para entonces eran las once y media. En Oxford, todos estarían despiertos durante horas, estudiando detenidamente sus tareas o riéndose en las habitaciones de los demás. Pero todos estaban exhaustos y demasiado asustados para separarse de los dormitorios, así que buscaron en la casa todas las mantas y almohadas que pudieron encontrar y las apilaron en la sala de estar.

Decidieron dormir por turnos, con una persona siempre despierta para vigilar. Ninguno de ellos creía realmente que la policía podría entrar a través de las puertas, y sin importar que poco pudieran hacer al respecto si eso sucedía, pero se sintió bien ser al menos mínimamente prudente.

Robin se ofreció para ir primero. Al principio ninguno de ellos podía quedarse quieto, todos nerviosos por el café y los nervios, pero pronto la fatiga se apoderó de ellos, y en minutos sus ansiedades murmuradas dieron paso a una respiración profunda y uniforme. Letty y Victoire estaban desplomadas juntas en el sofá, la cabeza de Victoire sobre el brazo de Letty. Ramy dormía en el suelo junto a Robin, con el

cuerpo acurrucado alrededor del sofá como un paréntesis protector. Verlos a todos juntos hizo que a Robin le doliera el pecho.

Esperó media hora, viendo cómo subían y bajaban sus pechos, antes de atreverse a ponerse de pie. Razonó que era seguro dejar su puesto. Si ocurría algo, lo oiría desde el otro lado de la casa: la lluvia se había convertido en un ligero golpeteo y, por lo demás, la casa estaba en un silencio sepulcral. Conteniendo la respiración, salió de puntillas de la sala de estar y subió las escaleras hasta la oficina del profesor Lovell.

Era tan estrecho y desordenado como lo recordaba. En Oxford, el profesor Lovell mantuvo su oficina en una apariencia de orden, pero en casa dejó que sus cosas se convirtieran en un estado de caos controlado. Papeles sueltos yacían esparcidos por el suelo; los libros estaban apilados en montones alrededor de los estantes, algunos abiertos, otros cerrados alrededor de bolígrafos metidos dentro para marcar las páginas.

Robin se abrió camino a través de la habitación hasta el escritorio del profesor Lovell. Él nunca se había parado detrás de él; sólo se había sentado al otro lado de él, con las manos entrelazadas nerviosamente en su regazo. El escritorio parecía irreconocible desde el otro lado. Una pintura enmarcada estaba apoyada en posición vertical en la esquina derecha; no, no una pintura, un daguerrotipo. Robin trató de no mirar de cerca, pero no pudo evitar vislumbrar la silueta de una mujer de cabello oscuro y dos niños. Bajó el marco.

Hojeó los papeles sueltos sobre el escritorio. No eran nada interesante: notas sobre poemas de la dinastía Tang e inscripciones en huesos oraculares, ambos proyectos de investigación que Robin sabía que el profesor Lovell estaba llevando a cabo en Oxford. Probó en el cajón de la derecha. Esperaba que estuviera cerrada con llave, pero se abrió sin problemas. Escondidos dentro había fajos y fajos de cartas. Los sacó y los sostuvo a la luz de la lámpara uno por uno, sin saber qué estaba buscando, o incluso qué esperaba ver.

Sólo quería una foto del hombre. Solo quería saber quién era su padre.

La mayor parte de la correspondencia del profesor Lovell era con profesores de Babel y representantes de varias empresas comerciales: un puñado con East India Company, más de representantes con Magniac & Co., pero la mayor parte era de hombres en Jardine & Matheson. Estos fueron bastante interesantes. Leyó cada vez más rápido a medida que avanzaba a través de la pila, pasando por encima

de las sutilezas iniciales de las frases críticas enterradas en los párrafos intermedios.

. . . El bloqueo de Gützlaff podría funcionar. . . solo se necesitarían trece buques de guerra, aunque la cuestión es el tiempo y los gastos. . . Simple demostración de fuerza. . . Lindsay quiere avergonzarlos con una retirada diplomática, pero seguramente esto pone en peligro a los únicos agentes de aduanas que quedan atrás. . . llévelos al borde y retrocederán. . . No puede ser difícil diezmar una flota dirigida por marineros que ni siquiera saben lo que son los barcos de vapor. . .

Robin exhaló lentamente y se recostó en la silla.

Dos cosas estaban claras. En primer lugar, no había ninguna ambigüedad sobre qué eran estos documentos. Una carta del reverendo Gützlaff de hace cuatro meses contenía un bosquejo detallado de los principales muelles de Cantón. En el otro lado había una lista de todos los barcos conocidos en la armada china. Estas no eran hipótesis de la política de China de Gran Bretaña. Estos eran planes de guerra. Estas cartas incluían relatos completos de las defensas costeras del gobierno de Qing, informes que detallaban la cantidad de juncos que defendían las estaciones navales, la cantidad y ubicación de fuertes en las islas circundantes e incluso la cantidad precisa de tropas estacionadas en cada una.

En segundo lugar, la voz del profesor Lovell surgió como una de las más agresivas entre sus interlocutores. Inicialmente, Robin había concebido una esperanza tonta e infundada de que tal vez esta guerra no fuera idea del profesor Lovell, y que tal vez él los había estado instando a que se detuvieran. Pero el profesor Lovell fue muy elocuente, no sólo sobre los muchos beneficios de tal guerra (incluidos los vastos recursos lingüísticos que estarían entonces a su disposición), sino sobre la facilidad con la que los 'chinos, lánguidos y perezosos, con un ejército sin un ápice de valentía o disciplina, podría ser derrotado'. Su padre no había sido simplemente un erudito atrapado en las hostilidades comerciales. Él había ayudado a diseñarlos. Una misiva no enviada, escrita con la minúscula y pulcra letra del profesor Lovell y dirigida a Lord Palmerston, decía:

La flota china consiste en juncos obsoletos cuyos cañones son demasiado pequeños para apuntar con eficacia. Los chinos sólo tienen un barco digno de combatir contra nuestra flota, el mercante Cambridge, comprado a los americanos, pero no tienen marineros que puedan manejarlo. Nuestros agentes informan que está inactiva en la bahía. Haremos un trabajo rápido de ella con el Némesis.

El corazón de Robin latía muy rápido. Se sintió invadido por un impulso repentino de descubrir todo lo que pudiera, para determinar el alcance total de esta conspiración. Leyó frenéticamente a través de la pila; cuando se acabaron las cartas, sacó otra pila de correspondencia del cajón izquierdo. Reveló mucho de lo mismo. La conveniencia de la guerra nunca fue una pregunta, solo su momento y la dificultad de persuadir al Parlamento para que actúe. Pero algunas de estas cartas datan de 1837. ¿Cómo sabían Jardine, Matheson y Lovell que las negociaciones en Canton estallarían en hostilidades hace más de dos años?

Pero eso era obvio. Lo sabían porque esa era su intención todo el tiempo. Querían hostilidades porque querían plata, y sin un cambio milagroso en la mente del Emperador Qing, la única forma de conseguirlo era apuntar con sus armas a China. Habían planeado la guerra incluso antes de zarpar. Nunca tuvieron la intención de negociar de buena fe con el comisionado Lin. Esas conversaciones fueron simplemente un pretexto para las hostilidades. Esos hombres habían financiado el viaje del profesor Lovell a Canton como expedición final antes de presentar el proyecto de ley al Parlamento. Estos hombres confiaban en el profesor Lovell para que los ayudara a ganar una guerra corta, brutal y eficiente.

¿Qué pasaría cuando supieran que el profesor Lovell nunca regresaría?

'¿Qué es eso?'

Robin miró hacia arriba. Ramy estaba de pie en la puerta, bostezando.

—Te queda una hora antes de tu turno —dijo Robin.

No podía dormir. Y estos turnos son una tontería de todos modos, nadie vendrá por nosotros esta noche. Ramy se unió a Robin detrás del escritorio del profesor Lovell. 'Excavando, ¿verdad?'

'Mirar.' Robin golpeó las letras. 'Lee esto.'

Ramy recogió una carta de la parte superior de la pila, la hojeó y luego se sentó frente a Robin para mirar más de cerca el resto. 'Cielos.'

Son planes de guerra dijo Robin. Todos están involucrados, todos los que conocimos en Canton, mira, aquí hay cartas de los reverendos Morrison y Gützlaff, han estado usando sus tapaderas como misioneros para espiar al ejército Qing. Gützlaff incluso ha estado sobornando a informantes para que le digan detalles sobre el despliegue de tropas chinas, qué comerciantes chinos influyentes están en contra de los británicos e incluso qué casas de empeño serían buenos lugares para

asaltar.

¿Gützlaff? Ramy resopló. '¿Realmente? No sabía que German lo tenía dentro.

También hay panfletos para despertar el apoyo público a la guerra. Mire, aquí Matheson llama a los chinos "un pueblo caracterizado por un grado maravilloso de imbecilidad, avaricia, presunción y obstinación". Y aquí alguien llamado Goddard escribe que desplegar buques de guerra sería una "visita tranquila y juiciosa". Imagina. Una visita tranquila y juiciosa. Qué manera de describir una invasión violenta.

'Increíble.' Los ojos de Ramy recorrieron los documentos de arriba abajo mientras los hojeaba cada vez con mayor velocidad. 'Hace que te preguntes por qué nos enviaron en primer lugar.'

—Porque todavía necesitaban un pretexto —dijo Robin. Estaba cayendo en su lugar ahora. Todo era tan claro, tan ridículamente simple que quiso patearse a sí mismo por no haberlo visto antes. —Porque todavía necesitaban algo que llevar al Parlamento para demostrar que la única forma de conseguir lo que querían era por la fuerza. Querían que Baylis humillara a Lin, no que se comprometiera con él. Querían provocar a Lin para que declarara las hostilidades primero.

Ramy resopló. Sólo que no contaban con que Lin volara todo ese opio del puerto.

-No -dijo Robin-. Pero supongo que, de todos modos, obtienen la justa causa que querían.

—Ahí estás —dijo Victoire.

Ambos dieron un brinco, sobresaltados.

¿Quién vigila la puerta? preguntó Robin.

Todo irá bien, nadie entrará a las tres de la mañana. Y Letty está fuera como un tronco. Victoire cruzó la habitación y miró la pila de cartas. '¿Qué son éstos?'

Ramy le hizo un gesto para que se sentara. 'Verás.'

Victoire, como Ramy, comenzó a leer cada vez más rápido cuando se dio cuenta de lo que estaba mirando. 'Oh Dios.' Se llevó los dedos a los labios. 'Eso crees, entonces ellos nunca siquiera...'

-Correcto -dijo Robin-. Era todo para el espectáculo. No estábamos destinados a negociar la paz en absoluto.

Le dio a los papeles una sacudida impotente. 'Entonces, ¿qué hacemos con esto?'

'¿Qué quieres decir?' preguntó Robin.

Ella le lanzó una mirada perpleja. Estos son planes de guerra.

"Y nosotros somos estudiantes", respondió. '¿Qué podemos hacer?'

Hubo un largo silencio.

Oh, pajarito. Ramy suspiró. '¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Hacia dónde creemos que estamos regresando?

Oxford fue la respuesta. Oxford, que era en lo que todos estaban de acuerdo, porque cuando quedaron atrapados en el Hellas, el cadáver de su profesor se hundió en las profundidades del océano detrás de ellos, la promesa de un regreso a lo normal y familiar fue lo que los mantuvo. calma, un delirio compartido de estabilidad que les impedía volverse locos. Toda su planificación siempre se había detenido en su llegada segura a Inglaterra. Pero no podían seguir eludiendo el tema, no podían mantener la fe ciega y ridícula de que si volvían a Oxford todo iría bien.

No había vuelta atra's. Todos lo sabían. Ya no había fingir, no esconderse en su rincón supuestamente seguro del mundo mientras la crueldad y la explotación inimaginables continuaban más allá. Solo existía la vasta y aterradora red del imperio colonial y las demandas de la justicia para resistirlo.

'¿Y qué?' preguntó Robin. '¿A dónde vamos?'

—Bueno —dijo Victoire—, la Sociedad Hermes.

Parecía tan obvio cuando lo dijo. Solo Hermes podría saber qué hacer con esto. La Sociedad Hermes, a la que Robin había traicionado, que tal vez ni siquiera estuviera dispuesta a aceptarlos de vuelta, era la única entidad con la que se habían encontrado que alguna vez había afirmado preocuparse por el problema del colonialismo. Aquí había una salida, una rara e inmerecida segunda oportunidad para tomar buenas decisiones equivocadas, si tan solo pudieran encontrar a Hermes antes de que la policía los encontrara a ellos.

'¿Estamos de acuerdo, entonces?' Victoire miró de uno a otro entre ellos. Oxford, luego Hermes... y luego lo que Hermes necesite de nosotros, ¿sí?

—Sí —dijo Ramy con firmeza—.

-No -dijo Robin-. 'No, esto es una locura. Tengo que entregarme, necesito ir a la policía tan pronto como pueda…

Ramy se burló. Hemos hablado de esto, una y otra y otra vez. Te entregas y qué? ¿Olvidas que Jardine y Matheson están tratando de iniciar una guerra? Esto es más grande que nosotros ahora, Birdie. Mas grande que tú. Tienes obligaciones.

—Pero eso es todo —insistió Robin. 'Si me entrego, eso les quita el

calor a los dos. Separa esta guerra del opio del asesinato, ¿no lo ves? Te libera...

—Basta —dijo Victoire. No te dejaremos.

'Claro que no lo haremos', dijo Ramy. "Además, eso es egoísta, no puedes tomar el camino más fácil".

'¿Cómo es eso tan fácil...?'

'Quieres hacer lo correcto', dijo Ramy, optimista. 'Siempre lo haces. Pero crees que lo correcto es el martirio. Crees que si sufres lo suficiente por los pecados que hayas cometido, estás absuelto.

'Yo no-'

'Es por eso que tomaste la culpa por nosotros esa noche. Cada vez que te encuentras con algo difícil, solo quieres que desaparezca, y piensas que la forma de hacerlo es autoflagelarte. Estás obsesionado con el castigo. Pero no es así como funciona esto, Birdie. Que vayas a prisión no arregla nada. Colgado de la horca no se arregla nada. El mundo todavía está roto. Todavía se avecina una guerra. La única forma de enmendarlo adecuadamente es detenerlo, lo cual no quieres hacer, porque en realidad de lo que se trata es de que tengas miedo.

Robin pensó que esto era sumamente injusto. 'Solo estaba tratando de salvarte esa noche.'

—Estabas tratando de librarte del apuro —dijo Ramy, no sin amabilidad. Pero todo lo que hace el sacrificio es hacerte sentir mejor. No nos ayuda al resto de nosotros, por lo que en última instancia es un gesto sin sentido. Ahora, si has terminado con los grandes intentos de martirio, creo que deberíamos discutir. . .'

Se apagó. Victoire y Ramy siguieron su mirada hasta la puerta, donde estaba Letty, con las manos apretadas contra su pecho. Ninguno de ellos sabía cuánto tiempo había estado allí. Su cara se había puesto muy pálida, excepto por dos manchas de color en lo alto de sus mejillas.

-Oh -dijo Ramy-. Pensamos que estabas dormido.

La garganta de Letty palpitó. Parecía a punto de estallar en sollozos. —¿Qué es la Hermes Society? —preguntó en un susurro trémulo.

Pero no entiendo.

Letty había estado repitiendo esto durante los últimos diez minutos a intervalos regulares. No importaba cómo lo explicaran, la necesidad de la Sociedad Hermes y la miríada de razones por las que tal organización tenía que existir en las sombras, ella seguía

sacudiendo la cabeza, con los ojos en blanco y sin comprender. No parecía indignada o molesta, sino realmente desconcertada, como si estuvieran tratando de convencerla de que el cielo era verde. 'No entiendo. ¿No fuiste feliz en Babel?

'¿Contento?' Ramy repitió. Supongo que nadie te ha preguntado nunca si te han lavado la piel con zumo de nuez.

'Oh, Ramy, ¿realmente lo hacen?' Sus ojos se abrieron. 'Pero nunca escuché - pero tu piel es hermosa-'

—O dijo que no se te permitía entrar en una tienda, por motivos que no están claros —continuó Ramy—. O traza un amplio círculo a tu alrededor en la acera como si tuvieras pulgas.

—Pero eso es que los oxfordianos son estúpidos y provincianos —dijo Letty—, eso no significa...

—Sé que no lo ves —dijo Ramy. Y no espero que lo hagas, esa no es tu suerte en la vida. Pero no se trata realmente de si fuimos felices en Babel. Se trata de lo que exige nuestra conciencia.

Pero Babel te dio todo. Letty parecía incapaz de pasar de este punto. Tenías todo lo que querías, tenías tales privilegios…

No lo suficiente como para hacernos olvidar de dónde somos.

'Pero las becas... quiero decir, sin esas becas todos ustedes habrían sido... no entiendo...'

—Lo has dejado muy claro —espetó Ramy. Eres una verdadera princesita, ¿verdad? ¿Gran finca en Brighton, veranos en Toulouse, porcelana china en sus estantes y Assam en sus tazas de té? ¿Cómo pudiste entender? Tu pueblo cosecha los frutos del Imperio. Los nuestros no. Así que cállate, Letty, y escucha lo que estamos tratando de decirte. No está bien lo que le están haciendo a nuestros países.' Su voz se hizo más fuerte, más dura. 'Y no está bien que me entrenen para usar mis idiomas para su beneficio, para traducir leyes y textos para facilitar su gobierno, cuando hay personas en India, China y Haití y en todo el Imperio y el mundo que tienen hambre y muriendo de hambre porque los británicos preferirían poner plata en sus sombreros y clavicémbalos que en cualquier otro lugar donde pudiera hacer algo bueno.

Letty lo tomó mejor de lo que Robin pensó que lo haría. Se sentó en silencio por un momento, parpadeando, con los ojos muy abiertos. Luego frunció el ceño y preguntó: 'Pero. . . pero si la desigualdad es el problema, ¿entonces no podrías haber ido a la universidad? Hay todo tipo de programas de ayuda, grupos misioneros. Hay filantropía, ya sabes, ¿por qué no podríamos simplemente ir a los gobiernos

coloniales y…?

"Eso es un poco difícil cuando el objetivo de la institución es preservar el Imperio", dijo Victoire. 'Babel no hace nada que no se beneficie a sí misma.'

—Pero eso no es cierto —dijo Letty. Contribuyen a la caridad todo el tiempo, lo sé, el profesor Leblanc estaba dirigiendo una investigación sobre las obras hidráulicas de Londres para que las viviendas de vecinos no estuvieran tan enfermas, y hay sociedades humanitarias en todo el mundo...*

—¿Sabías que Babel vende lingotes a traficantes de esclavos? Victoria interrumpió.

Letty parpadeó. '¿Qué?'

—Capitale —dijo Victoire. El latín capitale, derivado de caput, se convierte en el francés antiguo chatel, que en inglés se convierte en chattel. El ganado y la propiedad se convierten en riqueza. Lo escriben en los barrotes, lo conectan en cadena con la palabra ganado y luego fijan esos barrotes a cadenas de hierro para que los esclavos no puedan escapar. ¿Sabes cómo? Los vuelve dóciles. Como animales.'

'Pero eso es . . .' Letty parpadeaba ahora muy rápidamente, como si tratara de sacarse una mota de polvo del ojo. Pero, Victoire love, la trata de esclavos fue abolida en 1807.*

—¿Y crees que simplemente se detuvieron? Victoire hizo un ruido que era mitad risa, mitad sollozo. ¿No crees que vendemos barras a Estados Unidos? ¿Crees que los fabricantes británicos todavía no se benefician de grilletes y grilletes? ¿No crees que hay gente que todavía tiene esclavos en Inglaterra que simplemente se las arreglan para ocultarlo bien?

Pero los eruditos de Babel no...

—Ese es exactamente el tipo de cosas que hacen los eruditos de Babel —dijo Victoire con maldad—. 'Yo debería saber. Es el tipo de cosa en la que estaba trabajando nuestro supervisor. Cada vez que me reunía con Leblanc, cambiaba de tema a sus preciados bares. Dijo que pensaba que yo podría tener una percepción especial. Incluso me preguntó una vez si me los pondría. Dijo que quería asegurarse de que funcionaba con los negros.

¿Por qué no me lo dijiste?

—Letty, lo intenté. La voz de Victoria se quebró. Había tanto dolor en sus ojos. Y eso hizo que Robin se sintiera profundamente avergonzado, porque solo ahora vio el patrón cruel de su amistad. Robin siempre había tenido a Ramy. Pero al final del día, cuando se

separaron, Victoire solo tenía a Letty, quien profesaba amarla siempre, adorarla absolutamente, pero que no escuchaba nada de lo que decía si no se correspondía con la forma en que ya veía. el mundo.

¿Y dónde estaban él y Ramy? Mirando hacia otro lado, sin darse cuenta, esperando en secreto que las chicas simplemente dejaran de discutir y siguieran adelante. De vez en cuando, Ramy golpeaba a Letty, pero solo para su propia satisfacción. Ninguno de los dos se había detenido a pensar en lo profundamente sola que se había sentido Victoire durante todo este tiempo.

—No te importó —continuó Victoire—. 'Letty, ni siquiera te importa que nuestra casera no me deje usar el baño interior...'

'¿Qué? Eso es ridículo, me habría dado cuenta...

-No -dijo Victoria-. 'No lo hiciste. Nunca lo hiciste, Letty, y ese es el punto. Y ahora les pedimos que finalmente, por favor, escuchen lo que estamos tratando de decirles. Por favor, créenos.

Letty, pensó Robin, estaba a punto de romperse. Se estaba quedando sin argumentos. Tenía el aspecto de un perro acorralado en un rincón. Pero sus ojos se movían alrededor, buscando desesperadamente una vía de escape. Encontraría cualquier excusa endeble, aceptaría cualquier lógica alternativa enrevesada antes de abandonar sus ilusiones.

Lo sabía, porque no hacía mucho tiempo, él había hecho lo mismo.

—Así que hay una guerra —dijo después de una pausa—. Está absolutamente seguro de que va a haber una guerra.

Robin suspiró. —Sí, Letty.

Y es absolutamente obra de Babel.

Puedes leer las cartas tú mismo.

—¿Y qué… qué va a hacer la Hermes Society al respecto?

"No lo sabemos", dijo Robin. Pero son los únicos que pueden hacer algo al respecto. Les llevaremos estos documentos, les diremos todo lo que sabemos...

'¿Pero por qué?' Letty insistió. '¿Por qué involucrarlos? Deberíamos hacer esto nosotros mismos. Deberíamos hacer panfletos, deberíamos ir al Parlamento, hay mil opciones que tenemos además de pasar por algunos. . . alguna red secreta de ladrones. Este grado de colusión, de corrupción, si el público lo supiera, posiblemente no estarían de acuerdo, estoy seguro. Pero operar en la clandestinidad, robarle a la universidad, eso solo perjudica su causa, ¿no es así? ¿Por qué no puedes simplemente hacerlo público?

Se quedaron en silencio por un momento, todos ellos

preguntándose quién le diría a Letty primero.

Victoire se hizo cargo de la tarea. —Me pregunto —dijo muy despacio— si alguna vez ha leído alguna de las publicaciones sobre la abolición publicadas antes de que el Parlamento prohibiera finalmente la esclavitud.

Lety frunció el ceño. 'No veo cómo. . .'

"Los cuáqueros presentaron la primera petición contra la esclavitud al Parlamento en 1783", dijo Victoire. 'Equiano publicó sus memorias en 1789. Agregue eso a las innumerables historias de esclavos que los abolicionistas estaban contando al público británico: historias de las torturas más crueles y horribles que se pueden infligir a un ser humano. Porque el mero hecho de que a los negros se les negara la libertad no era suficiente. Necesitaban ver lo grotesco que era. E incluso entonces, les tomó décadas prohibir finalmente el comercio. Y eso es esclavitud. Comparado con eso, una guerra en Canton por los derechos comerciales parecerá nada. No es romántico. No hay novelistas que escriban sagas sobre los efectos de la adicción al opio en las familias chinas. Si el Parlamento vota para forzar la apertura de los puertos de Canton, parecerá que el libre comercio funciona como debería. Así que no me digan que el público británico,

—Pero esto es la guerra —dijo Letty. 'Seguramente eso es diferente, seguramente eso provocará indignación...'

'Lo que no entiendes', dijo Ramy, 'es cuánto disculpará la gente como tú si solo significa que pueden tomar té y café en sus mesas de desayuno. No les importa, Letty. Simplemente no les importa.

Letty estuvo en silencio durante mucho tiempo. Parecía lamentable, herida y frágil, como si acabara de ser informada de una muerte en la familia. Soltó un suspiro largo y tembloroso y miró a cada uno de ellos por turno. Ya veo por qué nunca me lo dijiste.

Oh, Letty. Victoire vaciló, luego alargó la mano y la puso en el hombro de Letty. No fue así.

Pero ella se detuvo allí. Estaba claro que Victoire no podía pensar en nada más tranquilizador que decir. No había nada más que decir, excepto la verdad, que por supuesto no habrían confiado en ella. Que a pesar de toda su historia, de todas sus declaraciones de amistad eterna, no tenían forma de saber de qué lado se pondría.

—Estamos decididos —dijo Victoire con suavidad, pero con firmeza—. Llevaremos esto a Hermes en cuanto lleguemos a Oxford. Y no tienes que ir con nosotros, no podemos obligarte a correr ese riesgo; sabemos que ya has sufrido mucho. Pero si no estás con

nosotros, te pedimos que al menos guardes nuestros secretos.

'¿Qué quieres decir?' Letty lloró. 'Por supuesto que estoy contigo. Sois mis amigos, estaré con vosotros hasta el final.'

Luego arrojó sus brazos alrededor de Victoire y comenzó a llorar tormentosamente. Victoire se puso rígida, luciendo desconcertada, pero después de un momento levantó los brazos y abrazó a Letty con cautela.

'Lo siento.' Letty sollozó entre sollozos. 'Lo siento, lo siento mucho . . .'

Ramy y Robin observaron, sin saber qué hacer con esto. En otra persona habría sido una actuación, incluso repugnante, pero con Letty, sabían que no era una farsa. Letty no podía llorar cuando se le ordenaba; ni siquiera podía fingir emociones básicas cuando se le ordenaba. Era demasiado rígida, demasiado transparente; sabían que ella era incapaz de actuar de otra manera que no fuera como se sentía. Así que se sintió catártico, verla derrumbarse así, sabiendo que por fin entendía cómo se sentían todos. Fue un alivio ver que en ella todavía tenían una aliada.

Aun así, algo no parecía estar bien, y Robin podía decir por los rostros de Victoire y Ramy que ellos también pensaban lo mismo. Le tomó un momento darse cuenta de qué era lo que le irritaba, y cuando lo hiciera, lo molestaría constantemente, de vez en cuando; parecería una gran paradoja, el hecho de que después de todo lo que le habían dicho a Letty, de todo el dolor que habían compartido, fuera ella quien necesitaba consuelo.

Capítulo Veintiuno

¡Oh torres de Oxford! ¡Cúpulas y torres!
¡Jardines y arboledas! tu presencia domina
La sobriedad de la razón

WILLIAM WORDSWORTH, 'Oxford, 30 de mayo de 1820'

Su regreso a Oxford a la mañana siguiente se convirtió rápidamente en una comedia de errores, muchos de los cuales podrían haberse evitado si no hubieran estado demasiado exhaustos, hambrientos o irritados entre sí para comunicarse. Sus carteras se estaban agotando, por lo que pasaron una hora discutiendo si era prudente tomar prestado el carruaje de la señora Clemens hasta la estación de Paddington hasta que se dieron por vencidos y pagaron el precio de los taxis. Pero los taxis en Hampstead eran difíciles de encontrar los domingos por la mañana, lo que significaba que no llegaban a la estación hasta diez minutos después de que partiera el tren de Oxford. El siguiente tren estaba completo y el siguiente se retrasó debido a una vaca que se había metido en las vías, lo que significaba que no llegarían a Oxford hasta pasada la medianoche.

Un día entero, perdido.

Pasaban las horas en Londres, migrando de café en café para no despertar sospechas, cada vez más nerviosos y paranoicos por las absurdas cantidades de café y dulces que compraban para justificar mantener sus mesas. De vez en cuando, uno de ellos sacaba a relucir al profesor Lovell, o a Hermes, solo para ser silenciado brutalmente por los demás; no sabían quién podía estar escuchando, y todo Londres se sintió lleno de espías hostiles. Se sentía mal por tener que callar, pero nadie tenía corazón para una conversación más ligera, por lo que ninguno de ellos hablaba entre sí cuando arrastraron sus baúles hasta el atestado tren tardío.

Pasaron el paseo en un silencio resentido. Estaban a diez minutos

de la estación de Oxford cuando Letty se sentó de repente y comenzó a hiperventilar.

'Oh Dios,' ella susurró. 'Oh Dios, oh Dios, oh Dios...'

Estaba atrayendo miradas. Letty agarró el hombro de Ramy para pedirle consuelo, pero Ramy, impaciente, tiró de su brazo para soltarlo. Letty, cállate.

Eso fue cruel, pero Robin simpatizaba. Letty también lo estaba desgastando; ella había pasado la mayor parte del día histérica, y él estaba harto de eso. Todos sus nervios estaban destrozados, pensó desagradablemente, y Letty debería levantar la barbilla y mantener la compostura como el resto de ellos.

Asombrada, Letty guardó silencio.

Por fin, su tren crujió en la estación de Oxford. Bostezando y temblando, arrastraron sus baúles sobre adoquines llenos de baches durante los veinte minutos que les tomó caminar de regreso a la universidad; las chicas irían primero a la portería para llamar un taxi, habían decidido; estaba demasiado oscuro para caminar tan lejos hacia el norte solo. Por fin, la austera cara de piedra del University College emergió de la oscuridad, y Robin sintió una punzada de nostalgia al ver este lugar mágico y contaminado que, a pesar de todo, todavía se sentía como en casa.

'¡Hola!' Era el portero jefe, Billings, balanceando una linterna ante él. Los miró de arriba abajo y, al reconocerlos, les dedicó una amplia sonrisa. —¿Has vuelto por fin de Oriente, verdad?

Robin se preguntó cómo se verían bajo la luz de la lámpara: aterrorizados, harapientos y sudorosos con la ropa de ayer. Su agotamiento debe haber sido obvio, porque la expresión de Billings cambió a una de lástima. Oh, pobres queridos. Se dio la vuelta y les indicó que lo siguieran. 'Ven conmigo.'

Quince minutos más tarde estaban sentados alrededor de una mesa en el pasillo, acurrucados con tazas de té negro fuerte mientras Billings se ocupaba de la cocina. Ellos protestaron que no querían sacarlo del camino, pero él insistió en cocinarles una fritura adecuada. Pronto salió con platos de huevos chisporroteantes, salchichas, papas y tostadas.

Y algo para levantar el ánimo. Billings colocó cuatro tazas frente a ellos. Sólo un poco de brandy y agua. No sois los primeros Babblers que veo de vuelta del extranjero. Eso siempre ha funcionado.

El olor a comida les recordó que estaban hambrientos. Cayeron sobre la colcha como lobos, masticando en un silencio frenético

mientras Billings los observaba divertido.

'Entonces', dijo, 'cuéntame sobre este emocionante viaje, ¿eh? Cantón y Mauricio, ¿verdad? ¿Te dieron de comer algo gracioso? ¿Ves alguna ceremonia local?

Se miraron el uno al otro, sin saber qué decir. Letty empezó a llorar.

'Oh, ven ahora.' Billings empujó la taza de brandy más cerca de ella. No puede haber sido tan malo.

Lety negó con la cabeza. Se mordió el labio, pero estalló un gemido. No era un simple resfriado, sino un llanto tormentoso de todo el cuerpo. Se tapó la cara con las manos y sollozó con ganas, los hombros temblando, las palabras incoherentes se filtraban entre sus dedos.

—Estaba nostálgica —dijo Victoire sin convicción—. Ella estaba, ah, bastante nostálgica.

Billings extendió la mano para palmear el hombro de Letty. 'Todo está bien, niño. Has vuelto a casa, estás a salvo.

Salió a despertar al conductor. Diez minutos más tarde, un taxi se detuvo en el vestíbulo y las chicas se fueron a sus alojamientos. Robin y Ramy arrastraron sus baúles hasta Magpie Lane y se despidieron. Robin sintió una ansiedad fugaz cuando Ramy desapareció por la puerta de su habitación; se había acostumbrado a la compañía de Ramy durante todas esas noches en el viaje y tenía miedo de estar solo por primera vez en semanas, sin otra voz. para suavizar la oscuridad.

Pero cuando cerró su propia puerta detrás de él, se sorprendió de lo normal que se sentía todo. Su escritorio, cama y estanterías estaban exactamente como las había dejado. Nada había cambiado en su ausencia. La traducción del Shanhaijing en la que había estado trabajando para el profesor Chakravarti todavía estaba sobre su escritorio, a medio terminar en medio de una oración. El explorador debe haber estado allí recientemente, porque no había ni una mota de polvo a la vista. Cuando se sentó en su colchón lleno de bultos y aspiró el familiar y reconfortante aroma de los libros viejos y el moho, Robin sintió que si se recostaba y cerraba los ojos, podría levantarse por la mañana e ir a clase como nunca antes. sucedió.

Se despertó al ver a Ramy cerniéndose sobre él. 'Dios bueno.' Se incorporó de golpe, respirando con dificultad. No hagas eso.

'Realmente deberías empezar a cerrar tu puerta'. Ramy le entregó una taza. Ahora que estamos... ya sabes. ¿Té?'

'Gracias.' Tomó la taza con ambas manos y bebió. Era su mezcla favorita de Assam, oscura, embriagadora y fuerte. Por solo un dichoso momento allí, la luz del sol entrando por la ventana y los pájaros cantando suavemente afuera, todo lo que había ocurrido en Canton parecía un sueño terrible antes de que la memoria fría y retorcida se hundiera. Suspiró. '¿Qué está pasando?'

'Las chicas están aquí,' dijo Ramy. 'Hora de levantarse.'

'¿Aquí?'

En mi sala de estar. Vamos.'

Robin se lavó la cara y se vistió. Al otro lado del pasillo, Victoire y Letty estaban sentadas en el sofá de Ramy mientras este pasaba el té, un saco de arpillera con bollos y una pequeña olla de crema cuajada. Supuse que nadie tenía ganas de ir al salón, así que eso es el desayuno.

—Estos son muy buenos —dijo Victoire, sorprendida—. 'Dónde-'

Bóvedas, justo antes de que se abrieran. Siempre tienen bollos de ayer por una fracción del precio. Ramy no tenía cuchillo, así que raspó su bollo directamente contra la crema. '¿Buen derecho?'

Robin se sentó frente a las chicas. '¿Cómo durmieron ustedes dos?'

—Todo bien, considerado —dijo Letty—. "Se siente extraño estar de vuelta".

Es demasiado cómodo coincidió Victoire. 'Parece que el mundo debería ser diferente ahora, pero es. . . no.'

Así se sentía Robin también. Parecía mal estar de vuelta en sus comodidades, sentarse en el sofá de Ramy y tomar su té favorito con bollos de su café favorito. Su situación no parecía acorde con lo que estaba en juego. Más bien, lo que estaba en juego parecía exigir que el mundo ardiera.

'Entonces escucha.' Ramy se sentó al lado de Robin. No podemos quedarnos esperando. Cada segundo que pasa es uno que no estamos en prisión, por lo que tenemos que usarlos. Tenemos que encontrar a Hermes. Birdie, ¿cómo contactas a Griffin?

-No puedo -dijo Robin-. 'Griffin fue muy firme al respecto. Él sabía cómo encontrarme, pero yo no tenía ninguna forma de llegar a él. Así es como siempre funcionó.

'Anthony era el mismo,' dijo Victoire. Aunque… nos mostró varios puntos de entrega, lugares donde le dejábamos cosas. Supongamos que fuéramos y dejáramos mensajes allí...

Sin embargo, ¿con qué frecuencia los revisa? preguntó Lety. '¿Va a comprobar si no está esperando nada?'

—No lo sé —dijo Victoire, frustrada. Pero es nuestra única opción.

—Creo que nos cuidarán —dijo Robin. "Después de lo que pasó esa noche nos atraparon, quiero decir, hay demasiados cabos sueltos, y ahora que estamos todos de regreso, supongo que querrán estar en contacto".

Podía decir por sus expresiones que esto no era un gran consuelo. Hermes era quisquilloso, impredecible. Hermes podría llamar a la puerta a la hora siguiente o permanecer en silencio durante seis meses.

'¿Cuánto tiempo tenemos, de todos modos?' Ramy preguntó después de una pausa. Quiero decir, ¿cuánto tiempo pasará antes de que se den cuenta de que el querido Richard no va a volver?

Ninguno de ellos podía saberlo con seguridad. El período no debía comenzar hasta dentro de una semana, momento en el que sería muy sospechoso que el profesor Lovell no hubiera regresado a enseñar. Pero supongamos que los otros profesores los hubieran esperado a todos de regreso antes.

'Bueno, ¿quién está en contacto regular con él?' preguntó Lety. 'Tendremos que contar algún tipo de historia a la facultad, por supuesto...'

—Y ahí está la señora Piper —dijo Robin—. Su ama de llaves en Jericó... se estará preguntando dónde está, también tengo que visitarla.

—Aquí tienes una idea —dijo Victoire. Podríamos ir a su oficina y revisar su correspondencia, ver si hay alguna cita a la que debía asistir, o incluso falsificar algunas respuestas si eso nos da un poco de tiempo.

—Para ser claros —dijo Letty—, ¿crees que deberíamos irrumpir en la oficina del hombre cuyo asesinato encubrimos y saquear sus cosas, esperando que nadie nos atrape?

—El momento de hacerlo sería ahora —señaló Victoire—. 'Aunque nadie sabe que lo hicimos.'

'¿Cómo sabes que no lo hacen ya?' La voz de Letty subió de tono. '¿Cómo sabes que no seremos encadenados en el momento en que entremos en la torre?'

—Santo Dios —murmuró Robin. De repente, parecía absurdo que estuvieran teniendo esta conversación, que incluso estuvieran en Oxford. '¿Por qué volvimos?'

—Deberíamos ir a Calcuta —declaró Ramy abruptamente—. 'Vamos, escapémonos a Liverpool, podemos reservar un pasaje desde

allí...'

La nariz de Letty se arrugó. '¿Por qué Calcuta?'

'Allí es seguro, tengo padres que pueden protegernos, hay espacio en el ático...'

"¡No voy a pasar el resto de mi vida escondiéndome en el ático de tus padres!"

'Solo sería temporal-'

Cálmense todos. Victoire levantaba tan raramente la voz que los silenciaba de inmediato. Es como… como una tarea, ¿entiendes? Sólo necesitamos un plan. Solo tenemos que dividir esto en partes, terminarlas y estaremos bien.' Ella levantó dos dedos. 'Ahora, parece que hay dos cosas que tenemos que hacer. Primera tarea: ponerse en contacto con la Sociedad Hermes. Tarea dos: acumular tanta información como podamos para que cuando lleguemos a Hermes, puedan hacer algo con ella.

—Olvidaste la tarea tres —dijo Letty. No te dejes atrapar.

'Bueno, no hace falta decirlo.'

'¿Qué tan expuestos estamos?' preguntó Rami. Quiero decir, si lo piensas bien, estamos aún más seguros aquí que en el barco. Los cuerpos no pueden hablar, y él no va a desaparecer en ningún lado. Me parece que si todos nos callamos, estamos bien, ¿no?

—Pero empezarán a hacer preguntas —dijo Letty. "Quiero decir, obviamente, en algún momento, alguien notará que el profesor Lovell no responde ninguna carta".

"Así que seguimos diciéndoles lo mismo", dijo Victoire. Está encerrado en su casa, está gravemente enfermo, por eso no contesta cartas ni recibe visitas, y nos dijo que volviéramos sin él. Esa es toda la historia. Mantenlo simple, no adornes los detalles. Si todos damos la misma cuenta, entonces nadie sospechará. Y si salimos nerviosos es porque estamos preocupados por nuestro querido profesor. ¿Sí?'

Nadie la desafió. Todos estaban pendientes de cada una de sus palabras. El mundo había dejado de girar fuera de control; lo único que importaba era lo que Victoire dijo a continuación.

Ella continuó. Sin embargo, lo que creo es que cuanto más nos sentamos, es decir, cuanto más cautelosamente nos comportamos, más sospechosos parecemos. No podemos escondernos y mantenernos fuera de la vista. Somos estudiantes de Babel. Estábamos ocupados. Estamos de cuarto año perdiendo la cabeza por todo el trabajo que nos han asignado. No tenemos que fingir que no estamos enojados, porque los estudiantes aquí siempre están enojados, pero tenemos que fingir

que estamos enojados por las razones correctas.'

De alguna manera, esto tenía completo y absoluto sentido.

Victoire señaló a Robin. Arregla el ama de llaves y luego ve a buscar la correspondencia del profesor Lovell. Ramy y yo iremos a los puntos de entrega de Anthony y dejaremos tantos mensajes encriptados como podamos. Letty, harás tu rutina diaria y darás la impresión de que todo está perfectamente bien. Si la gente te pregunta por Canton, empieza a difundir la historia de la enfermedad del profesor. Nos reuniremos todos aquí esta noche y esperamos por Dios que nada salga mal. Respiró hondo y miró a su alrededor, asintiendo como si tratara de convencerse a sí misma. 'Vamos a superar esto, ¿de acuerdo? No podemos perder la cabeza.

Pero esto, pensó Robin, era una conclusión inevitable.

Uno por uno se dispersaron de Magpie Lane. Robin había esperado que la Sra. Piper no estuviera en su casa en Jericho, que pudiera salirse con la suya simplemente dejando un mensaje en el buzón, pero apenas había tocado cuando ella abrió la puerta con una amplia sonrisa. —¡Robin, querido!

Ella lo abrazó fuerte. Olía a pan caliente. Los senos paranasales de Robin picaron, amenazando con lágrimas. Se separó y se frotó la nariz, tratando de hacerlo pasar por un estornudo.

Te ves delgada. Ella palmeó sus mejillas. ¿No te daban de comer en Cantón? ¿O había perdido el gusto por la comida china?

—Canton estaba bien —dijo débilmente—. Son los viajes en los que escasea la comida.

'Me avergüenzo de ellos. Todavía sois unos niños. Dio un paso atrás y miró a su alrededor. Entonces, ¿el profesor también ha vuelto?

'Él no regresará por un tiempo, en realidad.' La voz de Robin tembló. Se aclaró la garganta y volvió a intentarlo. Nunca antes le había mentido a la señora Piper, y se sintió mucho peor de lo que esperaba. —Él… bueno, cayó gravemente enfermo en el viaje de regreso.

'Mi palabra, ¿en serio?'

Y no se sentía con ánimos para el viaje de regreso a Oxford, y además le preocupaba transmitirlo, así que por ahora está en cuarentena en Hampstead.

'¿Todo por su cuenta?' La señora Piper pareció alarmada. 'Ese tonto, debería haber escrito. Debería bajar esta noche, Dios sabe que el hombre ni siquiera puede prepararse el té.

—Por favor, no lo hagas —soltó Robin. 'Erm, quiero decir, lo que tiene es muy contagioso. Se propaga por el aire en partículas cuando tose o habla. Ni siquiera podíamos estar en la misma cabina con él en el barco. Está tratando de ver a la menor cantidad de gente posible. Pero está siendo atendido. Hicimos venir a un médico para que lo examinara...

'¿Cuál? ¿Herrero? ¿Hastings?

Trató de recordar el nombre del médico que había venido a tratarlo cuando contrajo la gripe cuando era niño. —Eh... ¿Hastings?

—Bien —dijo la señora Piper—. Siempre pensé que Smith era un charlatán. Tuve esta terrible fiebre hace varios años, y él la diagnosticó como simple histeria. ¡Histerismo! Ni siquiera podía retener el caldo y pensó que me lo estaba inventando todo.

Robin tomó aire para tranquilizarse. Estoy seguro de que el doctor Hastings cuidará bien de él.

'Oh, claro, él estará aquí de vuelta exigiendo sus bollos sultanas para el fin de semana.' La señora Piper sonrió ampliamente. Era claramente falso; no llegó a sus ojos, pero parecía decidida a animarlo. 'Bueno, puedo cuidar de ti, al menos. ¿Puedo hacerte algo de comer?

'Oh, no,' dijo rápidamente. 'No puedo quedarme, hay - tengo que ir y decirle a los otros profesores. Todavía no lo saben, ya ves.

¿Ni siquiera te quedarás a tomar el té?

Él quería. Deseaba tanto sentarse a su mesa, escuchar sus incoherentes historias y sentir, solo por un momento fugaz, el cálido consuelo y la seguridad de su infancia. Pero sabía que no duraría ni cinco minutos, y mucho menos el tiempo que le llevaría verter, remojar y sorber una taza de Darjeeling. Si se quedaba, si entraba en esa casa, se derrumbaría por completo.

'¿Robin?' La señora Piper examinó su rostro, preocupada. 'Querido, te ves tan molesto.'

Es sólo que... Las lágrimas nublaron sus ojos; no pudo contenerlos. Su voz se quebró. 'Estoy tan asustado.'

'Oh querido.' Ella envolvió sus brazos alrededor de él. Robin le devolvió el abrazo, los hombros temblando con sollozos reprimidos. Por primera vez se dio cuenta de que tal vez nunca la volvería a ver; de hecho, no había escatimado un segundo en pensar en lo que podría pasarle cuando se supiera que el profesor Lovell había muerto.

'Señora Piper, me estaba preguntando. . .' Se desenredó y dio un paso atrás. Se sintió desdichado por la culpa. 'Es usted . . . tienes familia o algo? ¿Algún otro lugar al que ir?

Parecía confundida. '¿A qué te refieres?'

'Si el profesor Lovell no lo logra', dijo. "Solo me preguntaba, porque si él no sale adelante, entonces no tendrás..."

'Vaya. Querido niño.' Sus ojos se llenaron de lágrimas. No te preocupes por mí. Tengo una sobrina y un hermano en Edimburgo; allí no hay amor perdido, pero tendrán que acogerme si llamo a la puerta. Pero no llegará a eso. Richard ha contraído su parte de enfermedades extrañas antes. Regresará aquí para vuestras cenas mensuales en un abrir y cerrar de ojos, y os invitaré a ambos a un ganso asado entero cuando esté. Ella apretó sus hombros. 'Tú sólo concéntrate en tus estudios, ¿no? Haz un buen trabajo y no te preocupes por el resto.

Nunca más la volvería a ver. No importa cómo sucedieran las cosas, al menos esto parecía seguro. Robin fijó sus ojos en su suave sonrisa, tratando de memorizar este momento. Haré lo mejor que pueda, señora Piper. Adiós.'

Tuvo que recomponerse por un momento en la calle antes de poder reunir el valor para entrar en la torre.

Las oficinas de la facultad estaban en el séptimo piso. Robin esperó en el hueco de la escalera hasta que estuvo seguro de que el pasillo estaba vacío antes de salir corriendo y deslizar la llave del profesor Lovell en la cerradura. La correspondencia en la oficina era muy parecida a la que había encontrado en Hampstead: cartas a Jardine, Matheson, Gützlaff y otros sobre planes de guerra para la próxima invasión. Barajó algunos en una pila y los metió en su chaqueta. No tenía la menor idea de lo que Hermes podría hacer con ellos, pero alguna prueba, supuso, era mejor que ninguna.

Acababa de cerrar la puerta detrás de él cuando escuchó voces de la oficina del profesor Playfair. El primero pertenecía a una mujer, exigente y ruidosa. Se ha saltado tres pagos consecutivos y no me he puesto en contacto con él en meses...

"Richard es un hombre muy ocupado", dijo el profesor Playfair. 'Y todavía está en el extranjero en el viaje anual de cuarto año, que estoy seguro de que te dijo...'

—No lo hizo —dijo la mujer—. 'Sabes que es terrible para esas cosas, nunca sabemos a dónde va. No escribe, ni siquiera telegrafía, no envía nada para los niños. Ya sabes, están empezando a olvidar que tienen un padre.

Con el corazón acelerado, Robin se arrastró hasta la esquina del

pasillo, permaneciendo al alcance del oído. La escalera estaba a sólo unos metros detrás de él. Si la puerta se abría, podría huir al sexto piso antes de que alguien lo viera.

—Eso debe ser, ah, muy difícil —dijo el profesor Playfair con torpeza—. Aunque debo decir que este no es un tema sobre el que Richard y yo conversemos con frecuencia. Será mejor que lo abordes directamente con él...

¿Cuándo se espera que regrese?

'La próxima semana. Aunque ha habido algunos problemas en Canton, según he oído, puede que sea unos días antes. Pero realmente no lo sé, señora Lovell. Le enviaré un mensaje cuando sepamos algo, pero por ahora sabemos tan poco como usted.

La puerta se abrió. Robin se tensó para huir, pero la morbosa curiosidad lo mantuvo inmovilizado. Se asomó por la esquina. Quería ver, saber con certeza.

Una mujer alta y delgada con cabello con mechas grises salió al pasillo. Con ella estaban dos niños pequeños. La mayor, una niña, aparentaba unos diez años y claramente había estado llorando, aunque ocultó sus sollozos en un puño mientras apretaba la mano de su madre con el otro. El niño más pequeño, un niño, era mucho más pequeño, quizás solo cinco o seis años. Salió tambaleándose al pasillo mientras la señora Lovell se despedía del profesor Playfair.

El aliento de Robin quedó atrapado en su garganta. Se encontró a sí mismo inclinándose más hacia el pasillo, incapaz de apartar la mirada. El chico se parecía tanto a sí mismo, como a Griffin. Sus ojos eran del mismo marrón claro, su cabello igualmente oscuro, aunque se rizaba más que cualquiera de ellos.

El chico lo miró a los ojos. Luego, para horror de Robin, abrió la boca y pronunció en voz alta y clara: "Papá".

Robin dio media vuelta y huyó.

'¿Qué fue eso?' La voz de la señora Lovell llegó hasta la escalera. - Dick, ¿qué dijiste?

El hijo del profesor Lovell balbuceó algo en respuesta, pero Robin estaba bajando las escaleras demasiado rápido para escuchar.

—Maldita sea —dijo Ramy. No sabía que el profesor Lovell tuviera familia.

—¡Te dije que tenía una propiedad en Yorkshire!

—Pensé que te lo estabas inventando —dijo Ramy. 'Nunca lo he visto tomar unas vacaciones una vez. Simplemente no es... no es un

hombre de familia. ¿Cómo se quedó en casa el tiempo suficiente para concebir?

"El problema es que existen y están preocupados", dijo Robin. Aparentemente ha estado faltando pagos a su patrimonio. Y ahora Playfair sabe que algo anda mal.

'¿Y si les pagamos?' preguntó Victoria. Me refiero a que falsificamos su letra y enviamos el dinero nosotros mismos. ¿Cuánto cuesta mantener una casa durante un mes?

'¿Si son solo ellos tres?' Letty pensó por un momento. Sólo unas diez libras.

Victoire palideció. Ramy suspiró y se frotó las sienes. Robin alargó la mano para servirse una copa de brandy.

El estado de ánimo esa noche era decididamente sombrío. Aparte de la pila de cartas que Robin había encontrado en la oficina del profesor Lovell, el día no había arrojado nada. La Sociedad Hermes había permanecido en silencio. La ventana de Robin estaba vacía. Victoire y Ramy habían estado en cada uno de los antiguos puntos de descenso de Anthony: un ladrillo suelto detrás de la catedral de Christ Church, un banco oculto en el Jardín Botánico, un bote volcado y rara vez usado en la orilla del Cherwell, pero ninguno mostró signos de visita reciente. . Incluso caminaron de un lado a otro frente a Twisted Root durante casi una hora, con la esperanza de que Griffin pudiera verlos al acecho, pero solo lograron atraer miradas de los clientes.

Al menos no había ocurrido nada desastroso, ni averías, ni encuentros siniestros con la policía de Oxford. Letty había vuelto a hiperventilarse en el Buttery durante el almuerzo, o eso oyó Robin, pero Victoire le dio una palmada en la espalda y fingió que simplemente se había atragantado con una uva. (Letty, pensó Robin sin amabilidad, no estaba ayudando al caso feminista general de que las mujeres no eran histéricas nerviosas y tontas).

Estaban a salvo, tal vez, por ahora. Sin embargo, no pudieron evitar sentirse como patos sentados. El tiempo se les acababa; demasiadas personas comenzaban a sospechar y su suerte no se mantendría para siempre. Pero, ¿dónde más podrían ir? Si huían, entonces la Sociedad Hermes no tenía forma de encontrarlos. Estaban atrapados por obligación.

—Oh, diablos —dijo Ramy. Estaba revisando las pilas de correspondencia que había recuperado de sus pidges, separando los panfletos sin sentido de todo lo importante. 'Me olvidé.'

'¿Qué?' preguntó Lety.

La fiesta de la facultad. Ramy agitó una gruesa tarjeta de invitación de color crema hacia ellos. 'La maldita fiesta de la facultad, es este viernes.'

'Bueno, por supuesto que no vamos', dijo Robin.

"No podemos no ir", dijo Ramy. Es la fiesta de la facultad.

Todos los años, justo antes del comienzo de Hilary, el Royal Institute of Translation organiza una fiesta en el jardín en los terrenos del University College para profesores, estudiantes y becarios graduados. Ya habían estado en tres. Fueron eventos largos y anodinos; como en todas las funciones de Oxford, la comida era apenas pasable y los discursos eran largos. Lo que Robin no podía entender era por qué Ramy le estaba dando tanta importancia.

'¿Así que lo que?' preguntó Victoria.

'Así que todo el mundo va,' dijo Ramy. 'Es obligatorio. Todos saben que ya hemos regresado: nos encontramos con el profesor Craft afuera de Rad Cam esta mañana, y muchas personas vieron a Letty en Buttery. Tenemos que mantener las apariencias.

Robin no podía imaginar nada más horrible que comer entremeses en compañía de profesores de Babel.

'¿Estás loco?' exigió Victoria. 'Esas cosas son interminables; nunca lo lograremos.

'Es sólo una fiesta', dijo Ramy.

'¿Tres cursos? ¿Vino? ¿Discursos? Letty apenas puede mantener la compostura tal como está, ¿y quieres plantarla en Craft and Playfair y esperar que hable sobre lo bien que lo pasó en Canton durante más de tres horas?

—Estaré bien —dijo Letty débilmente, sin convencer a nadie—.

Comenzarán a hacer preguntas si no estamos allí...

—¿Y no harán preguntas cuando Letty vomite sobre el centro de mesa?

"Ella puede fingir que tiene una intoxicación alimentaria", dijo Ramy. Podemos fingir que ha estado enferma desde esta mañana, lo que explica por qué está pálida y sudorosa, y por qué tuvo un ataque en la manteca. Pero, ¿puedes realmente argumentar que eso es más sospechoso que los cuatro no nos presentemos?

Robin miró a Victoire, esperando que tuviera un contraargumento. Pero ella lo miraba a él, esperando lo mismo.

—La fiesta gana tiempo —dijo Ramy con firmeza. Si logramos no parecer unos completos lunáticos, nos compramos un día. O dos. Eso es. Más tiempo. Ese es el único factor que importa.

El viernes resultó ser un día inusualmente caluroso. Comenzó con un frío matutino típico de enero, pero a media tarde el sol había atravesado la capa de nubes y brillaba con toda su fuerza. Todos habían sobreestimado el frío cuando se vestían, pero una vez en el patio no podían quitarse fácilmente las camisetas de lana, lo que significaba que no tenían más remedio que sudar.

La fiesta en el jardín de ese año fue la más extravagante que jamás había organizado Babel. La facultad estaba nadando en moneda después de una visita del archiduque ruso Alejandro a la universidad el mayo anterior; el archiduque, que había quedado tan impresionado por el ingenio y la habilidad de sus intérpretes espontáneos en la recepción, le había hecho a Babel un regalo de mil libras para una financiación discrecional. Los profesores habían hecho un uso pródigo, aunque irreflexivo, de eso. Un cuarteto de cuerdas tocaba vigorosamente en medio del cuadrilátero, aunque todos se apartaron de ellos porque el ruido hacía imposible la conversación. Media docena de pavos reales, supuestamente importados del zoológico de Londres, deambulaban por el parque, acosando a cualquiera que estuviera vestido con colores brillantes. Tres largas mesas tipo carpa de comida y bebida ocupaban el centro del green. Las ofrendas incluían sándwiches pequeños, pasteles pequeños,

Los eruditos de Babel se arremolinaban alrededor sosteniendo copas de vino que se calentaban rápidamente, entablando una conversación tibia y mezquina. Como todas las facultades de Oxford, el Instituto de Traducción estaba plagado de rivalidades internas y celos por la financiación y los nombramientos, un problema exacerbado por el hecho de que cada especialista regional pensaba que su idioma era más rico, más poético, más literario y más fértil para la plata. trabajando que otros. Los prejuicios departamentales de Babel eran tan arbitrarios como confusos. Los románticos disfrutaron de la mayor parte del prestigio literario,*aunque el árabe y el chino eran muy apreciados principalmente en virtud de lo extraños y diferentes que eran, mientras que los idiomas más cercanos como el gaélico y el galés casi no tenían ningún respeto. Esto hizo que las conversaciones triviales fueran muy peligrosas; era muy fácil ofender si uno mostraba demasiado o demasiado poco entusiasmo por la propia investigación. Caminando en medio de todo estaba el Reverendo Doctor Frederick Charles Plumptre, Maestro del Colegio, y se entendió en algún momento que cada uno de ellos tendría que darle la mano, fingir que creían que los recordaba cuando era obvio que los

recordaba. no tenía idea de cuáles eran sus nombres, y soportó una conversación dolorosamente banal sobre de dónde eran y qué estudiaron antes de dejarlos ir.

Todo esto durante tres horas insoportables, pues nadie podía irse antes de que terminara el banquete. Se hicieron los planos de asientos; se notarían sus ausencias. Tenían que quedarse hasta que se pusiera el sol, hasta que se hubieran dado todos los brindis, y hasta que todos los eruditos presentes se cansaran de pretender disfrutar socializando toda la vida.

Esto es un desastre, pensó Robin, mirando a su alrededor. Hubiera sido mejor que no se presentaran. Ninguno de ellos tenía su ingenio sobre ellos. Observó a un estudiante de posgrado hacerle una pregunta a Victoire tres veces antes de que ella finalmente notara su presencia. Letty estaba de pie en la esquina, bebiendo vaso tras vaso de agua fría mientras el sudor le caía por la frente. A Ramy le estaba yendo mejor, manteniendo la corte con un grupo de estudiantes de primer año que le hacían preguntas sobre su viaje, pero cuando Robin pasó junto a él, escuchó a Ramy estallar en una carcajada tan abrupta e histérica que casi se estremeció de miedo. .

Robin se sintió mareado mientras miraba el césped abarrotado. Esto era una locura, pensó, una locura pura estar allí de pie entre la facultad, sosteniendo una copa de vino, ocultando la verdad de que había matado a uno de ellos. Deambuló hacia las mesas del buffet y llenó un plato pequeño con aperitivos, solo para tener algo que hacer, pero la idea de llevarse a la boca alguna de las tartas que se echaban a perder rápidamente le daba náuseas.

'¿Sentirse bien?'

Saltó y se volvió. Eran los profesores De Vreese y Playfair. Estaban de pie a cada lado de él como guardias de prisión. Robin parpadeó rápidamente, tratando de acomodar sus rasgos en algo así como una sonrisa neutral. 'Profesores. Señores.

Estás sudando a mares. El profesor Playfair escudriñó su rostro, luciendo preocupado. Y tienes enormes sombras bajo los ojos, Swift. ¿Has estado durmiendo?

—Lapso de tiempo —soltó Robin. No lo hicimos… ejem, no ajustamos nuestros horarios de sueño en el viaje de regreso tan bien como deberíamos. Y además estamos agotados con, erm, con la lectura prematura.'

Para su asombro, el profesor Playfair asintió con simpatía. 'Ah bueno. Tú sabes qué dicen ellos. Estudiante de studere, que significa

“aplicación minuciosa y dedicada”. Si no te sientes como un clavo golpeado constantemente por un martillo, lo estás haciendo mal.

—Efectivamente —dijo Robin—. Su estrategia, había decidido, era parecer tan aburrido que perdieran interés y se alejaran.

'¿Tuviste un buen viaje?' preguntó el profesor De Vreese.

Fue... Robin se aclaró la garganta. Creemos que fue más de lo que esperábamos. Todos estamos muy contentos de estar de vuelta.

¿No lo sé? Esos asuntos en el extranjero pueden ser agotadores. El profesor Playfair asintió al plato en la mano de Robin. 'Ah, veo que has encontrado mis inventos. Anda, come un bocado.

Robin, sintiéndose presionado, mordió una tarta.

'Bueno, ¿no?' El profesor Playfair lo observó mientras masticaba. —Sí, está realzado con plata. Una pequeña pareja de fantasía que se me ocurrió durante unas vacaciones en Roma. Verá, Pomodoro es una descripción bastante fantasiosa para un tomate, literalmente significa "manzana de oro". Ahora agregue el intermediario francés, pomme d'amour, y obtendrá una riqueza que el inglés no tiene. . .'

Robin masticó, tratando de parecer agradecido. Todo lo que pudo registrar fue lo viscoso que era; cómo los jugos salados que brotaban de su boca le hacían pensar en sangre y cadáveres.

—Tiene pretoogjes —observó el profesor De Vreese—.

'¿Lo siento?'

Pretoogjes. El profesor De Vreese señaló su rostro. Ojos divertidos. Una palabra holandesa. Ojos centelleantes, ojos cambiantes. Lo usamos para describir a los niños que no traman nada bueno.

Robin no tenía la menor idea de lo que se suponía que debía decir en respuesta a esto. 'YO . . . que interesante.'

—Creo que iré a saludar al Maestro ahora —dijo el profesor De Vreese como si Robin no hubiera hablado. 'Bienvenido de nuevo, Swift. Disfruta la fiesta.'

'Asi que.' El profesor Playfair le entregó a Robin una copa de clarete. ¿Tienes alguna idea de cuándo vuelve el profesor Lovell de Londres?

'No sé.' Robin tomó un sorbo, haciendo todo lo posible por recomponerse antes de responder. Probablemente hayas oído que está escondido con algo que contrajo en Cantón. Parecía en mal estado cuando lo dejamos, no estoy seguro de si volverá por el trimestre.

"Interesante", dijo el profesor Playfair. Es una suerte que no se contagie a ninguno de vosotros.

Oh, bueno, tomamos precauciones cuando empezó a sentirse mal.

Cuarentena, toallitas faciales, todo eso, ya sabes.

Vamos, señor Swift. La voz del profesor Playfair se volvió severa. Sé que no está enfermo. He enviado tres mensajeros a Londres desde que habéis regresado, y todos han informado de que la casa de Hampstead está vacía en este momento.

'¿Realmente?' Los oídos de Robin comenzaron a zumbar. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? ¿Tenía algún sentido tratar de mantener la mentira? ¿Debería simplemente cortar y correr? 'Qué extraño, eso es - No sé por qué lo haría. . .'

El profesor Playfair dio un paso más cerca e inclinó la cabeza hacia la oreja de Robin con complicidad. —Sabes —susurró—, a nuestros amigos de Hermes les gustaría mucho saber dónde está.

Robin casi escupió su clarete. Su garganta atrapó el vino antes de que hiciera un desastre, pero luego lo tragó por el canal equivocado. El profesor Playfair permaneció tranquilo mientras se ahogaba y jadeaba, derramando tanto su plato como su vaso en el proceso.

—¿Todo bien, Swift?

Los ojos de Robin se humedecieron. 'Lo que hice-'

—Estoy con Hermes —murmuró amablemente el profesor Playfair, con los ojos fijos en el cuarteto de cuerda—. 'Sea lo que sea lo que estés escondiendo, estás seguro diciéndomelo.'

Robin no tenía idea de qué hacer con esto. Ciertamente no sintió alivio. No confíes en nadie: Griffin casi había grabado esta lección en sus huesos. El profesor Playfair podría estar mintiendo fácilmente, y este también sería el truco más simple, si su objetivo fuera persuadir a Robin para que revelara todo lo que sabía. O el profesor Playfair podría ser el aliado, el salvador que habían estado esperando. Sintió una punzada de frustración residual. Ojalá Griffin le hubiera dicho algo más, si Griffin no hubiera estado tan feliz de dejarlo en la oscuridad, aislado de los demás y tan completamente indefenso.

No tenía información útil para actuar, solo un instinto visceral de que algo andaba mal. "Gracias a Dios", dijo, reflejando el murmullo encubierto del profesor Playfair. —¿Así que conoces el complot de Griffin en Cantón?

'Por supuesto,' dijo el profesor Playfair, un poco demasiado ansioso. '¿Funcionó?'

Robin hizo una pausa. Tenía que interpretar esta siguiente parte con mucho cuidado. Tuvo que esforzarse lo suficiente para mantener al profesor Playfair en línea, curioso pero no del todo listo para saltar. Y necesitaba tiempo, al menos el tiempo suficiente para reunir a los

demás y huir.

El profesor Playfair pasó su brazo por los hombros de Robin, atrayéndolo más cerca. ¿Por qué no vamos tú y yo a charlar?

'Aquí no.' Los ojos de Robin recorrieron el patio. Letty y Victoire lo miraban por encima del hombro. Parpadeó con fuerza, miró intencionadamente a la salida principal y luego a ellos. 'No frente a la facultad, nunca se sabe quién está escuchando.'

'Por supuesto,' dijo el profesor Playfair.

'Los túneles', dijo Robin, antes de que el profesor Playfair pudiera sugerir que abandonaran la fiesta en ese momento. Me reuniré con Griffin y los demás esta noche en los túneles de Taylorian a medianoche, ¿por qué no vienes? Tengo . . . Tengo todos esos documentos que estaban esperando.

Funcionó. El profesor Playfair soltó los hombros de Robin y se alejó.

'Muy bien.' Sus ojos brillaban con alegría; parecía estar a un paso de frotarse las manos como un villano en un escenario. Buen trabajo, Swift.

Robin asintió y apenas logró mantener la cara seria hasta que el profesor Playfair pasó a charlar con el profesor Chakravarti al otro lado del green.

Entonces tomó todo lo que tenía para no echar a correr. Escaneó el patio en busca de Ramy, que estaba atrapado en una conversación con el reverendo doctor Plumptre. Robin parpadeó frenéticamente hacia él. Inmediatamente, Ramy derramó su copa de vino sobre su propio frente, exclamó en voz alta consternado, se disculpó y atravesó el jardín en línea recta hacia Robin.

'Playfair lo sabe', le dijo Robin.

'¿Qué?' Ramy miró a su alrededor. 'Está seguro-'

'Tenemos que irnos.' Para su alivio, Robin vio que Victoire y Letty ya se dirigían hacia la puerta principal. Quería seguirlo, pero demasiados profesores se interponían entre ellos; él y Ramy tendrían que salir por la parte de atrás, por las cocinas. 'Vamos.'

'Cómo-'

'Más tarde.' Robin se arriesgó a echar un vistazo por encima del hombro justo antes de que salieran del jardín. Se le revolvió el estómago: Playfair le estaba diciendo algo al profesor De Vreese, con las cabezas muy juntas. De Vreese levantó la vista y miró directamente a los ojos de Robin. Robin apartó la mirada. 'Solo - vamos.'

Victoire y Letty corrieron hacia ellos en el momento en que

salieron.

'¿Qué ha pasado?' Letty respiró. 'Por qué-'

—Aquí no —dijo Robin. 'Caminar.'

Marcharon a paso apresurado por Kybald Street y luego giraron a la derecha en Magpie Lane.

'Playfair está sobre nosotros,' dijo Robin. 'Hemos terminado.'

'¿Cómo lo sabes?' preguntó Lety. '¿Que dijo el? ¿Le dijiste?'

—Por supuesto que no —dijo Robin. Pero fingió que estaba con Hermes, trató de que le confesara todo...

¿Cómo sabes que no lo es?

—Porque mentí —dijo Robin. Y cayó en la trampa. No tiene ni idea de lo que hace Hermes, estaba buscando información.

'Entonces, ¿qué estamos haciendo?' preguntó Victoire de repente. 'Dios mío, ¿adónde vamos?'

Robin se dio cuenta de que habían estado caminando sin propósito. Ahora se dirigían a High Street, pero ¿qué harían allí? Si el profesor Playfair llamara a la policía, serían localizados en segundos. No podían volver al Número 4; estarían atrapados. Pero no tenían dinero en sus personas y no tenían medios para pagar el pasaje a ningún otro lugar.

'Ahí tienes.'

Todos retrocedieron asustados.

Anthony Ribben salió a la carretera principal y los miró, contándolos con un dedo como si fueran patitos. ¿Estáis todos aquí? Excelente. Ven conmigo.'

Capítulo Veintidós

Este grupo es notable, aunque se ha desvanecido en las profundidades invisibles que están detrás de nosotros.

VICTOR HUGO, Los Miserables, trad. Frédéric Charles Lascelles Wraxall

S

u sorpresa fue fugaz. Anthony echó a correr y lo siguieron sin dudar. Pero en lugar de doblar por Magpie Lane hasta Merton Street, desde donde podrían escapar hacia el prado de Christ Church, los llevó de regreso a Kybald hacia la universidad.

'¿Qué estás haciendo?' Ramy jadeó. 'Ahí es donde todos...'

—Date prisa —siseó Anthony.

Obedecieron. Fue maravilloso tener a alguien que les dijera qué hacer. Anthony los condujo a través de las puertas detrás de la cocina, más allá de la Biblioteca Vieja y directamente al pasillo. Al otro lado del muro, la fiesta en el jardín continuaba con toda su fuerza; podían escuchar instrumentos de cuerda y voces a través de la piedra.

Aquí dentro. Anthony les indicó que pasaran a la capilla.

Se precipitaron y cerraron las pesadas puertas de madera detrás de ellos. Fuera del horario de servicio, la capilla se sentía extraña: sobrenatural, silenciosa. El aire en el interior estaba represivamente quieto. Aparte de sus jadeos, el único movimiento eran las motas de polvo que flotaban en los prismas de luz que entraban por las ventanas.

Anthony se detuvo ante el friso conmemorativo de Sir William Jones.

—¿Qué estás...? —empezó a decir Letty.

'Cállate.' Anthony extendió la mano hacia el epigrama, que decía: Formó un resumen de las leyes hindúes y mahometanas. Tocó una sucesión de letras, que se hundieron ligeramente en la piedra cuando se empujaron. G, O, R.

Ramy se rió. Anthony tocó una letra final en la inscripción latina mucho más larga sobre el friso, una celebración laberíntica de la vida y los logros de William Jones. B.

Gorasahib.[*]

Hubo un ruido de raspado, luego una ráfaga de aire frío. El friso saltó varios centímetros de la pared. Anthony metió los dedos en la grieta del borde inferior y deslizó el panel hacia arriba para revelar un agujero negro como boca de lobo en la pared. 'Entra.'

Uno por uno, se ayudaron unos a otros adentro. El túnel resultó ser mucho más ancho de lo que parecía desde el exterior. Solo tuvieron que arrastrarse sobre sus manos y rodillas durante varios segundos antes de que el pozo desembocara en un corredor más grande. Robin podía sentir la tierra húmeda rozando la parte superior de su cabeza cuando se puso de pie, aunque Ramy exclamó cuando su cabeza golpeó contra el techo.

—Silencio —gruñó Anthony de nuevo mientras cerraba la puerta detrás de ellos—. Las paredes son finas.

El friso volvió a colocarse en su lugar con un ruido sordo. La luz del pasillo desapareció. Avanzaron a tientas, maldiciendo mientras tropezaban unos contra otros.

'Oh, lo siento.' Anthony encendió una cerilla y una llama se materializó en su palma. Ahora podían ver que varios metros más adentro, el hueco estrecho se expandía hacia afuera en algo más parecido a un pasillo. 'Aquí vamos. Sigue adelante, hay un largo camino por delante.

—¿Dónde...? —empezó a decir Letty, pero Anthony negó con la cabeza, se llevó un dedo a los labios y señaló las paredes.

El túnel se ensanchaba más y más a medida que caminaban. El ramal que conducía a la capilla de la Universidad aparentemente era una nueva adición, ya que el pasaje por donde caminaban ahora parecía mucho más grande y antiguo. El barro seco dio paso a paredes de ladrillo y, en varios puntos, Robin vio apliques en las esquinas superiores. La oscuridad debería haber sido claustrofóbica, pero de hecho se sentía reconfortante. Tragados en el vientre de la tierra, verdaderamente ocultos a la vista por primera vez desde su viaje de regreso, todos descubrieron que finalmente podían respirar.

Después de varios minutos de silencio, Ramy preguntó: '¿Cuánto tiempo ha estado ahí?'

—Solo unas pocas décadas, en realidad —dijo Anthony—. Los túneles han estado aquí desde siempre, no son un proyecto de Hermes, solo los aprovechamos, pero esa entrada es nueva. Lady Jones hizo instalar el friso no hace muchos años, pero lo hicimos rápido antes de que terminaran los trabajos de construcción. No te preocupes, nadie más lo sabe. ¿Todos están bien?

"Estamos bien", dijo Robin. Pero, Anthony, hay algo que tienes que...

—Me imagino que hay muchas cosas que tienes que decirme —dijo Anthony. ¿Por qué no empezamos con lo que has hecho con el profesor Lovell? ¿Está muerto? La facultad parece pensar que sí.

—Robin lo mató —dijo Ramy alegremente.

Anthony se volvió para mirar a Robin por encima del hombro. '¿En serio?'

"Fue un accidente", insistió Robin. Estábamos discutiendo y él... no sé, yo de repente. . . Quiero decir, usé este par de coincidencias, solo que no supe que lo estaba haciendo hasta que terminó...

"Lo que es más importante es la guerra contra China", dijo Victoire. Hemos estado tratando de encontrarte para decírtelo. Están planeando una invasión...

—Lo sabemos —dijo Anthony—.

'¿Tú haces?' preguntó Robin.

'Griffin ha tenido miedo de esto por un tiempo. Hemos estado vigilando a Jardine y Matheson, siguiendo los desarrollos en las Fábricas. Aunque nunca se había puesto tan mal antes. Hasta ahora todo era ruido. Pero realmente irán a la guerra, ¿crees?

Tengo papeles... Robin se llevó la mano al bolsillo del pecho como si todavía estuvieran guardados dentro de su chaqueta, y luego maldijo. 'Maldita sea, están todos en mi habitación-'

'¿Qué dicen ellos?'

Son cartas, correspondencia entre Lovell y Jardine y Matheson, ambos, y Palmerston, y Gützlaff, todos ellos, oh, pero los dejé en Magpie Lane...

'¿Qué dicen ellos?'

'Son planes de guerra,' dijo Robin, nervioso. Son planes que han tardado meses, años en hacerse...

¿Son pruebas de colusión directa? presionó Antonio.

'Sí, indican que las negociaciones nunca fueron de buena fe, que la última ronda fue solo un pretexto...'

-Bien -dijo Anthony-. 'Eso es muy bueno. Podemos trabajar con eso. Enviaremos a alguien para que los recupere. Estás en la antigua habitación de Griffin, ¿correcto? ¿Número siete?'

Yo... sí.

'Muy bien. Lo arreglaré. Mientras tanto, sugiero que todos se calmen. Hizo una pausa, se dio la vuelta y les dedicó una cálida sonrisa. Después de la semana que acababan de tener, la vista del

rostro de Anthony a la suave luz de las velas hizo que Robin quisiera llorar de alivio. Ahora estás en buenas manos. Estoy de acuerdo en que es bastante terrible, pero no podemos resolver nada en este túnel. Lo has hecho muy bien, e imagino que estás bastante asustado, pero ya puedes relajarte. Los adultos están aquí.

El pasaje subterráneo resultó ser bastante largo. Robin perdió la cuenta de cuánto caminaron; tenía que ser casi una milla. Se preguntó qué tan vasta sería la red; de vez en cuando pasaban por una grieta en el túnel o por una puerta incrustada en la pared, lo que sugería más entradas ocultas a través de la universidad, pero Anthony los guio sin hacer comentarios. Robin supuso que estos eran algunos de los muchos secretos de Hermes.

Por fin, el pasaje se estrechó de nuevo hasta que solo hubo espacio para caminar en fila india. Anthony tomó la delantera, sosteniendo la vela por encima de su cabeza como un faro. Letty lo siguió justo detrás de él.

'¿Por qué tú?' preguntó en voz baja. Robin no supo si pretendía ser discreta, pero el túnel era tan estrecho que su voz llegó hasta el final de la fila.

¿Qué quieres decir? murmuró Antonio.

—Te encantó Babel —dijo Letty. Recuerdo que nos diste nuestro recorrido de orientación. Lo adorabas allí, y ellos te adoraban a ti.

—Eso es cierto —dijo Anthony—. Babel me trató mejor que nadie.

'Entonces por qué-'

"Ella piensa que se trata de la felicidad personal", intervino Ramy. 'Pero Letty, te lo hemos dicho, no importa lo felices que fuéramos personalmente, se trata de la injusticia más amplia...'

'Eso no es lo que quise decir, Ramy, yo solo-'

—Déjame tratar de explicarte —dijo Anthony suavemente. 'En vísperas de la abolición en todas las colonias, mi amo decidió que quería hacer las maletas y regresar a América. No sería libre allí, ya ves. Él podría mantenerme en su casa y llamarme suya. Este hombre se había etiquetado a sí mismo como abolicionista. Había criticado el comercio general durante años; simplemente parecía pensar que nuestra relación era especial. Pero cuando las propuestas que había apoyado públicamente se convirtieron en ley, decidió que realmente no podía soportar el sacrificio de perderme. Así que huí y busqué refugio en Oxford. La universidad me acogió y me ocultó hasta que me declararon legalmente un hombre libre, no porque les importara

mucho la abolición, sino porque los profesores de Babel sabían lo que valía. Y sabían que si me enviaban de vuelta a Estados Unidos, me perderían en Harvard o Princeton.

Robin no podía ver el rostro de Letty en la oscuridad, pero podía escuchar su respiración cada vez más superficial. Se preguntó si ella estaba a punto de llorar de nuevo.

—No hay amos bondadosos, Letty —continuó Anthony—. No importa lo indulgentes, lo amables, lo dedicados que parezcan a tu educación. Los maestros son maestros al final.

—Pero en realidad no crees eso sobre Babel —susurró Letty. '¿Tú? Simplemente no es lo mismo, no te estaban esclavizando, quiero decir, Cristo, tenías un compañerismo...

—¿Sabes lo que le dijo el amo a Equiano cuando lo manumitieron? Anthony preguntó suavemente. Le dijo que en poco tiempo tendría sus propios esclavos.

Por fin, el túnel terminaba en un conjunto de escalones cubiertos con una tabla de madera, la luz del sol entraba a raudales a través de los listones. Anthony pegó las orejas a los listones, esperó un momento, luego abrió el tablero y empujó. 'Vamos arriba.'

Salieron a un patio soleado frente a un viejo edificio de ladrillo de un piso medio escondido detrás de una masa de arbustos crecidos. No podían haberse desviado demasiado del centro de la ciudad, solo estaban a dos millas como máximo, pero Robin nunca había visto este edificio antes. Sus puertas parecían herrumbradas y sus paredes estaban casi tragadas por la hiedra, como si alguien hubiera construido este lugar y luego lo hubiera abandonado hace décadas.

'Bienvenidos a la Biblioteca Vieja.' Anthony los ayudó a salir del túnel. La universidad de Durham construyó este lugar en el siglo catorce como una sala adicional para libros antiguos, luego se olvidó de él cuando consiguieron fondos para construir una nueva biblioteca más cerca del centro de la ciudad.

—¿Solo la Biblioteca Vieja? preguntó Victoria. '¿No hay otro nombre?'

Ninguno de los que usamos. Un nombre marcaría su importancia, y queremos que pase desapercibido y olvidado, algo que pasas por alto cuando lo ves en los registros, algo que se confunde fácilmente con otra cosa. Anthony extendió la palma de la mano contra la puerta oxidada, murmuró algo entre dientes y luego empujó. La puerta chirrió al abrirse. 'Venga.'

Al igual que Babel, la Biblioteca Vieja era mucho más grande por dentro de lo que sugería su exterior. Desde el exterior, parecía como si pudiera contener una sola sala de conferencias como máximo. Su interior, por su parte, podría haber sido la planta baja de la Biblioteca Radcliffe. Estanterías de madera irradiaban desde el centro, y más paredes revestidas que parecían, mágica y contradictoriamente, circulares. Todos los estantes estaban meticulosamente etiquetados, y de la pared opuesta colgaba un largo pergamino amarillento que enumeraba el sistema de clasificación. Cerca del frente había un estante con novedades, en el que Robin reconoció algunos de los títulos que le había sacado a hurtadillas a Griffin en los últimos años. Todos tenían sus números de serie de Babel tachados.

"No nos gusta su sistema de categorización", explicó Anthony. 'Solo tiene sentido en caracteres romanos, pero no todos los idiomas son tan fáciles de romanizar, ¿verdad?' Señaló una estera cerca de la puerta. Límpiate los zapatos, no nos gusta acumular barro entre los estantes. Y allí hay un puesto para sus abrigos.

Una tetera de hierro oxidado colgaba inexplicablemente del peldaño superior del perchero. Robin alargó la mano, curioso, pero Anthony dijo bruscamente: 'Deja eso en paz'.

'Lo siento, ¿para qué es?'

'Té no, claramente.' Anthony hizo girar la tetera hacia ellos para revelar el fondo, que mostraba un familiar destello plateado. Es un sistema de seguridad. Silba cuando alguien que no conocemos se acerca a la biblioteca.

¿Con qué pareja?

¿No te gustaría saberlo? Antonio guiñó un ojo. 'Hacemos seguridad como lo hace Babel. Cada uno inventa sus propias trampas, y no les decimos a los demás cómo se hace. Lo mejor que hemos instalado es el glamour: evita que el sonido se escape del edificio, lo que significa que ningún transeúnte puede escuchar nuestras conversaciones.'

"Pero este lugar es enorme", dijo Ramy. 'Quiero decir, no eres invisible, ¿cómo diablos te mantienes oculto?'

El truco más antiguo del mundo. Estamos ocultos a simple vista. Anthony los condujo más adentro de la biblioteca. 'Cuando Durham se extinguió a mediados del siglo XVI y Trinity se hizo cargo de su propiedad, pasaron por alto la biblioteca complementaria en la transferencia de la escritura. Lo único que figuraba en esa biblioteca en el catálogo eran materiales que nadie había usado durante décadas y que tienen duplicados más accesibles en el Bodleian. Así que ahora

vivimos al borde de la burocracia: todos los que pasan saben que esto es una biblioteca de almacenamiento, pero todos asumen que pertenece a otra universidad más pobre. Estas universidades son demasiado ricas, ya ves. Les hace perder el rastro de sus posesiones.

'¡Ah, encontraste a los estudiantes!'

Cifras emergieron de dentro de los estantes. Robin los reconoció a todos: todos eran antiguos alumnos o actuales becarios graduados que había visto merodeando por la torre. Supuso que esto no debería haber sido una sorpresa. Estaban Vimal Srinivasan, Cathy O'Nell e Ilse Dejima, que les saludó con la mano cuando se acercó.

Escuché que tuviste una mala semana. Era mucho más amigable ahora de lo que nunca había sido en la torre. 'Bienvenido a Chez Hermes. Llegas justo a tiempo para la cena.

"No sabía que había tantos de ustedes", dijo Ramy. '¿Quién más aquí ha fingido su muerte?'

Antonio se rió. Soy el único fantasma residente en Oxford. Tenemos algunos otros en el extranjero, Vaibhav y Frédérique, es posible que hayas oído hablar de ellos, fingieron ahogarse en un clipper en Bombay y han estado operando desde India desde entonces. Lisette simplemente anunció que se iría a casa para casarse, y todos los profesores de Babel estaban demasiado decepcionados con ella como para continuar con su historia. Obviamente, Vimal, Cathy e Ilse todavía están en Babel. Más fácil para ellos desviar los recursos.

'¿Entonces por qué te fuiste?' preguntó Robin.

Alguien tiene que estar en la Biblioteca Vieja a tiempo completo. En cualquier caso, me cansé de la vida del campus, así que fingí mi muerte en Barbados, compré un pasaje en el próximo paquete a casa y regresé a Oxford sin que nadie me notara. Anthony le guiñó un ojo a Robin. Creí que me habías pillado ese día en la librería. No me atreví a dejar la Biblioteca Vieja durante una semana. Vamos, déjame mostrarte el resto.

Un recorrido rápido por los espacios de trabajo más allá de los estantes reveló una serie de proyectos en curso, que Anthony presentó con orgullo. Estos incluyeron la compilación de diccionarios entre idiomas regionales ("Perdemos mucho al suponer que todo debe venir primero a través del inglés"), pares de coincidencias de plata que no están en inglés ("Mismo principio: Babel no financiará pares de coincidencias que no traducir al inglés ya que todos sus compases son para uso de los británicos. Pero eso es como pintar con un solo color, o tocar solo una nota en un piano.'), y críticas de las traducciones al

inglés existentes de textos religiosos y clásicos literarios (' Bueno, conoces mi opinión sobre la literatura en general, pero algo tiene que mantener ocupado a Vimal.') La Sociedad Hermes no era solo un semillero de Robin Hoods, como Griffin le había hecho creer a Robin; también era un centro de investigación por derecho propio, *

'¿Qué vas a hacer con todo esto?' preguntó Victoria. Seguro que no puedes publicar.

"Tenemos socios en algunos otros centros de traducción", dijo Vimal. A veces les enviamos trabajos para su revisión.

¿Hay otros centros de traducción? preguntó Robin.

-Por supuesto -dijo Antonio-. 'Solo recientemente que Babel alcanzó la preeminencia en lingüística y filología. Fueron los franceses quienes dirigieron el espectáculo durante la mayor parte del siglo XVIII, y luego los románticos alemanes tuvieron su apogeo durante un tiempo. La diferencia ahora es que nosotros tenemos plata de sobra y ellos no.*

'Sin embargo, son aliados volubles,' dijo Vimal. 'Son útiles en la medida en que ellos también odian a los británicos, pero no tienen un compromiso real con la liberación global. Realmente, toda esta investigación es solo apostar por el futuro. Todavía no podemos hacer un buen uso de él. No tenemos el alcance ni los recursos. Así que todo lo que podemos hacer es producir el conocimiento, escribirlo y esperar que algún día exista un estado que pueda darle un uso adecuado y altruista a todo esto.'

En el otro extremo de la biblioteca, la pared trasera se parecía a las secuelas de varias explosiones de mortero, chamuscadas y llenas de cráteres en el centro. Debajo, dos mesas igualmente carbonizadas estaban una al lado de la otra, ambas algo erguidas a pesar de sus patas ennegrecidas y arrugadas.

-Correcto -dijo Anthony-. 'Así que ese es nuestro taller de platería y, ehh, municiones.'

'¿Eso sucedió con el tiempo, o todo a la vez?' Victoire preguntó secamente.

'Eso es completamente culpa de Griffin', dijo Vimal. No parece pensar que la pólvora sea una actividad al aire libre.

La parte intacta de la pared trasera estaba cubierta con un enorme mapa del mundo, salpicado de alfileres de diferentes colores sujetos con cuerdas a notas cubiertas con una letra minúscula y densa. Robin se acercó, curioso.

'Ese es un proyecto de grupo.' Cathy se reunió con él ante el mapa.

'Lo añadimos poco a poco cuando volvemos del extranjero'.

'¿Todos estos pines representan idiomas?'

Creemos que sí. Estamos tratando de rastrear la cantidad de idiomas que aún se hablan en todo el mundo y dónde se están extinguiendo. Y hay una buena cantidad de idiomas que están muriendo, ¿sabes? Un gran evento de extinción comenzó el día que Cristóbal Colón pisó el Nuevo Mundo. Español, portugués, francés, inglés: han estado superando los idiomas y dialectos regionales como polluelos de cuco. Creo que no es inconcebible que un día, la mayor parte del mundo hablará solo inglés.' Ella suspiró, mirando el mapa. Nací una generación demasiado tarde. No hace tanto tiempo que crecí alrededor del gaélico.

—Pero eso destruiría el trabajo de la plata —dijo Robin—. '¿No es así? Colapsaría el paisaje lingüístico. No habría nada que traducir. No hay diferencias que distorsionar.

Pero esa es la gran contradicción del colonialismo. Cathy pronunció esto como una simple cuestión de hecho. Está construido para destruir lo que más valora.

Vamos, ustedes dos. Anthony les indicó que se dirigieran a una puerta que conducía a una pequeña sala de lectura que había sido convertida en comedor. 'Comamos.'

Las ofertas en la cena fueron globales: un curry de verduras, un plato de papas hervidas, un plato de pescado frito que sabía sorprendentemente similar a un tipo que Robin había comido una vez en Canton, y un pan plano y masticable que combinaba bien con todo lo demás. Los ocho se sentaron alrededor de una mesa muy bien decorada que parecía incongruente contra los paneles de madera. No había suficientes sillas para todos, así que Anthony e Ilse habían traído bancos y taburetes de la biblioteca. Ninguna de las vajillas hacía juego, ni los cubiertos. Las llamas ardían alegremente desde una chimenea en la esquina, calentando la habitación de manera desigual, por lo que el lado izquierdo de Robin goteaba sudor mientras que su lado derecho se sentía frío. Toda la escena era esencialmente colegial.

'¿Son solo ustedes?' preguntó Robin.

'¿Qué quieres decir?' preguntó Vimal.

'Bueno, eres. . .' Robin hizo un gesto alrededor de la mesa. Todos sois muy jóvenes.

—Necesariamente —dijo Anthony. Es un negocio peligroso.

'Pero no están allí - no sé-'

¿Adultos de verdad? ¿Refuerzos? Antonio asintió. 'Algunos sí.

Están esparcidos por todo el mundo. No sé quiénes son todos, ninguno de nosotros sabe exhaustivamente quiénes son todos, y eso es intencional. Probablemente haya incluso socios de Hermes en Babel de los que todavía no estoy al tanto, aunque sean quienes sean, espero que empiecen a esforzarse un poco más.

—Eso, y el desgaste es un problema —dijo Ilse—. 'Toma Birmania.'

'¿Qué pasó en Birmania?' preguntó Robin.

"Sterling Jones sucedió", dijo Anthony con firmeza, pero no dio más detalles.

Este parecía un tema delicado. Por un momento, todos se quedaron mirando su comida.

Robin pensó en los dos ladrones que había conocido la primera noche en Oxford, la mujer joven y el hombre rubio, a ninguno de los cuales había vuelto a ver. No se atrevió a preguntar. Sabía la respuesta: desgaste.

'¿Pero cómo haces algo?' preguntó Rami. 'Es decir, ¿si ni siquiera sabes quiénes son tus aliados?'

"Bueno, no es tan diferente de la burocracia de Oxford", dijo Anthony. 'La universidad, los colegios y las facultades nunca parecen ponerse de acuerdo sobre quién está a cargo de qué, pero hacen las cosas, ¿no es así?'

—Langue de boeuf sauce Madère —anunció Cathy, colocando una olla pesada en el centro de la mesa. 'Lengua de ternera en salsa Madeira.'

"A Cathy le encanta servir la lengua", les informó Vimal. 'Ella piensa que es divertido.'

"Está creando un diccionario de lenguas", dijo Anthony. Lengua hervida, lengua en escabeche, lengua seca, ahumado...

'Silenciar.' Cathy se deslizó en el banco entre ellos. La lengua es mi corte favorito.

-Es el corte más barato -dijo Ilse.

"Es repugnante", dijo Anthony.

Cathy le arrojó una patata. 'Llénate de estos, entonces.'

—Ah, pommes de terre à l'anglaise. Anthony pinchó una papa con su tenedor. ¿Sabes por qué los franceses llaman a las patatas hervidas a la inglesa? Porque creen que hervir cosas es aburrido, Cathy, al igual que toda la cocina inglesa es mortalmente aburrida...

—Entonces no te los comas, Anthony.

—Asarlos —insistió Anthony. Cocínalos con mantequilla o hornéalos con queso, pero no seas tan inglés.

Mirándolos, Robin sintió un picor agudo en la base de la nariz. Se sentía igual que la noche del baile conmemorativo, bailando sobre las mesas bajo las luces de hadas. Qué mágico, pensó; qué imposible, que pudiera existir un lugar así, una destilación de todo lo que prometía Babel. Sentía que había estado buscando un lugar como este toda su vida, y aun así lo había traicionado.

Para su horror, comenzó a llorar.

'Oh, ahí, ahí.' Cathy le dio una palmadita en el hombro. Estás a salvo, Robin. Estás con amigos.

—Lo siento —dijo con tristeza—.

'Todo está bien.' Cathy no le preguntó por qué se disculpaba. Estás aquí ahora. Eso es lo que importa.'

Tres repentinos y violentos golpes sonaron en la puerta. Robin se estremeció y dejó caer el tenedor, pero ninguno de los graduados parecía alarmado.

—Ese será Griffin —dijo Anthony alegremente—. "Olvida los códigos de acceso cada vez que los cambiamos, por lo que en su lugar marca un ritmo".

—Ha llegado demasiado tarde para la cena —dijo Cathy, molesta —.

Bueno, prepárale un plato.

'*Por favor.'*

Por favor, Cathy. Antonio se puso de pie. El resto de vosotros, a la sala de lectura.

El corazón de Robin latía con fuerza mientras salía del comedor con los demás. De repente se sintió muy nervioso. No quería ver a su hermano. El mundo se había puesto patas arriba desde la última vez que hablaron, y estaba aterrorizado por lo que Griffin tenía que decir al respecto.

Griffin cruzó la puerta luciendo delgado, demacrado y tan cansado del viaje como siempre. Robin escudriñó a su hermano mientras se quitaba el andrajoso abrigo negro. Parecía un completo extraño, ahora que Robin sabía lo que había hecho. Cada uno de sus rasgos contaba una nueva historia; esas manos delgadas y hábiles; esos ojos agudos y penetrantes, ¿eran esos los rasgos de un asesino? ¿Cómo se había sentido cuando le arrojó una barra de plata a Evie Brooke, sabiendo muy bien que le partiría el pecho? ¿Se habría reído cuando ella murió, como lo hizo al ver a Robin ahora?

'Hola hermano.' Griffin sonrió con su sonrisa de lobo y se estiró para tomar la mano de Robin. 'Escuché que mataste al querido viejo

Pa.'

Fue un accidente, quiso decir Robin, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Nunca habían sonado verdad antes; ahora no se atrevía a pronunciarlas.

—Bien hecho —dijo Griffin. Nunca pensé que lo tuvieras en ti.

Robin no tuvo respuesta. Le costaba respirar. Tuvo la extraña urgencia de golpear a Griffin en la cara.

Griffin, indiferente, hizo un gesto hacia la Sala de Lectura. '¿Vamos a trabajar?'

"La tarea, tal como la vemos, es convencer al Parlamento y al público británico de que sería contrario a sus mejores intereses llevar a Gran Bretaña a la guerra contra China", dijo Anthony.

"El desastre de la quema de opio ha llevado todo a un punto crítico", dijo Griffin. El comisario Lin ha emitido una proclama que prohíbe por completo el comercio inglés en Cantón. Jardine & Matheson, por su parte, han tomado esas hostilidades como justificación para la guerra. Dicen que Inglaterra debe actuar ahora para defender su honor o enfrentar la humillación en el Este para siempre. Buena manera de agitar algunas plumas nacionalistas. La Cámara de los Lores empezó a debatir la posibilidad de una expedición militar la semana pasada.

Pero aún no se había votado. Los lores del Parlamento aún dudaban, inseguros acerca de destinar los recursos del país a un esfuerzo tan distante y sin precedentes. El tema en cuestión, sin embargo, era la plata. Derrotar a China le daría al Imperio Británico acceso a la mayor reserva de plata del mundo, plata que haría que sus barcos de guerra navegaran más rápido, sus armas dispararan más lejos y con mayor precisión. Si el Parlamento eligiera la guerra, el futuro del mundo colonizado sería inimaginable. Gran Bretaña, llena de riquezas de China, podría promulgar cualquier número de agendas hacia África, Asia y América del Sur que hasta ahora se habían quedado en quimeras.

"Pero no podemos hacer nada con respecto a esos complots en este momento", dijo Griffin. Y no podemos pensar en la escala de una revolución global, porque es imposible. No tenemos los números. En lo que debemos concentrarnos ahora, antes de que podamos pasar a cualquier otra cosa, es detener la invasión de Canton. Si Inglaterra gana, porque ganará absolutamente, no hay duda, obtendrá un suministro casi infinito de plata en el futuro previsible. Si no lo hace,

su suministro de plata se agota y sus capacidades imperiales se reducen considerablemente. Eso es. Todo lo demás es intrascendente.

Golpeó la pizarra, en la que los nombres de varios señores estaban ordenados en diferentes columnas. La Cámara de los Comunes aún no ha votado. Sigue siendo un debate abierto. Hay una fuerte facción contra la guerra, encabezada por Sir James Graham, el vizconde Mahon y William Gladstone. Y Gladstone es un hombre muy bueno para tenerlo de nuestro lado: odia el opio más que nadie; tiene una hermana adicta al láudano, creo.

"Pero también hay política interna en juego", explicó Cathy. El ministerio de Melbourne se enfrenta a una crisis política interna. Los Whigs apenas han sobrevivido a un voto de censura, así que ahora están caminando en una cuerda floja imposible entre los conservadores y los radicales, exacerbados por el hecho de que han sido débiles en el comercio exterior en México, Argentina y Arabia...

—Lo siento —dijo Ramy. '¿Ahora qué?'

Cathy agitó la mano con impaciencia. “La conclusión es que los radicales y sus electores del norte necesitan un comercio exterior saludable, y los whigs necesitan mantener su apoyo para contrarrestar a los tories. Una demostración de fuerza con respecto a la Crisis del Opio es precisamente la forma de hacerlo. Sin embargo, será una votación reñida de cualquier manera.

Anthony asintió hacia la pizarra. 'Nuestra misión ahora, entonces, es cambiar suficientes votos para que la propuesta de guerra sea derribada.'

—Para que quede claro —dijo Ramy lentamente—, ¿su plan en este momento es convertirse en cabilderos?

—Efectivamente —dijo Anthony—. Tendremos que convencerlos de que la guerra va en contra de los mejores intereses de sus electores. Ahora, ese es un argumento difícil de hacer, porque afecta a las diferentes clases de manera diferente. Obviamente, extraer toda la plata de China será una gran ayuda para cualquiera que ya tenga dinero. Pero también existe un movimiento que cree que el aumento del uso de la plata es lo peor que les puede pasar a los trabajadores. Un telar mejorado con plata deja sin trabajo a una docena de tejedores; por eso siempre están llamando la atención. Ése es un argumento decente para que un radical vote no.

—¿Así que solo está apuntando a la Cámara de los Lores? preguntó Robin. —¿No es el público en general?

—Buena pregunta —dijo Anthony. 'Los lores son los que toman las

decisiones, sí, pero una cierta cantidad de presión de la prensa y el público puede influir en los que aún están indecisos. El truco consiste en conseguir que el londinense medio se enfade por una guerra de la que probablemente nunca haya oído hablar.

"Apelar a su naturaleza humana y simpatía por los oprimidos", dijo Letty.

—Ja —dijo Ramy. 'Jajaja.'

"Simplemente me parece que toda esta agresión es bastante preventiva", insistió Letty. Quiero decir, ni siquiera has intentado presentar tu caso al público. ¿Alguna vez has considerado que sería mejor demostrar tu punto siendo amable?

'Agradable viene de la palabra latina para 'estúpido','*dijo Griffin. No queremos ser amables.

—Pero la opinión pública sobre China es maleable —intervino Anthony—. Para empezar, la mayoría de los londinenses se oponen al tráfico de opio, y en los periódicos hay bastante cobertura favorable al comisario Lin. Puedes llegar bastante lejos con moralistas y conservadores religiosos en este país. La cuestión es cómo conseguir que se preocupen lo suficiente por ello como para ejercer presión sobre el Parlamento. Las guerras impopulares se han librado por menos.

"En términos de provocar protestas públicas, hemos tenido una idea", dijo Griffin. La polémica de la pareja y la raíz griega polemikós, que por supuesto significa...

—Guerra —dijo Ramy.

'Correcto.'

Así que tienes una guerra de ideas. Ramie frunció el ceño. '¿Qué hace la pareja de fósforos?'

'Eso es un trabajo en progreso; todavía estamos jugueteando con eso. Si podemos conectar esa deformación semántica con el medio correcto, podríamos llegar a alguna parte. Pero el punto es que no podemos lograr nada hasta que más personas entiendan de dónde venimos. La mayoría de los británicos no entienden que hay que pelear en absoluto. Para ellos, esta guerra es algo imaginario, algo que solo podría beneficiarlos, algo que no tienen que mirar ni preocuparse. No conocen la crueldad involucrada, o la violencia continua que permitirá. No saben lo que le hace el opio a la gente.

—No llegarás a ninguna parte con ese argumento —dijo Robin—.

'¿Por qué no?'

'Porque no les importa,' dijo Robin. 'Es una guerra que sucede en

una tierra extranjera que ni siquiera pueden imaginar. Está demasiado lejos para que les importe.

¿Qué te hace estar tan seguro de eso? preguntó Cathy.

—Porque no lo hice —dijo Robin. No lo hice, aunque me habían dicho una y otra vez lo horribles que eran las cosas. Fue necesario ser testigo de lo que sucedía, en persona, para que me diera cuenta de que todas las abstracciones eran reales. E incluso entonces, hice todo lo posible por mirar hacia otro lado. Es difícil aceptar lo que no quieres ver.

Hubo un breve silencio.

'Bueno, entonces', dijo Anthony, con alegría forzada, 'tendremos que ser creativos con nuestras persuasiones, ¿no es así?'

Así que ese fue el objetivo de la noche: cambiar los motores de la historia a una pista diferente. Las cosas no eran tan indefensas como parecían. La Hermes Society ya tenía varios planes en marcha, la mayoría de los cuales incluían diversas formas de soborno y chantaje, y uno que incluía la destrucción de un astillero en Glasgow.

"El voto a favor de la guerra depende de la creencia del Parlamento de que se ganará fácilmente", explicó Griffin. Y técnicamente, sí, nuestros barcos podrían hacer volar por los aires a la Armada de Cantón. Pero funcionan con plata para trabajar. Hace unos meses, Thomas Peacock...

'Oh,' Ramy hizo una mueca. 'A él.'*

'En efecto. Es un rabioso entusiasta de la tecnología de vapor, y realizó un pedido de seis barcos de vapor de hierro en los astilleros Laird's. William Laird and Son, es decir, tienen su sede en Glasgow. Estos barcos son más aterradores que cualquier cosa que las aguas de Asia hayan visto jamás. Tienen cohetes Congreve, y su poco calado y potencia de vapor los hacen más móviles que cualquier otra flota china. Si el Parlamento vota a favor, al menos uno de ellos se dirige directamente a Cantón.

—Así que supongo que vas a ir a Glasgow —dijo Robin.

—Mañana a primera hora —dijo Griffin. Tardaré diez horas en tren. Pero espero que el Parlamento se entere dentro del día una vez que esté allí.

No dio más detalles sobre lo que haría exactamente en Glasgow, aunque Robin no dudaba de que su hermano fuera capaz de demoler un astillero completo.

'Bueno, eso suena mucho más efectivo', dijo Ramy felizmente. ¿Por

qué no dedicamos todos nuestros esfuerzos al sabotaje?

"Porque somos eruditos, no soldados", dijo Anthony. El astillero es una cosa, pero no vamos a enfrentarnos a toda la Armada británica. Tenemos que aprovechar la influencia donde podamos. Déjale la teatralidad violenta a Griffin...

Griffin se erizó. No son mera teatralidad...

—Las travesuras violentas —corrigió Anthony, aunque Griffin también se molestó por eso—. "Y concentrémonos en cómo influir en la votación en Londres".

Así que volvieron a la pizarra. Una guerra por el destino del mundo no se podía ganar de la noche a la mañana, esto lo sabían todos en teoría, pero no se atrevían a detenerse e irse a dormir. Cada hora que pasaba traía nuevas ideas y tácticas, aunque a medida que pasaban las horas más allá de la medianoche, sus pensamientos comenzaron a perder algo de coherencia. Supongamos que atraparon a Lord Palmerston en un escándalo de prostitución al enviar a Letty y Cathy para seducirlo disfrazadas. Supongamos que convencieron al público británico de que el país China en realidad no existía y que, de hecho, era un elaborado engaño de Marco Polo. En algún momento, se disolvieron en risas impotentes cuando Griffin describió con detalles intrincados un complot para secuestrar a la reina Victoria en los jardines del Palacio de Buckingham bajo la apariencia de una red criminal china clandestina y mantenerla como rehén en Trafalgar Square.

La suya era una misión angustiosa e imposible, sí, pero Robin también encontraba cierto placer estimulante en este trabajo. Esta resolución creativa de problemas, esta división de una misión trascendental en una docena de pequeñas tareas que, combinadas con una enorme suerte y posiblemente con la intervención divina, podrían llevarlos a la victoria: todo le recordaba cómo se sentía estar en la biblioteca trabajando en una traducción espinosa a las cuatro de la mañana, riéndose histéricamente porque estaban increíblemente cansados pero de alguna manera rebosantes de energía porque era muy emocionante cuando una solución inevitablemente se fusionaba con su desorden de notas garabateadas y una lluvia de ideas salvaje.

Resultó que desafiar al imperio fue divertido.

Por alguna razón, seguían volviendo a la pareja de polemikós, tal vez porque de hecho parecía que estaban librando una guerra de ideas, una batalla por el alma de Gran Bretaña. Las metáforas discursivas, observó Letty, giraban en torno a imágenes de guerra con

bastante frecuencia. —Piénsalo —dijo ella. 'Su postura es indefendible. Debemos atacar sus puntos débiles. Debemos derribar sus instalaciones.

—También lo hacemos en francés —dijo Victoire—. 'Cheval de batalla'.*

—Caballo de guerra —dijo Letty, sonriendo—.

'Bueno, entonces', dijo Griffin, 'mientras estemos hablando de soluciones militares, sigo pensando que deberíamos optar por la Operación Furia Divina'.

'¿Qué es la Operación Furia Divina?' preguntó Rami.

—No importa —dijo Anthony—. Es un nombre estúpido y una idea aún más estúpida.

'*Cuando Dios vio esto, no se lo permitió, sino que los hirió con ceguera y confusión de palabras, y los rindió como tú ves,*'*Griffin dijo grandiosamente. Mira, es una buena idea. Si pudiéramos acabar con la torre...

¿Con qué, Griffin? preguntó Anthony, exasperado. ¿Con qué ejército?

"No necesitamos un ejército", dijo Griffin. Son eruditos, no soldados. Tomas un arma allí, la agitas y gritas un poco, y has tomado como rehén a toda la torre. Y luego has tomado como rehén a todo el país. Babel es el quid, Antonio; es la fuente de todo el poder del Imperio. Sólo tenemos que apoderarnos de él.

Robin lo miró fijamente, alarmado. En chino, la frase huǒyàowèi *significaba literalmente "el sabor de la pólvora"; en sentido figurado, 'beligerancia, combatividad'. Su hermano olía a pólvora. Apestaba a violencia.

—Espera —dijo Letty. ¿Quieres asaltar la torre?

Quiero ocupar la torre. No sería tan difícil. Griffin se encogió de hombros. Y es una solución más directa a nuestros problemas, ¿no? He estado tratando de convencer a estos tipos, pero están demasiado asustados para lograrlo.

¿Qué necesitarías para lograrlo? preguntó Victoria.

Esa es la pregunta correcta. Griffin sonrió. Cuerda, dos pistolas, tal vez ni siquiera eso... algunos cuchillos, al menos...

'¿Armas?' Letty repitió. '¿Cuchillos?'

"Son solo para intimidar, querida, en realidad no lastimaríamos a nadie".

Letty se tambaleó. '¿Honestamente...?'

'No te preocupes.' Cathy miró a Griffin. 'Hemos dejado nuestros

pensamientos sobre esto bastante claros'.

"Pero piensa en lo que sucedería", insistió Griffin. ¿Qué hace este país sin la plata encantada? ¿Sin la gente para mantenerlo? La energía de vapor se fue. Lámparas perpetuas, desaparecidas. Refuerzos de construcción, desaparecidos. Las carreteras se deteriorarían, los carruajes funcionarían mal; olvídense de Oxford, toda Inglaterra se derrumbaría en meses. Los pondrían de rodillas. Paralizado.'

"Y docenas de personas inocentes morirían", dijo Anthony. 'No estamos entreteniendo esto.'

'Multa.' Griffin se recostó y se cruzó de brazos. Hazlo a tu manera. Seamos cabilderos.

Terminaron la sesión a las tres de la mañana. Anthony les mostró un fregadero en la parte trasera de la biblioteca donde podían lavarse: 'No hay tina, lo siento, así que tendrán que enjabonarse las axilas de pie', y luego sacó una pila de edredones y almohadas de un armario.

'Solo tenemos tres catres,' dijo disculpándose. No solemos pasar todos la noche aquí. Señoras, ¿por qué no siguen a Ilse a la sala de lectura? Y señores, pueden dormir solos entre las pilas. Crea un poco de privacidad.

Robin estaba tan exhausto entonces que un espacio de madera dura entre los estantes sonaba maravilloso. Se sentía como si hubiera estado despierto durante un largo día desde su llegada a Oxford; que había experimentado suficiente para una vida. Aceptó una colcha de Anthony y se dirigió hacia las pilas, pero Griffin se materializó a su lado antes de que pudiera sentarse. ¿Tienes un momento?

'¿No vas a dormir?' preguntó Robin. Griffin estaba completamente vestido, abotonado con ese abrigo negro.

'No, me voy temprano', dijo Griffin. No hay una línea directa a Glasgow. Iré a Londres y luego tomaré el primer tren de la mañana. Sal al patio conmigo.

'¿Por qué?'

Griffin palmeó el arma en su cinturón. Voy a mostrarte cómo disparar esto.

Robin abrazó la colcha más cerca de su pecho. 'Absolutamente no.'

'Entonces vas a verme disparar un arma', dijo Griffin. 'Creo que estamos muy retrasados para una charla, ¿no?'

Robin suspiró, dejó la colcha y siguió a Griffin por la puerta. El patio estaba muy iluminado bajo la luna llena. Griffin debió haberlo usado para practicar tiro a menudo, ya que Robin podía ver que los

árboles al otro lado del patio estaban llenos de agujeros de bala.

¿No tienes miedo de que alguien te oiga?

"Toda esta área está protegida por el glamour", dijo Griffin. 'Un trabajo muy inteligente. Nadie puede ver u oír mucho si no sabe ya que estamos aquí. ¿Sabes algo de armas?

'Ni siquiera un poquito.'

'Bueno, nunca es demasiado tarde para aprender.' Griffin colocó el arma en las manos de Robin. Como barras de plata, era más pesado de lo que parecía y muy frío al tacto. Había una cierta elegancia indiscutible en la curva del mango de madera, la facilidad con la que encajaba en su mano. Aun así, Robin sintió una oleada de repugnancia mientras lo sostenía. Se sentía malo, como si el metal estuviera tratando de morderlo. Tenía muchas ganas de tirarlo al suelo, pero tenía miedo de hacerlo estallar accidentalmente.

"Este es un revólver pimentero", dijo Griffin. Muy popular entre los civiles. Utiliza un mecanismo caplock, lo que significa que puede disparar cuando está mojado. No mires hacia abajo, idiota, nunca mires directamente hacia abajo. Prueba a apuntarlo.

"No veo el punto", dijo Robin. 'Nunca voy a disparar esto.'

No importa que lo dispares. Importa que alguien piense que lo harás. Verá, mis colegas allí todavía se aferran a esta increíble fe en la bondad humana. Griffin amartilló el arma y apuntó a un abedul al otro lado del jardín. Pero soy un escéptico. Creo que la descolonización debe ser un proceso violento.

Apretó el gatillo. La explosión fue muy fuerte. Robin saltó hacia atrás, pero Griffin no se inmutó. —No es de doble acción —dijo, ajustando los cañones—. Tienes que amartillar el martillo después de cada disparo.

Su puntería era bastante buena. Robin entrecerró los ojos y vio una muesca en el centro del abedul que no había estado allí antes.

Mira, un arma lo cambia todo. No se trata solo del impacto, se trata de lo que señala.' Griffin pasó los dedos por el cañón y luego se dio la vuelta para apuntar con el arma a Robin.

Robin saltó hacia atrás. 'Jesús-'

'Aterrador, ¿no? Piensa, ¿por qué es esto más aterrador que un cuchillo? Griffin no movió el brazo. Dice que estoy dispuesto a matarte, y todo lo que tengo que hacer es apretar el gatillo. Puedo matar a distancia, sin esfuerzo. Un arma elimina todo el trabajo duro del asesinato y lo hace elegante. Disminuye la distancia entre la resolución y la acción, ¿lo ves?

¿Alguna vez le has disparado a alguien? preguntó Robin.

'Por supuesto.'

'¿Los golpeaste?'

Griffin no respondió la pregunta. Tienes que entender dónde he estado. No todo son bibliotecas y salas de debate, hermano. Las cosas se ven diferentes en un campo de batalla.

'¿Es Babel un campo de batalla?' preguntó Robin. ¿Evie Brooke era una combatiente enemiga?

Griffin bajó el arma. '¿Así que eso es de lo que estamos obsesionados?'

Mataste a una chica inocente.

'¿Inocente? ¿Es eso lo que te dijo nuestro padre? ¿Que maté a Evie a sangre fría?

—He visto ese bar —dijo Robin. Está en mi bolsillo, Griffin.

—Evie no era una espectadora inocente —se burló Griffin—. 'Habíamos estado tratando de reclutarla durante meses. Era complicado, ya ves, porque ella y Sterling Jones estaban muy unidos, pero si alguno de ellos tenía conciencia, seguramente sería ella. O eso pensábamos. Pasé meses y meses hablando con ella en Twisted Root hasta que una noche decidió que estaba lista, que estaba dentro. Solo que todo era un montaje: había estado hablando con los policías y los profesores todo el tiempo. , y habían tramado este plan para atraparme en el acto.

Era una actriz brillante, ¿sabes? Tenía esta forma de mirarte, con los ojos muy abiertos, asintiendo como si tuvieras toda su simpatía. Por supuesto, no sabía que todo era una actuación. Pensé que había hecho una aliada, me emocioné cuando parecía estar cambiando, y con todos los que perdimos en Birmania, me sentí muy solo. Y Evie fue muy inteligente al respecto. Hizo todas estas preguntas, muchas más de lo que usted hizo, hizo que pareciera que solo quería saber porque estaba muy emocionada de unirse a la causa, porque quería aprender todas las formas en que podía ayudar.

'Entonces, ¿cómo te enteraste?'

'Bueno, ella no era tan lista. Si fuera más inteligente, no habría dejado caer su tapadera hasta que estuviera a salvo.

Pero ella te lo dijo. El estómago de Robin se retorció. Quería regodearse.

"Ella me sonrió", dijo Griffin. 'Cuando sonó la sirena, me sonrió y me dijo que todo había terminado. Y así la maté. No fue mi intención. No me creerás, pero es la verdad. Quise asustarla. Pero estaba enojado

y asustado, y Evie era cruel, ya sabes. Si le hubiera dado una oportunidad, sigo pensando que podría haberme hecho daño primero.

'¿Realmente crees eso?' Robin susurró. ¿O es una mentira que invocas para poder dormir por la noche?

Duermo muy bien. Griffin se burló. Pero necesitas tus mentiras, ¿no? Déjame adivinar, ¿te estás diciendo a ti mismo que fue un accidente? ¿Que no lo decías en serio?

—No lo hice —insistió Robin. 'Simplemente sucedió, y no fue a propósito, nunca quise...'

—No lo hagas —dijo Griffin. 'No te escondas, no finjas, eso es tan cobarde. Di cómo te sientes. Se sintió bien, admítelo. El puro poder se sentía tan bien…

—Si pudiera, lo devolvería todo —insistió Robin—. No sabía por qué se sentía tan importante que Griffin le creyera, pero esta parecía ser la última línea que tenía que mantener, la última verdad que tenía que mantener sobre su identidad. De lo contrario, no se reconocería a sí mismo. Ojalá hubiera vivido...

No querrás decir eso. Se merecía lo que le pasó.

No merecía morir.

—Nuestro padre —dijo Griffin en voz alta— era un hombre cruel y egoísta que pensaba que cualquiera que no fuera blanco e inglés era menos que humano. Nuestro padre destruyó la vida de mi madre y dejó perecer la tuya. Nuestro padre es uno de los principales ingenieros de una guerra en nuestra patria. Si hubiera regresado vivo de Canton, el Parlamento no estaría debatiendo ahora. Ya habrían votado. Nos has comprado días, quizás semanas. ¿Y qué si eres un asesino, hermano? El mundo está mejor sin el profesor en él. Deja de encogerte bajo el peso de tu conciencia y llévate el maldito crédito. Le dio la vuelta al arma y le ofreció el mango primero a Robin. 'Tómalo.'

'Dije que no.'

'Todavía no entiendes.' Con impaciencia, Griffin agarró los dedos de Robin y los obligó a agarrar el mango. 'Hemos salido del reino de las ideas ahora, hermano. Estamos en guerra.

Pero si esto es una guerra, entonces has perdido. Aun así, Robin se negó a tomar el arma. 'No hay forma de que ganes en el campo de batalla. ¿Tus filas son cuánto, un par de docenas? ¿A lo sumo? ¿Y vas a enfrentarte a todo el ejército británico?

'Oh, pero ahí es donde te equivocas', dijo Griffin. Lo que pasa con la violencia es que el Imperio tiene mucho más que perder que nosotros. La violencia perturba la economía extractiva. Causas

estragos en una línea de suministro y hay una caída en los precios al otro lado del Atlántico. Todo su sistema de comercio es muy nervioso y vulnerable a los golpes porque lo han hecho así, porque la codicia rapaz del capitalismo está castigando. Es por eso que las revueltas de esclavos tienen éxito. No pueden disparar contra su propia fuente de trabajo; sería como matar a sus propios gansos dorados.

'Pero si el sistema es tan frágil, ¿por qué aceptamos tan fácilmente la situación colonial? ¿Por qué pensamos que es inevitable? ¿Por qué el Hombre Viernes nunca consigue un rifle o le corta el cuello a Robinson Crusoe en la noche? El problema es que siempre estamos viviendo como si hubiéramos perdido. Todos estamos viviendo como tú. Vemos sus armas, su platería y sus barcos, y pensamos que ya se acabó para nosotros. No nos detenemos a considerar cómo podría ser realmente el campo de juego. Y nunca consideramos cómo se verían las cosas si tomáramos el arma. Una vez más, Griffin le ofreció el arma a Robin. 'Cuidado, es pesado en la parte delantera.'

Esta vez Robin lo aceptó. Lo apuntó experimentalmente a los árboles. El cañón, de hecho, se inclinó hacia abajo; inclinó su mano contra su muñeca para mantenerla nivelada.

"La violencia les muestra cuánto estamos dispuestos a ceder", dijo Griffin. 'La violencia es el único lenguaje que entienden, porque su sistema de extracción es inherentemente violento. La violencia sacude el sistema. Y el sistema no puede sobrevivir al shock. No tienes idea de lo que eres capaz, de verdad. No puedes imaginar cómo podría cambiar el mundo a menos que aprietes el gatillo. Griffin señaló el abedul del medio. Aprieta el gatillo, chico.

Robin obedeció. El golpe partió sus oídos; casi dejó caer el arma. Estaba seguro de que no había apuntado bien. No estaba preparado para la fuerza del contragolpe y le temblaba el brazo desde la muñeca hasta el hombro. El abedul estaba intacto. La bala había volado inútilmente en la oscuridad.

Pero tenía que admitir que Griffin tenía razón: la emoción de ese momento, la explosión de fuerza contenida en sus manos, el poder absoluto que podía desencadenar con solo mover un dedo, se sentía bien.

Capítulo veintitrés

Oh, esas personas blancas tienen corazones pequeños que solo pueden sentir por sí mismos.

MARÍA PRÍNCIPE,*La historia de Mary Prince*

Robin no podía conciliar el sueño después de que Griffin se fue a Glasgow. Se sentó en la oscuridad, vibrando con energía nerviosa. Sintió un vértigo sin aliento, la sensación de mirar por encima de un acantilado escarpado el momento antes de saltar. El mundo entero estaba al borde de un cambio catastrófico, al parecer, y él solo podía aferrarse a lo que lo rodeaba mientras todos se precipitaban hacia el punto de ruptura.

Una hora más tarde, la Vieja Biblioteca comenzó a moverse. Justo cuando el reloj marcaba las siete, una sinfonía de cantos de pájaros resonó entre las estanterías. El ruido era demasiado fuerte para provenir del exterior; más bien, sonaba como si toda una bandada de pájaros estuviera posada invisiblemente entre los libros.

'¿Que es eso?' Ramy preguntó, frotándose los ojos. ¿Tienes una colección de animales salvajes en un armario en la parte de atrás?

Viene de aquí. Anthony les mostró un reloj de pie de madera decorado con pájaros cantores tallados en los bordes. 'Un regalo de uno de nuestros socios suecos. Ella tradujo gökatta como “levantarse al amanecer”, solo que en sueco, gökatta tiene el significado particular de levantarse temprano para escuchar el canto de los pájaros. Hay un mecanismo de caja de música en el interior, pero la plata realmente imita el verdadero canto de los pájaros. Es precioso, ¿verdad?

—Podría ser un poco más tranquilo —dijo Ramy.

'Ah, el nuestro es un prototipo. se está haciendo viejo Puedes conseguirlos en las boutiques de Londres ahora, ya sabes. Son muy populares, a los ricos les encantan.

Uno por uno se turnaron para lavarse con agua fría en el fregadero. Luego se unieron a las chicas en la Sala de Lectura alrededor de las notas agrupadas de ayer para reanudar su trabajo.

Letty parecía como si ella tampoco hubiera pegado ojo. Tenía grandes sombras oscuras debajo de los ojos, y se abrazaba miserablemente al pecho mientras bostezaba.

'¿Estás bien?' preguntó Robin.

Se siente como si estuviera soñando. Parpadeó por la habitación, su mirada desenfocada. Todo está patas arriba. Todo está al revés.

Me parece bien, pensó Robín. Letty estaba aguantando bastante bien, considerando todo. No sabía cómo expresar cortésmente lo que quería decir a continuación, así que preguntó indirectamente: '¿Qué piensas?'

—¿Sobre qué, Robin? preguntó, exasperada. —¿El asesinato que estamos encubriendo, la caída del Imperio Británico o el hecho de que ahora seremos fugitivos por el resto de nuestras vidas?

Todo, supongo.

La justicia es agotadora. Se frotó las sienes. 'Eso es lo que pienso.'

Cathy sacó una tetera humeante de té negro y le ofrecieron sus tazas en señal de gratitud. Vimal tropezó bostezando desde el baño hacia la cocina. Unos minutos más tarde, el maravilloso aroma de una fritura se filtró por la Sala de Lectura. —Huevos masala —anunció, mientras ponía huevos revueltos en un lío de tomate en sus platos. Vienen tostadas.

—Vimal —gimió Cathy. Podría casarme contigo.

Devoraron su comida en un silencio rápido y mecánico. Minutos más tarde se recogió la mesa, los platos sucios volvieron a la cocina. La puerta principal chirrió al abrirse. Era Ilse, de vuelta del centro de la ciudad con los periódicos de esa mañana.

¿Alguna noticia sobre los debates? preguntó Antonio.

"Todavía están en desacuerdo", dijo. 'Así que todavía tenemos algo de tiempo. Los Whigs son inestables en cuanto a sus números, y no realizarán una votación hasta que estén seguros. Pero todavía queremos esos panfletos en Londres hoy o mañana. Consigue a alguien en el tren del mediodía y luego imprímelo en Fleet Street.

¿Todavía conocemos a alguien en Fleet Street? Preguntó Vimal.

—Sí, Theresa sigue en el Standard. Van a imprimir los viernes. Puedo entrar y usar las máquinas, estoy seguro, si tienes algo para mí esta noche. Sacó un periódico arrugado de su bolsa de mensajero y lo deslizó sobre la mesa. Por cierto, aquí está lo último de Londres. Pensé que te gustaría verlo.

Robin estiró el cuello para leer el texto al revés. **PROFESOR DE OXFORD ASESINADO EN CANTON, decía. PERPETRADORES EN CONSPIRACIÓN CON LOBBYISTAS CHINOS.**

'Bien.' Parpadeó. Supongo que tiene la mayoría de los detalles correctos.

Ramy abrió el papel. 'Oh mira. Tiene dibujos de nuestras caras.

—Eso no se parece a ti —dijo Victoire.

'No, no me han capturado la nariz del todo', estuvo de acuerdo Ramy. Y han hecho los ojos de Robin muy pequeños.

¿También han impreso esto en Oxford? Anthony le preguntó a Ilse.

'Sorprendentemente, no. Lo han mantenido todo en secreto.

'Interesante. Bueno, Londres todavía está cancelado para ustedes", dijo Anthony. Todos comenzaron a protestar a la vez, pero él levantó una mano. No te enfades. Es demasiado peligroso, no nos arriesgamos. Te escondes en la Biblioteca Vieja hasta que esto termine. No puedes ser reconocido.

—Tú tampoco —replicó Ramy.

Creen que estoy muerto. Creen que eres un asesino. Esas son cosas muy diferentes. Nadie va a publicar mi cara en los periódicos.

"Pero quiero estar ahí fuera", dijo Ramy, infeliz. 'Quiero hacer algo, quiero ayudar...'

Puedes ayudar evitando que te metan en la cárcel. Esto no es una guerra abierta, por mucho que al querido Griffin le gustaría fingir que lo es. Estos asuntos exigen delicadeza. Anthony señaló la pizarra. 'Enfócate en la agenda. Retomemos donde lo dejamos. Creo que anoche presentamos el tema de Lord Arsenault. ¿Letty?

Letty tomó un largo sorbo de su té, cerró los ojos y luego pareció recomponerse. 'Sí. Creo que Lord Arsenault y mi padre se llevan bastante bien. Podría escribirle, tratar de concertar una reunión...

¿No crees que tu padre se va a distraer con la noticia de que eres un asesino? preguntó Robin.

No menciona a Letty como autora. Victoire escudriñó la columna. Somos sólo nosotros tres. No se la menciona aquí en absoluto.

Hubo un breve e incómodo silencio.

'No, eso es muy bueno para nosotros,' dijo Anthony suavemente. Nos da cierta libertad de movimiento. Ahora empieza a escribirle a tu padre, Letty, y el resto de ustedes a sus tareas.'

Uno por uno salieron de la sala de lectura para llevar a cabo sus tareas designadas. Ilse partió hacia Babel para recuperar más noticias sobre los acontecimientos en Londres. Cathy y Vimal fueron al taller a jugar con pares de fósforos usando polemikós. Ramy y Victoire se pusieron a trabajar escribiendo cartas a destacados líderes radicales haciéndose pasar por simpatizantes radicales blancos de mediana edad. Robin se sentó con Anthony en la sala de lectura, extrayendo la evidencia más condenatoria de colusión de las cartas del profesor Lovell como citas para panfletos breves e incendiarios. Su esperanza

era que tal evidencia pudiera resultar lo suficientemente escandalosa como para ser recogida por los periódicos de Londres.

"Ten cuidado con tu lenguaje", le dijo Anthony. 'Querrás evitar la retórica sobre el anticolonialismo y el respeto a la soberanía nacional. Use términos como escándalo, colusión, corrupción, falta de transparencia y demás. Represente las cosas en términos que cabreen al londinense medio, y no lo convierta en una cuestión de raza.

'Quieres que traduzca cosas para los blancos', dijo Robin.

'Precisamente.'

Trabajaron en un cómodo silencio durante aproximadamente una hora, hasta que a Robin le dolió demasiado la mano como para continuar. Se recostó, acunando una taza de té en silencio, hasta que pareció como si Anthony hubiera llegado al final de un párrafo. 'Anthony, ¿puedo preguntarte algo?'

Anthony dejó su pluma. '¿Qué tienes en mente?'

'¿De verdad crees que esto funcionará?' Robin asintió hacia la pila de borradores de panfletos. Me refiero a ganar en el ámbito de la opinión pública.

Anthony se echó hacia atrás y flexionó los dedos. 'Veo que tu hermano te tiene.'

"Griffin pasó la noche enseñándome cómo usar un arma", dijo Robin. Cree que la revolución es imposible sin una insurrección violenta. Y es bastante persuasivo.

Anthony pensó por un momento, asintiendo, golpeando su pluma contra el tintero. A tu hermano le gusta llamarme ingenuo.

'Eso no es lo que yo—'

'Sé que sé. Solo quiero decir que no soy tan blando como piensa Griffin. Déjame recordarte que vine a este país antes de que decidieran que legalmente ya no podía ser llamado esclavo. He vivido la mayor parte de mi vida en un país que está profundamente confundido sobre si cuento como humano. Confía en mí, no soy muy optimista sobre las dudas éticas de la Gran Bretaña blanca.

—Pero supongo que sí llegaron con la abolición —dijo Robin. 'Finalmente.'

Anthony se rió suavemente. ¿Crees que la abolición fue una cuestión de ética? No, la abolición ganó popularidad porque los británicos, después de perder América, decidieron que la India iba a ser su nueva gallina de los huevos de oro. Pero el algodón, el añil y el azúcar de la India no iban a dominar el mercado a menos que Francia pudiera ser eliminada, y Francia no sería eliminada, ya ves, mientras

el comercio de esclavos británico hiciera que las Indias Occidentales fueran muy rentables. para ellos.'

'Pero-'

'Pero nada. El movimiento abolicionista que conoces es un montón de pompa. Sólo retórica. Pitt primero planteó la moción porque vio la necesidad de cortar el comercio de esclavos a Francia. Y el Parlamento se unió a los abolicionistas porque tenían mucho miedo de la insurrección negra en las Indias Occidentales.

'Así que crees que es puramente riesgo y economía'.

Bueno, no necesariamente. A tu hermano le gusta argumentar que la revuelta de esclavos de Jamaica, aunque fracasó, fue lo que impulsó a los británicos a legislar la abolición. Tiene razón, pero sólo la mitad de la razón. Mira, la revuelta ganó la simpatía británica porque los líderes eran parte de la iglesia bautista, y cuando fracasó, los blancos a favor de la esclavitud en Jamaica comenzaron a destruir capillas y amenazar a los misioneros. Esos bautistas regresaron a Inglaterra y buscaron apoyo sobre la base de la religión, no de los derechos naturales. Lo que quiero decir es que la abolición ocurrió porque los blancos encontraron razones para preocuparse, ya fueran económicas o religiosas. Solo tienes que hacerles creer que se les ocurrió la idea a ellos mismos. No puedes apelar a su bondad interior. Nunca he conocido a un inglés en el que confiara para hacer lo correcto por simpatía.

'Bueno', dijo Robin, 'ahí está Letty.'

—Sí —dijo Anthony después de una pausa. Supongo que está Letty. Pero es un caso raro, ¿no?

'Entonces, ¿cuál es nuestro camino a seguir?' preguntó Robin. 'Entonces, ¿cuál es el punto de todo esto?'

"El punto es construir una coalición", dijo Anthony. 'Y necesita incluir simpatizantes poco probables. Podemos desviar tantos recursos de Babel como queramos, pero aun así no será suficiente para mover palancas de poder tan firmemente arraigadas como Jardine y Matheson. Si vamos a cambiar el rumbo de la historia, necesitamos que algunos de estos hombres, los mismos hombres que no encuentran ningún problema en venderme a mí y a los de mi especie en una subasta, se conviertan en nuestros aliados. Necesitamos convencerlos de que una expansión británica global, basada en pirámides de plata, no es lo mejor para ellos. Porque su propio interés es la única lógica que escucharán. Ni la justicia, ni la dignidad humana, ni las libertades liberales que tanto profesan valorar. Lucro.'

Será mejor que los convenzas de que caminen desnudos por las calles.

'Decir ah. No, las semillas para una coalición están ahí. Ha llegado el momento de una revolución en Inglaterra, ¿sabes? Toda Europa ha estado febril por la reforma durante décadas; lo cogieron de los franceses. Simplemente debemos hacer de esto una guerra de clase en lugar de raza. Y esto es, de hecho, una cuestión de clase. Parece un debate sobre el opio y China, pero los chinos no son los únicos que pueden perder, ¿verdad? Todo está relacionado. La revolución industrial plateada es uno de los mayores impulsores de la desigualdad, la contaminación y el desempleo en este país. De hecho, el destino de una familia pobre de Canton está íntimamente ligado al destino de un tejedor sin trabajo de Yorkshire. Ninguno se beneficia de la expansión del imperio. Ambos solo se empobrecen a medida que las empresas se enriquecen. Entonces, si solo pudieran formar una alianza. . .' Anthony entrelazó los dedos. Pero ése es el problema, ya ves. Nadie se ha centrado en cómo estamos todos conectados. Sólo pensamos en cómo sufrimos, individualmente. Los pobres y la clase media de este país no se dan cuenta de que tienen más en común con nosotros que con Westminster.

"Hay un modismo chino que capta la esencia", dijo Robin. 'Tùsǐhúbēi.*El conejo muere y el zorro se aflige, porque son animales de una clase.

—Precisamente —dijo Anthony. Solo que tenemos que convencerlos de que no somos su presa. Que hay un cazador en el bosque y que todos estamos en peligro.

Robin miró los folletos. Parecían tan inadecuados en ese momento; solo palabras, solo garabatos de tinta en papel blanco y endeble. —¿Y de verdad crees que puedes convencerlos de eso?

'Tenemos que.' Anthony flexionó los dedos una vez más, luego tomó su bolígrafo y continuó hojeando las cartas del profesor Lovell. No veo otra salida.

Robin se preguntó entonces cuánto de la vida de Anthony había pasado traduciéndose cuidadosamente a sí mismo para los blancos, cuánto de su gentil y afable pulido era una construcción ingeniosa para encajar en una idea particular de un hombre negro en la Inglaterra blanca y permitirse el máximo acceso dentro de una institución como Babel. Y se preguntó si alguna vez llegaría un día en que todo esto fuera innecesario, en que los blancos lo miraran a él y a Anthony y simplemente escucharan, en que sus palabras tuvieran

valor porque las pronunciaran, en que no tuvieran que hacerlo. ocultar quiénes eran, cuando no tendrían que pasar por interminables distorsiones solo para ser entendidos.

Al mediodía se reagruparon en la Sala de Lectura para almorzar. Cathy y Vimal estaban bastante emocionados con lo que habían hecho con la pareja de polemikós, que, fiel a las predicciones de Griffin, hizo que los panfletos volaran y siguieran revoloteando entre los transeúntes si se lanzaban al aire. Vimal había complementado esto con el origen latino de la palabra discutir: discutire podría significar 'esparcir' o 'dispersar'.

'Supongamos que aplicamos ambas barras a una pila de folletos impresos', dijo. Volarían por todo Londres, con o sin viento. ¿Qué te parece eso para llamar la atención de la gente?

Gradualmente, las ideas que habían parecido tan ridículas la noche anterior, esos garabatos caóticos de mentes privadas de sueño, se fusionaron en un plan de acción bastante impresionante. Anthony resumió sus numerosos esfuerzos en la pizarra. Durante los próximos días, semanas si fuera necesario, la Sociedad Hermes intentaría influir en los debates de cualquier manera que pudiera. La conexión de Ilse en Fleet Street pronto publicaría un artículo de éxito sobre cómo William Jardine, quien había provocado todo este lío en primer lugar, pasaba sus días en una ciudad balneario en Cheltenham. Vimal y Cathy, a través de varios intermediarios blancos más respetables, tratarían de convencer a los Whigs de que restablecer las buenas relaciones con China al menos mantendría abiertas las vías para el comercio de productos legales, como té y ruibarbo. Luego estaban los esfuerzos de Griffin en Glasgow, así como los panfletos a punto de volar por todo Londres. A través del chantaje, el cabildeo y la presión pública, concluyó Anthony, podrían obtener suficientes votos para derrotar la moción de guerra.

—Esto podría funcionar —dijo Ilse, parpadeando hacia la pizarra como si estuviera sorprendida.

—Podría funcionar —estuvo de acuerdo Vimal. 'Infierno sangriento.'

¿Estás seguro de que no podemos ir contigo? Preguntó Rami.

Anthony le dio una palmadita comprensiva en el hombro. Has hecho tu parte. Han sido muy valientes, todos ustedes. Pero es hora de dejar las cosas en manos de los profesionales.

—Apenas nos llevas cinco años —dijo Robin. '¿Cómo te convierte

eso en un profesional?'

—No lo sé —dijo Anthony—. 'Simplemente lo hace.'

'¿Y se supone que debemos esperar sin saber nada?' preguntó Lety. Ni siquiera podemos conseguir los papeles aquí.

—Volveremos todos después de la votación —dijo Anthony. Y volveremos de vez en cuando para ver cómo está, cada dos días, si está tan nervioso.

'Pero ¿y si pasa algo?' Letty insistió. '¿Qué pasa si necesitas nuestra ayuda? ¿Y si necesitamos tu ayuda?

Los becarios graduados intercambiaron miradas entre ellos. Parecía que estaban teniendo una conversación silenciosa, una repetición, supuso Robin, de una conversación que habían tenido muchas veces antes, porque estaba claro cuál era la posición de cada uno. Antonio enarcó las cejas. Cathy y Vimal asintieron. Ilse, con los labios fruncidos, parecía renuente, pero al final suspiró y se encogió de hombros.

'Adelante,' dijo ella.

Griffin diría que no dijo Anthony.

'Bueno', dijo Cathy, 'Griffin no está aquí.'

Anthony se puso de pie, desapareció por un momento entre las pilas y regresó con un sobre sellado. —Esto —dijo, dejándolo sobre la mesa— contiene la información de contacto de una docena de asociados de Hermes en todo el mundo.

Robin estaba asombrado. ¿Estás seguro de que deberías mostrarnos eso?

-No -dijo Antonio-. Realmente no deberíamos. Veo que la paranoia de Griffin se te ha contagiado, y eso no es malo. Pero supongamos que ustedes son los únicos que quedan. No hay nombres ni direcciones aquí, solo puntos de entrega e instrucciones de contacto. Si termina solo, tendrá al menos algún medio para mantener vivo a Hermes.

—Estás hablando como si no pudieras volver —dijo Victoire.

'Bueno, hay una probabilidad distinta de cero de que no lo hagamos, ¿no?'

La biblioteca se sentía en silencio.

De repente, Robin se sintió tan joven, tan infantil. Parecía un juego tan divertido, conspirar en las horas profundas con la Sociedad Hermes, jugando con el arma de su hermano mayor. Su situación era tan extraña, y las condiciones de la victoria tan inimaginables, que parecía más un ejercicio que la vida real. Se dio cuenta de que las fuerzas con las que estaban jugando eran en realidad bastante

aterradoras, que las empresas comerciales y los grupos de presión políticos que intentaban manipular no eran los ridículos hombres del saco que los habían hecho pasar, sino organizaciones increíblemente poderosas con intereses profundos y arraigados. en el comercio colonial, intereses que matarían para proteger.

—Pero estarás bien —dijo Ramy. '¿No lo harás? Babel nunca te ha atrapado antes...

—Nos han atrapado muchas veces —dijo Anthony amablemente—. De ahí la paranoia.

—De ahí el desgaste —dijo Vimal mientras deslizaba una pistola en su cinturón—. Conocemos los riesgos.

—Pero aquí estarán a salvo aunque nos comprometamos —les aseguró Cathy—. No te abandonaremos.

Ilse asintió. Primero nos morderemos la lengua y nos asfixiaremos.

'Lo siento.' Letty se levantó bruscamente. Parecía muy pálida; se llevó los dedos a la boca, como si fuera a vomitar. Solo... necesito un poco de aire.

'¿Quieres algo de agua?' preguntó Victoria, preocupada.

'No, estaré bien'. Letty se apresuró más allá de sus sillas llenas de gente hacia la puerta. Solo necesito respirar un momento, si te parece bien.

Antonio señaló. El patio está por ahí.

—Creo que daré un paseo por el frente —dijo Letty. 'El patio se siente un poco. . . un poco encerrado.

—Manténgase en el bloque, entonces —dijo Anthony—. Que no te vean.

'Si, si, porsupuesto.' Letty parecía bastante angustiada; respiraba en ráfagas tan rápidas y superficiales que a Robin le preocupaba que pudiera desmayarse. Ramy empujó su silla hacia atrás para darle espacio para liberarse. Letty se detuvo junto a la puerta y miró por encima del hombro (sus ojos se detuvieron en Robin y parecía a punto de decir algo), pero luego frunció los labios y salió corriendo por la puerta.

En los últimos minutos antes de que se fueran los posgraduados, Anthony repasó asuntos domésticos con Robin, Ramy y Victoire. La cocina tenía suficientes provisiones para una semana, y más si les gustaban las gachas y el pescado curado en sal. El agua potable fresca era más difícil de conseguir: la Biblioteca Vieja recibía su suministro de agua de las bombas de la ciudad, pero no podían abrir los grifos

demasiado tarde en la noche o durante demasiado tiempo en cualquier momento, ya que el drenaje en otro lugar podría llamar la atención. De lo contrario, había libros más que suficientes en la biblioteca para mantenerlos ocupados, aunque tenían órdenes estrictas de no meterse con ningún proyecto en curso en el taller.

"Y trata de quedarte adentro tanto como puedas", dijo Anthony mientras terminaba de empacar su bolso. 'Pueden turnarse en el patio si lo desean, pero mantengan la voz baja, el glamour actúa de vez en cuando. Si debe tomar un poco de aire fresco, hágalo después del atardecer. Si te asustas, hay un rifle en ese armario de las escobas. Espero que nunca tengas que hacerlo, pero si lo haces, ¿alguno de ustedes puede...?

'Puedo arreglármelas', dijo Robin. 'Pienso. Es el mismo principio que una pistola, ¿verdad?

Está bastante cerca. Anthony se ató las botas. 'Juega con él en tu tiempo libre; la ponderación es un poco diferente. En cuanto a la comodidad, encontrarás jabones y cosas en el armario del baño. Asegúrate de sacar las cenizas de la chimenea todas las mañanas o se llenará de aire. Oh, solíamos tener una tina de lavandería, pero Griffin la destruyó jugando con bombas caseras. Puedes pasar unos días sin cambiarte, ¿no?

Ramy resopló. Esa es una pregunta para Letty.

Hubo una pausa. Entonces Anthony preguntó: '¿Dónde está Letty?'

Robin miró el reloj. No había notado que el tiempo se escapaba; había pasado casi media hora desde que Letty salió de la casa.

Victoria se puso de pie. 'Tal vez debería-'

Algo chilló cerca de la puerta principal. El sonido fue tan agudo y crudo, tan parecido a un grito humano, que Robin tardó un momento en darse cuenta de que era la tetera.

'Maldición.' Anthony bajó el rifle. 'Al patio, rápido, todos ustedes...'

Pero fue demasiado tarde. Los gritos se hicieron más y más fuertes, hasta que las paredes de la biblioteca parecieron vibrar. Segundos más tarde, la puerta principal se estrelló hacia adentro y los policías de Oxford entraron en tropel.

'¡Manos arriba!' gritó alguien.

Los posgraduados parecían haber perforado para esto. Cathy y Vimal llegaron corriendo del taller, cada uno con barras de plata en la mano. Ilse arrojó su peso contra un estante altísimo; cayó hacia adelante, iniciando una reacción en cadena que colapsó el camino frente a la policía. Ramy se adelantó para ayudar, pero Anthony gritó:

'No, escóndete, la sala de lectura...'

Tropezaron hacia atrás. Anthony pateó la puerta para cerrarla detrás de ellos. Afuera escucharon estruendos y estruendos – Anthony gritó algo que sonaba como 'La baliza', y Cathy gritó algo en respuesta – los posgraduados estaban peleando, peleando para defenderlos.

pero cual es el punto? La Sala de Lectura era un callejón sin salida. No había otras puertas, ni ventanas. Solo podían acurrucarse detrás de la mesa, estremeciéndose ante los disparos afuera. Ramy hizo un ruido acerca de bloquear la puerta, pero en el momento en que se movieron para empujar las sillas hacia adelante, la puerta se abrió.

Letty se paró en el marco. Ella sostenía un revólver.

'¿Letty?' preguntó Victoire con incredulidad. —Letty, ¿qué estás haciendo?

Robin sintió una breve e ingenua oleada de alivio antes de que quedara muy claro que Letty no estaba allí para rescatarlos. Levantó el revólver y apuntó a cada uno de ellos por turno. Parecía bastante practicada con el arma. Su brazo no tembló bajo su peso. Y la visión era tan absurda —su Letty, su remilgada rosa inglesa, empuñando un arma con una precisión tan serena y letal— que se preguntó por un momento si estaba alucinando.

Pero luego recordó: Letty era la hija de un almirante. Por supuesto que sabía disparar.

'Pongan sus manos sobre sus cabezas', dijo. Su voz era alta y clara, como cristal pulido. Ella sonaba como un completo extraño. No le harán daño a nadie, siempre y cuando vengas en silencio. Si no te resistes. Han matado al resto, pero te atraparán vivo. Ileso.'

Victoire miró el sobre sobre la mesa y luego la chimenea crepitante.

Letty siguió su mirada. Yo no haría eso.

Victoire y Letty se miraron fijamente, respirando con dificultad, solo por un momento.

Varias cosas sucedieron a la vez. Victoire se abalanzó sobre el sobre. Letty giró el arma. Por instinto, Robin corrió hacia ella, no sabía qué pretendía, solo que estaba seguro de que Letty lastimaría a Victoire, pero justo cuando se acercaba a ella, Ramy lo empujó a un lado. Cayó hacia delante, tropezando con la pata de una mesa.

Y luego Letty rompió el mundo.

Un clic; una explosión

Ramy se derrumbó. Victoria gritó.

'No-' Robin se dejó caer de rodillas. Ramy estaba flácido, inmóvil;

luchó por darle la vuelta sobre su espalda. 'No, Ramy, por favor...' Por un momento pensó que Ramy estaba fingiendo, ¿cómo era posible? Había estado de pie, moviéndose y vivo, hace sólo un segundo. El mundo no podía terminar tan abruptamente; la muerte no podía ser tan rápida. Robin palmeó la mejilla de Ramy, su cuello, todo lo que pudo para provocar una reacción, pero fue inútil, sus ojos no se abrían, ¿por qué no se abrían? Seguramente esto era una broma; no podía ver nada de sangre, pero luego lo vio, un pequeño punto rojo sobre el corazón de Ramy que floreció rápidamente hacia afuera hasta que empapó su camisa, su abrigo, a través de todo.

Victoire se alejó de la chimenea. Los papeles crujieron dentro de las llamas, ennegreciéndose hasta convertirse en cenizas. Letty no hizo ningún movimiento para recuperarlos. Se quedó atónita, con los ojos muy abiertos, el revólver colgando sin fuerzas a su lado.

Nadie se movió. Todos miraban a Ramy, que estaba innegablemente, irreversiblemente quieto.

'No lo hice. . .' Letty se llevó los dedos a la boca. Había perdido la calma. Ahora su voz era muy aguda y aguda, como la de una niña. 'Ay dios mío . . .'

Oh, Letty. Victoire gimió suavemente. '¿Qué has hecho?'

Robin bajó a Ramy al suelo y se puso de pie.

Un día, Robin se preguntaría cómo su conmoción se había convertido tan fácilmente en rabia; por qué su primera reacción no fue de incredulidad ante esta traición, sino de un odio negro y devorador. Y la respuesta lo eludiría y lo inquietaría, pues rondaba de puntillas en una complicada maraña de amor y celos que los atrapaba a todos, para la cual no tenían nombre ni explicación, una verdad de la que recién empezaban a despertar y ahora, después de esto, nunca lo reconocería.

Pero en ese momento, todo lo que sabía era que el rojo empañaba los bordes de su visión, desplazando a todo menos a Letty. Ahora sabía cómo se sentía querer realmente a una persona muerta, querer desgarrarla miembro por miembro, escucharla gritar, hacerla sufrir. Ahora entendía cómo se sentía el asesinato, cómo se sentía la rabia, porque eso era todo, la intención de matar que debería haber sentido cuando mató a su padre.

Él se abalanzó sobre ella.

—No lo hagas —gritó Victoire. 'Ella es...'

Letty dio media vuelta y huyó. Robin corrió tras ella justo cuando ella se retiraba detrás de una masa de policías. Empujó contra ellos;

no le importaba el peligro, las porras y las pistolas; sólo quería llegar a ella, quería arrancarle la vida del cuello, hacer pedazos a la perra blanca.

Fuertes brazos lo obligaron a retroceder. Sintió una fuerza contundente contra la parte baja de su espalda. Tropezó. Oyó gritar a Victoire, pero no pudo verla más allá de la maraña de policías. Alguien arrojó una bolsa de tela sobre su cabeza. Se agitó violentamente; su brazo golpeó algo sólido, y la presión contra su espalda disminuyó ligeramente, pero luego algo duro golpeó su pómulo, y la explosión de dolor fue tan cegadora que lo dejó fláccido. Alguien le esposó las manos a la espalda. Dos pares de manos agarraron sus brazos, lo levantaron y lo arrastraron fuera de la Sala de Lectura.

La lucha había terminado. La Vieja Biblioteca estaba en silencio. Sacudió la cabeza frenéticamente, tratando de sacudirse la bolsa, pero todo lo que captó fueron destellos de estantes volcados y alfombras ennegrecidas antes de que alguien tirara de la bolsa con más fuerza sobre su cabeza. No vio nada de Vimal, Anthony, Ilse o Cathy. Ya no podía oír los gritos de Victoire.

—¿Victoire? jadeó, aterrorizado. —¿Victoire?

'Silencio,' dijo una voz profunda.

—¡Victoire! él gritó. 'Dónde-'

Tranquilo, tú. Alguien le quitó la capucha el tiempo suficiente para meterse un trapo en la boca. Luego se sumergió de nuevo en la oscuridad. No vio nada, no oyó nada; solo un silencio sombrío y espantoso mientras lo sacaban de las ruinas de la Biblioteca Vieja y lo metían en un taxi que lo esperaba.

Capítulo Veinticuatro

¡Tú no naciste para la muerte, pájaro inmortal!
Ninguna generación hambrienta te pisoteará.

JOHN KEATS, 'Oda a un ruiseñor'

A

doquines irregulares, empujones dolorosos. Sal, camina. Él obedeció, sin pensar. Lo sacaron del carruaje, lo arrojaron a una celda y lo dejaron con sus pensamientos.

Puede que hayan pasado horas o días. No podía decirlo, no tenía sentido del tiempo. No estaba en su cuerpo, no en esta celda; se acurrucó miserablemente en las losas de piedra y dejó atrás el regalo magullado y dolorido. Estaba en la Biblioteca Vieja, indefenso, observando una y otra vez cómo Ramy se sacudía y se tambaleaba hacia adelante como si alguien lo hubiera pateado entre los omoplatos, mientras Ramy yacía inerte en sus brazos, mientras Ramy, a pesar de todo lo que intentaba, no se movía de nuevo.

Ramy estaba muerto.

Letty los había traicionado, Hermes había caído y Ramy estaba muerto.

Ramy estaba muerto.

La pena sofocada. La pena paralizó. El dolor era una bota pesada y cruel que le apretaba el pecho con tanta fuerza que no podía respirar. La pena lo sacó de su cuerpo, hizo que sus heridas fueran teóricas. Estaba sangrando, pero no sabía de dónde. Le dolía todo por las esposas que se clavaban en sus muñecas, por el duro suelo de piedra contra sus extremidades, por la forma en que la policía lo había derribado como si tratara de romperle todos los huesos. Registró estas heridas como reales, pero en realidad no podía sentirlas; no podía sentir nada más que el dolor singular y cegador de la pérdida de Ramy. Y no quería sentir nada más, no quería hundirse en su cuerpo y registrar sus dolores, porque ese dolor físico significaría que estaba

vivo, y porque estar vivo significaba que tenía que seguir adelante. Pero no pudo continuar. No de esto.

Estaba atrapado en el pasado. Volvió a visitar ese recuerdo mil veces, de la misma manera que había vuelto a visitar la muerte de su padre. Solo que esta vez, en lugar de convencerse de que no tenía la intención de matar, trató de convencerse de la posibilidad de que Ramy estuviera vivo. ¿Realmente había visto morir a Ramy? ¿O solo había oído el disparo, visto el estallido de sangre y la caída? ¿Quedaba aliento en los pulmones de Ramy, vida en sus ojos? Parecía tan injusto. No, parecía imposible que Ramy pudiera dejar este mundo tan abruptamente, que pudiera estar tan vivo en un momento y tan quieto al siguiente. Parecía desafiar las leyes de la física que Ramiz Rafi Mirza pudiera ser silenciado por algo tan pequeño como una bala.

Y, ciertamente, Letty no podría haber estado apuntando a su corazón. Eso también era imposible. Ella lo amaba, lo amaba casi como Robin lo amaba, ella se lo había dicho, recordó, y si eso era cierto, ¿cómo podía mirar a Ramy a los ojos y disparar a matar?

Lo que significaba que Ramy podría estar todavía vivo, podría haber sobrevivido contra viento y marea, podría haberse arrastrado de la carnicería de la Vieja Biblioteca y encontrar algún lugar para esconderse, aún podría recuperarse si alguien lo encontraba a tiempo, restañaba la herida a tiempo. Improbable, pero tal vez, tal vez, tal vez. . .

Tal vez cuando Robin escapara de este lugar, cuando se reunieran, se reirían tanto de todo esto que les dolerían las costillas.

El esperó. Esperó hasta que la esperanza se convirtió en su propia forma de tortura. El significado original de esperanza era "desear", y Robin deseaba con cada onza de su ser un mundo que ya no existía. Esperó hasta que pensó que se estaba volviendo loco, hasta que comenzó a escuchar fragmentos de sus pensamientos como si fueran pronunciados fuera de él, palabras bajas y ásperas que resonaban alrededor de la piedra.

Deseo—

Lamento-

Y luego una ráfaga de confesiones que no eran suyas.

Desearía haberla amado mejor.

Ojalá nunca hubiera tocado ese cuchillo.

Esto no era su imaginación. Levantó su cabeza palpitante, su mejilla pegajosa con sangre y lágrimas. Miró a su alrededor, asombrado. Las piedras hablaban, susurrando mil testimonios

diferentes, cada uno ahogado por el siguiente para que él entendiera algo más que frases pasajeras.

Si solo, ellos dijeron.

No es justo, dijeron.

Me lo merezco, decían.

Y sin embargo, en medio de toda esa desesperación:

Ojalá—

Ojalá-

Espero contra toda esperanza—

Haciendo una mueca, se puso de pie, apretó la cara contra la piedra y avanzó poco a poco por la pared hasta que encontró el revelador destello plateado. La barra estaba inscrita con una cadena de margarita clásica del griego al latín al inglés. El epitafio griego significaba 'oración fúnebre': algo hablado, algo destinado a ser oído; el latín epitaphium, de manera similar, se refería a un elogio. Solo el epitafio del inglés moderno se refería a algo escrito y silencioso. La traducción distorsionada dio voz a lo escrito. Estaba rodeado de las confesiones de los muertos.

Se hundió y se agarró la cabeza entre las manos.

Qué tortura tan excepcionalmente terrible. ¿Qué genio había pensado en esto? El punto era, seguramente, inundarlo con la desesperación de cualquier otra pobre alma que había sido encarcelada aquí, llenarlo con una tristeza tan insondable que, cuando se le cuestionara, daría cualquier cosa y cualquier cosa para detenerlo.

Pero estos susurros eran redundantes. No oscurecieron sus pensamientos; simplemente les hicieron eco. Ramy estaba muerto; Hermes estaba perdido. El mundo no podía continuar. El futuro era solo una vasta extensión de oscuridad, y lo único que le daba una pizca de esperanza era la promesa de que algún día todo esto terminaría.

La puerta se abrió. Robin se despertó de golpe, sobresaltado por el crujido de las bisagras. Entró un joven agraciado, cabello rubio recogido en un moño justo por encima de su cuello.

"Hola, Robin Swift", dijo. Su voz era suave, musical. '¿Me recuerdas?'

Por supuesto no, Robin estuvo a punto de decir, pero entonces el hombre se acercó, y las palabras murieron en su lengua. Tenía los mismos rasgos que el retrato del friso de la capilla del University College: la misma nariz recta y aristocrática y los mismos ojos

inteligentes y hundidos. Robin había visto este rostro solo una vez, hacía más de tres años, en el comedor del profesor Lovell. Él nunca lo olvidaría.

Tú eres Sterling. El brillante y famoso Sterling Jones, sobrino de Sir William Jones, el mejor traductor de la época. Su aparición aquí fue tan inesperada que por un momento Robin solo pudo parpadear. 'Por qué-'

'¿Por qué estoy aquí?' Sterling se rió. Incluso su risa era elegante. No me lo podía perder. No después de que me dijeron que habían atrapado al hermano pequeño de Griffin Lovell.

Sterling acercó dos sillas a la habitación y se sentó frente a Robin, cruzando las piernas a la altura de las rodillas. Se bajó la chaqueta para enderezársela y luego ladeó la cabeza hacia Robin. 'Mi palabra. Realmente te has vuelto parecido. Sin embargo, eres un poco más agradable a la vista. Griffin era todo burlas y molestias. Como un perro mojado. Puso sus manos sobre sus rodillas y se inclinó hacia adelante. 'Así que mataste a tu padre, ¿verdad? No pareces un asesino.

—Y no pareces un policía del condado —dijo Robin—.

Pero incluso mientras decía esto, el último binario falso que había construido en su cabeza, el que separaba a los eruditos y las espadas del imperio, se desmoronó. Recordó las palabras de Griffin. Recordó las cartas de su padre. Comerciantes de esclavos y soldados. Asesinos listos, todos ellos.

Te pareces tanto a tu hermano. Sterling negó con la cabeza. '¿Cuál es la expresión china? ¿Tejones del mismo montículo o chacales de la misma tribu? Descarado, descarado y tan insoportablemente santurrón. Cruzó los brazos sobre el pecho y se echó hacia atrás, evaluándolo. 'Ayúdame a entender. Nunca pude resolver esto con Griffin. Simplemente, ¿por qué? Tienes todo lo que podrías desear. No tendrás que trabajar ni un día de tu vida; no es un trabajo real, de todos modos; no cuenta cuando es una beca. Estás nadando en la riqueza.

—Mis compatriotas no lo son —dijo Robin—.

'¡Pero ustedes no son sus compatriotas!' exclamó Sterling. 'Tu eres la excepción. Eres el afortunado, el elevado. ¿O realmente encuentras más cosas en común con esos pobres tontos de Cantón que con tus compañeros de Oxford?

—Sí, sí —dijo Robin. 'Tu país me recuerda todos los días que lo hago'.

'¿Es ese el problema, entonces? ¿Algunos británicos blancos no

fueron muy amables contigo?

Robin no vio ningún sentido en seguir discutiendo. Había sido una tontería seguirle el juego. Sterling Jones era igual que Letty, excepto que sin la simpatía superficial de la supuesta amistad. Ambos pensaban que se trataba de una cuestión de fortuna individual en lugar de una opresión sistemática, y ninguno podía ver fuera de la perspectiva de las personas que se veían y hablaban como ellos.

'Oh, no me digas.' Sterling suspiró. 'Te has formado la idea a medias de que el imperio es algo malo, ¿no es así?'

—Sabes que lo que hacen está mal —dijo Robin con cansancio. Basta de eufemismos; simplemente no podía, no quería creer que hombres inteligentes como Sterling Jones, el profesor Lovell y el señor Baylis realmente creyeran que sus endebles excusas eran otra cosa que eso. Solo hombres como ellos podrían justificar la explotación de otros pueblos y países con una retórica inteligente, réplicas verbales y razonamientos filosóficos enrevesados. Solo los hombres como ellos pensaban que esto seguía siendo un tema de debate. 'Sabes.'

'Supongamos que se sale con la suya', dijo Sterling, sin conceder nada. Supongamos que no vamos a la guerra y Cantón se queda con toda su plata. ¿Qué crees que están haciendo con él?

—Tal vez —dijo Robin— se lo gasten.

Sterling se burló. 'Este mundo pertenece a aquellos que agarran. Tú y yo lo sabemos, así es como llegamos a Babel. Mientras tanto, tu patria está gobernada por aristócratas indolentes y perezosos que están aterrorizados por la sola mención de un ferrocarril.

Una cosa que tenemos en común.

Muy divertido, Robin Swift. ¿Crees que Inglaterra debería ser castigada, entonces, por atreverse a usar esos dones naturales que Dios nos ha dado? ¿Dejaremos Oriente en manos de corruptos denigrados que derrocharán sus riquezas en sedas y concubinas? Sterling se inclinó hacia delante. Sus ojos azules brillaron. '¿O vamos a liderar? Gran Bretaña se precipita hacia un futuro vasto y resplandeciente. Tú podrías ser parte de ese futuro. ¿Por qué tirarlo todo por la borda?

Robin no dijo nada. No tenía sentido; este no fue un diálogo de buena fe. Sterling no quería nada más que conversión.

Sterling lanzó sus manos al aire. '¿Qué pasa con esto que es tan difícil de entender, Swift? ¿Por qué luchar contra la corriente? ¿Por qué ese absurdo impulso de morder la mano que te da de comer?

La universidad no me pertenece.

'Bah. La universidad te dio todo.

“La universidad nos arrancó de nuestros hogares y nos hizo creer que nuestro futuro solo podía consistir en servir a la Corona”, dijo Robin. 'La universidad nos dice que somos especiales, elegidos, seleccionados, cuando en realidad estamos separados de nuestra patria y criados a la distancia de una clase de la que nunca podremos formar parte. La universidad nos volvió contra los nuestros y nos hizo creer que nuestra única opción era la complicidad o la calle. Eso no fue un favor, Sterling. Fue crueldad. No me pidas que ame a mi amo.

Sterling lo miró fijamente. Respiraba muy fuerte. Era la cosa más extraña, pensó Robin, lo mucho que se había excitado. Sus mejillas estaban sonrojadas y su frente comenzaba a brillar con sudor. ¿Por qué, se preguntó, los blancos se molestaban tanto cuando alguien no estaba de acuerdo con ellos?

Tu amiga, la señorita Price, me advirtió que te volverías un poco fanático.

Esto era un cebo bastante desnudo. Robin se mordió la lengua.

'Adelante', se burló Sterling. ¿No quieres preguntar por ella? ¿No quieres saber por qué?

'Yo sé por qué. Los de tu clase son predecibles.

La ira se retorció en el rostro de Sterling. Se puso de pie y arrastró su silla más cerca hasta que sus rodillas casi se tocaron.

Tenemos formas de sacar la verdad. La palabra calmar deriva de una raíz protogermánica que significa “verdad”. Lo conectamos en cadena con la arena sueca. Te arrulla, te permite bajar la guardia, te reconforta hasta que estás cantando. Sterling se inclinó hacia delante. Pero siempre me ha parecido bastante aburrido.

¿Sabes de dónde viene la palabra agonía? Buscó dentro del bolsillo de su abrigo, luego sacó un par de esposas plateadas, que colocó sobre sus rodillas. 'Griego, pasando por el latín y más tarde, el francés antiguo. La palabra griega agōnia significa competencia; originalmente, una reunión deportiva entre atletas. Ganó la connotación de sufrimiento mucho más tarde. Pero estoy traduciendo del inglés al griego, para que la barra sepa inducir sufrimiento, no eliminarlo. Inteligente, ¿no?

Le dio a las esposas una sonrisa satisfecha. No había malicia en esa sonrisa, solo un triunfo alegre de que los idiomas antiguos pudieran ser cortados y reelaborados para el propósito previsto. “Tuvimos que experimentar un poco antes de lograrlo, pero ahora hemos perfeccionado el efecto. Dolerá, Robin Swift. Dolerá como el infierno. Lo he probado antes, sólo por curiosidad. No es un dolor superficial,

¿ven? no es como ser apuñalado con una espada, o incluso como ser quemado por las llamas. Está dentro de ti. Como si tus muñecas se estuvieran rompiendo, una y otra vez, solo que no hay un límite superior para la agonía, porque físicamente estás bien, todo está en tu cabeza. Es bastante horrible. Te esforzarás contra eso, por supuesto. El cuerpo no puede evitarlo, no contra un dolor así. Pero cada vez que luches, el dolor se duplicará y volverá a duplicarse. ¿Te gustaría verlo por ti mismo?

Estoy cansado, pensó Robin; Estoy tan cansado; Preferiría que me dispararas en la cabeza.

Aquí, déjame. Sterling se levantó y luego se arrodilló detrás de él. 'Prueba esto.'

Cerró las esposas de golpe. Robin gritó. No pudo evitarlo. Quería guardar silencio, negarle a Sterling la satisfacción, pero el dolor era tan abrumador que no tenía control, no tenía ningún sentido de su cuerpo excepto por el dolor, que era mucho peor de lo que Sterling había descrito. No se sentía como si sus muñecas se estuvieran rompiendo. Se sentía como si alguien estuviera clavando gruesas púas de hierro en sus huesos, directamente en la médula, y cada vez que se retorcía, agitándose para liberarse, el dolor se intensificaba.

Control, dijo una voz dentro de su cabeza, una voz que sonaba como Griffin. Contrólate, para, te dolerá menos—

Pero el dolor solo creció. Sterling no había mentido; no había límite. Cada vez que pensaba que esto era todo, que si sufría un momento más de esto, moriría, de alguna manera se amplificaba. No sabía que la carne humana podía sentir tanto dolor.

Control, dijo Griffin de nuevo.

Luego otra voz, terriblemente familiar: *Eso es algo bueno de ti. Cuando te golpean, no lloras.*

Restricción. Represión. ¿No había practicado esto toda su vida? *Deja que el dolor se deslice como gotas de lluvia, sin reconocerlo, sin reaccionar, porque fingir que no está sucediendo es la única forma de sobrevivir.*

El sudor goteaba por su frente. Luchó para superar la agonía cegadora, para recuperar el sentido de sus brazos y mantenerlos inmóviles. Era lo más difícil que jamás había hecho; se sentía como si estuviera forzando sus propias muñecas bajo un martillo.

Pero el dolor disminuyó. Robin se desplomó hacia adelante, jadeando.

"Impresionante", dijo Sterling. A ver cuánto tiempo puedes seguir

así. Mientras tanto, tengo algo más que mostrarte. Sacó otra barra de su bolsillo y la sostuvo sobre la cara de Robin. El lado izquierdo decía: φρήν. '¿Supongo que no hiciste griego antiguo? Griffin fue muy pobre, pero me dijeron que eres mejor estudiante. Entonces sabrás a qué se refiere phren: el asiento del intelecto y la emoción. Solo que los griegos no pensaban que residía en la mente. Homer, por ejemplo, describe el phren como si estuviera ubicado en el cofre. Colocó la barra en el bolsillo delantero de Robin. Entonces imagina lo que hace esto.

Retiró el puño y lo golpeó contra el esternón de Robin.

La tortura física no fue tan mala, más una fuerte presión que un dolor agudo. Pero en el momento en que los nudillos de Sterling tocaron su pecho, la mente de Robin explotó: sentimientos y recuerdos inundaron, todo lo que había escondido, todo lo que temía y temía, todas las verdades que no se atrevía a reconocer. Era un idiota balbuceante, no tenía idea de lo que estaba diciendo; palabras en chino e inglés salieron de él sin razón ni orden. Ramy, dijo, o pensó, no lo sabía; Ramy, Ramy, mi culpa, padre, mi padre, mi padre, mi madre, tres personas que he visto morir y ni una sola vez pude mover un dedo para ayudar.

Vagamente se dio cuenta de que Sterling lo impulsaba, tratando de guiar su fuente de balbuceo. 'Hermes', decía Sterling. Háblame de Hermes.

'Mátame', jadeó. Lo dijo en serio; nunca había querido nada más en el mundo. Una mente no estaba destinada a sentir tanto. Sólo la muerte silenciaría el coro. 'Santo Dios, mátame...'

Oh, no, Robin Swift. No te bajas tan fácilmente. No te queremos muerto; eso desafía el punto. Sterling sacó un reloj de su bolsillo, lo examinó y luego inclinó la oreja hacia la puerta como si escuchara algo. Segundos después, Robin escuchó gritar a Victoire. No puedo decir lo mismo de ella.

Robin reunió sus piernas debajo de él y se lanzó a la cintura de Sterling. Sterling se hizo a un lado. Robin se estrelló contra el suelo, su mejilla golpeando dolorosamente contra la piedra. Sus muñecas tiraron contra las esposas, y sus brazos una vez más explotaron en un dolor que no se detuvo hasta que se acurrucó sobre sí mismo, jadeando, vertiendo cada onza de su concentración en mantenerse quieto.

'Así es como funciona.' Sterling colgó la cadena del reloj sobre los ojos de Robin. Dime todo lo que sepas sobre la Sociedad Hermes, y

todo esto terminará. Quitaré las esposas y liberaré a tu amigo. Todo va a estar bien.'

Robin lo miró, jadeando.

'Dime, y esto se detiene,' dijo Sterling una vez más.

La Vieja Biblioteca había desaparecido. Ramy estaba muerto. Anthony, Cathy, Vimal e Ilse, todos probablemente muertos. Han matado al resto, había dicho Letty. ¿Qué más había que renunciar?

hay grifo, habló una voz. Están los que estaban en el sobre, hay muchos otros que no conoces. Y ese era el punto: no sabía quiénes seguían ahí afuera o qué estaban haciendo, y no podía arriesgarse a revelar nada que los pusiera en peligro. Había cometido ese error una vez antes; no podía volver a fallarle a Hermes.

Dímelo o le disparamos a la chica. Sterling colgó su reloj de bolsillo sobre la cara de Robin. 'En un minuto, a la hora y media, le van a meter una bala en el cráneo. A menos que les diga que se detengan.

—Estás mintiendo —jadeó Robin.

'Yo no soy. Cincuenta segundos.

No lo harías.

'Solo necesitamos a uno de ustedes con vida, y ella es más terca para trabajar.' Sterling volvió a sacudir el reloj. Cuarenta segundos.

Fue un farol. Tenía que ser un farol; posiblemente no podrían haber cronometrado las cosas con tanta precisión. Y deberían quererlos vivos a ambos: dos fuentes de información eran mejores que una, ¿no?

Veinte segundos.

Pensó frenéticamente en busca de una mentira pasable, cualquier cosa para detener el tiempo. 'Hay otras escuelas', respiró, 'hay contactos en otras escuelas, detente...'

'Ah.' Sterling guardó el reloj de bolsillo. 'Se acabó el tiempo.'

Al final del pasillo, Victoire gritó. Robin escuchó un disparo. El grito se interrumpió.

'Gracias a Dios,' dijo Sterling. Qué chillido.

Robin se arrojó a las piernas de Sterling. Esta vez funcionó; había pillado a Sterling por sorpresa. Cayeron al suelo, Robin sobre Sterling, las manos esposadas sobre su cabeza. Llevó sus puños a la frente de Sterling, sus hombros, en cualquier lugar que pudiera alcanzar.

—Agonía —jadeó Sterling—. 'Agonía'.

El dolor en las muñecas de Robin se redobló. No podía ver. No podía respirar. Sterling salió de debajo de él. Cayó de lado,

ahogándose. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Sterling se paró sobre él por un momento, respirando con dificultad. Luego echó la bota hacia atrás y le dio una patada brutal al esternón de Robin.

Dolor; dolor candente, cegador. Robin no pudo percibir nada más. No tenía aliento para gritar. No tenía control corporal en absoluto, ni dignidad; sus ojos estaban en blanco, su boca floja, goteando baba en el suelo.

'Buen señor.' Sterling ajustó su corbata mientras se enderezaba. Ricardo tenía razón. Animales, todos vosotros.

Entonces Robin volvió a estar solo. Sterling no dijo cuándo regresaría o qué le sucedería a Robin a continuación. Solo existía la vasta extensión del tiempo y el negro dolor que lo envolvía. Lloró hasta quedar vacío. Gritó hasta que le dolió respirar.

A veces, las oleadas de dolor remitían muy levemente y pensaba que podía organizar sus pensamientos, hacer un balance de su situación, reflexionar sobre su próximo movimiento. ¿Qué vino después? ¿Estaba la victoria sobre la mesa por más tiempo, o solo había supervivencia? Pero Ramy y Victoire lo impregnaron todo. Cada vez que veía el más mínimo atisbo del futuro, recordaba que no estarían en él, y entonces las lágrimas brotaron de nuevo, y la bota sofocante del dolor volvió a pisar su pecho.

Consideró morir. No sería tan difícil; solo necesitaba golpear su cabeza contra la piedra con suficiente esfuerzo o encontrar alguna manera de estrangularse con las esposas. El dolor de eso no lo asustó. Todo su cuerpo se sentía entumecido; parecía imposible que pudiera volver a sentir algo más que la abrumadora sensación de ahogarse, y tal vez, pensó, la muerte era la única forma de salir a la superficie.

Puede que no tenga que hacerlo él mismo. Cuando hubieran sacado todo lo que pudieran de su mente, ¿no lo juzgarían en la corte y luego lo colgarían? En su juventud había visto una vez un ahorcamiento en Newcastle; había visto a la multitud reunida alrededor de la horca durante uno de sus paseos por la ciudad y, sin saber lo que estaba viendo, se acercó más a la multitud. Había tres hombres parados en fila en la plataforma. Recordó el golpe del panel al ceder, el brusco chasquido de sus cuellos. Recordó haber escuchado a alguien murmurar su decepción porque las víctimas no habían pateado.

La muerte por ahorcamiento podría ser rápida, tal vez incluso fácil, sin dolor. Se sintió culpable por siquiera considerarlo: eso es

egoísta, había dicho Ramy, no puedes tomar el camino más fácil.

Pero, en nombre de Dios, ¿para qué seguía vivo? Robin no podía ver cómo importaba nada de lo que hiciera a partir de ahora. Su desesperación fue total. Habían perdido, habían perdido con tal aplastante integridad, y no quedaba nada. Si se aferró a la vida durante los días o semanas que le quedaban, fue únicamente por Ramy, porque no se merecía lo fácil.

El tiempo se deslizó. Robin vagó entre la vigilia y el sueño. El dolor y la pena hacían imposible descansar de verdad. Pero estaba cansado, muy cansado, y sus pensamientos giraron en espiral, convirtiéndose en recuerdos vívidos y de pesadilla. Volvía a estar en el Hellas, pronunciando las palabras que pusieron todo esto en marcha; estaba mirando a su padre, observando la sangre burbujear sobre la ruina de un cofre. Y fue una tragedia tan perfecta, ¿no? Una historia milenaria, el parricidio. A los griegos les encantaba el parricidio, le había gustado decir al señor Chester; la amaban por su infinito potencial narrativo, sus invocaciones de legado, orgullo, honor y dominio. Les encantó la forma en que golpeó todas las emociones posibles porque invirtió de manera torcida el principio más básico de la existencia humana. Un ser crea a otro, lo moldea e influye a su propia imagen. El hijo se convierte y luego reemplaza al padre; Kronos destruye a Ouranos, Zeus destruye a Kronos y, finalmente, se convierte en él. Pero Robin nunca había envidiado a su padre, nunca quiso nada suyo excepto su reconocimiento, y odiaba verse reflejado en ese rostro frío y muerto. No, no muerto: reanimado, inquietante; El profesor Lovell lo miró con lascivia, y detrás de él, el opio ardía en las costas de Canton, caliente, retumbante y dulce.

—Levántate —dijo el profesor Lovell. 'Levantarse.'

Robin se despertó de golpe. El rostro de su padre se convirtió en el de su hermano. Griffin se cernía sobre él, cubierto de hollín. Detrás de él, la puerta de la celda estaba hecha pedazos.

Robin se quedó mirando. 'Cómo-'

Griffin blandió una barra de plata. El mismo viejo truco. Wúxing.'

'Pensé que no podría funcionar para ti.'

Lo más gracioso, ¿no? Incorporarse.' Griffin se arrodilló detrás de él y se puso a trabajar en las esposas de Robin. 'Una vez que lo dijiste por primera vez, finalmente lo entendí. Como si hubiera estado esperando que alguien dijera esas palabras toda mi vida. Cristo, chico, ¿quién te hizo esto?

Sterling Jones.

'Por supuesto. Bastardo.' Jugueteó un momento con la cerradura. El metal se clavó en las muñecas de Robin. Robin hizo una mueca, haciendo todo lo posible por no moverse.

'Ah, maldita sea.' Griffin rebuscó en su bolso y sacó un gran par de tijeras. 'Estoy cortando, quédate quieto.' Robin sintió una presión agonizante e intensa, y luego nada. Sus manos quedaron libres, aún esposadas, pero ya no unidas.

El dolor se desvaneció. Se hundió por el indulto. Pensé que estabas en Glasgow.

Estaba a cincuenta millas cuando me enteré. Luego salté, esperé y me subí al primer tren que pude para regresar.

'¿Tienes noticias?'

Tenemos nuestras costumbres. Robin notó entonces que la mano derecha de Griffin brillaba moteada, pálida, roja y enfadada. Parecía una cicatriz de quemadura. 'Anthony no dio más detalles, solo envió una señal de emergencia, pero calculé que era malo. Luego, todos los rumores de la torre decían que los habían traído aquí, así que me salté la Biblioteca Vieja (habría sido peligroso, de todos modos) y vine aquí. Buena apuesta. ¿Dónde está Antonio?

"Está muerto", dijo Robin.

'Ya veo.' Algo onduló en el rostro de Griffin, pero parpadeó y sus rasgos recuperaron la calma. 'Y el resto-?'

Creo que están todos muertos. Robin se sintió miserable; no podía mirar a Griffin a los ojos. 'Cathy, Vimal, Ilse, todos en la casa, no los vi caer, pero escuché los disparos, y luego no los volví a ver'.

'¿Ningún otro sobreviviente?'

Ahí está Victoria. Sé que trajeron a Victoire, pero...

'¿Dónde está ella?'

—No lo sé —dijo Robin con tristeza. Podría estar muerta en su celda. Ya podrían haber arrastrado su cuerpo afuera, tirado en una tumba poco profunda. No podía pronunciar las palabras para explicar; eso lo destrozaría.

'Entonces echemos un vistazo.' Griffin lo agarró por los hombros y lo sacudió con fuerza. 'Tus piernas están bien, ¿no? Ven, levántate.

El pasillo estaba milagrosamente vacío. Robin miró a izquierda y derecha, desconcertado. '¿Dónde están todos los guardias?'

Me deshice de ellos. Griffin tocó otra barra en su cinturón. 'Un riff de cadena de margaritas en la palabra explotar. El latín explodere es un término teatral: se refiere a sacar a un actor del escenario

aplaudiendo. De ahí obtenemos el significado en inglés antiguo "rechazar o alejar con ruido fuerte". No es hasta los ingleses modernos que conseguimos una detonación. Parecía muy satisfecho consigo mismo. Mi latín es mejor que mi chino.

'¿Así que eso no destruyó la puerta?'

'No, solo hace un sonido tan horrible que ahuyenta a todos los oyentes. Los hice correr al segundo piso, y luego me arrastré hasta aquí y cerré las puertas detrás de mí.

'Entonces, ¿qué hizo ese agujero?'

Sólo pólvora negra. Griffin arrastró a Robin. No se puede confiar en la plata para todo. Los eruditos siempre olvidan eso.

Registraron todas las celdas del pasillo en busca de Victoire. La mayoría estaban vacías y Robin sintió un miedo creciente a medida que bajaban las puertas. No quería mirar; no quería ver el suelo manchado de sangre o, peor aún, su cuerpo inerte yaciendo donde lo habían dejado, con una herida de bala en la cabeza.

—Aquí —gritó Griffin desde el final del pasillo. Golpeó la puerta. 'Despierta querida.'

Robin casi se derrumbó de alivio cuando escuchó la respuesta amortiguada de Victoire. '¿Quién es ese?'

'¿Puedes caminar?' preguntó Griffin.

Esta vez la voz de Victoire era más clara; ella debe haberse acercado a la puerta. 'Sí.'

'¿Estás herido?'

'No, estoy bien.' Victoire sonaba confundida. —¿Robin, eso es...?

Soy Griffin. Robin también está aquí. No te preocupes, te vamos a sacar. Griffin metió la mano en su bolsillo y sacó lo que parecía una granada de mano improvisada: una esfera de cerámica de un cuarto del tamaño de una pelota de cricket con un fusible que sobresalía de un extremo.

A Robin le pareció bastante pequeño. ¿Eso puede atravesar el hierro?

'No tiene que hacerlo. La puerta está hecha de madera. Griffin levantó la voz. Victoire, acércate al rincón más alejado y pon la cabeza entre los brazos y las rodillas. ¿Listo?'

Victoire gritó su asentimiento. Griffin colocó la granada en la esquina de la puerta, la encendió con una cerilla y rápidamente arrastró a Robin varios pasos por el pasillo. La explosión llegó segundos después.

Robin agitó el humo de su cara, tosiendo. La puerta no había

estallado; cualquier explosión tan grande seguramente habría matado a Victoire. Pero había hecho un agujero en el fondo lo suficientemente grande como para que un niño pudiera pasar. Griffin pateó la madera carbonizada hasta que cayeron varios pedazos grandes. —Victoire, ¿puedes…?

Se arrastró fuera, tosiendo. Griffin y Robin la agarraron por cada brazo y la arrastraron por el resto del camino. Cuando por fin se soltó, se puso de rodillas y abrazó a Robin. 'Pensé-'

—Yo también —murmuró, abrazándola fuerte. Ella estaba, gracias a Dios, en gran parte ilesa. Tenía las muñecas un poco irritadas, pero sin esposas, y no había sangre en ella, ni heridas de bala abiertas. Sterling había estado fanfarroneando.

Dijeron que te habían disparado. Ella se apretó contra su pecho, temblando. 'Oh, Robin, escuché un disparo...'

'Tuviste-?' No pudo terminar la pregunta. Inmediatamente se arrepintió de preguntar; él no quería saber.

—No —susurró ella. 'Lo siento, pensé, ya que nos tenían de todos modos, pensé. . .' Su voz se quebró; ella apartó la mirada.

Él sabía lo que ella quería decir. Ella había elegido dejarlo morir. Esto no dolió tanto como debería. Más bien, aclaró las cosas; lo que estaba en juego ante ellos, la insignificancia de sus vidas frente a la causa que habían elegido. La vio comenzar a disculparse y luego detenerse: bien, pensó; no tenía nada de qué arrepentirse, pues entre ellos sólo uno se había negado a romperse.

¿Hacia dónde está la puerta? preguntó Victoria.

—Cuatro pisos más abajo —dijo Griffin. Todos los guardias están atrapados en el hueco de la escalera, pero pronto se abrirán paso.

Robin miró por la ventana al final del pasillo. Estaban bastante arriba, se dio cuenta. Había pensado que estaban en la cárcel de la ciudad en Gloucester Green, pero ese edificio tenía solo dos pisos de altura. El suelo parecía tan lejos de donde estaban. '¿Dónde estamos?'

—El castillo de Oxford —dijo Griffin, sacando una cuerda de su cartera. 'Torre norte.'

¿No hay otra escalera?

'Ninguno.' Griffin asintió hacia la ventana. Rompe el cristal con el codo. Estamos escalando.

Griffin descendió primero, luego Victoire y luego Robin. Bajar fue mucho más difícil de lo que Griffin hizo parecer; Robin se deslizó demasiado rápido por los últimos tres metros cuando sus brazos

cedieron y la cuerda le dejó quemaduras abrasadoras en las palmas de las manos. Afuera, era evidente que Griffin había causado mucho más que una simple distracción. Todo el frente norte del castillo de Oxford estaba en llamas, y las llamas y el humo se extendían rápidamente por el edificio.

¿Griffin había hecho todo esto él mismo? Robin miró de soslayo a su hermano, y fue como ver a un extraño. Griffin se convertía en algo nuevo en su imaginación cada vez que lo encontraba, y esta versión era de lo más aterradora, este hombre duro y afilado que disparaba, mataba y quemaba sin inmutarse. Era la primera vez que relacionaba los compromisos abstractos de su hermano con la violencia con sus efectos materiales. Y fueron geniales. Robin no sabía si le temía o si admiraba su gran habilidad.

Griffin les arrojó dos sencillas capas negras de su cartera (desde la distancia, se verían vagamente como las capas de los alguaciles) y luego los condujo a lo largo del costado del castillo hacia la calle principal. 'Muévete rápido y no mires detrás de ti', murmuró. Están todos distraídos. Ten calma, sé rápido, saldremos de aquí sin problemas.

Y por un momento, parecía que escapar realmente podía ser así de fácil. Toda la plaza del castillo parecía desierta; todos los centinelas estaban preocupados por las llamas y los altos muros de piedra arrojaban muchas sombras en las que esconderse.

Solo una figura se interponía entre ellos y la puerta.

Explodere. Sterling Jones se tambaleó hacia ellos. Su cabello estaba quemado, su rostro principesco arañado y ensangrentado. 'Inteligente. No creía que tuvieras el latín para lograrlo.

Griffin extendió una mano ante Robin y Victoire como si los estuviera protegiendo de una bestia que embestía. Hola, Sterling.

'Veo que has alcanzado nuevas alturas de destrucción.' Sterling señaló vagamente al castillo. A la tenue luz de la lámpara, con sangre cubriendo su cabello pálido y polvo blanco grisáceo por todo su pelaje, parecía bastante trastornado. ¿No te bastó con matar a Evie?

—Evie eligió su destino —gruñó Griffin.

'Palabras audaces de un asesino'.

'¿Soy el asesino? ¿Después de Birmania?

'Ella estaba desarmada-'

Ella sabía lo que había hecho. Tú también.'

Había historia aquí, vio Robin. Algo más allá de pertenecer a la misma cohorte. Griffin y Sterling hablaron con la intimidad de viejos

amigos atrapados en una complicada maraña de amor y odio de la que él no estaba al tanto, algo que se había gestado durante muchos años. No conocía su historia, pero era obvio que Griffin y Sterling habían estado anticipando esta confrontación durante bastante tiempo.

Sterling levantó su arma. Levantaría las manos ahora.

"Tres objetivos", dijo Griffin. Una pistola. ¿A quién apuntas, Sterling?'

Sterling tuvo que darse cuenta de que lo superaban en número. Parecía no importarle. Oh, creo que lo sabes.

Terminó tan rápido que Robin apenas se dio cuenta de lo que estaba pasando. Griffin sacó su revólver. Sterling apuntó su arma al pecho de Griffin. Debieron apretar los gatillos simultáneamente, porque el ruido que partió la noche sonó como un solo disparo. Ambos colapsaron a la vez.

Victoria gritó. Robin se arrodilló, tiró del abrigo de Griffin y le dio palmaditas frenéticas en el pecho hasta que encontró la mancha húmeda y creciente de sangre sobre su hombro izquierdo. Las heridas del hombro no eran fatales, ¿verdad? Robin trató de recordar lo poco que había deducido de las historias de aventuras: uno podría morir desangrado, pero no si recibía ayuda a tiempo, no si alguien detenía la hemorragia el tiempo suficiente para vendar la herida, o coserla, o lo que fuera. hicieron los médicos para arreglar una bala en el hombro—

—Bolsillo —jadeó Griffin—. 'Bolsillo delantero-'

Robin rebuscó en su bolsillo delantero y sacó una delgada barra plateada.

'Prueba eso, yo lo escribí, no sé si será...'

Robin leyó la barra y luego la presionó contra el hombro de su hermano. 'Xiū', susurró. 'Curar.'

修. Arreglar. No meramente para sanar, sino para reparar, para reparar el daño; deshacer la herida con reparación bruta, mecánica. La distorsión era sutil, pero estaba ahí, podía funcionar. Y algo estaba sucediendo: lo sintió bajo su mano, la unión de la carne rota, un crujido de huesos que volvían a crecer. Pero la sangre no se detendría; se derramó sobre sus manos, cubriendo la barra, cubriendo la plata. Algo andaba mal: la carne se movía pero no se unía; la bala estaba en el camino, y era demasiado profunda para que él la sacara. —No — rogó Robin. 'No, por favor-' No otra vez; no tres veces; ¿Cuántas veces estuvo condenado a inclinarse sobre un cuerpo moribundo, viendo cómo se le escapaba la vida, incapaz de recuperarla?

Griffin se retorció debajo de él, con el rostro contraído por el

dolor. 'Para,' me rogó. 'Detente, solo déjalo—'

—Viene alguien —dijo Victoire.

Robin se sintió paralizado. 'Grifo-'

'Ir.' El rostro de Griffin se había vuelto blanco como el papel, casi verde. χλωρός, pensó Robin estúpidamente; era lo único que su mente podía procesar, un recuerdo de un frívolo debate sobre la traducción del color. Se encontró recordando en detalle cómo el profesor Craft había cuestionado por qué seguían traduciendo χλωρός como 'verde', cuando Homer también lo había aplicado a ramitas frescas, a miel, a rostros pálidos de miedo. ¿Estaba el bardo simplemente ciego, entonces? No. Tal vez, propuso el profesor Craft, era simplemente el color de la naturaleza fresca, de la vida verde, pero eso no podía ser correcto, porque el verde enfermizo del cuerpo de Griffin no era más que el comienzo de la muerte.

'Lo estoy intentando-'

—No, Robin, escucha. Griffin se estremeció de dolor; Robin lo abrazó con fuerza, incapaz de hacer nada más. Hay más de lo que piensas. Hermes, la habitación segura, Victoire sabe dónde, sabe qué hacer, y en mi cartera, wúxíng, hay...

—Vienen —la instó Victoire. 'Robin, los agentes, nos verán...'

Griffin lo empujó. 'Corre-'

'No.' Robin deslizó sus brazos bajo el torso de Griffin. Pero Griffin era tan pesado y sus propios brazos tan débiles. La sangre se derramó por todas sus manos. Su olor, salado; su visión se volvió borrosa. Trató de poner a su hermano en posición vertical. Se tambalearon hacia un lado.

Griffin gimió. 'Deténgase . . .'

'Robin.' Victoire lo agarró del brazo. 'Por favor, tenemos que escondernos—'

Robin metió la mano en la cartera, rebuscó hasta que sintió el frío ardor de la plata. —Wúxíng —susurró—. 'Invisible.'

Robin y Victoire parpadearon y luego desaparecieron justo cuando tres policías llegaban corriendo por la plaza.

'Cristo', dijo alguien. Soy Sterling Jones.

'¿Muerto?'

No se mueve.

Este sigue vivo. Alguien se inclinó sobre el cuerpo de Griffin. Un susurro de tela: un arma desenfundada. Una risa aguda y sorprendida; una declaración a medias, 'No - él es-'

El clic de un gatillo.

—No —casi gritó Robin, pero Victoire le tapó la boca con la mano —.

El disparo retumbó como un cañón. Griffin se convulsionó y se quedó inmóvil. Robin se dobló, gritando, pero no había sonido en su angustia, ni forma en su dolor; era incorpóreo, sin voz, y aunque sufría el tipo de dolor desgarrador que exigía gritos, palizas, un desgarramiento del mundo —y si no del mundo, entonces de sí mismo —, no podía moverse; hasta que la plaza estuvo despejada, todo lo que podía hacer era esperar y observar.

Cuando por fin los guardias se fueron, el cuerpo de Griffin se había vuelto de un blanco espantoso. Tenía los ojos abiertos, vidriosos. Robin presionó sus dedos contra su cuello, buscando el pulso y sabiendo que no encontraría ninguno; la explosión había sido tan directa, desde tan corta distancia.

Victoire se paró sobre él. 'Es él-'

'Sí.'

—Entonces tenemos que irnos —dijo ella, cerrando los dedos alrededor de su muñeca—. Robin, no sabemos cuándo volverán.

Se levantó. Qué horrible cuadro, pensó. Los cuerpos de Griffin y Sterling yacían juntos en el suelo, la sangre se acumulaba debajo de cada uno, corriendo juntos bajo la lluvia. Una especie de historia de amor había concluido en esta plaza: un triángulo vicioso de deseo, resentimiento, celos y odio se había abierto con la muerte de Evie y cerrado con la de Griffin. Sus detalles eran turbios, Robin nunca los conocería en su totalidad;*todo lo que sabía, con certeza, era que esta no era la primera vez que Griffin y Sterling intentaban matarse, solo la primera vez que uno de ellos lo lograba. Pero todos los personajes principales ya estaban muertos y el círculo se había cerrado.

—Vámonos —instó de nuevo Victoire. 'Robin, no hay mucho tiempo.'

Se sentía tan mal dejarlos así. Robin quería al menos alejar el cuerpo de su hermano, dejarlo en algún lugar tranquilo y privado, cerrar los ojos y colocar las manos sobre el pecho. Pero ahora sólo había tiempo para correr, para dejar atrás la escena de la masacre.

Capítulo Veinticinco

y solo quedo yo de todo lo vivido,
Reprimido en esta estrecha y horrible convicción.

THOMAS LOVELL BEDDOES, El libro de bromas de la muerte

Robin no recordaba cómo escaparon desapercibidos del castillo de Oxford. Su mente había huido con la muerte de Griffin; no podía tomar decisiones; apenas podía registrar dónde estaba. Lo más que podía hacer era poner un pie delante del otro, siguiendo ciegamente a Victoire dondequiera que los llevara: a los bosques, a través de arbustos y zarzas, a la orilla de un río donde esperaban, acurrucados en el barro, mientras los perros pasaban corriendo, ladrido; luego suba por una carretera sinuosa hacia el centro de la ciudad. Sólo cuando estuvieron de vuelta en un entorno familiar, casi en las sombras de Babel y la Biblioteca Radcliffe, encontró el dominio de sí mismo para hacer un balance de adónde se dirigían.

'¿No está esto un poco cerca?' preguntó. ¿No deberíamos probar el canal? . . ?'

—El canal no —susurró Victoire. Nos llevará directamente a la comisaría.

'¿Pero por qué no nos dirigimos a los Cotswolds?' No sabía por qué su mente se había apoderado de las colinas de Cotswold, al noroeste de Oxford, llenas de onduladas llanuras y bosques vacíos. Simplemente parecían el lugar natural al que huir. Tal vez lo había leído por un centavo una vez, y había asumido que los Cotswolds eran un lugar para fugitivos desde entonces. Ciertamente parecían mejores que el corazón de Oxford.

—Nos estarán buscando en los Cotswolds —dijo Victoire. Estarán esperando que corramos, tendrán perros peinando el bosque. Pero hay una casa segura cerca del centro de la ciudad…

'No, no podemos – renuncié a eso; Lovell lo sabía, y Playfair

también debe...

Hay otro. Anthony me mostró: justo cerca de la Biblioteca Radcliffe, hay una entrada de túnel en la parte trasera de las Bóvedas. Sólo sígueme.'

Robin podía oír perros ladrando en la distancia mientras se acercaban al cuadrilátero de Radcliffe. La policía debe haber lanzado una cacería humana por toda la ciudad; seguramente había hombres y perros rastreando cada calle en busca de ellos. Sin embargo, de repente, absurdamente, no sintió la urgencia de huir. Tenían la barra de wúxíng de Griffin en la mano; podrían desaparecer en cualquier momento.

Y Oxford por la noche seguía siendo tan sereno, todavía parecía un lugar donde estaban a salvo, donde el arresto era imposible. Todavía parecía una ciudad tallada en el pasado; de antiguas agujas, pináculos y torreones; de suave luz de luna sobre viejas piedras y desgastados caminos empedrados. Sus edificios seguían siendo tranquilizadoramente pesados, sólidos, antiguos y eternos. Las luces que brillaban a través de las ventanas arqueadas todavía prometían calor, libros viejos y té caliente en el interior; todavía sugería la idílica vida de un erudito, donde las ideas eran entretenimientos abstractos que podían ser discutidos sin consecuencias.

Pero el sueño se hizo añicos. Ese sueño siempre se había fundado en una mentira. Ninguno de ellos había tenido nunca la oportunidad de pertenecer verdaderamente aquí, porque Oxford solo quería un tipo de erudito, el tipo nacido y criado para recorrer los puestos de poder que había creado para sí mismo. Todos los demás los masticó y los descartó. Estos imponentes edificios fueron construidos con monedas de la venta de esclavos, y la plata que los mantenía en funcionamiento provenía manchada de sangre de las minas de Potosí. Fue fundido en sofocantes fraguas donde los trabajadores nativos cobraban una miseria, antes de cruzar el Atlántico en barcos hasta donde fue moldeado por traductores arrancados de sus países, robados a esta tierra lejana y nunca realmente permitidos volver a casa.

Había sido tan tonto al pensar que podría construir una vida aquí. No había forma de cruzar la línea; él sabía eso ahora. Sin ir y venir entre dos mundos, sin ver y sin ver, sin taparse un ojo con la mano como un niño jugando. O eras parte de esta institución, uno de los ladrillos que la sostenían, o no lo eras.

Los dedos de Victoire se enrollaron alrededor de los suyos.

'No hay forma de redimirlo, ¿verdad?' preguntó.

Ella apretó su mano. 'No.'

Su error había sido tan obvio. Habían asumido que Oxford no los traicionaría. Su dependencia de Babel estaba arraigada, inconsciente. En algún nivel, todavía creían que la universidad y su condición de académicos podrían protegerlos. Habían asumido, a pesar de todos los indicios de lo contrario, que aquellos que tenían más que ganar con la continua expansión del Imperio podrían encontrar dentro de sí mismos hacer lo correcto.

folletos. Habían pensado que podrían ganar esto con panfletos.

Casi se rió del absurdo. El poder no residía en la punta de un bolígrafo. El poder no actuó en contra de sus propios intereses. El poder solo podía ser doblegado mediante actos de desafío que no podía ignorar. Con fuerza bruta e inquebrantable. con violencia

—Creo que Griffin tenía razón —murmuró Robin. 'Tuvo que ser la torre todo el tiempo. Tenemos que tomar la torre.

'Mm.' El labio de Victoire se curvó; sus dedos se apretaron alrededor de los de él. '¿Cómo quieres hacer eso?'

Dijo que sería fácil. Dijo que eran eruditos, no soldados. Dijo que todo lo que necesitarías era un arma. Quizá un cuchillo.

Ella rió amargamente. 'Yo lo creo.'

Era solo una idea, un deseo más que nada, pero era un comienzo. Y echó raíces y creció dentro de ellos, se desplegó hasta convertirse menos en una fantasía ridícula y más en una cuestión de logística, de cómo y cuándo.

Al otro lado de la ciudad, los estudiantes estaban profundamente dormidos. Junto a ellos, tomos de Platón y Locke y Montesquieu esperaban ser leídos, discutidos, gesticulados; derechos teóricos como la libertad y la libertad serían debatidos entre quienes ya los disfrutaban, conceptos rancios que, en las ceremonias de graduación de sus lectores, serían rápidamente olvidados. Esa vida, y todas sus preocupaciones, ahora le parecían una locura; no podía creer que hubiera habido un momento en que sus mayores preocupaciones fueran qué color de corbata pedir a Randall's, o qué insultos gritar a las casas flotantes que acaparaban el río durante la práctica de remo. Eran todas esas distracciones frívolas y triviales construidas sobre una base de crueldad continua e inimaginable.

Robin contempló la curva de Babel contra la luz de la luna, el débil resplandor plateado que despedían sus muchos refuerzos. Tuvo una visión repentina y muy clara de la torre en ruinas. Quería que se rompiera. Quería que, por una vez, sintiera el dolor que había hecho

posible su existencia enrarecida. Quiero que se desmorone.

La garganta de Victoire latió, y supo que estaba pensando en Anthony, en disparos, en los restos de la Vieja Biblioteca. Quiero que se queme.

Libro V

Interludio

Letty

L

etitia Price no era una persona malvada.

Duro, tal vez. Fría, contundente, severa: todas las palabras que uno podría usar para describir a una chica que exigía del mundo las mismas cosas que un hombre. Pero solo porque la severidad era la única forma de hacer que la gente la tomara en serio, porque era mejor ser temida y odiada que ser considerada una mascota dulce, bonita y estúpida; y porque la academia respetaba el acero, podía tolerar la crueldad, pero nunca podía aceptar la debilidad.

Letty había luchado y luchado por todo lo que tenía. Oh, uno no lo sabría al mirarla, esta hermosa rosa inglesa, esta hija de almirante criada en una finca de Brighton con media docena de sirvientes a mano y doscientas libras al año para quien la casara. Letitia Price lo tiene todo, decían las chicas feas y celosas de los bailes de Londres. Pero Letty nació en segundo lugar después de un niño, Lincoln, la niña de los ojos de su padre. Mientras tanto, su padre, el almirante, apenas podía soportar mirarla, porque cuando lo hizo todo lo que vio fue una sombra de la frágil y difunta señora Amelia Price, muerta al dar a luz en una habitación húmeda con sangre que olía a océano.

—Desde luego, no te culpo —le dijo una noche, tarde, después de demasiado vino. Pero lo entenderás, Letitia, si prefiero que te esfumes en mi presencia.

Lincoln estaba destinado a Oxford, Letty a un matrimonio temprano. Lincoln recibió la rotación de tutores, todos recién graduados de Oxford que no habían conseguido una parroquia en otro lugar; los bolígrafos elegantes, papelería cremosa y libros gruesos y brillantes sobre cumpleaños y Navidad. En cuanto a Letty, bueno, la opinión de su padre sobre la alfabetización de las mujeres era que solo necesitaban poder firmar el certificado de matrimonio.

Pero fue Letty quien tenía talento para los idiomas, quien absorbió el griego y el latín tan fácilmente como lo hizo con el inglés. Aprendió

leyendo sola y sentándose con la oreja pegada a la puerta durante las sesiones de tutoría de Lincoln. Su formidable mente retuvo información como una trampa de acero. Tenía reglas gramaticales de la misma manera que otras mujeres guardaban rencor. Abordó el lenguaje con un rigor matemático decidido, y derribó las construcciones latinas más espinosas por pura fuerza de voluntad. Era Letty quien acosaba a su hermano a altas horas de la noche cuando no recordaba su lista de vocabulario, quien terminaba sus traducciones y corregía sus composiciones cuando se aburría y salía a montar a caballo oa cazar o lo que fuera que hacían los chicos al aire libre.

Si sus roles hubieran sido intercambiados, ella habría sido aclamada como un genio. Habría sido el próximo Sir William Jones.

Pero esto no estaba en sus estrellas. Trató de ser feliz por Lincoln, de proyectar sus esperanzas y sueños en su hermano como tantas mujeres de esa época. Si Lincoln se convertía en catedrático de Oxford, tal vez ella se convirtiera en su secretaria. Pero su mente era simplemente una pared de ladrillos. Odiaba sus lecciones; despreciaba a sus tutores. Pensaba que sus lecturas eran aburridas. Todo lo que siempre quiso fue estar al aire libre; no podía quedarse quieto frente a un libro por más de un minuto antes de comenzar a inquietarse. Y ella simplemente no podía entenderlo, por qué alguien con tales oportunidades rechazaría la oportunidad de usarlas.

"Si estuviera en Oxford, leería hasta que me sangraran los ojos", le dijo.

"Si estuvieras en Oxford", dijo Lincoln, "el mundo sabría temblar".

Amaba a su hermano, lo amaba. Pero ella no podía soportar su ingratitud, la forma en que despreciaba todos los regalos que le había dado el mundo. Y se sintió como justicia, casi, cuando resultó que Oxford le sentaba muy mal a Lincoln. Sus tutores en Balliol escribieron al almirante Price quejándose de beber, apostar y quedarse fuera después del toque de queda. Lincoln escribió a casa pidiendo dinero. Sus cartas a Letty eran breves, tentadoras, y ofrecían destellos de un mundo que claramente no apreciaba: las clases son una siesta, no te molestes en ir, no durante la temporada de remo, de todos modos, deberías venir a vernos a Bumps la próxima primavera. Al principio, el almirante Price descartó esto como algo natural, como dolores de crecimiento. Los hombres jóvenes, que vivían fuera de casa por primera vez, siempre se tomaban un tiempo para adaptarse, y ¿por qué no deberían sembrar su avena loca? Lincoln recogería sus libros, a tiempo.

Pero las cosas solo empeoraron. Las notas de Lincoln nunca mejoraron. Las cartas de sus tutores eran ahora menos pacientes, más amenazantes. Cuando Lincoln llegó a casa de vacaciones durante su tercer año, algo había cambiado. Se había puesto una podredumbre, vio Letty. Algo permanente, oscuro. El rostro de su hermano estaba hinchado, su habla lenta, mordaz y amarga. Apenas dijo una palabra a ninguno de ellos durante todas las vacaciones. Las tardes las pasaba solo en su habitación, trabajando constantemente en una botella de whisky escocés. Por las tardes o salía y no volvía hasta la madrugada, o se peleaba con su padre, y aunque los dos cerraban la puerta del estudio, sus voces enojadas traspasaban todas las habitaciones de la casa. Eres una desgracia, dijo el almirante Price. Lo odio allí, dijo Lincoln. No estoy feliz. Y es tu sueño, no el mío.

Por fin Letty decidió enfrentarse a él. Cuando Lincoln salió del estudio esa noche, ella estaba en el pasillo, esperando.

'¿Qué estás mirando?' miró con lascivia. ¿Estás aquí para regodearte?

"Le estás rompiendo el corazón", dijo.

No te importa su corazón. Estás celoso.'

'Por supuesto que estoy celoso. Lo tienes todo. Todo, Lincoln. Y no entiendo qué te impulsa a derrocharlo. Si tus amigos son un lastre, córtalos. Si los cursos son difíciles, te ayudaré, iré contigo, revisaré todos los trabajos que escribas...

Pero él estaba tambaleándose, con los ojos desenfocados, apenas escuchándola. Ve y tráeme un brandy.

'Lincoln, *¿qué te pasa?'*

Oh, no me juzgues. Su labio se curvó. La honrada Letty, la brillante Letty, debería haber estado en Oxford excepto por el espacio entre sus piernas...

'Me das asco.'

Lincoln solo se rió y se dio la vuelta.

'No vengas a casa', le gritó ella. Será mejor que te vayas. Estás mejor muerto.

A la mañana siguiente, un policía llamó a su puerta y preguntó si esa era la residencia del almirante Price y si los acompañaría, por favor, para identificar un cuerpo. El conductor nunca lo vio, dijeron. Ni siquiera sabía que estaba debajo del carro hasta esta mañana, cuando los caballos se asustaron. Estaba oscuro, estaba lloviendo y Lincoln había estado borracho, cruzando la calle; el almirante podía demandar, como era su derecho, pero dudaban que la corte estuviera

de su lado. Fue un accidente.

Después de esto, Letty siempre temería y se maravillaría ante el poder de una sola palabra. No necesitaba lingotes de plata para demostrar que decir algo podía hacerlo realidad.

Mientras su padre se preparaba para el funeral, Letty escribió a los tutores de Lincoln. Incluyó algunas composiciones propias.

Una vez admitida, todavía sufrió mil y una humillaciones en Oxford. Los profesores le hablaban como si fuera estúpida. Los empleados seguían tratando de mirar a través de su camisa. Tenía que caminar exasperantemente largo a cada clase porque la facultad obligaba a las mujeres a vivir en un edificio casi dos millas al norte, donde la dueña parecía confundir a sus inquilinos con sirvientas y gritaba si se negaban a barrer. Los académicos pasaban junto a ella en las fiestas de la facultad para estrechar la mano de Robin o Ramy; si hablaba, fingían que no existía. Si Ramy corrigió a un profesor, fue audaz y brillante; si Letty hacía lo mismo, estaba agravando. Si quería sacar un libro de la Bodleian, necesitaba que Ramy o Robin estuvieran presentes para dar permiso. Si quería moverse en la oscuridad, sola y sin miedo, tenía que vestirse y caminar como un hombre.

Nada de esto fue una sorpresa. Al fin y al cabo, era una mujer erudita en un país cuya palabra locura se derivaba de la palabra matriz. Fue irritante. Sus amigos siempre hablaban de la discriminación que enfrentaban como extranjeros, pero ¿por qué a nadie le importaba que Oxford fuera igualmente cruel con las mujeres?

Pero a pesar de todo eso, míralos: estaban aquí, estaban prosperando, desafiando las probabilidades. Habían entrado en el castillo. Tenían un lugar aquí, donde podían trascender su nacimiento. Tenían, si la aprovechaban, la oportunidad de convertirse en algunas de las alabadas excepciones. ¿Y por qué iban a ser otra cosa que indefectiblemente, desesperadamente agradecidos?

Pero de repente, después de Canton, todos estaban hablando en un idioma que ella no podía entender. De repente, Letty estaba afuera y no podía soportarlo. Parecía que no podía descifrar el código, sin importar cuánto lo intentara, porque cada vez que preguntaba, la respuesta siempre era ¿No es obvio, Letty? ¿No ves? No, ella no vio. Encontró sus principios absurdos, el colmo de la estupidez. Ella pensó que el Imperio era inevitable. El futuro inmutable. Y la resistencia inútil.

Sus convicciones la desconcertaron: ¿por qué, se preguntó, te

estrellarías contra una pared de ladrillos?

Aún así, ella los había ayudado, protegido y guardado sus secretos. Ella los amaba. Habría matado por ellos. Y trató de no creer las peores cosas sobre ellos, las cosas que su crianza le habría hecho pensar. No eran salvajes. No eran inferiores, ni ingratos de mente blanda. Solo estaban, lamentablemente, terriblemente, equivocados.

Pero, oh, cómo odiaba verlos cometer los mismos errores que había cometido Lincoln.

¿Por qué no podían ver lo afortunados que eran? ¡Que se les permitiera entrar en estos sagrados salones, que los elevaran de su sórdida crianza a las deslumbrantes alturas del Real Instituto de Traducción! Todos ellos habían luchado con uñas y dientes para ganar un asiento en un salón de clases en Oxford. Estaba deslumbrada por su suerte todos los días que se sentaba en el Bodleian, hojeando libros que, sin sus Privilegios de traductora, no podría haber pedido de las pilas. Letty había desafiado al destino para llegar aquí; todos tenían.

Entonces, ¿por qué no fue suficiente? Habían vencido al sistema. ¿Por qué, en el nombre de Dios, querían tanto romperlo también? ¿Por qué morder la mano que te dio de comer? ¿Por qué tirarlo todo por la borda?

Pero hay cosas más importantes en juego, le dijeron (condescendiente, condescendiente; como si fuera una niña, como si no supiera nada). Es una cuestión de injusticia global, Letty. El saqueo del resto del mundo.

Volvió a intentar dejar de lado sus prejuicios, mantener la mente abierta, aprender qué era lo que les molestaba tanto. Una y otra vez encontró cuestionada su ética y reiteró sus posiciones, como si demostrara que no era una mala persona. Por supuesto que ella no apoyó esta guerra. Por supuesto que estaba en contra de todo tipo de prejuicio y explotación. Por supuesto, se puso del lado de los abolicionistas.

Por supuesto que podía apoyar el cabildeo por el cambio, siempre que fuera pacífico, respetable y civilizado.

Pero luego estaban hablando de chantaje. Sobre secuestros, disturbios, volar un astillero. Esto fue vengativo, violento, horrible. Y no podía soportarlo: ver hablar a ese horrible Griffin Lovell, ese brillo de deleite en sus ojos, y ver a Ramy, su Ramy, asintiendo. No podía creerlo, en lo que se había convertido. En lo que se habían convertido todos.

¿No era bastante horrible que hubieran encubierto un asesinato? ¿Tenía que ser cómplice de varios más?

Fue como despertar, como si te rociaran con agua fría. ¿Qué estaba haciendo ella aquí? ¿Qué estaba entreteniendo? Esta no fue una pelea noble, solo una ilusión compartida.

No había futuro en este camino. Ella vio esto ahora. Había sido engañada, enredada en esta repugnante farsa, pero esto solo terminó de dos maneras: la prisión o el verdugo. Ella era la única allí que no estaba demasiado enfadada para verlo. Y aunque la mató, tuvo que actuar con determinación, porque si no podía salvar a sus amigos, al menos tenía que salvarse a sí misma.

Capítulo Veintiséis

El colonialismo no es una máquina capaz de pensar, un cuerpo dotado de razón. Es violencia desnuda y sólo cede ante una violencia mayor.

FRANTZ FANON, Los condenados de la tierra, trad. ricardo philcox

L

a puerta escondida junto al sótano de suministros de Vaults & Garden reveló un estrecho túnel de tierra, lo suficientemente grande como para que pudieran deslizarse sobre sus manos y rodillas. Se sentía interminable. Avanzaron poco a poco, tanteando a ciegas. Robin deseó una luz, pero no tenían vela, ni astillas ni pedernal; solo podían confiar en la palabra de Anthony y gatear, sus respiraciones superficiales resonaban a su alrededor. Por fin, el techo del túnel se inclinó hacia arriba y una ráfaga de aire fresco bañó su piel húmeda y húmeda. Patearon la pared de tierra hasta que encontraron una puerta y luego una manija; Esto lo abrieron para encontrar una pequeña habitación de techo bajo, iluminada por la luz de la luna que se filtraba a través de una pequeña rejilla arriba.

Entraron y parpadearon alrededor.

Alguien había estado aquí recientemente. Una hogaza de pan descansaba sobre el escritorio, todavía tan fresco que era suave al tacto, y una vela medio derretida al lado. Victoire rebuscó en los cajones hasta que encontró una caja de fósforos y luego sostuvo la vela encendida hacia la habitación. 'Así que aquí es donde Griffin se escondió.'

La habitación segura le resultaba asombrosamente familiar a Robin, aunque le llevó un momento darse cuenta de por qué. La distribución de la habitación (el escritorio debajo de la ventana enrejada, el catre bien colocado en la esquina, las estanterías dobles en la pared opuesta) coincidía exactamente con los dormitorios de Magpie Lane. Aquí debajo de Oxford, Griffin, conscientemente o no, había tratado de recrear sus días universitarios.

¿Crees que estamos a salvo aquí por la noche? preguntó Robin. Quiero decir... ¿crees que...?

No parece perturbado. Victoire se sentó con cautela en el borde del

catre. Creo que si lo supieran, habrían destrozado este lugar.

'Creo que tienes razón.' Se sentó a su lado. Solo ahora sintió el agotamiento, filtrándose por sus piernas y en su pecho. Toda la adrenalina de su huida había disminuido, ahora que estaban a salvo, escondidos en el vientre de la tierra. Quería desplomarse y nunca despertar.

Victoire se inclinó hacia un lado del catre, donde había un barril de lo que parecía agua fresca. Vertió un poco sobre una camisa arremangada y luego se la entregó a Robin. 'Pasar un trapo.'

'¿Qué?'

—Hay sangre —dijo en voz baja—. Tienes sangre por todas partes.

Levantó la vista y la miró, apropiadamente, por primera vez desde su escape. Tienes sangre por todas partes.

Se sentaron uno al lado del otro y se limpiaron en silencio. Estaban cubiertos de una asombrosa cantidad de mugre; pasaron por una camisa cada uno, y luego por otra. De alguna manera, la sangre de Griffin no solo había llegado a las manos y los brazos de Robin, sino también a sus mejillas, detrás de las orejas y en los huecos donde el cuello se unía con las orejas, cubiertos por capas de polvo y suciedad.

Se turnaron para limpiarse la cara. El simple acto táctil se sintió bien; les dio algo en lo que concentrarse, distraídos de todas las palabras que colgaban pesadas y sin decir. Se sentía bien no tratar de darles voz. No podían articularlos de ninguna manera; no eran pensamientos discretos sino nubes negras, asfixiantes. Ambos estaban pensando en Ramy, Griffin, Anthony y todos los demás que habían sido abrupta y brutalmente arrancados de este mundo. Pero no pudieron tocar ese abismo de dolor. Todavía era pronto para darle un nombre, para moldearlo y domarlo con palabras, y cualquier intento los aplastaría. Solo podían limpiar la sangre de su piel y tratar de seguir respirando.

Por fin, dejaron caer los trapos sucios en el suelo y se apoyaron contra la pared, uno contra el otro. El aire húmedo era frío y no había chimenea. Se sentaron cerca, tirando de la frágil manta alrededor de sus hombros. Pasó mucho tiempo antes de que ninguno de los dos hablara.

¿Qué se supone que hagamos ahora? preguntó Victoria.

Una pregunta tan pesada, pronunciada en una voz tan pequeña. ¿Qué podrían hacer ahora? Habían hablado de hacer arder a Babel, pero ¿cómo diablos estaba eso en su poder? La Biblioteca Vieja fue destruida. Sus amigos estaban muertos. Todos los más audaces y

mejores que ellos estaban muertos. Pero ellos dos todavía estaban aquí, y era su deber asegurarse de que sus amigos no hubieran muerto en vano.

—Griffin dijo que sabrías qué hacer —dijo Robin. '¿Qué quiso decir él?'

—Sólo que encontraríamos aliados —susurró Victoire. 'Que teníamos más amigos de los que sabíamos, si pudiéramos llegar a la habitación segura.'

'Estaban aquí.' Robin hizo un gesto inútil a su alrededor. 'Esta vacío.'

Victoria se puso de pie. 'Oh, no seas así.'

Comenzaron a buscar pistas en la habitación. Victoire tomó el gabinete, Robin el escritorio. Dentro de los cajones del escritorio había montones y montones de notas y cartas de Griffin. Los sostuvo frente a la vela parpadeante, entrecerrando los ojos. A Robin le dolió el pecho leer la letra de Griffin en inglés, un estilo apretado y arácnido que se parecía tanto al de Robin como al de su padre. Estas letras, todas estas líneas estrechas, audaces y abarrotadas, hablaban de un escritor frenético pero meticuloso, eran un vistazo a una versión de Griffin que Robin nunca había conocido.

Y la red de Griffin había sido mucho más amplia de lo que había sospechado. Vio correspondencia dirigida a destinatarios en Boston, Nueva York, El Cairo, Singapur. Pero los nombres siempre estaban codificados, siempre con referencias literarias obvias como 'Mr Pickwick' y 'King Ahab' o nombres tan genéricamente ingleses como 'Mr Brown' y 'Mr Pink' que no podían ser reales.

'Mm.' Victoire se llevó un pequeño cuadrado de papel a los ojos y frunció el ceño.

'¿Qué es eso?'

Es una carta. Dirigida a usted.

'¿Puedo ver?'

Dudó un momento antes de entregárselo. El sobre era delgado y estaba sellado. Allí, en la parte de atrás, estaba su nombre, Robin Swift, escrito con fuerza en los garabatos de Griffin. Pero ¿cuándo había encontrado el tiempo para escribir esto? No pudo haber sido después de que Anthony se los llevó a Hermes; Griffin no sabía dónde estaban en ese entonces. Solo podría haber sido escrito después de que Robin cortara los lazos con Hermes, después de que Robin declarara que no quería tener nada que ver con él.

'¿Vas a leerlo?' preguntó Victoria.

Yo... yo no creo que pueda. Él se lo devolvió. Se sintió aterrorizado por el contenido; hizo que su respiración se acelerara incluso para sostenerlo en su mano. No podía enfrentar el juicio de su hermano. No ahora. ¿Me lo guardarás?

'¿Y si es algo que puede ayudar?'

—No creo que lo sea —dijo Robin. 'Pienso . . . Esto tiene que ser algo mas. Por favor, Victoire, puedes leerlo más tarde, si quieres, pero no puedo mirarlo ahora.

Ella vaciló, luego la dobló en su bolsillo interior. 'Por supuesto.'

Continuaron hurgando en las pertenencias de Griffin. Aparte de las cartas, Griffin había guardado una impresionante variedad de armas: cuchillos, garrotes, varios lingotes de plata y al menos tres pistolas. Robin se negó a tocarlos; Victoire inspeccionó la colección, rozando con los dedos los barriles, antes de seleccionar uno y metérselo en el cinturón.

'¿Sabes cómo usar eso?' preguntó.

'Sí', dijo, 'Anthony me enseñó'.

Chica maravillosa, tú. Lleno de sorpresas.'

Ella resopló. 'Oh, simplemente no estabas prestando atención.'

Pero no había una lista de contactos, ni pistas sobre otras casas seguras o posibles aliados. Griffin había envuelto todo en código, había creado una red tan invisible que, tras su muerte, nunca podría reconstruirse.

'¿Qué es eso?' Victoria señaló.

En lo alto de la estantería, empujada tan atrás que casi estaba oculta, había una lámpara.

Robin alargó la mano, deseando desesperadamente: sí, allí estaba, el familiar destello plateado incrustado en el fondo. El faro, había gritado Anthony. Pensó en la quemadura en la mano de Griffin, en cómo Griffin supo, incluso a kilómetros de distancia, que algo horrible había sucedido.

Le dio la vuelta, entrecerrando los ojos. 燎. Liao.

Griffin había hecho esto. Liáo, en mandarín, podría significar 'quemar' o 'iluminar'. También podría referirse a una lámpara de señal. Había una segunda barra de plata más pequeña inscrita encima de la primera. Bēacen, decía. Parecía latín, pero Robin, rebuscando en su memoria, no pudo encontrar su significado u origen preciso. ¿Germánico, tal vez?*

Aun así, podía adivinar vagamente la función de la lámpara. Así se comunicaba Hermes. Enviaban señales a través del fuego.

¿Cómo crees que funciona? preguntó Victoria.

Quizá todos estén relacionados, de algún modo. Él se lo pasó a ella. "Así es como Griffin supo que estábamos en problemas, debe haber estado cargando uno en su persona".

'¿Pero quién más tiene uno de estos?' Le dio la vuelta en sus manos, pasó los dedos por la mecha arrugada. ¿Quién crees que está del otro lado?

Amigos, espero. ¿Qué crees que deberíamos decirles?

Ella pensó por un momento. 'Un llamado a las armas.'

Él la miró. '¿Realmente estamos haciendo esto?'

No veo qué otra opción tenemos.

'Sabes, hay un modismo chino que dice sǐ zhū bú pà kāi shuǐ tàng.*Los cerdos muertos no temen al agua hirviendo.

Ella le dedicó una sonrisa pálida. 'A cambio de un centavo, a cambio de una libra.'

Somos hombres muertos andando.

Pero eso es lo que nos hace aterradores. Dejó la lámpara entre ellos. No tenemos nada que perder.

Rebuscaron en el escritorio papel y lápiz y luego se pusieron a redactar su mensaje. El aceite que quedaba en la lámpara parecía peligrosamente bajo; la mecha se quemó hasta convertirse en un trozo. Su mensaje tendría que ser lo más sucinto e inequívoco posible. No cabía duda de lo que querían decir. Cuando acordaron qué decir, Victoire acercó la vela a la lámpara. Hubo un parpadeo tentativo, luego un zumbido repentino, hasta que las llamas de más de un pie de altura saltaron y bailaron ante sus ojos.

No estaban seguros de la mecánica de la baliza. Robin había dicho en voz alta el par de coincidencias en mandarín, pero solo podían esperar que el segundo y misterioso par de coincidencias estuviera diseñado para durar. Se les ocurrió una lista exhaustiva de todos los métodos que se les ocurrió probar. Recitaron el mensaje en la llama. Lo aplaudieron en código Morse. Repitieron el código, esta vez empujando una barra de metal a través de la llama, para que parpadeara con cada punto y línea. Finalmente, cuando el aceite comenzó a chisporrotear, colocaron el papel en la lámpara.

El efecto fue inmediato. El fuego se triplicó en tamaño; largas lenguas azotaron hacia afuera y luego hacia adentro alrededor del papel, como una criatura demoníaca devorando sus palabras. El papel no se quemó ni se arrugó; simplemente desapareció. Un momento después, se acabó el aceite, las llamas chisporrotearon y la habitación

se oscureció.

¿Crees que fue eso? preguntó Victoria.

'No sé. No sé si alguien está escuchando. Robin dejó la lámpara. Se sentía insoportablemente cansado, sus miembros como plomo. No sabía lo que acababan de poner en marcha. Una parte de él nunca quiso averiguarlo, quería acurrucarse en este espacio fresco y oscuro y desaparecer. Sabía que tenía el deber de terminar el trabajo, y cuando llegara el día siguiente, reuniría las fuerzas que le quedaban para afrontarlo. Pero por ahora, quería dormir como los muertos. Supongo que ya veremos.

Al amanecer cruzaron a escondidas la ciudad hasta la Biblioteca Vieja. Docenas de policías estaban estacionados alrededor del edificio; tal vez estaban al acecho, para ver si alguien cometía la tontería de regresar. Robin y Victoire salieron con cautela del bosque que había detrás del patio. Esto fue estúpido, sí, pero no pudieron resistir el impulso de contar los daños. Esperaban tener la oportunidad de entrar sigilosamente y recuperar algunos suministros, pero la presencia policial era demasiado densa para que pudieran lograrlo.

Entonces, en cambio, vinieron a ser testigos, ya que, a pesar de los riesgos, alguien tenía que recordar la vista de la traición. Alguien tenía que registrar la pérdida.

La Vieja Biblioteca fue completamente destruida. Toda la espalda había sido volada, una herida abierta exponía el interior desnudo de la biblioteca de una manera que se sentía cruel y humillante. Los estantes estaban medio vacíos. Los libros que no se habían quemado en las explosiones estaban apilados en carretillas por todo el edificio para ser transportados, supuso Robin, para que los analizaran los propios eruditos de Babel. Dudaba que la mayor parte de ese trabajo viera la luz del día.

Toda esa maravillosa y original investigación, escondida en los archivos imperiales por temor a lo que pudiera inspirar.

Solo cuando se acercó sigilosamente vio que los cuerpos aún yacían entre los escombros. Vio un brazo pálido, medio enterrado bajo los ladrillos caídos. Vio la hebilla de un zapato atada a una espinilla carbonizada. Cerca del costado de la Vieja Biblioteca vio una masa de cabello, negro, cubierta de polvo. Se dio la vuelta antes de que pudiera vislumbrar el rostro debajo.

No han limpiado los cuerpos. Se sintió mareado.

Victoire se llevó una mano a la boca. 'Oh Dios mío.'

'No han limpiado los cuerpos...'

Él se paró. No sabía lo que pretendía hacer: ¿llevarlos al bosque uno por uno? ¿Cavar sus tumbas junto a la biblioteca? ¿Colocar un paño, al menos, sobre sus ojos abiertos y fijos? No lo sabía, solo se sentía tan mal dejarlos allí, expuestos y vulnerables.

Pero Victoire ya lo estaba empujando detrás de los árboles. 'No podemos, sabes que no podemos...'

Están tirados allí: Anthony, Vimal, Ramy...

No los habían llevado a la morgue. Ni siquiera los había cubierto. Simplemente habían dejado a los muertos donde habían caído, sangrando a través de los ladrillos y las páginas, simplemente los rodeaban en su camino para excavar la biblioteca. ¿Era esta su pequeña venganza, la retribución por una vida de inconvenientes? ¿O simplemente no les importaba?

El mundo tiene que romperse, el pensó. Alguien tiene que responder por esto. Alguien tiene que sangrar. Pero Victoire tiró de él por donde habían venido, y su fuerte agarre fue lo único que evitó que él corriera hacia la refriega.

—Aquí no hay nada para nosotros —susurró. 'Es hora, Robín. Tenemos que irnos.

Habían elegido un buen día para la revolución.

Era el primer día del trimestre y uno de los raros días en Oxford en que el clima era engañosamente maravilloso; cuando su calidez prometía más sol y alegría que la lluvia incesante y el aguanieve que inevitablemente traía Hilary. Todo era cielos azules claros y toques picantes de vientos primaverales. Todos estarían adentro hoy (profesores, becarios graduados y estudiantes) y el vestíbulo de la torre estaría vacío de clientes, ya que este año Babel estuvo cerrado por remodelación y renovaciones durante la primera semana del período. Ningún civil quedaría atrapado en el fuego cruzado.

La pregunta, entonces, era cómo entrar en la torre.

No podían simplemente caminar hasta la puerta principal y entrar. Sus rostros aparecían en los periódicos de todo Londres; ciertamente algunos de los eruditos lo sabían, incluso si todo el asunto había sido encubierto en Oxford. La puerta principal aún estaba ocupada por media docena de policías. Y por ahora, ciertamente, el profesor Playfair había destruido los viales de sangre que marcaban su pertenencia.

Aun así, tenían tres ventajas a su disposición: la distracción

explosiva de Griffin, la barra de invisibilidad y el hecho de que las protecciones alrededor de la puerta estaban diseñadas para mantener los materiales adentro, no afuera. Este último hecho era sólo una teoría, pero sólida. Por lo que sabían, las protecciones solo se habían activado al salir, no al entrar. Los ladrones siempre se habían metido bien, siempre que alguien mantuviera la puerta abierta; era salir que era un problema. *

Y si hicieran lo que se propusieron hacer aquí hoy, no dejarían la torre por mucho tiempo.

Victoria respiró hondo. '¿Listo?'

No había otra manera. Se habían devanado los sesos toda la noche y se quedaron cortos. No hay nada que hacer ahora más que actuar.

Robin asintió.

'Explōdere', susurró, y arrojó la barra de Griffin a través del green.

El aire se hizo añicos. El bar era inofensivo, Robin lo sabía en teoría, pero aun así su ruido era espantoso, era el sonido de ciudades rompiéndose, pirámides derrumbándose. Sintió el instinto de huir, de encontrar seguridad, y aunque sabía que solo era la plata que se manifestaba en su mente, tuvo que superar todos los impulsos de no correr en la otra dirección.

—Vámonos —insistió Victoire, tirando de su brazo—.

Como era de esperar, la policía había cruzado el green; la puerta se estaba cerrando detrás de un puñado de eruditos. Robin y Victoire corrieron por la acera, rodearon la foca y se abrieron paso detrás de ellos. Robin contuvo la respiración cuando cruzaron el umbral, pero no sonó ninguna sirena; no se lanzaron trampas. Ellos estaban en; estaban a salvo.

El vestíbulo parecía más concurrido que de costumbre. ¿Entonces su mensaje había sido visto? ¿Alguna de estas personas había acudido a responder a su llamada? No tenía forma de saber quién estaba con Hermes y quién no; todos los que encontraron su mirada le dieron el mismo asentimiento educado y desinteresado antes de continuar con sus asuntos. Todo se sentía tan absurdamente normal. ¿Nadie aquí sabía que el mundo se había roto?

Al otro lado de la rotonda, el profesor Playfair se apoyaba en el balcón del segundo piso, charlando con el profesor Chakravarti. El profesor Chakravarti debe haber hecho una broma, porque el profesor Playfair se rió, sacudió la cabeza y miró hacia el vestíbulo. Se encontró con la mirada de Robin. Sus ojos se hincharon.

Robin saltó sobre una mesa en el centro del vestíbulo justo cuando

el profesor Playfair corría hacia las escaleras.

'¡Escúchame!' él gritó.

La bulliciosa torre no le prestó atención. Victoire se subió a su lado, empuñando la campana ceremonial que el profesor Playfair usaba para anunciar los resultados de los exámenes. Lo levantó por encima de su cabeza y le dio tres sacudidas furiosas. La torre se quedó en silencio.

-Gracias -dijo Robin-. 'Ah. Así que. Tengo que decir algo. Su mente rápidamente se quedó en blanco al ver tantas caras mirando. Durante varios segundos se limitó a parpadear, mudo y sobresaltado, hasta que por fin las palabras volvieron a su lengua. Tomó un respiro profundo. Vamos a cerrar la torre.

La profesora Craft se abrió paso hasta el frente del vestíbulo. —Señor Swift, ¿qué diablos está haciendo?

—Espera —dijo el profesor Harding—. Jerome dijo que no deberías estar aquí...

—Hay una guerra en marcha —espetó Robin. Hizo una mueca cuando las palabras salieron de su boca; eran tan torpes, poco persuasivos. Tenía un discurso preparado, pero de repente solo pudo recordar los aspectos más destacados, y esos sonaron ridículos incluso mientras los pronunciaba en voz alta. Al otro lado del vestíbulo ya lo largo de los balcones de los pisos superiores, vio expresiones alternas de escepticismo, diversión y molestia. Incluso el profesor Playfair, que ahora jadeaba al pie de las escaleras, parecía más desconcertado que agitado. Robin se sintió mareado. Quería vomitar.

Griffin habría sabido cómo obligarlos. Griffin era el narrador, el verdadero revolucionario; podía pintar el cuadro necesario de expansión imperial, complicidad, culpa y responsabilidad con un puñado de frases destripadoras. Pero Griffin no estaba aquí, y lo mejor que podía hacer Robin era canalizar el espíritu de su hermano muerto.

El Parlamento está debatiendo una acción militar en Cantón. Obligó a su voz a crecer, a ocupar más espacio en la habitación que nunca. 'No hay pretexto justo, aparte de la codicia de las empresas comerciales. Están planeando forzar opio a los chinos a punta de pistola, y provocar un fiasco diplomático durante el viaje de mi cohorte fue la excusa para hacerlo.

Allí, había dicho algo que tenía sentido. Alrededor de la torre, la impaciencia se transformó en curiosidad, confusión.

¿Qué tiene que ver el Parlamento con nosotros? preguntó uno de los compañeros de Asuntos Legales: Coalbrook o Conway, o algo por

el estilo.

"El Imperio Británico no hace nada sin nuestra ayuda", dijo Robin. Escribimos las barras que alimentan sus armas, sus barcos. Pulimos los cuchillos de la dominación. Redactamos sus tratados. Si retiramos nuestra ayuda, entonces el Parlamento no puede avanzar en China...

"Todavía no veo cómo es nuestro problema", dijo Coalbrook o Conway.

"Es nuestro problema porque son nuestros profesores los que están detrás de esto", interrumpió Victoire. Su voz era temblorosa, pero aún más fuerte, más segura que la de Robin. Se están quedando sin plata, todo el país tiene un déficit y algunos de nuestros profesores creen que la manera de solucionarlo es inyectando opio en un mercado extranjero. Harán cualquier cosa para impulsar esto; están asesinando a personas que han estado tratando de filtrarlo. Mataron a Anthony Ribben...

"Anthony Ribben murió en el mar", dijo el profesor Craft.

—No, no lo hizo —dijo Victoire. Ha estado escondido, trabajando para evitar que el Imperio haga exactamente esto. Le dispararon la semana pasada. Y Vimal Srinivasan, Ilse Dejima y Cathy O'Nell: suban a Jericho, vayan al viejo edificio detrás del bosque, pasen el puente y verán los escombros, los cuerpos. . .'

Esto provocó murmullos. Vimal, Ilse y Cathy eran todos muy queridos en la facultad. Los susurros crecieron; ahora era evidente que no estaban presentes, y nadie podía explicar dónde estaban.

—Están locos —espetó el profesor Playfair. Había recuperado la compostura, como un actor que hubiera recordado sus líneas. Señaló con un dedo dramático y acusador a los dos. 'Están locos, están trabajando con una banda de ladrones alborotadores, deberían estar en prisión...'

Pero esto parecía aún más difícil de digerir para la sala que la historia de Robin. La voz retumbante del profesor Playfair, por lo general tan atractiva, tuvo el efecto contrario de hacer que esto pareciera mera teatralidad. Nadie más tenía idea de qué estaban hablando los tres; desde el exterior, parecía como si todos estuvieran montando un espectáculo.

¿Por qué no nos cuentas qué le pasó a Richard Lovell? exigió el profesor Playfair. '¿Dónde está? ¿Qué has hecho con él?

'Richard Lovell es uno de los arquitectos de esta guerra', gritó Robin. Fue a Cantón para obtener inteligencia militar de espías británicos, está en contacto directo con Palmerston...

—Pero eso es ridículo —dijo el profesor Craft. 'Eso no puede ser cierto, eso es...'

"Tenemos papeles", dijo Robin. Se le pasó por la cabeza, entonces, que esos papeles ahora estaban ciertamente destruidos o confiscados, pero aun así, como retórica, funcionó. 'Tenemos citas, pruebas, todo está ahí. Ha estado planeando esto durante años. Playfair está en ello, pregúntale...

"Está mintiendo", dijo el profesor Playfair. Está divagando, Margaret, el chico se ha vuelto loco...

Pero la locura es incoherente. El profesor Craft frunció el ceño, mirando de un lado a otro entre los dos. Y las mentiras son egoístas. Esta historia no beneficia a nadie, ciertamente no a estos dos,' dijo, señalando a Robin y Victoire, 'y es coherente.'

Te aseguro, Margarita...

'Profesor.' Robin apeló directamente al profesor Craft. 'Profesor, por favor, quiere una guerra, la ha estado planeando durante años. Ve y mira en su oficina. En la oficina del profesor Lovell. Revisa sus papeles. Está todo ahí.

—No —murmuró el profesor Craft. Sus cejas se fruncieron. Sus ojos recorrieron a Robin y Victoire, y pareció registrar algo: su vacío agotamiento, tal vez, la caída de sus hombros o el dolor que se filtraba a través de sus huesos. 'No, te creo. . .' Ella cambió. ¿Jerónimo? ¿Sabías?'

El profesor Playfair se detuvo un momento, como si deliberara si valía la pena seguir fingiendo. Luego resopló. No actúes tan sorprendido. Ya sabes lo que hace funcionar esta torre. Sabías que el equilibrio de poder tenía que cambiar, sabías que teníamos que hacer algo con el déficit...

Pero declarar la guerra a gente inocente...

"No finjas que aquí es donde trazarás la línea", dijo. 'Estuvo bien con todo lo demás, no es que China tenga mucho que ofrecer al mundo aparte de sus consumidores. ¿Por qué no...? Se detuvo. Parecía haberse dado cuenta de su error, que acababa de validar su historia.

Fue muy tarde. El ambiente en la torre cambió. El escepticismo se evaporó. La irritación se convirtió en una comprensión incipiente de que esto no era una farsa, ni un ataque de histeria, sino algo real.

El mundo real rara vez interfería con la torre. No sabían qué hacer con él.

'Usamos los idiomas de otros países para enriquecer este.' Robin miró alrededor de la torre mientras hablaba. No estaba tratando de

convencer al profesor Playfair, se recordó a sí mismo; tuvo que apelar a la habitación. 'Tomamos tanto conocimiento que no es nuestro. Lo menos que podemos hacer es evitar que esto suceda. Es lo único ético.

'Entonces, ¿qué estás planeando?' preguntó Matthew Houndslow. No sonaba hostil; sólo provisional, confuso. Ahora está en manos del Parlamento, como dijiste, entonces, ¿cómo...?

Vamos a la huelga.

Sí, ahora estaba sobre una base sólida; aquí había una pregunta para la que sabía la respuesta. Levantó la barbilla, trató de inyectar su voz con toda la autoridad de Griffin y Anthony. Cerramos la torre. Desde este día en adelante, ningún cliente ingresa al lobby. Nadie crea, vende o mantiene barras de plata. Negamos a Gran Bretaña todos los servicios de traducción hasta que capitulen, y capitularán, porque nos necesitan. Nos necesitan más que nada. Así es como ganamos. El pauso. La habitación estaba en silencio. No podía decir si los había convencido, no podía decir si estaba mirando expresiones de comprensión a regañadientes o de incredulidad. Mira, si todos...

Pero tendrías que asegurar la torre. El profesor Playfair soltó una risa breve y mezquina. Quiero decir, tendrías que someternos a todos.

—Supongo que sí —dijo Victoire. 'Supongo que estamos haciendo eso ahora mismo'.

Luego vino una pausa muy divertida cuando un edificio de académicos de Oxford se dio cuenta lentamente de que lo que sucediera a continuación era una cuestión de fuerza.

'Ustedes.' El profesor Playfair señaló al estudiante más cercano a la puerta. Ve a buscar a los agentes, déjalos entrar...

El estudiante no se movió. Era un estudiante de segundo año: Ibrahim, recordó Robin, un erudito árabe de Egipto. Parecía increíblemente joven, un niño con cara de niño; ¿Los de segundo año siempre eran tan jóvenes? Ibrahim miró a Robin y Victoire, luego de nuevo al profesor Playfair, con el ceño fruncido. 'Pero, señor. . .'

—No lo hagas —le dijo el profesor Craft, justo cuando un par de alumnos de tercer año se precipitaron repentinamente hacia la salida. Uno empujó a Ibrahim contra un estante. Robin arrojó una barra de plata a la puerta. Explodere, explota. Un gran y horrible ruido llenó el vestíbulo; esta vez un aullido chirriante. Los de tercero se apartaron de la puerta como conejos asustados.

Robin sacó otra barra de plata de su bolsillo delantero y la agitó por encima de su cabeza.

Maté a Richard Lovell con esto. No podía creer que estas palabras

salieran de su boca. Este no era él hablando; este era el fantasma de Griffin, el hermano más valiente y loco, que llegaba al inframundo para mover sus hilos. 'Si alguien da un paso hacia mí, y si alguien trata de pedir ayuda, lo destruiré'.

Todos parecían tan aterrorizados. Ellos le creyeron.

Eso lo preocupó. Todo esto había sido demasiado fácil. Había estado seguro de que encontraría más resistencia, pero la habitación parecía completamente apagada. Incluso los profesores no se movieron; de hecho, los profesores Leblanc y De Vreese se acurrucaron juntos debajo de una mesa, como si se prepararan para el fuego de un cañón. Podía decirles que bailaran una giga, que arrancaran las páginas de sus libros una por una, y ellos obedecerían.

Obedecerían porque él amenazó con violencia.

No podía recordar por qué la idea de actuar lo había asustado tanto antes. Griffin tenía razón: el obstáculo no era la lucha, sino la incapacidad de imaginar que fuera posible, la compulsión de aferrarse a la caja fuerte, el statu quo de supervivencia. Pero el mundo entero estaba fuera de sus goznes ahora. Todas las puertas estaban abiertas de par en par. Ya habían pasado del reino de las ideas al reino de la acción, y esto era algo para lo que los estudiantes de Oxford no estaban preparados en absoluto.

—Por el amor de Dios —espetó el profesor Playfair. Que alguien los detenga.

Un puñado de becarios graduados dio un paso adelante, mirando inseguro. Todos europeístas, todos blancos. Robin ladeó la cabeza. Bueno, vamos.

Lo que sucedió a continuación no fue digno, nunca se archivaría junto a las grandes epopeyas de valor y valentía. Porque los eruditos de Oxford eran teóricos de sillón protegidos y mimados que escribían sobre campos de batalla manchados de sangre con manos suaves y delicadas. La toma de Babel fue un choque torpe y tonto de lo abstracto y lo material. Los muchachos se acercaron a la mesa, estirando los brazos vacilantes. Robin los pateó lejos. Y se sentía como patear a los niños, porque eran demasiado temerosos para ser crueles, y no estaban lo suficientemente desesperados o enojados como para lastimarlo realmente. Parecían inseguros de lo que querían hacer: tirarlo hacia abajo, agarrar sus piernas o simplemente rozar sus tobillos, por lo que sus golpes de represalia fueron, de manera similar, superficiales. Estaban actuando en una pelea, todos ellos, actores amateurs con una dirección escénica: lucha.

—¡Victoire! él gritó.

Uno de los eruditos se había subido a la mesa detrás de ella. Ella se dio la vuelta. El erudito vaciló un momento, la miró de arriba abajo y luego lanzó un puñetazo. Pero golpeó como si solo supiera sobre la acción en teoría, como si solo supiera sus partes componentes: plantar los pies, echar el brazo hacia atrás, extender el puño. Había calculado mal la distancia; el efecto no fue más que una ligera palmada en el hombro de Victoire. Ella golpeó con su pie izquierdo. Se dobló sobre sus espinillas, gimiendo.

'¡Deténgase!'

El altercado cesó. De alguna manera, el profesor Playfair había adquirido un arma.

'Detén esta tontería.' Lo apuntó a Robin. 'Detén esto ahora mismo'.

—Adelante —susurró Robin. No tenía idea de dónde venía esta ridícula fuente de coraje, pero no sintió ni una pizca de miedo. El arma, de algún modo, parecía más abstracto que real, la bala totalmente incapaz de tocarlo. 'Adelante. Te RETO.'

Estaba apostando a la cobardía del profesor Playfair, al hecho de que podría empuñar un arma, pero no apretaría el gatillo. El profesor Playfair, como cualquier otro erudito de Babel, odiaba ensuciarse las manos. Diseñó trampas letales, nunca empuñó las cuchillas él mismo. Y no sabía cuánta voluntad, o pánico, se necesitaba para matar realmente a un hombre.

Robin no se volvió, no miró para ver qué estaba haciendo Victoire. Él sabía. Extendió los brazos, manteniendo los ojos fijos en los del profesor Playfair. ¿Qué será?

El rostro del profesor Playfair se tensó. Sus dedos se movieron y Robin se tensó, justo cuando sonó un disparo.

El profesor Playfair se tambaleó hacia atrás, escarlata estallando en su cintura. Los gritos estallaron alrededor de la torre. Robin miró hacia atrás por encima del hombro. Y Victoire bajó uno de los revólveres de Griffin, zarcillos de humo enroscándose alrededor de su rostro, sus ojos enormes.

'Allí,' ella respiró, con el pecho agitado. Ahora todos sabemos cómo se siente.

El profesor De Vreese cruzó repentinamente el pasillo. Iba a por el arma del profesor Playfair. Robin saltó de la mesa, pero estaba demasiado lejos, pero entonces el profesor Chakravarti se arrojó al lado del profesor De Vreese. Golpearon el suelo con un zumbido y comenzaron a luchar: una visión torpe y poco elegante, dos profesores

barrigones de mediana edad rodando por el suelo, con sus batas ondeando sobre sus cinturas. Robin observó, asombrado, cómo el profesor Chakravarti arrancaba el arma de las manos del profesor De Vreese y lo sujetaba con un agarre desordenado.

'¿Señor?'

"Recibí su mensaje", jadeó el profesor Chakravarti. 'Muy bien hecho.'

El profesor De Vreese golpeó con el codo la nariz del profesor Chakravarti. El profesor Chakravarti se tambaleó hacia atrás. El profesor De Vreese se soltó de su agarre y se reanudó la lucha.

Robin recogió el arma del suelo y apuntó al profesor De Vreese.

—Ponte de pie —ordenó. 'Pon tus manos sobre tu cabeza.'

—No sabes cómo usar eso —se burló el profesor De Vreese—.

Robin apuntó el arma al candelabro y apretó el gatillo. El candelabro explotó; fragmentos de vidrio esparcidos por el vestíbulo. Era como si hubiera disparado a la multitud; todos gritaron y se encogieron. El profesor De Vreese dio media vuelta y echó a correr, pero su tobillo se enganchó en la pata de un escritorio y cayó hacia atrás sobre su trasero. Robin restableció la cámara, tal como Griffin le había mostrado, y luego apuntó con el arma al profesor De Vreese una vez más.

—Esto no es un debate —anunció—. Todo su cuerpo temblaba, enrojecido con la misma energía viciosa que había sentido cuando aprendió a disparar. 'Esto es una adquisición. ¿A alguien más le gustaría intentarlo?

Nadie se movió. Nadie habló. Todos retrocedieron, aterrorizados. Algunos lloraban; algunos tenían las manos tapadas la boca, como si esa fuera la única forma de contener los gritos. Y todos lo miraban, esperando que dictara lo que venía a continuación.

Por un momento, el único sonido en la torre fue el gemido del profesor Playfair.

Miró por encima del hombro a Victoire. Parecía tan desconcertada como se sentía; su arma colgaba inerte a su costado. En el fondo, ninguno de los dos esperaba llegar tan lejos. Sus visiones de hoy habían involucrado el caos: una última posición violenta y devastadora; un altercado que, con toda probabilidad, terminó en muerte. Habían sido preparados para el sacrificio; no habían estado preparados para ganar.

Pero la torre había sido tomada muy fácilmente, tal como Griffin siempre había predicho. Y ahora tenían que actuar como los

vencedores.

"Nada sale de Babel", declaró Robin. 'Pusimos un bloqueo en las herramientas de trabajo de plata. Detenemos el mantenimiento de rutina en la ciudad. Esperamos a que la máquina se detenga y esperamos que capitulen antes que nosotros. No sabía de dónde venían estas palabras, pero sonaban bien. 'Este país no puede durar un mes sin nosotros. Golpeamos hasta que se doblan.

—Pondrán las tropas sobre ti —dijo el profesor Craft.

—Pero no pueden —dijo Victoire. No pueden tocarnos. Nadie puede tocarnos. Nos necesitan demasiado.

Y esa, la clave de la teoría de la violencia de Griffin, era la razón por la que podían ganar. Finalmente lo habían resuelto. Por eso Griffin y Anthony habían confiado tanto en su lucha, por eso estaban convencidos de que las colonias podían enfrentarse al Imperio. El imperio necesitaba extracción. La violencia conmocionó al sistema, porque el sistema no podía canibalizarse a sí mismo y sobrevivir. Las manos del Imperio estaban atadas, porque no podía arrasar aquello de lo que se beneficiaba. Y como esos campos de azúcar, como esos mercados, como esos cuerpos de trabajo involuntario, Babel era una ventaja. Gran Bretaña necesitaba chino, necesitaba árabe y sánscrito y todos los idiomas de los territorios colonizados para funcionar. Gran Bretaña no podía lastimar a Babel sin lastimarse a sí misma. Y así, solo Babel, un activo negado, podría detener el Imperio.

'¿Entonces, qué vas a hacer?' preguntó el profesor De Vreese. '¿Mantenernos como rehenes todo el tiempo?'

"Espero que te unas a nosotros", dijo Robin. Pero si no lo haces, puedes abandonar la torre. Ordene a la policía que se vaya primero, y luego puede salir uno por uno. Nadie recupera nada de la torre: sales con lo que llevas encima.*El pauso. Y estoy seguro de que comprendes que tendremos que destruir tus viales de sangre si te vas.

Tan pronto como terminó, un grupo de cuerpos se movió hacia la puerta. El corazón de Robin se hundió mientras contaba los números. Se marchaban docenas: todos los clasicistas, todos los europeístas y casi todo el profesorado. El profesor Playfair fue sacado todavía gimiendo, colgado ignominiosamente entre el profesor De Vreese y el profesor Harding.

Solo quedaban seis becarios: el profesor Chakravarti, el profesor Craft, dos estudiantes universitarios, Ibrahim y una niña pequeña llamada Juliana, y dos becarios graduados llamados Yusuf y Meghana, que trabajaban en Derecho y Literatura respectivamente. Rostros de

color, rostros de las colonias, excepto el profesor Craft.

Pero esto podría funcionar. Podrían sacrificar su control sobre el talento si mantuvieran el control de la torre. Babel contenía la mayor concentración de recursos para trabajar la plata en el país: Grammaticas, plumas de grabado, libros de contabilidad de pares de fósforos y materiales de referencia. Y más que eso, la plata. El profesor Playfair y los demás podrían establecer un centro de traducción secundario en otro lugar, pero incluso si pudieran reconstruir de memoria todo lo que necesitan para mantener la platería del país, les llevaría semanas, tal vez meses, adquirir los materiales en la escala necesaria para reproducirlos. Las funciones de la torre. Para entonces la votación ya habría ocurrido. Para entonces, si todo salió según lo planeado, el país ya se habría puesto de rodillas.

'¿Ahora que?' murmuró Victoria.

La sangre se apresuró a la cabeza de Robin cuando se bajó del escritorio. 'Ahora le decimos al mundo lo que viene'.

A mediodía, Robin y Victoire subieron al balcón norte del octavo piso. El balcón era en gran parte decorativo, diseñado para académicos que nunca interiorizaron el concepto de necesitar aire fresco. Nadie salía nunca por allí, y la puerta estaba casi cerrada por la oxidación. Robin empujó, apoyándose con fuerza contra el marco. Cuando se abrió de repente, se tambaleó y se encontró inclinado sobre la cornisa durante un breve y aterrador momento antes de recuperar el equilibrio.

Oxford se veía tan pequeño debajo de él. Una casa de muñecas, una aproximación cursi del mundo real para niños que nunca tendrían que involucrarse realmente en él. Se preguntó si así era como hombres como Jardine y Matheson veían el mundo: minúsculo, manipulable. Si las personas y los lugares se movieran alrededor de las líneas que dibujaron. Si las ciudades se destrozaron cuando pisotearon.

Abajo, los escalones de piedra en el frente de la torre estaban encendidos con llamas. Los viales de sangre de todos menos los ocho eruditos que habían permanecido dentro de la torre habían sido aplastados contra los ladrillos, rociados con aceite vertido de lámparas sin usar y prendidos fuego. Esto no era estrictamente necesario; todo lo que importaba era que los viales fueran retirados de la torre, pero Robin y Victoire habían insistido en la ceremonia. Habían aprendido del profesor Playfair la importancia de la actuación, y esta exhibición macabra era una declaración, una advertencia. El castillo fue asaltado, el mago expulsado.

'¿Listo?' Victoire colocó una pila de papeles en la repisa. Babel no poseía su propia imprenta, así que habían pasado la mañana laboriosamente copiando cada uno de esos cien folletos. La declaración tomó prestada tanto la retórica de construcción de coaliciones de Anthony como la filosofía de violencia de Griffin. Robin y Victoire unieron sus voces, una un elocuente impulso de unir sus brazos en una lucha por la justicia, la otra una amenaza intransigente para quienes se les oponían, en un anuncio claro y sucinto de sus intenciones.

Nosotros, los estudiantes del Instituto Real de Traducción, exigimos que Gran Bretaña deje de considerar una guerra ilegal contra China. Dada la determinación de este gobierno de iniciar las hostilidades y su brutal represión de quienes trabajan para exponer sus motivos, no tenemos otra opción para hacer oír nuestra voz que cesar todos los servicios de traducción y platería del Instituto, hasta que nuestras demandas sean satisfechas. reunió. En adelante declaramos nuestra huelga.

Qué palabra tan interesante, pensó Robin, golpear.*Me recordaba a martillos contra púas, cuerpos lanzándose contra una fuerza inamovible. Contenía en sí mismo la paradoja del concepto; que a través de la no acción y la no violencia, uno podría probar las devastadoras consecuencias de negarse a acomodar a aquellos en los que se confía.

Debajo de ellos, los oxfordianos andaban alegremente. Nadie levantó la vista; nadie vio a los dos estudiantes inclinados sobre el punto más alto de la ciudad. Los traductores exiliados no estaban a la vista; si Playfair había buscado a la policía, aún no habían optado por actuar. La ciudad permaneció serena, sin tener idea de lo que se avecinaba.

Oxford, te pedimos que estés con nosotros. La huelga causará grandes penurias a la ciudad en los próximos días. Le pedimos que dirija su ira al gobierno que ha hecho de tal huelga nuestro único recurso. Le pedimos que se ponga del lado de la justicia y la equidad.

A partir de ahí, los panfletos articularon los peligros claros de una afluencia de plata a la economía británica, no solo para China y las colonias, sino también para la clase trabajadora de Inglaterra. Robin no esperaba que nadie leyera tanto. No esperaba que la ciudad apoyara su huelga; por el contrario, una vez que la platería comenzó a romperse, esperaba que los odiaran.

Pero la torre era impenetrable y su odio no importaba. Todo lo que

importaba era que entendieran la causa de su inconveniente.

¿Cuánto tiempo crees que tardarán en llegar a Londres? preguntó Victoria.

—Horas —dijo Robin. Creo que esto llega al primer tren que va de aquí a Paddington.

Habían elegido el lugar más improbable para una revolución. Oxford no era el centro de actividad, era un refugio, décadas por detrás del resto de Inglaterra en todos los ámbitos excepto en el académico. La universidad fue diseñada para ser un bastión de la antigüedad, donde los eruditos pudieran imaginarse a sí mismos en cualquiera de los últimos cinco siglos, donde los escándalos y la confusión eran tan escasos que aparecía en el boletín del University College si un pecho rojo comenzaba a cantar cerca del final de un sermón agotadormente largo en la Iglesia de Cristo.

Pero aunque Oxford no era la sede del poder, produjo sus ocupantes. Sus alumnos dirigían el Imperio. Alguien, quizás en este momento, corría a la estación de Oxford con noticias de la ocupación. Alguien reconocería su importancia, vería que no se trataba de un juego de estudiantes insignificantes sino de una crisis de importancia nacional. Alguien presentaría esto ante el Gabinete y la Cámara de los Lores. Entonces el Parlamento elegiría lo que sucedía a continuación.

'Seguir.' Robin asintió a Victoire. Su pronunciación clásica era mejor que la de él. Vamos a verlos volar.

—Polemikós —murmuró, sosteniendo una barra sobre la pila. 'Polémica. Discutare. Discutir.'

Empujó la pila de la repisa. Los panfletos tomaron vuelo. El viento los llevó volando por la ciudad; sobre chapiteles y torres hacia calles, patios y jardines; volando por las chimeneas, atravesando las rejillas, deslizándose por las ventanas abiertas. Abordaban a todo aquel con el que se cruzaban, aferrándose a los abrigos, agitando las caras, pegándose persistentemente a las carteras y maletines. La mayoría los haría a un lado, irritados. Pero unos pocos los recogían, leían el manifiesto de los huelguistas, lentamente se daban cuenta de lo que esto significaba para Oxford, para Londres y para el Imperio. Y entonces nadie sería capaz de ignorarlos. Entonces el mundo entero se vería obligado a mirar.

'¿Estás bien?' preguntó Robin.

Victoire se había quedado tan quieta como una estatua, con los ojos fijos en los folletos como si pudiera obligarse a sí misma a convertirse en un pájaro, a volar entre ellos. '¿Por qué no lo estaría?'

Yo... tú sabes.

'Es gracioso.' Ella no se volvió para mirarlo a los ojos. 'Estoy esperando a que golpee, pero simplemente, nunca lo hace. No como contigo.

No era lo mismo. Trató de encontrar palabras que lo consolaran, que lo hicieran parecer algo diferente de lo que era. Fue en defensa propia. Y aún podría sobrevivir, podría... quiero decir, no será...

—Era para Anthony —dijo con voz muy dura—. Y eso es lo último de lo que quiero hablar.

Capítulo veintisiete

La semilla que sembráis, otro la siega;
La riqueza que encuentras, otro la guarda;
Las túnicas que tejéis, otro las viste;
Las armas que forjáis, otro lleva.

PERCY BYSSHE SHELLEY, 'Canción a los hombres de Inglaterra'

El estado de ánimo esa tarde era de aprensión nerviosa. Como niños que hubieran pateado un hormiguero, ahora miraban temerosos para ver cuán terribles serían las ramificaciones. Habían pasado horas. Seguramente los profesores que escaparon ya se habían puesto en contacto con los políticos de la ciudad. Seguramente London ya había leído esos panfletos. ¿Qué forma tomaría la reacción? Todos habían pasado años confiando en la impenetrabilidad de la torre; sus protecciones, hasta ahora, los habían protegido de todo. Aún así, se sentía como si estuvieran contando los minutos para una represalia viciosa.

—Tienen que enviar a los agentes —dijo el profesor Craft—. Aunque no puedan entrar. Seguro que habrá algún intento de arresto. Si no es por el golpe, entonces por... —Miró a Victoire, parpadeó y se calló—.

Hubo un breve silencio.

"La huelga también es ilegal", dijo el profesor Chakravarti. 'La Ley de Combinación de Trabajadores de 1825 suprime el derecho de huelga de los sindicatos y gremios.'

—Sin embargo, no somos un gremio —dijo Robin.

"En realidad, lo somos", dijo Yusuf, que trabajaba en Legal. Está en los documentos fundacionales. Los exalumnos y estudiantes de Babel integran el Gremio de Traductores en virtud de su afiliación institucional, por lo que al realizar una huelga estamos violando la ley, si quiere obtener información técnica al respecto.

Se miraron el uno al otro y luego, de repente, se echaron a reír.

Pero su buen humor se desvaneció rápidamente. La asociación entre su huelga y los sindicatos les dejó un mal sabor de boca, porque las agitaciones obreras de la década de 1830, provocadas directamente como resultado de la revolución industrial plateada, habían fracasado estrepitosamente. Los luditas habían terminado muertos o exiliados en Australia. Los hilanderos de Lancashire se vieron obligados a volver a trabajar para evitar morir de hambre en un año. Los Swing Rioters, al destrozar máquinas trilladoras e incendiar graneros, habían logrado una mejora temporal en los salarios y las condiciones de trabajo, pero pronto se incumplieron; más de una docena de alborotadores fueron ahorcados y cientos fueron enviados a colonias penales en Australia.

Los huelguistas en este país nunca ganaron un amplio apoyo público, porque el público simplemente quería todas las comodidades de la vida moderna sin la culpa de saber cómo se conseguían esas comodidades. ¿Y por qué los traductores deberían tener éxito donde otros huelguistas (ni más ni menos, los huelguistas blancos) habían fracasado?

Había al menos una razón para tener esperanza. Corrían con impulso. Las fuerzas sociales que habían impulsado a los luditas a destruir máquinas no habían desaparecido. Solo habían empeorado. Los telares y las máquinas de hilar que funcionaban con plata se estaban volviendo más baratos y omnipresentes, y no enriquecían a nadie más que a los propietarios de las fábricas y a los financistas. Cada año dejaron sin trabajo a más hombres, dejaron a más familias en la indigencia y mutilaron y mataron a más niños en máquinas que operaban más rápido de lo que el ojo humano podía rastrear. El uso de la plata creó desigualdad, y ambos habían aumentado exponencialmente en Inglaterra durante la última década. El país se estaba desmoronando por las costuras. Esto no podía continuar para siempre.

Y su ataque, estaba convencido Robin, era diferente. Su impacto fue mayor, más difícil de reparar. No había alternativas a Babel, ni esquiroles. Nadie más podía hacer lo que ellos hicieron. Gran Bretaña no podría funcionar sin ellos. Si el Parlamento no lo creía, pronto lo aprendería.

Todavía no había aparecido ningún policía por la noche. Esta falta de respuesta los desconcertó. Pero pronto los problemas logísticos, es decir, los suministros y el alojamiento, se convirtieron en los asuntos

más apremiantes. Ahora estaba claro que iban a estar en la torre durante bastante tiempo, sin una fecha clara de finalización de su huelga. En algún momento se iban a quedar sin comida.

En el sótano había una pequeña cocina que apenas se usaba, donde una vez habían vivido los sirvientes antes de que el Instituto dejara de albergar a su personal de limpieza de forma gratuita. Ocasionalmente, los estudiantes se agachaban para tomar un refrigerio cuando trabajaban hasta tarde. Una incursión en los gabinetes produjo una cantidad decente de productos no perecederos: nueces, conservas, galletas de té indestructibles y avena seca para papilla. No era mucho, pero no se morirían de hambre durante la noche. Y encontraron muchas, muchas botellas de vino, sobrantes de años de funciones de la facultad y fiestas en el jardín.

"Absolutamente no", dijo el profesor Craft cuando Juliana y Meghana propusieron llevar las botellas arriba. 'Pon esos de vuelta. Tenemos que mantener nuestro ingenio sobre nosotros.

"Necesitamos algo para pasar el tiempo", dijo Meghana. Y si nos vamos a morir de hambre, mejor que salgamos borrachos.

"No nos van a matar de hambre", dijo Robin. No pueden permitir que muramos. No pueden hacernos daño. Ese es el punto.'

—Aun así —dijo Yusuf. Acabamos de declarar nuestra intención de romper la ciudad. No creo que podamos salir a tomar un desayuno caliente, ¿verdad?

Tampoco podían simplemente asomar la cabeza y hacer un pedido al tendero. No tenían amigos en la ciudad, nadie que pudiera actuar como enlace con el mundo exterior. El profesor Craft tenía un hermano en Reading, pero no había manera de hacerle llegar una carta, y tampoco había una forma segura de llevar alimentos a la torre. Y resultó que el profesor Chakravarti tenía una relación muy limitada con Hermes: había sido reclutado solo después de su ascenso a la facultad junior, después de que sus vínculos con la facultad superior lo hicieran demasiado arriesgado para una participación más profunda, y conocía a Hermes solo a través de anónimos. letras y puntos de caída. Nadie más había respondido a su baliza. Por lo que sabían, eran los únicos que quedaban.

'¿Ustedes dos no pensaron en esto antes de irrumpir en la torre y comenzar a agitar las armas?' preguntó el profesor Chakravarti.

"Estábamos un poco distraídos", dijo Robin, avergonzado.

—Nosotros… en realidad, nos lo estábamos inventando sobre la marcha —dijo Victoire—. Y no teníamos mucho tiempo.

"Planear una revolución no es uno de tus puntos fuertes". El profesor Craft olfateó. Veré qué puedo hacer con la avena.

Muy pronto surgieron una serie de otros problemas. Babel fue bendecida con agua corriente y baños en el interior, pero no había lugar para ducharse. Nadie tenía una muda de ropa adicional y, por supuesto, no había instalaciones de lavado: todos tenían su lavado hecho por exploradores invisibles. Aparte de un catre individual en el octavo piso, que los becarios graduados usaban como espacio extraoficial para la siesta, no había camas, almohadas, sábanas ni nada que pudiera ser una cama cómoda por la noche, excepto sus propios abrigos.

—Piénsalo así —dijo el profesor Chakravarti en un valiente intento de levantarles el ánimo—. ¿Quién no sueña con vivir en una biblioteca? ¿No hay cierto romanticismo en nuestra situación? ¿Quién de nosotros se resistiría a una vida mental completamente libre de trabas?

Nadie, al parecer, compartía esta fantasía.

'¿No podemos simplemente escabullirnos por las tardes?' preguntó Juliana. Podemos escabullirnos pasada la medianoche y estar de vuelta por la mañana, nadie se dará cuenta...

'Eso es absurdo,' dijo Robin. 'Esto no es algún tipo de... de actividad diurna opcional...'

—Vamos a oler —dijo Yusuf. Será repugnante.

'Aun así, no podemos seguir entrando y saliendo—'

—Entonces sólo una vez —dijo Ibrahim—. 'Solo para suministros —'

—Basta —le espetó Victoire. 'Solo paren, todos ustedes, ¿quieren? Todos elegimos la traición a la Corona. Todavía estaremos incómodos durante algún tiempo.

A las diez y media, Meghana salió corriendo del vestíbulo y anunció sin aliento que Londres estaba enviando un telegrama. Se apiñaron alrededor de la máquina, observando con nerviosismo cómo el profesor Chakravarti tomaba el mensaje y lo transcribía. Parpadeó un momento y luego dijo: "Más o menos nos han dicho que lo dejemos".

'¿Qué?' Robin cogió el telegrama. '¿No hay nada más?'

'POR FAVOR, REABRIR LA TORRE A LA PARADA DE NEGOCIOS REGULARES', leyó el profesor Chakravarti. Eso es todo lo que dice.

¿Ni siquiera está firmado?

"Solo puedo suponer que viene directamente del Ministerio de

Asuntos Exteriores", dijo el profesor Chakravarti. No aceptan mensajes privados tan tarde.

—¿No se sabe nada de Playfair? preguntó Victoria.

"Solo una línea", dijo el profesor Chakravarti. 'Eso es.'

Así que el Parlamento se había negado a cumplir con sus demandas, o incluso a tomarlas en serio. Quizá era una tontería esperar que la huelga produjera una respuesta tan pronto, antes de que la falta de plata surtiera efecto, pero al menos esperaban que el Parlamento reconociera la amenaza. ¿Los parlamentarios pensaron que todo esto se resolvería por sí solo? ¿Estaban tratando de evitar un pánico general? ¿Era por eso que ni un solo policía había llamado a la puerta, por qué el exterior verde estaba tan sereno y vacío como siempre?

'¿Ahora qué?' preguntó Juliana.

Nadie tenía una respuesta. No pudieron evitar sentirse algo petulantes, como niños pequeños que han tenido rabietas pero no han sido recompensados por sus esfuerzos. Todo ese problema por una respuesta tan cortante, todo parecía tan patético.

Se quedaron alrededor de la máquina de telégrafo unos momentos más, con la esperanza de que cobrara vida con mejores noticias: que el Parlamento estaba muy preocupado, que habían convocado un debate de medianoche, que multitudes de manifestantes habían inundado Trafalgar Square para exigir que se terminara la guerra. cancelado Pero la aguja permaneció inmóvil. Uno por uno se escabulleron escaleras arriba, hambrientos y desanimados.

Durante el resto de la noche, Robin ocasionalmente salía a la azotea para observar la ciudad, buscando cualquier indicio de cambio o inquietud. Pero Oxford permaneció tranquilo, imperturbable. Sus folletos yacían pisoteados en la calle, metidos en rejillas, aleteando inútilmente en la suave brisa nocturna. Nadie se había molestado siquiera en limpiarlos.

Tenían poco que decirse esa noche mientras hacían sus camas entre las pilas, acurrucándose bajo abrigos y batas de repuesto. El ambiente de convivencia de aquella tarde se había desvanecido. Todos sufrían el mismo miedo tácito y privado, un temor creciente de que este golpe no hiciera más que condenarse a sí mismos, y que sus gritos no fueran escuchados en la oscuridad implacable.

Magdalen Tower cayó a la mañana siguiente.

Ninguno de ellos había previsto esto. Solo se dieron cuenta de lo

que había sucedido después, después de que revisaron los libros de órdenes de trabajo y se dieron cuenta de lo que podrían haber hecho para evitarlo. Magdalen Tower, el segundo edificio más alto de Oxford, se había basado desde el siglo XVIII en trucos de ingeniería facilitados por la plata para soportar su peso después de siglos de erosión del suelo que habían devorado sus cimientos. Los eruditos de Babel hicieron un mantenimiento de rutina en sus soportes cada seis meses, una vez en enero y otra vez en junio.

En las horas que siguieron al desastre, se enteraron de que fue el profesor Playfair quien supervisó estos refuerzos semestrales durante los últimos quince años, y cuyas notas sobre tales procedimientos estaban bajo llave en su oficina, inaccesibles para la facultad exiliada de Babel, que no había incluso recordó la próxima cita de Magdalen Tower. Encontrarían en su buzón una ráfaga de mensajes de los aterrados miembros del ayuntamiento que habían esperado al profesor Playfair la noche anterior y que descubrieron al día siguiente que estaba en el hospital, lleno de láudano e inconsciente. Se enterarían de que un miembro del consejo había pasado las primeras horas de la mañana llamando frenéticamente a la puerta de Babel; solo que ninguno de ellos lo escuchó o lo vio, porque las protecciones mantuvieron alejada a toda la gentuza que pudiera perturbar a los eruditos del interior.

Mientras tanto, el reloj se había agotado en Magdalen Tower. A las nueve en punto, un estruendo comenzó en su base y se extendió por toda la ciudad. En Babel, sus tazas de té comenzaron a sonar en el desayuno. Pensaron que estaban experimentando un terremoto, hasta que corrieron hacia las ventanas y vieron que nada temblaba notablemente, excepto un solo edificio en la distancia.

Luego corrieron a la azotea y rodearon a la profesora Craft, quien narró lo que vio desde el telescopio. Se está… se está rompiendo.

Ahora los cambios eran tan grandes que podían verse a simple vista. Las tejas caían del techo como gotas de lluvia. Enormes trozos de torretas se desprendieron y se estrellaron contra el suelo.

Victoire preguntó lo que nadie más se atrevió. ¿Crees que hay alguien dentro?

Si lo eran, al menos tenían tiempo suficiente para salir. El edificio había estado temblando durante unos buenos quince minutos. Esta era su defensa ética; no se permitieron considerar las alternativas.

A las nueve y veinte, las diez campanas de la torre empezaron a sonar a la vez, sin ritmo ni armonía. Parecían hacerse más fuertes,

llegando a un nivel terrible; llegaron a un crescendo con una urgencia que hizo que el mismo Robin quisiera gritar.

Entonces la torre se derrumbó, tan simple y limpiamente como un castillo de arena pateado en la base. El edificio tardó menos de diez segundos en caer, pero casi un minuto en calmarse. Luego, donde una vez estuvo Magdalen Tower, había un gran montículo de ladrillo, polvo y piedra. Y de alguna manera era hermoso, inquietantemente hermoso porque era tan horrible, porque violaba las reglas de cómo se suponía que debían moverse las cosas. Que el horizonte de la ciudad pudiera, en un instante, ser cambiado tan dramáticamente fue a la vez asombroso e impresionante.

Robin y Victoire miraban, con las manos apretadas.

—Nosotros hicimos eso —murmuró Robin.

—Eso ni siquiera es lo peor —dijo Victoire, y él no supo si estaba encantada o asustada. Eso es sólo el principio.

Así que Griffin tenía razón. Esto fue lo que se necesitó: una demostración de fuerza. Si el pueblo no pudiera ser ganado con palabras, sería persuadido por la destrucción.

La capitulación del Parlamento, razonaron, estaba a solo unas horas de distancia. ¿Acaso no era esto prueba de que la huelga era intolerable? ¿Que la ciudad no pudo superar la negativa de servicio de la torre?

Los profesores no eran tan optimistas.

"No acelerará las cosas", dijo el profesor Chakravarti. 'En todo caso, ralentizará la destrucción, saben que ahora deben estar atentos'.

"Pero es un presagio de lo que vendrá", dijo Ibrahim. '¿Derecha? ¿Qué cae después? ¿La biblioteca Radcliffe? ¿El Sheldoniano?

'Magdalen Tower fue un accidente', dijo el profesor Craft. Pero el profesor Chakravarti tiene razón. Pondrá al resto en guardia, cubriendo los efectos que hemos detenido. Ahora es una carrera contra el tiempo. Seguramente se habrán reagrupado en otro lugar y estarán intentando construir un nuevo centro de traducción mientras hablamos...

'¿Pueden hacer eso?' preguntó Victoria. Hemos tomado la torre. Tenemos todos los registros de mantenimiento, las herramientas...

—Y la plata —dijo Robin. Tenemos toda la plata.

"Eso dolerá, con el tiempo, pero a corto plazo lograrán llenar el peor de los vacíos", dijo el profesor Craft. Nos esperarán hasta que terminemos. Tenemos papilla para una semana como máximo, Swift, ¿y luego qué? ¿Nos morimos de hambre?

'Entonces aceleramos las cosas,' dijo Robin.

'¿Cómo te propones hacer eso?' preguntó Victoria.

'Resonancia.'

El profesor Chakravarti y el profesor Craft intercambiaron una mirada.

'¿Cómo sabe él sobre eso?' preguntó el profesor Craft.

El profesor Chakravarti se encogió de hombros con aire culpable. Podría habérselo enseñado.

—¡Anand!

'Oh, ¿cuál fue el daño?'

'Bueno, esto, claramente—'

'¿Qué es la resonancia?' exigió Victoria.

—En el octavo piso —dijo Robin. 'Vamos, te mostraré. Es cómo se mantienen las barras distantes, las que no están hechas para resistir. El centro a la periferia. Si quitamos el centro, seguramente comenzarán a fallar, ¿no es así?

—Bueno, hay una línea moral —dijo el profesor Craft—. Retener servicios, recursos, eso es una cosa. Pero el sabotaje deliberado...

Robin se burló. '¿Estamos dividiendo los pelos éticos sobre esto? ¿Este?'

"La ciudad dejaría de funcionar", dijo el profesor Chakravarti. 'El país. Sería Armagedón.

Pero eso es lo que queremos...

"Quieres suficiente daño para que la amenaza sea creíble", dijo el profesor Chakravarti. 'Y no mas.'

'Entonces eliminaremos solo unos pocos a la vez.' Robin se puso de pie. Su mente estaba decidida. No quería seguir debatiendo esto, y vio que ninguno de ellos tampoco; estaban demasiado ansiosos y demasiado asustados. Sólo querían que alguien les dijera qué hacer. 'Uno por uno, hasta que tengan la idea general. ¿Le gustaría elegir cuáles?

Los profesores declinaron. Robin sospechó que era demasiado para ellos deconstruir las varillas de resonancia por sí mismos, porque conocían muy bien las consecuencias de lo que hacían. Necesitaban preservar la ilusión de inocencia, o al menos de ignorancia. Pero no expresaron más oposición, y esa noche Robin y Victoire subieron juntos al octavo piso.

¿Crees que una docena más o menos? sugirió Victoria. 'Una docena todos los días, y veremos si necesitamos aumentar la escala.'

—Tal vez dos docenas para empezar —dijo Robin—. Debe haber

cientos de varillas en la habitación. Tuvo el impulso de patearlos a todos, agarrar uno y usarlo para derribar a los demás. '¿No queremos ser dramáticos?'

Victoire le lanzó una mirada divertida. 'Hay dramático, y luego está imprudente.'

'Todo este esfuerzo es imprudente.'

'Pero ni siquiera sabemos lo que uno haría...'

Solo quiero decir que necesitamos llamar su atención. Robin presionó un puño en una palma. Quiero un espectáculo. Quiero Armagedón. Quiero que piensen que una docena de Magdalen Towers caerán todos los días hasta que nos escuchen.

Victoria se cruzó de brazos. A Robin no le gustó la forma en que sus ojos lo buscaban, como si hubiera captado alguna verdad que él no quería admitir en voz alta.

Lo que estamos haciendo aquí no es venganza. Ella levantó las cejas. Sólo para que quede claro.

Entonces optó por no mencionar al profesor Playfair. —Ya lo sé, Victoire.

'Bien entonces.' Ella asintió secamente. 'Dos docenas.'

Dos docenas para empezar. Robin se agachó y sacó la barra de resonancia más cercana de su accesorio. Se deslizó con sorprendente facilidad. Había esperado cierta resistencia, algún ruido o transformación que simbolizara la ruptura. '¿Es así de simple?'

Qué delgados, qué frágiles, los cimientos de un imperio. Quita el centro, ¿y qué queda? Una periferia jadeante, sin fundamento, impotente, cortada de raíz.

Victoire extendió la mano al azar y sacó una segunda varilla, y luego una tercera. Supongo que ya veremos.

Y luego, como un castillo de naipes, Oxford comenzó a desmoronarse.

La rapidez de su deterioro fue asombrosa. Al día siguiente, todos los relojes del campanario dejaron de funcionar, todos congelados a las 6.37 de la mañana en punto. Más tarde esa tarde, un gran hedor flotaba sobre la ciudad. Resultó que se había utilizado plata para facilitar el flujo de las aguas residuales, que ahora estaban atrapadas en su lugar, una masa inmóvil de lodo. Esa noche, Oxford se quedó a oscuras. Primero empezó a parpadear una farola, luego otra, y luego otra, hasta que todas las luces de High Street se apagaron. Por primera vez en las dos décadas desde que se instalaron lámparas de gas en sus calles, Oxford pasó la noche envuelto en negro.

'¿Qué hicieron ustedes dos allí arriba?' Ibrahim se maravilló.

"Solo eliminamos dos docenas", dijo Victoire. Sólo dos docenas, así que...

"Así es como se diseñó Babel para funcionar", dijo el profesor Chakravarti. 'Hicimos que la ciudad dependiera lo más posible del Instituto. Diseñamos barras para que duren solo varias semanas en lugar de meses, porque las citas de mantenimiento generan dinero. Este es el costo de inflar los precios y crear demanda artificialmente. Todo funciona a la perfección, hasta que deja de funcionar.

En la mañana del tercer día, el transporte comenzó a fallar. La mayoría de los carros en Inglaterra usaban una variedad de parejas que jugaban con el concepto de velocidad. La palabra velocidad en el inglés moderno era específica de un sentido de rapidez, pero como lo demostraron varias frases comunes: Godspeed, buena velocidad para ti, el significado de raíz, derivado del latín spēs, que significa 'esperar', se asoció con buena fortuna y éxito, con el sentido más amplio de buscar el propio destino, de recorrer grandes distancias para llegar a la meta. Los pares de coincidencias basados en la velocidad que usaban el latín o, en casos raros, el eslavo antiguo, permitían que los carruajes viajaran más rápido sin riesgo de accidente.

Pero los conductores se habían acostumbrado demasiado a las barras y, por lo tanto, no corrigieron cuando fallaron. Los accidentes se multiplicaron. Las carreteras de Oxford se bloquearon con vagones y taxis volcados que habían tomado las esquinas con demasiada fuerza. En los Cotswolds, una pequeña familia de ocho personas cayó directamente a un barranco porque el conductor se había acostumbrado a sentarse y dejar que los caballos tomaran el control en las curvas difíciles.

El sistema postal también se paralizó. Durante años, los mensajeros de Royal Mail con cargas particularmente pesadas habían estado usando barras grabadas con el par de paquetes francés-inglés. Tanto el francés como el inglés alguna vez usaron parcela para referirse a terrenos que componían una propiedad, pero cuando evolucionó para implicar un elemento de negocio en ambos, conservó su connotación de pequeña fragmentación en francés, mientras que en inglés simplemente significaba un paquete. Al fijar esta barra al carruaje postal, los paquetes parecían una fracción de su verdadero peso. Pero ahora estos carruajes, con caballos esforzándose bajo tres veces la carga a la que estaban acostumbrados, se estaban derrumbando a mitad de camino.

¿Crees que ya se han dado cuenta de que esto es un problema? Robin exigió en el cuarto día. 'Quiero decir, ¿cuánto tiempo le llevará a la gente darse cuenta de que esto no desaparecerá por sí solo?'

Pero era imposible saberlo desde dentro de la torre. No tenían forma de calibrar la opinión pública ni en Oxford ni en Londres, excepto a través de los periódicos que, curiosamente, todavía se entregaban en la puerta principal todas las mañanas. Así fue como se enteraron de la tragedia de la familia Cotswold, los accidentes de tránsito y la demora del servicio de mensajería en todo el país. Pero los periódicos de Londres apenas mencionaron la guerra contra China o la huelga, salvo un breve anuncio sobre algunos "disturbios internos" en el "prestigioso Instituto Real de Traducción".

—Nos están silenciando —dijo Victoire con gravedad—. Están haciendo esto a propósito.

Pero, ¿cuánto tiempo pensó el Parlamento que podría mantener las cosas en silencio? En la quinta mañana, los despertó un ruido horriblemente discordante. Tomó un poco de raíz a través de los libros de contabilidad para averiguar qué estaba pasando. Great Tom of Christ Church, la campana más ruidosa de Oxford, siempre había cantado una nota en si bemol ligeramente imperfecta. Pero cualquiera que fuera el trabajo de plata que regulaba su sonido había dejado de funcionar, y Great Tom ahora emitía un gemido devastador y espeluznante. Esa tarde, se le unieron las campanas de St Martin's, St Mary's y Osney Abbey, un coro continuo, miserable y quejumbroso.

Las protecciones de Babel bloquearon un poco el sonido, aunque esa noche todos habían aprendido a vivir con un murmullo constante y espantoso que se filtraba a través de las paredes. Llevaban algodón en las orejas para dormir.

Las campanas eran un canto fúnebre a una ilusión. La ciudad de las torres de ensueño ya no existía. La degradación de Oxford era visible: se podía ver cómo se desmoronaba por horas como una casa de pan de jengibre podrida. Lo que quedó claro fue cuán profundamente dependía Oxford de la plata, cómo sin el trabajo constante de su cuerpo de traducción, del talento que atraía del exterior, inmediatamente se vino abajo. Reveló más que el poder de la traducción. Reveló la absoluta dependencia de los británicos, quienes, sorprendentemente, no podían hacer cosas básicas como hornear pan o ir de un lugar a otro con seguridad sin palabras robadas de otros países.

Y aún así esto era sólo el comienzo. Los libros de mantenimiento

eran interminables y había cientos de varillas de resonancia aún por desarraigar.

'¿Hasta dónde van a dejar que esto llegue?' era la pregunta que se hacían dentro de la torre. Porque todos estaban asombrados, y algo horrorizados, de que la ciudad aún no hubiera reconocido la verdadera razón detrás de esta huelga; que el Parlamento todavía no había tomado medidas.

En privado, Robin no quería que esto terminara. Nunca se lo confesaría a los demás, pero en el fondo, donde residían los fantasmas de Griffin y Ramy, no quería una resolución rápida, un acuerdo nominal que solo empapelara décadas de explotación.

Quería ver hasta dónde podía llevar esto. Quería ver cómo Oxford se derrumbaba hasta los cimientos, quería que se desmoronara su opulencia dorada y gorda; para que sus ladrillos pálidos y elegantes se desmoronen; para que sus torretas se estrellen contra los adoquines; para que sus estantes se derrumben como fichas de dominó. Quería que todo el lugar fuera desmantelado tan a fondo que fuera como si nunca se hubiera construido. Todos esos edificios ensamblados por esclavos, pagados por esclavos y repletos de artefactos robados de las tierras conquistadas, esos edificios que no tenían derecho a existir, cuya existencia continua exigía extracción y violencia continuas, destruidos, deshechos.

Al sexto día, por fin llamaron la atención de la ciudad. Una multitud se reunió en la base de la torre alrededor de media mañana, gritando para que salieran los eruditos.

—Oh, mira —dijo Victoire con sarcasmo—. Es una milicia.

Se reunieron alrededor de una ventana del cuarto piso y miraron hacia abajo. Gran parte de la multitud eran estudiantes de Oxford: jóvenes vestidos de negro que marchaban en defensa de su ciudad; con el ceño fruncido, el pecho hinchado. Robin reconoció a Vincy Woolcombe por su melena pelirroja y luego a Elton Pendennis, que agitaba una antorcha por encima de su cabeza y gritaba a los hombres que tenía detrás como si dirigiera tropas a un campo de batalla. Pero también había mujeres, niños, taberneros, tenderos y granjeros: una rara alianza de ciudad y vestido.

"Probablemente deberíamos ir y hablar con ellos", dijo Robin. De lo contrario, estarán ahí fuera todo el día.

'¿No tienes miedo?' preguntó Megana.

Robin se burló. '¿Es usted?'

Son bastantes. No sabes lo que harán.

'Son estudiantes,' dijo Robin. No saben lo que quieren hacer.

De hecho, parecía que los agitadores no habían pensado en cómo asaltarían la torre. Ni siquiera estaban gritando al unísono. La mayoría se limitaba a dar vueltas por el green, confundidos, mirando a su alrededor como si esperaran a que alguien más diera órdenes. Esta no era la turba enojada de trabajadores desempleados que había amenazado a los eruditos de Babel durante el último año; se trataba de escolares y gente del pueblo para quienes la violencia era un medio totalmente desconocido de conseguir lo que querían.

'¿Vas a caminar por ahí?' preguntó Ibrahim.

'¿Por qué no?' preguntó Robin. 'También puede gritar de vuelta.'

—Dios mío —dijo el profesor Chakravarti de repente, con la voz tensa—. Están intentando incendiar este lugar.

Se volvieron hacia la ventana. Ahora que la multitud se acercaba, Robin pudo ver que habían traído carretas llenas de astillas. Tenían antorchas. Tenían aceite.

¿Iban a quemarlos vivos? Estúpido, eso sería tan estúpido; seguramente entendieron que el punto era que Babel no se podía perder, porque Babel y el conocimiento contenido en ella era precisamente lo que estaban luchando por recuperar. Pero tal vez la racionalidad había huido. Tal vez solo estaba la multitud, alimentada por la pura furia de que algo que pensaban que era suyo les había sido arrebatado.

Algunos estudiantes comenzaron a apilar leña al pie de la torre. Robin sintió su primera punzada de preocupación. Esta no era una amenaza ociosa; realmente pretendían incendiar el lugar.

Abrió la ventana y asomó la cabeza fuera. '¿Qué estás haciendo?' él gritó. Si nos quemas, nunca lograrás que tu ciudad funcione correctamente.

Alguien le arrojó una botella de vidrio a la cara. Estaba demasiado alto y la botella cayó en espiral antes de acercarse, pero el profesor Chakravarti empujó a Robin hacia atrás y cerró la ventana de golpe.

'Está bien', dijo. Creo que no tiene sentido razonar con locos.

'Entonces, ¿qué vamos a hacer?' exigió Ibrahim. ¡Nos van a quemar vivos!

—La torre está hecha de piedra —dijo Yusuf con desdén—. 'Estaremos bien.'

Pero el humo...

—Tenemos algo —dijo bruscamente el profesor Chakravarti, como

si acabara de recordar. Arriba, debajo de los archivos de Birmania...

—¡Anand! exclamó el profesor Craft. Son civiles.

"Es defensa propia", dijo el profesor Chakravarti. Creo que está justificado.

El profesor Craft volvió a mirar a la multitud. Su boca apretada en una delgada línea. 'Oh muy bien.'

Sin más explicaciones, los dos se dirigieron a la escalera. El resto se miró el uno al otro por un momento, sin saber qué hacer.

Robin se estiró para abrir la ventana con una mano, hurgando en su bolsillo interior delantero con la otra. Victoire agarró su muñeca. '¿Qué estás haciendo?'

—El bar de Griffin —murmuró. 'Ya sabes, el...'

'¿Estas loco?'

'Están tratando de quemarnos vivos, no discutamos la moral...'

Eso podría incendiar todo el petróleo. Su agarre se hizo más fuerte, tanto que le dolía. Eso matará a media docena de personas. Cálmate, ¿quieres?

Robin volvió a guardar la barra en su bolsillo, respiró hondo y se maravilló del martilleo en sus venas. Quería una pelea. Quería saltar allí abajo y sangrarles la cara con los puños. Quería que supieran exactamente qué era él, cuál era su peor pesadilla: incivilizado, brutal, violento.

Pero se acabó antes de empezar. Al igual que el profesor Playfair, Pendennis y los de su clase no eran soldados. Les gustaba amenazar y fanfarronear. Les gustaba fingir que el mundo obedecía todos sus caprichos. Pero al final del día, no estaban destinados a la lucha material. No tenían ni la menor idea de cuánto esfuerzo se necesitaría para derribar una torre, y Babel era la torre más fortificada de la tierra.

Pendennis bajó la antorcha y encendió la leña. La multitud aplaudió cuando las llamas lamieron las paredes. Pero el fuego no prendió. Las llamas saltaron hambrientas, alcanzando con zarcillos anaranjados como si buscaran un punto de apoyo, pero sin sentido volvieron a caer. Varios estudiantes corrieron hacia las paredes de la torre en un intento mal pensado de escalarlas, pero apenas tocaron los ladrillos antes de que una fuerza invisible los arrojara contra el césped.

El profesor Chakravarti bajó las escaleras jadeando, con una barra de plata que decía भिन्ते.*—Sánscrito —explicó—. Los dividirá.

Se asomó por la ventana, observó la pelea por un momento y

luego arrojó la barra al centro de la multitud. En segundos, la multitud comenzó a dispersarse. Robin no podía decir exactamente lo que estaba pasando, pero parecía haber una discusión en el suelo, y los agitadores tenían miradas de irritación y confusión alternadas mientras se arremolinaban como patos dando vueltas en un estanque. Luego, uno por uno, se alejaron de la torre; a casa, a la cena, a las esposas y esposos e hijos que esperan.

Un pequeño número de estudiantes se quedó por un rato. Elton Pendennis seguía pontificando en el green, agitando su antorcha sobre su cabeza, gritando maldiciones que no podían escuchar a través de las protecciones. Pero la torre, claramente, nunca se iba a incendiar. La astilla ardió inútilmente contra la piedra y luego chisporroteó. Las voces de los manifestantes enronquecieron con los gritos; sus gritos vacilaron, y luego finalmente se extinguieron por completo. Al atardecer, los últimos miembros de la chusma habían regresado a casa.

Los traductores no cenaron hasta casi la medianoche; gachas sin condimentar, conservas de durazno y dos galletas de té cada uno. Después de mucho rogar, el profesor Craft cedió y les permitió traer varias botellas de vino tinto de la bodega. —Bueno —dijo, sirviendo generosas copas con mano temblorosa—. '¿No fue tan emocionante?'

A la mañana siguiente, los traductores comenzaron la fortificación de Babel.

Nunca habían estado en peligro real el día anterior; incluso Juliana, que había llorado en silencio hasta quedarse dormida, ahora se reía al recordarlo. Pero ese motín prenatal fue solo el comienzo. Oxford continuaría desmoronándose, y la ciudad solo los odiaría más. Tenían que prepararse para la próxima vez.

Se lanzaron al trabajo. De repente, la torre se sintió igual que durante la temporada de exámenes. Se sentaron en filas en el octavo piso, con las cabezas encorvadas sobre sus textos, y los únicos sonidos en la habitación eran el pasar de las páginas y la exclamación ocasional cuando alguien tropezaba con una pepita prometedora de etimología. Esto se sintió bien. Aquí por fin había algo que hacer, algo que les impidiera perder el tiempo nerviosamente mientras esperaban noticias del exterior.

Robin rebuscó entre montones de notas que había encontrado en la oficina del profesor Lovell, que contenían muchas parejas potenciales preparadas para la campaña de China. Uno lo entusiasmó

mucho: el carácter chino 利 (lì) podía significar afilar el arma, aunque también tenía connotaciones de beneficio y ventaja, y su logograma representaba el grano cortado con un cuchillo. Los cuchillos afilados con el par de fósforos afilados 利 tenían hojas terriblemente delgadas, y encontraron sus objetivos sin fallar.

'¿Cómo es eso útil?' preguntó Victoire cuando él se la mostró.

'Ayuda en una pelea,' dijo Robin. '¿No es ese el punto?'

'¿Crees que vas a pelear con cuchillos con alguien?'

Se encogió de hombros, molesto y ahora un poco avergonzado. Podría reducirse a eso.

Ella entrecerró los ojos. 'Tú quieres que lo haga, ¿no?'

'Por supuesto que no, yo ni siquiera... por supuesto que no. Pero si entran, si es estrictamente necesario...

'Estamos tratando de defender la torre,' le dijo suavemente. 'Solo estamos tratando de mantenernos a salvo. No dejar un campo de sangre a nuestro paso.

Comenzaron a vivir como defensores bajo asedio. Consultaron textos clásicos (historias militares, manuales de campo, tratados estratégicos) para obtener ideas sobre cómo manejar la torre. Instituyeron horarios y raciones estrictos para las comidas; nada de mordisquear las galletas a medianoche, como habían sorprendido haciendo a Ibrahim y Juliana. Sacaron el resto de los viejos telescopios astronómicos a la azotea para poder vigilar la ciudad en deterioro. Establecieron una serie de turnos rotativos de vigilancia de dos horas desde las ventanas del séptimo y octavo piso para que cuando comenzaran los siguientes disturbios, los vieran venir desde muy lejos.

Pasó un día así, y luego otro. Finalmente se dio cuenta de que habían pasado el punto de no retorno, que esto no era una divergencia temporal; no habría reanudación de la vida normal. Salieron de aquí los vencedores, los heraldos de una Gran Bretaña irreconocible, o dejaron esta torre muerta.

Están en huelga en Londres. Victoire le sacudió los hombros. Robin, despierta.

Se incorporó de golpe. El reloj marcaba las diez y media de la noche; acababa de quedarse dormido, preparándose para una guardia de cementerio. '¿Qué? ¿Quién?'

'Todo el mundo.' Victoire sonaba aturdida, como si ella misma no pudiera creerlo. Los panfletos de Anthony debieron de funcionar... quiero decir, los que se dirigían a los radicales, los que trataban sobre

el trabajo, porque mira... Ella le mostró un telegrama. Incluso la oficina de telégrafos. Dicen que ha habido multitudes alrededor del Parlamento todo el día, exigiendo que retiren la propuesta de guerra...

'¿Quiénes son todos?'

Todos los huelguistas de hace unos años: los sastres, los zapateros, los tejedores. Todos están atacando de nuevo. Y hay más, hay trabajadores portuarios, empleados de fábricas, fogoneros de plantas de gas, quiero decir, realmente, todos. Mirar.' Sacudió el telegrama. 'Mirar. Mañana saldrá en todos los periódicos.

Robin entrecerró los ojos a la misiva en la penumbra, tratando de comprender lo que esto significaba.

A cien millas de distancia, los trabajadores blancos de una fábrica británica se apiñaban en Westminster Hall para protestar contra una guerra en un país en el que nunca habían puesto un pie.

¿Tenía razón Antonio? ¿Habían forjado la más improbable de las alianzas? La suya no fue la primera de las revueltas antiplata de esa década, sólo la más dramática. Los disturbios de Rebecca en Gales, los disturbios de la plaza de toros en Birmingham y los levantamientos cartistas en Sheffield y Bradford a principios de ese año habían intentado y fallado en detener la revolución industrial plateada. Los periódicos los habían presentado como estallidos aislados de descontento. Pero ahora estaba claro que todos estaban conectados, todos atrapados en la misma red de coerción y explotación. Lo que les estaba pasando a los hilanderos de Lancashire les había pasado primero a los tejedores indios. Trabajadores textiles sudorosos y exhaustos en fábricas británicas de plata dorada hilaban algodón recogido por esclavos en Estados Unidos. En todas partes, la revolución industrial plateada había provocado pobreza, desigualdad y sufrimiento, mientras que los únicos que se beneficiaron fueron los que estaban en el poder en el corazón del Imperio. Y el gran logro del proyecto imperial fue tomar sólo un poco de tantos lugares; fragmentar y distribuir el sufrimiento para que en ningún momento fuera demasiado para toda la comunidad. Hasta que lo hizo.

Y si los oprimidos se unían, si se unían en torno a una causa común, aquí, ahora, estaba uno de los puntos de inflexión imposibles de los que Griffin había hablado tan a menudo. Aquí estaba su oportunidad de desviar la historia de su curso.

La primera oferta de alto el fuego llegó desde Londres una hora después:**REANUDAR LOS SERVICIOS DE BABEL. AMNISTIA COMPLETA HASTA PARA SWIFT Y DESGRAVES STOP. DE LO**

CONTRARIO PARADA DE PRISIÓN.

'Esos son términos muy malos', dijo Yusuf.

"Son términos absurdos", dijo el profesor Chakravarti. '¿Cómo deberíamos responder?'

—Creo que no —dijo Victoire. "Creo que los dejamos sudar, que seguimos empujándolos hasta el límite".

—Pero eso es peligroso —dijo el profesor Craft—. 'Han abierto espacio para un diálogo, ¿no es así? No podemos saber cuánto tiempo permanecerá abierto. Supongamos que los ignoramos y se cierra...

—Hay algo más —dijo Robin bruscamente—.

Observaron cómo el telégrafo se alejaba temeroso y silencioso mientras Victoire lo descolgaba. 'EJÉRCITO EN SU CAMINO PARE', leyó. 'RETIRARSE PARAR'.

—Jesucristo —dijo Juliana.

Pero ¿de qué les sirve eso? preguntó Robin. No pueden atravesar las protecciones...

—Tenemos que suponer que pueden hacerlo —dijo el profesor Chakravarti con gravedad—. 'Al menos, que lo harán. Tenemos que suponer que Jerome los está ayudando.

Esto desencadenó una ronda de balbuceos asustados.

"Tenemos que hablar con ellos", dijo el profesor Craft. Perderemos la ventana de negociación...

Ibrahim dijo: 'Supongamos que nos meten a todos en la cárcel, aunque...'

—No si nos rendimos... —empezó a decir Juliana.

Y Victoire, firme, vehemente: 'No podemos rendirnos. No habremos ganado nada...

'Esperar.' Robin alzó la voz por encima del estruendo. 'No, esta amenaza, el ejército, todo significa que está funcionando, ¿no lo ves? Significa que tienen miedo. El primer día todavía pensaban que podían darnos órdenes. Pero ahora han sentido las consecuencias. Están aterrorizados. Lo que significa que si podemos aguantar un poco, si podemos seguir así, ganaremos'.

Capítulo Veintiocho

¿Qué dices, entonces,
A veces, cuando la mitad de la ciudad se romperá
¿Lleno de una pasión, venganza, rabia o miedo?

WILLIAM WORDSWORTH, El preludio

A

la mañana siguiente se despertaron y descubrieron que un conjunto de barricadas había surgido misteriosamente alrededor de la torre durante la noche. Obstrucciones grandes y tambaleantes bloqueaban todas las calles principales que conducían a Babel: High Street, Broad Street, Cornmarket. ¿Era esto obra del ejército? Se preguntaron. Pero todo parecía demasiado descuidado, demasiado fortuito para ser una operación del Ejército. Las barricadas estaban hechas de materiales cotidianos: carros volcados, barriles llenos de arena, farolas caídas, rejas de hierro arrancadas de las cercas que rodeaban los parques de Oxford y los escombros de piedra que se habían acumulado en cada esquina como evidencia del lento deterioro de la ciudad. ¿Y qué beneficio obtuvo el Ejército al cercar sus propias calles?

Le preguntaron a Ibrahim, que estaba de guardia, qué había visto. Pero Ibrahim se había quedado dormido. "Me desperté un poco antes del amanecer", dijo a la defensiva. 'Para entonces ya estaban en su lugar.'

El profesor Chakravarti llegó corriendo desde el vestíbulo. Hay un hombre afuera que quiere hablar con ustedes dos. Hizo un gesto con la cabeza a Robin y Victoire.

'¿Qué hombre?' preguntó Victoria. '¿Porque nosotros?'

"No está claro", dijo el profesor Chakravarti. “Pero él fue bastante firme en que habla con quien sea que esté a cargo. Y todo esto es tu circo, ¿no?

Descendieron juntos al vestíbulo. Desde la ventana vieron a un hombre barbudo, alto, de hombros anchos, que esperaba en los escalones. No parecía estar armado, ni particularmente hostil, pero su presencia era desconcertante, no obstante.

Había visto a este hombre antes, se dio cuenta Robin. No llevaba

su cartel, pero se quedó de la misma manera que siempre lo había hecho durante las protestas de los trabajadores del molino: los puños apretados, la barbilla levantada, mirando con determinación a la torre como si pudiera derribarla con su mente.

'Por el amor de Dios.' El profesor Craft se asomó por la ventana. Es uno de esos locos. No salgas, te atacará.

Pero Robin ya se estaba poniendo el abrigo. No, no lo hará. Tenía una sospecha de lo que estaba sucediendo, y aunque todavía tenía miedo de tener esperanzas, su corazón se aceleró de emoción. Creo que está aquí para ayudar.

Cuando abrieron la puerta,*el hombre retrocedió cortésmente, con los brazos en alto para mostrar que no tenía armas.

'¿Cuál es tu nombre?' preguntó Robin. Te he visto aquí antes.

'Abel.' La voz del hombre era muy profunda; sólido, como piedra de construcción. Abel Goodfellow.

—Me tiraste un huevo —acusó Victoire. —Ese fuiste tú, el pasado mes de febrero...

'Sí, pero era sólo un huevo', dijo Abel. 'Nada personal.'

Robin hizo un gesto hacia las barricadas. El más cercano obstruía casi todo el ancho de High Street, cortando la entrada principal a la torre. '¿Este es tu trabajo?'

Abel sonrió. Era una vista extraña, a través de esa barba; lo hizo parecer brevemente como un niño alegre. '¿Te gustan?'

—No estoy segura de cuál es el punto —dijo Victoire—.

El ejército está en camino, ¿no te has enterado?

"Y no veo cómo esto los detiene", dijo Victoire. A menos que me estés diciendo que también has traído un ejército para proteger esos muros.

—Hará un mejor trabajo protegiendo a las tropas de lo que piensas —dijo Abel—. No se trata solo de las paredes, aunque resistirán, ya verás. Es psicológico. Las barricadas crean la impresión de que hay una resistencia real, mientras que el Ejército actualmente cree que marchará hacia la torre sin oposición. Y anima a nuestros manifestantes: crea un refugio seguro, un lugar para retirarse".

—¿Y por qué estás aquí protestando? preguntó Victoria con cautela.

La revolución industrial plateada, por supuesto. Abel levantó un folleto arrugado y empapado de agua. Uno de ellos. Resulta que estamos del mismo lado.

Victoire ladeó la cabeza. '¿Estamos?'

'Ciertamente en lo que respecta a la industria. Hemos estado tratando de convencerte de lo mismo.

Robin y Victoire intercambiaron una mirada. Ambos se sentían bastante avergonzados ahora por su desdén hacia los huelguistas durante el último año. Se habían creído las afirmaciones del profesor Lovell de que los huelguistas eran simplemente vagos, patéticos e indignos de las dignidades económicas básicas. Pero, ¿cuán diferentes, en realidad, eran sus causas?

"Nunca se trató de la plata", dijo Abel. 'Te das cuenta de eso ahora, ¿no? Se trataba de la reducción de salarios. El trabajo de mala calidad. Las mujeres y los niños se mantienen todo el día en habitaciones calientes sin aire, el peligro de las máquinas no probadas que el ojo no puede rastrear. estábamos sufriendo. Y solo queríamos que lo vieras.

—Lo sé —dijo Robin—. Ahora lo sabemos.

Y no estábamos allí para hacerles daño a ninguno de ustedes. Bueno, no en serio.

Victoire vaciló y luego asintió. Puedo intentar creer eso.

'De todos modos.' Abel señaló las barricadas detrás de él. El movimiento fue preciosamente torpe, como un pretendiente mostrando sus rosas. Nos enteramos de lo que estabas haciendo y pensamos que podríamos subir y ayudarte. Al menos podemos evitar que esos bufones incendien la torre.

'Bueno, gracias.' Robin no estaba seguro de qué hacer con esto; todavía no podía creer que esto estaba sucediendo. ¿Quieres entrar? ¿Hablar las cosas?

—Bueno, sí —dijo Abel—. 'Es por eso que estoy aquí.'

Volvieron a cruzar la puerta y lo invitaron a pasar.

Y así se trazaron las líneas de batalla. Esa tarde comenzó la colaboración más extraña que Robin jamás había presenciado. Hombres que semanas atrás habían estado gritando obscenidades a los estudiantes de Babel ahora estaban sentados en el vestíbulo entre ellos, hablando sobre tácticas de guerra callejera e integridad de barreras. El profesor Craft y un huelguista llamado Maurice Long estaban de pie con la cabeza inclinada sobre un mapa de Oxford, discutiendo las ubicaciones ideales para más barreras para bloquear los puntos de entrada del ejército. —Las barricadas son lo único bueno que hemos importado de los franceses —estaba diciendo Maurice —.*“Sobre los caminos anchos, queremos obstrucciones de bajo nivel: adoquines, árboles derribados, ese tipo de cosas. Se necesita tiempo para despejar y les impide traer caballos o artillería pesada. Y aquí, si

cortamos los puntos de acceso más angostos alrededor del cuadrilátero, podemos mantenerlos restringidos a High Street. . .'*

Victoire e Ibrahim se sentaron en una mesa con varios otros delanteros, tomando notas obedientemente sobre qué tipo de barras de plata podrían ayudar mejor a sus defensas. La palabra barriles surgió bastante; Robin, escuchando a escondidas, dedujo que planeaban asaltar algunas bodegas de vino en busca de refuerzos estructurales.*

'¿Cuántas noches te vas a quedar aquí?' Abel hizo un gesto alrededor del vestíbulo.

—El tiempo que haga falta —dijo Robin. 'Esa es la clave; pueden probar todo lo que tienen, pero estarán paralizados mientras tengamos la torre.

¿Tienen camas aquí?

'Realmente no. Hay un catre que usamos por turnos, pero la mayoría de las veces nos acurrucamos en las pilas.

No puedo estar cómodo.

'De nada.' Robin le dedicó una sonrisa irónica. 'Sigue siendo pisado cuando alguien se dirige hacia abajo para usar el baño'.

Abel tarareó. Sus ojos recorrieron el amplio vestíbulo, los estantes de caoba pulida y el piso de mármol prístino. Todo un sacrificio.

El ejército británico entró en Oxford esa noche.

Los eruditos observaron desde la azotea cómo las tropas de casacas rojas rodaban en una sola columna a lo largo de High Street. La llegada de un pelotón armado debería haber sido una gran ocasión, pero era difícil sentir miedo real. Las tropas parecían bastante fuera de lugar entre las casas adosadas y las tiendas del centro de la ciudad, y la gente del pueblo que acudió a animar su llegada hizo que pareciera más un desfile que una fuerza militar punitiva. Marcharon lentamente, dando paso a los civiles que cruzaban la calle. Todo era bastante pintoresco y educado.

Se detuvieron cuando llegaron a las barricadas. El comandante, un tipo de rico bigote ataviado con medallas, desmontó de su caballo y se dirigió al primer carro volcado. Parecía profundamente confundido por esto. Miró a su alrededor a la gente del pueblo que observaba, como si esperara alguna explicación.

¿Crees que ese es Lord Hill? se preguntó Juliana.

"Él es el comandante en jefe", dijo el profesor Chakravarti. No van a enviar al Comandante en Jefe para que se ocupe de nosotros.

—Deberían hacerlo —dijo Robin. Somos una amenaza para la seguridad nacional.

No seas tan dramático. Victoire los hizo callar. Mira, están hablando.

Abel Goodfellow salió solo de detrás de la barricada.

El comandante se encontró con Abel en medio de la calle. Intercambiaron palabras. Robin no podía oír lo que decían, pero la conversación parecía acalorada. Comenzó de manera civilizada, pero luego ambos hombres comenzaron a gesticular salvajemente; en varios momentos temió que el comandante estuviera a punto de esposar a Abel. Por fin llegaron a un acuerdo. Abel se retiró detrás de la barricada, caminando hacia atrás como para asegurarse de que nadie le disparara por la espalda. El comandante bigotudo volvió a su batallón. Luego, para asombro de Robin, el ejército comenzó a retirarse.

—Nos ha dado cuarenta y ocho horas para despejarnos —informó Abel a su regreso al vestíbulo de la torre. Después de eso, dice que van a despejar las barricadas a la fuerza.

'Así que solo tenemos dos días', dijo Robin. No es tiempo suficiente.

—Más que eso —dijo Abel—. 'Todo esto se desarrollará a trompicones. Darán otra advertencia. Luego otro. Luego un tercero, esta vez fuertemente redactado. Arrastrarán los pies todo el tiempo que puedan. Si estuvieran planeando asaltarnos, lo habrían hecho en ese mismo momento.

"Estaban perfectamente felices filmando a los Swing Rioters", dijo Victoire. Y los Blanketeers.

"Esos no fueron disturbios por el territorio", dijo Abel. 'Esos fueron disturbios por políticas. Los alborotadores no necesitaban mantenerse firmes; cuando les dispararon, se dispersaron. Pero estamos incrustados en el corazón de una ciudad. Hemos apostado por la torre y por Oxford mismo. Si alguno de esos soldados golpea accidentalmente a un transeúnte, esto se sale de su control. No pueden romper las barricadas sin romper la ciudad. Y eso, creo, el Parlamento no se lo puede permitir. Se levantó para irse. Los mantendremos fuera. Sigue escribiendo tus panfletos.

Así que esto, un callejón sin salida entre los huelguistas y el Ejército en las barricadas de High Street, se convirtió en su nuevo status quo.

Cuando se trataba de eso, la torre en sí misma proporcionaría una

protección mucho mejor que la mezcla de obstrucciones de Abel Goodfellow. Pero las barricadas tenían más que un mero valor simbólico. Cubrieron un área lo suficientemente grande como para permitir que las líneas de suministro cruciales entraran y salieran de la torre. Esto significaba que los eruditos ahora tenían comida fresca y agua fresca (la cena de esa noche fue una recompensa de panecillos blancos esponjosos y pollo asado), y significaba que tenían una fuente confiable de información sobre lo que estaba sucediendo más allá de los muros de la torre.

A pesar de todas las expectativas, los seguidores de Abel crecieron en número durante los días siguientes. Los obreros en huelga fueron mejores para transmitir el mensaje que cualquiera de los panfletos de Robin. Después de todo, hablaban el mismo idioma. Los británicos podían identificarse con Abel de una manera que no podían con los traductores nacidos en el extranjero. Trabajadores en huelga de toda Inglaterra vinieron a unirse a su causa. Los jóvenes de Oxford, aburridos de estar encerrados en casa y de buscar algo que hacer, acudieron a las barricadas simplemente porque les parecía emocionante. Las mujeres también se unieron a las filas, costureras sin trabajo y chicas de fábrica.

Qué espectáculo, esta afluencia de defensores a la torre. Las barricadas tuvieron el peculiar efecto de construir comunidad. Todos eran compañeros de armas detrás de esos muros, sin importar su origen, y las entregas regulares de alimentos a la torre venían con mensajes de aliento escritos a mano. Robin solo esperaba violencia, no solidaridad, y no estaba seguro de qué hacer con esta muestra de apoyo. Desafiaba lo que había llegado a esperar del mundo. Tenía miedo de dejar que eso le hiciera tener esperanza.

Una mañana descubrió que Abel les había dejado un regalo: un carro depositado ante las puertas de la torre, lleno de colchones, almohadas y mantas tejidas a mano. Una nota garabateada estaba clavada en la parte superior. Esto es prestado, decía. Los querremos de vuelta cuando termines.

Mientras tanto, dentro de la torre, se dedicaron a hacer temer a Londres los costos de una huelga prolongada.

Silver proporcionó a Londres todas sus comodidades modernas. La plata alimentaba las máquinas de hacer hielo en las cocinas de los ricos de Londres. La plata impulsaba los motores de las cervecerías que abastecían a los pubs de Londres y los molinos que producían la

harina de Londres. Sin plata, las locomotoras dejarían de funcionar. No se pudieron construir nuevos ferrocarriles. El agua correría mal; el aire se espesaría con la mugre. Cuando todas las máquinas que mecanizaban los procesos de hilado, tejido, cardado y mecha se detuvieran, la industria textil británica colapsaría por completo. Todo el país se enfrentaba a una posible hambruna, ya que había plata en los marcos de los arados, sembradoras, trilladoras y tuberías de drenaje en todo el campo británico.*

Estos efectos no se sentirían por completo durante meses. Todavía había centros regionales de trabajo de la plata en Londres, Liverpool, Edimburgo y Birmingham, donde los eruditos de Babel que no habían deslumbrado lo suficiente durante sus años universitarios para ganar becas se ganaban la vida mundanamente jugando con las barras inventadas por sus compañeros más talentosos. Estos centros funcionarían como un recurso provisional en el ínterin. Pero no pudieron compensar por completo el déficit, especialmente porque, de manera crucial, no tenían acceso a los mismos libros de mantenimiento.

¿No crees que lo recordarán? preguntó Robin. 'Al menos, ¿los eruditos que se fueron con el profesor Playfair?'

"Son académicos", dijo el profesor Craft. Todo lo que conocemos es la vida de la mente. No recordamos nada a menos que esté escrito en nuestros diarios y encerrado en un círculo varias veces. Jerome hará lo mejor que pueda, suponiendo que todavía no esté drogado por la cirugía, pero se le escapará demasiado. Este país se va a desmoronar en meses.

"Y la economía va a colapsar aún más rápido que eso", dijo Yusuf, quien, el único entre ellos, en realidad sabía algo sobre los mercados y la banca. Todo son especulaciones, ¿sabes? La gente se ha vuelto loca comprando acciones de ferrocarriles y otras industrias que funcionan con plata en la última década porque todos creen que están a punto de hacerse ricos. ¿Qué sucede cuando se dan cuenta de que todas esas acciones se quedarán en nada? La industria ferroviaria podría tardar meses en tambalearse. Los propios mercados colapsarán en semanas.

Falla de mercado. El pensamiento era absurdo, pero tentador. ¿Podrían ganar esto con la amenaza de un colapso del mercado de valores y la inevitable corrida bancaria?

Porque esa era la clave, ¿no? Para que esto funcionara, tenían que asustar a los ricos y poderosos. Sabían que la huelga tendría un impacto desproporcionado en los trabajadores pobres; aquellos que

vivían en las partes más sucias y concurridas de Londres, que no podían simplemente hacer las maletas y escapar al campo cuando su aire se ennegrecía y el agua se volvía fétida. Pero en otro sentido importante, la escasez de plata afectaría más agudamente a aquellos que tenían más que ganar con su desarrollo. Los edificios más nuevos, los clubes privados, los salones de baile, los teatros recién renovados, se derrumbarían primero. Las viviendas destartaladas de Londres se construyeron con madera ordinaria, no con cimientos realzados con plata para soportar un peso mucho mayor que el que podrían soportar los materiales naturales. El arquitecto Augustus Pugin fue un colaborador frecuente de la facultad de Babel, y había hecho un gran uso de las barras de plata en sus proyectos recientes: Scarisbrick Hall en Lancashire, la renovación de Alton Towers y, sobre todo, la reconstrucción del Palacio de Westminster después del incendio de 1834. Según los libros de órdenes de trabajo, todos estos edificios fallarían a finales de año. Más pronto, si se quitaran las varillas correctas.

¿Cómo responderían los ricos de Londres cuando el suelo cediera bajo sus pies?

Los huelguistas dieron una advertencia justa. Anunciaron en voz alta esta información. Escribieron panfletos interminables, que Abel comunicó a sus asociados en Londres. Tus caminos fallarán, escribieron. Tu agua se secará. Tus luces se apagarán, tu comida se pudrirá y tus barcos se hundirán. Todo esto sucederá, a menos que elijas la paz.

—Es como las Diez Plagas —observó Victoire—.

Robin no había abierto una Biblia en años. '¿Las Diez Plagas?'

"Moisés le pidió al faraón que dejara ir a su pueblo", dijo Victoire. 'Pero el corazón de Faraón era inflexible, y se negó. Entonces el Señor lanzó diez plagas sobre la tierra del Faraón. Convirtió el Nilo en sangre. Envió langostas, ranas y pestilencia. Arrojó a todo Egipto a la oscuridad, ya través de estas hazañas hizo que Faraón conociera su poder.'

'¿Y Faraón los dejó ir?' preguntó Robin.

—Lo hizo —dijo Victoire—. Pero sólo después de la décima plaga. Sólo después de haber sufrido la muerte de su hijo primogénito.

Ocasionalmente, los efectos de la huelga se revirtieron. A veces, las luces se encendían de nuevo durante una noche, o se despejaba un mosaico de caminos, o se difundía la noticia de que la platería de agua

limpia ya estaba disponible y se vendía a precios exorbitantes en ciertos barrios de Londres. Ocasionalmente, el desastre que predijeron los libros de contabilidad no sucedió.

Esto no fue una sorpresa. Los eruditos exiliados (el profesor De Vreese, el profesor Harding y todos los profesores y becarios que no se habían quedado en la torre) se habían reagrupado en Londres y establecido una sociedad de defensa para contrarrestar a los huelguistas. El país yacía ahora en medio de una batalla invisible de palabras y significado; su destino oscilaba entre el centro universitario y la periferia desesperada y esforzada.

Los huelguistas no estaban preocupados. Los exiliados no pudieron vencer; simplemente carecían de los recursos de la torre. Podrían meter los dedos en el barro. No pudieron evitar que el río fluyera, ni que la presa se rompiera.

—Es muy vergonzoso —observó Victoire una tarde mientras tomaba el té— lo mucho que al final depende todo de Oxford. Uno pensaría que lo habrían sabido mejor que poner todos sus huevos en una canasta.

"Bueno, es tan divertido", dijo el profesor Chakravarti. 'Técnicamente, esas estaciones complementarias sí existen, precisamente para paliar semejante crisis de dependencia. Cambridge, por ejemplo, ha estado tratando de establecer un programa rival durante años. Pero Oxford no compartiría ningún recurso.

'¿Debido a la escasez?' preguntó Robin.

—Por los celos y la avaricia —dijo el profesor Craft—. La escasez nunca ha sido un problema.*Simplemente no nos gustan los académicos de Cambridge. Pequeños advenedizos repugnantes que creen que pueden hacerlo solos.

"Nadie va a Cambridge a menos que no pueda encontrar un trabajo aquí", dijo el profesor Chakravarti. 'Triste.'

Robin les dirigió una mirada de asombro. '¿Me estás diciendo que este país se va a caer por la territorialidad académica?'

'Bueno, sí.' La profesora Craft se llevó la taza de té a los labios. 'Es Oxford, ¿qué esperabas?'

Aun así, el Parlamento se negó a cooperar. Todas las noches el Foreign Office les enviaba el mismo telegrama, siempre redactado exactamente de la misma manera, como si gritar un mensaje una y otra vez pudiera inducir a la obediencia: CESE DE HUELGA AHORA PARE. En una semana, estas ofertas dejaron de incluir una oferta de

amnistía. Poco después de eso, llegaron con una amenaza bastante redundante adjunta: DEJEN DE ATACAR AHORA PARE O EL EJÉRCITO RECUPERARÁ LA TORRE PARE.

Muy pronto los efectos de su ataque se volvieron mortales.*Resultó que uno de los principales puntos de ruptura eran las carreteras. En Oxford, pero aún más en Londres, el tráfico era el principal problema al que se enfrentaban los funcionarios de la ciudad: cómo gestionar el flujo de carretas, caballos, peatones, diligencias, coches de alquiler y vagones sin atascos ni accidentes. La platería había mantenido a raya los accidentes en cadena reforzando los caminos de madera, regulando las autopistas de peaje, reforzando las puertas de peaje y los puentes, asegurando giros suaves para los carros, reponiendo las bombas de agua destinadas a suprimir el polvo y manteniendo dóciles a los caballos. Sin el mantenimiento de Babel, todos estos ajustes minuciosos comenzaron a fallar uno por uno y, como resultado, docenas murieron.

El transporte inclinó la ficha de dominó que condujo a un montón de otras miserias. Los tenderos no podían abastecer sus estantes. Los panaderos no podían obtener harina. Los médicos no podían ver a sus pacientes. Los abogados no pudieron llegar a la corte. Una docena de vagones en los barrios más ricos de Londres habían utilizado un par de cerillas del profesor Lovell que jugaba con el carácter chino 輔 (fǔ), que significaba "ayudar" o "ayudar". El personaje se había referido originalmente a las barras laterales protectoras de un carruaje. El profesor Lovell debía estar en Londres para retocarlos a mediados de enero. Las barras fallaron. Los carruajes ahora eran demasiado peligrosos para conducir.*

Todo lo que sabían que sucedería en Londres ya estaba sucediendo en Oxford, porque Oxford, por su proximidad a Babel, era la ciudad del mundo que más dependía de la plata. Y Oxford se estaba pudriendo. Su gente se estaba arruinando, tenían hambre, sus comercios habían sido interrumpidos, sus ríos estaban bloqueados, sus mercados habían cerrado. Enviaron a Londres por alimentos y suministros, pero los caminos se habían vuelto peligrosos y la línea de Oxford a Paddington ya no funcionaba.

Los ataques a la torre se redoblaron. La gente del pueblo y los soldados llenaron las calles, gritando obscenidades en las ventanas, escaramuzando con los hombres en las barricadas. Pero no hizo ninguna diferencia. No podían hacer daño a los traductores, que eran las únicas personas que podían acabar con su miseria. No podían

atravesar las protecciones de la torre, no podían incendiarla ni colocar explosivos en su base. Solo podían rogar a los eruditos que se detuvieran.

Sólo tenemos dos demandas, escribió Robin en una serie de panfletos, que se habían convertido en su forma de responder a las protestas del pueblo. El Parlamento lo sabe. Negativa a ir a la guerra y amnistía. Tu destino está en sus manos.

Pidió que Londres capitulara antes de que sucedieran todas estas cosas. Esperaba, y sabía, que no lo harían. Ahora se había convertido por completo a la teoría de la violencia de Griffin, que el opresor nunca se sentaría a la mesa de negociaciones cuando todavía pensaba que no tenía nada que perder. No; las cosas tenían que ponerse sangrientas. Hasta ahora, todas las amenazas habían sido hipotéticas. Londres tuvo que sufrir para aprender.

A Victoria no le gustó esto. Cada vez que subían al octavo piso, discutían sobre qué barras de resonancia sacar y cuántas. Quería desactivar dos docenas; ella quería sólo dos. Por lo general, se conformaban con cinco o seis.

"Estás empujando las cosas demasiado rápido", dijo. Ni siquiera les has dado la oportunidad de responder.

"Pueden responder cuando quieran", dijo Robin. '¿Qué los detiene? Mientras tanto, el ejército ya está aquí...

El ejército está aquí porque usted los empujó a hacerlo.

Hizo un ruido de impaciencia. Lo siento, no seré aprensivo…

'No estoy siendo aprensivo; Estoy siendo prudente. Victoria se cruzó de brazos. Es demasiado rápido, Robin. Es demasiado todo a la vez. Tienes que dejar que los debates se asienten. Tienes que dejar que la opinión pública se vuelva en contra de la guerra...

"No es suficiente", insistió. 'No razonarán ellos mismos en la justicia ahora cuando nunca lo han hecho antes. El miedo es lo único que funciona. Esto es solo táctica.

'Esto no viene de la táctica.' Su voz se agudizó. Viene del dolor.

No podía darse la vuelta. No quería que ella viera su expresión. Tú mismo dijiste que querías que ardiera este lugar.

—Pero aún más —dijo Victoire, poniendo una mano sobre su hombro—, quiero que sobrevivamos.

Era imposible decir, al final, cuánta diferencia hizo realmente el ritmo de su destrucción. La elección permaneció en manos del Parlamento. Los debates continuaron en Londres.

Nadie sabía lo que estaba pasando dentro de la Cámara de los Lores, excepto que ni los Whigs ni los Radicales se sentían lo suficientemente bien acerca de sus números como para convocar una votación. Los periódicos revelaron más sobre el sentimiento público. Los periódicos principales expresaron la opinión que Robin esperaba, a saber, que la guerra contra China era una cuestión de defensa del orgullo nacional, que la invasión no era más que un justo castigo por las indignidades impuestas por los chinos a la bandera británica, que la ocupación de Babel por parte de estudiantes nacidos en el extranjero fue un acto de traición, que las barricadas en Oxford y las huelgas en Londres fueron obra de brutales descontentos, y que el gobierno debería mantenerse firme frente a sus demandas. Los editoriales a favor de la guerra enfatizaron la facilidad con la que China sería derrotada. Sería sólo una pequeña guerra, y ni siquiera una guerra propiamente dicha;

Los periódicos parecían no poder decidirse acerca de los traductores. Las publicaciones a favor de la guerra ofrecieron una docena de teorías. Estaban en connivencia con el corrupto gobierno chino. Eran cómplices de los amotinados en la India. Eran unos ingratos maliciosos sin otro propósito que el deseo de hacer daño a Inglaterra, de morder la mano que les había dado de comer, y esto no requería más explicación, porque era un motivo que el público británico estaba demasiado dispuesto a creer. No negociaremos con Babel, prometieron los parlamentarios de ambos lados. Gran Bretaña no se inclina ante los extranjeros.*

Sin embargo, no todos los periódicos estaban en contra de Babel oa favor de la guerra. De hecho, por cada titular que instaba a una acción rápida en Canton, había otro de una publicación (aunque más pequeña, más especializada, más radical) que calificaba la guerra de ultraje moral y religioso. The Spectator acusó al partido a favor de la guerra de codicia y especulación; el examinador calificó al criminal de guerra como indefendible. LA GUERRA DEL OPIO DE JARDINE UNA DESGRACIA, decía un titular del Campeón. Otros no tenían tanto tacto: DRUGGY MCDRUGGY QUIERE SUS PULGARES EN CHINA, decía el Registro Político.

Cada facción social en Inglaterra tenía una opinión. Los abolicionistas emitieron declaraciones de apoyo a los huelguistas. También lo hicieron las sufragistas, aunque no tan ruidosamente. Las organizaciones cristianas imprimieron panfletos criticando la propagación de un vicio ilegal a un pueblo inocente, aunque los

evangelistas a favor de la guerra respondieron con el argumento supuestamente cristiano de que, de hecho, sería obra de Dios exponer al pueblo chino al libre comercio.

Mientras tanto, las publicaciones Radical argumentaron que la apertura de China era la antítesis de los intereses de los trabajadores en el norte de Inglaterra. Los cartistas, un movimiento de trabajadores industriales y artesanales desilusionados, apoyaron con más fuerza a los huelguistas; la circular cartista The Red Republican, de hecho, publicó un titular llamando a los traductores héroes de la clase obrera.

Esto le dio esperanza a Robin. Después de todo, los radicales eran el partido que los whigs necesitaban para apaciguar, y si esos titulares podían convencer a los radicales de que la guerra no les interesaba a largo plazo, entonces tal vez todo esto podría resolverse.

Y, de hecho, la conversación sobre los peligros de la platería había ido mejor en la corte de la opinión pública que la conversación sobre China. Aquí había un problema que estaba cerca de casa, que afectaba al británico promedio de maneras que podía entender. La revolución industrial de la plata había diezmado tanto la industria textil como la agrícola. Los periódicos publicaron artículo tras artículo exponiendo las horribles condiciones de trabajo dentro de las fábricas que funcionan con plata (aunque estos tenían sus refutaciones, incluida una refutación de Andrew Ure, quien argumentó que los trabajadores de la fábrica se sentirían mucho mejor si consumieran menos ginebra y tabaco). . En 1833, el cirujano Peter Gaskell había publicado un manuscrito minuciosamente investigado titulado The Manufacturing Population of England, centrado principalmente en los aspectos morales, sociales y sociales. y el costo físico de la maquinaria para trabajar la plata sobre los trabajadores británicos. Había pasado en gran medida desatendida en ese momento, excepto por los radicales, que eran conocidos por exagerar todo. Ahora, los periódicos contra la guerra publicaban extractos de él todos los días, informando con espantosos detalles sobre el polvo de carbón inhalado por niños pequeños obligados a meterse en túneles que los adultos no podían, los dedos de manos y pies perdidos por máquinas plateadas que trabajaban a velocidades inhumanas, las niñas que habían sido estranguladas por su propio cabello atrapado en husos y telares que zumbaban.

The Spectator publicó una ilustración de dibujos animados de niños demacrados que morían aplastados bajo las ruedas de un artilugio nebuloso, que titulaban ESCLAVOS BLANCOS DE LA

REVOLUCIÓN DE PLATA. En la torre, se rieron tontamente por esta comparación, pero el público en general parecía realmente horrorizado. Alguien preguntó a un miembro de la Cámara de los Lores por qué apoyaba la explotación de niños en las fábricas; respondió con bastante ligereza que el empleo de niños menores de nueve años había sido prohibido en 1833, lo que provocó una protesta más general por el sufrimiento de los niños de diez y once años en el país.

'¿Es realmente tan malo como todo eso?' Robin le preguntó a Abel. Me refiero a las fábricas.

—Peor —dijo Abel. Esos son solo los extraños accidentes sobre los que están informando. Pero no dicen cómo es trabajar día tras día en esos pisos estrechos. Levantarse antes del amanecer y trabajar hasta las nueve con pocos descansos en el medio. Y esas son las condiciones que codiciamos. Los trabajos que desearíamos poder recuperar. Imagino que en la universidad no te hacen trabajar ni la mitad de duro, ¿verdad?

'No', dijo Robin, sintiéndose avergonzado. 'No lo hacen.'

La historia de Spectator pareció afectar mucho al profesor Craft en particular. Robin la encontró sentada con él en la mesa del té, con los ojos enrojecidos, mucho después de que los demás hubieran terminado su desayuno. Rápidamente se secó los ojos con un pañuelo cuando lo vio acercarse.

Se sentó a su lado. ¿Se encuentra bien, profesor?

'Oh sí.' Se aclaró la garganta, hizo una pausa y luego empujó el papel. 'Es solo. . . es un lado de la historia en el que no pensamos a menudo, ¿no es así?

"Creo que todos somos buenos para elegir no pensar en ciertas cosas".

Ella pareció no escucharlo. Miró por la ventana hacia el verde de abajo, donde los terrenos de protesta de los huelguistas se habían convertido en lo que parecía un campamento militar. "Mi primer par de fósforos patentado mejoró la eficiencia del equipo en una mina en Tyneshire", dijo. 'Mantuvo los carros cargados de carbón firmemente en sus vías. Los propietarios de la mina quedaron tan impresionados que me invitaron a visitarlos y, por supuesto, fui; Estaba tan emocionada de aportar algo al país. Recuerdo estar sorprendido por todos los niños pequeños en los pozos. Cuando pregunté, los mineros dijeron que estaban completamente a salvo y que ayudar en las minas evitaba que se metieran en problemas cuando sus padres estaban en el

trabajo.'

Ella tomó una respiración temblorosa. 'Después me dijeron que el trabajo en plata hacía que los carros fueran imposibles de mover de las vías, incluso cuando había gente en el camino. Hubo un accidente. Un niño pequeño perdió ambas piernas. Dejaron de usar el par de coincidencias cuando no pudieron encontrar una solución, pero no lo pensé dos veces. Para entonces ya había recibido mi beca. Tenía una cátedra a la vista y había pasado a otros proyectos más importantes. No lo pensé. Simplemente no pensé en eso, durante años, y años y años.

Ella se volvió hacia él. Sus ojos estaban húmedos. Sólo que se acumula, ¿no? No solo desaparece. Y un día empiezas a insistir en lo que has reprimido. Y es una masa de podredumbre negra, y es interminable, horrible, y no puedes mirar hacia otro lado.

—Jesucristo —dijo Robin.

Victoria levantó la vista. '¿Qué es?'

Estaban escondidos en una oficina en el sexto piso, revisando los libros de contabilidad para encontrar presagios de futuros desastres. Ya habían pasado por las citas de la ciudad de Oxford hasta el próximo año. Los programas de mantenimiento de Londres eran más difíciles de encontrar: la contabilidad de Babel era asombrosamente mala y el sistema de categorización utilizado por sus empleados parecía no estar organizado por fecha, lo que habría sido lógico, o por idioma, lo que habría tenido menos pero al menos algo de sentido. , sino por el código postal del barrio londinense en cuestión.

Robin tocó su libro mayor. Creo que podríamos estar cerca de un punto de ruptura.

'¿Por qué?'

Dentro de una semana deben realizar tareas de mantenimiento en el puente de Westminster. Contrataron trabajos de platería al mismo tiempo que se construía el New London Bridge en 1825, y se suponía que las barras expirarían después de quince años. Eso es ahora.

'¿Así que lo que ocurre?' preguntó Victoria. ¿Los torniquetes se bloquean?

'No lo creo, fue bastante importante. . . F es el código de fundación, ¿no es así? Robin se apagó, luego se quedó en silencio. Sus ojos recorrieron el libro de contabilidad de un lado a otro, tratando de confirmar lo que estaba frente a él. Era una entrada bastante grande, una lista de lingotes de plata y pares de cerillas en varios idiomas que

ocupaba casi media página. Un buen número de ellos tenían números correspondientes en una columna posterior, una indicación de que emplearon enlaces de resonancia. Pasó la página y luego parpadeó. La columna continuó en las siguientes dos páginas. Creo que simplemente cae justo en el río.

Victoire se echó hacia atrás y exhaló muy lentamente, desinflándose.

Las implicaciones fueron enormes. El puente de Westminster no fue el único puente que cruzó el Támesis, pero vio el tráfico más pesado. Y si el puente de Westminster se desplomaba en el río, ningún barco de vapor, casa flotante, remos o canoa podría sortear los restos. Si el puente de Westminster se derrumbaba, toda la ciudad dejaba de moverse.

Y en las próximas semanas, cuando por fin expiraran las barreras que mantenían el Támesis limpio de aguas residuales y la contaminación de las fábricas de gas y las plantas químicas, las aguas volverían a un estado de fermentación enfermiza y pútrida. Los peces flotaban panza arriba hasta la superficie, muertos y apestosos. La orina y las heces, que ya se desplazaban lentamente por los desagües de las alcantarillas, se solidificarían.

Egipto sufriría sus diez plagas.

Pero mientras Robin explicaba esto, el rostro de Victoire no reflejaba nada de su alegría. Más bien, ella lo estaba mirando con una expresión muy extraña, el ceño fruncido y los labios fruncidos, y eso le revolvió las entrañas con incomodidad.

'Es Armagedón,' insistió, extendiendo sus manos en el aire. ¿Cómo podía hacerle ver? Es lo peor que podría pasar.

'Lo sé', dijo ella. Excepto que una vez que lo hayas jugado, no nos quedará nada.

"No necesitaremos nada más", dijo. 'Solo tenemos que girar los tornillos una vez, para llevarlos al límite...'

¿Un límite que sabes que ignorarán? Por favor, Robin…

Entonces, ¿cuál es la alternativa? ¿Quitarnos los colmillos?

Les está dando tiempo, les está dejando ver las consecuencias...

'¿Qué más hay para ver?' No había tenido intención de gritar. Tomó un respiro profundo. 'Victoire, por favor, solo creo que debemos escalar, de lo contrario...'

—Creo que quieres que se caiga —acusó. "Creo que esto es solo una retribución para ti, porque quieres verlo caer".

'¿Y por qué no?'

Habían tenido esta discusión antes. Los fantasmas de Anthony y Griffin se cernían entre ellos: uno guiado por la convicción de que el enemigo al menos actuaría por interés propio racional, si no por altruismo, y el otro guiado menos por la convicción, menos por el telos, y más por la pura y sin trabas. furia.

'Sé que duele.' La garganta de Victoire palpitó. 'Lo sé, sé que se siente imposible seguir adelante. Pero tu objetivo motivador no puede ser unirte a Ramy.

Un silencio. Robin consideró negarlo. Pero no tenía sentido mentirle a Victoire ni a sí mismo.

¿No te mata? Su voz se quebró. ¿Saber lo que han hecho? ¿Viendo sus caras? No puedo imaginar un mundo donde coexistamos con ellos. ¿No te separa?

'Por supuesto que sí', exclamó. Pero eso no es excusa para no seguir viviendo.

'No estoy tratando de morir.'

Entonces, ¿qué crees que hace que este puente se derrumbe? ¿Qué crees que nos harán?

'¿Qué harías?' preguntó. ¿Terminar con esta huelga? ¿Abrir la torre?

'Si lo intentara', dijo, '¿podrías detenerme?'

Ambos miraron el libro mayor. Ninguno de los dos habló durante mucho tiempo. No querían seguir esta conversación adonde pudiera conducir. Ninguno de los dos podía soportar más angustia.

—Una votación —propuso finalmente Robin, incapaz de aguantar más. 'No podemos, no podemos simplemente romper la huelga de esta manera. No depende de nosotros. No decidamos, Victoire.

Los hombros de Victoire se hundieron. Vio tanta tristeza en su rostro. Ella levantó la barbilla y, por un momento, él pensó que podría seguir discutiendo, pero lo único que hizo fue asentir.

La votación salió por poco a favor de Robin. Victoria y los profesores estaban en contra; todos los estudiantes eran para. Los estudiantes estuvieron de acuerdo con Robin en que tenían que llevar al parlamento al límite, pero no estaban entusiasmados con eso. Ibrahim y Juliana se abrazaron al pecho mientras votaban, como si se encogieran ante la idea. Incluso Yusuf, que solía disfrutar mucho ayudando a Robin a redactar panfletos amenazadores para Londres, se quedó mirando a sus pies.

'Así que eso es todo', dijo Robin. Había ganado, pero no se sentía

como tal victoria. No podía mirar a Victoire a los ojos.

'¿Cuándo sucede esto?' preguntó el profesor Chakravarti.

—Este sábado —dijo Robin. El momento es maravilloso.

Pero el Parlamento no va a capitular el sábado.

Entonces supongo que nos enteraremos del puente cuando se derrumbe.

—¿Y te sientes cómoda con esto? El profesor Chakravarti miró a su alrededor, como si tratara de medir la temperatura moral de la habitación. Morirán decenas de personas. Allí hay muchedumbres que intentan subirse a los barcos a todas horas del día; que pasa cuando-'

"Esa no es nuestra elección", dijo Robin. 'Es de ellos. Es inacción. Es matar dejando morir. Ni siquiera estamos tocando las varillas de resonancia, se va a caer por sí solo…

—Sabes muy bien que eso no importa —dijo el profesor Chakravarti—. No se ande con rodeos de ética. La caída del puente de Westminster es tu elección. Pero la gente inocente no puede determinar los caprichos del Parlamento.

"Pero es deber de su gobierno cuidar de ellos", dijo Robin. Ese es el objetivo del Parlamento, ¿no? Mientras tanto, no tenemos la opción del civismo. O gracia. Es una antorcha indiscriminada, lo admito, pero eso es lo que exigen las apuestas. No puedes echarme la culpa moral a mí. El tragó. No puedes.

"Tú eres la causa próxima", insistió el profesor Chakravarti. Puedes hacer que se detenga.

—Pero ese es precisamente el truco del diablo —insistió Robin—. 'Así es como funciona el colonialismo. Nos convence de que las consecuencias de la resistencia son enteramente nuestra culpa, que la elección inmoral es la resistencia en sí misma y no las circunstancias que la exigieron.

'Aun así, hay líneas que no puedes cruzar.'

'¿Líneas? Si nos atenemos a las reglas, entonces ya habrán ganado...

'Estás tratando de ganar castigando a la ciudad', dijo el profesor Chakravarti. Eso significa toda la ciudad, todos los que están en ella: hombres, mujeres, niños. Hay niños enfermos que no pueden conseguir su medicina. Hay familias enteras sin ingresos y sin fuente de alimentación. Esto es más que un inconveniente para ellos, es una amenaza de muerte.

'Lo sé', dijo Robin, frustrado. 'Ese es el punto.'

Se miraron el uno al otro, y Robin pensó que ahora entendía la

forma en que Griffin lo había mirado una vez. Esto fue una falla de los nervios. Una negativa a llevar las cosas al límite. La violencia fue lo único que trajo al colonizador a la mesa; la violencia era la única opción. El arma estaba allí, sobre la mesa, esperando a que la recogieran. ¿Por qué tenían tanto miedo de siquiera mirarlo?

El profesor Chakravarti se levantó. No puedo seguirte por este camino.

—Entonces deberías abandonar la torre —dijo Robin rápidamente —. Te ayudará a tener la conciencia tranquila.

'Señor Swift, por favor, escuche razones...'

'Vístete los bolsillos'. Robin levantó la voz, hablando por encima del zumbido en sus oídos. No te lleves nada, ni plata, ni libros de contabilidad, ni notas que te hayas escrito a ti mismo. Siguió esperando que alguien lo interrumpiera; para que Victoire interviniera, para decirle que estaba equivocado, pero nadie habló. Tomó este silencio como una aprobación tácita. Y si te vas, estoy seguro de que lo sabes, no podrás volver.

"Aquí no hay camino hacia la victoria", advirtió el profesor Chakravarti. Esto sólo hará que te odien.

Robin se burló. No pueden odiarnos más de lo que lo hacen.

Pero no, eso no era cierto; ambos lo sabían. Los británicos no los odiaban, porque el odio estaba ligado al miedo y al resentimiento, y ambos requerían ver a tu oponente como un ser moralmente autónomo, digno de respeto y rivalidad. La actitud que los británicos tenían hacia los chinos era condescendiente, desdeñosa; pero no era odio. Todavía no.

Eso podría cambiar después de la caída del puente.

Pero entonces, pensó Robin, invocar el odio podría ser bueno. El odio podría forzar el respeto. El odio podría obligar a los británicos a mirarlos a los ojos y ver no un objeto, sino una persona. La violencia conmociona al sistema, le había dicho Griffin. Y el sistema no puede sobrevivir al shock.

—Oderint dum metuant —dijo—.*Ese es nuestro camino hacia la victoria.

"Ese es Calígula", dijo el profesor Chakravarti. ¿Estás invocando a Calígula?

Calígula se salió con la suya.

Calígula fue asesinado.

Robin se encogió de hombros, completamente despreocupado.

'Ya sabes', dijo el profesor Chakravarti, 'ya sabes, uno de los

conceptos sánscritos más comúnmente malinterpretados es ahimsa. No violencia.'

—No necesito un sermón, señor —dijo Robin, pero el profesor Chakravarti habló por encima de él—.

“Muchos piensan que ahimsa significa pacifismo absoluto y que, por lo tanto, el pueblo indio es un pueblo tímido y sumiso que se arrodillará ante cualquier cosa. Pero en el Bhagavad Gita, se hacen excepciones para un dharma yuddha. Una guerra justa. Una guerra en la que la violencia se aplica como último recurso, una guerra que no se lucha por ganancias egoístas o motivos personales, sino por un compromiso con una causa mayor. Sacudió la cabeza. Así es como he justificado esta huelga, señor Swift. Pero lo que estás haciendo aquí no es defensa propia; ha traspasado a la malicia. Tu violencia es personal, es vengativa, y eso no lo puedo apoyar.

La garganta de Robin palpitó. —Entonces tome su vial de sangre antes de irse, señor.

El profesor Chakravarti lo examinó por un momento, asintió y luego comenzó a volcar el contenido de sus bolsillos sobre la mesa del medio. Un lápiz. Un cuaderno. Dos barras de plata en blanco.

Todos miraban, en silencio.

Robin sintió un destello de irritación. '¿Alguien más quiere expresar una queja?' él chasqueó.

Nadie más dijo una palabra. El profesor Craft se levantó y se alejó escaleras arriba. Un momento después, Ibrahim se unió a ella, luego Juliana; y luego el resto hasta que solo Robin y Victoire se quedaron en el vestíbulo, viendo al profesor Chakravarti bajar los escalones de la entrada hacia las barricadas.

Capítulo Veintinueve

Cómo lloran los deshollinadores
Toda Iglesia ennegrecida horroriza,
Y los soldados desventurados suspiran
Corre en sangre por las paredes del palacio

WILLIAM BLAKE, 'Londres'

El estado de ánimo en la torre se volvió sombrío después de que el profesor Chakravarti se fue.

En los primeros días de la huelga, habían estado demasiado ocupados con las exigencias de su situación (con panfletos, investigación de libros de contabilidad y fortificaciones de barricadas) para prestar atención al gran peligro en el que se encontraban. Todo había sido tan monumental, tan unificando Se habían deleitado en la compañía del otro. Habían hablado durante muchas noches, aprendiendo el uno del otro, maravillándose de lo asombrosamente similares que eran sus historias. Habían sido arrancados de sus países de origen a una edad muy temprana, arrojados a Inglaterra e instruidos para prosperar o ser deportados. Muchos de ellos eran huérfanos, todos los lazos con sus países se cortaron excepto el del idioma.*

Pero los frenéticos preparativos de aquellos primeros días habían dado paso ahora a horas sombrías y sofocantes. Todas las piezas habían sido colocadas sobre el tablero; se mostraron todas las manos. No les quedaban más amenazas que hacer que las que ya habían gritado desde los tejados. Lo que se extendía ante ellos ahora era sólo el tiempo, un tic-tac hacia el inevitable colapso.

Habían dado su ultimátum, enviado sus panfletos. El puente de Westminster cayó en siete días, a menos que. A no ser que.

Esta decisión les había dejado un mal sabor de boca. Habían dicho todo lo que había que decir, y nadie quería desmenuzar las

implicaciones. La introspección era peligrosa; solo querían pasar el día. Ahora, la mayoría de las veces, se dirigían a rincones separados de la torre, leyendo o investigando o haciendo lo que sea que hicieran para que el tiempo pasara. Ibrahim y Juliana pasaban juntos todas sus horas de vigilia. A veces, el resto de ellos especulaba si los dos podrían estar enamorándose, pero descubrieron que nunca podrían mantener esa conversación; les hizo pensar en el futuro, en cómo podría terminar todo esto, y eso los entristeció demasiado. Yusuf se mantuvo para sí mismo. De vez en cuando, Meghana tomaba el té con Robin y Victoire, e intercambiaban historias sobre sus conocidos superpuestos: ella se había graduado recientemente, y había estado cerca tanto de Vimal como de Anthony, pero a medida que pasaban los días, ella también comenzó a retraerse en sí misma. Y Robin se preguntaba, a veces, si ella y Yusuf ahora estaban lamentando su decisión de quedarse.

La vida en la torre, la vida en huelga, al principio tan novedosa y extrañamente emocionante, tomó un aire rutinario y monótono. Las cosas fueron difíciles al principio. Era a la vez divertido y vergonzoso, lo poco que habían aprendido sobre cómo mantener en orden sus viviendas. Nadie sabía dónde se guardaban las escobas, por lo que los pisos permanecían polvorientos y llenos de migas. Nadie sabía cómo lavar la ropa: intentaron producir un par de fósforos usando la palabra blanqueador y palabras derivadas de la raíz protoindoeuropea bhel ('blanco brillante, destellar, quemar'), pero todo esto fue temporalmente vuelven su ropa blanca y abrasadora al tacto.

Todavía se reunían para las comidas tres veces al día en punto, aunque solo fuera porque eso simplificaba el racionamiento. Sus artículos de lujo habían desaparecido rápidamente. No hubo café después de la primera semana; estaban a punto de quedarse sin té por segundos. Su solución a esto fue diluir el té más y más hasta que estuvieran bebiendo poco más que agua ligeramente descolorida. No había leche ni azúcar de los que hablar. Meghana argumentó que deberían disfrutar las últimas cucharaditas en una taza bien preparada, pero el profesor Craft no estuvo de acuerdo con vehemencia.

'Puedo renunciar a la leche', dijo. Pero no puedo renunciar al té.

Victoire fue el ancla de Robin durante esa semana.

Estaba furiosa con él, lo sabía. Los primeros dos días los pasaron juntos en un silencio a regañadientes, pero juntos, aún, porque se

necesitaban mutuamente para consolarse. Pasaron horas junto a la ventana del sexto piso, sentados hombro con hombro en el suelo. No insistió en su punto. Ella no hizo recriminaciones. No había nada más que decir. El rumbo estaba fijado.

Al tercer día el silencio se hizo insoportable, así que empezaron a hablar; pequeñas nadas al principio, y luego todo lo que se me ocurría. A veces recordaban Babel, los años dorados antes de que todo se volviera del revés. A veces suspendían la realidad, se las arreglaban para olvidar todo lo que había sucedido y chismorreaban sobre sus días de universidad como si el asunto más importante en cuestión fuera si Colin Thornhill y los gemelos Sharp se pelearían a puñetazos por la linda visita de la hermana de Bill Jameson.

Pasaron cuatro días antes de que pudieran abordar el tema de Letty.

Robin lo hizo primero. Letty se había quedado en el fondo de los recuerdos de ambos como una llaga supurante que no se atrevían a tocar, y ya no podía seguir dando vueltas alrededor de ella. Quería tomar un cuchillo en llamas y cavar en la podredumbre.

'¿Crees que ella siempre iba a volverse contra nosotros?' preguntó. '¿Crees que fue difícil para ella lo que hizo?'

Victoire no necesitaba preguntar a quién se refería. "Fue como un ejercicio de esperanza", dijo después de una pausa. Me refiero a amarla. A veces pensaba que ella vendría. A veces la miraba a los ojos y pensaba que estaba mirando a un verdadero amigo. Luego decía algo, hacía algún comentario improvisado y todo el ciclo comenzaba de nuevo. Era como verter arena en un colador. Nada se atascó.

¿Crees que hay algo que podrías haber dicho que podría haberla hecho cambiar de opinión?

—No lo sé —dijo Victoire—. '¿Tú?'

Su mente hizo lo que siempre hacía, que era invocar un carácter chino en lugar del pensamiento que temía. 'Cuando pienso en Letty, pienso en el personaje xì.' Lo dibujó en el aire para ella: 隙. 'Se usa más comúnmente para significar "una grieta o una fisura". Pero en los textos chinos clásicos, también significa “un rencor o una enemistad”. Según los rumores, el emperador Qing utiliza una barra grabada con el par de cerillas xì-feud instalada debajo de un mural de piedra del linaje imperial. Y cuando aparecen grietas, muestra que alguien está conspirando contra él.' El tragó. Creo que esas grietas siempre estuvieron ahí. No creo que haya nada que pudiéramos haber hecho al respecto. Y todo lo que se necesitó fue presión para que todo se

derrumbara.

¿Crees que ella estaba tan resentida con nosotros?

Hizo una pausa, deliberando sobre el peso y el impacto de sus palabras. Creo que lo mató a propósito.

Victoire lo observó durante un largo momento antes de responder simplemente: '¿Por qué?'

"Creo que ella lo quería muerto", continuó con voz ronca. "Podías verlo en su rostro: no estaba asustada, sabía lo que estaba haciendo, podría haber apuntado a cualquiera de nosotros, y sabía que era a Ramy a quien quería".

'Robin . . .'

"Ella lo amaba, ya sabes", dijo. Las palabras salieron de él como un torrente ahora; las compuertas se rompieron, y las aguas no pudieron ser detenidas. No importa cuán devastador, cuán trágico, tenía que decirlo en voz alta, tenía que cargar a alguien más con esta terrible, terrible sospecha. Ella me dijo, la noche del baile de conmemoración, pasó casi una hora llorando en mi hombro porque quería bailar con él y él ni siquiera la miraba. Él nunca la miró, no lo hizo. . .' Tuvo que parar; sus lágrimas amenazaban con ahogarlo.

Victoire agarró su muñeca. Oh, Robin.

'Imagínate eso', dijo. 'Un hombre moreno rechaza una rosa inglesa. Letty no podía soportar eso. La humillación. Se limpió los ojos con la manga. Así que ella lo mató.

Victoire no dijo nada durante mucho tiempo. Contempló la ciudad en ruinas, pensando. Por fin, sacó un pedazo de papel arrugado de su bolsillo y se lo puso en la mano. Deberías tener esto.

Robin lo desdobló. Era el retrato en daguerrotipo de los cuatro, doblado y vuelto a doblar tantas veces que finas líneas blancas entrecruzaban la imagen. Pero sus caras estaban impresas tan claramente. Letty, mirando con orgullo, su rostro un poco tenso después de tanto tiempo. Las manos de Ramy cariñosamente sobre los hombros de ella y Victoire. la media sonrisa de Victoire; barbilla inclinada hacia abajo, ojos levantados y luminosos. Su propia timidez incómoda. La sonrisa de Ramy.

Respiró hondo. Su pecho se apretó, como si sus costillas se estuvieran contrayendo, apretando su corazón como un tornillo. No se había dado cuenta de que todavía podía doler tanto.

Quería romperlo en pedazos. Pero era el único parecido que le quedaba de Ramy.

No me había dado cuenta de que lo habías guardado.

Letty se la quedó dijo Victoire. Lo mantuvo enmarcado en nuestra habitación. Lo saqué la noche antes de la fiesta en el jardín. No creo que ella se diera cuenta.

Parecemos tan jóvenes. Se maravilló de sus expresiones. Parecía que había pasado toda una vida desde que posaron para ese daguerrotipo. Parecemos niños.

Entonces éramos felices. Victoire miró hacia abajo, los dedos trazando sus rostros desvanecidos. 'Pensé en quemarlo, ya sabes. Quería la satisfacción. En Oxford Castle seguí sacándolo, estudiando su rostro, tratando de ver. . . ver a la persona que nos haría esto. Pero cuanto más miro, más yo. . . Solo siento pena por ella. Es retorcido, pero desde su perspectiva, debe pensar que ella es la que lo perdió todo. Estaba tan sola, ya sabes. Todo lo que quería era un grupo de amigos, gente que pudiera entender por lo que había pasado. Y ella pensó que finalmente había encontrado eso en nosotros. Ella tomó una respiración temblorosa. Y supongo que, cuando todo se derrumbó, supongo que se sintió tan traicionada como nosotros.

Se dieron cuenta de que Ibrahim pasaba mucho tiempo escribiendo en un cuaderno encuadernado en cuero.

'Es una crónica', les dijo cuando se lo preguntaron. 'De lo que pasó dentro de la torre. Todo lo que se dijo. Todas las decisiones que se tomaron. Todo lo que representamos. ¿Te gustaría contribuir?'

¿Como coautor? preguntó Robin.

Como sujeto de una entrevista. Dime tus pensamientos. Los escribiré.

'Tal vez mañana.' Robin se sentía muy cansado, y por alguna razón la vista de esas páginas de garabatos lo llenó de pavor.

"Solo quiero ser minucioso", dijo Ibrahim. Ya tengo las declaraciones del profesor Craft y de los graduados. Solo pensé: bueno, si todo esto se pone patas arriba. . .'

—Crees que vamos a perder —dijo Victoire.

"Creo que nadie sabe cómo va a terminar esto", dijo Ibrahim. Pero sé lo que dirán de nosotros si acaba mal. Cuando esos estudiantes de París murieron en las barricadas, todos los llamaron héroes. Pero si morimos aquí, nadie pensará que somos mártires. Y solo quiero asegurarme de que exista algún registro de nosotros, un registro que no nos convierta en los villanos. Ibrahim miró a Robin. Pero no te gusta este proyecto, ¿verdad?

¿Había estado deslumbrante? Robin rápidamente reorganizó su

rostro. Yo no dije eso.

Pareces asqueado.

'No, lo siento, yo sólo. . .' Robin no sabía por qué le resultaba tan difícil juntar las palabras. Supongo que no me gusta pensar en nosotros como historia cuando ni siquiera hemos dejado una marca en el presente.

"Hemos dejado nuestra marca", dijo Ibrahim. Ya estamos en los libros de historia, para bien o para mal. Esta es una oportunidad de intervenir contra los archivos, ¿no?

'¿Qué tipo de cosas están pasando en él?' preguntó Victoria. ¿Solo trazos amplios? ¿U observaciones personales?

—Lo que quieras —dijo Ibrahim. Lo que desayunaste, si quieres. Cómo pasas las horas. Pero lo que más me interesa, por supuesto, es cómo llegamos aquí.

'Supongo que quieres saber acerca de Hermes,' dijo Robin.

Quiero saber todo lo que quieras decirme.

Robin sintió entonces un peso muy pesado en su pecho. Quería empezar a hablar, derramar todo lo que sabía y conservarlo en tinta, pero las palabras murieron en su lengua. No supo cómo articular que el problema no era la existencia del registro en sí, sino que no era suficiente, que era una intervención tan insuficiente contra los archivos que se sentía inútil.

Había mucho que decir. No sabía por dónde empezar. Nunca antes había pensado en la laguna de la historia escrita en la que existían y la franja opresiva de narrativa denigrante contra la que luchaban, y ahora que lo hacía, parecía insuperable. El registro estaba tan en blanco. No existía ninguna crónica de la Sociedad Hermes excepto esta. Hermes había operado como la mejor de las sociedades clandestinas, borrando su propia historia mientras cambiaba la de Gran Bretaña. Nadie celebraría sus logros. Nadie sabría siquiera lo que eran.

Pensó en la Vieja Biblioteca, destruida y desmantelada, todas esas montañas de investigación encerradas y ocultas para siempre de la vista. Pensó en ese sobre, perdido en cenizas; de las docenas de asociados de Hermes que nunca habían sido contactados, que tal vez nunca supieran lo que había sucedido. Pensó en todos esos años que Griffin pasó en el extranjero, luchando, luchando, despotricando contra un sistema que era infinitamente más poderoso que él. Robin nunca sabría el alcance total de lo que había hecho su hermano, lo que había sufrido. Tanta historia, borrada.

"Simplemente me asusta", dijo. No quiero que esto sea todo lo que alguna vez fuimos.

Ibrahim asintió hacia su cuaderno. 'Vale la pena anotar un poco, entonces.'

'Es una buena idea.' Victoria tomó asiento. 'Jugaré. Pregúntame lo que sea. Veamos si podemos cambiar la opinión de algún futuro historiador.

—Tal vez seremos recordados como los Mártires de Oxford —dijo Ibrahim. Quizá consigamos un monumento.

—Los mártires de Oxford fueron juzgados por herejía y quemados en la hoguera —dijo Robin—.

—Ah —dijo Ibrahim con ojos brillantes—. Pero ahora Oxford es una universidad anglicana, ¿no?

Robin se preguntó en los días que siguieron si lo que habían sentido esa noche era una sensación compartida de mortalidad, similar a cómo se sentían los soldados sentados en las trincheras en la guerra. Porque era la guerra lo que se desataba en aquellas calles. El puente de Westminster no se había caído, todavía no, pero los accidentes continuaban y la escasez empeoraba. La paciencia de London estaba tensa. El público exigió retribución, exigió acción, de una forma u otra. Y dado que el Parlamento no votaría no a la invasión de China, simplemente aumentaron su presión sobre el Ejército.

Parecía que los guardias tenían órdenes de dejar la torre en paz, pero se les permitió apuntar a eruditos individuales cuando tuvieron la oportunidad. Robin dejó de aventurarse afuera cuando una cita con Abel Goodfellow fue interrumpida por una ráfaga de disparos de rifle. Una vez, una ventana se hizo añicos junto a la cabeza de Victoire cuando buscaba un libro entre las pilas. Todos se tiraron al suelo y se arrastraron sobre manos y rodillas hasta el sótano, donde estaban protegidos por paredes por todos lados. Más tarde encontraron una bala alojada en el estante justo detrás de donde había estado parada.

'¿Cómo es esto posible?' preguntó el profesor Craft. 'Nada penetra estas ventanas. Nada atraviesa estas paredes.

Con curiosidad, Robin examinó la bala: gruesa, combada y anormalmente fría al tacto. Lo sostuvo a contraluz y vio una fina banda plateada que recubría la base de la carcasa. Supongo que al profesor Playfair se le ocurrió algo.

Eso elevó las apuestas. Babel no era impenetrable. Esto ya no era una huelga, sino un asedio. Si los soldados atravesaban las barricadas,

si los soldados que portaban los inventos del profesor Playfair llegaban a la puerta principal, su ataque había terminado efectivamente. El profesor Craft y el profesor Chakravarti habían reemplazado a las protecciones del profesor Playfair en su primera noche en la torre, pero incluso ellos admitieron que no eran tan buenos en esto como lo había sido el profesor Playfair; no estaban seguros de lo bien que resistirían sus propias defensas.

—No nos acerquemos a las ventanas de ahora en adelante — sugirió Victoire.

Por ahora las barricadas aguantaban, aunque afuera, la escaramuza se había vuelto feroz. Inicialmente, los huelguistas de Abel Goodfellow habían librado una guerra puramente defensiva desde detrás de las barricadas. Reforzaron sus estructuras, corrieron líneas de suministro, pero no provocaron a los guardias. Ahora las calles se habían vuelto sangrientas. Los soldados dispararon regularmente contra las barricadas, y las barricadas respondieron a su vez. Hicieron artefactos incendiarios con telas, aceite y botellas y los arrojaron a los campamentos del Ejército. Subieron a los tejados de la Biblioteca Radcliffe y el Bodleian, desde donde arrojaron adoquines y vertieron agua hirviendo sobre las tropas de abajo.

No debería haber estado tan igualado, civiles contra guardias. En teoría, no deberían haber durado una semana. Pero muchos de los hombres de Abel eran veteranos, hombres dados de baja de un ejército que se estaba deteriorando después de la derrota de Napoleón. Sabían dónde encontrar armas de fuego. Sabían qué hacer con ellos.

Los traductores ayudaron. Victoire, que había estado leyendo frenéticamente la literatura disidente francesa, compuso la pareja élan-energy, la última de las cuales tenía connotaciones de un particular celo revolucionario francés, y que se remonta al latín lancea, que significa "lanza". Se llevó a cabo una asociación con el lanzamiento y el impulso, y fue esta distorsión latente en la energía inglesa lo que ayudó a que los proyectiles de las barricadas volaran más lejos, golpearan con mayor precisión y tuvieran un impacto mayor del que deberían haber tenido los ladrillos y los adoquines.

Se les ocurrieron algunas ideas más descabelladas que no dieron fruto. La palabra seducir proviene del latín seducere, que significa 'desviar', de donde surgió la definición de fines del siglo XV de 'persuadir a alguien para que abandone su lealtad'. Esto parecía prometedor, pero no podían pensar en una manera de manifestarlo sin enviar a las chicas al frente, lo que nadie estaba dispuesto a sugerir, o

vestir a los hombres de Abel con ropa de mujer, lo que parecía poco probable que funcionara. También estaba la palabra alemana Nachtmahr, una palabra que ahora se usa raramente para 'pesadilla', que también se refería a una entidad maliciosa que se sentaba en el pecho del durmiente. Algunos experimentos demostraron que este par emparejado empeoraba los malos sueños cuando uno los tenía, pero parecía incapaz de inducirlos en primer lugar.

Una mañana, Abel apareció en el vestíbulo con varios paquetes largos y delgados envueltos en tela. ¿Alguno de vosotros sabe disparar? preguntó.

Robin se imaginó apuntando uno de esos rifles a un cuerpo vivo y apretando el gatillo. No estaba seguro de poder hacerlo. 'Mal.'

—No con esos —dijo Victoire.

—Entonces deja entrar a algunos de mis hombres —dijo Abel. Tienes el mejor mirador de la ciudad. Lástima si no lo usas.

Día tras día, las barricadas aguantaron. A Robin le pareció sorprendente que no se rompieran bajo el peso del fuego casi constante de los cañones, pero Abel confiaba en que podrían resistir indefinidamente mientras siguieran buscando nuevos materiales para reforzar las secciones dañadas.

"Es porque los hemos construido en estructuras en forma de V", explicó. 'Las balas de cañón golpean la protuberancia, que solo empaqueta los materiales con más fuerza.'

Robin se mostró escéptico. Sin embargo, no pueden aguantar para siempre.

'No, tal vez no.'

'¿Y qué sucede cuando vienen a raudales?' preguntó Robin. '¿Huirás? ¿O te quedarás y lucharás?

Abel se quedó en silencio por un momento. Luego dijo: 'En las barricadas francesas, los revolucionarios marchaban hacia los soldados con las camisas abiertas y les gritaban que dispararan, si se atrevían'.

'¿Hicieron ellos?'

'Algunas veces. A veces los mataban a tiros en cuanto los veían. Pero otras veces, bueno, piénsalo. Estás mirando a alguien a los ojos. Son de tu edad, o más jóvenes. De la misma ciudad. Posiblemente el mismo barrio. Posiblemente los conoces, o ves en su rostro a alguien que podrías conocer. ¿Apretarías el gatillo?

—Supongo que no —admitió Robin, aunque una pequeña voz en su mente susurró que Letty sí.

'La conciencia de cada soldado tiene un límite', dijo Abel. Supongo

que intentarán arrestarnos. ¿Pero disparando a la gente del pueblo? ¿Llevar a cabo una masacre? No estoy muy seguro. Pero forzaremos esa división. Veremos que pasa.'

Todo terminará pronto. Intentaron tranquilizarse por la noche cuando miraban hacia la ciudad, veían la luz de las antorchas y el fuego de los cañones brillando intensamente. Solo necesitaban aguantar hasta el sábado. El parlamento no podía sostener esto más tiempo de lo que ellos podían. No podían dejar caer el puente de Westminster.

Luego, siempre, la extraña y tentativa imaginación de cómo sería un alto el fuego. ¿Deberían redactar un contrato con términos de amnistía? Yusuf se hizo cargo de esto, redactando un tratado que los salvó de la horca. Cuando la torre reanudara su funcionamiento normal, ¿serían parte de ella? ¿Cómo era la erudición en la era posterior al imperio, cuando sabían que las reservas de plata de Gran Bretaña se reducirían a la nada? Nunca antes habían considerado estas preguntas, pero ahora, cuando el resultado de este ataque estaba en el filo de una navaja, su único consuelo era pronosticar el futuro con tanto detalle que parecía posible.

Pero Robin no se atrevía a intentarlo. No podía soportar esas conversaciones; se excusó cada vez que ocurrieron.

No había futuro sin Ramy, sin Griffin, sin Anthony, Cathy, Ilse y Vimal. En lo que a él respectaba, el tiempo se había detenido cuando la bala de Letty salió de la recámara. Todo lo que había ahora era la lluvia radiactiva. Lo que sucedió después fue que alguien más tuvo que luchar. Robin solo quería que todo terminara.

Victoire lo encontró en la azotea, abrazando sus rodillas contra su pecho, meciéndose adelante y atrás con el sonido de los disparos. Ella se sentó a su lado. ¿Aburrido de la terminología legal?

"Se siente como un juego", dijo. "Se siente ridículo, y sé que esto, todo esto, fue ridículo al principio, pero eso, hablando después, simplemente se siente como un ejercicio de fantasía".

—Tienes que creer que hay un después —murmuró. 'Lo hicieron.'

Eran mejores que nosotros.

'Ellos eran.' Ella se acurrucó alrededor de su brazo. 'Pero todo terminó en nuestras manos, ¿no es así?'

Capítulo Treinta

Se cayó el puente de Westminster.*

Capítulo treinta y uno

S

e cayó el puente Westminster y Oxford estalló en guerra abierta.

Estaban apiñados alrededor de la máquina de telégrafo, esperando ansiosamente una actualización, cuando uno de los hombres armados subió corriendo las escaleras y contuvo el aliento antes de anunciar: "Han matado a una niña".

Lo siguieron hasta la azotea. A simple vista, Robin pudo ver una conmoción en el norte de Jericó, un movimiento frenético de la multitud, pero tardó un momento en buscar a tientas con un telescopio antes de afinar lo que apuntaban los hombres armados.

Soldados y trabajadores de la barricada de Jericó acababan de intercambiar disparos, les dijo el pistolero. Por lo general, esto no conducía a nada: los disparos de advertencia resonaban en toda la ciudad en todo momento, y los bandos generalmente se turnaban para disparar antes de retirarse detrás de las barricadas. Simbólico; se suponía que todo era simbólico. Pero esta vez un cuerpo se había derrumbado.

La lente del telescopio reveló una sorprendente cantidad de detalles. La víctima era joven, blanca, rubia y bonita, y la sangre que brotaba de su estómago tiñó el suelo de un vivo e inconfundible escarlata. Contra los adoquines gris pizarra, parecía una bandera.

No llevaba pantalones. Las mujeres que se habían unido a las barricadas solían llevar pantalones. Llevaba un chal y una falda flotante, y una cesta volteada todavía colgaba de su brazo izquierdo. Podría haber estado en camino a comprar comestibles. Podría haber estado de camino a casa con un marido, unos padres, unos hijos.

Robin se enderezó. 'Era que-'

"No fuimos nosotros", dijo el otro pistolero. Mira el ángulo. Se ha alejado de las barricadas. No era uno de los nuestros, te lo aseguro.

Gritos desde abajo. Los disparos silbaron sobre sus cabezas. Sobresaltados, se apresuraron a bajar las escaleras hacia la seguridad de la torre.

Se congregaron en el sótano, acurrucados nerviosamente, mirando alrededor como niños asustados que acababan de hacer algo muy

malo. Esta fue la primera víctima civil de las barricadas, y fue trascendental. La línea había sido violada.

-Se acabó -dijo el profesor Craft-. Esto es una guerra abierta en suelo inglés. Todo esto tiene que terminar.

Entonces se abrió un debate.

—Pero no fue culpa nuestra —dijo Ibrahim.

"No les importa si es culpa nuestra", dijo Yusuf. 'Nosotros comenzamos-'

'¿Entonces nos rendimos?' exigió Megana. '¿Después de todo esto? ¿Simplemente nos detenemos?

"No paramos", dijo Robin. La fuerza de su voz lo aturdió. Venía de algún lugar más allá de él. Sonaba más viejo; sonaba como el de Griffin. Y debe haber resonado, porque las voces se calmaron y todos los rostros se volvieron hacia él, asustados, expectantes, esperanzados. 'Esto es cuando las mareas cambian. Esta fue la cosa más tonta que pudieron haber hecho. La sangre retumbaba en sus oídos. 'Antes, toda la ciudad estaba contra nosotros, ¿no lo ves? Pero ahora el ejército está en mal estado. Le han disparado a uno de los habitantes del pueblo. No hay vuelta atrás de eso. ¿Crees que Oxford va a apoyar al ejército ahora?

—Si tiene razón —dijo lentamente el profesor Craft—, entonces las cosas van a empeorar mucho más.

-Bien -dijo Robin-. Mientras duren las barricadas.

Victoire lo miraba con los ojos entrecerrados, y él sabía lo que ella sospechaba: que esto no pesaba en su conciencia en absoluto, que no estaba tan angustiado como los demás.

Bueno, ¿por qué no admitirlo? No estaba avergonzado. Él estaba en lo correcto. Esta chica, quienquiera que fuera, era un símbolo; ella demostró que el imperio no tenía restricciones, que el imperio haría cualquier cosa para protegerse. Adelante, pensó; hazlo otra vez; matar a más de ellos; enrojece las calles con tu propia sangre. Muéstrales quién eres. Mostrarles que su blancura no los salvará. Aquí, por fin, había una ofensa imperdonable con un autor claro. El ejército había matado a esta chica. Y si Oxford quería venganza, solo había una forma de conseguirla.

Esa noche, las calles de Oxford estallaron en verdadera violencia. La lucha comenzó en el otro extremo de la ciudad, en Jericó, donde se derramó la primera sangre, y se extendió gradualmente a medida que se desarrollaban más y más puntos de conflicto. El fuego de los

cañones era constante. La ciudad entera estaba despierta con gritos y tumultos, y Robin vio en esas calles más gente de la que nunca hubiera imaginado viviendo en Oxford.

Los eruditos se apiñaron junto a las ventanas, asomándose entre ráfagas de disparos de francotiradores.

"Esto es una locura", seguía susurrando el profesor Craft. Absolutamente loco.

*Loco*no era suficiente para cubrirlo, pensó Robin. El inglés era insuficiente para describir todo esto. Su mente se desplazó hacia los antiguos textos chinos, las expresiones idiomáticas que empleaban sobre el colapso y el cambio dinástico. 天翻地覆; tiānfāndìfù. Los cielos cayeron y la tierra se derrumbó sobre sí misma. El mundo se puso patas arriba. Gran Bretaña estaba derramando su propia sangre, Gran Bretaña se estaba arrancando su propia carne, y nada después de esto podía volver a ser como antes.

A medianoche, Abel llamó a Robin al vestíbulo.

'Se acabó', dijo. Nos estamos acercando al final del camino.

'¿Qué quieres decir?' preguntó Robin. 'Esto es bueno para nosotros, han provocado a toda la ciudad, ¿no es así?'

-No durará -dijo Abel. Ahora están enojados, pero no son soldados. No tienen resistencia. He visto esto antes. En las primeras horas de la noche, comenzarán a regresar a casa. Y acabo de recibir noticias del Ejército de que al amanecer empezarán a disparar contra quienquiera que esté todavía por ahí.

Pero, ¿y las barricadas? preguntó Robin, desesperado. 'Todavía están levantados...'

Hemos llegado al último círculo de barreras. High Street es todo lo que tenemos. Ya no hay pretensiones de civismo. Se abrirán paso; no es cuestión de si, sino de cuándo. Y el hecho es que somos un levantamiento civil y ellos son un batallón armado y entrenado con refuerzos de sobra. Si la historia sirve de algo, si esto realmente se convierte en una batalla, entonces vamos a ser aplastados. No nos gusta que se repita Peterloo.*Abel suspiró. 'La ilusión de moderación solo podría durar tanto tiempo. Espero que le hayamos ganado tiempo.

—Supongo que, después de todo, estaban felices de dispararte — dijo Robin—.

Abel le lanzó una mirada arrepentida. Supongo que no se siente bien tener razón.

'Bien entonces.' Robin sintió una oleada de frustración, pero se obligó a reprimirla; no era justo culpar a Abel por estos acontecimientos, ni era justo pedirle que se quedara más tiempo, cuando todo lo que enfrentaría era una muerte segura o un arresto. Gracias, supongo. Gracias por todo.'

—Espera —dijo Abel—. No he venido sólo para anunciar que te abandonábamos.

Robin se encogió de hombros. Intentó no sonar resentido. Se acabará muy pronto sin esas barricadas.

Te digo que esta es tu oportunidad de salir. Empezaremos a llevarnos a la gente antes de que el tiroteo se vuelva propiamente violento. Algunos de nosotros nos quedaremos para defender las barricadas, y eso los distraerá lo suficiente como para que el resto se vaya a los Cotswolds, al menos.

—No —dijo Robin—. 'No, gracias, pero no podemos. Nos quedaremos en la torre.

Abel arqueó una ceja. '¿Todos ustedes?'

Lo que quiso decir: ¿Puedes tomar esa decisión? ¿Puedes decirme que todos ahí dentro quieren morir? Y tenía razón al preguntar, porque no, Robin no podía hablar por los siete eruditos restantes; de hecho, se dio cuenta de que no tenía idea de lo que elegirían hacer a continuación.

—Preguntaré —dijo, escarmentado—. 'Cuánto tiempo-'

—Dentro de una hora —dijo Abel. Antes, si puedes. Preferiría no demorarme.

Robin se armó de valor un momento antes de volver arriba. No sabía cómo decirles que este era el final. Su rostro seguía amenazando con desmoronarse, para revelar al niño asustado que se escondía detrás del fantasma de su hermano mayor. Él había atado a todas estas personas a esta última posición; no pudo soportar ver sus rostros cuando les dijo que todo había terminado.

Todos estaban en el cuarto piso, agrupados en la ventana este. Él se unió a ellos. Afuera, los soldados marchaban por el césped, avanzando a un ritmo extrañamente vacilante.

'¿Qué están haciendo?' se preguntó el profesor Craft. '¿Es esto un cargo?'

—Uno pensaría que cargarían con más de ellos —dijo Victoire—.

Ella tenía un punto. Más de una docena de soldados se habían detenido en High Street, pero solo cinco soldados continuaron el resto

del camino hacia la torre. Mientras observaban, los soldados se separaron y una figura solitaria avanzó entre sus filas hasta la última barricada restante.

Victoire respiró hondo.

Era Letty. Ella agitó una bandera blanca.

Capítulo treinta y dos

Se sentó sobre su Dobie,
para ver la estrella vespertina,
Y todos los Punkahs a medida que pasaban
Gritó, '¡Mi! ¡Qué hermosa eres!

EDWARD LEAR, 'El fajín'

E

nviaron a todos los demás arriba antes de que abrieran la puerta. Letty no estaba aquí para negociar con la multitud; no habrían enviado a un estudiante universitario para hacerlo. Esto era personal; Letty estuvo aquí para un ajuste de cuentas.

—Déjala pasar —le dijo Robin a Abel.

'¿Indulto?'

Ella está aquí para hablar. Diles que la dejen pasar.

Abel dirigió una palabra a su hombre, quien corrió por el green para informar a los barricadores. Dos hombres se subieron a lo alto de la barricada y se agacharon. Un momento después, levantaron a Letty por encima y luego la bajaron sin demasiada suavidad al otro lado.

Atravesó el green con los hombros encorvados y la bandera ondeando tras ella en la acera. No levantó los ojos hasta que los encontró en el umbral.

—Hola, Letty —dijo Victoire.

—Hola —murmuró Letty. Gracias por recibirme.

Se veía miserable. Claramente no había estado durmiendo; su ropa estaba sucia y arrugada, sus mejillas hundidas y sus ojos rojos e hinchados por el llanto. La forma en que encorvó los hombros a su alrededor, como si se estremeciera por un golpe, la hacía parecer muy pequeña. Y a pesar de sí mismo, a pesar de todo, lo único que Robin deseaba entonces era darle un abrazo.

Este instinto lo sobresaltó. Mientras ella se acercaba a la torre, él había considerado, brevemente, la idea de matarla, si tan solo su

muerte no los condenara a todos, si tan solo pudiera poner su propia vida en el trato. Pero era tan difícil mirarla ahora y no ver a un amigo. ¿Cómo puedes amar a alguien que te ha hecho tanto daño? De cerca, mirándola a los ojos, le costaba creer que esta Letty, su Letty, hubiera hecho las cosas que ella había hecho. Parecía afligida, vulnerable, la desdichada heroína de un terrible cuento de hadas.

Pero eso, se recordó a sí mismo, era la ventaja de la imagen que ocupaba Letty. En este país tenía el rostro y el color que inspiraban simpatía. Entre ellos, pase lo que pase, solo Letty podría salir de aquí inocente.

Él asintió hacia su bandera. —¿Aquí para rendirse?

"Aquí para negociar", dijo. 'Eso es todo.'

—Entonces entra —dijo Victoire.

Letty, invitada, entró por la puerta. Se cerró de golpe detrás de ella.

Por un momento los tres solo se miraron. Permanecieron inseguros en medio del vestíbulo, un triángulo desequilibrado. Se sentía tan fundamentalmente mal. Siempre había habido cuatro de ellos; siempre habían venido en parejas, un conjunto parejo, y todo lo que Robin podía pensar era en la aguda ausencia de Ramy entre ellos. No eran ellos mismos sin él; sin su risa, su ingenio rápido y fácil, sus repentinos giros de conversación que los hacían sentir como si estuvieran girando platos. Ya no eran una cohorte. Ahora eran sólo un velorio.

Victoire preguntó, con voz monótona y monótona, '¿Por qué?'

Letty se estremeció, pero apenas. —Tenía que hacerlo —dijo, con la barbilla alta, firme. Sabes que es todo lo que pude haber hecho.

-No -dijo Victoria-. 'Yo no.'

No podría traicionar a mi país.

No tenías que traicionarnos.

—Estabas esclavizado por una organización criminal violenta —dijo Letty—. Las palabras salieron tan suavemente que Robin solo pudo asumir que habían sido ensayadas. Y a menos que fingiera estar de acuerdo contigo, a menos que te siguiera el juego, no vi cómo iba a salir con vida de allí.

¿Ella realmente creía eso? Robin se preguntó. ¿Era así como siempre los había visto? No podía creer que estas palabras salieran de su boca, que esta era la misma chica que una vez se había quedado despierta hasta tarde con ellos, riendo tan fuerte que les dolían las costillas. Solo los chinos tenían un carácter que encapsulaba cuánto

podían doler las palabras simples: 刺, cì, el carácter de las espinas, de las puñaladas, de la crítica. Un personaje tan flexible. En una frase, 刺言, 刺語, significaba 'palabras mordaces y punzantes'. 刺 podría significar 'incitar'. 刺 también podría significar 'asesinar'.

Entonces, ¿qué es esto? preguntó Robin. ¿El parlamento ha tenido suficiente?

Oh, Robin. Letty le dirigió una mirada lastimera. Tienes que rendirte.

—Me temo que no es así como funciona la negociación, Letty.

'Lo digo en serio. Estoy tratando de advertirte. Ni siquiera quieren que esté aquí, pero les supliqué, le escribí a mi padre, tiré de todos los hilos que tenía.

—¿Advertirnos sobre qué? preguntó Victoria.

Van a asaltar la torre al amanecer. Y van a destruir tu resistencia con armas. No más esperas. Se acabó.'

Robin se cruzó de brazos. Buena suerte con recuperar su ciudad, entonces.

—Pero eso es todo —dijo Letty—. Se han contenido porque pensaron que podían matarte de hambre. No te quieren muerto. Lo creas o no, no les gusta disparar a los eruditos. Todos sois muy útiles, en eso tenéis razón. Pero el país no aguanta más. Los has empujado hasta el límite.

—Parece que lo lógico entonces sería estar de acuerdo con nuestras demandas —dijo Victoire—.

Sabes que no pueden hacer eso.

'¿Van a destruir su propia ciudad?'

¿Crees que al Parlamento le importa lo que destruyas? —exigió Letty, impaciente. A esos hombres no les preocupa lo que le estás haciendo a Oxford oa Londres. Se rieron cuando las luces se apagaron y se rieron cuando el puente se derrumbó. Esos hombres quieren que la ciudad sea destruida. Piensan que ya se ha vuelto demasiado grande y difícil de manejar, que sus barrios bajos oscuros y sórdidos están superando a todos sus distritos civilizados. Y sabes que son los pobres los que más sufrirán. Los ricos pueden viajar al campo y quedarse en sus propiedades de verano donde tendrán aire limpio y agua limpia hasta la primavera. Los pobres morirán en masa. Escuchen, ustedes dos. La gente que gobierna este país se preocupa más por el orgullo del Imperio Británico que por los pequeños inconvenientes, y dejarán que la ciudad se derrumbe antes de ceder ante las demandas de lo que ven como un puñado de… de Babblers.

—Di lo que quieras decir —dijo Victoire.

De extranjeros.

—Eso es todo un sentido del orgullo —dijo Robin—.

—Lo sé —dijo Letty. Es con lo que crecí. Sé lo profundo que corre. Créame en esto. No tienes idea de cuánto están dispuestos a sangrar por el bien de su orgullo. Estos hombres dejaron caer el puente de Westminster. ¿Con qué más puedes amenazarlos?

Silencio, entonces. El puente de Westminster fue la carta de triunfo. ¿Qué refutación podrían ofrecer?

—Así que pretendes convencernos de nuestra muerte —dijo finalmente Victoire—.

—Yo no —dijo Letty. Quiero salvarte.

Parpadeó y, de repente, las lágrimas trazaron dos líneas finas y claras por su rostro. Esto no fue un acto; sabían que Letty no podía actuar. Estaba desconsolada, verdaderamente desconsolada. Ella los amaba; Robin no lo dudó; al menos ella realmente creía que los amaba. Ella los quería sanos y salvos, solo que su versión de una resolución exitosa era ponerlos tras las rejas.

"Yo no quería nada de esto", dijo. “Solo quiero que las cosas vuelvan a ser como antes. Teníamos un futuro juntos, todos nosotros.

Robin reprimió una carcajada. '¿Qué te imaginaste?' preguntó en voz baja. '¿Que seguiríamos comiendo galletas de limón juntos mientras este país declaraba la guerra a nuestra patria?'

—No son vuestras patrias —dijo Letty. No tienen por qué serlo.

—Tienen que serlo —dijo Victoire. 'Porque nunca seremos británicos. ¿Cómo puedes seguir sin entender? Esa identidad nos está excluida. Somos extranjeros porque esta nación nos ha marcado así, y mientras seamos castigados diariamente por nuestros lazos con nuestras patrias, bien podríamos defenderlas. No, Letty, no podemos mantener esta fantasía. El único que puede hacer eso eres tú.

El rostro de Letty se tensó.

La tregua había terminado; los muros estaban levantados; le habían recordado por qué los había abandonado, que era que nunca podría ser realmente, propiamente, uno de ellos. Y Letty, si no pudiera pertenecer a un lugar, preferiría derribarlo todo.

'Se dan cuenta de que si salgo de aquí con un no, vendrán preparados para matarlos a todos.'

Pero no pueden hacer eso. Victoire miró a Robin como si quisiera confirmarlo. 'El objetivo de esta huelga es que nos necesitan; no pueden arriesgarnos.

'Por favor entiende.' La voz de Letty se endureció. Les diste dolor de cabeza. Bien hecho. Pero eres, al final, prescindible. Todos ustedes. Perderte sería un contratiempo menor, pero el proyecto imperial involucra a más de unos pocos eruditos. Y abarcará más de unas pocas décadas. Esta nación está tratando de lograr lo que ninguna otra civilización ha logrado a lo largo de la historia, y si derribarte significa un retraso temporal, entonces lo harán. Formarán a nuevos traductores.

—No lo harán —dijo Robin. Después de esto, nadie trabajará para ellos.

Letty se burló. Por supuesto que lo harán. Sabíamos muy bien lo que estaban haciendo, ¿no? Nos lo dijeron el primer día. Y todavía nos encantó aquí. Siempre podrán encontrar nuevos traductores. Volverán a aprender lo que perdieron. Y seguirán adelante, porque nadie más estará allí para detenerlos. Agarró la mano de Robin. El gesto fue tan repentino, tan impactante que no tuvo tiempo de apartarse. Su piel estaba fría como el hielo, su agarre era tan fuerte que temía que pudiera arrancarle los dedos. 'No puedes cambiar las cosas si estás muerto, Birdie.'

Violentamente, él la sacudió. No me llames Birdie.

Ella fingió no escuchar esto. 'No pierdas de vista tu objetivo final. Si quieres arreglar el Imperio, lo mejor que puedes hacer es trabajar dentro de él.

'¿Cómo lo haces?' preguntó Robin. —¿Como hizo Sterling Jones?

Al menos no nos busca la policía. Al menos tenemos la libertad de actuar.

¿Crees que el estado va a cambiar alguna vez, Letty? Quiero decir, ¿alguna vez has pensado en lo que sucede si ganas?

Ella se encogió de hombros. Ganaremos una guerra rápida e incorpórea. Y después de eso, toda la plata del mundo.

'¿Y entonces qué? Sus máquinas se vuelven más rápidas. Los salarios caen. La desigualdad aumenta. La pobreza aumenta. Todo lo que Anthony predijo sucederá. Las juergas serán insostenibles. ¿Entonces que?'

Supongo que cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él. El labio de Letty se curvó. 'Como si fuera.'

—No lo harás —dijo Robin. No hay solución. Estás en un tren del que no puedes saltar, ¿no lo ves? Esto no puede acabar bien para nadie. Liberación para nosotros significa también liberación para ti.'

'O', dijo Letty, 'simplemente seguirá yendo más y más rápido, y lo

dejaremos, porque si el tren está pasando a toda velocidad por encima de todos los demás, bien podemos viajar en él'.

No había discusión con eso. Pero, si estaban siendo honestos consigo mismos, nunca habían discutido con Letty.

"Esto no vale la pena", continuó Letty. Todos esos cuerpos en las calles, ¿y para qué? ¿Hacer un punto? La rectitud ideológica está muy bien, pero por Dios, Robin, estás dejando que la gente muera por una causa que debes saber que está condenada al fracaso. Y fracasarás —continuó, implacablemente—. No tienes los números. No tienes el apoyo público, no tienes los votos y no tienes el impulso. No entiendes lo decidido que está el Imperio a recuperar su plata. ¿Crees que estás preparado para hacer sacrificios? Harán todo lo que sea necesario para ahumarte. Debes saber que no planean perderlos a todos. Solo necesitan matar a algunos de ustedes. Tomarán prisioneros al resto, y luego romperán tu ataque.

Dime: si acabaras de ver morir a tus amigos, si te apuntaran con una pistola en la cabeza, ¿no volverías al trabajo? Ya han arrestado a Chakravarti, ya sabes. Lo torturarán hasta que coopere. Adelante, dime: cuando llegue el momento, ¿cuántas personas en esta torre se apegarán a sus principios?

—No todos somos tan cobardes como tú —dijo Victoire—. Están aquí, ¿verdad? Están con nosotros.

'Pregunto de nuevo. ¿Cuánto tiempo crees que durará eso? Todavía no han perdido uno de los suyos. ¿Cómo crees que se sentirán cuando el primer cuerpo de tu revolución toque el suelo? ¿Cuándo hay un arma en su sien?

Victoire señaló la puerta. 'Salir.'

"Estoy tratando de salvarte", insistió Letty. Soy tu última oportunidad de salvación. Ríndanse ahora, salgan pacíficamente y cooperen con la restauración. No estarás en prisión por mucho tiempo. Te necesitan, tú mismo lo dijiste: estarás de regreso en Babel en poco tiempo, haciendo el trabajo que siempre soñaste. Es la mejor oferta que obtendrás. Eso es todo lo que vine a decir aquí. Tómalo o morirás.

Entonces moriremos, Robin estuvo a punto de decir, pero se detuvo. No podía sentenciar a muerte a todos los de arriba. Ella lo sabía.

Ella los hizo vencer. No había discusión para salir de esto. Los tenía completamente acorralados; no había nada que no hubiera previsto, no había más trucos que sacarse de la manga.

El puente de Westminster se había caído. ¿Qué más podrían amenazar?

Odiaba lo que salió de sus labios a continuación. Se sentía como una rendición, como una reverencia. No podemos decidir por todos ellos.

Entonces llama a una reunión. El labio de Letty se curvó. 'Haga una encuesta en la sala, obtenga un consenso con cualquier pequeña forma de democracia que tenga aquí'. Dejó la bandera blanca sobre una mesa. Pero ten una respuesta para nosotros antes del amanecer.

Ella se volvió para irse.

Robin se apresuró hacia adelante. —Letty, espera.

Hizo una pausa, con una mano en la puerta.

'¿Por qué Ramy?' preguntó.

Ella se congeló. Parecía una estatua; bajo la luz de la luna, sus mejillas brillaban con un pálido color blanco mármol. Así era como debería haberla visto siempre, pensó. Frío. Incruento. Desprovista de todo lo que la convertía en un ser humano que vivía, respiraba, amaba y sufría.

—Has apuntado —dijo—. Tú apretaste el gatillo. Y eres muy buena tiradora, Letty. ¿Por qué él? ¿Qué te hizo Ramy?

Él sabía qué. Ambos sabían; no había duda. Pero Robin quería ponerle un nombre, quería asegurarse de que Letty supiera lo que él sabía, quería sacar el recuerdo fresco entre ellos, agudo y cruel, porque podía ver el dolor que le causaba a los ojos de Letty y porque se lo merecía.

Letty lo miró fijamente durante mucho tiempo. Ella no se movió, excepto por el rápido ascenso y descenso de su pecho. Cuando habló, su voz era alta y fría.

'No lo hice,' dijo ella; y Robin supo por la forma en que entrecerró los ojos y arrastrando las palabras, puntuándolas como dagas, lo que vendría a continuación. Sus propias palabras, devueltas a su rostro. No lo pensé en absoluto. Me entró el pánico. Y luego lo maté.

—Asesinar no es tan simple —dijo—.

'Resulta que lo es, Birdie.' Ella le lanzó una mirada desdeñosa. '¿No es así como llegamos aquí?'

—Te queríamos —susurró Victoire. Letty, habríamos muerto por ti.

Lety no respondió. Giró sobre sus talones, abrió la puerta y huyó a la noche.

La puerta se cerró de golpe y luego se hizo el silencio. No estaban listos para llevar la noticia al piso de arriba. No sabían lo que podían

decir.

¿Crees que lo dice en serio? Robin preguntó finalmente.

'Ella absolutamente,' dijo Victoire. Letty no se inmuta.

'¿Entonces la dejamos ganar?'

'¿Cómo,' preguntó Victoire lentamente, '¿crees que la hacemos perder?'

Un terrible peso colgaba entre ellos. Robin sabía su respuesta, pero no sabía cómo pronunciarla. Victoire sabía todo en su corazón excepto esto. Era lo único que le había ocultado, en parte porque no quería que ella compartiera esta carga y en parte porque tenía miedo de cómo podría responder.

Ella entrecerró los ojos. 'Robin.'

"Destruiremos la torre", dijo. Y nos destruiremos a nosotros mismos.

Ella no se inmutó; sólo pareció desinflarse, como si hubiera estado esperando una confirmación. No había fingido tan bien como había pensado; ella había esperado esto de él. No puedes.

Hay una manera. Robin malinterpretó sus palabras a propósito, esperando, más bien, que su objeción fuera de logística. Sabes que lo hay. Nos lo mostraron desde el principio.

Victoire se quedó muy quieta entonces. Robin sabía lo que estaba imaginando. La barra estridente y vibrante en las manos del profesor Playfair, gritando como si tuviera dolor, rompiéndose en mil pedazos afilados y brillantes. Multiplica eso una y otra vez. En lugar de un bar, imagina una torre. Imagina un país.

"Es una reacción en cadena", susurró. Terminará el trabajo por sí solo. ¿Recuerda? Playfair nos mostró cómo se hace. Si toca otra barra, el efecto se transmite a través del metal. No se detiene, simplemente continúa, hasta que inutiliza toda la plata.

¿Cuánta plata cubrió los muros de Babel? Cuando esto terminara, todas esas barras no tendrían ningún valor. Entonces la cooperación de los traductores no importaría. Sus instalaciones desaparecerían. Su biblioteca, desaparecida. Las Grammaticas, desaparecidas. Sus varillas de resonancia, su plata, inútiles, desaparecidas.

'¿Cuánto tiempo has estado planeando esto?' exigió Victoria.

'Desde el principio', dijo.

'Te odio.'

Es la única manera que nos queda de ganar.

'Es tu plan suicida,' dijo enojada. Y no me digas que es todo lo contrario. Tu quieres esto; siempre has querido esto.

Pero eso era todo, pensó Robin. ¿Cómo explicaba el peso que le aplastaba el pecho, la constante incapacidad para respirar? Creo que, desde Ramy y Griffin, no, desde Canton, yo. . .' El tragó. He sentido que no tenía derecho.

No digas eso.

'Es cierto. Eran mejores hombres y murieron...

'Robin, así no es cómo funciona—'

'¿Y qué hice? Viví una vida que no debería tener, tuve lo que millones de personas no tuvieron: todo ese sufrimiento, Victoire, y todo el tiempo estuve bebiendo champán...

No te atrevas. Ella levantó una mano como si fuera a abofetearlo. 'No me digas que eres solo un académico frágil que no puede manejar el peso del mundo ahora que lo has visto, eso es una tontería absoluta, Robin. No eres un petimetre que se desmaya ante la primera mención de sufrimiento. ¿Sabes qué son esos hombres? Son cobardes, románticos, idiotas que nunca hicieron nada para cambiar el mundo que encontraban tan molesto, escondiéndose porque se sentían tan culpables...

"Culpable", repitió. 'Culpable, eso es exactamente lo que soy. Ramy me dijo una vez que no me importaba hacer lo correcto, que solo quería tomar el camino más fácil.

—Tenía razón —dijo con fiereza. Es el estilo de los cobardes, lo sabes...

'No, escucha.' Él agarró sus manos. Estaban temblando. Ella trató de alejarse, pero él apretó sus dedos entre los suyos. La necesitaba con él. Necesitaba hacerle entender, antes de que lo odiara para siempre por abandonarla en la oscuridad. 'El tiene razón. Tienes razón. Lo sé, estoy tratando de decirlo, tenía razón. Lo siento mucho. Pero no sé cómo seguir.

Día tras día, Birdie. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Sigues, día a día. Tal como lo hemos estado haciendo. No es difícil.'

—No, es... Victoire, no puedo. No quería llorar; si empezaba a llorar, todas sus palabras desaparecerían y nunca lograría decir lo que necesitaba. Se abrió paso antes de que sus lágrimas pudieran alcanzarlo. “Quiero creer en el futuro por el que estamos luchando, pero no está ahí, simplemente no está ahí, y no puedo tomar las cosas día a día cuando estoy demasiado horrorizado por la idea del mañana. estoy bajo el agua Y he estado bajo el agua durante tanto tiempo, y quería una salida, pero no pude encontrar una que no se sintiera como una gran abdicación de la responsabilidad. Pero esta... esta es mi

salida.

Ella sacudió su cabeza. Ella estaba llorando libremente ahora; los dos lo eran. No me digas esto.

Alguien tiene que pronunciar las palabras. Alguien tiene que quedarse.

'Entonces, ¿no me vas a pedir que me quede contigo?'

Oh, Victoria.

¿Qué más había que decir? Él no podía pedirle eso, y ella sabía que él nunca se atrevería. Sin embargo, la pregunta colgaba entre ellos, sin respuesta.

La mirada de Victoire estaba fija en la ventana, en el césped negro afuera, en las barricadas iluminadas con antorchas. Ella lloró, constante y silenciosamente; las lágrimas seguían rodando por sus mejillas y ella se las limpiaba sin sentido. No podía decir lo que ella estaba pensando. Esta era la primera vez, desde que todo esto había comenzado, que él no podía leer su corazón.

Por fin respiró hondo y levantó la cabeza. Sin darse la vuelta, preguntó: '¿Alguna vez leyó ese poema que aman los abolicionistas? Ese de Bicknell y Day. Se llama El negro moribundo.

Robin lo había leído, de hecho, en un panfleto abolicionista que había recogido en Londres. Lo había encontrado sorprendente; todavía lo recordaba en detalle. Describía la historia de un hombre africano que, ante la perspectiva de ser capturado y volver a la esclavitud, se suicidó.*Robin lo había encontrado romántico y conmovedor en ese momento, pero ahora, al ver la expresión de Victoire, se dio cuenta de que era todo lo contrario.

"Lo hice", dijo. Fue... trágico.

—Tenemos que morir para obtener su lástima —dijo Victoire—. Tenemos que morir para que nos consideren nobles. Nuestras muertes son, pues, grandes actos de rebeldía, un lamento desdichado que pone de manifiesto su inhumanidad. Nuestras muertes se convierten en su grito de batalla. Pero no quiero morir, Robin. Su garganta se contrajo. 'No quiero morir. No quiero ser su Imoinda, su Oroonoko.*No quiero ser su trágica y encantadora figura lacada. Quiero vivir.'

Ella cayó contra su hombro. Él envolvió sus brazos alrededor de ella y la abrazó con fuerza, meciéndose hacia adelante y hacia atrás.

'Quiero vivir', repitió, 'y vivir, prosperar y sobrevivir a ellos. quiero un futuro No creo que la muerte sea un indulto. Creo que es... es sólo el final. Excluye todo: un futuro en el que podría ser feliz y libre. Y no se trata de ser valiente. Se trata de querer otra oportunidad. Incluso si

todo lo que hice fue huir, incluso si nunca moví un dedo para ayudar a nadie mientras viviera, al menos sería feliz. Al menos el mundo podría estar bien, solo por un día, solo para mí. ¿Es eso egoísta?

Sus hombros se arrugaron. Robin la abrazó con fuerza contra él. Qué ancla era ella, pensó, un ancla que no se merecía. Ella era su roca, su luz, la única presencia que lo había mantenido en marcha. Y deseó, deseó, que eso fuera suficiente para que él se aferrara.

"Sé egoísta", susurró. 'Sé valiente.'

Capítulo treinta y tres

Ha llegado la hora de la partida y seguimos nuestro camino: yo para morir y vosotros para vivir. Cuál es mejor solo Dios lo sabe.

PLATON, Apología, trad. benjamin jowett

¿T

oda la torre? preguntó el profesor Craft.

Ella fue la primera en hablar. El resto de ellos miraban a Robin y Victoire en diversos estados de incredulidad, e incluso la profesora Craft parecía como si todavía estuviera pensando en la idea mientras hablaba en voz alta de sus implicaciones. Son décadas, siglos, de investigación, eso es todo, enterrado, perdido, oh, pero quién sabe cuántos. . .' Ella se apagó.

"Y las ramificaciones para Inglaterra serán mucho peores", dijo Robin. 'Este país funciona con plata. La plata bombea a través de su sangre; Inglaterra no puede vivir sin él.

Lo reconstruirían todo...

'Eventualmente, sí,' dijo Robin. Pero no antes de que el resto del mundo tenga tiempo de armar una defensa.

¿Y China?

No irán a la guerra. No podrán. La plata alimenta las cañoneras, ya ves. La plata alimenta a la Armada. Durante meses después de esto, tal vez años, ya no serán la nación más fuerte del mundo. Y lo que sucede a continuación es una incógnita.

El futuro sería fluido. Era tal como lo había predicho Griffin. Una elección individual, hecha en el momento justo. Así fue como desafiaron el impulso. Así fue como alteraron las huellas de la historia.

Y al final, la respuesta había sido tan obvia: simplemente negarse a participar. Quitar su trabajo – y los frutos de su trabajo – permanentemente de la ofrenda.

—No puede ser eso —dijo Juliana. Su voz se desvaneció al final; era una pregunta, no una declaración. Tiene que haber... tiene que

haber alguna otra manera...

"Nos asaltarán al amanecer", dijo Robin. Dispararán a algunos de nosotros para dar un ejemplo, y luego nos retendrán al resto a punta de pistola hasta que comencemos a reparar el daño. Nos pondrán cadenas y nos pondrán a trabajar.

Pero las barricadas...

—Las barricadas caerán —susurró Victoire. Son sólo paredes, Juliana. Los muros se pueden destruir.

Silencio primero; luego resignación, luego aceptación. Ya vivían en lo imposible; ¿Qué más fue la caída de lo más eterno que jamás habían conocido?

—Entonces supongo que tendremos que salir rápido —dijo Ibrahim. Justo después de que empiece la reacción en cadena.

Pero no puedes salir rápido, Robin casi dijo antes de detenerse. La réplica era obvia. No pudieron salir rápido, porque no pudieron salir en absoluto. Un solo conjuro no serviría. Si no fueran minuciosos, la torre podría derrumbarse parcialmente, pero sus restos serían recuperables, fácilmente reutilizables. Las únicas cosas que habrían infligido serían gastos y frustración. Habrían sufrido por nada.

No; para que este plan funcionara, para asestar un golpe contra el imperio del que no pudiera recuperarse, tenían que quedarse, y decir las palabras una y otra vez, y activar tantos nodos de destrucción como pudieran.

Pero, ¿cómo le dijo a una habitación llena de gente que necesitaban morir?

'YO . . .' Empezó, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

No tuvo que dar explicaciones. Todos lo habían descubierto; todos estaban llegando a la misma conclusión, uno tras otro, y el cambio en sus ojos era desgarrador.

'Voy a seguir adelante', dijo. 'No les estoy pidiendo a todos ustedes que vengan conmigo, Abel puede sacarlos si no lo hacen, pero todo lo que quiero decir es. . . Es que… no puedo hacerlo solo.

Victoire miró hacia otro lado, con los brazos cruzados.

'No necesitaremos a todos', continuó, desesperado por llenar el silencio con palabras porque, tal vez, cuanto más lo decía, menos horrible sonaba. 'Supongo que una diversidad de idiomas sería bueno, para amplificar el efecto, y por supuesto, querremos personas de pie en todos los rincones de la torre, porque. . .' Su garganta palpitó. Pero no necesitamos a todos.

—Me quedaré —dijo el profesor Craft—.

'Yo . . . gracias, profesor.'

Ella le dedicó una sonrisa temblorosa. 'Supongo que no iba a conseguir la tenencia en el otro lado de esto de todos modos.'

Los vio a todos haciendo entonces el mismo cálculo: la finalidad de la muerte frente a la persecución, prisión y posible ejecución que enfrentarían en el exterior. Sobrevivir a Babel no significaba necesariamente sobrevivir. Y podía verlos preguntándose si podrían aceptar, ahora, sus propias muertes; si eso, al final, sería más fácil.

'No tienes miedo', le dijo Meghana, le preguntó.

-No -dijo Robin-. Pero eso fue todo lo que pudo decir. Él mismo no entendía su corazón. Se sintió resuelto, pero tal vez eso fuera solo la adrenalina; tal vez su miedo y vacilación solo fueron empujados temporalmente detrás de una pared endeble, que se rompería al examinarla más de cerca. 'No, no lo soy, yo. . . solo - estoy listo. Pero no necesitaremos a todos.

'Posiblemente los estudiantes más jóvenes. . .' La profesora Craft se aclaró la garganta. Me refiero a los que no saben trabajar la plata. No hay razón-'

'Quiero quedarme.' Ibrahim lanzó a Juliana una mirada ansiosa. 'Yo no . . . No quiero correr.

Juliana, pálida como el papel, no dijo nada.

'¿Hay una salida?' Yusuf le preguntó a Robin.

'Hay. Los hombres de Abel pueden sacarte de la ciudad, te lo han prometido; nos están esperando. Pero tendrás que irte tan pronto como puedas. Y entonces tendrás que correr. No creo que seas capaz de dejar de correr nunca.

—¿No hay términos de amnistía? preguntó Meghana.

—Los hay si trabajas para ellos —dijo Robin—. Si les ayudas a restaurar las cosas como antes. Letty hizo esa oferta, quería que lo supieras. Pero siempre estarás bajo su control. Nunca te dejarán ir. Ella lo insinuó: serán tus dueños y te harán sentir agradecido por ello.

En ese momento, Juliana se acercó y tomó la mano de Ibrahim. Él apretó sus dedos. Los nudillos de ambos se pusieron blancos, y la visión de esto fue tan íntima que Robin parpadeó y desvió la mirada.

"Pero aún podemos correr", dijo Yusuf.

'Aún puedes correr', dijo Robin. No estarías a salvo en ningún lugar de este país...

Pero podemos irnos a casa.

La voz de Victoire era tan suave que apenas podían oírla. Podemos irnos a casa.

Yusuf asintió, consideró esto por un momento y luego se movió para pararse a su lado.

Y fue así de simple, la determinación de quién huyó y quién murió. Robin, el profesor Craft, Meghana, Ibrahim y Juliana por un lado. Yusuf y Victoire por el otro. Nadie suplicaba ni suplicaba, y nadie cambiaba de opinión.

'Asi que.' Ibrahim se veía muy pequeño. 'Cuándo-'

—Amanecer —dijo Robin. Vienen al amanecer.

—Entonces será mejor que apilemos las barras —dijo el profesor Craft—. Y será mejor que los coloquemos correctamente, si solo conseguimos una vez.

'¿Cuál es la palabra?' —exigió Abel Goodfellow. Están avanzando poco a poco hacia nosotros.

—Envíe a sus hombres a casa —dijo Robin.

'¿Qué?'

Tan rápido como puedas. Sal de las barricadas y huye. No hay mucho tiempo. Los Guardias... ya no se preocupan por las bajas.

Abel registró esto, luego asintió. ¿Quién viene con nosotros?

'Sólo dos. Yusuf. Victoria. Se están despidiendo, pronto estarán listos. Robin sacó un paquete envuelto del interior de su chaqueta. También está esto.

Abel debió haber leído algo en su rostro, escuchado algo en su voz, porque entrecerró los ojos. '¿Y qué están haciendo el resto de ustedes allí?'

No debería decírtelo.

Abel levantó el paquete. '¿Es esto una nota de suicidio?'

"Es un registro escrito", dijo Robin. De todo lo que ha pasado en esta torre. Lo que representamos. Hay una segunda copia, pero en caso de que se pierda, sé que encontrará alguna forma de sacarla. Imprímelo por toda Inglaterra. Diles lo que hicimos. Haz que se acuerden de nosotros. Abel parecía querer discutir, pero Robin negó con la cabeza. Por favor, estoy decidido y no hay mucho tiempo. No puedo explicar esto, y creo que es mejor si no preguntas.

Abel lo observó por un momento, luego pareció pensar mejor en lo que estaba a punto de decir. '¿Terminarás con esto?'

Vamos a intentarlo. El pecho de Robin se sentía muy apretado. Estaba tan agotado; quería acurrucarse en el suelo e irse a dormir. Quería que esto terminara. Pero no puedo contarte más esta noche. Sólo necesito que te vayas.

Abel alargó el brazo. Entonces esto, supongo, es un adiós.

'Adiós.' Robin agarró su palma y la sacudió. 'Oh, y las mantas, se me olvidaba...'

No pienses en ello. Abel envolvió su otra mano sobre la de Robin. Su agarre era tan cálido, sólido. Robin sintió un nudo en la garganta; estaba agradecido de que Abel se lo estuviera poniendo fácil, de que no lo hubiera obligado a justificarse. Tenía que ir rápido, decidido hasta el final.

Buena suerte, Robin Swift. Abel le apretó la mano. 'Dios sea contigo.'

Pasaron las horas antes del amanecer colocando cientos de barras de plata en pirámides en puntos vulnerables alrededor de la torre: alrededor de los soportes de la base, debajo de las ventanas, a lo largo de las paredes y estanterías, y en verdaderas pirámides alrededor de Grammaticas. No podían predecir el alcance, la escala de la destrucción, pero se prepararían para ella lo mejor que pudieran, harían casi imposible rescatar cualquier material de los restos.

Victoire y Yusuf se fueron una hora después de la medianoche. Sus despedidas fueron breves, constreñidas. Fue una despedida imposible; había demasiado y, sin embargo, nada que decir, y se tenía la sensación de que todo el mundo se estaba conteniendo por miedo a abrir las compuertas. Si decían muy poco, lo lamentarían para siempre. Si decían demasiado, nunca se decidirían a separarse.

—Buen viaje —susurró Robin, abrazando a Victoire.

Ella ahogó una carcajada. 'Sí. Gracias.'

Se aferraron el uno al otro durante mucho tiempo, lo suficiente como para que finalmente, una vez que todos se habían ido para darles privacidad, eran los únicos dos de pie en el vestíbulo. Finalmente dio un paso atrás, miró a su alrededor, con los ojos moviéndose de un lado a otro como si no supiera si hablar.

—No crees que esto funcione —dijo Robin.

Yo no dije eso.

Lo estás pensando.

"Estoy aterrorizado de que hagamos esta gran declaración". Levantó las manos, las dejó caer. Y lo verán solo como un contratiempo temporal, algo de lo que recuperarse. Que nunca entenderán lo que queremos decir.

'Por lo que vale, no creo que alguna vez fueran a escuchar.'

No, no creo que lo fueran. Ella estaba llorando de nuevo. 'Oh,

Robin, no sé qué...'

'Solo vete', dijo. Y escribe a los padres de Ramy, ¿quieres? Yo sólo… ellos deberían saberlo.

Ella asintió, le dio un último y fuerte apretón y luego salió corriendo por la puerta hacia el green donde los hombres de Yusuf y Abel estaban esperando. Una última ola, la expresión afligida de Victoire bajo la luz de la luna, y luego se fueron.

Entonces no había nada que hacer más que esperar el final.

¿Cómo hacer las paces con la propia muerte? Según los relatos del Critón, el Fedón y la Apología, Sócrates fue a la muerte sin angustia, con una calma tan sobrenatural que rechazó múltiples súplicas para escapar. De hecho, había estado tan alegremente indiferente, tan convencido de que morir era lo correcto, que golpeó a sus amigos en la cabeza con su razonamiento, en esa manera suya insufriblemente justa, incluso cuando estallaron en lágrimas. A Robin le había impresionado tanto, en su primera incursión en los textos griegos, la absoluta indiferencia de Sócrates hacia su fin.

Y seguro que era mejor, más fácil morir con tan buen ánimo; sin dudas, sin miedos, el corazón en paz. Podía, en teoría, creerlo. A menudo, había pensado en la muerte como un indulto. No había dejado de soñar con eso desde el día en que Letty le disparó a Ramy. Se entretenía con ideas del cielo como paraíso, de colinas verdes y cielos brillantes donde él y Ramy podían sentarse a hablar y contemplar un atardecer eterno. Pero tales fantasías no lo consolaban tanto como la idea de que todo lo que significaba la muerte era la nada, que todo se detendría: el dolor, la angustia, la pena terrible, asfixiante. Si nada más, seguramente, la muerte significaba paz.

Aun así, frente al momento, estaba aterrorizado.

Terminaron sentados en el suelo del vestíbulo, reconfortándose con el silencio del grupo, escuchándose respirar unos a otros. La profesora Craft trató, vacilante, de consolarlos, examinando su memoria en busca de palabras antiguas sobre este dilema tan humano. Les habló de las Tróades de Séneca, del Vulteius de Lucano, del martirio de Catón y Sócrates. Les citó a Cicerón, Horacio y Plinio el Viejo. La muerte es el mayor bien de la naturaleza. La muerte es un estado mejor. La muerte libera al alma inmortal. La muerte es trascendencia. La muerte es un acto de valentía, un glorioso acto de desafío.

Séneca el Joven, describiendo a Catón: una manu latam libertati

viam faciet.*

Virgilio, describiendo a Dido:*Sic, sic iuvat ire sub umbras.**

Nada de eso realmente se hundió; nada de eso los conmovió, porque teorizar sobre la muerte nunca podría hacerlo. Las palabras y los pensamientos chocaban siempre contra el límite inamovible del final inminente y permanente. Aun así, su voz, firme e inquebrantable, era un consuelo; dejan que lave sus oídos, arrullándolos en estas horas finales.

Juliana miró por la ventana. Se están moviendo por el green.

'No es el amanecer,' dijo Robin.

—Se están moviendo —dijo simplemente.

"Bueno, entonces", dijo el profesor Craft, "será mejor que nos pongamos manos a la obra".

Se pararon.

No enfrentarían sus fines juntos. Cada hombre y mujer a su puesto: a las pirámides de plata distribuidas en diferentes pisos y diferentes alas a lo largo del edificio, colocadas así para reducir las posibilidades de que cualquier parte de la torre permanezca intacta. Cuando los muros se derrumbaran sobre ellos, estarían solos, y por eso, a medida que se acercaba el momento, se sentía tan imposible separarse.

Las lágrimas corrían por el rostro de Ibrahim.

"No quiero morir", susurró. 'Debe haber algún otro - No quiero morir.'

Todos sentían lo mismo, una esperanza desesperada de tener alguna posibilidad de escapar. En estos últimos momentos, los segundos no fueron suficientes. En teoría esta decisión que habían tomado era algo hermoso. En teoría serían mártires, héroes, los que habían desviado la historia de su camino. Pero nada de eso fue un consuelo. En ese momento, todo lo que importaba era que la muerte era dolorosa, aterradora y permanente, y ninguno de ellos quería morir.

Pero incluso mientras temblaban, ninguno de ellos se rompió. Era sólo un deseo, después de todo. Y el ejército estaba en camino.

—No nos demoremos —dijo el profesor Craft, y subieron las escaleras hasta sus respectivos pisos.

Robin permaneció en el centro del vestíbulo bajo el candelabro roto, rodeado por ocho pirámides de barras de plata tan altas como él. Respiró hondo, observando la manecilla de los segundos en el reloj sobre la puerta.

Los campanarios de Oxford se habían quedado mudos hacía mucho

tiempo. A medida que se acercaba el minuto, la única indicación del tiempo era el tictac sincronizado de los relojes del abuelo, todos colocados en el mismo lugar en cada piso. Habían elegido las seis en punto; un tiempo arbitrario, pero necesitaban un momento final, un hecho inamovible sobre el cual fijar su voluntad.

Un minuto para las seis.

Soltó un suspiro tembloroso. Sus pensamientos volaron, buscando desesperadamente algo en lo que pensar que no fuera esto. Aterrizó no en recuerdos coherentes, sino en detalles hiperespecíficos: el peso salado del aire en el mar, la longitud de las pestañas de Victoire, el enganche en la voz de Ramy justo antes de que estallara en carcajadas. Se aferró a ellos, permaneció allí todo el tiempo que pudo, se negó a dejar que su mente fuera a otra parte.

Veinte segundos.

La cálida arenilla de un bollo en Vaults. Los dulces y harinosos abrazos de la señora Piper. Galletas mantecosas de limón derritiéndose en néctar en su lengua.

Diez.

El sabor amargo de la cerveza y el escozor mordaz de la risa de Griffin. El hedor agrio del opio. Cena en la Biblioteca Vieja; curry fragante y los fondos quemados de papas demasiado saladas. Risas, fuertes, desesperadas e histéricas.

Cinco.

Ramy, sonriendo. Ramy, alcanzando.

Robin colocó su mano en la pirámide más cercana, cerró los ojos y respiró, 'Fānyì. Traducir.'

El sonido agudo resonó por la habitación, el chillido de una sirena, reverberando a través de sus huesos. Un estertor de muerte, resonando a lo largo de toda la torre, porque todos habían cumplido con su deber; nadie se había resistido.

Robin exhaló, temblando. No hay lugar para la vacilación. No hay tiempo para el miedo. Movió su mano a las barras en la siguiente pila y susurró de nuevo. 'Fânyì. Traducir.' De nuevo. 'Fânyì. Traducir.' Y otra vez. 'Fânyì. Traducir.'

Sintió un cambio bajo sus pies. Vio las paredes temblar. Los libros cayeron de los estantes. Por encima de él, algo gimió.

Pensó que se asustaría.

Pensó que estaría obsesionado con el dolor; sobre cómo se sentiría cuando ocho mil toneladas de escombros se derrumbaran sobre él a la vez; sobre si la muerte podría ser instantánea, o si podría venir en

incrementos horriblemente pequeños cuando sus manos y extremidades fueron aplastadas, cuando sus pulmones lucharon por expandirse en un espacio cada vez más pequeño.

Pero lo que más le impactó en ese momento fue la belleza. Los bares cantaban, temblaban; tratando, pensó, de expresar alguna verdad indecible sobre ellos mismos, que era que la traducción era imposible, que el reino del significado puro que capturaban y manifestaban sería y nunca podría ser conocido, que la empresa de esta torre había sido imposible desde el principio.

Porque, ¿cómo podría haber alguna vez un lenguaje adámico? El pensamiento ahora lo hizo reír. No había un lenguaje innato, perfectamente comprensible; no había ningún candidato, ni inglés, ni francés, que pudiera intimidar y absorber lo suficiente como para convertirse en uno. El lenguaje era solo diferencia. Mil formas diferentes de ver, de moverse por el mundo. No; mil mundos dentro de uno. Y la traducción: un esfuerzo necesario, aunque inútil, para moverse entre ellos.

Volvió a su primera mañana en Oxford: subiendo una colina soleada con Ramy, cesta de picnic en la mano. Flor de saúco cordial. Brioche tibio, queso picante, tarta de chocolate de postre. El aire ese día olía a promesa, todo Oxford brillaba como una iluminación, y él se estaba enamorando.

"Es tan extraño", dijo Robin. En ese entonces ya habían pasado el punto de la honestidad; hablaban entre ellos sin filtros, sin miedo a las consecuencias. Es como si te conociera desde siempre.

—Yo también —dijo Ramy.

—Y eso no tiene sentido —dijo Robin, ya borracho, aunque no había alcohol en el licor—. 'Porque te conozco desde hace menos de un día, y sin embargo. . .'

"Creo", dijo Ramy, "es porque cuando yo hablo, tú escuchas".

'Porque eres fascinante.'

—Porque eres un buen traductor. Ramy se apoyó en los codos. Eso es exactamente lo que es la traducción, creo. Eso es todo hablando es. Escuchar al otro y tratar de ver más allá de sus propios prejuicios para vislumbrar lo que están tratando de decir. Mostrándose al mundo y esperando que alguien más lo entienda.

El techo estaba empezando a desmoronarse; primero chorros de guijarros, luego trozos enteros de mármol, tablones expuestos, vigas

rotas. Los estantes colapsaron. La luz del sol iluminaba la habitación donde antes no había ventanas. Robin miró hacia arriba y vio a Babel, cayendo sobre él, y más allá, el cielo antes del amanecer.

Cerró los ojos.

Pero había esperado a que llegara la muerte antes. Ahora recordaba esto: conocía la muerte. No tan abruptamente, no, no tan violentamente. Pero el recuerdo de esperar a desvanecerse todavía estaba encerrado en sus huesos; recuerdos de una habitación viciada y calurosa, de parálisis, de soñar con el final. Recordó la quietud. La paz. Cuando las ventanas se rompieron, Robin cerró los ojos e imaginó el rostro de su madre.

Ella sonríe. Ella dice su nombre.

Epílogo

Victoria

V

ictoire Desgraves siempre ha sido bueno para sobrevivir.

La clave, ha aprendido, es negarse a mirar hacia atrás. Incluso mientras corre hacia el norte a caballo a través de los Cotswolds, con la cabeza inclinada contra las ramas azotadas, una parte de ella quiere estar en la torre, con sus amigos, sintiendo que las paredes se derrumban a su alrededor. Si deben morir, quiere que los entierren juntos.

Pero la supervivencia exige cortar el cordón. La supervivencia exige que ella mire solo hacia el futuro. ¿Quién sabe qué pasará ahora? Lo que sucedió hoy en Oxford es impensable, sus ramificaciones inimaginables. No hay precedentes históricos de esto. La coyuntura está disparada. La historia, por una vez, es fluida.

Pero Victoire está familiarizada con lo impensable. La liberación de su patria era impensable incluso cuando sucedió, porque nadie en Francia o Inglaterra, ni siquiera los defensores más radicales de la libertad universal, creían que los esclavos, criaturas que nunca pensaron que caían bajo sus categorías de seres racionales, ilustrados y poseedores de derechos. hombres-exigirían su propia liberación. Dos meses después de que se supiera la noticia del levantamiento de agosto de 1791, Jean Pierre Brissot, él mismo miembro fundador de los Amis des Noirs, anunció a la Asamblea francesa que esta noticia debe ser falsa, ya que, como todos sabían, los esclavos eran simplemente incapaces de moverse tan rápido. acción coordinada y desafiante. Un año después de la revolución, muchos todavía creían que pronto se calmarían los disturbios, que las cosas volverían a la normalidad, porque lo normal significaba el dominio de los blancos sobre los negros.

Estaban, por supuesto, equivocados.

Pero, ¿quién, en la historia viva, entiende alguna vez su parte en el

tapiz? Durante la mayor parte de su vida, Victoire ni siquiera sabía que provenía de la primera república negra del mundo.

Aquí está todo lo que sabía, antes de Hermes:

Nació en Haití, Ayiti, en 1820, el mismo año en que el rey Enrique Cristóbal, por temor a un golpe de estado, se quitó la vida. Su esposa e hijas huyeron a la casa de un benefactor inglés en Suffolk. La madre de Victoire, una doncella de la reina exiliada, los acompañó. Siempre se refirió a esto como su gran vuelo y, una vez que puso un pie en París, se negó a volver a pensar en Haití como su hogar.

La comprensión de Victoire de la historia haitiana es de maldiciones en la noche; de un magnífico palacio llamado Sans Souci, hogar del primer rey negro en el Nuevo Mundo; de hombres con armas; de vagas desavenencias políticas que no entiende que, de algún modo, desarraigaron su vida y la enviaron al otro lado del Atlántico. De niña conoció a su patria como un lugar de violencia y bárbaras luchas de poder, pues así se hablaba de ella en Francia, y eso fue lo que su madre exiliada decidió creer.

'Tenemos suerte,' susurró su madre, 'que sobrevivimos.'

Pero su madre no sobrevivió a Francia. Victoire nunca supo cómo enviaron a su madre, una mujer nacida libre, desde Suffolk a trabajar en la casa de un académico parisino jubilado, el profesor Emile Desjardins. No sabe qué promesas le hicieron los amigos de su madre, si el dinero cambió de manos o no. Ella solo sabe que en París, en la finca Desjardins, no se les permitía salir, porque aquí todavía existían formas de esclavitud, como en todo el mundo; una condición crepuscular, las reglas no escritas pero implícitas. Y cuando su madre enfermó, los Desjardins no mandaron a buscar un médico. Simplemente cerraron la puerta de la habitación de la enferma y esperaron afuera hasta que entró una criada, le tomó el aliento y el pulso y anunció que había muerto.

Luego encerraron a Victoire en un armario y no la dejaron salir, por temor a que la enfermedad se contagiara. Pero el contagio se llevó al resto de la familia a pesar de todo, y una vez más los médicos no pudieron hacer nada más que observar cómo seguía su curso.

Victoria sobrevivió. La esposa del profesor Desjardins sobrevivió. Sus hijas sobrevivieron. El propio profesor murió, y con él, la única conexión de Victoire con las personas que pretendían amar a su madre y, sin embargo, de alguna manera la habían vendido.

La casa cayó en mal estado. Madame Desjardins, una mujer rubia de rostro adusto, llevaba malas cuentas y gastaba prodigiosamente. El

dinero era escaso. Despidieron a la criada. ¿Por qué quedarse con una, argumentaron, cuando tenían a Victoire? De la noche a la mañana, Victoire se hizo responsable de docenas de tareas: mantener el fuego, pulir la plata, quitar el polvo de las habitaciones, servir el té. Pero estas no eran tareas para las que había sido entrenada. La habían educado para leer, componer e interpretar, no para llevar una casa, y por eso la regañaban y golpeaban.

No encontró consuelo en las dos hijas pequeñas de madame Desjardins, que disfrutaban mucho anunciando a los invitados que Victoire era una huérfana que habían rescatado de África. 'Desde Zanzíbar', cantaban al unísono. —¡Zaaanzíbar!

Pero no fue tan malo.

No estaba tan mal, le dijeron, en comparación con su Haití natal, que estaba invadido por el crimen, que estaba siendo llevado a la pobreza y la anarquía por un régimen incompetente e ilegítimo. Tienes suerte, dijeron, de estar aquí con nosotros, donde las cosas son seguras y civilizadas.

Esto ella creía. No tenía forma de saber nada más.

Podría haberse escapado, pero el profesor y Madame Desjardins la habían mantenido tan protegida, tan aislada del mundo exterior que no tenía idea de que tenía el derecho legal de ser libre. Victoire se había criado en la gran contradicción de Francia, cuyos ciudadanos en 1789 habían emitido una declaración de los derechos del hombre pero no habían abolido la esclavitud y habían preservado el derecho a la propiedad, incluidos los bienes muebles.

La liberación fue una serie de coincidencias, de ingenio, inventiva y suerte. Victoire revisó las cartas del profesor Desjardins en busca de una escritura, alguna prueba de que él era el propietario de ella y de su madre. Ella nunca lo encontró. Pero se enteró de un lugar llamado Royal Institute of Translation, un lugar en el que él se había formado en su juventud, un lugar al que había escrito sobre ella, de hecho. Les había hablado de la brillante niña de su casa, de su prodigiosa memoria y talento para el griego y el latín. Había tenido la intención de mostrarle Europa durante la gira. ¿Quizás podrían estar interesados en una entrevista?

Y así creó las condiciones de su propia libertad. Cuando los amigos del profesor Desjardins en Oxford finalmente respondieron, expresando que estarían muy felices de tener a la talentosa señorita Desgraves en el Instituto y que pagarían el viaje, se sintió como un escape.

Pero la verdadera liberación de Victoire Desgraves no sucedió hasta que conoció a Anthony Ribben. No fue hasta su inducción a la Sociedad Hermes que aprendió a llamarse a sí misma haitiana. Aprendió a enorgullecerse de su kreyòl, irregular, medio recordado, apenas distinguible de su francés. (Madame Desjardins solía abofetearla cada vez que hablaba en kreyòl. 'Cállate', decía, 'te lo dije, debes hablar francés, el francés de los franceses'). También aprendió eso en gran parte del resto del mundo. , la revolución haitiana no fue un experimento fallido sino un faro de esperanza.

Aprendió que la revolución es, de hecho, siempre inimaginable. Destroza el mundo que conoces. El futuro no está escrito, lleno de potencial. Los colonizadores no tienen idea de lo que se avecina, y eso los hace entrar en pánico. Los aterroriza.

Bien. Debería.

No está segura de hacia dónde se dirige ahora. Tiene algunos sobres en el bolsillo de su abrigo: consejos de despedida de Anthony y los nombres en clave de varios contactos. Amigos en Mauricio, en las Seychelles y en París. Quizás algún día regrese a Francia, pero aún no está lista. Sabe que hay una base en Irlanda, aunque por el momento le gustaría estar fuera del continente. Quizás algún día regrese a su casa y vea, con sus propios ojos, la imposibilidad histórica de liberar a Haití. En este momento está abordando un barco a Estados Unidos, donde la gente como ella todavía no es libre, porque era el primer barco en el que podía reservar un pasaje y porque necesitaba salir de Inglaterra lo más rápido posible.

Ella tiene la carta de Griffin que Robin nunca abrió. Mientras tanto, lo ha leído tantas veces que lo ha memorizado. Conoce tres nombres: Martlet, Oriel y Rook. Puede ver en su mente la frase final, garabateada antes de las firmas como una ocurrencia tardía: No somos los únicos.

Ella no sabe quiénes son estos tres. Ella no sabe lo que significa esta oración. Ella lo descubrirá, algún día, y la verdad la deslumbrará y la horrorizará. Pero por ahora son solo sílabas encantadoras que significan todo tipo de posibilidades, y las posibilidades, la esperanza, son las únicas cosas a las que puede aferrarse ahora.

Tiene plata en los bolsillos, plata en la entrepierna de su vestido, tanta plata en su persona que se siente rígida y pesada cuando se mueve. Tiene los ojos hinchados por las lágrimas, la garganta dolorida por los sollozos ahogados. Tiene los rostros de sus amigos muertos grabados en su memoria. Sigue imaginando sus últimos momentos: su

terror, su dolor cuando las paredes se derrumbaron a su alrededor.

No se permite pensar en sus amigos como eran, vivos y felices. No Ramy, derribado en su mejor momento; no Robin, quien derribó una torre sobre sí mismo porque no podía pensar en una manera de seguir viviendo. Ni siquiera Letty, que sigue viva; quien, si sabe que Victoire también vive, la perseguirá hasta los confines de la tierra.

Letty, ella lo sabe, no puede permitir que vague libremente. Incluso la idea de Victoire es una amenaza. Amenaza el núcleo de su propio ser. Es una prueba de que ella está, y siempre estuvo, equivocada.

No se permitirá entristecer esa amistad, por verdadera, terrible y abusiva que fuera. Llegará el momento del dolor. Vendrán muchas noches en el viaje cuando la tristeza sea tan grande que amenace con desgarrarla; cuando se arrepiente de su decisión de vivir; cuando maldice a Robin por colocar esta carga sobre ella, porque él tenía razón: no estaba siendo valiente, no estaba eligiendo el sacrificio. La muerte es seductora. Victoria se resiste.

Ella no puede llorar ahora. Ella debe seguir moviéndose. Debe correr, tan rápido como pueda, sin saber lo que hay al otro lado.

No se hace ilusiones sobre lo que encontrará. Sabe que se enfrentará a una crueldad inconmensurable. Ella sabe que su mayor obstáculo será la fría indiferencia, nacida de una profunda inversión en un sistema económico que privilegia a unos y aplasta a otros.

Pero ella podría encontrar aliados. Ella podría encontrar un camino a seguir.

Anthony llamó a la victoria una inevitabilidad. Anthony creía que las contradicciones materiales de Inglaterra la destrozarían, que su movimiento tendría éxito porque las juergas del Imperio eran simplemente insostenibles. Esto, argumentó, era la razón por la que tenían una oportunidad.

Victoria lo sabe mejor.

La victoria no está asegurada. La victoria puede estar en los presagios, pero allí debe ser impulsada por la violencia, por el sufrimiento, por los mártires, por la sangre. La victoria se logra con ingenio, persistencia y sacrificio. La victoria es un juego de pulgadas, de contingencias históricas donde todo sale bien porque lo han hecho salir bien.

Ella no puede saber qué forma tomará esa lucha. Hay tantas batallas por librar, tantas luchas en tantos frentes –en la India, en China, en las Américas– todas unidas por el mismo impulso de

explotar lo que no es blanco ni inglés. Ella solo sabe que estará en él en cada giro impredecible, que luchará hasta su último aliento.

'Mande mwen yon ti kou ankò ma di ou', le había dicho a Anthony una vez, cuando él le preguntó por primera vez qué pensaba de Hermes, si creía que podrían tener éxito.

Hizo todo lo posible por analizar el kreyòl con lo que sabía de francés, pero luego se dio por vencido. '¿Lo que significa eso?'

—No lo sé —dijo Victoire—. 'Al menos, lo decimos cuando no sabemos la respuesta, o no nos importa compartir la respuesta.'

'¿Y qué significa literalmente?'

Ella le había guiñado un ojo. Pregúntame un poco más tarde y te lo diré.

Agradecimientos

*Babel*trata sobre infinitos mundos de idiomas, culturas e historias, muchas de las cuales desconozco, y su escritura no hubiera sido posible sin los amigos que compartieron sus conocimientos conmigo. Muchas, muchas gracias están en orden:

En primer lugar, a Peng Shepherd, Ehigbor Shultz, Farah Naz Rishi, Sarah Mughal y Nathalie Gedeon por ayudarme a garantizar que Robin, Ramy y Victoire se escribieran con detalle y compasión. A Caroline Mann y Allison Resnick por su experiencia en Classics; a Sarah Forssman, Saoudia Ganiou y De'Andre Ferreira por su ayuda con las traducciones; ya mis queridos profesores de Yale, en particular Jing Tsu, Lisa Lowe y Denise Ho, por dar forma a mi pensamiento sobre la colonialidad, la poscolonialidad y la relación del lenguaje con el poder.

Cuento con el apoyo de los equipos más maravillosos de Harper Voyager en ambos lados del charco. Gracias a mis editores, David Pomerico y Natasha Bardon; así como a Fleur Clarke, Susanna Peden, Robyn Watts, Vicky Leech, Jack Renninson, Mireya Chiriboga, Holly Rice-Baturin y DJ DeSmyter.

Gracias a los artistas que hicieron que Babel se viera como lo hace: Nico Delort, Kimberly Jade McDonald y Holly Macdonald.

Gracias también a Hannah Bowman, sin la cual nada de esto sería posible, y a todo el equipo de Liza Dawson Associates, especialmente a Havis Dawson, Joanne Fallert, Lauren Banka y Liza Dawson.

Gracias a Julius Bright-Ross, Taylor Vandick, Katie O'Nell y al café Vaults & Garden, que hicieron soportables esos extraños y tristes meses en Oxford. Y gracias a los amigos de New Haven, Tochi Onyebuchi, Akanksha Shah y James Jensen, por las pizzas y las risas. Todos saluden al Gran Huevo.

Gracias a Tiff y Chris por ayudar a administrar Coco's Cocoa, un maravilloso café interdimensional y mágico propiedad de perros en el que se escribió la mayor parte de este manuscrito.

Gracias a Bennett, quien fue la mejor compañía que pude haber buscado durante ese año largo, solitario y terrible en el que se formó

Babel, y cuyos consejos dieron forma a tantos detalles de esta historia. Le gustaría que todos supieran que nombró al libro, así como a la Sociedad Hermes, porque mientras yo tengo sentido para lo literario, él tiene sentido para lo asombroso.

Finalmente, gracias a mamá y papá, a quienes les debo todo.

Sobre el Autor

REBECCA F. KUANG es becaria Marshall, traductora y autora nominada a los premios Hugo, Nebula, Locus y World Fantasy por la trilogía Poppy War y la novela Babel. Tiene un MPhil en Estudios Chinos de Cambridge y una Maestría en Estudios Chinos Contemporáneos de Oxford; ahora está cursando un doctorado en Lenguas y Literaturas de Asia Oriental en Yale.

Descubra grandes autores, ofertas exclusivas y más en hc.com.

También por RF Kuang

La guerra de las amapolas
La República del Dragón
el dios ardiente

Derechos de autor

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con eventos, lugares, organizaciones o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

BABEL. Copyright © 2022 por RF Kuang. Todos los derechos reservados bajo las Convenciones Internacional y Panamericana de Derechos de Autor. Mediante el pago de las tarifas requeridas, se le ha otorgado el derecho no exclusivo e intransferible de acceder y leer el texto de este libro electrónico en pantalla. Ninguna parte de este texto puede reproducirse, transmitirse, descargarse, descompilarse, modificarse mediante ingeniería inversa, almacenarse o introducirse en ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, ahora conocido o inventado en el futuro. , sin el permiso expreso por escrito de HarperCollins e-books.

Harper Voyager y el diseño son marcas comerciales de HarperCollins Publishers LLC.

Diseño de portada por Richard L. Aquan Ilustración de portada @ Nicolas Delort Derechos de autor de la ilustración del escudo © 2022 HarperCollinsPublishers Derechos de autor de la ilustración del mapa y la torre © 2022 Nicolette Caven PRIMERA EDICIÓN

Edición Digital AGOSTO 2022 ISBN: 978-0-06302144-0
Versión 06062022
Imprimir ISBN: 978-0-06-302142-6

Sobre el editor

Australia
HarperCollins Publishers Australia Pty. Ltd.
Nivel 13, 201 Elizabeth Street Sídney, Nueva Gales del Sur 2000,
Australia www.harpercollins.com.au
Canadá
HarperCollins Publishers Ltd Centro Bay Adelaide, Torre Este 22
Adelaide Street West, piso 41
Toronto, Ontario, M5H 4E3
www.harpercollins.ca

India
HarperCollins India A 75, Sector 57
Noida
Uttar Pradesh 201 301
www.harpercollins.co.in

Nueva Zelanda
HarperCollins Publishers Nueva Zelanda Unidad D1, 63 Apollo Drive
Rosedale 0632
Auckland, Nueva Zelanda www.harpercollins.co.nz
Reino Unido
HarperCollins Publishers Ltd.
Calle Puente de Londres, 1
Londres SE1 9GF, Reino Unido www.harpercollins.co.uk
Estados Unidos
HarperCollins Publishers Inc.

195 Broadway

Nueva York, NY 10007
www.harpercollins.com

*Por ejemplo, nunca escuché a nadie referirse a High Street como 'The High' cuando estaba en Oxford, pero GV Cox nos dice lo contrario.

*En el Libro IV, Capítulo VII de La Riqueza de las Naciones, Adam Smith argumenta contra el colonialismo sobre la base de que la defensa de las colonias es una sangría de recursos y que las ganancias económicas del comercio colonial monopolista son una ilusión. Escribe: "Gran Bretaña no obtiene más que pérdidas del dominio que asume sobre sus colonias". Esta opinión no fue ampliamente compartida en ese momento.

* Maté a Cock Robin.
¿Quién lo vio morir?

*William Blake, 'Jerusalén', 1804.

*Como la familia de Robin había emigrado al sur recientemente, había crecido hablando mandarín y cantonés. Pero su cantonés, le informó el profesor Lovell, ahora podía ser olvidado. El mandarín era el idioma de la corte imperial Qing en Pekín, el idioma de los funcionarios y eruditos y, por lo tanto, el único dialecto que importaba.

Este punto de vista es un efecto secundario de la dependencia de la ruta de la Academia Británica de la escasa investigación occidental anterior. El diccionario portugués-chino de Matteo Ricci era del dialecto mandarín que aprendió en la corte Ming; Los diccionarios chinos de Francisco Varo, Joseph Prémare y Robert Morrison también eran de mandarín. Los sinólogos británicos de esa época, entonces, estaban mucho más centrados en el mandarín que en otros dialectos. Y entonces se le pidió a Robin que olvidara su lengua materna preferida.

*Robo, carnicería y hurto: a estas cosas las llaman imperio, y cuando crean un desierto, lo llaman paz.

*Hampstead Heath rima con dientes. Ejemplo: 'Ella todavía tiene todos sus bebés hampsteads'.

*Cena, pecador.

*Un error razonable. Por violación, Pope quería decir 'arrebatar, tomar por la fuerza', que es un significado más antiguo derivado del latín rapere.

*Porque tenía esclavos.

*Este iba a ser el último título de Marryat que Robin leyó. Fue igual de bueno. Las novelas de Frederick Marryat, aunque llenas de aventuras en alta mar y el valor que les granjeó el cariño de los jóvenes ingleses, también retrataban a los negros como esclavos felices y satisfechos y a los indios americanos como nobles salvajes o borrachos disolutos. Los chinos y los indios los describió como "razas de estatura inferior y afeminadas en persona".

*Mientras los periódicos semanales registraban el número creciente de muertes, Robin le preguntó a la señora Piper por qué los médicos no podían simplemente curar a los enfermos con plata, como le había hecho el profesor Lovell. "La plata es cara", respondió la señora Piper, y eso fue lo último que hablaron de ella.

*Aquí el Sr. Hallows olvida que la esclavitud, en la que los esclavos eran tratados como propiedad y no como personas, es una invención totalmente europea.

*De hecho, a raíz de la liberación de Haití, los británicos comenzaron a jugar con la idea de importar trabajadores de otras razas, como los chinos ('un pueblo sobrio, paciente y laborioso'), como una posible alternativa al trabajo esclavo africano. El experimento Fortitude de 1806 intentó establecer una colonia de doscientos trabajadores chinos en Trinidad para crear una "barrera entre nosotros y los negros". La colonia fracasó y la mayoría de los trabajadores pronto regresaron a su China natal. Aún así, la idea de reemplazar la mano de obra africana con mano de obra china siguió siendo atractiva para los empresarios británicos y se reviviría continuamente a lo largo del siglo XIX.

*Anteriormente conocido como Gropecunt Lane, Magpie Lane fue originalmente, como su nombre indica, una calle de burdeles. Esto no se mencionó en la guía de Robin.

*Había una vez un niño llamado Henry Little que visitó Hampstead con su padre, uno de los colegas del profesor Lovell en la Royal Asiatic Society. Robin trató de entablar una conversación sobre los bollos, que pensó que era una salva inicial tan buena como cualquier otra, pero Henry Little se limitó a estirar la mano y estirar los párpados de Robin con tanta fuerza que Robin, sobresaltado, le dio una patada en la espinilla. Robin fue desterrado a su habitación y Henry Little al jardín; El profesor Lovell no había invitado a sus colegas a traer a sus hijos desde entonces.

*Esto era cierto. University College había producido, entre otros, un presidente del Tribunal Supremo de Bengala (Sir Robert Chambers), un presidente del Tribunal Supremo de Bombay (Sir Edward West) y un presidente del Tribunal Supremo de Calcuta (Sir William Jones). Todos eran hombres blancos.

*無 (wú) significa 'negativo, no, sin'; 形 (xíng) significa 'apariencia, forma, figura'. 五行 significa no solo invisible, sino intangible. Para ilustrar: el poeta Zhang Shunmin de la dinastía Song del Norte escribió una vez que '詩是無形的畫, 畫是有形詩'; que los poemas eran pinturas incorpóreas (wúxíng), y las pinturas eran poemas corpóreos.

*幫忙 (bāngmáng), 'ayudar, echar una mano'.

*Sarah Stickney Ellis, una autora muy conocida, publicó varios libros (incluidos The Wives of England, The Mothers of England y The Daughters of England) argumentando que las mujeres tenían el imperativo moral de mejorar la sociedad a través del decoro doméstico y la conducta virtuosa. Robin no tenía una opinión firme sobre el asunto; él había recogido su trabajo por accidente.

*Esta es, francamente, una descripción bastante generosa del Departamento Legal. También se podría argumentar que el negocio de los traductores en Legal estaba manipulando el lenguaje para crear términos favorables para las partes europeas. Un ejemplo es la supuesta venta de tierras por parte del rey Paspehay a los ingleses en Virginia 'por cobre', a pesar de la evidente dificultad de traducir con precisión las nociones de realeza europea o tierra como propiedad a las lenguas algonquinas. La solución legal a estos problemas fue simplemente declarar que los algonquinos eran demasiado salvajes para haber desarrollado esos conceptos, y que era bueno que los ingleses estuvieran allí para enseñarlos.

*Él no estaba. El octavo piso del Instituto había sido reconstruido siete veces desde la construcción inicial del edificio.

*Los románticos alemanes como Herder, Schlegel y Bopp realizaron una buena cantidad de erudición occidental fundamental sobre sánscrito. No todas sus monografías habían sido traducidas al inglés, al menos no bien, por lo que la mayoría de los estudiantes que estudiaban sánscrito en Babel también debían aprender alemán.

*Cf. el relacionado unheimlich alemán.

*Esto es cierto. Las matemáticas no están divorciadas de la cultura. Tome los sistemas de conteo: no todos los idiomas usan la base diez. O geometría: la geometría euclidiana asume una concepción del espacio que no todos comparten. Uno de los cambios intelectuales más grandes de la historia implica la transición de los números romanos a los números arábigos más elegantes, cuya notación de valor posicional y el concepto del cero, que no significa nada, hicieron posible nuevas formas de aritmética mental. Los viejos hábitos tardaron en morir; en 1299, el Arte del Cambio florentino prohibió a los mercaderes de Florencia utilizar tanto el

cero como los números arábigos: "Escribirá abierta y completamente por carta".

*Al igual que Robin, los ingleses conocían a Ilse no por su nombre de nacimiento sino por su nombre adoptivo; una combinación de un nombre anglicanizado elegido (Ilse) y la isla de la que había venido (Dejima).

*Los chicos se quedaron fuera de esto. En privado, Ramy pensó que Letty tenía razón en que, como mujer, no tenía derecho a heredar nada del patrimonio de Price para empezar. Robin pensó que era un poco rico para ella llamarse a sí misma 'empobrecida' cuando todos recibían estipendios lo suficientemente importantes como para poder cenar fuera cuando quisieran.

*Robin, Victoire y Ramy se sintieron muy decepcionados al saber que la carne en conserva no tenía nada que ver con el maíz, sino con el tamaño de los cristales de sal de roca utilizados para curar dicha carne.

*Un estafador, un estafador.

*La jerga del ladrón para un carcelero (jigger que significa 'puerta' y dubber que significa 'más cerca').

*坦途.

*'Sobre la agricultura'.

*Estas recepciones fueron entretenidas al principio, pero rápidamente se volvieron aburridas cuando se hizo evidente que los eruditos de Babel estaban allí menos como invitados distinguidos y más como animales de zoológico en exhibición, que se esperaba que bailaran y actuaran para los donantes adinerados. Robin, Victoire y Ramy siempre fueron tratados como representantes nacionales de los países de los que parecían provenir. Robin tuvo que soportar una insoportable charla sobre los jardines botánicos chinos y la laca; Se esperaba que Ramy elaborara sobre el funcionamiento interno de la 'raza hindú', lo que sea que eso signifique; y a Victoire, curiosamente, siempre le pedían consejos sobre especulación en el Cabo.

*A través de Colin Thornhill y los hermanos Sharp, Robin se dio cuenta de varios 'grupos' de personas con las que se podía relacionar, que incluían 'hombres rápidos', 'hombres lentos', 'hombres lectores', 'caballeros', 'canallas', 'pecadores'. ', 'sonrientes' y 'santos'. Pensó que tal vez calificaba como un 'hombre lector'. Esperaba no ser un 'canalla'.

*Muchos estudiantes universitarios románticos se creían sucesores de Percy Bysshe Shelley, quien rara vez asistía a conferencias, fue expulsado por negarse a admitir la autoría de un panfleto titulado "La necesidad del ateísmo", se casó con una buena chica llamada Mary y luego se ahogó en una violenta tormenta. el Golfo de Larici.

*Robin, a pesar de su disgusto general por Shelley, todavía había leído sus pensamientos sobre la traducción, que respetaba a regañadientes: «De ahí la vanidad de la traducción; tan sabio sería arrojar una violeta en un crisol para descubrir el principio formal de su color y olor, como tratar de transfundir de una lengua a otra las creaciones de un poeta. La planta debe volver a brotar de su semilla, o no dará flor, y esta es la carga de la maldición de Babel.

*Por ejemplo: '¿Sabes cómo se refieren los franceses a una situación desafortunada? Triste comme un repas sans fromage. Triste como una comida sin queso. Que es, en realidad, el estado de todos los quesos ingleses.

*Karl Wilhelm von Humboldt es quizás más famoso por escribir en 1836 'Sobre la diferencia estructural de los lenguajes humanos y su influencia en el desarrollo intelectual de la raza humana', en el que argumenta, entre otras cosas, que el lenguaje de una cultura está profundamente ligado a las capacidades mentales y las características de quienes lo hablan, lo que explica por qué el latín y el griego son más adecuados para el razonamiento intelectual sofisticado que, digamos, el árabe.

*Las aplicaciones militares de este par de coincidencias no fueron realmente tan útiles como el profesor Playfair las hizo parecer. Era imposible especificar qué piezas de conocimiento se querían eliminar y, a menudo, el emparejamiento solo hacía que los soldados enemigos olvidaran cómo atarse las botas o cómo hablar el inglés fragmentado que conocían. El duque de Wellington no quedó impresionado.

*A fines del siglo XVIII, hubo una breve locura por el potencial para trabajar la plata de los lenguajes creados, como el místico Lingua Ignota de la abadesa Hildegarda de Bingen, que tenía un glosario de más de mil palabras; el lenguaje de la verdad de John Wilkins, que implicaba un esquema de clasificación elaborado para cada cosa conocida en el universo; y el «Lenguaje universal» de Sir Thomas Urquhart de Cromarty, que intentaba reducir el mundo a una expresión perfectamente racional de la aritmética. Todos estos tropezaron con un obstáculo común que luego se aceptó como una verdad básica en Babel: que los idiomas son más que simples cifras y deben usarse para expresarse a los demás.

*風暴.

*颱風.

*'Incómodo', diría Victoire, señalando a Robin, 'proviene del nórdico antiguo aufgr, que significa "girado al revés, como una tortuga boca arriba".'
"Entonces Victoire debe derivar de vicioso, no Victoria, porque no eres más que vicio", replicaba Robin.

*尼.

*涅槃.

*Un eufemismo. Unas pocas décadas después del 'descubrimiento' de Potosí en 1545, la ciudad plateada se había convertido en una trampa mortal para los africanos esclavizados y los trabajadores indígenas reclutados que trabajaban en medio de vapor de mercurio, agua sucia y desechos tóxicos. El 'Rey de las Montañas y la Envidia de los Reyes' de España era una pirámide construida sobre cuerpos perdidos por enfermedades, marchas forzadas, desnutrición, exceso de trabajo y un ambiente envenenado.

*Dos semanas después de Michaelmas, varios estudiantes de primer año en Balliol habían alquilado varios botes y, en sus borracheras, crearon un embotellamiento en medio del Cherwell que apiló tres barcazas y una casa flotante, lo que costó libras incalculables en daños. Como castigo, la universidad había suspendido todas las carreras hasta el próximo año.

*Hizo falta mucho rigor y escrutinio para contribuir con algo a una Grammatica. Oxford todavía estaba adolorida por las vergüenzas de un ex profesor invitado llamado George Psalmanazar, un francés que, afirmando ser de Formosa, hizo pasar su piel pálida diciendo que los habitantes de Formosa vivían bajo tierra. Había dictado conferencias y publicado sobre los idiomas de Formosa durante décadas antes de ser expuesto como un completo fraude.

*Omar ibn Said fue un erudito islámico de África Occidental capturado como esclavo en 1807. Cuando escribió su ensayo autobiográfico en 1831, todavía estaba esclavizado por el político estadounidense James Owen en Carolina del Norte. Permanecería esclavizado por el resto de su vida.

*Este fue solo el comienzo de los múltiples defectos del trabajo de Schlegel. El Islam lo consideraba un 'teísmo muerto y vacío'. También asumió que los egipcios descendían de los

indios y argumentó que el chino y el hebreo eran inferiores al alemán y al sánscrito porque carecían de inflexión.

*Muchos de los clientes de Babel estaban dispuestos a creer que su orfebrería utilizaba idiomas extranjeros, pero no que su mantenimiento involucraba a eruditos nacidos en el extranjero, y más de una vez el profesor Chakravarti había tenido que reclutar a uno de los estudiantes blancos de cuarto año para que lo acompañara y lo acompañara. Robin en viajes solo para hacerlos pasar por la puerta.

*El manuscrito en cuestión, llamado Códice Baresch en honor al alquimista que lo llamó la atención del público, es un códice encuadernado en vitela de lo que parece ser magia, ciencia o botánica. Está escrito en un alfabeto que combina algunos símbolos latinos y símbolos totalmente desconocidos; este alfabeto no emplea mayúsculas ni signos de puntuación. La escritura parece más cercana al latín y, de hecho, utiliza abreviaturas latinas, pero el propósito y el significado del manuscrito siguen siendo un misterio desde su descubrimiento. El manuscrito fue adquirido por Babel a mediados del siglo XVIII, y desde entonces muchos eruditos de Babel no han logrado traducirlo; el alfabeto utilizado para los enlaces de resonancia se inspira en los símbolos del manuscrito, pero no representa ningún progreso en el descifrado del original.

*E incluso este ritual de examen era bastante manso en comparación con la forma en que se hacían las cosas a finales del siglo XVIII. En ese entonces, los cuartos años estaban sujetos a lo que se llamaba la 'prueba de la puerta', en la que los recién examinados hacían fila para caminar por la entrada la mañana después de terminar la calificación. Los que habían pasado cruzarían la puerta sin problemas; aquellos que habían fallado serían tratados por la torre como intrusos y sufrirían cualquier castigo violento que las protecciones actuales estuvieran diseñadas para infligir. Esta práctica finalmente se abolió con el argumento de que la mutilación no era un castigo proporcionado por el bajo rendimiento académico, pero el profesor Playfair aún presionaba anualmente para recuperarla.

*Aunque muchos graduados de Babel estaban contentos de trabajar en Literatura o Jurídico, el examen de trabajo de la plata tenía más en juego para los académicos de origen extranjero, a quienes les resultaba difícil encontrar puestos de prestigio en departamentos que no fueran el octavo piso, donde su fluidez en idiomas no europeos idiomas era lo más valioso. A Griffin, al reprobar su prueba de trabajo de la plata, se le ofreció una pista de continuación en Legal. Pero el profesor Lovell siempre había expresado la creencia de que nada importaba excepto el trabajo de la plata, y que todos los demás departamentos eran para tontos sin imaginación ni talento. El pobre Griffin, que se había criado bajo su techo despectivo y exigente, estuvo de acuerdo.

*El inglés night y el español noche, por ejemplo, se derivan ambos del latín nox.

*Una trampa tan engañosa como los falsos amigos son las etimologías populares: etimologías incorrectas asignadas por la creencia popular a palabras que en realidad tenían orígenes diferentes. La palabra handiron, por ejemplo, significa una herramienta de metal para sostener leños en una chimenea. Uno se siente tentado a asumir que su etimología involucraba las palabras mano y hierro por separado. Pero handiron realmente se deriva del francés andier, que se convirtió en andire en inglés.

*Jīxīn: 雞心; jìxing: 記性.

*Un error razonable. Los caracteres de yànshǐ son 艷史. 史, shǐ, significa 'historia'. 艷, yàn, puede significar tanto 'colorido' como 'sexual, romántico'.

*鮮.

*Gabriel Shire Tregear, un vendedor de impresiones con sede en Londres y racista en llamas, publicó una serie de impresiones de caricaturas conocidas como 'Tregear's Black Jokes' en la década de 1830 que tenían como objetivo ridiculizar la presencia de personas negras en situaciones sociales a las que Tregear pensaba que no pertenecían.

*A mediados del siglo XVIII, los eruditos de Babel se vieron atrapados brevemente por una moda astrológica, y se ordenaron varios telescopios de última generación para el techo en nombre de los eruditos que pensaron que podrían obtener útiles pares de coincidencias de los nombres de las estrellas. señales. Estos esfuerzos nunca produjeron nada interesante, ya que la astrología es falsa, pero la observación de estrellas fue agradable.

*Milton, 1645:

> 'Venid, y tropezad a medida que vais,
> En el dedo del pie fantástico ligero.

*En ese momento, las autoridades de Oxford, como las de Londres, parecían pensar que los pobres eran como niños pequeños o animales, en lugar de adultos inteligentes y adultos.

*Al igual que con todas las cosas valiosas y caras, había un mercado clandestino masivo de lingotes de plata falsificados y de aficionados. En New Cut, se podían comprar amuletos para desterrar roedores, curar dolencias comunes y atraer a jóvenes caballeros ricos. La mayoría se compusieron sin una comprensión básica de los principios del trabajo de la plata e

involucraron hechizos elaborados en idiomas inventados, a menudo imitando los idiomas orientales. Sin embargo, algunos fueron, en ocasiones, aplicaciones bastante incisivas de la etimología popular. Por esta razón, el profesor Playfair llevó a cabo una encuesta anual de pares de fósforos de plata de contrabando, aunque el uso de esta encuesta fue una cuestión de sumo secreto.

*Al hacerlo, Babel y Morse molestaron mucho a los inventores William Cooke y Charles Wheatstone, cuya propia máquina de telégrafo había sido instalada en el Great Western Railway apenas dos años antes. Sin embargo, el telégrafo de Cooke y Wheatstone usaba agujas en movimiento para apuntar a un tablero preestablecido de símbolos, lo que no permitía el rango de comunicación que ofrecía el telégrafo más simple basado en clics de Morse.

*En un acto de increíble generosidad académica, permitieron que este sistema mejorado también fuera conocido como el Código Morse.

*Una lista de ofensas que los estudiantes de Babel se habían salido con la suya en el pasado incluían intoxicación pública, peleas, peleas de gallos y agregar intencionalmente vulgaridades a un recital de gracia latina antes de la cena en el salón.

*El carácter 爆 está compuesto por dos radicales: 火 y 暴.

*Ramy estaba, aunque él no lo sabía, en el centro de un debate entre los orientalistas, incluido Sir Horace Wilson, que estaba a favor de enseñar sánscrito y árabe a los estudiantes indios, y los anglicistas, incluido el Sr. Trevelyan, que creía que los estudiantes indios eran prometedores. se debe enseñar inglés.
Este debate caería firmemente del lado de los anglicistas, mejor representados por el infame "Minuto sobre la educación" de febrero de 1835 de Lord Thomas Macaulay: "En este momento debemos hacer todo lo posible para formar una clase que pueda ser intérprete entre nosotros y los millones a quienes nosotros gobernamos: una clase de personas indias en sangre y color, pero inglesas en gustos, opiniones, moral e intelecto.

*La elección de Wilson para este puesto había suscitado cierta controversia. Había estado en una acalorada competencia con el reverendo WH Mill para la elección, y los partidarios del reverendo Mill difundieron el rumor de que Wilson no tenía el carácter suficiente para el puesto, ya que tenía ocho hijos ilegítimos. Los partidarios de Wilson lo defendieron alegando que, de hecho, solo tenía dos.

*'Adiós; que Dios sea tu protector.

*La proliferación de los ferrocarriles británicos ocurrió muy rápidamente después de la invención de las máquinas de vapor de plata. La línea de treinta y cinco millas de Liverpool a Manchester, construida en 1830, fue el primer ferrocarril construido para uso general, y desde entonces se han tendido cerca de siete mil millas alrededor de Inglaterra. La línea de Oxford a Londres se habría construido mucho antes, pero los profesores de Oxford la retrasaron durante casi cuatro años con el argumento de que un acceso tan fácil a las tentaciones de la capital causaría estragos morales en los jóvenes e ingenuos caballeros que quedaban a su cuidado. Y por el ruido.

*Baynes terminó colocando un cañón frente a la Fábrica Inglesa para evitar que los chinos se apoderaran de su esposa, y todo fue muy emocionante durante quince días hasta que finalmente persuadieron pacíficamente a la dama para que se fuera.

*Esta sociedad, fundada en noviembre de 1834, se creó con el objetivo de inducir al Imperio Qing a abrirse más a los comerciantes y misioneros occidentales mediante el despliegue de "artillería intelectual". Fue inspirado por la Sociedad de Londres, que generosamente elevó a los pobres y disuadió el radicalismo político a través del don de la educación.

*De hecho, el reverendo Gützlaff a menudo se hacía llamar Ai Han Zhe, que se traduce como 'Aquel que ama a los chinos'. Este apodo no era irónico; Gützlaff realmente se veía a sí mismo como el campeón del pueblo chino, a quien se refería en su correspondencia como personas amables, amistosas, abiertas e intelectualmente curiosas que desafortunadamente estaban bajo la 'esclavitud de Satanás'. Que pudiera reconciliar esta actitud con su apoyo al tráfico de opio sigue siendo una contradicción interesante.

*洋貨.

*晴天, qingtian; qīng que significa 'claro', tiān que significa 'los cielos o cielos'.

*Guǐ (鬼) puede significar 'fantasma' o 'demonio'; en este contexto, se traduce más comúnmente como 'diablo extranjero'.

*Esto era cierto, aunque Ramy lo hizo solo porque de lo contrario no se le habría permitido matricularse.
La religión siempre había sido un punto de discordia entre los cuatro. Aunque la universidad les ordenó a todos que asistieran a los servicios dominicales, solo Letty y Victoire lo hicieron de buena gana; Ramy, por supuesto, se resintió cada minuto, y el profesor Lovell había educado a Robin para que fuera un ateo devoto. "El cristianismo es bárbaro", opinó el profesor Lovell. Todo es autoflagelación, represión profesada y rituales sangrientos y supersticiosos

como disfraces para hacer lo que uno quiere. Ve a la iglesia, si te obligan, pero tómatelo como una oportunidad para practicar tus recitaciones en voz baja.

*Horace, sobre la educación de los jóvenes para evitar la corrupción. 'Un barril conservará durante mucho tiempo el sabor de aquello con lo que se llenó por primera vez.'

*Del latín rabere: 'delirar, estar loco'.

*馴不及舌.

*Aquí Letty se refería al establecimiento de sociedades humanitarias para la protección de los pueblos indígenas en territorios británicos, como los autores evangélicos del 'Informe del Comité Parlamentario Selecto sobre Tribus Aborígenes' de 1837, que, aunque reconocía la presencia británica había sido un ' fuente de muchas calamidades para las naciones no civilizadas', recomendó la continua expansión de los asentamientos blancos y la expansión de los misioneros británicos en Australia y Nueva Zelanda en nombre de una santa 'misión civilizadora'. Los aborígenes, argumentaban, no sufrirían tanto si aprendieran a vestirse, hablar y comportarse como cristianos correctos. La gran contradicción, por supuesto, es que no existe tal cosa como la colonización humana. La contribución de Babel a tal misión, mientras tanto,

*Esta es una gran mentira, y los británicos blancos están felices de creer. A pesar del siguiente argumento de Victoire, la esclavitud continuó en la India bajo la Compañía de las Indias Orientales durante mucho tiempo después. De hecho, la esclavitud en la India estaba específicamente exenta de la Ley de Emancipación de Esclavos de 1833. A pesar de la creencia de los primeros abolicionistas de que la India bajo el EIC era un país de mano de obra libre, el EIC fue cómplice, se benefició directamente de y en muchos casos alentó una variedad tipos de servidumbre, incluido el trabajo forzoso en las plantaciones, el trabajo doméstico y la servidumbre por contrato. La negativa a llamar a tales prácticas esclavitud simplemente porque no coincidían precisamente con el modelo de esclavitud de las plantaciones transatlánticas fue un profundo acto de ceguera semántica.

Pero los británicos, después de todo, eran asombrosamente buenos para mantener las contradicciones en su cabeza. Sir William Jones, un abolicionista virulento, admitió al mismo tiempo de su propia casa: "Tengo esclavos que rescaté de la muerte y la miseria, pero los considero sirvientes".

*Los pobres germanistas siempre perdían frente a los lingüistas romances en estos combates verbales, porque tenían que lidiar con escuchar las palabras de su propio rey Federico II de Prusia que les devolvían. Frederick estaba tan intimidado por el dominio literario del francés

que escribió en 1780 un ensayo, en francés, criticando su alemán nativo por sonar medio bárbaro, sin refinar y desagradable al oído. Luego propuso mejorar el sonido del alemán agregando -a como sílaba final a una gran cantidad de verbos para hacerlos sonar más italianos.

*Gora - 'blanco, pálido', en referencia al color de la piel. Sahib: un saludo de respeto. En conjunto, con el tono correcto de sarcasmo y vehemencia, significa algo completamente diferente. No olvidemos que, aunque Jones profesó un gran amor y admiración por las lenguas indias a lo largo de su carrera, inicialmente centró su atención académica en el sánscrito porque sospechaba que los traductores indígenas eran deshonestos y poco confiables.

*Otros proyectos incluyeron, entre otros:
1. Un análisis comparativo de la cantidad de notas a pie de página añadidas a las traducciones de textos europeos frente a textos no europeos. Griffin descubrió que los textos no europeos tendían a estar cargados con una cantidad asombrosa de contexto explicativo, en el sentido de que el texto nunca se leía como una obra en sí misma, sino siempre a través de la lente guiada del (blanco, europeo) traductor.
2. Una investigación sobre el potencial de trabajo de la plata de las palabras que se originan en cantos y criptolectos.
3. Planes para el robo y posterior devolución a Egipto de la Piedra de Rosetta.

*La Hermes Society también tenía conexiones con centros de traducción en universidades de Estados Unidos, pero estos eran aún más represivos y peligrosos que Oxford. Por un lado, fueron fundadas por dueños de esclavos, construidas y mantenidas con mano de obra esclava, y sus dotaciones fueron sostenidas por la trata de esclavos. Por otra parte, estas universidades americanas desde su fundación se preocuparon por el proyecto de evangelizar, erradicar y borrar a los nativos; el Indian College, fundado en 1655 en la Universidad de Harvard, prometió matrícula y alojamiento gratuitos a los estudiantes nativos a quienes se les exigió que hablaran solo latín y griego, se convirtieran al cristianismo y se asimilaran a la sociedad blanca o regresaran a sus pueblos para evangelizar la cultura inglesa. y religión Un programa similar en el College of William and Mary fue descrito por su presidente, Lyon G. Tyler,

*Esto es cierto. Nice nos llega a través del francés antiguo nice ('débil, torpe, tonto'), del latín nescius ('ignorante, sin saber').

*Thomas Love Peacock, ensayista, poeta y amigo de Percy Bysshe Shelley, también había disfrutado de una larga carrera en la India como funcionario de la Compañía de las Indias Orientales. Fue, en ese año, el Examinador Jefe de Correspondencia India.

*Es decir, el tropo favorito de uno o la línea de argumento favorita.

*Esta no es una cita del Libro del Génesis, que relata la dispersión de lenguas en Babel en términos mucho más moderados. Es más bien del Tercer Apocalipsis de Baruch, falsamente atribuido al escriba Baruch ben Neriah. Griffin, en un ataque de desilusión, había seguido brevemente un proyecto que relataba varias versiones de la caída de Babel.

*火藥味.

*兔死狐悲.

*Nunca sabría, por ejemplo, que hubo un tiempo en que Griffin, Sterling, Anthony y Evie se habían considerado a sí mismos como una cohorte tan eternamente unida como la de Robin; o que Griffin y Sterling se habían peleado una vez por Evie, la brillante y vibrante y brillante y hermosa Evie, o que Griffin realmente no había querido decir eso cuando la había matado. En sus relatos de esa noche, Griffin se hizo pasar por un asesino tranquilo y deliberado. Pero la verdad era que, como Robin, había actuado sin pensar, por ira, por miedo, pero no por malicia; ni siquiera creía realmente que funcionaría, porque Silver solo respondía esporádicamente a su orden, y no supo lo que había hecho hasta que Evie se desangró en el suelo. Tampoco sabría nunca que Griffin, a diferencia de Robin, no tenía un séquito en el que apoyarse después de su actuación. nadie que lo ayude a absorber el impacto de esta violencia. Y así se lo tragó, se acurrucó alrededor de él, lo convirtió en parte de sí mismo, y mientras que para otros esto podría haber sido el primer paso en el camino a la locura, Griffin Lovell había reducido esta capacidad de matar en un agudo y agudo. arma necesaria.

*Este lingote de plata suplementario es uno de los raros pares de inglés antiguo a inglés, creado por un erudito de Hermes, John Fugues, que participó en un proyecto en la década de 1780 en el que los eruditos se encerraban en un castillo y solo hablaban inglés antiguo entre ellos. otro durante tres meses. (Tales experimentos no se han repetido desde entonces, aunque no por falta de fondos; Babel simplemente no pudo encontrar voluntarios dispuestos a someterse al mismo aislamiento extremo, agravado por la incapacidad de expresarse adecuadamente con los demás). El inglés antiguo bēacen se refiere a audible señales, presagios y señales, en lugar del significado inglés bastante plano, que solo se refiere a una gran señal de fuego.

*死豬不怕開水燙.

*Esta escapatoria fue, de hecho, deliberada. En sus primeros días, la torre atacaba brutalmente a los que entraban y a los que escapaban por igual, pero las protecciones eran

imprecisas y el número de mutilaciones injustas aumentó hasta que el gobierno de la ciudad insistió en que tenía que haber algún tipo de debido proceso. La respuesta del profesor Playfair fue atrapar a los ladrones solo cuando se iban, cuando las pruebas incriminatorias estarían en sus bolsillos o esparcidas por los adoquines a su alrededor.

*Esta decisión había sido objeto de un feroz debate entre Robin y Victoire. Robin había querido tomar como rehenes a todos los eruditos; Victoire, en cambio, presentó el convincente argumento de que era mucho más probable que varias docenas de académicos accedieran a ser obligados a salir de un edificio a punta de pistola que atrapados en un sótano durante semanas, sin ningún lugar para bañarse, lavar la ropa o cagar.

*La palabra huelga, en relación con el trabajo, tenía originalmente la connotación de sumisión. Los barcos soltaban o golpeaban sus velas cuando se rendían a las fuerzas enemigas o saludaban a sus superiores. Pero cuando los marineros en 1768 izaron sus velas en protesta para exigir mejores salarios, convirtieron la huelga de un acto de sumisión en un acto estratégico de violencia; al negarse a trabajar, demostraron que, de hecho, eran indispensables.

*El verbo भिन्ते (bhintte) hace uso de la raíz sánscrita भिद् (bhid), que significa 'romper, perforar, golpear o destruir'. भिन्ते tiene una variedad de significados, que incluyen 'fracturar, distraer, disolver y desunir'.

*El profesor Craft había extraído la sangre de Robin y Victoire y había vuelto a colocar sus viales en la pared; ahora tenían la misma libertad para entrar y salir de la torre que antes.

*Las tácticas de rebelión se extendieron rápidamente. Los trabajadores textiles británicos adoptaron estas técnicas de barricada de las revueltas de Canut de 1831 y 1834 de los trabajadores de la seda en Lyon. Esas revueltas habían sido brutalmente reprimidas, pero, lo que es más importante, no tomaron como rehén a la columna vertebral de toda la nación.

*Si esta capacidad organizativa le parece sorprendente, recuerde que tanto Babel como el gobierno británico cometieron un gran error al suponer que todos los movimientos antiplata del siglo eran disturbios espontáneos llevados a cabo por maleantes descontentos y sin educación. Por ejemplo, los luditas, tan vilipendiados como rompedores de máquinas temerosos de la tecnología, eran un movimiento insurreccional muy sofisticado, compuesto

por pequeños grupos bien disciplinados que utilizaban disfraces y consignas, recaudaban fondos y armaban, aterrorizaban a sus oponentes y actuaban bien. -Ataques planificados y dirigidos. (Y, si bien es cierto que el movimiento ludita finalmente fracasó, fue solo después de que el Parlamento movilizó doce mil soldados para sofocarlo, más tropas de las que habían luchado en la Guerra de la Independencia).

*Barricada proviene del español barrica, que significa 'barril', el bloque de construcción básico de las primeras barricadas. Además de su importancia histórica, los barriles eran un buen material para barricadas por varias razones: eran fáciles de transportar, fáciles de llenar con arena o rocas, y fáciles de apilar de manera que dejaban ojos de buey para los francotiradores apostados detrás de ellos.

*Crucialmente, todo lo que funcionaba con energía de vapor estaba en problemas. Resultó que el profesor Lovell había hecho la mayor parte de su fortuna convirtiendo la energía de vapor de una tecnología complicada y quisquillosa en una fuente confiable de energía que alimentaba a casi la totalidad de la flota británica. Su gran innovación en realidad había sido bastante simple: en chino, el carácter de vapor era 气 (qì), que también tenía connotaciones de espíritu y energía. Cuando se instaló en los motores ideados por Richard Trevithick unas décadas antes, produjo una cantidad impactante de energía a una fracción del costo del carbón. (Los investigadores en la década de 1830 habían explorado las aplicaciones de este par de fósforos en el transporte aéreo, pero no habían llegado muy lejos ya que los globos seguían explotando o disparando hacia la estratosfera).
Este único invento, argumentaron algunos, explicaba la victoria de Gran Bretaña en Trafalgar. Ahora toda Inglaterra funcionaba a vapor. Las locomotoras de vapor habían desplazado a muchos vehículos tirados por caballos; Los barcos con motor de vapor en su mayoría tenían velas desplazadas. Pero Gran Bretaña tenía muy pocos traductores chinos y, con la excepción de Robin y el profesor Chakravarti, todos los demás traductores estaban, inútilmente, muertos o en el extranjero. Sin un mantenimiento programado, la energía de vapor no dejaría de funcionar por completo, pero perdería su poder único; es una eficiencia increíble que coloca a los barcos británicos en una liga más allá de lo que las flotas estadounidenses o españolas puedan lograr.

*El alfabeto de Baresch utilizado en las varillas de resonancia, por ejemplo, no es estrictamente necesario para su función; fue creado por eruditos de Babel únicamente para que su tecnología de resonancia patentada siguiera siendo inescrutable para los extraños. Es sorprendente, en verdad, cuánto de la escasez de recursos percibida por la academia se construye artificialmente.

*Abel les trajo un flujo continuo de actualizaciones espantosas. En el Cherwell, una casa flotante chocó con una barcaza de transporte cuando fallaron los sistemas de navegación de ambos, lo que provocó un choque en cadena humeante en medio del río. Tres personas murieron atrapadas en cabañas sumergidas. En Jericó, un niño de cuatro años fue aplastado por las ruedas de un carruaje que se descontroló. En Kensington, una chica de diecisiete años y su amante fueron enterrados vivos cuando las ruinas de la torre de una iglesia se derrumbaron sobre ellos durante una cita a medianoche.

*Un miércoles chocaron dos carretas, una de las cuales estaba cargada con barriles de aguardiente fino. Cuando los dulces vapores se filtraron a la calle, una pequeña multitud de transeúntes se apresuró a recoger el brandy con las manos, y todo fue muy divertido hasta que un hombre con una pipa encendida entró en la refriega, convirtiendo la calle en una conflagración. de personas, caballos y barriles explosivos.

*Los periódicos siempre se referían a los huelguistas como extranjeros; como chinos, indios, árabes y africanos. (Olvídese del profesor Craft). Nunca fueron oxfordianos, nunca fueron ingleses, eran viajeros del extranjero que se habían aprovechado de las buenas gracias de Oxford y que ahora tenían a la nación como rehén. Babel se había convertido en sinónimo de extranjero, y esto era muy extraño, porque antes de esto, el Instituto Real de Traducción siempre había sido considerado como un tesoro nacional, una institución esencialmente inglesa.
Pero claro, Inglaterra, y el idioma inglés, siempre habían estado más endeudados con los pobres, los humildes y los extranjeros de lo que querían admitir. La palabra vernácula proviene del latín verna, que significa 'esclavo de la casa'; esto enfatizaba el carácter nativo, la domesticidad de la lengua vernácula. Pero la raíz verna también indicaba los orígenes humildes de la lengua hablada por los poderosos; los términos y frases inventados por esclavos, jornaleros, mendigos y criminales (los cantos vulgares, por así decirlo) se habían infiltrado en el inglés hasta que se convirtieron en correctos. Y la lengua vernácula inglesa tampoco podía llamarse propiamente doméstica, porque la etimología inglesa tenía raíces en todo el mundo. Los almanaques y el álgebra provienen del árabe; pijamas del sánscrito, ketchup del chino y arrozales del malayo. Fue sólo cuando la forma de vida de la élite de Inglaterra se vio amenazada que los verdaderos ingleses,

*Que odien, mientras teman.

*Pero eso fue parte del genio de Babel. Al mantenerlos aislados, al distraerlos con el trabajo

del curso para que nunca tuvieran la oportunidad de formar lazos fuera de su cohorte, cortó todas las vías hacia una solidaridad significativa, les hizo creer durante tanto tiempo que eran los únicos atrapados en su web particular.

London was sleeping when the bridge fell. London was still and unaware; was as Wordsworth wrote, 'all bright and glittering in the smokeless air'; was wearing like a garment 'the beauty of the morning; silent, bare'.

Later, Oxford residents would claim that they, too, knew the moment that Westminster Bridge had fallen – this despite the cities being over a hundred miles apart, and there being no building tall enough to see London from that distance. Regardless, dozens of witnesses claimed – perhaps due to group hallucination, or perhaps an invisible effect of the resonance rods – that they heard it breaking before it collapsed.

'It was this terrible feeling that gnawed at your gut,' said Professor Harrison Lewis, Merton College, Natural Philosophy. 'The most intense dread. You knew something was about to happen, and you only later learned what.'

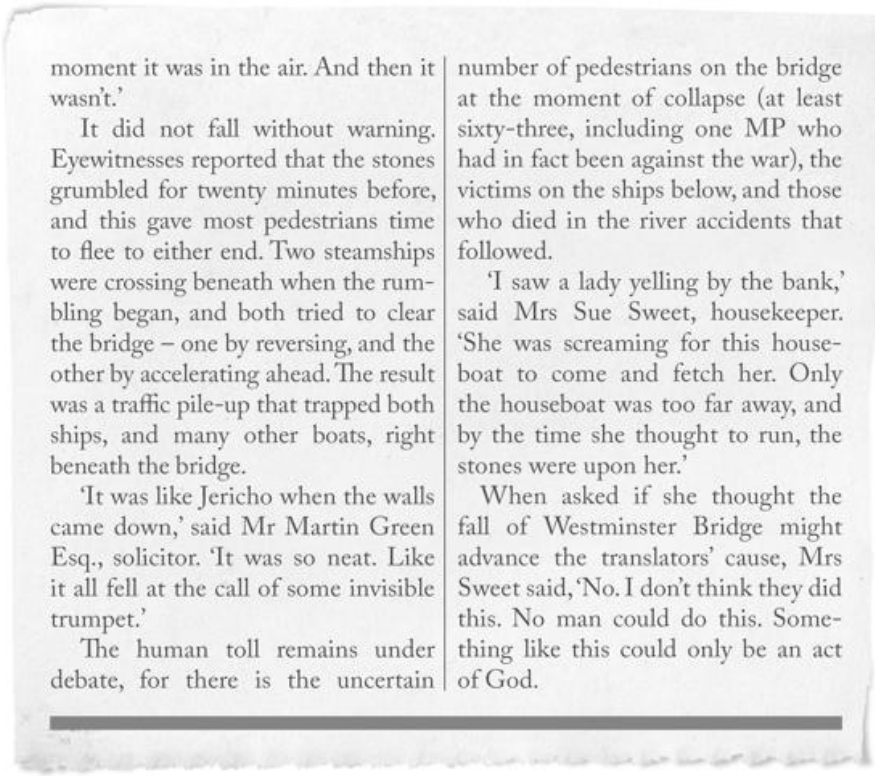
Eyewitness accounts from London herself described it as a great rumbling.

'Like the stones were screaming,' said Mrs Sarah Harris, washerwoman. 'They seemed to be telling you to get away, and Heaven knows I listened.'

This was a city used to bridges falling into disrepair, mind. London Bridge had become unusable at least thrice in her history – once by ice, and many times by fire. But London Bridge, despite the songs, had only ever partially collapsed. It had never fallen plumb into the water.

Westminster Bridge did.

'It was so very clean,' said Mr Monks Creedy, chimney sweep. 'One



moment it was in the air. And then it wasn't.'

It did not fall without warning. Eyewitnesses reported that the stones grumbled for twenty minutes before, and this gave most pedestrians time to flee to either end. Two steamships were crossing beneath when the rumbling began, and both tried to clear the bridge – one by reversing, and the other by accelerating ahead. The result was a traffic pile-up that trapped both ships, and many other boats, right beneath the bridge.

'It was like Jericho when the walls came down,' said Mr Martin Green Esq., solicitor. 'It was so neat. Like it all fell at the call of some invisible trumpet.'

The human toll remains under debate, for there is the uncertain number of pedestrians on the bridge at the moment of collapse (at least sixty-three, including one MP who had in fact been against the war), the victims on the ships below, and those who died in the river accidents that followed.

'I saw a lady yelling by the bank,' said Mrs Sue Sweet, housekeeper. 'She was screaming for this houseboat to come and fetch her. Only the houseboat was too far away, and by the time she thought to run, the stones were upon her.'

When asked if she thought the fall of Westminster Bridge might advance the translators' cause, Mrs Sweet said, 'No. I don't think they did this. No man could do this. Something like this could only be an act of God.

*

*La Masacre de Peterloo de 1819, cuyo mayor efecto inmediato fue provocar una represión del gobierno contra la organización radical. La caballería se apresuró contra una multitud que agitaba por la representación parlamentaria, aplastando a hombres, mujeres y niños por igual bajo sus cascos. Once murieron.

*Armado con tu triste último regalo: ¡el poder de morir! / Tus flechas, severa fortuna, ahora puedo desafiarlas.' (Thomas Day y John Bicknell, 1775)

*En (la inglesa blanca) Aphra Behn, la novela romántica Oroonoko de 1688, el príncipe africano Oroonoko mata a su amante Imoinda para salvarla de ser violada por las fuerzas militares inglesas contra las que se rebelan. Oroonoko luego es capturado, atado a un poste, descuartizado y desmembrado. Oroonoko, y su adaptación teatral a cargo de Thomas Southerne, fueron recibidas en su momento como un gran romance.

*'Con una mano hará un camino abierto para la libertad.'

*'Así, así ayuda ir debajo de las sombras.'